

LOS CRÍMENES DE FJÄLLBACKA

CAMILLA LÄCKBERG

La bruja



MAEVA NOIR

D.J.57

Table of Contents

[Portadeta](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Entradeta](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1671](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1671](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1671](#)

[Provincia de Bohuslän, 1671](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1671](#)

[El caso Stella](#)

[El caso Stella](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1671-1672](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[El caso Stella](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

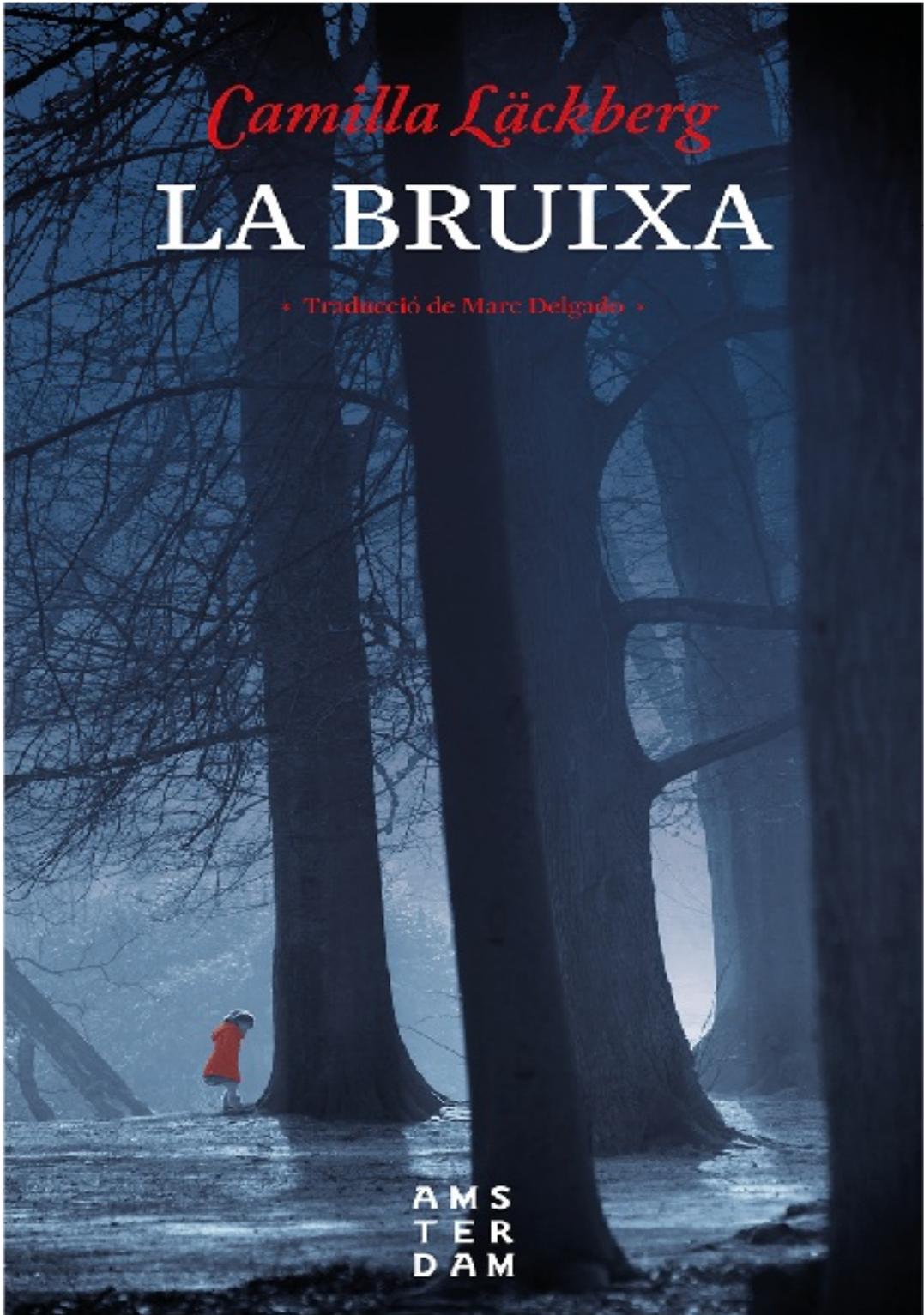
[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[Provincia de Bohuslän, 1672](#)

[Agradecimientos](#)

[Colofón](#)



Camilla Läckberg

LA BRUIXA

• Traducció de Marc Delgado •

AMS
TER
DAM

Camilla Läckberg
LA BRUJA.

Traducción de Marc Delgado

T.L,2

**AMS
TER
DAM**

Con el apoyo de:



Título original: Haxan

Primera edición: febrero del 2018

© De los textos: Camilla Läckberg, 2017

© De la traducción: Marc Delgado, 2018

© de esta edición:

Ahora Libros, sccl

Pau Claris, 96, 3r 1.^a

08010 Barcelona

www.arallibres.com

El equipo editorial de SOMOS Ahora Libros que ha trabajado en este volumen está integrado por Marta Abeja, Miquel Adam, Maria Gafarot, Joan Carles Girbés, Sònia Herrera, Eduard Hurtado, Maika Pascual, Enric Rújula, Joan Sanabria y Roser Sebastià.

Diseño de la colección: Setenta (www.setanta.es)

Imagen de cubierta: © Arcangel

Corrección: Elisabet Kamal y M. Mercè Riu

ISBN DIGITAL: 978-84-16743-50-6

som* ara llibres

Amsterdam Libros es el sello editorial de Ficción de SOMOS, un grupo cooperativo que quiere dotar la sociedad de una industria cultural y de comunicación innovadora y sólida.

Porque la cultura nos hace ser quién somos: colectivo, sociedad, país.

Más información: www.som.cat.

Este libro se ha imprimido a Liberdúplex con papel ecológico, òfset crudo de 80 gramos, y ha sido compaginado con cuerpo 11 de la tipografía Mercury Texto G2.

Todos los derechos reservados a los titulares del *copyright*.

som* la cultura de tots

A la Polly

Era imposible saber qué tipo de vida habría tenido aquella criatura. En qué tipo de persona se habría convertido. A que se habría dedicado, a quien habría estimado, por quien habría llorado, a quien habría ganado y perdido. Si habría tenido hijos y, en este caso, cómo habrían sido. Incluso resultaba difícil imaginarse su aspecto cuando se hubiera convertido en una mujer. Con cuatro años, nada estaba decidido todavía. El color de los ojos le mudaba entre el moratón y el verde; los cabellos, negros cuando nació, ahora eran claros, pero en aquella cabellera rossenca se entreveía un matiz cobrizo, y a buen seguro que el color habría vuelto a cambiar. Y en aquel momento todavía era más difícil de decir. La niña flotaba inerte, boca abajo, con la cara girada hacia el fondo del humedal. Tenía la nuca cubierta de una capa gruesa de sangre coagulada. Los tonos claros que matizaban los cabellos tan sólo se adivinaban en los copos que se mecían alrededor de la cabeza.

No se podía decir que el escenario que rodeaba aquella niña fuera mucho esfereidor, más allá del horror que despertaba el hecho de encontrar una criatura muerta dentro del agua. Los ruidos del bosque eran los mismos de siempre. La luz se filtraba entre los árboles como lo hacía siempre cuando el sol refulgia a aquella hora del día. Al cercando de la niña, el agua se movía lentamente y la quietud de la superficie sólo se rompía cuando, de vez en cuando, un espiadimonis se ponía y formaba pequeños círculos concéntricos. La transformación había empezado y, despacio, la criatura se fusionaría con el bosque y el agua. Si nadie la encontraba, la natura seguiría su curso lento y la convertiría en una parte de sí misma.

Todavía nadie sabía que había desaparecido.

—C

REOS QUE TU MADRE se tiene que poner un vestido blanco? —preguntó el Erica y, todavía a la cama, se giró hacia en Patrik.

—Muy graciosa, de verdad —respondió él.

El Erica va esclafir a reír y con el dedo va burxar su hombre.

—Por qué te molesta tanto que tu madre se case? Tu padre lo volvió a hacer hace mucho tiempo y no te pareció nada extraño.

—Ya sé que soy un tonto —respondió, y sacudió la cabeza mientras sacaba las piernas por el borde de la cama y se empezaba a poner los calcetines—. En Gunnar me cae muy bien y me gusta pensar que la madre no tiene ninguna necesidad de estar suela...

Se levantó de la cama y se puso los texanos.

—Supongo que es con sólo que no estoy avezado. La madre ha ido a lo suyo desde que tengo capacidad de recordar y si alguien se dedicara a psicoanalizarme seguro que, en el fondo, encontraría alguna de aquellas rucades madre-hijo que hace la pascua. Bien, es que se me hace... extraño... que mi madre pueda mantener... relaciones.

—Quieres decir que se te hace extraño que tu madre y en Gunnar hagan el amor? En Patrik se tapó las orejas con las manos.

—Para!

Riendo a pedir de boca, el Erica le lanzó una almohada. Pronto le volvió volando y, inmediatamente, estalló la guerra. En Patrik se le echó encima, pero poco después la batalla dio a caricias y a jadeos profundos. El Erica dirigió las manos a los botones de los texanos de en Patrik y le empezó a desabrochar el primero.

—Qué estáis haciendo?

La voz aguda de la Maja provocó que los dos se pararan y se tumbaran hacia la puerta. Allá no tan sólo había la Maja, sino que su hija iba escoltada a ambos lados por los dos gemelos, que, alegres, contemplaban sus padres estirados a la cama.

—Sólo nos estábamos haciendo cosquillas —dijo en Patrik, sin aliento, y se puso derecho.

—Ya puedes arreglar la aldaba de la puerta enseguida! —exclamó el Erica, y se cubrió con la manta, que la había dejado a cuerpo descubierto de cintura hacia arriba.

Se incorporó y consiguió apuntar una sonrisa.

—Bajáis abajo y empezáis a almorzar. Ahora venimos.

En Patrik había tenido tiempo de acabarse de vestir y se llevó las criaturas cabe afuera.

—Si no eres capaz de poner la aldaba todo solet, estoy segura que puedes pedir a en Gunnar que te dé un golpe de mano. Me parece que él siempre tiene la caja de herramientas a punto. Si no es que ahora mismo está enfeinat con alguno otro encargo de parte de tu madre...

—Bastante, por favor —va esclafir a reír en Patrik, y salió de la habitación. Con una sonrisa a los labios, el Erica se volvió a estirar a la cama. Bastante que se podía permitir hacer una estoneta más el pereza antes de quitarse. No tener que seguir ningún horario era uno de las ventajas de ser su propia ninguno, pero a la vegada también se podía considerar uno de los inconvenientes principales. El trabajo de escritora requería tener carácter y disciplina, y a veces era un poco solitaria. Aún así, le encantaba. Lo apasionaba escribir, dar vida a aquellas historias y destinos que había decidido describir, hurgar e investigar, e intentar averiguar qué había pasado realmente y por qué. Hacía mucho tiempo que deseaba clavar los dientes en el caso en el cual estaba trabajando en aquellos momentos. El caso de la pequeña Stella, que había sido secuestrada y asesinada por a Helen Persson y Marie Wall, había trastornado y todavía trastornaba todo Fjällbacka.

Y ahora Marie Wall había vuelto. La célebre estrella de Hollywood había llegado a Fjällbacka para filmar una película sobre Ingrid Bergman. Todo el pueblo entero hervía de rumores.

Todo el mundo conocía alguna de las chicas, o sus familias, y todo el mundo se había sentido colpit cuando aquella tarde del mes de julio del 1985 encontraron el cuerpo de la Stella en el humedal.

El Erica se giró hacia un lado y se preguntó si el solo había refulgit con la misma fuerza también aquel día. Cuando llegara la hora de atravesar los pocos metros de recibidor que la separaban del despacho, empezaría comprobando aquel detalle. Pero se tendría que esperar una estoneta más. El Erica va aclucar los ojos y se adormiló con el rumor de las voces de en Patrik y los niños que subía de la cocina.

Helen se inclinó ninguno adelante y miró al suyo cercando. Puso las manos sudadas a las rodillas para descansar. Récord personal, a pesar de que había salido a correr más tarde del habitual.

Delante, el mar se extendía azul y sereno, pero para sus adentros rugía una tormenta. Helen se estiró y se rodeó con los brazos, no podía dejar de temblar. «Alguien ha pasado por encima de mi tumba», solía decir su madre cuando sentía un escalofrío. Y quizás sí que era un poco esto. No exactamente que alguien le estuviera pisando la suya, de tumba. Pero pisando una.

El tiempo había depositado su velo encima del que una vez había pasado; ahora, los recuerdos eran muy vagas. El que Helen no olvidaba eran aquellas voces, que querían saber exactamente el que había pasado. Repetían el mismo un golpe y otro hasta que ya no supo discernir qué era la verdad de aquellas personas y qué la suya.

Entonces le había parecido imposible volver aquí, poder construir una existencia. Pero, con los años, los gritos y los cuchicheos se habían ido amortiguando, se fueron transformando en un murmullo leve, que finalmente enmudeció. Había sentido cómo si, otra vez, ella fuera una parte indiscutible de aquella realidad.

Pero ahora los cuchicheos habían vuelto a empezar. Todo volvería a salir a la luz. Y, como tantas veces pasa a la vida, los acontecimientos coincidían en el tiempo. Hacía semanas que no podía dormir, de acá que había recibido una carta de la Erica Falck en que le explicaba que estaba escribiendo un libro y que quería

hablar con ella. Helen se había visto obligada a volver a pedir receta para aquellas pastillas que hacía tanto que había dejado de tomar. Sin las pastillas no habría sido capaz de pair la noticia que le había llegado poco después: Marie había vuelto.

Habían pasado treinta años. De una manera pausada y sin hacer mucho ajetreo, en James y ella habían vivido su vida, y Helen sabía que en James lo quería así. «Al final todos acabarán callando», había dicho él. Y había tenido razón. Los momentos más oscuros no tardarían a quedar atrás, Helen sólo se tenía que cuidar que todo fluyera cómo hacía falta. Y había sido capaz de ahogar todos los recuerdos. Hasta aquel día. Las imágenes se le aparecieron delante, como flashes de luz. La cara de Marie muy nítida. Y la sonrisa alegre de la Stella.

Helen volvió a girar los ojos hacia el mar, intentó seguir las pocas oleadas. Pero aquellas imágenes no querían soltarla. Marie había vuelto. Y, con ella, la destrucción.

—Perdona, donde hay un lavabo?

El Sture, de la congregación, miraba expectant en Karim y todo el resto de refugiados que habían venido a la clase de sueco desde el centro de internamiento de Tanumshede.

Todos van repetir la frase todo lo bien que supieron.

—Perdona, donde hay un lavabo?

—Cuánto vale esto? —continuó el Sture.

Otra vez todos a coro:

—Cuánto vale esto?

En Karim sudaba de lo lindo para relacionar los sonidos que el Sture, plantado ante la pizarra, emitía con el texto que tenía al libro. Todo era tan diferente. Las letras que tenía que interpretar, los sonidos que tenía que pronunciar.

Miró alrededor y vio una pandilla de seis valientes. El resto de refugiados estaban o bien tomando el solo y jugando a pelota o bien descansando en casa. Algunos probaban de dejar atrás los días y los recuerdos durmiendo, mientras que otros se los pasaban enviando correos electrónicos a amigos y familiares que habían quedado atrás y con los cuales todavía se podían poner en contacto, o navegaban por internet de un diario digital a otro. No porque encontrarán mucho información. El gobierno sólo esparcía propaganda y a las agencias de prensa de todo el mundo los costaba muchísimo enviar sus correspondencias. En su vida anterior, en Karim había sido periodista y comprendía perfectamente la dificultad que suponía conseguir información correcta y al día de un país en guerra tan destrozado por dentro y por fuera como Siria.

—Gracias para invitarnos en casa vuestra.

En Karim rió por debajo la nariz. Aquella era una frase que no usaría nunca. Si algo había aprendido bien pronto era que los suecos eran gente muy reservada. No tenían ningún contacto con los habitantes de aquel pueblo, sacado del Sture y los que trabajaban en el centro de internamiento.

Era cómo si hubieran ido a parar a un pequeño país dentro de otro país, aislado del mundo que lo rodeaba. Sólo se tenían los unos a los otros y se hacían compañía. Y los recuerdos de Siria. Los bonos, pero sobre todo los malos. Unas pesadillas que muchos revivían una y otra vez. En Karim intentaba reprimirlos:

la guerra, que se había convertido en un asunto cotidiano, el largo viaje hasta la tierra prometida nortea.

El se había salido. También su estimada Amina y sus dos tesoros, en Hassan y la Samia. Aquello era todo el que contaba. Había conseguido traerlos hasta un lugar seguro, darlos la posibilidad de un futuro. Los cuerpos flotando al agua se le esmunyien en los sueños, pero cuando abría los ojos se habían desvanecido. Su familia y él eran allá. En Suecia. Fuera de esto, nada era importante.

—Cómo se llama cuando uno quiere sexo con alguien?

El Adnan rió de la propia ocurrencia. En Khalil y él eran los chicos más jóvenes de la clase. Sentaban juntos y constantemente se burxaven el uno al otro.

—Muestra respeto —dijo en Karim en árabe, y los fulminó con la mirada.

Después miró el Sture y va arronsar los hombros en un gesto de disculpa. El Sture asintió ligeramente con la cabeza.

En Khalil y el Adnan habían llegado a Suecia sólo, sin familia, sin amigos. Habían conseguido salir de Aleppo antes de que la situación se volviera demasiado peligrosa para poder huir. Escaparse o quedarse. Las dos alternativas implicaban un gran peligro.

En Karim no era capaz de enfadarse, todo y la clarísima muestra de carencia de respeto. Eran dos chiquillos. Asustados y sólo en un país desconocido. La chulería era todo el que tenían. Para ellos todo era extraño. En Karim había hablado un mica con los dos chicos después de las clases. Sus familias habían conseguido ahorrar suficiente dinero para darlos la posibilidad de llegar hasta allá. El peso que cargaban a los hombros aquellos dos chicos era muy pesado. No tan sólo los habían lanzado en un mundo desconocido, sino que, además, tenían la exigencia de hacerse un lugar tan deprisa como pudieran para salvar sus familias de la guerra. Pero, aunque los comprendía, no podía aceptar que fueran mal educados hacia su nueva patria. Por mucho miedo que los tuvieran los suecos, al fin y al cabo los habían acogido. Los habían dado un techo y bastante comer para pasar el día. Y el Sture era allá, en su tiempo libre, esforzándose porque aprendieran a preguntar cuánto valían las cosas y donde era el lavabo. En Karim quizás no acababa de entender los suecos, pero los estaba enormemente agradecido por el que habían hecho para su familia. No todo el mundo compartía aquella manera de pensar, y los que no respetaban su nuevo hogar los ponían las cosas todavía más difíciles y provocaban que los suecos los miraran con recelo.

—Qué buenos días que hace hoy —dijo el Sture con toda claridad, allá a la pizarra.

—Qué buenos días que hace hoy —repitió en Karim, y sonrió.

Después de dos meses en aquel país, comprendía que los suecos se sintieran felices cuando el sol refulgia. *Coño de tiempo de mierda* era una de las primeras expresiones que había aprendido en sueco. A pesar de que todavía no conseguía pronunciar del todo bien aquel sonido de la *ny*.

—Cuánto de sexo crees que se puede tener a aquella edad? —preguntó el Erica, e hizo un trago de vino escumós.

La risa que soltó Anna hizo que el resto de clientes del Café Bryggan se girara hacia ellas.

—De verdad, germaneta? Te pasas el día pensante en este tipo de cosas? Cuántas

veces folla la madre de en Patrik?

—Sí, pero pienso desde una perspectiva algo más amplia —dijo la Erica, y cogió otra cucharada de la cazuela de marisco—. Cuánto de tiempo nos queda para poder disfrutar de una buena vida sexual? En algún momento del camino se pierde el interés? Las ganas de sexo se sustituyen por una necesidad irresistible de resolver crucigrama o sudokus o comer golosinas? O se mantiene constanding? —Bien...

Anna sacudió la cabeza y se reclinó a la silla en un intento de encontrar una posición más cómoda. Al ver su hermana, la Erica sintió que se le hacía un nudo al estómago. No hacía mucho Anna había sufrido un accidente de tráfico terrible que le había hecho perder la criatura que estaba esperando. La cicatriz de la cara no desaparecería nunca. Pero bien pronto daría a luz el hijo que en Dan y ella tanto habían deseado.

—Cruces, por ejemplo, que...

—Si ahora estás ni que sea cerca de decir «el papa y la mama», me levanto y me voy —dijo Anna, levantando una mano—. No me lo quiero ni imaginar.

El Erica rió por debajo la nariz.

—De acuerdo, no cogeré el papa y la mama de ejemplo, pero con qué frecuencia crees que Kristina y en Bob lo Manitas tienen relaciones?

—Erica! —Anna se tapó la cara con las manos y volvió a mover la cabeza.— Y tenéis que dejar de denominar en Gunnar Bob lo Manitas, sólo porque sea un hombre amable y servicial.

—De acuerdo, hablamos del casamiento, pues. A tú también te han convocado para ir a darle consejo para el vestido? No debo de ser yo sola la que se tiene que pronunciar y hacer buena cara mientras Kristina me va enseñando un modelet horroroso detrás otro.

—No, no. A mí también me lo ha pedido —dijo Anna, y probó de inclinarse ninguno adelante para comerse la rebanada con gambas.

Por mucho que en Dan y Anna desearan aquel bebé, con aquella calorada no era nada divertido estar embarazada y la barriga de su hermana ya había adquirido, para decirlo con delicadeza, unas dimensiones colosales.

—Pero no cruces que lo podemos mejorar un poco? Kristina tiene una figura muy atractiva, una cintura más esbelta y un pecho más bonito que los míos. Pero no se atreve a mostrarlo. Imagínate que bien que le quedaría un vestido de randa con un poco de escote!

—A mí déjame al margen, si el que pretendes es conseguir un tipo de cambio de imagen de Kristina —dijo Anna—. Yo pienso decirle que está fantástica nos muestre el que nos muestre.

—Gallina.

—Tú cuídate de tu suegra y yo me cuidaré de la mía.

Anna clavó una buena queixalada a la rebanada con gambas.

—Esclar, porque Esther es todo un hueso, oi? —dijo el Erica, y se le apareció delante la dulce madre de en Dan, una mujer incapaz de pronunciar la crítica más pequeña o una opinión mínimamente discordant.

El Erica lo sabía por experiencia, desde el tiempo ya remoto en qué había salido con en Dan.

—No, tienes razón. He estado de suerte con ella —dijo Anna, y después, cuando

le cayó la rebanada con gambas a la barriga, profirió un taco.

—Bah, no te preocupes. Al fin y al cabo, con este par de bazuques que puertas nadie se fija en tu barriga —dijo la Erica, y señaló los corta G de su hermana.

—Cierra la boca!

Anna sacó todo lo bien que pudo la mayonesa que le había caído al vestido. El Erica se inclinó ninguno adelante, cogió la cara de su hermana pequeña con las dos manos y le dio un beso a la mejilla.

—Qué ha sido, esto? —dijo Anna, perpleja.

—Te estimo mucho —se limitó a decir el Erica, y levantó la copa—. Por nosotros, Anna. Por tú y por mí y por nuestra familia de sonados! Por todo el que hemos pasado, por todo al que hemos sobrevivido y porque no nos escondemos ningún secreto.

Anna parpadeó unas cuantas veces y, después, levantó su vaso con pegamento y brindó con su hermana.

—Por nosotros.

Por un instante, al Erica le pareció intuir una llusor oscura a los ojos de Anna, pero un segundo más tarde había desaparecido. Se lo debía de haber imaginado.

La Sanna se inclinó sobre el arbusto de flor de santo Josep y llenó los pulmones. El aroma no la tranquilizó, como siempre hacía. Los clientes se meneaban al suyo cercando, levantaban testos y cargaban paquetes de tierra a las carretillas, pero ella apenas se daba cuenta que eran allá. El único que podía ver ante suyo era la sonrisa falsa de Marie Wall.

No le cabía a la cabeza que hubiera podido volver. Después de todos aquellos años. Cómo si no hubiera suficiente de tenerse que encontrar Helen en el pueblo y de verse obligada a saludarla con un golpe de cabeza.

Había aceptado la presencia de Helen, saber que en cualquier momento se podía cruzar. Podía ver el rastro de la culpa en su mirada, podía ver como cada año que pasaba la mordisqueaba más y más por dentro. Pero a Marie nunca había mostrado ningún tipo de arrepentimiento, su cara sonriente aparecía en todas y cada una de las revistas de famosos.

Y ahora había vuelto. La falsa, preciosa y risueña Marie. Haviendo ido a la misma clase a la Kyrkskolan y, a la vegada que había sentido envidia de las largas pestañas y los cabellos rubios y largos hasta la cintura de Marie, también había visto la oscuridad que había dentro de aquella chica.

Gracias a Dios, los padres de la Sanna se podían ahorrar ver la sonrisa de Marie otro golpe en el pueblo. La Sanna tenía trece años cuando su madre murió de cáncer de hígado y quince cuando el padre soltó su último aliento. Los médicos nunca pudieron determinar exactamente la causa del deceso, pero la Sanna sabía el que había pasado. Su padre había muerto de la pena.

La Sanna sacudió la cabeza y la migraña se le hizo presente.

La habían obligado a ir a vivir con su tía Linn, pero ella no se había sentido nunca como casa. Los hijos de la Linn y en Paul eran unos cuantos años más pequeños y sus tíos no sabían qué hacer con una adolescente huérfana. Nunca habían sido desagradables ni se habían traído mal con ella. Ben al contrario, habían hecho todo el que habían podido; pero no dejaron nunca de ser unos extraños.

Al acabar la secundaria, la Sanna había escogido un instituto de bachillerato de la modalidad de agricultura que se encontraba bien lejos de allá, así que había podido, se había puesto a trabajar. Después de aquello, había vivido por el trabajo. Traía aquel pequeño *garden* en las afueras de Fjällbacka. No ganaba mucho, pero bastante para mantenerse ella y su hija. Y no necesitaba nada más. Sus padres se convirtieron en muertos en vida cuando encontraron la Stella, asesinada. Y en cierto modo los podía comprender. Hay personas que nacen con una luz más intensa que otros y la Stella había sido una. Siempre alegre, siempre amable, siempre cargada hasta arriba de besos y abrazos, que repartía a todo el mundo del suyo cercando. Si la Sanna hubiera podido ocupar el lugar de la Stella y morir aquel día caluroso de verano, lo habría hecho. Pero había sido la Stella, a quién habían encontrado flotando al humedal. Después de aquello, ya no quedaba nada más.

—Perdona, pero hay alguna variedad de rosa que sea más fácil de cuidar que las otras?

La Sanna se estremeció y levantó los ojos hacia la mujer que se le había acercado sin que se diera cuenta.

La mujer le sonrió y la cara llena de arrugas se suavizó.

—Me encantan las rosas, pero, desgraciadamente, no me ha sido concedido el don de la jardinería.

—El color es importante? —preguntó la Sanna.

Era una experta ayudando la gente a encontrar la planta que más los esqueía. había personas que encajaban mejor con flores que necesitaban mucha cura y atención. Conseguían que una orquídea se sintiera a gusto y floreciera y, así, podían disfrutar de muchos años plegados. Otros apenas eran capaces de cuidarse a sí mismos y necesitaban plantas fuertes y resistentes. No necesariamente cactus, la Sanna los reservaba para los casos más difíciles, pero, por ejemplo, los podía aconsejar un lirio de la paz o una costilla de Adam. Para ella era una cuestión de honor conseguir emparejar la planta correcta con la persona adecuada.

—Rosa —dijo la mujer, como si ya se lo imaginara—. Me encanta el rosa.

—Pues, sabe qué? Tengo la rosa perfecta para usted. Un rosal salvaje. El más importante es que tenga una cura especial a la hora de plantarlo. Haga un agujero profundo y riéguelo muy regado. pone un poco de adobo, ya dará del tipo que le hace falta, y después entafora el rosal. Llène el agujero de tierra y vuélvalo a regar. Es muy importante que tenga agua al principio, cuando empieza a hacer raíces. Después sólo hace falta que le vaya dando un vistazo de vez en cuando porque no se seque. Y no tenga miedo de cortarlo bien arran cada año a principios de primavera, cuando a los abedules los empiecen a salir las orejas de ratón, o sea, cuando empiecen a despuntar las primeras hojas.

La vieja se miró embobada el rosal que la Sanna le había puesto dentro de la carretilla. Lo entendía perfectamente. Las rosas tenían algo especial. La Sanna comparaba a menudo las personas con las flores. Si la Stella hubiera sido una, sin duda habría sido una rosa. Una rosa gal·lica. Bonita, magnífica, una capa de pétalos detrás otra.

La mujer se fregó la garganta.

—Va todo bueno? —le preguntó.

La Sanna sacudió la cabeza, se dio cuenta que se había vuelto a dejar llevar por los recuerdos.

Pero no, no todo iba bien. El mal había vuelto a Fjällbacka. La Sanna lo sentía con la misma nitidez como sentía el aroma de las rosas.

«Hacer vacaciones con niños no se puede considerar muy bien tiempo libre», pensó en Patrik. Era una combinación extraña de una experiencia maravillosa y, a la vez, esgotadora. Especialmente ahora, que era responsable de las tres criaturas mientras la Erica había ido a comer con Anna. Además, y en contra del sentido común, había bajado a la playa porque, a casa, sus hijos habían empezado a ensartarse por las paredes. Siempre era más fácil que no se alborotaran si podía mantenerlos entretenidos, pero en Patrik había olvidado completamente que un medio como la playa lo empeoraba todo. Para empezar había el riesgo de ofegament. Tenían la casa a Sälvik, a tocar del mar, y muchas veces se había despertado con sudor frío después de soñar que uno de los niños se había escapado y había bajado hasta el agua. Después había la arena. En Noel y Anton no tan sólo se empecinaban a lanzarla contra otros niños, cosa que comportaba que en Patrik recibiera un montón de miradas fulminantes, sino que por algún motivo inconcebible también los encantaba metérsela en la boca. La arena en si no era un problema, pero a en Patrik se le ponían los pelos de punta sólo de pensar en el montón de porquerías que podía traer. Ya había conseguido arrebatar de la manecilla llena de arena de Anton una colilla de cigarrillo y sólo era cuestión de tiempo que el siguiente fuera un fragmento de vidrio. O una bosseta de snus , todavía llena de tabaco.

Gracias a Dios que tenía la Maja. A veces, en Patrik se sentía mal que su hija se encargara tanto de sus hermanos pequeños, pero el Erica solía decir que a la niña le gustaba hacerlo. Exactamente como ella le había gustado cuidar su hermana pequeña.

En aquellos momentos, la Maja vigilaba los gemelos que no se adentraran mucho en el mar. Levantando una mano y con determinación los dirigía hacia tierra firme, controlaba el que se metían a la boca y espolsava los niños a quienes sus hermanos habían lanzado arena. A veces, en Patrik deseaba que no fuera siempre tan perfecta. Si continuaba siendo una niña tan aplicada, temía que lo esperara un futuro pleno de dolores de estómago.

Desde los problemas cardíacos que había sufrido, sabía como era de importante cuidarse un mismo y encontrar tiempo para descansar y desconectar. La pregunta era si unas vacaciones con los niños le proporcionaban justamente esto. Aunque estimaba sus hijos más que nada en el mundo, tenía que confesar que a veces echaba de menos la tranquilidad de la comisaría de policía de Tanumshede.

Marie Wall se reclinó a la gandula y se estiró para coger la copa. Un bellini. Champán con zumo de melocotón. Vaya, no muy bien como a Harry's de Venecia, por desgracia. No disponía de melocotones naturales, aquí. Más bien una variante hecha de prisa y corriendo con el champán barato, con que los garrepes de la productora le habían llenado la nevera, mezclado con zumo de melocotón envasado de Proviva. Pero ya haría el hecho. Marie había exigido que los ingredientes para el bellini estuvieran a mano cuando llegara.

Volver a ser allá le producía una sensación muy extraña. No en aquella casa, está

claro. Hacía mucho tiempo que la habían hundido y ya no estaba. Marie no se podía estar de preguntarse si los propietarios de la casa nueva que habían construido al viejo solar habían recibido nunca la visita de malos espíritus después de todo el que había pasado allá. Probablemente no. A buen seguro que el mal se había ido a la tumba con sus padres.

Marie hizo otro trago de bellini. Se preguntó donde eran los propietarios de la casa que habían alquilado. Una semana del mes de agosto con un tiempo maravilloso tendría que ser la época del año más adecuada para disfrutar de una residencia que debía de haber costado muchos millones de coronas, tanto comprarla como decorarla. Aunque no pasaran mucho tiempo en Suecia. Pero posiblemente debían de ser en aquel lugar que recordaba un castillo de la Provenza y que Marie había encontrado cuando los había buscado por internet. La gente rica pocas veces se conformaba con menos del mejor. Incluida una residencia para pasar el verano.

Aún así, estaba agradecida que estuvieran dispuestos a alquilar casa suya. Era allá donde volvía enseguida que habían acabado de rodar. Sabía que aquello no duraría siempre, que tarde o temprano se volvería a cruzar con Helen, que lo asaltaría el recuerdo del que en el pasado habían significado el una para la otra y de cómo habían cambiado las cosas. Pero todavía no estaba preparada.

—Mama!

Marie va a clucar los ojos. De acá que había nacido, había intentado que la Jessie le dijera por el nombre en vez de aquella etiqueta que le ponía los pelos de punta; pero había sido va. La chica se había empeñado a denominarla «mama», como si a través de aquella palabra pudiera transformar Marie en madre clueca rodanxona.

—Mama?

La voz vendía trasera, bien cerca, y Marie era consciente que no se podía esconder.

—Sí? —respondió, y alargó el brazo para coger la copa.

Las burbujas le arañaron la garganta. A cada trago, el cuerpo se relajaba más y se resignaba a la evidencia.

—En Sam y yo habíamos pensado ir a hacer un tumbo con su barca, te parece bien?

—Sí, está claro —contestó Marie, e hizo otro trago.

Y miró su hija por debajo del ala de la pamea.

—En vuelos?

—Mama, tengo quince años —dijo la Jessie, suspirando.

Dios del cielo, la Jessie era tan políticamente correcta que resultaba difícil creer que era hija suya, pero, como mínimo, desde que habían llegado a Fjällbacka, había tenido la suerte de conocer un chico.

Marie se estiró a la gándula y va a clucar los ojos, pero los volvió a abrir inmediatamente.

—Cómo es que todavía eres aquí? —dijo—. Me haces sombra. No voy que estoy intentado coger un poco de color? Después de comer tengo grabación y me quieren con un moreno natural. Los veranos que pasaba a Dannholmen, Ingrid parecía una galleta de jengibre.

—Yo... —la Jessie empezó a decir algo, pero después hizo media vuelta y se

fue.

Marie sintió como la puerta principal se cerraba, con un gran estrépito, y sonrió. Por fin sola.

En Bill Andersson abrió la tapa del cesto y sacó uno de los bocadillos que la Gun le había preparado. Levantó los ojos y volvió a cerrar la tapa de un revuelo. Las gaviotas eran muy rápidas y si no se tenía cuidado podían quedarse toda la comida. Allá al embarcador se estaba especialmente expuesto a aquel peligro. La Gun le clavó una empenteta.

—Es una idea muy buena —dijo—. Alocada, pero buena.

En Bill cerró los ojos y clavó una queixalada al bocadillo.

—Lo crees de verdad o sólo lo dices para hacer contento tu hombre? —dijo.

—Desde cuando digo las cosas porque estés contento, yo? —respondió la Gun, y en Bill tuvo que darle la razón.

Durante los cuarenta años que hacía que estaban juntos, habían sido contadas las ocasiones que la Gun no se había mostrado brutalmente franca.

—Sí, he sido dando vueltas desde que vimos aquella película, y me parece que aquí también podría funcionar. He hablado con en Rolf del centro de refugiados y allá no se lo están pasando especialmente bien. La gente es tan cobarde que ni siquiera se atreve a acercarse.

—Aquí a Fjällbacka basta con que vengas de Strömstad cómo yo porque te vean como un forastero. Quizás no es tan extraño que no reciban los sirios con los brazos abiertos.

La Gun se estiró para coger otro panecillo, acabado de comprar a Zetterlinds, y lo untó con una buena capa de mantequilla.

—Pues empieza a ser hora que la gente cambie —dijo en Bill, y abrió los brazos—. Aquí tenemos personas que han huido de la guerra y la miseria con las criaturas y todo el que los quedaba, y han tenido que vivir igualmente de manera miserable durante todo el trayecto hasta aquí, así que nos tenemos que ocupar que la gente empiece a hablar con ellos. Si se puede enseñar a un grupo de somalíes a esquiar y a jugar *a bandy*, bastante que podemos enseñar a los sirios a navegar, oi? Por cierto, Siria toca al mar? Quizás incluso ya saben!

La Gun sacudió la cabeza.

—No lo sé, estimado. Míralo en internet.

En Bill se estiró para coger el iPad que habían dejado cerca suyo después de la partida de sudoku de la mañana.

—Sí, Siria toca al mar, pero cuesta saber cuántos han ido nunca a la costa. Siempre he dicho que todo el mundo puede aprender a navegar. Será una buena ocasión para demostrarlo.

—Pero no cruces que habría basta que pudieran divertirse un rato navegante? Es imprescindible que tengan que competir?

—Este era justamente el elemento central del documental *Trevligt folk*: que los somalíes tuvieran una motivación real y concreta. Era como una declaración de intenciones.

En Bill sonrió. No sabía que fuera capaz de expresarse con tanta vehemencia y sentido común.

—De acuerdo, pero por qué tiene que ser una... como lo has denominado? Una

declaración de intenciones?

—Porque, si no lo hacemos así, no causará el mismo impacto. Si más gente se siendo inspirada, tal como me pasó a mí, el impacto se puede extender como círculos a la superficie del agua en un estanque. Y a los refugiados los será más fácil integrarse a la sociedad.

En Bill vio ante suyo como ponía en marcha un movimiento de alcance nacional. Los grandes cambios tienen que iniciarse en algún lugar. Y el que había empezado con el campeonato del mundo de bandy para los somalíes y continuaba con una competición náutica para los sirios podía acabar donde fuera!

La Gun puso la mano sobre la de su hombre y le sonrió.

—Hoy mismo iré a hablar con en Rolf y miraré de conseguir una reunión al centro de refugiados —dijo en Bill, y cogió otro panecillo.

Después de un rato de vacilación, grapó otro panecillo y lo lanzó a las gaviotas. Al fin y al cabo, también tenían derecho a comer.

Eva Berg arrancó un puñado de malas hierbas y las dejó al cesto que tenía al lado. Como siempre, el corazón le hizo un bot cuando levantó los ojos y vio los campos. Todo aquello era suyo. La historia de la granja nunca los había preocupado. Ni en Peter ni ella eran muy supersticiosos. Pero, evidentemente, se había hablado mucho cuando diez años antes habían comprado la granja de los Strand. De los accidentes que habían golpeado aquella familia. Aún así, por el que Eva había entendido, se trataba de una gran tragedia que después había desencadenado el resto de desgracias. La muerte de la pequeña Stella había arrastrado la familia Berg a un destino dramático, y aquello no tenía nada que ver con la granja.

Eva se inclinó ninguno adelante y continuó buscando malas hierbas, sin hacer caso del mal que le hacían las rodillas. Para en Peter y ella, la casa nueva era un paraíso. Los dos venían de ciudad —si es que Uddevalla se podía considerar una ciudad—, pero siempre habían soñado a vivir al campo. La granja en las afueras de Fjällbacka los había parecido perfecta en todos los sentidos. El precio tan bajo debido al que había pasado años atrás había hecho que dispusieran de suficiente dinero para comprarla. Eva tenía la esperanza de haber llenado aquel lugar con suficiente amor y energía positiva.

El mejor de todo era como disfrutaba la Nea. Cuando nació, le pusieron el nombre de Linnea, pero desde pequeña su hija se había referido a sí misma como Nea y tanto a Eva como en Peter los había parecido de lo más natural también denominarla así. Ahora tenía cuatro años y era tan decidida y terca que Eva temblaba sólo de pensar en la adolescencia. Pero todo apuntaba que en Peter y ella no tendrían más hijos, así que, cuando llegara el momento, podrían parar toda la atención que hiciera falta a la Nea. Ahora mismo, todo aquello le parecía muy lejano. La Nea corría arriba y abajo como una bolita de energía, con los cabellos rubios que había heredado de Eva ondeando como una nube alrededor de la carona clara. Eva sufría que no se quemara con el solo, pero parecía que el único que pasaba a la niña era que le salían todavía más pecas.

Se incorporó y se enjugó el frente con la muñeca para no ensuciarse con los guantes. Le encantaba desbrossar el huerto. Era un contraste maravilloso con el

trabajo rutinario al despacho. La felicidad infantil de ver como las semillas que había plantado se convertían en plantas que crecían, que daban frutos y que, finalmente, se podían cosechar. plantaban sólo para consumo propio. No habrían podido vivir del huerto, pero tenían bastante para casa: verduras y hortalizas, hierbas aromáticas y un campo de patatas. A veces, Eva tenía mala conciencia por cómo los habían ido las cosas. La vida había acabado siendo mejor del que nunca se habría podido imaginar, y no necesitaba nada más en este mundo que en Peter, la Nea y su granja.

Empezó a arrancar zanahorias. Más allá vio como en Peter se acercaba con el tractor. Cuando no estaban de vacaciones, su hombre trabajaba a Tetra Pak, pero así que podía se pasaba todo el tiempo libre arriba del tractor. Aquella mañana había salido de casa temprano, mucho antes que Eva se despertara, y se había llevado la comida y un termos de café. La granja tenía una extensión de bosque y en Peter había decidido que lo aclararía, así que Eva sabía que volvería con leña para el invierno, sudado y sucio de pies a cabeza, con el cuerpo dolorido y un grande sonreír a los labios.

Dejó las zanahorias al cesto, que colocó a un lado. Se las comerían para cenar. Después se sacó los guantes, los dejó al lado del cesto y fue a encontrar en Peter. Va medio cerrar la vista para intentar ver la Nea arriba del tractor. A buen seguro que se había quedado dormida, como siempre le pasaba. Aquella mañana se había quitado muy temprano, pero le encantaba ir al bosque con en Peter. La niña quizás estimaba su madre, pero adoraba su padre.

En Peter subió el tractor hasta el patio que se extendía ante la casa.

—Hola, amor —dijo Eva, cuando su hombre apagó el motor.

El corazón le latió con fuerza cuando vio aquella sonrisa. Todavía ahora, después de tantos años, aquella sonrisa conseguía que las piernas le flaquearan.

—Hola, bonita! Os lo habéis pasado bien, hoy?

—Sí...

A que se refería con aquel «habéis»?

—Y vosotros? —se afanó a decir.

—Quién quieres decir? —respondió en Peter, y le dio un beso empapado de sudor.

Miró al suyo cercando.

—Dónde es la Nea? Se ha dormido?

Las orejas le silbaron y, como si viniera de la lejanía, Eva sintió que le decía:

—Me pensaba que era contigo.

Se miraron el uno al otro mientras su mundo se hacía añicos.

El caso Stella

L A LINDA ESTABA OBSERVANDO LA S ANNA, balanceándose a la silla adelante y atrás.

—Que cruces que dirá la Stella cuando vea este montón de ropa que puertas? —Me parece que se pondrá muy contenta —respondió la Sanna con una sonrisa que, durante un instante, hizo que fuera clavada a su hermana pequeña. Después, va arrufar el frente de una manera que le era muy característica.— Pero quizás también se sentirá celosa.

Linda sonrió mientras subía con el coche hasta la granja. Desde siempre, la Sanna había sentido devoción por su hermana pequeña.

—Le explicaremos que a ella también le compraremos ropa bonita cuando le llegue el turno de empezar la escuela.

Apenas tuvo tiempo de parar el coche antes de que la Sanna bajara de un revuelo y abriera la puerta trasera para coger las bolsas.

La puerta principal se abrió y la Anders salió a las escaleras.

—Perdonáis que hayamos llegado tan tarde —dijo Linda—. Hemos ido a tomar algo antes de venir.

El Anders la miró con una expresión extraña.

—Ya sé que pronto será la hora de cenar, pero a la Sanna le vendía tanto de gusto ir a tomar algo las dos juntas... —continuó Linda, y sonrió a su hija que, a correquita, abrazó su padre y entró como un relámpago a casa.

El Anders sacudió la cabeza.

—No es esto. La Stella... no ha vuelto a casa.

—Ah, no?

Una ojeada a la Anders provocó que se le hiciera un nudo al estómago.

—No. Y he trucado a Marie y a Helen. Ninguno de las dos está en casa.

Linda soltó un jadeo y cerró la puerta del coche.

—No te preocupes, seguro que se los ha hecho tarde. Ya sabes cómo es la Stella. Estoy convencida que ha querido atravesar el bosque y enséñalos todo.

Dio un beso a la boca a la Anders.

—Seguro que tienes razón —dijo, pero no parecía convencido.

El teléfono empezó a sonar y el Anders entró a la cocina a grandes zancadas para responder.

Linda va arrufar las cejas cuando se agachó para sacarse los zapatos. No era propio del Anders, aquello de preocuparse tanto. Pero, está claro, su hombre hacía una hora larga que estaba en casa, andando arriba y abajo y preguntándose qué podía haber pasado.

Cuando se levantó, el Anders se le había plantado delante. La expresión que tenía a la cara hizo que Linda sintiera como el estómago se le volvía a recargar.

—Era en K. G. Helen acaba de llegar a casa y ahora cenarán. En K. G. ha trucado en casa de Marie y, según él, las dos afirman que han dejado la Stella en casa hacia las cinco.

—Qué me quieres decir?

El Anders se calzó las vambes.

—La he buscado por toda la granja, pero quizás ha vuelto a meterse en el bosque y se ha perdido.

Linda asintió con la cabeza.

—Tenemos que salir a buscarla.

Se fue hasta las escaleras y llamó hacia el primer piso:

—Sanna? El padre y yo iremos a buscar la Stella. No te preocupes, seguro que es al bosque. Ya sabes como le gusta pasarse el día allá. Volveremos pronto!

Miró su hombre. No tenían que mostrar a la Sanna ni el más mínimo señal de preocupación.

Pero media hora más tarde eran incapaces de esconderse el miedo el uno a la otra. El Anders aferraba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Después de buscar al bosque más cercano en la casa, habían hecho y deshecho la carretera que lo atravesaba. Conduciendo muy despacio, habían ido a todos y cada uno de los rincones que sabían que la Stella solía visitar. Pero no habían encontrado ningún rastro de su hija.

Linda puso una mano a la rodilla de la Anders.

—Ahora tenemos que volver a casa.

El Anders asintió con la cabeza y la miró. El terror que se podía leer a sus ojos era un espejo esfereidor del que sentía ella.

Tenían que trucar a la policía.

E

N GÖSTA FLYGARE REMOVÍA entre la pila de papeles que tenía delante. Era un lunes del mes de agosto, así que no era mucho alta. No tenía nada en contra de trabajar en verano. Aparte de ir a jugar a golfo de vez en cuando, no tenía nada mejor a hacer. Está claro que a veces vendía a verlo el Ebba, pero con la criatura pequeña cada vez pasaba más tiempo entre visita y visita. Y en Gösta lo comprendía. tenía bastante con la invitación de poderla ir a ver a Göteborg y que fuera genuina y sincera. Una pequeña dosis del que se había convertido en su familia era más que nada. Y, por otro lado, en Patrik, que tenía las criaturas pequeñas, podría disfrutar más de poder hacer vacaciones a pleno verano. En Mellberg y él podían quedarse allá, como una pareja muy avenida, y cuidarse de todo el trabajo que los cayera encima. Al fin y al cabo, de vez en cuando en Martin sacaba la nariz, para comprobar que los «yayos» estaban bien —como los solía denominar para hacerlos la pascua—, pero en Gösta creía que en realidad era porque quería un poco de compañía. El chico no había conocido nadie desde la muerte de la Pia y en Gösta pensaba que era una lástima. Era un xicot muy vivaracho. Y a su hija le hacía falta un poco de mano femenina. Sabía que últimamente el Annika, la secretaria de la comisaría, con la excusa que la Tuva pudiera ir a jugar con su hija Leia, a veces se hacía cargo de la noieta. Pero con aquello no había basta. La niña necesitaba una madre. En Martin, pero, no estaba preparado para una nueva relación y entonces las cosas eran como eran. El amor llega cuando quiere y, al fin y al cabo, para en Gösta había habido una sola mujer. Pero en Martin todavía era demasiado joven.

Comprendía que encontrar un nuevo amor no era tan fácil. No se podían forzar los sentimientos y la oferta es un poco limitada cuando se vive en un pueblo tan pequeño. Además, antes de conocer la Pia, en Martin había sido uno bala perdida, así que en unos cuantos casos se arriesgaba a convertirse en una segunda parte. Y, tal como lo veía en Gösta, si la cosa no había funcionado en el primer intento, pocas veces suele mejorar en un reencuentro. Pero, qué carai sabía él? El amor de su vida había sido su mujer, la Maj-Britt, con quién había compartido toda la vida. No había habido nunca ninguna otra, ni antes ni después.

El sonido estridente del teléfono lo arrancó de sus cabòries.

—Comisaría de Tanumshede.

Paró atención a la voz que hablaba al otro extremo de la línea.

—Ahora mismo venimos. Me puedes facilitar la dirección?

En Gösta la apuntó, colgó el aparato y, de un revuelo, entró al despacho del lado sin trucar a la puerta.

En Mellberg hizo un salto al despertarse de un sueño profundo.

—Hostia, que pasa?! —exclamó, y miró fijamente en Gösta.

Los cabellos, entortolligats a la cabeza de manera ridícula en un intento fallado para esconder la calva, cayeron hacia un lado, pero con un gesto mecánico rápidamente los volvió a poner a lugar.

—Criatura desaparecida —dijo en Gösta—. Cuatro años. No saben nada desde hoy por la mañana.

—Hoy por la mañana? Y los padres no trucan hasta ahora? —dijo en Mellberg, y se levantó de un revuelo de la silla.

En Gösta dio un vistazo al reloj de pulsera. Eran las tres tocadas.

La desaparición de una criatura no formaba parte de la normalidad. En verano tenían que tratar sobre todo con borrachos, robos en casas y hurtos, agresiones y, a veces, con intentos de violación.

—Los dos se pensaban que la niña era con el otro progenitor. Los he dicho que iríamos enseguida.

En Mellberg se calzó los zapatos que había dejado junto a la mesa. Su perro, el Ernst, que también se había despertado, había vuelto a reponer el hacia tierra así que había entendido que todo aquel rebombori no tenía nada que ver con la posibilidad de salir a pasear o con cualquier cosa comestible.

—Qué pasa? —preguntó en Mellberg, casi corriendo detrás de en Gösta, que a grandes zancadas había salido hacia el aparcamiento.

Cuando llegaron al coche, no paraba de jadear.

—Se trata de la granja de los Berg —dijo en Gösta—. Donde vivía la familia Strand.

—Ay, cojones! —hizo en Mellberg.

En Mellberg sólo había sentido a hablar y había leído algo sobre aquel caso viejo que había tenido lugar mucho antes que él llegara a Fjällbacka. Pero en Gösta sí que estaba, cuando pasó. Y todo aquello le resultaba demasiado familiar.

—Hola?

En Patrik se va espolsar la mano antes de responder, pero aún así el teléfono quedó pleno de arena. Con la mano que tenía libre pidió a los niños que se acercaran y cogió un paquete de galletas y una caja con manzana cortada. En Noel y Anton se van abraonar encima del paquete, intentando arrebatarlo de las manos. La batalla acabó con el paquete en tierra y buena parte de las galletas esparcidas por encima la arena. Un montón de padres, todavía más que antes, se giraron ningún donde eran ellos y en Patrik sintió como se mofaven. Y los podía entender perfectamente. En Patrik consideraba que tanto el Erica cómo él eran unos padres relativamente competentes, aún así, de vez en cuando, los gemelos se comportaban cómo si hubieran crecido entre lobos.

—Un momento, Erica —dijo, y con un suspiro recogió un par de galletas y las sopló para sacar la arena.

En Noel y Anton ya habían tragado tanta que algo más no los haría ningún mal. La Maja cogió la caja con la manzana, se sentó, se la puso al regazo y levantó los ojos hacia la playa. En Patrik contempló aquella esqueneta esprimatxada y los cabellos, que de la humedad se le habían rinxolat a la nuca. Estaba preciosa, allá sentada, aunque, como siempre, su padre se hubiera olvidado de hacerle una cola.

—Apa, ahora ya puedo hablar. Hemos bajado a la playa y acabamos de tener un pequeño incidente con las galletas que tenía que resolver...

—De acuerdo —dijo el Erica—. Pero, aparte de esto, va todo bueno?

—Y tanto, de fábula —mintió en Patrik, mientras volvía a intentar limpiarse las manos de arena con el banyador.

En Noel y Anton cosecharon unas cuántas galletas de tierra y se las van cruspír

de un revuelo mientras la arena los crujía entre los dientes. Una gaviota hacía círculos por encima de sus cabezas, esperando unos segundos de descuido para poderse llevar las galletas. Pero en Patrik estaba convencido que se tendría que ir con las manos vacías. Los gemelos eran capaces de ventilarse un paquete entero de galletas en un tiempo récord.

—Ya he acabado el que tenía que hacer —dijo el Erica—. Quieres que baje a la playa?

—Sí, y tanto! —dijo en Patrik—. Pero coge un termos con café, la falta de costumbre ha hecho que me olvidara de bajar.

—Recibo. Tus deseos son órdenes.

—Gracias, amor. No sabes como deseo tomarme una taza de café ahora mismo. Cuando colgó, en Patrik sonrió de oreja a oreja. Qué suerte que tenía. Después de cinco años y tres criaturas todavía notaba mariposas al estómago cuando sentía la voz de su mujer al teléfono. El Erica era el mejor que le había pasado. Bien, excepto los niños está claro, pero, por otro lado, sin el Erica nunca los habría tenido.

—Era la mama? —dijo la Maja, e hizo visera con la mano cuando se giró para mirarlo.

Dios del cielo, desde ciertos ángulos era amasada a su madre. En el fondo del corazón, en Patrik daba las gracias. El Erica era la mujer más bonita que conocía.

—Sí, era la mama. Ahora baja.

—Sííí! —llamó la Maja.

—Un momento, truncan del trabajo. Lo tengo que coger —dijo en Patrik, y con un dedo lleno de arena pulsó el botón verde del teléfono.

A la pantalleta aparecía el nombre de Gösta y en Patrik sabía que, estando de vacaciones, su compañero no le trucaría si no se trataba de un asunto importante.

—Hola, Gösta —dijo—, espera un momento. Maja, podrías dar unos cuantos trozos de fruta a los niños? Y coge aquel palo de piruleta que en Noel está a punto de meterse en la boca... Gracias, bonita.

Se volvió a acercar el teléfono a la oreja.

—Perdóname, Gösta, ahora te escucho. Hemos bajado con los niños en la playa de Sälvik y la palabra *caos* se queda corta para describir el que está pasando aquí.

—Me sabe mal molestarte en plenas vacaciones —dijo en Gösta—, pero me ha parecido que quizás querrías saber que hemos recibido el aviso de la desaparición de una menor. Una niña pequeña. No saben nada desde hoy por la mañana.

—Qué coi me estás diciendo? Desde esta mañana?

—Exacto. No disponemos de más información, pero ahora mismo en Mellberg y yo vamos hacia casa de los padres.

—Y dónde viven?

—Es justamente por eso que te truco. La niña ha desaparecido a la granja de los Berg.

—Uix, mierda! —exclamó en Patrik, y el corazón se le heló—. No es donde vivía la Stella Strand?

—Sí, la misma granja.

En Patrik observó sus hijos, que jugaban con una relativa paz a la arena. Sólo de imaginarse que uno pudiera desaparecer, se le revolvió el estómago. No necesitó mucho tiempo para tomar una decisión. Aunque en Gösta no se lo hubiera dicho abiertamente, en Patrik entendió que su compañero quería contar con alguien más aparte de en Mellberg.

—Ahora vengo —dijo—. El Erica llegará de aquí a un cuarto temprano más o menos y entonces podré marchar.

—Sabes donde cae la granja?

—Sí —respondió en Patrik.

Y tanto que sabía donde era. Últimamente, en casa había sentido a hablar mucho.

En Patrik pulsó el botón rojo del teléfono y sintió como se le hacía un nudo al estómago. Se inclinó ninguno adelante y se acercó sus tres hijos. Los niños se quejaron y todo él quedó pleno de arena. Pero no tenía ninguna importancia.

—Hace un poco de gracia —dijo la Jessie.

Y se apartó los cabellos que con el viento le iban a parar constantemente a la cara.

—Qué quieres decir que hace gracia? —dijo en Sam, y levantó los ojos hacia el solo.

—Bien, no se puede decir que tengas el peine de alguien... que trae un barco.

—Y qué peine tiene alguien que trae barco, eh?

En Sam giró el timón y dejó pasar un velero.

—Vaya, ya sabes a que me refiero. Acostumbran a traer zapatos blancos con flequillos, pantalones azul marino, polo y un pul·lòver ligado a los hombros.

—Y sombrero de marinero, oi? —En Sam hizo una pequeña mueca.— Por cierto, y cómo es que sabes el peine que tiene alguien que trae barco? Apenas has salido a navegar, tú.

—Ya, pero he visto películas. Y fotos a los diarios.

En Sam hizo ver que no lo entendía. Era evidente que alguien en barco no hacía la misma fila que él. Con la ropa rasgada, los cabellos negros como el carbón y la raya debajo los ojos. Y las uñas. Negros y mordisqueadas. Pero no era ninguna crítica. En Sam era el chico más guapo que había visto nunca.

Pero aquel comentario había sido muy desafortunado. Así que abría la boca, salía alguna tontería. Sentía como lo decía la gente de todos los internados por donde iba pasando. Que era idiota. Y fea.

Y tenían razón, lo sabía.

Era grasa y torpe, con la cara llena de grandes y unos cabellos que, por mucho que se los lavara, parecían siempre greixosos. La Jessie sintió que las lágrimas estaban a punto de brotar-le y, para que en Sam no se diera cuenta, parpadeó rápidamente para alejarlas. No quería quedar en evidencia ante sede. Era el primer amigo que había tenido nunca. Lo había sido desde el día que se le había acercado a la cola de la paradeta de comer rápido Centrum. Le había dicho que sabía quién era y entonces la Jessie había entendido quién era él.

Y quién era su madre.

—Hostia, se ve gente por todas partes! —hizo en Sam, y buscó una cala donde no hubiera dos o tres embarcaciones empapadas o fondeando.

La mayoría de lugares estaban ocupados antes y todo del mediodía.

—Coño de domingueros que vienen a hacer el banyet! —masculló.

Consiguió encontrar un raconet en cobijo por detrás de Långskär.

—Amarraremos aquí. Saltas en tierra con la cuerda?

En Sam señaló la cuerda que había a la cubierta, a la proa del barco.

—Que salte? —dijo la Jessie.

Aquello de saltar no lo hacía paso mucho a menudo. Y de cabeza de las maneras desde la cubierta de un barco a una roca resbaladiza.

—No pasa nada —respondió en Sam, con serenidad—. Daré marcha atrás justo antes de topar. Suyo en cuclillas a la proa y así podrás saltar mejor en tierra. Irá de fábula. Confía en mí.

«Confía en mí.» Realmente era capaz de hacerlo? Confiar en alguien? En en Sam?

La Jessie respiró fondo, se arrastró hasta la proa del barco, grapó con fuerza la cuerda y se puso en cuclillas. Cuando la isla se acercó, en Sam frenó la embarcación poniendo la marcha atrás y la barca deslizó suavemente hasta la roca donde tenían que bajar. Y, sorprendida de sí misma, la Jessie hizo un bot desde el barco y aterrizó sin dificultad a la isla. Con la cuerda todavía en la mano.

Lo había conseguido.

Era la cuarta vez que iban al centro comercial Hedemyrs en tres días. Pero, sacado de aquello, a Tanumshede había muy poca cosa a hacer. En Khalil y el Adnam se paseaban por el primer piso, entre las tiendas de ropa y otras foteses. En Khalil podía sentir las miradas de la gente. Ya no tenía fuerzas ni para enfadarse. Al comienzo, le habían costado de pair las miradas, aquella sensación de estar bajo sospecha. Ahora había aceptado que destacaban sobre el resto. No tenían apariencia de suecos, no hablaban como los suecos, no se movían como los suecos. Él también se lo habría quedado mirando, si hubiera visto un sueco en Siria.

—Qué cojones estás mirando? —exclamó el Adnan en árabe a una mujer de unos setenta años que no los sacaba los ojos del encima.

A buen seguro hacía de ciudadana responsable y se quería asegurar que no mangaran nada. En Khalil le podría haber explicado que nunca habían cogido nada que no los perteneciera. Que ni los pasaría por la cabeza. Que no los habían educado de aquella manera. Pero cuando la mujer marchó hacia las escaleras con una risa burlona comprendió que no valía la pena.

—Qué coño piensan que somos? Siempre el mismo.

El Adnan continuó renegando en árabe y gesticulando con los brazos, de forma que estuvo a punto de volcar una luz de la estantería que tenía al lado.

—Deja que piensen el que quieran. Seguro que es la primera vez que ven un árabe...

Al final consiguió que el Adnan sonriera. Su compañero era dos años más joven, tenía sólo dieciséis, y a veces todavía parecía un niño pequeño. No controlaba las emociones, eran las emociones las que lo dominaban.

En Khalil hacía tiempo que no se sentía una criatura. Desde el día que una bomba se llevó su madre y sus hermanos pequeños. Sólo de pensar en en Bilal y

en Tariq, los ojos se le negaron de lágrimas y parpadeó varias veces porque la Adnan no se diera cuenta. En Bilal, que no paraba de hacerle la pascua, pero que era tan alegre que uno no se podía enfadar nunca. En Tariq, siempre con un libro en las manos, que sentía curiosidad por todo, que todo el mundo decía que llegaría muy lejos. En un cerrar y abrir de ojos, ya no estaban. Los habían encontrado a la cocina, el cuerpo de la madre sobre el de los hijos. No los había podido proteger.

Estrechando los puños, en Khalil miró alrededor, pensando en cómo era ahora su vida. Se pasaba los días en una habitación minúscula del centro de internamiento o vagarejant por las calles de aquel pueblecito donde había ido a parar. Tan silencioso y desierto, sin olores, ruidos ni colores.

Los suecos vivían cerrados en su propio mundo, apenas se saludaban, hacía la sensación que casi tenían miedo si alguien se atrevía a hablarlos, y, cuando lo hacían, hablaban con un hilo de voz y sin gesticular.

El Adnan y en Khalil bajaron las escaleras y salieron al exterior, donde el solo calentaba. Se pararon a la acera. Cada día el mismo. La dificultad de encontrar algo para hacer. Las paredes del centro cada vez se los hacían más pesadas, como si intentaran ahogarlos. En Khalil no quería parecer desagradecido. Aquel país le había proporcionado un techo y un plato a mesa. Y seguretad. Allá no caían las bombas. Allá no se vivía bajo la amenaza de los soldados y los terroristas. Pero incluso en aquella seguridad resultaba difícil vivir en el limbo. No tener nada en casa, no tener nada para hacer, ningún propósito.

Aquello no era una vida. Sólo una mera existencia.

A su lado, el Adnan suspiró. Volvieron hacia el centro de internamiento sin badar boca.

Eva estaba cómo petrificada estrechándose con fuerza con los brazos. En Peter todavía corría arriba y abajo. Había buscado por todas partes, cuatro y cinco veces. Levantaba la misma manta, movía las mismas cajas, llamaba el nombre de la Nea una y otra vez. Pero Eva sabía que era va. La Nea no era allá. sentía la ausencia con todo el cuerpo.

Forzó la vista y en la lejanía vio un puntet. Un puntet que se fue tirando más gordo y en que se intuía un color blanco a medida que se acercaba. Eva comprendió que se trataba de la policía, finalmente. Bien pronto pudo ver con claridad las franjas azules y amarillas y un vacío se abrió para sus adentros. Su hija había desaparecido. La policía era allá porque la Nea había desaparecido. Desde la mañana. El cerebro se escarrassava a asimilarlo. Que no estuviera desde aquella mañana. Cómo podían haber sido tan malos padres que ni siquiera se havien dado cuenta que su niña de cuatro años no había aparecido en todo el día?

—Eres tú quien ha trucado?

Un hombre grande de cabellos plateados bajó del coche patrulla y avanzó hacia ella. Eva asintió con la cabeza sin decir nada y el hombre le alargó una mano.

—Gösta Flygare. Y él es en Bertil Mellberg.

Un agente de policía de aproximadamente la misma edad, pero significativamente más corpulent, también le alargó la mano. Sudaba abundantamente y se enjugaba el frente con la manga de la camisa.

—Tu hombre es aquí? —dijo el policía más delgado y de cabellos más grisosos, y miró al suyo cercando.

—Peter! —llamó Eva, y quedó terrorizada al sentir la debilidad de su voz.

Lo volvió a intentar y en Peter apareció corriendo al umbral del bosque.

—La has encontrado? —berreó.

Los ojos se le clavaron en el coche patrulla y se hundió.

Todo ello parecía tan irreal. Aquello no podía estar pasando. Se despertaría en cualquier momento, aliviada al ver que todo había sido una pesadilla.

—Podemos hablar haciendo un café? —preguntó en Gösta Flygare, con voz serena, y cogió Eva por el codo.

—Está claro, entráis. Nos sentaremos a la cocina —contestó, y pasó delante.

En Peter se quedó petrificado en medio del patio, con los brazos largos colgante. Eva sabía que su hombre quería continuar buscando, pero no sería capaz de hacerse cargo de aquella conversación a solas.

—Peter, ven.

Con pasas pesadas, en Peter entró a la casa detrás de su mujer y los policías. Eva empezó a remover la cafetera, de espaldas a los tres hombres, pero en todo momento sentía la presencia de los agentes. Era cómo si aquellos uniformes llenaran la cocina.

—Leche? Azúcar? —preguntó de una manera rutinaria, y los dos asintieron con la cabeza.

Cogió la leche y el azúcar mientras su hombre continuaba derecho al umbral de la puerta.

—Suyo —dijo, con un poco demasiado de dureza, y en Peter obedeció.

Cómo si fuera con el piloto automático, paró la mesa con tazas, cucharas y un paquete de galletas Ballerina que tenía al armario. A la Nea le encantaban las Ballerina. Aquel pensamiento la hizo estremecer y le cayó la cuchara en tierra.

En Gösta se agachó para cosecharla, pero Eva fue más rápida. La dejó a la pica y cogió una de limpia del cajón de los cubiertos.

—Que no empezaréis a hacernos preguntas? —hizo en Peter, con los ojos clavados en sus manos—. Desde esta mañana que no sabemos donde es la Nea. Cada segundo es importante.

—Deja que tu mujer se siente y nos ponemos —aclaró en Gösta, e hizo una señal con el hacia Eva.

La mujer sirvió el café y después se sentó.

—Cuando fue el último golpe que visteis a la niña? —preguntó el agente más graso, mientras estiraba un brazo para coger una galleta.

La rabia estaba a punto de hacerle estallar la cabeza. Había servido unas cuántas galletas porque era el que se hacía cuando venían visitas, pero que aquel hombre tuviera suficiente estómago para tragarse una de chocolate mientras iba tirando preguntas sobre la Nea le hacía hervir la sangre.

—Ayer al atardecer. Se fue a dormir a la misma hora de siempre. Duerme en su habitación. Le leí un cuento y después apagué la luz y cerré la puerta.

—Y después de esto no la habéis vuelto a ver? Por la noche no se despertó? Ninguno de vosotros no se quitó y fue a ver qué hacía? No sentisteis nada?

La voz de en Gösta era tan suave que casi hizo que Eva no se diera cuenta que su compañero cogía otra galleta.

En Peter se fregó la garganta.

—No, duerme toda la noche de un tirón. Esta mañana he sido el primero a quitarme, tenía que salir al bosque con el tractor, y he tomado una taza rápida de café y un bocadillo. Después he marchado.

El tono de voz era de súplica. Cómo si se pudiera encontrar una respuesta en nada del que había dicho. Eva estiró la mano y la puso sobre la de su marido. Estaba tan fría como la suya.

—Y no has visto la Linnea? Quiero decir esta mañana.

En Peter sacudió la cabeza.

—No, la puerta de su habitación estaba cerrada. He pasado por el delante intentando no hacer ruido para no despertarla. Quería que Eva pudiera dormir un rato más.

Su mujer le estrechó la mano. En Peter era así. Siempre tan considerado. Siempre pensante en la Nea y en ella.

—Y tú, Eva? Explícanos cómo ha sido tu mañana.

La voz dulce de en Gösta le dio ganas de llorar.

—Me he despertado temprano, después de las ocho y media. No recuerdo la última vez que dormí tanto. La casa estaba en silencio y he ido inmediatamente a ver como estaba la Nea. La puerta de su habitación estaba abierta y la cama, deshecho. No era allá, así que he supuesto que...

Eva sollozó. En Peter puso la otra mano sobre la de su mujer y se lo estrechó.

—He supuesto que había marchado bien temprano al bosque con en Peter. Le encanta y lo hace a menudo. Así que no me ha parecido nada extraño, ni por un segundo he pensado...

Ya no era capaz de contener las lágrimas. Con la mano libre se las enjugó.

—Yo he supuesto el mismo —dijo en Peter, y Eva volvió a sentir como la mano de su hombre estrechaba la suya.

Y sabía que tenía razón. Pero, aún así... Con sólo que hubiera...

—No podría ser que hubiera ido a casa de algún compañero de clase? —preguntó en Gösta.

En Peter negó con la cabeza.

—No, sólo se mueve por dentro de la granja. No ha intentado nunca salir de los límites de la finca.

—Siempre hay de haber una primera vez —dijo el policía graso. Hasta aquel momento se había limitado a estar en silencio y a endrapar galletas, y Eva casi hizo un bot.— Se puede haber perdido dentro del bosque.

En Gösta se miró en Mellberg de una manera que Eva no supo interpretar.

—Organizaremos grupos para hacer un vareo —dijo.

—Queréis decir? Pensáis que ha desaparecido dentro del bosque?

El bosque era infinito. Sólo de pensar que la Nea se había perdido, se le revolvía el estómago. Nunca había sufrido que pudiera pasar. Y la niña nunca había ido suela. Pero quizás era una idea muy inocente. Inocente e inconsciente. Dejar que una criatura de cuatro años corriera arriba y abajo por la granja totalmente libre, a tocar de un bosque tan grande. La Nea se había perdido y era culpa de los dos. Cómo si fuera capaz de leerle los pensamientos, en Gösta dijo:

—Si es al bosque, la encontraremos. Ahora mismo haré un par de llamadas y empezaremos a buscarla en un santiamén. Tendremos en marcha un grupo de

vareo de aquí una hora, de forma que podamos aprovechar al máximo las horas de solo que nos quedan.

—Será capaz de soportar una noche a la intemperie? —dijo en Peter, con un hilo de voz.

Tenía la cara como la cera.

—Las noches todavía son cálidas —lo calmó en Gösta—. No se morirá de frío, pero evidentemente haremos todo el que podamos para encontrarla antes no se haga oscuro.

—Cómo iba vestida? —dijo en Bertil Mellberg, y alargó el brazo para coger la última galleta del plato.

En Gösta se lo miró, sorprendido.

—Exacto, es una buena pregunta. Sabéis qué ropa traía cuando ha desaparecido? Aunque no la vierais por la mañana, quizás podéis mirar si echáis de menos nada.

a Eva asintió con la cabeza y se levantó para subir a la habitación de la Nea. Por fin algo concreta con la cual podía contribuir.

Pero, cuando llegó ante la puerta, dudó. Respiró fondo antes de tener suficientes fuerzas para abrirla. Allá dentro de todo estaba como siempre. Dolorosamente como siempre. El papel rosa pleno de estrellas de las paredes que la Nea había rasgado cuando le había cogido para estirarlo. Los huesecillos de peluche amontonados a los pies de la cama. Las sábanas con Elsa de Frozen . El muñeco del Olaf, que siempre era a la almohada. El perchero con... Hizo un bot. Sabía exactamente como iba vestida la Nea. Para asegurarse, dio un vistazo al armario y por toda la habitación. No, no era en ninguna parte. De un revuelo volvió hacia abajo.

—Trae el disfraz de Elsa.

—Y cómo es este disfraz? —preguntó en Gösta.

—Es un vestido de princesa de color azul. Con una imagen al pecho de Elsa, de Frozen . Le encanta esta película. Seguro que también trae las calcetes con dibujos de Frozen .

Eva se dio cuenta que ciertos aspectos que como padres de una criatura pequeña se dan por sentado podían ser del todo desconocidos para alguien otro. Ella había visto la película *Frozen* centenares a veces. La ponían como mínimo dos veces al día, cada día, todo el año. Con diferencia, era la película preferida de la Nea y su hija era capaz de representar la canción entera de « Quiere volar». Se tragó las lágrimas. Ante sede, vio con una gran nitidez como la Nea hacía vueltas y más vueltas con el vestido azul y los guantes largos que hacían juego, y bailaba a la vegada que cantaba la canción. Donde era? Y ellos, por qué no se movían de allá?

—Ahora haré una llamada y pondremos en marcha el vareo —dijo en Gösta, como si hubiera sentido el grito mudo de la madre.

Pero Eva sólo fue capaz de asentir con la cabeza. Volvió a mirar en Peter. Los dos sentían el mismo temor.

Provincia de Bohuslän, 1671

ERA UNA MAÑANA NUBLADA DEL MES DE NOVIEMBRE y el Elin Jonsdotter sentaba arriba del carro, helada, junto a su hermana. La casa señorial del pastor, cada vez más cercana, le parecía casi un castillo, comparada con la caseta de en Por y de ella a Oxnäs.

La Britta había tenido suerte. Cómo siempre. Al ser la nineta de los ojos del padre como era, durante la niñez, su hermana pequeña había recibido todas las atenciones y los privilegios, y había quedado fuera de cualquier duda que haría un buen casamiento. Y el tiempo había dado la razón a su padre. La Britta se había casado con el pastor y había ido a vivir en su casa parroquial, mientras que la Elin se había tenido que contentar con en Por, el pescador. Pero el Elin no se había hecho mala sangre. En Por podía ser pobre, pero no habría podido encontrar una persona más buena en todo el mundo.

Cuando pensó en en Por, sintió una pesantor al pecho, pero va dreçar la espalda y respiró fondo. No valía la pena derramar más lágrimas por una cuestión que, al fin y al cabo, no podía cambiar. El Señor la había querido poner a prueba y ahora la Märta y ella tenían que intentar sobrevivir sin en Por.

No podía decir otra cosa que no fuera que la Britta los había mostrado una gran misericordia cuando le había ofrecido el trabajo de criada de la casa parroquial y un techo para las dos. Aún así, se apoderó de ella un malestar enorme cuando en Lars Larsson hizo entrar el caballo a la era y, detrás, el carro y todo el que poseían. De pequeña, la Britta no había sido una criatura dulce y la Elin no creía que los años la hubieran enternecido. Pero no se podía permitir rechazar aquella oportunidad. Pobres como eran, sólo habían podido arrendar la tierra y, cuando en Por había muerto, el propietario los había comunicado que sólo se podrían estar hasta que acabara el mes, pero que después les echaría. Sin casa ni manera de ganarse la vida, como viuda pobre tendría que depender de la caridad de los otros. Y había sentido que en Preben, el marido de la Britta, el pastor de Tanumshede, era un hombre amable y bono. El Elin sólo lo había visto en la iglesia, oficiando misas. Al casamiento, no la habían invitado y, por supuesto, ni siquiera le había pasado por la cabeza que su familia pudiera hacer una visita en la casa parroquial. Pero aquel hombre tenía los ojos dulces.

Cuando el carro se paró y en Lars masculló que bajaran, el Elin estrechó bien fuerte la Märta un segundo. Todo iría bien, intentó convencerse. Pero una veueta para sus adentros le decía todo el contrario.

E

N MARTIN VOLVIÓ A EMPUJAR EL COLUMPIO. Le resultaba imposible no sonreír con los gritos de alegría que profería la Tuva.

Poco a poco se iba encontrando mejor. En Martin era consciente que sobre todo se debía de a la Tuva. La niña había acabado el curso y él tenía dos semanas de vacaciones, no se habían separado ni un segundo el uno del otro. Y aquello los había ido bien a los dos. Desde la muerte de la Pia, la Tuva dormía con él y cada anochecer se le dormía con la cara hundida al pecho, a menudo a medio cuento. Cuando estaba seguro que dormía, en Martin solía levantarse sin hacer ruido, se sentaba ante el televisor una o dos horas más y, para relajarse, se tomaba un té que había comprado en la tienda de dietética. Había sido el Annika la que el invierno anterior, cuando el insomnio le hacía más la guitza, le había aconsejado que buscara algún producto natural que lo ayudara a descansar. En Martin no sabía si era efecto placebo o funcionaba realmente, pero fuera el que fuera finalmente había podido empezar a volver a dormir. Y quizás aquello era el que marcaba la diferencia. El que hacía que fuera capaz de gestionar mejor el vacío que sentía, a pesar de que todavía fuera presente las veinticuatro horas del día. Pero las aristas se habían limado y ahora incluso podía permitirse pensar en la Pia sin derrumbarse. Intentaba hablar de ella con la Tuva. Explicarle cosas y mirar fotografías plegados. La Tuva era tan pequeña cuando había muerto la Pia que no guardaba ningún recuerdo propio de su madre, así que en Martin quería llenarla de tantos como fuera capaz.

—Más fuerte, papa!

La Tuva llamaba entusiasmada mientras en Martin lo empujaba con más fuerza y el columpio se elevaba bien arriba.

Los cabellos oscuros le voleiaven alrededor de la cara y, como muchas veces antes, en Martin se sintió corprès al ver como se asemejaba a la Pia. Se sacó el teléfono del bolsillo para hacer un vídeo y retrocedió una pasa para poderla grabar más bien. Cuando los talones picaron contra algo, se sintió un chillido agudo. Terrorizat, en Martin giró la cabeza y vio un chiquillo de un año con una pala con arena a la mano que llamaba a voz en grito.

—Ay, perdona —dijo, desconcertado, y se arrodilló para intentar calmarlo.

En Martin miró al suyo cercando, pero ninguno de los adultos que había cerca hizo el gesto más exiguo de acercarse, así que descartó que se tratara de los padres de aquel nabo-buf.

—Tranquilo, no pasa nada. Encontraremos tu madre o tu padre —probó de acallar el pequeñito, que cada vez berreaba con más fuerza.

En un arbusto que había algo más allá vio una mujer de su edad, que estaba hablando airadament por teléfono moviendo exageradamente los brazos. Intentó establecer contacto visual, pero la mujer parecía nerviosa. Le hizo una señal con la mano, pero tampoco lo vio. Finalmente se giró hacia la Tuva, que ahora se columpiaba a poca velocidad porque nadie lo empujaba.

—No te muevas de aquí, ahora vuelvo. Sólo iré a traer este bebé con su madre.

—El papa ha pisado el bebé—dijo la Tuva, toda cofoia, y en Martin sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, el papa no ha pisado el bebé, el papa... Bah! Ya hablaremos después.

En Martin levantó de tierra la criatura, que no había parado de berrear, y cruzó los dedos para poder llegar donde era su madre antes de que se diera cuenta que un desconocido había cogido su hijo auestas. Pero no se tendría que haber quitado el sueño, la mujer parecía completamente absorta en la conversación telefónica. En Martin sintió una ligera irritación mientras veía como continuaba hablando y gesticulando. muy mirado, tendría que parar algo más de atención a su hijo. El chiquillo estaba chillando con tanta fuerza que los tímpanos le retumbaban.

—Disculpa —dijo cuando llegó hasta donde era, y la chica enmudeció sin acabar la frase.

Tenía los ojos negados y el rímel se le había escurrido mejillas abajo.

—Ahora tengo que colgar. El «tuyo» hijo está llorando! —dijo, y pulsó el botón rojo del teléfono.

Se enjugó los ojos y alargó los brazos hacia el chiquillo.

—Perdona. Sin querer, dando marcha atrás le he clavado un golpecito —hizo en Martin—. No creo que le haya hecho daño, pero evidentemente se ha asustado.

La chica abrazó su hijo.

—No pasa nada, está en aquella edad que le dan miedo los desconocidos —dijo, y parpadeó para contener las últimas lágrimas.

—Estás bien? —preguntó en Martin, y vio como la chica se ponía roja.

—Uix! Dios mío, qué vergüenza! Echame a llorar aquí en medio, en pleno día. Y no estaba vigilando en Jon. Perdóname, te debo de parecer la peor madre del mundo.

—No, y ahora! No lo pienses, esto. Al niño no le ha pasado nada. Sólo espero que estés bien.

En Martin no quería meter la nariz, pero la chica parecía desconcertada.

—Vaya, no es que se me haya muerto alguien, con sólo que mi ex es un idiota. Al parecer su nueva xicota no está nada interesada en su «mochila», así que acaba de cancelar los tres días que tenía que tener en Jon con la excusa que la Madde «hacía tiempo que esperaba que tuvieran unos cuántos días para los dos sólo».

—Patético —respondió en Martin, y sintió como le empezaba a hervir la sangre

—. Qué imbécil.

La chica sonrió y en Martin se dio cuenta que los ojos se le desviaban hacia los clotets de las mejillas.

—Y tú?

—Sí, estoy bien —respondió en Martin, y la chica va esclafir a reír.

Era cómo si se le iluminara la cara.

—No, no. Quiero decir que cuál es tu criatura.

Con la cabeza hizo un gesto señalando el parque infantil y en Martin se puso una mano al frente.

—Sí, está claro! Te referías a esto. Es aquella de allá, la pequeñita al columpio que ahora hace cara de manzanas agrias para tenerse que estar allá quieta.

—Ui, pues vale más que vayas a columpiarla. O quizás su madre también es aquí?

En Martin se puso rojo. Estaba flirteando con él? Se sorprendió a si mismo

cuando se dio cuenta que en realidad así lo esperaba. No sabía qué contestar, pero creyó que era mejor explicar las cosas tal como eran.

—No, soy viudo —respondió.

Viudo. Sonaba como un anciano de ochenta años, no como el padre joven de una criatura pequeña.

—Ay, perdona —hizo a la chica, y se tapó la boca con la mano—. Que burra, perdona por aquella broma que no se me había muerto nadie.

La chica puso la mano al brazo de en Martin y él intentó sonreír con la esperanza de tranquilizarla. Algo para sus adentros no quería verla triste o disgustada, sino reír. Quería volver a ver aquellos clotets que se le dibujaban a las mejillas.

—No pasa nada —dijo, y percibió que a la chica se relajaba.

Detrás suyo, la Tuva llamaba «Papaaa!» con una voz cada vez más aguda y exigente.

—Vale más que des un poco de velocidad a aquella noieta —dijo ella, y limpió de mocos y de arena la cara de en Jon.

—Quizás nos volveremos a ver por aquí —dijo en Martin.

Él mismo se dio cuenta del tono que había adoptado su voz. La chica apuntó una sonrisa y aquella vez los clotets todavía se hicieron más nítidos.

—Y tanto! Nosotros venimos a menudo. Seguro que mañana mismo volveremos —respondió, y, contento, en Martin asintió con la cabeza mientras reculaba ninguna donde era la Tuva.

—Entonces seguro que nos veremos —dijo, y se esforzó para no apuntar una sonrisa de oreja a oreja.

Después sintió que los talones impactaban contra algo. Seguidamente un chillido agudo. Más allá, a los columpios, la Tuva soltó un suspiro.

—Pero papa...

En medio del caos, sonó el móvil y de un revuelo se lo sacó del bolsillo. A la pantalla aparecía el nombre de «Gösta».

—De donde lo habéis sacado, esta?

De un empujón, Marie alejó la mujer que durante la última hora le había sido embadurnando la cara y clavó los ojos al director, en Jörgen Holmlund.

—La Yvonne es muy buena haciendo su trabajo —dijo en Jörgen, con aquella temblor tan enervando a la voz—. Ha trabajado en la mayoría de mis producciones.

Detrás Marie, la Yvonne sollozaba. El dolor de cabeza que había sentido desde que había entrado al trailer empeoró todavía más.

—Tengo que ser Ingrid en cada milímetro, a cada escena. Y perfecta, siempre. No puedo parecer una Kardashian. *Contouring*, has sentido nunca una idea tan horripilante? Mis facciones son perfectos, no me hace falta ningún *contouring* de mierda!

Se señaló la cara, cubierta de unas zonas marcadas de color blanco y marrón oscuro.

—Todo esto se tiene que difuminar. No se verá así —dijo la Yvonne con una voz tan débil que a Marie apenas la pudo sentir.

—Tanto se me refot. Mis facciones no necesitan ninguna corrección!

—Estoy convencido que la Yvonne lo puede volver a hacer —dijo en Jörgen—.

De la manera que tú quieras.

El frente se le había cubierto de gotitas de sudor, a pesar de que dentro del trailer el aire era fresco.

El enorme equipo de rodaje y de producción se alojaba a TanumStrand, un centro turístico y de convenciones entre Fjällbacka y Grebbestad, pero para las localizaciones a Fjällbacka usaban trailers como camerinos y cabinas de maquillaje.

—De acuerdo. Sácame esto y vuelve a empezar. Después ya lo veremos —dijo, y se sintió obligada a sonreír cuando vio la cara de alivio que puso la Yvonne.

Durante los primeros años en Hollywood, Marie se había dejado modelar de acuerdo con los gustos de los otros, había hecho todo el que le habían pedido. Pero ahora era otra persona. Y sabía exactamente como crear su personaje. La apariencia que tenía que tener.

—Tenemos que estar llestos como máximo en una hora —dijo en Jörgen—. Esta semana rodaremos algunas de las escenas más sencillas.

Marie se giró. Con una tovalloleta húmeda, la Yvonne había retirado el trabajo de una hora entera en menos de diez segundos y la cara de Marie estaba limpia y desmaquillada.

—El que pretendes decir es que esta semana rodaremos las escenas más baratas? Me pensaba que teníamos luz verde para todas.

No consiguió evitar que la preocupación le tiñera la voz. Era consciente que no se trataba de uno de aquellos proyectos cinematográficos a prueba de bomba en que los inversores hacían cola para abocar dinero. En Suecia, el aire que se respiraba en el mundo del cine había cambiado, se priorizaban las producciones pequeñas y las más grandes lo pasaban mal. En varias ocasiones había ido de poco que la película no se llegara a hacer.

—Todavía están discutiendo... sobre qué es prioritario... —Otra vez aquella temblor nerviosa a la voz.— Pero no te tienes que preocupar para nada. Concéntrate a hacer un trabajo fantástico en las escenas que rodamos. Esto es en todo el que tienes que pensar.

Marie se volvió a tumbar hacia el espejo.

—Unos cuántos periodistas quieren hacerte una entrevista —dijo en Jörgen—. Sobre tu relación con Fjällbacka. Sobre el hecho que sea la primera vez después de treinta años que vuelves. Comprendo que te pueda parecer... delicada habla de aquellos tiempos, pero podrías...

—Digue'ls que sí —dijo Marie, sin apartar los ojos del espejo—. No tengo nada para esconder.

Si algo había aprendido era que cualquier tipo de publicidad era buena. Sonrió al espejo. Quizás aquel maldito dolor de cabeza, por fin, le estaba a punto de pasar.

Después de relevar en Patrik, el Erica había llamado los niños y, más tarde, despacio y todos juntos, habían vuelto hacia casa. Su hombre se había ido así que ella había aparecido y el Erica le había visto un deix de preocupación a los ojos. Y la compartía de todo corazón. Sólo de imaginarse que una desgracia como aquella pudiera pasar a sus hijos le provocaba la sensación de precipitarse al vacío.

Cuando estuvieron en casa, los besuqueó más del habitual. Puso los gemelos a

hacer la siesta y la Maja, ante *Frozen*. Ahora, finalmente, se había cerrado al despacho. Cuando en Patrik le había explicado de qué granja había desaparecido la niña y la extraña coincidencia de la edad, había sentido la necesidad imperiosa de ponerse a trabajar con el material que había sido recogiendo para su investigación. Sentía que ni mucho menos estaba preparada para empezar a escribir el libro, pero la mesa estaba cubierta por carpetas, copias de artículos de diario y notas manuscritas sobre la muerte de la Stella. Se pasó un buen rato quieto, contemplando las montañas de material. Hasta entonces sólo había compilado información, como un hámster; no había empezado a estructurarla, a ordenarla, a discernirla. Aquel era el paso siguiente en el camino largo y entortolligat que dirigía a un libro acabado. Alargó el brazo hacia la copia de un artículo y observó las dos chicas que salían a la imagen en blanco y negro. Helen y Marie. De miradas oscuras y duras. Resultaba difícil determinar si el que se veía en aquellos ojos era rabia o terror. O maldad, como muchos habían sostenido. Pero al Erica le costaba de creer que las criaturas pudieran ser malvadas.

Aquel tipo de especulaciones habían aparecido en todos los casos conocidos en que un niño había cometido alguna atrocidad. Mary Bello, que sólo tenía once años cuando asesinó dos criaturas. Los asesinos de en James Bulger, un niño de tres años. La Pauline Parker y la Juliet Hulme, dos chicas novazelandesas que mataron la madre de la Pauline. Al Erica le encantaba la película de Peter Jackson *Heavenly Creatures*, basada en aquel caso. Posteriormente la gente había espetado comentarios del tipo: «Siempre había sido una criatura terrible». O «De bien menut yo ya le veía la maldad a los ojos». Vecinos, amigos y, incluso, familiares se habían mostrado dispuestos a dar su opinión y a brindar detalles que apuntaban a algún tipo de mal innato. Pero realmente una criatura podía ser malvada? Por aquello que había leído no sabía dónde, el Erica se inclinaba más bien a pensar que «la maldad es la ausencia de la bondad». Y que a buen seguro las personas nacían con una inclinación hacia la una o hacia la otra, tendencia que después se fortalecía o se debilitaba dependiendo del entorno y la niñez que habían vivido.

Es por eso que se vio empujada a buscar tanta información como pudo encontrar sobre las dos chicas de la fotografía. Quién eran Marie y Helen? En qué ambiente crecieron? No pensaba conformarse con el que podía ver por fuera, sino que como mínimo estaba igualmente interesada con el que había pasado detrás las puertas cerradas de aquellas familias. Qué valores los habían inculcado? Las habían tratado bien o mal? Qué habían aprendido del mundo que las rodeaba hasta aquel terrible día del 1985 en qué pasó la desgracia?

Días más tarde, las dos chicas habían retirado la confesión y, después de aquello, se habían obstinado a clamar su inocencia. A pesar de que la inmensa mayoría no había tenido ninguna duda que Helen y Marie eran culpables, habían circulado un montón de especulaciones. Y si era cierto que detrás de la muerte de la Stella había otro culpable que aquel día había visto su oportunidad? Y si —era una posibilidad— ahora hubiera vuelto a actuar? Al fin y al cabo, no podía ser una casualidad que hubiera desaparecido de la misma granja una niña de la misma edad. Qué probabilidad había que se diera una coincidencia como aquella? Tenía que existir una relación entre el pasado y el presente. Y si la

policía había pasado por alto una pista sobre un asesino que ahora, por alguna razón, había vuelto a actuar? Quizás inspirado por el regreso de Marie? Pero si era así, por qué? Y, todavía más interrogantes, había otras niñas en peligro? Se lamentó de no haber avanzado más en su investigación. El Erica se levantó de la silla. El calor era sofocante y se estiró por encima de la mesa para abrir las ventanas de par en par. Al exterior, la vida seguía su curso. Los sonidos del verano la asaltaron. Niños que llamaba y reía en la playa que se extendía más abajo. Gaviotas que chillaban volando sobre el mar. El viento, que hacía danzar las copas de los árboles. Afuera todo era idílico. Pero el Erica ni siquiera se dio cuenta.

Se volvió a sentar y empezó a discernir el material que había recogido. Ni siquiera había empezado con las entrevistas. Tenía una larga lista con los nombres de las personas con quién había pensado hablar y, evidentemente, en lo alto de todo había Marie y Helen. Ya había intentado aproximarse a Helen, le había pedido por escrito de verse unas cuántas veces, pero no había obtenido ninguna respuesta, y se había puesto en contacto con el agente de Marie. Al escritorio, ante sede, tenía copias de varias entrevistas que la actriz había concedido y que hablaban del caso Stella, así que no creía que se opusiera a hablar con ella. Ben al contrario, era una opinión bastante tendido que la carrera de Marie no habría ido de la manera como había ido si la noticia de quién era no se hubiera filtrado a la prensa después de que actuara en papeles secundarios en producciones de serie B.

Si algo había aprendido el Erica de los libros que había escrito sobre casos de asesinatos verdaderos, era que las personas sienten una necesidad interior de vaciar el pap, de poder explicar su historia. Casi sin excepción.

Activó el sonido del teléfono por si acaso en Patrik le trucaba. Pero probablemente estaría demasiado ocupado para tener tiempo de mantenerla al cabo de la calle. El Erica se había ofrecido a ayudarlos a buscar la niña, pero su hombre estaba convencido que no los carecerían voluntarios y que era preferible que se quedara con los niños. El Erica no se había quejado. Mientras tanto, en la sala de estar del piso de bajo, la película había llegado al momento en que Elsa estallaba y levantaba un castillo entero hecho de hielo. Despacio, el Erica dejó la hoja de papel que tenía en la mano. Hacía demasiado tiempo que no se sentaba con la Maja a mirar la tele. Raso y corto, tendría que soportar aquella princesa egòlatra. Y se levantó. El Olaf era encantador. Y, por otro lado, el reno también.

—Hasta dónde habéis llegado? —preguntó en Patrik directamente, sin saludar antes los compañeros, cuando entró a la granja.

En Gösta era a la puerta principal de la casa, junto a la mesa y las sillas de jardín blancas.

—He trucado a Uddevalla y nos enviarán un helicóptero.

—Y Salvamento Marítimo?

Su compañero asintió con la cabeza.

—Hemos hablado con todo el mundo y la gente está viniendo ninguno aquí. He telefonado a en Martin y le he pedido que reuniera una pandilla para el vareo. Ha empezado a dar la voz a Fjällbacka enseguida, así que a buen seguro que pronto tendremos un montón de personas aquí. También vendrán unos

compañeros de Uddevalla con los perros.

—Que cruces que ha pasado? —dijo en Patrik, bajando la voz cuando, algo más allá, vio los padres de la niña, abrazados.

—Quieren volver a salir a buscarla ellos mismos —dijo en Gösta, cuando se dio cuenta hacia donde estaba mirando en Patrik—. Pero los he dicho que se tienen que esperar hasta que nos hayamos organizado. Si no, podríamos acabar malgastando recursos para buscarlos en ellos.

Se aclaró la garganta.

—No se qué pensar, Patrik. Ninguno de los dos no ha visto a la niña desde ayer a la hora de ir a dormir. Ninguno allá las ocho del anochecer. Y es muy pequeña. Cuatro años. Si fuera por los alrededores ya habría aparecido a lo largo del día. Habría vuelto a casa cuando hubiera tenido hambre o cualquier cosa así. O sea que se debe de haber perdido. O bien...

Las palabras se quedaron flotando en el aire.

—Todo ello es demasiado extraño para ser una casualidad —dijo en Patrik.

El estómago era como un gran nudo y aquello que no deseaba pensar se le abría constantemente dentro del cerebro.

—Sí, es la misma granja —dijo en Gösta, y asintió con la cabeza—. Y la niña tiene la misma edad. Es inevitable pensar.

—Supongo que no tan sólo trabajamos con la hipótesis que se ha perdido.

Ahora en Patrik evitó mirar los padres.

—No —dijo en Gösta—. Así que podamos empezaremos a hablar con los vecinos del borde, como mínimo con los que viven a la carretera que lleva hasta aquí, para ver si han sentido nada durante el día o la noche. Pero primero nos tenemos que centrar en el vareo. Ahora en agosto se hace oscuro bien pronto y la simple idea que la niña pueda estar suelta al bosque, asustada, me esgarrifa. En Mellberg opina que tendríamos que avisar la prensa, pero a mí me parece mejor esperar.

—Cojones, esclar que los quiere avisar! —suspiró en Patrik.

El comisario en ninguno hacía puesto solemne mientras iba recibiendo los voluntarios que empezaban a llegar.

—Tenemos que organizar todo esto. He traído un mapa de los alrededores de la granja —dijo en Patrik, y la cara de en Gösta se iluminó.

—Dividiremos el área de busca en secciones —precisó, y cogió el mapa que en Patrik le mostraba.

Lo dejó encima la mesa, se sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa y se puso a trabajar.

—Qué opinas? Las secciones para cada grupo no son demasiado grandes, oi?

Qué te parece si los estiércol de tres o cuatro personas?

—Bien, me parece muy bien —respondió en Patrik, asintiendo con la cabeza.

Los últimos años, en Gösta y él se habían entendido increíblemente bien y, a pesar de que normalmente trabajaba con en Martin Molin, en Patrik apreciaba mucho el viejo policía. Un par de años atrás la situación era bien diferente, cuando en Gösta trabajaba con el difunto Ernst. Pero al fin y al cabo había quedado patente que se podía enseñar a perros viejos. Y, aunque a veces su compañero tuviera la cabeza más al campo de golf que a la comisaría, cuando hacía falta —cómo en aquel momento—, en Gösta era rápido y eficiente.

—Te quieres encargar tú de la charla informativa? —preguntó en Patrik—. O prefieres que la haga yo?

No quería que su compañero se sintiera menystingut arrebatándole el mando de la situación sólo llegar.

—Hazla tú —respondió en Gösta—. El importante es que en Bertil no abre la boca...

En Patrik asintió con la cabeza. muy pocas veces resultaba ser una buena idea dejar que su cabeza hablara ante la gente. Siempre acababa con alguien que se sentía ofendido o molesto y entonces tenían que dedicar mucho tiempo a gestionar la crisis que se derivaba en vez de invertir todos los esfuerzos en el que era realmente importante.

Miró los padres de la Nea, que en aquellos momentos eran en medio del patio, todavía abrazados.

Dudó un instante, y entonces dijo:

—Pero primero iré a ver los padres. Después reuniré los que han venido, y después podemos ir informando la gente a medida que vaya llegando. Esto será un goteo constante de personas, o sea que no podremos reunirlos a todos en un solo momento. Y es importante que nos ponemos en marcha tan pronto como sea posible.

Se acercó a los padres de la niña despacio. Siempre era muy difícil hablar con los familiares.

—Soy en Patrik Hedström, también de la policía —dijo, y alargó la mano para saludarlos—. Cómo podéis ver, hemos empezado a reunir voluntarios para el vareo y había pensado reunirlos para explicarlos brevemente el que esperamos de ellos y, después, nos pondremos en marcha.

Se dio cuenta que todo aquello lo había dicho con una voz demasiado fría, pero era la única manera de poder mantener las emociones a raya, concentrarse en el que había que hacer.

—Hemos trucado a amigos y a los padres de en Peter, que están en España. Nos han dicho que vienen —explicó Eva, con un hilo de voz—. Los hemos dicho que no hacía falta, pero estaban tan nerviosos...

—La policía de Uddevalla nos envía perros —dijo en Patrik—. Tenéis nada que sea de vuestra hija...?

—Nea —dijo Eva, y tragó saliva—. De hecho se llama Linnea, pero todos le decimos Nea.

—Nea, un nombre muy bonito. Tenéis algo de la Nea que los perros puedan husmear para ayudarnos a encontrarla?

—Hay ropa de ayer al capazo de la ropa sucia. Servirá?

En Patrik asintió con la cabeza.

—Será perfecto. Podéis ir a buscar? Y quizás hacer un poco de café para los voluntarios.

Él mismo se dio cuenta que la propuesta de ponerse a preparar café era una auténtica tontería, pero no quería que nadie lo molestara mientras daba instrucciones a los voluntarios que participarían al vareo y, a la vez, prefería que los padres tuvieran algo para hacer.

—No tendríamos que participar, nosotros? —preguntó en Peter—. Quiero decir a buscarla.

—El que necesitamos es que no os movéis de aquí. Cuando la encontramos, tenemos que saber donde sueldo, así que es mejor que os quedáis a la granja. Seremos mucha gente.

Hizo la impresión que en Peter dudaba un instante y en Patrik le puso una mano al hombro.

—Comprendo que es mucho llevar tener que esperar. Pero, creedme, aquí seréis más útiles.

—De acuerdo —murmuró en Peter, y con Eva se fueron hacia la casa.

En Patrik hizo un silbato para captar la atención de la treintena de personas que llenaban el patio. Un hombre de unos veinte años que lo había sido grabando todo se guardó el móvil al bolsillo.

—Enseguida os dejaremos marchar para que podáis empezar la investigación.

Cuando hablamos de la desaparición de una criatura tan pequeña, cada minuto cuenta. Y estamos buscando la Linnea, conocida por Nea, una niña de cuatro años. No sabemos exactamente cuánto de tiempo hace que ha desaparecido, pero sus padres no la han visto desde que la llevaron a la cama ayer al atardecer, hacia las ocho. Durante el día de hoy han creído que era con el otro padre, un malentendido desafortunado, y no ha sido hasta hace poco que se han dado cuenta que no estaba. Una de las hipótesis con que trabajaremos, y la más verosímil, es que la niña se ha perdido al bosque.

Con la mano señaló en Gösta, que se había quedado cerca de la mesa de jardín, con el mapa extendido encima.

—Os separaremos en grupos de tres o cuatro personas y después en Gösta os asignará una área. No tenemos más mapas para repartiros, así que os tendréis que orientar un poco como poded. Quizás alguien de vosotros puede hacer una foto de la zona con el móvil, así podréis saber donde tenéis que buscar.

—También podemos conseguir un mapa de la zona con el móvil —dijo un hombre calvo, levantando el teléfono—. Si no conocéis ninguna aplicación cartográfica que valga la pena, pedídmela antes de marchar y yo os enseñaré la mejor. Cuando voy a montaña, acostumbro a usar una.

—Gracias —dijo en Patrik—. Después de que os asignen una zona quiero que la peináis colocándoos en una distancia de un brazo el uno del otro. Avanzáis despacio. Ya sé que puede parecer tentador cubrir toda el área tan deprisa como se pueda, pero en un bosque hay muchos lugares donde una criatura de cuatro años se podría haber escondido o... protegido... Es decir, que seáis meticulosos. Va estossegar tapándose la boca con el puño. El nudo al estómago se había hecho más grande.

—Si se diera el caso que... encontrarais algo —prosiguió, y después perdió el hilo del que estaba diciendo.

No sabía muy bien como continuar y cruzó los dedos porque los presentes lo hubieran entendido sin que hubiera que ser más claro. Volvió a empezar.

—Si se diera el caso que encontrarais algo, no queremos que tocáis o mováis nada. Se podría tratar de pruebas o... bien, de alguna otra evidencia.

Unos cuántos asintieron con la cabeza, pero la mayoría bajaron los ojos en tierra.

—No os movéis de allá y trucadme inmediatamente. Colgaré mi número aquí —dijo, y clavó un papel a la pared del establo—, de forma que lo memorizáis al móvil. Entendidos? Quedaos quietos y trucadme. Nada más. De acuerdo?

Desde el detrás del gentío, un hombre grande levantó la mano. En Patrik lo reconoció. Era en Harald, que durante muchos años había traído la pastelería de Fjällbacka.

—Hay... —enmudeció, y después volvió a coger fuerzas—. Hay ninguna posibilidad que no se trate de una casualidad? Con la granja. Y la niña. Y el que pasó...

No hacía falta que añadiera nada más. Todo el mundo entendió perfectamente a que se refería. En Patrik va rumiar un instante como tenía que responder.

—No descartamos nada —dijo, finalmente—. Pero hoy por hoy el más importado es peinar el bosque más cercano en la casa.

Con el rabillo del ojo vio como la madre de la Nea salía por la puerta principal con una pila de ropa de criatura a los brazos.

—Bien, pues. Pongámonos en marcha.

Un primer grupo de cuatro personas se dirigió hacia en Gösta porque los asignaran su zona de busca. Al mismo tiempo se sintió el rumor de un helicóptero que se aproximaba por encima las copas de los árboles. No tendría ningún problema para aterrizar, a la granja había mucho de espacio. Los grupos de voluntarios empezaron a menearse hacia el umbral del bosque y en Patrik contempló aquellas espaldas. Por detrás sintió como el helicóptero bajaba para tomar tierra y en aquel mismo instante los coches de la policía de Uddevalla con los perros entraron a la finca. Si la niña se había perdido al bosque la encontrarían, de esto estaba convencido. Era la otra opción, la que apuntaba que no se había perdido, la que lo atormentaba.

El caso Stella

HAVIEN SIDO BUSCANDO LA CRIATURA toda la noche. A medida que había ido pasando el tiempo, más gente se había unido a la investigación y, dentro del bosque, en Harald sentía rumor de gente al suyo cercando. La policía había hecho un buen trabajo y no habían faltado paso voluntarios. La familia era muy estimada a la comarca y todo el mundo conocía aquella pequeña de cabellos de un rubio pelirrojo. Era del tipo de criaturas que, cuando se encontraba alguien en una tienda, no se daba por vencida hasta que conseguía arrancarle una sonrisa. En Harald compartía el sufrimiento de los padres. Sus hijos ya eran grandes, dos de los chiquillos eran con él al bosque. Había cerrado la pastelería, en resumidas cuentas tampoco había muchos clientes. El periodo de vacaciones que hacían la mayoría de industrias en julio ya se había acabado y la campanilla de la puerta de la entrada cada vez sonaba más de vez en cuando. Pero evidentemente también habría cerrado la tienda si estuvieran en plena temporada de verano. Sentía que se le hacía un nudo al pecho sólo de imaginarse el calvario por el cual los padres de la Stella devien estar pasando.

Sin mucho ánimo, iba burxant los arbustos con una rama que había encontrado. La tarea que los habían encomendado no era nada fácil. El bosque era grande y extenso, pero realmente qué distancia podía recorrer a solas una criatureta tan pequeña? Si es que se encontraba en aquel bosque. Sólo era una de las hipótesis que la policía estaba considerando. La carona de la niña aparecía en todos los medios. También la podrían haber cargado en un coche y, a aquellas horas, encontrarse bien lejos de allá. Pero en Harald ni se lo quería plantear, aquello. En aquel momento, su tarea era registrar aquel bosque. Él y el resto de voluntarios, las voces y las pasas de los cuales sentía a través del ramaje.

Se paró un instante y aspiró el aroma de bosque. En aquellos tiempos, salía demasiado de vez en cuando a montaña. Los últimos decenios, la pastelería y la familia le habían ocupado todo el tiempo, pero de joven había pasado muy fuera de casa. Se prometió a si mismo volverlo a hacer. La vida era demasiado corta. Las últimas veinticuatro horas habían sido un recordatorio constando que nunca se podía saber cuando todo haría un tumbo radical.

A buen seguro que unos cuántos días antes los padres de la Stella se pensaban que sabían perfectamente qué los podía ofrecer la vida. Dejaban que las semanas fueran escurriéndose sin más ni más, sin pararse a cada segundo para dar gracias del que tenían. Cómo hacía la inmensa mayoría. No era hasta que pasaba algo que uno empezaba a valorar cada instante que había podido disfrutar de sus seres queridos.

Se volvió a poner en marcha, despacio, metro a metro. Algo más adelante, entre los árboles, se podía adivinar agua. Los habían dado instrucciones claras sobre qué hacer si encontraban algún riachuelo o estanque. Tenían que informar inmediatamente la policía, que daría un vistazo, lo rastrearía o, si era demasiado profundo, haría llegar buzos. La superficie era lisa, reluciente, con la excepción

de un puñado de libélulas que aterrizaron y esparcían pequeñísimos círculos a la superficie. No vio nada. El único que a simple vista captaba la atención en aquel diminuto curso de agua era un tronco que había caído en tierra, abatido por el viento o por un rayo años atrás. En Harald se aproximó y vio que parte de las raíces todavía se aferraban en tierra. Con mucha cuenta se ensartó. No vio nada. Sólo el agua, inmóvil. Después, lentamente, hizo deslizar la vista hacia sus pies. Entonces descubrió aquellos cabellos. Los copos rojizos que flotaban como algas dispersas en el agua turbia.

L

A S ANNA SE QUEDÓ PARALIZADA en medio de un pasillo del supermercado Konsum. En verano, solía tener *el garden* abierto tantas horas como podía, pero aquel día la cabeza no había parado de darle vueltas. Por primera vez a la vida, preguntas como con qué frecuencia hay que regar los geranios le habían parecido verdaderos foteses.

Sacudió la cabeza y miró alrededor. La Vendela volvería de casa de su padre y la Sanna quería asegurarse de tener la comida y los *snacks* que más le gustaban. Antes la Sanna los podía recitar de memoria sin ningún problema, pero últimamente cambiaban tan a menudo como el color de los cabellos de su hija. Una semana era vegana, la siguiente sólo comía hamburguesas, la tercera semana hacía dieta y se pasaba el rato mordisqueando una zanahoria mientras la Sanna le clavaba un sermón sobre la importancia de comer como hacía falta y el riesgo de sufrir anorexia. Nada era permanente, nada era cómo había estado en el pasado.

Tenía tantos problemas como ella, en Niklas? Durante muchos años, tener la Vendela cada dos semanas había funcionado a las mil maravillas, pero hacía la impresión que su hija había comprendido el poder que tenía en sus manos. Si no le gustaba la comida, decía que en casa de en Niklas era mejor; y, evidentemente, su padre permitía que a los anocheceres se vieran con en Nils. A veces, la Sanna se sentía agotada y se preguntaba cómo había podido pensar que el periodo más llevar había sido cuando la Vendela era un bebé. Había quedado clarísimo que la adolescencia era cien veces peor.

A menudo le parecía una auténtica desconocida. De pequeña, la Vendela se le lanzaba al cuello así que intuía que su madre había fumado a escondidas a la parte trasera de la casa y lo había sermonejada centenares a veces sobre el riesgo de sufrir cáncer. Pero las últimas veces que la Vendela había estado en casa, la Sanna había notado el olor de tabaco a la ropa de su hija.

La Sanna miró las estanteries del suyo cercando. Finalmente se decidió. Estaba convencida que aquello sería una carta segura. Tacos. Comprando tanto carne picada como soja texturizada cubría incluso la posibilidad que se encontrara en una semana vegetariana.

Ella nunca había pasado por la fase de la adolescencia. Se tuvo que hacer grande demasiado deprisa. La muerte de la Stella, y todas las cosas terribles que ocurrieron después de aquello, la enviaron de derecho a la vida adulta. No había espacio para quejarse por las foteses propias de una adolescente. No había unos padres a los cuales mirar mal.

Había conocido en Niklas mientras estudiaba bachillerato. Se fueron a vivir juntos así que la Sanna consiguió el primer trabajo. Posteriormente tuvieron la Vendela, más bien por accidente, si tenía que ser franca. Que la relación no funcionara no había sido culpa de en Niklas, sino suya. Era un buen hombre, pero la Sanna no había sido capaz de dejarlo entrar. Estimar alguien, tanto si se trataba de un marido como de una hija, provocaba demasiado dolor. Aquello lo había tenido que aprender bien pronto.

La Sanna cargó el carro con tomates, pepinos y cebollas, y después se dirigió

hacia la caja.

—Vaya, ya lo debes de haber sentido —dijo la Bodil, mientras mecánicamente pasaba por el lector todo el que la Sanna le iba dejando a la cinta.

—No, sentido qué? —respondió la Sanna, y levantó la botella de Coca-cola y la puso sobre la cinta.

—Aquello de aquella niña!

—Qué niña?

La Sanna sólo lo escuchaba a medias. Ya se arrepentía de haber comprado Coca-cola para la Vendela.

—La que ha desaparecido. De la granja donde vivíais.

La voz de la Bodil era incapaz de esconder el nerviosismo. La Sanna se quedó petrificada con la bolsa de queso texmex tachado en la mano.

—La granja donde vivíamos? —dijo, y sintió un leve bronzit a los oídos.

—Sí —hizo la Bodil, y continuó pasando la compra por el lector sin darse cuenta que la Sanna había dejado de cargar la cinta—. Una niña de cuatro años ha desaparecido de vuestra antigua granja. Mi hombre ha ido para ayudar a buscarla en el bosque. Al parecer se ha reunido una buena pandilla.

Lentamente la Sanna dejó la bolsa a la cinta. Después se dirigió hacia la puerta. Todo el que había comprado se quedó atrás. Su bolsa de mano también. A las espaldas sintió que la Bodil la llamaba.

Anna se reclinó ninguno atrás y, desde la silla, vio como en Dan serraba un tablón. Justo en aquel momento, cuando el calor del verano era más terrible, se le había acudido que era la ocasión perfecta para empezar el proyecto de la «nueva veranda». Hacía tres años que hablaban, pero por el que parecía ahora ya no se podía aplazar más. Anna intuía que se le había despertado el instinto masculino con toda la virulencia. El suyo se había manifestado con el impulso de vaciar todos los armarios. Los niños havien empezado a esconder su ropa preferida porque tenían miedo que fuera a parar a caridad.

Anna sonrió a en Dan, que sudaba de lo lindo bajo aquel sol de justicia, y se dio cuenta que por primera vez en mucho tiempo realmente disfrutaba de la vida. Su pequeña empresa de interiorismo quizás no estaba preparada para salir a bolsa, pero regularmente recibía encargos de familias benestants que venían a pasar el verano y había tenido que empezar a rechazar clientes porque no daba el alcance. Y, dentro de la barriga, la criatura continuaba creciente. Habían decidido no saber el sexo, así que, mientras no llegaba el momento, el nombre que usaban era lo de «bebé». El resto de hijos estaban de lo más implicados a encontrar uno, pero con propuestas como Buzz Lightyear, Rackaralex₁ o Darth Vader no eran de gran ayuda. Y un anochecer, medio enfurruñado, en Dan había citado el prepotente Fredde de la comedia televisiva *Solsidan*: «Todos vamos hacer una lista de propuestas, después cogimos el nombre que había en lo alto de la lista de la Mickan». Sólo porque Anna se había mofat de su sugerencia: que si la criatura era un niño se dijera Bruce, en homenaje a en Bruce Springsteen. Pero su hombre no había sido más buena persona y había sostenido que el nombre que había elegido Anna, el de Philip, sonaba cómo si el bebé tuviera que nacer vestido de marineret. Así que la situación se encontraba en un punto muerto. Con el parto a un mes ver y ni una sola propuesta de nombre, ni para niño ni

para niña.

«Pero todo se arreglará», pensó Anna, cuando en Dan se le acercó, se agachó y le dio un beso a la boca. Tenía gusto salado, por el sudor.

—Que bien que estás, sentada aquí —dijo, y le clavó unos golpecitos suaves a la barriga.

—Sí, los niños están en casa de los amigos —respondió Anna, e hizo un trago de café con hielo.

Sabía que había que decían que no se podía abusar del café durante el embarazo, pero bastante que se tenía que permitir alguna diversión ahora que tenía prohibidos el alcohol y los quesos sin pasteurizar.

—Aix, hoy para comer he estado a punto de morirme cuando mi hermana se ha tomado una copa enorme de champán —se quejó, y en Dan le mimó los hombros.

Se sentó a su lado, se reclinó ninguno atrás y cerró los ojos para disfrutar de los últimos rayos de sol del día.

—Pronto, amor —dijo, y le acarició la mano.

—Después de parir pienso bañarme en vino —añadió ella, con un suspiro, y también va aclucar los ojos.

Pero después recordó que las hormonas del embarazo hacían que corriera el riesgo que le salieran manchas a la piel y, con un taco, cogió el sombrero de ala ancha que había dejado sobre la mesa.

—Cojones, ni siquiera puedo tomar el solo! —renegó.

—Qué? —murmuró en Dan, y Anna se dio cuenta que su hombre estaba a punto de hacer una capcinadeta.

—Nada, amor —dijo, pero de repente sintió unas ganas enormes de espetarle un puntapié, por la única razón que era hombre y se podía ahorrar todos los males y las privaciones del embarazo.

Era tan refotudament injusto. Y a todas aquellas mujeres que no paraban de suspirar y repetir, encantadas, como era de fantástico y maravilloso estar preñada y qué regalo representaba poder ser ellas las que cargaran con la criatura... Bien, a ellas también las quería golpear. Fuerte.

—La gente es imbécil —murmuró Anna.

—Qué? —volvió a decir en Dan, esta vez todavía más inmerso en el sueño.

—Nada. —Y bajó la pabela para cubrirse los ojos.

En que estaba pensando antes de que apareciera en Dan y la interrumpiera? Sí, exacto. Que la vida era maravillosa. Y lo era de verdad. A pesar de los malos trances del embarazo y todo el resto. Se sentía estimada. Tenía la familia alrededor.

De un revuelo se sacó el sombrero y levantó la cara al solo. Ya le podían salir tantas manchas como quisieran. La vida era demasiado corta para no poder disfrutar de aquella maravilla.

En Sam deseaba poderse quedar allá por siempre jamás. Desde pequeño le había gustado aquello. El calor desde las rocas. El xipolleig del mar. Las gaviotas chillando. Allá podía evadirse completamente. Podía cerrar los ojos y todo desaparecía.

La Jessie estaba estirada a su lado. En Sam sentía el escalfor de su cuerpo. Un

milagro, era la Jessie. Que hubiera aparecido a su vida justo en aquel momento. La hija de Marie Wall. Ironías de la vida.

—Aprecios tus padres?

En Sam entreabrió un ojo y miró la chica. Estaba estirada boca abajo con la barbilla apoyada sobre una mano, observándolo.

—Por qué me lo preguntas?

Era una pregunta muy personal. Hacía poco tiempo que se conocían.

—Yo no he conocido nunca mi padre —dijo, y giró la cabeza.

—Por qué no?

La Jessie se va arronsar de hombros.

—De hecho, no lo sé. Mi madre no lo quería. Ni siquiera estoy segura que sepa quién es.

Indeciso, en Sam alargó una mano. La dejó sobre el antebrazo de la Jessie. La chica no se asustó y en Sam no lo apartó. Los ojos de la Jessie adoptaron un tipo de llüissor nueva.

—Y tú? Tienes buena relación con tus padres? —dijo ella.

La seguridad y serenidad que un instante antes había sentido desaparecieron. Pero en Sam comprendía por qué le hacía aquellas preguntas y de alguna manera sentía que le debía de una respuesta.

Se incorporó y miró el horizonte mientras respondía:

—Mi padre es... Vaya, ha estado a la guerra. A veces se pasa fuera meses enteros. Y a veces vuelve con la guerra en casa.

La Jessie se inclinó hacia él y le puso el hacia el hombro.

—Te ha...

—No quiero hablar de esto... encara no.

—Y tu madre?

En Sam va aclucar los ojos y dejó que los rayos del sol lo calentaran.

—Está bien —dijo, finalmente.

Durante un instante pensó en aquello que no podía pensar, y va medio cerrar los ojos todavía con más fuerza. Al bolsillo notó el hachís que había traído. Sacó dos puerros, los encendió los dos y pasó un a la Jessie.

Lo invadió una sensación de serenidad; dentro de la cabeza, el bronzit se paró, los recuerdos se iban alejando con cada pipada. En Sam se inclinó ninguno adelante y besó la Jessie. En un primer momento, la chica quedó petrificada. De miedo. De la falta de costumbre. Después, en Sam sintió como los labios se relajaban y lo dejaban entrar.

—Ay, que guapo!

En Sam hizo un bot.

—Miráis la paretleta!

En Nils bajaba las rocas arrastrando los pies, con en Basse y la Vendela detrás. Cómo siempre. Hacía la impresión que no podían existir por separado.

—Y quien tenemos aquí? —En Nils se sentó justo a su lado y miró con fijeza la Jessie, que se afaná a ponerse la parte de arriba del biquini.— Que tienes xicota, Sam?

—Me llamo Jessie —dijo ella, y alargó la mano, pero en Nils la ignoró.

—Jessie? —dijo la Vendela, desde detrás—. Es la hija de Marie Wall.

—Vaya, vaya. La hija de la amiga de tu madre. La estrella de Hollywood.

Ahora en Nils se miraba fascinado la Jessie, que continuaba ligándose el biquini. En Sam la quería proteger de todas aquellas miradas, cubrirla con sus brazos y decirle que no los hiciera caso. Por el contrario, alargó la mano para coger la camiseta de la Jessie.

—Bien, no me parece nada extraño que estos dos se hayan encontrado —dijo en Basse, y clavó un golpe de codo a en Nils.

La voz de aquel chico era aguda y femenina, como un falset, pero nadie se atrevía a burlarse porque, si lo hacía, le caería encima la cólera de en Nils. En realidad, se decía Bosse, pero ya a la primaria había hecho que todo el mundo lo denominara Basse porque sonaba más xulo.

—Tienes razón, no es nada extraño —dijo en Nils, y miró la Jessie y en Sam. Se levantó con aquella brillantez a los ojos que provocaba que a la gente se le recargolés el estómago. Que decía que estaba a punto de pasar alguna de gorda. Pero entonces se giró hacia la Vendela y en Basse.

—Me muero de hambre —dijo—. Marchamos.

La Vendela sonrió a la Jessie.

—Hasta después.

En Sam los observó sin entender nada. Qué había sido aquello?

La Jessie se inclinó hacia él.

—Quién son, estos? —preguntó—. Son muy extraños. Simpáticos, pero extraños.

En Sam movió la cabeza.

—No son simpáticos. Para nada del mundo.

Se sacó el móvil del bolsillo. Abrió la carpeta de vídeos y empezó a buscar ud. Sabía por qué lo había guardado, como un recordatorio del que la gente era capaz de hacer contra otra persona. Contra él. Pero nunca había pensado enseñarlo a la Jessie. Ya lo habían visto demasiadas personas.

—El verano pasado lo colgaron a Snapchat —dijo, y alargó el móvil a la Jessie—. pude hacer una copia antes de que desapareciera.

En Sam giró la cara cuando la Jessie pulsó el icono de reproducción. No le había que verlo. Cuando sintió las voces, todo se le volvió a hacer presente.

—Estás en muy mala forma! —se sintió llamar en Nils—. Como una neneta débil. La natación es un entrenamiento perfecto.

En Nils se había acercado hasta el barco de en Sam, que estaba amarrado no muy lejos de donde eran ahora.

—Ya puedes volver nadando hasta Fjällbacka. Esto te hará ganar músculo.

La Vendela reía a pedir de boca mientras lo grababa todo con la cámara. En Basse corría junto a su amigo.

En Nils soltó lo amarra del barco, puso el pie a la proa y empujó. En un primer momento, la pequeña embarcación de madera se alejó despacio de la isla, pero un par de metros adentro cogió un par de corrientes y tomó impulso.

En Nils se giró hacia la cámara. Sonrió de oreja a oreja.

—Bien, pues, a nadar! Que tengas una buena quiniela.

Y entonces el vídeo llegó a su fin.

—Hostia! —exclamó la Jessie—. Cojones!

Miró en Sam con ojos brillantes.

El chico se va arronsar de hombros.

—Me han hecho cosas peores.

La Jessie parpadeó por desempallegarse de unas lágrimas inminentes. En Sam intuyó que ella también había sufrido aquel tipo de tormentos. Le puso la mano al hombro, podía sentir como la chica temblaba. Pero también podía sentir una conexión. Un vínculo que los unía.

Llegaría el día que le enseñaría la libreta. Compartiría con ella todos sus pensamientos. El gran plan. Llegaría el día que todos lo podrían ver.

La Jessie le pasó los brazos por el cuello. Hacía un olor increíble, de solo, de sudor y de marihuana.

Empezaba a hacerse tarde, pero la claridad no aflojaba, como un recuerdo del sol que había brillado todo el día en un cielo raso. Eva levantó los ojos hacia el patio, donde las sombras se iban alargando. Unas manos gélidas le estrechaban el corazón a medida que la evidencia se le hacía más clara. El recuerdo de la Nea, que siempre volvía a casa antes de que se hiciera oscuro.

Afuera en el patio, una gacela iba y vendía. Las voces se mezclaban con los ladridos de los perros, que salían en turnos a buscar la Nea. Los dedos glaciales le volvieron a estrechar el corazón.

El policía más grande, en Gösta, entró por la puerta.

—Sólo había pensado tomar un poco de café. Después volveré a marchar.

Eva se levantó para servir una taza, las últimas horas había hecho incontables cafeteres.

—Todavía nada? —preguntó, a pesar de que ya conocía la respuesta.

Si hubiera sabido algo, ya se lo habría dicho inmediatamente. No habría pedido café. Pero en el simple hecho de formular la pregunta ya había algo que le infundía paz y seguridad.

—No, pero somos una buena pandilla, los que ahora mismo estamos registrando el bosque. Parece que todo Fjällbacka es aquí.

Eva asintió con la cabeza e intentó templar la voz.

—Sí, la gente se está trayendo muy bien —dijo, y se volvió a desplomar a la silla—. En Peter también ha salido a buscarla. No he podido retenerlo.

—Ya lo sé. —En Gösta se le sentó delante.— Me lo he encontrado con uno de los grupos de investigación.

—Que... —la voz se le entrecortaba.— Que cruces que ha pasado?

No se atrevía a mirar en Gösta. Un montón de hipótesis, la una peor que la otra, le iban apareciendo a la cabeza, pero cuando Eva probaba de cazar alguna, intentaba hacerla comprensible, le provocaba tanto de dolor que le costaba respirar.

—No hay ningún motivo para empezar a hacer especulaciones —dijo en Gösta, con una voz dulce, y se inclinó ninguno adelante.

Alargó una mano llena de arrugas hacia la suya. El rescoldo que el policía le transmitió la calentó despacio.

—La Nea hace muchas horas que es fuera de casa.

En Gösta le estrechó la mano.

—Somos en verano y hace calor, no tienes que sufrir por el frío. Es un bosque muy grande y, sencillamente, nos hacen falta varias horas para registrarlo todo. La encontraremos, esto seguro, y estará asustada y desorientada, pero nada que

no se pueda solucionar. De acuerdo?

—Pero... esto no es el que pasó con la otra niña.

En Gösta retiró la mano y lentamente hizo un trago de café.

—De aquello hace treinta años, Eva. Otra vida, otro tiempo. Es pura casualidad que viváis en la misma granja y es pura casualidad que vuestra hija tenga la misma edad. Las criaturas de cuatro años se pierden. Son seres curiosos y, por el que he entendido, vuestra pequeñita sabe muy bien qué quiere, así que quizás no es tan extraño que, al final, el deseo de ir a inspeccionar el bosque se le haya hecho irresistible. Después las cosas no han ido cómo se esperaba, pero todo se solucionará. Somos muchos los que lo estamos buscando.

Se levantó de la mesa.

—Gracias por el café, ahora volveré al bosque. Continuaremos buscándola toda la noche, pero estaría bien que intentaras dormir un poco.

Eva hizo que no con la cabeza. Cómo podía dormir, sabiendo que la Nea estaba sola al bosque?

—Bien, ya me lo pensaba —hizo en Gösta—. Pero, sea como fuere, yo ya lo he dicho.

Eva vio como la puerta se cerraba detrás del policía. Volvía a estar suela. Suela con aquellos pensamientos y los dedos glaciales que le oprimían el pecho.

1. Nombre con que se conoce Alexander Hermansson, presentador del canal infantil de televisión

Barnkanalen y youtuber . *(N. del T.)*

Provincia de Bohuslän, 1671

EL LIN SE INCLINÓ ninguno adelante e hizo la cama de la Britta. Después se puso las manos a las espaldas. Todavía no se había acostumbrado a la dureza del catre de la casa de las criadas.

Durante un instante contempló la cama preciosa donde dormía su hermana y se permitió sentir algo que recordaba la envidia. Después sacudió la cabeza y estiró el brazo para coger la jarra vacía que había encima la mesilla de noche.

Sorpresa, la Elin se había dado cuenta que su hermana no compartía ni cama ni habitación con su marido. Pero ella no era nadie para juzgarlo, a pesar de que para el Elin lo mejor momento del día siempre había sido cuando se podía acurrucar contra en Por. Descansar entre sus brazos cálidos la había hecho sentir como si ningún mal en el mundo pudiera caer sobre la Märta o ella.

Había sido muy equivocada.

—Elin?

La voz dulce del señor de la casa hizo que se estremeciera. Estaba tan absorta en sus pensamientos que la jarra casi le cayó de las manos.

—Sí? —respondió, y se giró después de recomponerse.

Aquellos ojos claros y bondadosos la miraban con fijeza y sintió como se le encendían las mejillas. Rápidamente bajó la vista.

No sabía exactamente como se tenía que comportar con el marido de su hermana. En Preben siempre era muy amable con la Märta y con ella. Era el pastor y el amo de la casa. Y ella sólo era una serventa al servicio de su hermana. Una viuda que vivía de la caridad en una casa que no era la suya.

—En Lill-Jan afirma que vos podéis ayudar a dar a luz. La mejor vaca lechera que tengo está sufriendo.

—Se trata de la Estrella? —dijo el Elin, todavía sin levantar los ojos de tierra—.

Esta mañana el mozo me ha comentado algo.

—Exacto, es la Estrella. Estáis enfeinada o podéis venir conmigo a darle un vistazo?

—Sí, esclar que puedo.

Volvió a dejar la jarra encima la mesilla de noche y, sin badar boca, siguió en Preben hasta el establo. Al fondo de todo, la Estrella estaba extendida a tierra, mugint. El dolor era patente, tanto que le costaba sostenerse de cuatro patas. Con un golpe de ninguno, el Elin saludó el mozo, que, perplejo, era junto a la bestia.

—Vais a la cocina a buscarme un poco de sal.

El Elin se puso en cuclillas y con mucha cura mimó el hocico suave de la vaca. Los ojos de la Estrella eran gordos y esbatanats del miedo.

— podéis hacer algo? —dijo en Preben, con un hilo de voz, y también mimó la vaca de manchas marrones y blancas.

Durante un instante sus manos se rozaron y la Elin va enretirar rápidamente la suya, como si se lo hubiera mordido una serpiente. Otra vez sintió como se le encendía la cara, y le pareció ver una vermellor ligera a las mejillas del amo antes de que, de un revuelo, el hombre se pusiera de pie cuando, jadeando, en

Lill-Jan volvió a aparecer.

—Aquí tenéis —dijo, con su ligera habla papissot, y alargó el salero al Elin.

Ella le dio las gracias con un gesto con la cabeza, lo cogió y se abocó un buen puñado de sal a la mano izquierda. Con el dicho índice de la derecha removió la sal en el sentido contrario de las agujas del reloj, mientras recitaba en voz alta un conjuro que le había enseñado su abuela:

Nuestro Señor Jesús atravesó mares y montañas, curó todos los males de ojos y maldiciones, maldols y maldades y aquel mal que se ha lanzado entre el cielo y la tierra. Palabra de Dios. Amén.

—Amén —dijo en Preben, y en Lill-Jan se afanó a repetir el mismo.

La Estrella va mugir.

—Y ahora qué? —dijo en Preben.

—Ahora sólo podemos esperar. Leer a la sal a menudo da buen resultado, pero puede tardar tiempo y depende un poco de la gravedad del caso. Mañana por la mañana venís a verla, creo que lo habrá ayudado.

—Lo habéis sentido, Lill-Jan? —dijo en Preben—. El primero que haréis mañana por la mañana cuando os quitáis será dar un vistazo a la Estrella.

—Cómo mandáis, amo —dijo en Lill-Jan, y reculó hasta salir del establo.

En Preben se giró hacia el Elin.

—Donde lo habéis aprendido, esto?

—De mi abuela —respondió la Elin, con pocas palabras.

El recuerdo de sus manos tocándose todavía la turbaba.

—En que más podéis ayudar? —dijo en Preben, y se apoyó contra una de las paredes que separaban los compartimentos para los animales.

El Elin rascó el tierra con el pie y respondió a regañadientes.

—Bien, en la mayoría de cosas que no sean dolencias demasiado graves.

—Tanto en animales como en personas? —preguntó en Preben, despertado la curiosidad.

—Sí —contestó el Elin.

Le sorprendía que su hermana no hubiera mencionado nunca nada de todo aquello a su esposo. Al fin y al cabo, a en Lill-Jan le habían llegado los rumores del que sabía hacer el Elin. Pero quizás no era tan extraño. Cuando vivían en casa del padre, la Britta siempre había hablado con tono despectivo de la abuela de la Elin y su sabiduría.

—Explicadme más cosas —dijo en Preben, y empezó a andar hacia la puerta.

A regañadientes, el Elin lo siguió. No era nada adecuado que se pusiera a chirriar con el amo y se arriesgaba que las malas lenguas empezaran a esparcir mentiras por la granja. Pero era en Preben quién mandaba y, con pasas pesadas, la Elin salió detrás suyo. Afuera había la Britta, con las manos a la cintura y mirada oscura. El corazón del Elin se empequeñeció. Era el que se había temido. En Preben no se arriesgaba a perder nada, pero ella podía caer en la miseria. Y, de retorque, arrastrar la Märta.

Sus temores sobre cómo sería vivir de la misericordia a casa de su hermana no se habían visto defraudados. La Britta era una ama dura y despiadada, y tanto ella como la Märta ya habían probado la lengua afilada de su hermana.

—El Elin me ha dado un golpe de mano con la Estrella —dijo en Preben, y con serenidad miró su mujer a los ojos—. Y ahora iba a prepararnos algo para comer. Ha sugerido que pasáramos un tiempos juntos, vos y yo, teniendo en cuenta que

últimamente he sido tanto de tiempo fuera de casa, ocupado en los quehaceres de la congregación.

—Ah, sí?—hizo la Britta, sin acabar de creérselo, pero con un tono de voz ligeramente más sereno—. Bien, sea como fuere, me parece una buena pensada. Animada, cogió su marido de bracet.

—He echado de menos mi estimadísim marido y señor de una manera terrible y creo que habéis desatendido un chico vuestra mujer.

—En esto tenéis toda la razón, estimada mujer —respondió en Preben, y los dos se dirigieron hacia la casa—. Pero ahora mismo pondremos remedio. El Elin ha dicho que nos podríamos sentar a mesa de aquí a media hora. Y es perfecto, porque quiere decir que tendré tiempo de arreglarme de forma que no parezca un dejado junto a mi bellísima esposa.

—Y ahora! Vos no podríais parecer nunca un dejado —dijo la Britta, y le clavó un golpecito al hombro.

El Elin los siguió hacia la casa, sin que ninguno de los dos le hiciera caso, y suspiró aliviada. Conocía demasiado bien la oscuridad que había visto a los ojos de la Britta y sabía que su hermana no ahorra ningún medio para infligir el mayor daño posible a aquellos que consideraba que habían cometido una injusticia contra ella. Pero aquella vez en Preben las había salvado a ella y a la Märta, y por aquello se sentía enormemente agradecida. Aunque, para empezar, no lo tendría que haber puesta en aquella situación.

Sin perder tiempo, se encaminó hacia la cocina. En sólo treinta minutos tenía que tener suficiente tiempo para parar la mesa y conseguir que la cocinera preparara alguna come extraordinaria. Se va dreçar el delantal. Todavía sentía el escalfor de la mano de en Preben.

—Q

UÈ HACES, PAPA?

En Bill se había sumido tan profundamente en el texto que la voz de su hijo lo asustó. Clavó un golpe a la taza que tenía al lado y el poco café que quedaba se esparció por la mesa.

Se tumbó hacia en Nils, que era al umbral de la puerta.

—Estoy trabajando en un proyecto nuevo —respondió, y giró la pantalla para que en Nils la pudiera ver.

—«Gente más amable» —leyó en Nils en voz alta en la primera diapositiva del PowerPoint.

Bajo el texto había la imagen de un velero surcando el mar.

—De que se trata?

—Bien, sabes aquella película que vimos? *Trevligt folk*,² del dúo Filipo y Fredrik.

En Nils asintió con la cabeza.

—De aquellos negros que querían aprender a jugar *a bandy*.

En Bill hizo una mueca.

—De aquellos somalíes que querían aprender a jugar *a bandy*. No se llama «negros».

En Nils va arronsar los hombros.

En Bill contempló su hijo, plantado en la media oscuridad del despacho, desdenyós, con las manos a los bolsillos y el flequillo rubio cayendo-le sobre los ojos. Lo habían tenido ya grandes. Por sorpresa y, francamente, sin desearlo especialmente. La Gun había cumplido los cuarenta y cinco, él estaba más cerca de los cincuenta, y los dos hermanos grandes de en Nils estaban a punto de dejar atrás la adolescencia. La Gun había insistido a tener el niño, había dicho que tenía que haber algún motivo. Pero en Bill nunca había sentido el mismo vínculo con en Nils que con los otros dos chicos. No había acabado de encontrar las fuerzas —quizás tampoco había querido— para cambiar pañales, sentar junto al sorral o repasar las matemáticas de primero por tercera vez.

En Bill se volvió a girar hacia la pantalla.

—Se trata de la presentación para los medios de comunicación. Mi idea es organizar algún acontecimiento para que los refugiados que tenemos aquí se puedan introducir en la vida de nuestro pueblo de una manera positiva.

—Los enseñarás a jugar *a bandy*? —preguntó en Nils, todavía con las manos a los bolsillos.

—Que no ves el velero? —en Bill señaló la pantalla.— Podrán aprender a navegar! Y después organizaremos una competición haciendo la vuelta a Dannholmen.

—La vuelta a Dannholmen no es exactamente el mismo que el mundial de bandy en qué participaron aquellos negros —dijo en Nils—. Es de otro calibre.

—No digas «negros»! —exclamó en Bill.

A buen seguro que su hijo lo había hecho por burxar-lo.

—Soy muy consciente que la vuelta a Dannholmen no es de la misma entidad, pero para la gente de aquí tiene un valor simbólico muy importante y estoy convencido que causará un gran impacto mediático. Especialmente ahora, con la película que se está rodando y todo esto.

Detrás suyo en Nils rió burlón.

—Si es que realmente se trata de refugiados. Sólo pueden venir hasta aquí aquellos que se lo pueden pagar. Lo he leído en internet. Y todos aquellos menores que han venido sólo tienen barba y bigote.

—Bastante, Nils!

En Bill miró su hijo, que tenía la cara encendida de la excitación. Era como contemplar un extraño. Si no lo conociera, se pensaría que su hijo era... racista. Pero no, los adolescentes sabían demasiado poco de cómo funcionaba el mundo. Más motivos para llevar a cabo un proyecto como aquel. En el fondo, la mayoría de las personas eran buenas y sólo los hacía falta una empujona en la dirección correcta. Formación. Se trataba justamente de aquello. En Nils no tardaría a darse cuenta de cómo estaba, de equivocado.

Por detrás, sintió como su hijo cerraba la puerta del despacho. El día siguiente tendrían el primer encuentro y era fundamental tenerlo todo a punto para la prensa. Aquello sería grande. Realmente grande.

—Hola? —llamó Paula cuando la Johanna y ella entraron por la puerta, cada una con una criatura cargada a la cadera, tres maletas y dos cochecitos.

Paula sonrió a la Johanna cuando dejó la maleta más pesada en tierra. Unas vacaciones en Chipre con un niño de tres años y un bebé no había sido su decisión más muy meditada, pero habían sobrevivido.

—Soy a la cocina!

Paula se relajó cuando sintió la voz de su madre. Si Rita y en Bertil eran allá se podrían encargar de los niños, de forma que la Johanna y ella podrían deshacer las maletas con tranquilidad. La alternativa era pasar olímpicamente de deshacerlas hasta el día siguiente por la mañana y estirarse a la cama ante cualquier película de aquellas que los daba sueño.

Rita sonrió cuando las vio entrar a la cocina. No había nada de extraño en el hecho que su madre fuera allá, cocinando, como si se tratara de su propia cocina. Rita y en Bertil vivían al piso de arriba, pero de acá que los niños habían nacido, los límites entre las dos casas se habían difuminado tanto que bien podrían instalar una escalera para pasar de un apartamento al otro.

—He preparado *enchiladas*. He pensado que después del viaje estaríais afamades. Ha ido todo bien?

Alargó los brazos porque le cogiera Lisa.

—Sí. O no —respondió Paula, y, agradecida, le pasó el bebé—. Clávame un disparo si nunca vuelvo a comentar que sería fantástico marchar una semana entera con los dos niños.

—Exacto. Y, de hecho, fue idea tuya —masculló la Johanna, e intentó despertar en Leo, que se había dormido.

—Ha sido horroroso —dijo Paula, y mangó un pedazo de queso dorado del encima de una *enchilada*—. Niños por todas partes, adultos disfrazados de

muñecos de peluche que se paseaban arriba y abajo con el calor asfixiante que hacía todo cantante malditas canciones de muchachos escuches.

—No estoy del todo segura que se puedan denominar canciones de muchachos escuches —va esclafir a reír la Johanna.

—Tienes razón, quizás más bien eran melodías propias de una secta. Si me hubieran obligado a escucharlas una vez más, me habría lanzado encima de aquel enorme huesecillo peludo y lo habría estrangulado.

—Explícale aquello de la fuente de chocolate —dijo la Johanna, añadiendo más leña al fuego.

Paula gimió.

—Redéu! Cada anochecer había bufete, sobre todo pensado para los niños, así que era lleno de creps, albóndigas, pizzas y espaguetis a puñados. Y una fuente de chocolate. Un niño que se decía Linus causó una impresión especial. Por cierto, era imposible no enterarse que se decía Linus, porque su madre se pasó toda la semana corriendo arriba y abajo llamando: «No, esto no, Linus!», «No, así no, Linus!», «No pegues a la niña, Linus!». Todo ello mientras el padre no se movía de la silla tomándose una cerveseta justo después de almorzar. Y el último día...

La Johanna ahogó una risa mientras Paula cogía un plato, cargaba una *enchilada* y se sentaba a mesa.

—El último día —continuó—, te puedes imaginar que la criatura chocó a toda velocidad contra la enorme fuente de chocolate y la volcó? había chocolate por todas partes! Y el niño se lanzó de ninguno y empezó a potinejar-, mientras la madre corría arriba y abajo completamente histérica.

Hizo una buena queixalada y suspiró. Era el primero comer mínimamente condimentado que probaba en toda la semana.

—Ava Bertil? —dijo en Leo, que se empezaba a despertar a los brazos de la Johanna.

—Sí, donde es en Bertil? —preguntó Paula—. Ya se ha dormido ante la tele?

—No... —dijo Rita—. Es al trabajo.

—Tan tarde?

En Bertil no solía hacer el turno por la noche.

—Sí, ha tenido que ir. Pero tú todavía estás de baja, oi? —preguntó Rita, y miró la Johanna, dubitativa.

Sabía que no le había sido nada fácil conseguir que su hija cogiera la baja por maternidad y la Johanna sufría que Paula empezara a trabajar antes de tiempo. La idea inicial era que la familia pasara todo el verano junta.

—Qué ha pasado? —dijo Paula, y dejó los cubiertos encima la mesa.

—Están buscando alguien que ha desaparecido.

—Quién ha desaparecido?

—Una criatura —respondió Rita, evitando mirarla—. Una niña de cuatro años. Conocía demasiado bien su hija.

—Cuánto de tiempo hace que ha desaparecido?

—En el peor de los casos, desde ayer al atardecer; pero los padres no se han dado cuenta hasta hoy por la tarde, así que hace menos de dos horas que la buscan.

Paula miró con ojos suplicants la Johanna, que se giró hacia en Leo y asintió.

—Esclar que tienes que ir. Los hace falta toda la ayuda que puedan recibir.

—Te estimo. Me voy enseguida.

Se levantó de mesa y dio un beso a la mejilla de su compañera.

—Dónde ha pasado? —dijo, mientras se ponía una chaqueta de verano al recibidor.

—En una granja. En Bertil la ha denominado «la granja de los Berg».

—La granja de los Berg?

Paula se paró de golpe. Conocía aquella granja bastante bien. Y su historia. Y no era una persona muy inclinada a creer en las casualidades.

En Karim trucó a la puerta con fuerza. Sabía que el Adnan era allá y no pensaba irse antes de que abriera. Muchos años en un mundo en que los golpes a la puerta podían significar la muerte, para ellos o para su familia, hacía que muchos tardaran a abrir, así que en Karim volvió a picar. Al final, la puerta se abrió.

Los ojos enormes del Adnan hicieron que en Karim casi se arrepintiera de haber trucado tan fuerte.

—Acabo de hablar con en Rolf y me ha explicado que todo Fjällbacka ha salido a buscar la niña que ha desaparecido. Los tenemos que ayudar.

—Una niña? Una criatura?

—Sí, en Rolf me ha dicho que tiene cuatro años. Creen que se ha perdido al bosque.

—Esclar que los ayudaremos. —El Adnan se giró hacia el interior de la habitación, a la vegada que alargaba un brazo para coger la chaqueta—. Khalil, ven!

En Karim retrocedió unas cuántas pasas.

—Dame un golpe de mano y truca a unas cuántas puertas tú también. Digas a la gente que nos reuniremos a la paradeta de comer rápido. En Rolf me ha prometido que nos acercará con el coche.

—Y tanto! Vale más que nos afanamos, a una niña pequeña no se puede pasar la noche sola al bosque.

En Karim continuó picando puertas y de lejos sentía que en Khalil y la Adnan hacían el mismo. Un rato más tarde havien conseguido reunir una quincena de personas dispuestas a ayudar. En Rolf tendría que hacer dos o tres viajes para trasladarlos a todos, pero seguro que no sería ningún problema. Era un hombre muy amable. Él también quería dar un golpe de mano.

Por un instante, en Karim vaciló. En Rolf era un hombre muy amable, sí. Y los conocía. Pero, como reaccionarían el resto de suecos cuando los vieran aparecer? Una pandilla de moros del centro de internamiento. Sabía que los denominaban así. Moros. Pero una criatura que había desaparecido era responsabilidad de todos. Tanto le hacía si se trataba de una de sueca o de siria. En algún lugar, una madre lloraba desconsolada.

Cuando en Rolf llegó con el coche, lo estaban esperando en Karim, el Adnan y en Khalil, junto con en Rashid y en Farid. En Karim miró en Rashid. Sus hijos se habían quedado en Siria. En Rashid lo miró a los ojos. No sabía si sus hijos continuaban vivos, pero aquel anochecer los ayudaría a buscar una niña sueca.

Ahora que los hijos ya eran a la cama, el silencio era celestial. A veces, el Erica se sentía culpable para disfrutar tanto de aquella paz de los anocheceres. Cuando

la Maja era pequeña, había entrado al foro de internet Familjeliv para intentar encontrar madres que pensaban como ella y poder vaciar el pap. Había pensado que tenía que haber más personas que experimentaran el mismo conflicto entre ser madre y la necesidad, de vez en cuando, de ser ellas mismas. Pero la tormenta de críticas que le había caído encima cuando escribió con toda sinceridad sobre sus sentimientos había conseguido que no volviera a entrar nunca más. La había cogido desprevenida aquel alud de invectives e insultos que le habían lanzado otras madres para dejarle bien claro el monstruo que era para no adorar cada segundo que daba el pecho, las noches del loro, cambiar pañales y los chillidos. Se tuvo que sentir a decir que no tendría que haber tenido hijos y que era una persona egoísta y egocéntrica para necesitar tiempo para sí misma. El Erica todavía sentía como la rabia le hervía por dentro sólo de pensar en aquellas mujeres que la habían juzgado para no hacer ni sentir exactamente el mismo que ellas. «Por qué no puede hacer cada cual el que le vaya mejor?», se dijo, sentada al sofá tomándose una copa de vino tinto, e intentó desconectar mirando la tele.

La cabeza enseguida la trasladó a otra madre: Eva. La madre de la Nea. Sólo podía intuir la angustia que en aquel momento debía de estar sintiendo. El Erica había mandado un mensaje de texto a en Patrik preguntándole si realmente no los podía ayudar de ninguna forma. Podía pedir a Kristina que viniera a cuidar los niños. Pero su hombre le había repetido que ya eran muchos y que no hacían falta más voluntarios, y que hacía más servicio en casa con las criaturas.

El Erica no conocía los Berg y nunca había estado a la granja. Para poder dibujar el espacio con exactitud, más de una vez había pensado ir y pedirlos si podía hacer un tumbo por la finca, echar unas cuántas fotos, pero no se había acabado de decidir. tenía fotografías antiguas, de forma que podía describir como era la granja cuando vivía la familia Strand, pero siempre era muy diferente si tenía la posibilidad de respirar la atmósfera en primera persona, coger los detalles, hacerse una idea de cómo era la vida en la casa.

Se había informado sobre la familia Berg y había averiguado que habían venido de Uddevalla buscando la paz y la tranquilidad del campo. Un buen lugar porque creciera su hija. El Erica deseaba a brazo partido que aquel sueño se hiciera realidad, que no tardara a recibir una llamada o un mensaje de texto de en Patrik explicándole que habían encontrado la niña en el bosque, asustada, desorientada, pero con vida. Pero, para sus adentros, una veueta le decía todo el contrario.

Hizo cercar el vino dentro de la copa. Se había permitido el lujo de un Amarone con cuerpo, todo y el calor sofocante del anochecer. En verano, casi todo el mundo bebía vino rosado fresco, o vino blanco con cubitos. Pero a ella no le gustaba ni el rosado ni el blanco, sino que bebía champán o vinos tintos intensos, haz el tiempo que hiciera. Por el contrario, no notaba ninguna diferencia entre un champán caro o un cava barato, así que, como solía bromear en Patrik, era un buen partido.

Inmediatamente se sintió culpable para estar divagant sobre vinos mientras una criatura pequeña —en el mejor de los casos— se había perdido al bosque. Pero, muy a menudo, la cabeza le funcionaba así. Le resultaba muy doloroso pensar en el que podía estar pasando aquella niña y, inconscientemente, su cerebro se ponía a dar vueltas a cuestiones banales y sin sentido. Era un lujo que en aquel

momento la madre de la Nea no se podía permitir. Su hombre y ella debían de estar pasando un calvario.

El Erica se incorporó y dejó la copa encima la mesita. Alargó el brazo para coger el bloque de notas que era a la mesa del comedor. Era una costumbre que había adquirido con los años, siempre tener papel y bolígrafo a mano. solía abocar pensamientos e ideas que se le acudían, hacía listas de cosas que había que hacer para salir adelante el libro. Y era exactamente aquello el que había pensado hacer. El instinto le decía que la desaparición de la Nea estaba relacionada con la muerte de la Stella. Las últimas semanas había ganduleado, el verano y el solo habían guiado su vida y la Erica no se había puesto a trabajar en el libro, como había previsto. Ahora volvería a coger las riendas y, si resultaba que había pasado el peor, quizás lo suyos conocimientos sobre el otro caso podrían ser útiles. Quizás podría encontrar la conexión que estaba convencida que existía. El Erica dio un vistazo al teléfono. Todavía no había novedad por parte de en Patrik. Después empezó a escribir con ganas.

[2.](#) Documental sueco del 2015, que narra la historia del primer equipo africano, el de Somalia, a participar al campeonato del mundo de bandy . (*N. del T.*)

El caso Stella

HO ENTENDIÓ EL MISMO momento en que se dirigieron hacia ella. Las pasas pesadas. La mirada clavada en tierra. No hacía falta que dijeran nada.

—Anders! —llamó, y la voz era un esgarip.

Su hombre salió a salto de mata de la casa, pero se paró en seco cuando vio los policías.

Se desplomó de rodillas sobre la graba del patio. Linda corrió hasta él y lo abrazó. El Anders siempre había sido tan grande, tan fuerte, pero ahora tenía la sensación que ella los tenía que cargar a los dos.

—Papa? Mama?

La Sanna era al umbral de la puerta. La claridad de la cocina le iluminaba la cabellera rubia cómo si se tratara de una aureola.

—Han encontrado la Stella, mama?

Linda no era capaz de mirar su hija a los ojos. Se giró hacia uno de los agentes. El hombre asintió con la cabeza.

—Hemos encontrado vuestra hija. Es... es muerta. Lo siento mucho.

El hombre bajó los ojos en tierra y tragó saliva para contener las lágrimas. Estaba pálido como la cera y Linda se preguntó si había visto la Stella. Si había visto el cuerpo.

—Pero como puede ser que sea muerta? No puede ser verdad. Mama? Papa?

La voz de la Sanna detrás suyo. Aquellas preguntas tan dolorosas. Pero Linda no le podía dar ninguna respuesta. No le podía ofrecer ningún consuelo. Sabía que tenía que soltar el Anders, coger su hija entre los brazos. Pero sólo el Anders comprendía el dolor que sentía con cada fibra de su cuerpo.

—La queremos ver —dijo. Y finalmente tuvo suficientes fuerzas para levantar la cabeza del hombro del Anders—. Tenemos que ver nuestra hija.

El policía más alto se fregó la garganta.

—Y lo podréis hacer. Pero primero nos tenéis que dejar hacer el trabajo. Tenemos que averiguar quién lo ha hecho.

—Qué quieres decir con esto de «quien lo ha hecho»? Se trata de un accidente, oi?

El Anders se liberó del abrazo de Linda y se levantó de tierra.

El agente más alto respondió con un hilo de voz.

—No, no ha sido ningún accidente. Vuestra hija ha sido asesinada.

El tierra se acercó a tanta velocidad que Linda no tuvo tiempo de sentir sorpresa. Después, todo se volvió oscuro.

N

OMITIDO QUEDABAN VEINTE.

En James Jensen casi no había ni empezado a sudar cuando hizo la flexión siguiente. La misma rutina cada mañana. Ya fuera verano o invierno. Nadal o San Juan. Aquel tipo de foteses no tenían ningún sentido. El que sí que tenía eran las rutinas. Resultados. Orden.

Diez más.

El padre de Helen había comprendido la importancia de las rutinas. En James todavía echaba de menos en K. G., aunque la nostalgia era una debilidad que en realidad no se quería permitir. Desde el infarto que había sufrido en K. G. diez años antes, no había encontrado nadie que lo pudiera sustituir.

La última. En James se puso derecho después de las cien flexiones rápidas. Una larga vida al ejército le había enseñado el valor de estar en buena forma.

Dio un vistazo al teléfono. Pasaba un minuto de las ocho. Iba tarde. Cuando estaba en casa, siempre almorzaba a las ocho cero cero clavadas.

—El almuerzo está a punto! —llamó Helen, como si le hubiera leído los pensamientos.

En James va arrufar la nariz. Que lo hubiera llamado era un signo inequívoco que se había dado cuenta que iba tarde.

Se enjugó el sudor del frente con la toalla y entró a la sala de estar por la puerta de la veranda. La cocina daba en la sala y en James sintió el aroma de tocino. Para almorzar siempre comía el mismo. Huevos removidos con tocino.

—Dónde es en Sam? —dijo, cuando se sentó y clavó el tenedor a los huevos.

—Todavía duerme —respondió Helen, y le sirvió el tocino, en su punto.

La irritación le hizo hervir la sangre. Últimamente le pasaba siempre que pensaba en en Sam. Dormir a las ocho de la mañana! A los veranos, él se había tenido que quitar a las seis y después trabajar hasta tarde en los anocheceres.

—Ve a despertarlo —dijo, e hizo un trago largo de café, que inmediatamente volvió a escupir a la taza—. Hostia, que no hay leche?

—Uix, perdona —dijo Helen, y le cogió la taza de las manos.

Abocó el café al fregadero, volvió a llenar la taza y añadió un rayo de leche entera.

Ahora sí que tenía el gusto que tenía que tener.

Helen salió de la cocina sin perder tiempo. Se sintieron unas pasas rápidas que subían las escaleras y después unas voces que murmuraban.

La irritación volvió a hacer acto de presencia. Era la misma que sentía cuando salía con la tropa y uno o varios soldados evitaban algunas situaciones debido al miedo. No podía entender aquel tipo de comportamientos. Si uno había decidido ingresar al ejército, especialmente en un país como Suecia, donde era voluntario, cuando se lo destinaba en zonas de conflicto al extranjero era porque cumpliera la tarea que se le había asignado. El miedo se tenía que dejar en casa.

—Qué pasa? —refunfuñó en Sam, cuando entró a la cocina arrastrando los pies y con los cabellos teñidos de negro de punta—. Por qué me tengo que quitar tan temprano por la mañana?

En James estrechó los puños sobre la mesa.

—En esta casa no perdemos el día durmiendo —dijo.

—Pero si no he encontrado ningún trabajo de verano. Qué cojones tengo que hacer, entonces?

—No reniegues!

Helen y en Sam hicieron un bot. La rabia le nubló la vista y en James hizo un esfuerzo para respirar profundamente un par a veces. Tenía que mantener la calma. No perder el control sobre si mismo. Sobre aquella familia.

—A las cero nueve cero cero nos vemos detrás para hacer práctica de tiro.

—De acuerdo —dijo en Sam, y bajó los ojos a la mesa.

Detrás suyo, Helen todavía temblaba.

No habían parado de andar durante toda la noche. En Harald estaba tan cansado que le fallaba la vista, pero no le pasaba por la cabeza marchar a casa. Sería cómo rendirse. Cuando el cansancio se le había hecho difícil de gestionar, había vuelto a la granja para calentarse un poco y llenar la barriga con un poco de café. Y cada vez se había encontrado Eva sentada a la cocina, con cara gris y muda. Con aquello había tenido bastante para recuperar fuerzas y volver a salir a buscar la niña.

Se preguntaba si los otros sabían quién era. Qué papel había tenido treinta años antes. Que era la persona que había encontrado la otra pequeña. Los habitantes de Fjällbacka que ya vivían en el pueblo entonces lo sabían, pero no creía que Eva y en Peter estuvieran al cabo de la calle. Esperaba que no estuvieran.

Cuando los repartieron las áreas de investigación, conscientemente había elegido la zona del humedal donde habían encontrado la Stella. Y había sido el primer lugar que había ido a registrar. Hacía mucho tiempo que el pequeño humedal se había secado y sólo había bosque. Pero el tronco viejo continuaba allá. El viento y la lluvia habían dejado impronta en el árbol colosal, ahora más agrietado y reseco que treinta años atrás. Pero la niña no era allá. Se había sorprendido a si mismo soltando un suspiro de alivio.

Durante la noche, los grupos se habían ido tirando y deshaciendo de manera continuada. Algunos habían ido a casa a dormir unas horas, después habían vuelto y se habían incorporado a otros grupos. Pero a medida que el día empezaba a despuntar, cada vez aparecían más voluntarios. Entre los que no habían marchado a casa a descansar había la pandilla de jóvenes y hombres del centro de refugiados. En Harald había charlado un rato durante las rondas, con una mezcla matussera del mal sueco que hablaban ellos y su pésimo inglés. Pero de alguna manera habían conseguido entenderse.

El pequeño grupo con el cual estaba andando en aquel momento estaba formado, aparte de él mismo, por un hombre que se había presentado como Karim y en Johannes Klingsby, un albañil de los alrededores que en Harald solía contratar cuando había que hacer algún retoque a la pastelería. Concentrados, avanzaban despacio por un bosque cada vez más claro por los rayos del sol que se esmunyien entre los árboles. Durante la noche, los policías que se encargaban de la investigación los habían repetido en varias ocasiones que no tuvieran prisa, sino que recorrieran el terreno despacio y de una manera metódica.

—Hemos peinado esta zona toda la noche —dijo en Johannes—. No puede haber ido tan lejos...

Y extendió los brazos.

—La última vez estuvimos buscando un día entero.

Volvió a ver el cuerpo de la Stella ante sede.

—*What?*

En Karim sacudió la cabeza. Le resultaba muy difícil entender el acento cerrado de la provincia de Bohuslän que hablaba en Harald.

—*Harald found dead girl in the woods, thirty years ago* —le explicó en Johannes.

—*Dead girl?* —preguntó en Karim. Y se paró.— *Here?*

—*Yes, four years old, justo like this girl.*

En Johannes levantó cuatro dedos.

En Karim miró en Harald y lentamente asintió con la cabeza.

—*Yes. It was justo over here. But it was water there then.*

Se avergonzaba de su inglés tan pobre, pero en Karim asintió con la cabeza.

—*There* —dijo en Harald. Y señaló el tronco.— *It was a... not a lake... a... we callo it humedal.*

—*A small lake, like a pond* —lo ayudó en Johannes.

—*Yes, yes, a pond* —dijo en Harald—. *It was a pond here over by that tree and the girl was dead there.*

En Karim se acercó despacio hacia el árbol. Se puso en cuclillas, con la mano al tronco. Cuando se giró, estaba tan pálido que en Harald retrocedió unas pasas.

—*Something is under the tree. Y can see a hand. A small hand.*

En Harald perdió el equilibrio un instante. En Johannes se agachó detrás un arbusto y pronto sintieron como sollozaba. Los ojos de en Harald se cruzaron con los de en Karim y vio reflejada su propia desesperación. Tenían que avisar la policía.

Marie estaba sentada con el guion al regazo, intentando memorizar los diálogos de la escena siguiente, pero aquel día no había manera. La escena se tenía que rodar en el interior, dentro de una nave industrial enorme de Tanumshede.

Habían sido muy diestros construyendo algunos de los espacios más recurrentes, como pequeños mundos preparados para recibir los visitantes. La mayor parte de la película se desarrollaría a Dannholmen. Escenas de los años que Ingrid había sido casada con el director teatral Lasse Schmidt, pero también de los últimos, cuando Ingrid había continuado visitando Dannholmen, a pesar de estar separada.

Marie va dreçar la espalda y movió la cabeza. Quería desempallegar-se de todos los recuerdos que lo habían sido atormentando de acá que la gente había empezado a hablar de aquella niña que había desaparecido. Recuerdos de una Stella risueña que iba saltando ante Helen y ella.

Marie suspiró. Ahora era allá, haciendo el papel que siempre había soñado. Era por aquello que había trabajado tanto durante tantos años, la suya recompensa ahora que las ofertas en Hollywood ya no llegaban con tanta frecuencia. Se lo merecía, era buena en el que hacía. A ella no le suponía ningún gran esfuerzo zambullirse en un personaje, fingir ser otra persona. Era una cosa que había empezado a practicar ya de pequeña. Mentira o teatro, la frontera es muy fina, y bien pronto aprendió a dominarlos los dos.

Con sólo que fuera capaz de dejar de pensar en la Stella...

—Cómo tengo los cabellos? —preguntó a la Yvonne, que se le acercaba con aquellas pasas nerviosas tan características.

La mujer se paró en seco y casi hizo un bot. Miró Marie de pies a cabeza, cogió el peine que llevaba atravesada en un monyo a la nuca y le corrigió unos cuántos copos de cabellos. Después dio un espejo a Marie y esperó, tensa, que la actriz inspeccionara el resultado.

—Bastante bien —sentenció Marie, y la expresión de preocupación desapareció de la cara de la Yvonne.

Marie se giró hacia la sala de estar que los escenógrafos habían construido, donde en Jörgen estaba charlando con en Sixten, el responsable de la iluminación.

—Tardaréis mucho a acabar?

—Danos quince minutos! —llamó en Jörgen.

La voz dejaba patentiza la frustración. Marie sabía a que se debía de. Todo el que tomaba tiempo costaba dinero.

Se volvió a preguntar como iba la parte financiera de la película. No era la primera vez que participaba en un proyecto en que el rodaje empezaba sin que estuviera resuelta la parte económica y después, de manera abrupta, había habido que cerrar la paradeta. Nada era seguro hasta que se atravesaba el punto en qué todo ello había costado tanto dinero que no salía por anticipado dejarlo estar.

Pero ellos todavía no habían llegado.

—Perdona, mientras esperas, te puedo hacer unas cuántas preguntas?

Marie levantó los ojos del guion. Un hombre de unos treinta años la miraba sonriendo de oreja a oreja. Un periodista, por supuesto. En circunstancias normales, no se habría dejado entrevistar nunca sin que previamente se hubiera concertado una cita, pero a aquel xicot la camiseta le quedaba demasiado bien porque Marie tuviera ganas que lo echaran.

—Dispara. En resumidas cuentas, ahora mismo no hago nada más que esperar.

Se dio cuenta, satisfecha, que la blusa le esqueia mucho. Ingrid siempre había tenido estilo y buen gusto.

El chico de cuerpo bien musculat se presentó como Axel, del diario *Bohuslänningen*. Empezó con unas cuántas preguntas fáciles sobre la película y la carrera cinematográfica de Marie, y, al final, se acercó al que, evidentemente, era el objetivo de la visita. Marie se reclinó ninguno atrás y cruzó las piernas largas. A lo largo de su vida profesional, el pasado había sido muy útil.

—Cómo te sientes de volver a ser aquí? Vaya, estaba a punto de decir «al lugar del crimen», pero dejémoslo como un patinazo freudiana, porque tanto tú como Helen siempre habéis sostenido que erais inocentes.

—No lo hemos sostenido, lo somos —matizó Marie. Y constató, satisfecha, que el joven periodista no podía apartar los ojos de su escote.

—Pero fuisteis juzgadas por aquel crimen, oi? —continuó Axel, y lentamente levantó los ojos de los pechos de Marie.

—Éramos dos criaturas, completamente incapaces de cometer el delito del cual nos acusaban. Pero, esclar, de cacerías de brujas también se llevan a cabo en nuestros tiempos.

—Cómo fueron los años siguientes?

Marie sacudió la cabeza. Nunca podría describirle aquella época. A buen seguro que aquel chico había crecido con dos padres modélicos que lo habían ayudado en todo y ahora vivía con su pareja y tenían un hijo. De reojo, le miró la mano izquierda. Mujer, no pareja, se corrigió.

—Fueron muy enriquecedores —respondió—. Algún día hablaré en cantidad suficiente en mis memorias. Se me hace muy difícil describirlos con el poco espacio de que disponemos.

—A propósito de las memorias, he sentido a decir que la escritora local, la Erica Falck, tiene pensado escribir un libro sobre aquel caso y sobre Helen y tú. Participas en este proyecto? Helen y tú habéis dado el visto bueno porque se publique?

Marie tardó unos segundos a responder. Era cierto que el Erica se había puesto en contacto con ella, pero justamente estaba en negociaciones con una de las grandes editoriales de Estocolmo para publicar una versión propia.

—Todavía no he decidido si colaboraré —dijo. Y dejó entender que no contestaría ninguna más pregunta relacionada con aquella cuestión.

Axel comprendió el gesto y cambió de tema.

—Supongo que has sentido a hablar de la niña que desapareció ayer y que todavía no han encontrado. Vivía en la misma granja que la pequeña Stella.

El periodista calló, a buen seguro esperando una reacción por parte de Marie. Pero la actriz se limitó a volver a cruzar las piernas. El chico siguió el movimiento y Marie sabía que nada en ella denotaba que no había podido aclarar los ojos durante toda la noche.

—Una coincidencia muy extraña, pero estoy convencida que sólo es esto, una coincidencia. Seguro que la niña sólo se ha perdido.

—Cruzamos los dedos —dijo Axel.

El joven bajó los ojos al bloque de notas, pero, justo en aquel momento, en Jörgen hizo un gesto a Marie. El contacto con la prensa ya le gustaba, pero ahora Marie quería entrar a la sala de estar de Dannholmen y brillar. Convencer los productores que aquella película sería un éxito.

Cogió la mano de Axel, la estrechó un instante demasiado largo, y le dio las gracias por la entrevista. Se dirigió hacia en Jörgen y el resto del equipo, pero, de repente, se paró e hizo media vuelta. El periodista todavía no había apagado la grabadora y Marie se inclinó ninguno adelante. Con voz ronca, recitó una retahíla de números al micrófono. Después, miró Axel.

—Es mi número de teléfono.

Después se volvió a girar y se adentró en la década de los setenta, en la isla batida por el viento que era el paraíso en la tierra de Ingrid Bergman.

Cuando en Patrik respondió al número desconocido, sintió desde la primera sílaba que se trataba de la llamada que había temido. Escuchó la voz al otro lado de la línea y a la vezada hizo un gesto a en Gösta y en Mellberg, que eran algo más allá, hablando con los guías caninos.

—Sí, sé donde es —dijo—. No tocáis nada, absolutamente nada. Y no os movéis de aquí hasta que llegamos.

Con movimientos muy lentos, colgó. En Mellberg y en Gösta eran a su lado y no va caldre que en Patrik los digués nada. Lo entendieron perfectamente, la cara no

admitía dudas.

—Dónde es? —dijo en Gösta, finalmente.

Tenía los ojos clavados en la casa, a la cocina de la cual la madre de la Nea continuaba preparando café.

—Al mismo lugar donde encontraron la otra niña.

—Hostia! —exclamó en Mellberg.

—Pero si ya hemos buscado antes, allá. Estoy seguro que varios grupos han registrado aquella zona —dijo en Gösta, arrufant las cejas—. Cómo puede ser que no la hayan visto?

—No lo sé —dijo en Patrik—. Era en Harald, el que ha trucado, el propietario del Zetterlinds. Su grupo la ha encontrado.

—También encontró la Stella —murmuró en Gösta.

En Mellberg se lo quedó mirando.

—No os parece extraño? Qué probabilidad hay que una persona, con treinta años de diferencia, encuentre dos niñas muertas?

En Gösta hizo un gesto con la mano para cortar aquella disquisición.

—La otra vez ya lo investigamos, pero tenía una coartada a prueba de bomba y no tiene nada que ver con este asesinato —miró en Patrik—. Porque se trata de un asesinato, oi? Teniendo en cuenta que la han encontrado al mismo lugar, me parecería muy poco probable que no estuviéramos hablando de un asesinato.

En Patrik asintió con la cabeza.

—Tendremos que esperar y ver qué dicen los de la científica, pero en Harald ha comentado que estaba desnudada.

—Cojones! —hizo en Mellberg, y la cara le adoptó un tono grisós.

En Patrik respiró fondo. El solo había empezado a ensartarse cielo arriba y la temperatura había subido tanto que la camisa se le enganchaba al cuerpo del sudor.

—Propongo que nos separamos. Yo me llegaré al lugar dónde en Harald ha encontrado la niña, su grupo nos está esperando. Cogeré cinta y acordonaré la zona. Bertil, ponte en contacto con en Torbjörn de Uddevalla y pídele que venga así que pueda con un equipo de la científica. También puedes ir informando los voluntarios a medida que vayan volviendo, así evitaremos que nadie vuelva a entrar al bosque. Y digas a los guías de los perros y a los helicópteros que pueden parar la busca. Tú, Gösta...

En Patrik enmudeció y se miró su compañero con tristeza.

En Gösta asintió con la cabeza.

—Yo me encargo —dijo.

En Patrik no sentía ninguna envidia de la tarea que había encomendado al viejo agente. Pero la única opción lógica era pedirlo a en Gösta. Era él el que había establecido un vínculo más largo y más estrechado con los padres de la Nea, durante el tiempo que hacía que eran a la granja, y en Patrik sabía que era una persona segura y calmada, y que sabría manejar aquella situación.

—Truca al pastor, también —dijo en Patrik. Y después miró en Mellberg.— Bertil, asegúrate de llevarte deprisa el padre de la Nea así que vuelva su grupo. No queremos que se entere de nada antes de que en Gösta tenga la ocasión de hablar.

—Será muy complicado —respondió en Mellberg, haciendo una mueca.

Tenía el labio superior cubierto de gotas gordas de sudor.

—Ya lo sé. La noticia correrá como la pólvora, pero, aún así, inténtalo.

En Mellberg asintió con la cabeza. En Patrik dejó sus compañeros y se dirigió hacia el bosque. Todavía no era capaz de entenderlo. El primero que habían hecho había sido registrar la zona donde treinta años atrás habían encontrado la Stella. Aún así, los debía de haber pasado por alto.

Después de andar diez minutos, vio tres hombres que lo estaban esperando derechos. Aparte de en Harald, el grupo de investigación estaba compuesto por dos hombres más jóvenes, uno de los cuales de apariencia extranjera. En Patrik alargó la mano para saludarlos. Ninguno de los tres tenía basta ánimo para mirarlo a los ojos.

—Dónde es? —preguntó.

—Allí abajo, bajo aquel tronco gordo —dijo en Harald, señalando con el dedo—. Por eso no la hemos visto al principio. Se ha formado una cavidad bajo el árbol y alguien ha puesto la niña. Sólo es visible si te acercas y meneas el tronco.

En Patrik asintió con la cabeza. Aquello lo explicaba todo. Pero se maldijo de no haber ordenado registrar la zona más a fondo.

—Ya sabes que ha vuelto, oi? Por primera vez desde que la hicieron marchar de aquí.

No hacía falta que en Patrik preguntara a quien se refería en Harald. A nadie le había podido pasar por alto que Marie Wall había vuelto al pueblo, especialmente teniendo en cuenta que lo había hecho en unas circunstancias tan inusuales.

—Sí, ya lo sabemos —respondió, sin entrar a considerar qué podía implicar aquel regreso.

Pero él también había pensado. Que era una coincidencia, como mínimo, de lo más extraña que una segunda criatura que vivía en la misma granja hubiera sido asesinada y que la encontrarán en el mismo lugar, justamente ahora que Marie había vuelto a aparecer.

—Acordonaré la zona. Después los agentes de la científica examinarán el lugar del crimen.

Dejó en tierra la bolsa que había traído y sacó dos corros de cinta azul y blanca.

—Y nosotros, tenemos que volver a la granja? —preguntó el hombre más joven, que se había presentado con el nombre de Johannes.

—No, me gustaría que os quedarais aquí y preferiría que no os movierais mucho. Los de la científica os querrán examinar la ropa y los zapatos, teniendo en cuenta que habéis pisado el escenario de un crimen.

El hombre de apariencia extranjera hacía cara de no entender el que estaba diciendo. En Harald se giró hacia él y le dijo en un inglés pobre, pero claro:

—*We stay here. Okay, Karim?*

—*Okay* —asintió el hombre, y en Patrik comprendió que se trataba de uno de los voluntarios que habían venido del centro de internamiento con en Rolf.

Durante un instante se hizo el silencio. El contraste entre el motivo por el cual eran allá y el idilio que los rodeaba era sobrecogedor. El refilet alegre de los pájaros continuaba cómo si no hubiera pasado nada, como si pocos metros más allá no hubiera una niña de cuatro años muerta. Y el rumor de las copas de los

árboles acompañaba aquella melodía. Era esfereïdorament bonito, con el solo filtrándose entre los árboles como intensos rayos láser. En Patrik descubrió, justo a tocar de donde eran, una gran franja de bosque cubierta de ruiseñores. En circunstancias normales, aquella visión le habría acelerado el corazón de la emoción. Ahora, el anhelo de cosechar setas se le aparecía muy remoto. En Patrik empezó a desenrollar la cinta. Lo único que podía hacer por aquella niña era hacer el trabajo todo lo bien que pugués. Y evitó girar los ojos hacia el tronco.

Eva estaba derecha ante el fregadero, enjuagando la cafetera. Había perdido la cuenta de la cantidad de café que había preparado durante la noche. Un estosec suave detrás suyo hizo que se girara. Vio la mirada de en Gösta, la postura tensa, y la cafetera le cayó de las manos. Después del terrabastall al hacerse a miques el vidrio, se sintió el grito, tan cercano y a la vez tan lejano. Un chillido que expresaba un dolor y una pérdida más allá del imaginable.

Un grito que salía de para sus adentros.

Se desplomó a los brazos de en Gösta y aquel abrazo fue el único que evitó que enloqueciera. Respiraba con dificultad y en Gösta le mimaba los cabellos. Eva deseaba a brazo partido que la Nea fuera allá, que sin cesar de risa corriera entre sus piernas. Deseó que la Nea no hubiera nacido, no haber dado a luz una criatura que después le arrebatarían de las manos.

Ahora todo estaba perdido. Todo había muerto con la Nea.

—He trucado al pastor —dijo en Gösta, y la trajo hacia una silla.

«Debe de ver que estoy destrozada por dentro», pensó a Eva, «porque me coge con mucha delicadeza».

—Por qué? —dijo. Y la pregunta era sincera.

Qué podía hacer por ella un padre en unos momentos como aquellos? Nunca había sido una persona creyente. Y una criatura tendría que ser con sus padres, no en un supuesto cielo con un dios desconocido. Qué los podía decir un pastor que diera algún tipo de esperanza a en Peter y a ella?

—Y en Peter? —preguntó. La voz era rota y reseca.

Incluso las palabras habían muerto con la Nea.

—Lo están buscando. Pronto será aquí.

—No —dijo Eva. Sacudió la cabeza.— No lo hacéis. No le digáis nada.

«Dejáis que se quede al bosque», pensó. «Todavía con la esperanza.» Ahora, el único que continuaba vivo era en Peter. Ella había muerto con la Nea.

—Lo tiene que saber, Eva —dijo en Gösta, y le volvió a pasar el brazo por los hombros—. Es inevitable.

Eva asintió con la cabeza contra el pecho de en Gösta. Era evidente que en Peter no podía seguir vagarejant por allá fuera, como un ser del bosque. Se lo tenían que explicar, pero, entonces, también él moriría.

Se deshizo del abrazo de en Gösta y apoyó la cabeza contra la mesa. Sintió la madera a la cara. Hacía todo un día que no dormía; la esperanza y el temor la habían mantenido despierta. Ahora, el único que quería era poder descansar y olvidarse de todo aquello. Hacer que todo ello sólo hubiera sido una pesadilla. El cuerpo se le relajó, la madera contra la mejilla parecía flonja como una almohada, y despacio se fue durmiendo. Una mano cálida le golpeteaba

dulcemente la espalda. El escalfor se le esparcía por todo el cuerpo. Y entonces se abrió la puerta de la entrada. Eva no quería abrir los ojos. No quería levantar la cabeza. No quería ver en Peter, derecho allá delante. Pero en Gösta le estrechó el hombro y, a regañadientes, Eva lo hizo. Levantó la cabeza y vio la mirada de en Peter, tan rasgada como la suya.

Provincia de Bohuslän, 1671

EL DÍA SIGUIENTE POR LA MAÑANA, cuando en Lill-Jan la fue a ver, a la Estrella le habían marchado todos los males. En Preben no dijo nada al Elin, pero se la miraba con una fascinación nueva. La mujer sentía los ojos del amo sobre suyo mientras preparaba el almuerzo. La Britta estaba inusualmente de buen humor cuando el Elin lo había ayudado a acicalarse. Pero los domingos siempre lo estaba; le encantaba sentar en el primer banco de la iglesia durante el oficio, vestida con ropa bonita y un peinado delicado, y ver las rengleres rellenas de los miembros de la congregación de en Preben.

El camino entre la casa parroquial y la iglesia no era largo y los mozos y las criadas avanzaban como una sola tropa. En Preben y la Britta habían marchado antes con el carro y el caballo para que la ropa preciosa de la mujer del pastor no se ensuciara de polvo y barro.

El Elin sujetaba con fuerza la mano de la Märta. La niña arrastraba los pies más que no andaba y las trenzas rubias saltironejaven contra el vestido gastado que llevaba. Hacía un frío glacial y el Elin había rellenado meticulosamente con papel los zapatos de su hija porque no entrara el agua y tuviera los pies calientes; pero también para acabar de llenarlas, puesto que la Märta las estaba reaprofitant de otra criada que tenía los pies más grandes. Aún así, la niña no se quejaba. Unos zapatos eran unos zapatos, y la Märta ya había aprendido que había que dar gracias por el que se tenía.

El nudo que sentía el Elin al pecho se aflojó cuando, ante sede, vio la iglesia. Se levantaba preciosa a Vinbäck. El campanario nuevo hacía tilín de ver y el tejado de plomo de la nave central refulgia bajo el sol de invierno. Un muro con cubierta de madera pintada de color rojo rodeaba la iglesia, con el cementerio en el interior, y había tres enormes puertas de entrada con tejado y rejas de hierro que evitaban que el ganado se esmunyís dentro de la sagrera y provocara todo tipo de destrozos.

El simple hecho de atravesar la puerta hizo que el corazón del Elin cantara y cuando, más tarde, entraron a la iglesia, la mujer respiró profundamente y se dejó llevar por la atmósfera de serenidad que reinaba.

La Märta y ella se sentaron al fondo de la nave. En total, había una cuadragésima de bancos, pero en aquellos tiempos no se acababan de llenar nunca. La guerra y la hambre habían exprimido la región y la oleada de personas que, cien años atrás, durante la época dorada de la pesca de la sardina, se había desplazado hasta las zonas costeras ahora era un simple recuerdo. La madre de la Elin le había hablado de aquellos tiempos, historias que había sentido de sus padres y sus abuelos. Entonces las cosas eran bien diferentes. había tanto de pescado que apenas sabían qué hacer y llegaba gente de todo el país para quedarse a vivir a la comarca. Pero la sardina desapareció y vino la guerra. Sólo quedaban las historias. Y muchas hileras de bancos permanecían vacías y el resto se llenaban de gente apática, pálida y esprimatxada, con una lluïssor amortiguada a los ojos. Era un pueblo devastado, pensó el Elin.

La iglesia sólo tenía ventanas a la pared orientada al sur, pero la claridad que se filtraba era tan bonita que a la Elin casi se le negaron los ojos. La trona también se levantaba a la banda sur y los murmullos cesaron cuando en Preben subió. Empezaron con un salmo y el Elin se va escarrassar más de la cuenta porque sabía que tenía una voz dulce. Era una pequeña vanidad que se permitía, puesto que a la Märta le encantaba sentirla cantar.

Se esforzó a entender el que decía en Preben. Que en aquellos tiempos, en la iglesia, sólo se pudiera hablar y leer el sueco era una ocurrencia que toda la congregación encontraba de lo más molesta, puesto que estaban mucho más avezados en el danés y al noruego.

Pero la voz de en Preben era preciosa. El Elin va a clucar los ojos e inmediatamente sintió el escalfor de la mano del pastor. Volvió a abrir los ojos y se obligó a mirar la nuca de la Britta, muy adelante, al primero de los bancos. Su hermana traía una trenza bonita que la Elin le había hecho por la mañana y el cuello de la blusa blanco y acabado de emmidonar. Iba asintiendo con la cabeza mientras en Preben hablaba.

El Elin hizo un gran esfuerzo para no pensar en la dulzura de la voz de en Preben y el tacto de la mano del pastor. Era el marido de la Britta y, por otro lado, estaba en la casa del Señor, teniendo pensamientos prohibidos. No le habría extrañado que un rayo hubiera caído en la iglesia y la hubiera fulminado como castigo por aquel pecado. Estrechó la mano de la Märta y se forzó a escuchar y comprender las palabras que se pronunciaban desde la trona. En Preben hablaba de la gran desgracia que se esparcía por todo el país y por aquella provincia, y como los compatriotas estaban entregando una batalla heroica contra el diablo para encontrar sus enviados y traerlos ante la justicia. La congregación entera parecía encisada. Cómo Dios mismo, el demonio era parte de su cotidianidad. Una fuerza omnipresente que intentaba apoderarse de ellos a través de su maldad. El peligro era por todas partes: al ojo del gato, a la oscuridad del mar, al cuervo arriba de un árbol. Satanás era tan real como un padre o un hermano, o el vecino de la casa del lado. Que no se lo pudiera reconocer a primera vista sólo lo convertía en un peligro todavía más terrible. Y había que estar muy atento de un mismo y de los otros.

—Hoy por hoy nos hemos podido entregar —dijo en Preben, y su voz resonaba con una gran dulzura entre las paredes de piedra—, pero es sólo una cuestión de tiempo que el demonio clave las zarpas también en las criaturas y las mujeres de este pequeño rincón de mundo. Así que os lo pido: estad alerta. Las señales serán allá. Observáis vuestra mujer, vuestra hija, vuestra criada, vuestra vecina, vuestra suegra y vuestra hermana con los ojos atentos de Dios. Cuanto antes encontramos estas esposas del diablo entre nosotros, más bien podremos volver el golpe y evitar que el Maligno se establezca entre nosotros.

Todo el mundo asintió con la cabeza, con las mejillas encendidas de la excitación. Los niños rieron burlones, pero recibieron un golpe de codo seco, un buen calbot o una simple bofetada porque callaran.

Después de aquello, la misa no tardó a llegar al final. Era una interrupción de la cotidianidad gris, un tiempo para descansar y un momento para dejar que el alma recibiera su alimento.

El Elin se levantó y aferró la mano de la Märta con firmeza porque no se

perdiera entre todo el gentío que quería salir de prisa de la iglesia. Cuando fueron afuera, el frío hizo que se estremeciera.

—Maldita —sintió que alguien hacía detrás suyo.

Sorpresa, la Elin se giró, pero cuando vio quién había renegado bajó la cabeza. Era el Ebba de Mörhult, viuda de en Claes, que había muerto con en Por y el resto de pescadores. El Ebba era una de las razones por las cuales no se había podido quedar a Fjällbacka y había tenido que aceptar la caridad de la Britta. El odio que le profesaba aquella mujer no tenía límites, puesto que la culpaba de todo el que había pasado. Y el Elin sabía por qué se sentía así la viuda, aunque en realidad las palabras que la Elin había espetado a en Por aquella mañana desgraciada no habían alterado el transcurso de los acontecimientos. No habían sido sus palabras las que habían ahogado en Por y sus hombres, había sido la tormenta que los había sorprendido.

Pero, después de la muerte de en Claes, a la Ebba las cosas no le habían ido bien y la viuda culpaba la Elin de toda su mala suerte.

—Ebba, en la iglesia, no. No en tierra sagrada —la exhortó la Helga Klippare, y se llevó su hermana pequeña por el brazo.

El Elin la miró con ojos llenos de agradecimiento y apresuró el paso seguida de la Märta, antes de que el que había pasado se convirtiera en un verdadero espectáculo. Muchas miradas la siguieron y se dio cuenta que algunos consideraban que la Ebba lo acusaba con toda la razón. Pero la Helga había sido buena y justa. Además, había sido aquella mujer la que la había ayudado a traer la Märta al mundo una buena mañana de primavera de ocho años atrás. Y en toda la comarca, no había un niño que no hubiera nacido sin la supervisión de la Helga ni gracias a sus conocimientos como comadrona. También se rumorejava que, en secreto, ayudaba las pobres chicas que habían caído en desgracia. Pero era un rumor que el Elin no se acababa de creer.

Con pasas pesadas se dirigieron hacia la casa parroquial. Había desaparecido la paz y la serenidad de espíritu que le había infundido la misa y la asaltaron los recuerdos de aquel día malaventurat, que provocaron que el corto camino hasta la granja se le hiciera eterno. En circunstancias normales, intentaba no pensar. La vida era como era y ni siquiera Dios podía deshacer el que había pasado. Y parte de la culpa era de en Por. El orgullo lo había perdido. El Elin lo había amonestado por aquel pecado desde que había aceptado casarse con él. Pero su hombre no la había escuchado nunca. Y, ahora, en Por y todo el resto de la tripulación eran al fondo del mar, como comer para los pescados, mientras que su hija y ella se dirigían hacia casa de su hermana como dos pedigüeñas. Tendría que vivir el resto de la vida a sabiendas de que la última vez que había visto su hombre se había despedido con palabras duras. Palabras que la Ebba, y Dios sabe cuántas personas más de Fjällbacka, ahora le cargaban a los hombros.

Todo ello había empezado con un barril de sal. Se había emitido un decreto que dictaminaba que cualquier actividad comercial con el extranjero se tenía que llevar desde Göteborg y se había prohibido en toda la provincia de Bohuslän mercadejar con Noruega o cualquiera otro país con el cual en el pasado habían mantenido buenas relaciones. Aquella medida había aumentado todavía más la indigencia de la región y la indignación era enorme hacia un poder que con tanta

ligereza tomaba decisiones que arrebatában el pan de la mesa. No todo el mundo se había resignado a aceptar aquella prohibición y los oficiales de aduanas se las veían de todos colores cuando tenían que confiscar mercancías que no disponían de los permisos pertinentes. Muchas veces, la Elin exhortaba en Por porque cumpliera el decreto, infringirlo sólo los podía traer desgracias. Y su hombre asentía con la cabeza y le aseguraba que pensaba el mismo.

Así que, cuando aquella tarde de principios de septiembre el oficial de aduanas Henrik Meyer trucó a la puerta, la Elin lo dejó entrar sin ningún tipo de temor. Pero un simple vistazo a en Por, que estaba sentado a la mesa de la cocina, le hizo entender que había cometido un grave error. El oficial Meyer no tardó más que unos cuantos minutos a encontrar el barril de sal de contrabando al fondo del cubierto de las herramientas. El Elin sabía perfectamente qué representaba aquello y, con las manos dentro de los bolsillos del vestido, estrechó los puños. Había repetido tantas veces a en Por que no hiciera ninguna tontería... Y, aún así, no se había podido estar. Por un simple barril de sal.

Lo conocía demasiado bien. Aquella mirada rebelde, llena de orgullo, que refulgía por encima de la miseria en que vivían y le drecava la espalda, muy recta. El hecho mismo que hubiera festejado el Elin era la muestra de un valor que carecía a la inmensa mayoría de hombres. Entonces, en Por no sabía que, en realidad, al padre del Elin tanto se le daba el destino de su hija. A ojos de en Por, era la hija de un hombre rico y, por lo tanto, habría tenido que estar fuera de su alcance. Pero aquella misma valentía, aquel mismo orgullo y aquella fuerza, los habían arrastrado a todos a la destrucción.

Cuando el oficial de aduanas volvió a entrar a su caseta miserable, los informó que los confiscarían la barca. En Por disponía de tres días. Después, vendrían a buscar la embarcación por la cual había trabajado arduamente durante tantos años hasta conseguir comprarla, a pesar de que el pescado no abundaba y la hambre siempre asediaba detrás la puerta. En Por había llegado a poseer algo y lo había arriesgado todo por un barril de sal que había comprado ilegalmente en Noruega.

El Elin estaba furiosa. Más furiosa que nunca. Lo quería golpear, vaciarle aquellos ojos verdes, arrancarle los cabellos rubios. Su maldito orgullo se lo arrebataría todo. De que vivirían ahora? El Elin no rechazaría cabeza de las feinetes que le encomendaran, pero representaban pocos *riksdaler* y a en Por no le sería fácil encontrar un lugar en otra embarcación, ahora que no se podía comerciar con mercancías extranjeras. Y el pescado ya no valía gran cosa.

No había badat boca en toda la noche. La vecina le había explicado que, volviendo hacia casa, en Henrik Meyer había caído del caballo y había ido a parar en el canal. Ya le estaba bien. Ni una migaja de compasión había mostrado aquel hombre cuando los había comunicado que los confiscaría la herramienta de que dependían sus vidas. Sin la barca no tenían nada.

Cuando empezó a despuntar el día, en Por había intentado ponerle una mano al hombro, pero el Elin se lo había sacado de sobre y se había girado de espaldas. Sin tumbar la cara, había llorado con lágrimas agrias. De rabia. Y de miedo. Afuera de su pequeña caseta, el vendaval había aumentado y, cuando al albada, en Por se quitó, el Elin se había incorporado y le había preguntado donde se pensaba que iba.

—Saldremos con la barca —le había respondido su hombre, y se había puesto los pantalones y la camisa.

El Elin se había quedado quieta, mirándolo fijamente, mientras la Märta, todavía durmiendo, respiraba profundamente al sofá cama de la cocina.

—Con este tiempo? Que te has bebido el entendimiento?

—Si de aquí a tres días me tienen que tomar la barca, tenemos que tener suficiente tiempo de hacer todo el que podamos —dijo, y se puso la chaqueta.

Despacio, el Elin se había vestido y había salido de casa detrás de su hombre. En Por ni siquiera se había molestado a comer nada, sino que hacía la impresión que tenía mucha prisa para marchar. Cómo si lo estuviera persiguiendo el mismo diablo.

—Hoy no saldrás ! —berreó el Elin más fuerte que la tormenta. Y, con el rabillo del ojo, vio que un puñado de curiosos aparecían a las puertas de las casas de los alrededores.

El hombre del Ebba de Mörhult, en Claes, también salió afuera, con su mujer detrás, tan furiosa como la Elin.

—Si salís con este temporal, atraeréis la muerte! —llamó el Ebba, y estiró la chaqueta de en Claes.

El hombre se va desempallegar y le espetó:

—Si quieres que los niños tengan algo para meterse en la boca, no tenemos ninguna otra opción.

En Por saludó con la cabeza en Claes y los dos marcharon hacia la embarcador donde habían amarrado la barca. El Elin contempló la espalda ancha y derecha de su hombre y el miedo le clavó las zarpas tan profundamente que apenas era capaz de respirar. Pero, con toda la potencia de los pulmones, llamó muy alto para ganar la fuerza del viento:

—Muy bien, pues. Por Bryngelsson, si es así, el mar ya se te puede llevar a tú y a tu maldita barca, porque yo ya no os quiero.

Hizo media vuelta y, con la falda voleiant entre las piernas, volvió a entrar a casa. Con el rabillo del ojo, vio la mirada horrorizada de la Ebba. Cuando se desplomó sobre la cama y empezó a llorar, la Elin no sabía que aquellas palabras la perseguirían hasta el día de su muerte.

L

A JESSIE SE VA RECARGOLAR A LA CAMA. Su madre había marchado al siete de rodaje poco antes de las seis de la mañana y ella estaba disfrutando de la sensación de tener toda la casa para ella. Se estiró, se puso la mano al vientre y lo escondió tanto como pudo. Le parecía increíblemente plano. Nada graso ni flonjo cómo de costumbre, sino pequeño y linos. Cómo el que tenía la Vendela.

Al final se vio obligada a volver a respirar y la barriga volvió a aparecer. Sintiendo asco de sí misma, apartó la mano. Odiaba su barriga. Odiaba todo su cuerpo. Todo en su vida. Lo único que no odiaba era en Sam. Todavía podía sentir a los labios el gusto del beso que le había hecho.

La Jessie se sentó al lado de la cama y se levantó. A los pies de la casa chapoteaba el agua y la chica recorrió las cortinas. Un solo radiando también aquel día. Deseó que a en Sam le apeteciera volver a salir con el barco. A pesar del que le había enseñado con el móvil.

Toda la vida se había topado con personas como en Nils, en Basse y la Vendela, en varias escuelas, en varios países, en varias partes del mundo. Sabía perfectamente que querían. El que eran capaces de hacer.

Pero, por alguna razón, no se lo habían querido hacer a ella.

La Jessie siempre había sabido cuando en una escuela había empezado a circular la noticia sobre su madre. Primero las sonrisas, el orgullo de tener la hija de una estrella de cine al centro. Pero después vendía el resto, cuando alguien buscaba por internet y averiguaba quién era realmente su madre. Una asesina que se había convertido en actriz. Entonces llegaba el momento de las miradas incómodas. Los cuchicheos. Nunca podría llegar a ser una de las chicas populares. Porque hacía la fila que hacía y porque era quién era.

La madre no lo entendía. Para ella, cualquier tipo de atención era positiva. Por muy mal que las cosas le fueran en una escuela, la Jessie se tenía que quedar hasta que a la madre le saliera un nuevo proyecto cinematográfico en alguno otro lugar.

A en Sam le pasaba el mismo. El que habían hecho sus madres treinta años atrás planava como una nube encima de sus cabezas.

La Jessie entró a la cocina y abrió la nevera. Cómo de costumbre, no había genes de comer, sólo un montón de botellas de champán. Comer no era una actividad que su madre priorizara. De hecho, no le interesaba nada. A Marie sólo le importaba conservar la línea. La Jessie sobrevivía gracias a la generosa asignación mensual que recibía de su madre. La mayor parte iba a parar a comer rápido y golosinas.

La Jessie pasó la mano por encima de las botellas, sintió el vidrio gélido bajo los dedos. Después, despacio sacó una. Le sorprendió como pesaba. La dejó encima del mármol. No había probado nunca el champán, pero la madre... Marie bebía siempre.

Quitó la cápsula y observó unos según el bozal metálico que rodeaba el tapón antes de desenroscarlo con mucha cura. Estiró ligeramente el tapón de corcho, pero no vino aquel chasquido tan característico. No cedió ni un milímetro. La Jessie miró al suyo cercando. Exacto, cuando abría una botella, Marie solía

envolver una prenda de ropa alrededor del tapón. La Jessie alargó un brazo para coger uno de los paños de cocina blancos y estiró el tapón a la vezada que lo hacía girar. Al final empezó a deslizarse. Cuando la Jessie estiró algo más, de repente se sintió un *blot* y el tapón salió disparado del cuello de la botella.

La espuma brotó abundantemente y la Jessie hizo una pasa ninguno atrás porque el champán no lo salpicara. Encima del mármol había un vaso y, rápidamente, abocó un poco de champán. Titubeante, bebió un glopet e hizo una mueca. Era realmente asqueroso. Pero Marie solía mezclarlo con zumo de fruta, seguro que sería más bono. Y también solía tomárselo con copa. La Jessie alargó la mano para coger una copa esbelta de vidrio que había en uno de los armarios, y después cogió el paquete solitario de zumo que había dentro de la nevera. No tenía ni idea de cuánto de zumo tenía que añadir, pero llenó dos tercios de la copa con champán y después abocó el zumo de melocotón. Estuvo a punto de hacer derramar la copa y, rápidamente, la Jessie sorbió un poco. Ahora era mucho mejor. Diría que bueno y todo.

La chica va desahucando a la nevera la botella de champán y el paquete de zumo, después cogió la copa y se fue hacia el embarcador que había delante de la casa. La madre estaría fuera todo el día, así que podía hacer el que buenamente le placiera.

Alargó el brazo hacia el teléfono. Quizás a en Sam le apetecería venir a beber un poco de champán.

—Toque, toque —dijo el Erica con mucha cuenta a través de la puerta abierta rodeada de enormes rosas de espumillón de un color rosa suave. El aroma era maravilloso y se había tomado unos cuantos minutos para contemplarlas.

—Adelante!

Del interior de la casa le llegó una voz dulce y la Erica se descalzó al recibidor y entró.

—Apa, hola! Eres tú? —dijo una mujer de unos sesenta años que apareció con un paño de cocina en una mano y un plato a la otra.

El Erica siempre tenía una sensación de lo más extraña cuando alguien la reconocía sin que se hubieran visto antes. Pero después del éxito de sus libros se había convertido en un tipo de personaje famoso, y a veces incluso le pasaba que lo paraban por la calle para hacerse una fotografía con ella o pedirle un autógrafo.

—Hola, sí. De esto, me llamo Erica Falck —se presentó, y alargó la mano.

—Viola —respondió la mujer, y sonrió de oreja a oreja.

Tenía una bonita red de arruguetes finas alrededor de los ojos que sugerían que sonreía mucho y a menudo.

—Que tienes unos minutos? —preguntó el Erica—. Estoy trabajando en un libro sobre uno de los antiguos casos de tu padre y cómo que ya traspasó...

—... has pensado venir a ver qué sabía yo —acabó la frase la Viola, y volvió a sonreír—. Adelante, adelante. Apenas he puesto la cafetera en marcha. Me parece que ya sé de qué caso quieres hablar.

La Viola entró para adentro. La cocina daba directamente al recibidor y era grande y luminosa, con acuarelas a las paredes como única nota de color. El Erica se paró ante uno de los cuadros y lo contempló. Ella no sabía pintar y

tampoco le interesaba mucho el arte, pero al observar aquella pintura sintió para sus adentros que el artista tenía mucha traza y tuvo la impresión que la pieza lo absorbía.

—Qué cuadros más bonitos —dijo, y los fue mirando uno detrás el otro.

—Gracias —dijo la Viola, y se puso roja—. Los he pintado yo. Durante mucho tiempo tan sólo era una afición, pero ahora he empezado a exponer y... bien, parece que se pueden vender y todo. Este viernes hago *una vernissage* a la Stora Hotellet, si quieres venir.

—No te digo que no. Y ya entiendo que te vaya bien, son maravillosos —hizo el Erica, y se sentó en una mesa blanca ante la enorme ventana con parteluz de la cocina.

Le encantaban las ventanas antiguas. había algo en la irregularidad del vidrio que los confería mucha más vida que a las ventanas industriales más modernas.

—Leche? —preguntó la Viola. El Erica asintió con la cabeza.

—Sólo un rajolinet.

La Viola dejó encima la mesa un pan de pellizco que había sobre el mármol y cortó un par de trozos muy generosos. El Erica sintió que se le hacía la boca agua.

—Supongo que del que quieres hablar es de la investigación que mi padre llevó a cabo en el asesinato de la pequeña Stella.

—Sí, justamente estoy escribiendo sobre este caso. Y en Leif, tu padre, es una pieza importante del rompecabezas.

—Hace casi quince años que murió. Bien, quizás ya lo sabes esto, pero se quitó la vida. Fue un grande trasbals, pero en realidad tendríamos que haber comprendido que podía pasar. De acá que la madre murió de cáncer de pulmón, sufría una depresión profunda. Y la cosa empeoró cuando se jubiló. Decía que ya no tenía ningún motivo para continuar viviendo. Pero recuerdo que hasta el día que murió hablaba constantemente de aquel caso.

—Recuerdas qué decía?

El Erica reprimió el impulso de acluir los ojos mientras hacía una buena queixalada al pan de pellizco. La mantequilla y el azúcar se le deshacían a la boca.

—Ha pasado tanto de tiempo... Ahora mismo no recuerdo ningún detalle.

Quizás me vendrán a la cabeza si pienso un rato. Pero el que sí que recuerdo es que lo atormentaba. Había empezado a dudar.

—Dudar de qué?

—De si realmente lo habían hecho aquellas dos chicas.

Pensarosa, la Viola cogió la taza de cerámica blanca e hizo un trago de café.

—Dudaba de si eran culpables?

Aquella idea era una auténtica novedad para la Erica. Y las palabras de la Viola le provocaron un cosquilleo al estómago. Después de tantos años viviendo con en Patrik, sabía por experiencia que la intuición de un policía muy a menudo no se equivocaba. Si en Leif había dudado que las chicas fueran culpables, se debía de basar en algo.

—Comentó alguna vez por qué no estaba seguro?

La Viola sostenía la taza con las dos manso y mimaba las estrías a la porcelana con los pulgares.

—No... —respondió, y enmudeció unos segundos—. No dijo nunca nada concreto. Pero tampoco ayudó que las chicas retiraran la confesión poco después y todos estos años hayan sostenido que eran inocentes.

—Pero nadie se las ha creído —dijo la Erica, recordando todos los artículos que había leído sobre el caso, todos los comentarios que había sentido de la gente de la comarca cuando el crimen, de vez en cuando, volvía a aparecer en las conversaciones.

Todo el mundo coincidía que no había ninguna duda que habían sido las chicas, las que habían asesinado la Stella.

—Justo antes de morir hablaba de volver a abrir el caso. Pero se quitó la vida antes de tener tiempo de hacerlo. Aparte, ya estaba jubilado, así que le habría habido que convencer el nuevo comisario en cabeza. Y me parece que aquel hombre no tenía muchas ganas. El caso estaba resuelto. La cuestión de la culpabilidad había quedado clara, a pesar de que nunca se llegó a celebrar propiamente un juicio, puesto que las niñas eran muy jóvenes.

—No sé si estás al cabo de la calle... —dijo el Erica, y de reojo miró el teléfono. Encara ningún mensaje de en Patrik.— Ha desaparecido una niña. Desde ayer que no la encuentran o, en el peor de los casos, desde anteayer al atardecer. Justamente vivía en la misma granja que la Stella.

La Viola la miró con fijeza.

—Qué dices? No, no lo sabía. Estoy cerrada al estudio desde hace días, trabajando con los cuadros para la vernissage. Pero que dices que ha pasado?

—Todavía no lo saben. Lo están buscando desde ayer por la tarde. Mi hombre es policía y forma parte del grupo de investigación.

—Qué? Cómo?

La Viola se debatía para encontrar las palabras adecuadas. A buen seguro que estaba luchando con los mismos pensamientos que habían asediado el Erica desde el día anterior.

—Sí, es una coincidencia muy extraña —dijo la Erica—. Demasiado extraña. La niña tiene la misma edad que la Stella. Cuatro años.

—Dios del cielo! —exclamó la Viola—. Y no se puede haber perdido? Aquella granja es en un lugar un poco apartado, oi?

—Sí, está claro. Cruzamos los dedos porque sea esto.

Pero el Erica se dio cuenta que la Viola tenía tan pocas esperanzas como ella misma.

—Tomaba algún tipo de notas sobre los casos, tu padre? Podría ser que hubiera guardado parte del material de la investigación a casa?

—No, que yo sepa —respondió la Viola—. Mis dos hermanos y yo nos encargamos de sus pertenencias después de que traspasara, pero no recuerdo que hubiera nada de este tipo. Lo puedo pedir a mis hermanos, pero no creo que hubiera ninguna libreta ni carpeta sobre la investigación. Y, si había ninguno, me temo que lo tiramos todo. En casa no hemos sido nunca de guardar ni somos sentimentales, sino que somos del parecer que los recuerdos los traemos aquí dentro.

Se puso la mano al corazón.

El Erica comprendió a que se refería y deseó ser igual. A ella le costaba una barbaridad separarse de los objetos que tenían un cierto valor sentimental y en

Patrik solía hacer broma diciendo que se había casado con una ardilla.

—Sí, por favor, da un vistazo. Y aquí tienes mi número de teléfono, por si acaso encontraras nada. O si recuerdas algo que tu padre hubiera dicho sobre el caso. Puede ser cualquier cosa. Trúcame aunque te parezca una tontería o una cosa insignificante, nunca se sabe.

El Erica sacó una tarjeta de visita de la bolsa y la dio a la Viola, que se quedó unos segundos contemplándola antes de dejarla sobre la mesa.

—Esto de esta niña es terrible. Espero de todo corazón que la encuentren —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Yo también lo espero —respondió el Erica, y volvió a clavar una ojeada al teléfono.

No había recibido ningún mensaje de en Patrik.

—Gracias —dijo, cuando se levantó para marchar—. Si tengo tiempo, viernes pasaré por la exposición. Los cuadros son preciosos.

—Así, pues, hasta la vista —se despidió la Viola, y aquel halago hizo que se pusiera roja.

Mientras el Erica iba hacia el coche, continuaba sintiendo aquel aroma de rosas. Las palabras de la Viola le resonaban dentro de la cabeza. En Leif había dudado que Marie y Helen fueran culpables.

La espera se le había hecho eterna, pero una hora después de la llamada de en Mellberg aparecieron entre los árboles en Torbjörn Rudd y el equipo de la policía científica de Uddevalla. Se saludaron con un apretón de manos de manso y en Patrik hizo un gesto hacia el tronco que había un par de metros dentro del área acordonada.

—Hostia —se limitó a decir en Torbjörn, y en Patrik asintió con la cabeza.

Sabía que, como agente de la policía científica, estaba acostumbrado a ver muchas cosas y que, con el tiempo, inevitablemente pocas lo afectaban. Pero una criatura muerta nunca lo dejaba de colpir. El contraste entre la vitalidad de un niño y la irrevocabilidad de la muerte era como un impacto directo al plexo solar.

—Es allá? —preguntó en Torbjörn.

En Patrik asintió con la cabeza.

—Debajo del tronco. Yo todavía no me he acercado a dar un vistazo. Quería esperar que llegais para evitar que más personas se pasearan arriba y abajo y lo pisaran todo. Pero, según los que la han encontrado, la niña es en una cavidad que hay bajo el tronco. Es por eso que no la habíamos descubierto hasta ahora, a pesar de que hemos registrado esta zona diversas veces.

—Son ellos los que la han encontrado?

En Torbjörn señaló con la mano en Harald, en Johannes y en Karim, que eran algo más allá.

—Sí, los he pedido que se esperaran aquí, así os podéis asegurar que no hay nada al escenario del crimen que provenga de ellos. Supongo que querréis hacer fotografías de los zapatos de los tres para comprobar qué huellas son suyas.

—Exacto —dijo en Torbjörn, y dio unas cuantas instrucciones rápidas a uno de los dos agentes que lo habían acompañado.

Después se puso la rana y se cubrió los zapatos con unas polaines y también dio un juego a en Patrik.

—Ven —dijo, cuando los dos estaban equipados con la ropa de protección. En Patrik respiró profundamente y siguió en Torbjörn hasta el tronco. Se preparó para el impacto, pero, aún así, lo golpeó con tanta dureza que tambaleó. El primero que vio fue la manecilla de un niño. La niña estaba desnuda, empotrada en una cavidad que se había formado en tierra bajo el árbol, donde yacía acurrucada, como si se hubiera colocado en posición fetal. La cara estaba girada hacia ellos, pero quedaba parcialmente escondida por la manecilla, ennegrecida por la tierra. Los cabellos rubios eran llenos de barro y hojas, y en Patrik tuvo que reprimir el impulso de inclinarse ninguno adelante y limpiarla. Quién podía ser capaz de hacer una cosa como aquella a una niña pequeña? Cómo se podía estar tan loco? La sangre le hervía por dentro y le dio suficientes fuerzas para hacer el que tenía que hacer. Tenía que dejar las emociones para más tarde. Y después de muchos años de trabajar plegados, sabía que en Torbjörn pensaba el mismo.

Se pusieron en cuclillas el uno junto al otro e intentaron memorizar todos los detalles. De la manera como estaba puesta la niña, no se podía deducir la causa de la muerte. Ya lo verían más adelante. Ahora mismo había que recoger cualquier rastro que el asesino hubiera podido dejar.

—Me apartaré un rato porque podáis trabajar —dijo en Patrik—. Avisadme cuando os disponéis a sacarla del agujero. Quiero ser.

En Torbjörn asintió con la cabeza y los agentes de la científica empezaron su trabajo paciente recogiendo pruebas de la zona alrededor del árbol. Era una tarea que requería tiempo y meticulosidad. La brizna de cabello más pequeño, una colilla, un fragmento de plástico... vaya, todo el que había cerca de la criatura había que fotografiarlo, introducirlo en bolsas de plástico y etiquetarlo. Se tenía que obtener un molde de las huellas que se observaban en el terreno flonjo, cosa que se conseguía abocando una sustancia viscosa a la depresión que había formado el zapato. Un golpe la sustancia se había endurecido, los agentes se podían llevar el molde para compararlo y usarlo de prueba contra un supuesto autor. Era un trabajo que requería mucho tiempo y, después de todos los asesinatos que había visto, en Patrik había aprendido a controlar la impaciencia y a dejar que en Torbjörn y su equipo trabajaran con paz y tranquilidad. Más tarde, todo aquello los sería muy útil. Y si algo no se hacía como tocaba, quizás nunca se podría solucionar.

Salió de la zona acordonada y se alejó un poco. En aquellos momentos no se veía con corazón de hablar con nadie, sino que necesitaba ordenar la cabeza y pensar en el paso que había que hacer a continuación. Las primeras veinticuatro horas eran siempre capitales para el éxito de una investigación. Los testigos perdían pronto la memoria, las pistas desaparecían, el autor del crimen podía borrarlas. En un día podían pasar muchas cosas y, por lo tanto, era fundamental establecer un orden de prioridades adecuado. En teoría, como comisario en ninguno, aquello era trabajo de en Mellberg, pero, a la práctica, aquella responsabilidad recaía en en Patrik.

Se sacó el móvil del bolsillo para avisar el Erica que llegaría tarde. Se dio cuenta que su mujer se debía de estar preguntando qué había pasado. Confiaba en su discreción y sabía que no explicaría nada a nadie antes de que le diera el visto bueno. Pero no tenía cobertura, así que se volvió a guardar el teléfono al bolsillo.

Ya hablaría más tarde.

Allá donde era, bajo el solo, hacía calor. Va a clucrar los ojos y levantó la cara. Los sonidos del bosque se mezclaban con el cuchicheo de los agentes de la científica. Pensó en en Gösta. Se preguntaba como le había ido y daba gracias de haberse podido ahorrar encargarse de hablar con los padres de la Nea.

Un mosquito aterrizó sobre su brazo desnudo, pero en Patrik no hizo ningún gesto de matarlo, como solía hacer. Por el contrario, se limitó a asustarlo con la mano. Aquel día ya había habido basta muertos.

Todo ello era surrealista. Era allá, en medio de un bosque sueco, junto a unas personas que no había visto nunca.

No era la primera vez que en Karim veía un cadáver. En la prisión de Damasco, un día arrastraron el cadáver de un hombre ante sus ojos. Y cuando atravesó el Mediterráneo, vio cuerpos de niños muertos flotante alrededor de la barca.

Pero aquello era diferente. Había llegado a Suecia porque era un país sin criaturas muertas. Y, aun así, a pocos metros de donde era él, había el cuerpo sin vida de una niña.

En Karim sintió una mano al brazo. Se trataba del hombre más grande, en Harald, el que tenía aquellos ojos marrones tan apacibles y que hablaba el inglés con tanto de acento que en Karim se tenía que concentrar para entenderlo. Pero era amable. Habían sido charlando para hacer pasar el tiempo. Donde las palabras no llegaban, se servían de los gestos o las muecas. Y el más joven, en Johannes, ayudaba el más grande a encontrar la palabra que se le resistía.

En Karim se había sorprendido al ver que, por primera vez desde que había llegado a Suecia, había hablado de su familia y su país. Se notaba la nostalgia a la voz cuando los explicaba cosas de la ciudad que había dejado atrás y a la cual quizás no volvería nunca más. Pero era consciente que estaba dando una imagen injusta. Su enyor sólo relataba el que no tenía que ver con el terror.

Pero qué sueco podría entender la sensación de tener que mirar constantemente cabe atrás; la sensación de poder ser traicionado en cualquier momento, por un amigo, un vecino, incluso por la propia familia? El gobierno tenía ojos por todas partes. Todo el mundo miraba por él y por los suyos, todo el mundo hacía cualquier cosa para salvar la piel. Todo el mundo había perdido alguien. Todo el mundo había visto morir un ser querido, y esto implicaba que todos harían cualquier cosa para no tenerlo que volver a sufrir. Como periodista, había sido especialmente expuesto.

—*You okay?* —preguntó en Harald, y le dejó la mano sobre el hombro.

En Karim se dio cuenta que la cara lo había delatado. Había bajado la guardia, había mostrado toda la nostalgia y la frustración que había bajo la superficie, y se sentía desnudado. Sonrió y bajó la tapa de los recuerdos.

—*Y'm okay. Y'm thinking about the girl's parientes* —dijo, y por un instante vio la cara de sus hijos ante sede.

La Amina seguro que estaba intranquila y transmitía aquella desazón a los niños. Pero donde eran no había cobertura, así que tampoco podía hablar. Cuando volviera se pondría furiosa. La Amina siempre se enfadaba cuando se ponía nerviosa. Pero no hacía nada. Cuando se enfurecía era todavía más bonita.

—*Poor people* —dijo en Harald, y en Karim le vio los ojos negados de lágrimas.

Algo más allá, los hombres enfundados en ranas blancas trabajaban de rodillas junto a la niña. Habían hecho fotografías de los zapatos de en Karim, como también de las de en Johannes y en Harald. Los habían enganchado cinta adhesiva en la ropa y después, con mucha cuenta, la habían introducido en bolsas de plástico, que habían precintado y etiquetado. Aunque era la primera vez que lo veía, en Karim había entendido el que estaban haciendo. Los agentes de la policía científica no querían descartar ninguna pista que los otros y él hubieran podido dejar cuando se habían movido cerca del lugar donde habían encontrado la criatura.

En Johannes dijo algo en sueco al hombre grande y los dos asintieron con la cabeza. En Johannes lo tradujo:

—*We thought maybe we could ask the policeman if we can go back. They seem to be doing with us.*⁴

En Karim hizo que sí con la cabeza. Deseaba poder alejarse del lugar donde había el cadáver de la niña. Aquellos cabellos rubios, la manecilla que tapaba la carona. Introducida en un bache en tierra, ajaguda en posición fetal.

En Harald se alejó un poco y se puso a hablar con el policía que había al otro lado de la cinta. Lo hacían en voz queda y en Karim vio que el agente asentía con la cabeza.

—*We can go back* —dijo en Harald cuando volvió donde eran.

Se puso a temblar de pies a cabeza. La tensión acumulada empezaba a salir. En Karim quería volver a casa. Ver sus hijos. Y los ojos refulgents de la Amina.

La Sanna cerró los ojos mientras la Vendela se alejó de un revuelo y subió escaleras arriba haciendo un grande terrabastall. La cabeza le estaba a punto de estallar y no pudo reprimir un escalofrío cuando la puerta de la habitación de su hija chasqueó al cerrarse. Vio ante sede como la madera se rompía algo más, todavía.

El único que había hecho la Sanna era proponerle que lo acompañara al *garden*. A la Vendela nunca le había entusiasmado ir, pero ahora parecía que acompañar su madre era un castigo atroz. La Sanna sabía que tenía que enfrentarse con su hija, pero no se veía con corazón. Era cómo si la hubiera abandonado toda la energía cuando había sentido a hablar de la desaparición de la Nea.

Al piso de arriba empezó a sonar música, el bajo retumbaba. La Sanna se preguntó qué tenía pensado hacer su hija. Parecía que últimamente se pasaba buena parte del tiempo con aquellos dos chicos, y estaba convencida que no eran las mejores compañías que podía encontrar. Una chica de quince años con dos xicots de la misma edad sólo podía significar problemas.

Va desparar el almuerzo. La Vendela sólo había comido un huevo; por el que parecía, el pan de molde que había devorado de acá que era pequeña ahora contendía demasiado azúcar. La Sanna tostó una rebanada y por el encima esparció una buena capa de mermelada de naranja. Iba tan tarde que cinco minutos de más no representaban ninguna gran diferencia.

En cierto modo ya le iba bien que la Vendela mostrara la versión más rebelde de sí misma. La Sanna no había tenido tiempo de pensar en la Nea. Y tampoco en la Stella. Pero en aquel momento, con la cocina inmersa en el silencio, todo se le va abraonar encima. Recordaba aquel día hasta el detalle más mínimo. Cómo

estaba, de contenta, de poder ir a Uddevalla a comprar ropa nueva para empezar la escuela. Cómo había sufrido entre la alegría de poder ir a comprar ropa con la madre y la envidia que sentía de la Stella, que se quedaría con dos chicas grandes de lo más simpáticas que le harían de canguro. Pero la envidia se había esfumado así que se había despedido con la mano y la madre va pitjar el acelerador del Volvo en dirección a la ciudad.

Volviendo hacia casa, no había parado de mirar de reojo el asiento trasero, donde había las bolsas con la ropa. Unas piezas preciosas. Estaba tan contenta que apenas podía parar quieta dentro del coche. Sin dejar de risa, su madre le había llamado la atención varios golpes.

Aquella había sido la última vez que había visto reír su madre.

La Sanna dejó la tostada con mermelada encima de la mesa. A la boca se le hacía bola. Recordaba cómo habían bajado del coche y la mirada perdida del padre cuando salió a encontrarlas. La sensación de malestar la golpeó por sorpresa. La Sanna salió a salto de mata hacia el lavabo y tuvo suerte de poder abrir la tapa a tiempo. Bien pronto un montón de trocitos de mermelada de naranja flotaban al agua de la taza del wáter y sintió como el estómago se le volvía a revolver.

Después, temblando, se estiró sobre el tierra frío de baldosa. Al primer piso, la música continuaba palpitando con fuerza.

Un fuerte chasquido llegó de una de las dianas que habían colgado a los árboles de la clariana del bosque a tocar del jardín de casa suya.

—Bien, Sam —se limitó a decir en James.

El chico hizo un esfuerzo para no sonreír demasiado. Aquel era el único motivo por el cual recibía elogios. Porque era capaz de clavar una bala donde quisiera. Su gran atributo como hijo era aquel.

—Cada vez eres más preciso —asintió con la cabeza, y lo observó todo satisfecho por encima de las ojeras de sol de montura metálica.

Eran del modelo de piloto de avión con vidrios de espejo. Su padre era un tipo de caricatura de un sheriff americano.

—Prueba de acertar el blanco desde algo más lejos, también —dijo en James, e hizo un gesto con la mano a en Sam porque retrocediera.

El chico se alejó algo más del árbol.

—Polos firme. Expira en el momento exacto que pulsas el gatillo. Concentración.

En James lo instruía con mucha calma. Durante mucho tiempo había entrenado con éxito unidades especiales del ejército sueco. En Sam sabía que su padre disfrutaba de muy buena reputación. A buen seguro que ser un cerdo sin sentimientos le había ido de primera en su carrera, pero había provocado que en Sam contara los días que faltaban porque marchara a una nueva misión, y que fuera larga y bien lejos de casa.

Los meses que en James pasaba fuera, a veces en lugares desconocidos, eran como respirar aire fresco. Tanto él como su madre se movían de otro modo, ella reía más y él disfrutaba viendo-lo. Así que en James atravesaba la puerta, se acababan las risas y la madre se pasaba el día corriendo más que nunca. Se adelgazaba. La cara le adoptaba una expresión angustiada. En Sam odiaba aquella madre tanto como estimaba el alegre. Sabía que no era justo, pero había

sido ella la que había elegido tener hijos con aquel hombre. En Sam ni siquiera lo quería denominar padre. Ni papa.

Disparó unos cuantos disparos. Sabía que había hecho diana.

En James asintió con la cabeza, satisfecho.

—Cojones, si no tuvieras tan poco carácter, se podría hacer un buen soldado, de tú —dijo en James, soltando una carcajada.

La madre salió al jardín.

—Salgo a correr —llamó, pero ni en James ni en Sam le respondieron.

El chico creía que su madre había marchado hacía rato. Solía salir justo después de almorzar para evitar las horas de calor, pero aquel día se habían hecho las diez.

—Retrocede un par de metros más —dijo en James.

En Sam sabía que también haría diana desde aquella distancia. Había practicado desde más lejos todavía mientras en James había sido fuera. Pero por alguna razón no le quería mostrar como era de bono. No le quería dar aquella satisfacción, que se creyera que su hijo había heredado algo suya, una cosa por la cual se pudiera clavar unos golpecitos al pecho. En James no se lo merecía. No se merecía nada de nada. Todo a la vida de en Sam era a pesar de en James, no gracias a él.

—*Nice!* —llamó su padre cuando también acertó el blanco con la siguiente serie de disparos.

Todavía había otra cosa que sacaba de tino en Sam. La manera como en James cambiaba al inglés, con un acento americano cercado. No tenía ningún ascendente de los Estados Unidos. Al abuelo de en Sam le había gustado en James Dean de joven y bastante. Pero en James había pasado tanto de tiempo rodeado de americanos que había cogido el acento. Grosero y farinoso. Cada vez que decía algo en inglés, en Sam sentía vergüenza ajena.

—*One more time* —dijo en James, como si fuera capaz de leer la mente de en Sam y lo hiciera tan sólo por burxar-lo.

—*Ajo right* —respondió en Sam con un americano igualmente cerrado, y cruzó los dedos porque en James no se diera cuenta que se estaba mofant. Apuntó la pistola hacia la diana y pulsó el gatillo. Just en el centro.

3. «Estoy bien. Estaba pensando en los padres de esta criatura». (*N. del T.*)

4. «Habíamos pensado de pedirle al agente de policía si ya podíamos volver hacia la granja. Hace la impresión que ya han terminado con nosotros.» (*N. del T.*)

Provincia de Bohuslän, 1671

—**A**HIR LA NIÑA ERA DENTRO DE LA CASA GRANDE. Ya sabéis qué os dije sobre esto!

La voz de la Britta era seca y la Elin bajó la cabeza.

—Hablaré con ella —respondió con un hilo de voz.

—Para algo tenemos una casa aparte para el servicio!

La Britta sacó las piernas por encima el borde de la cama.

—Hoy recibiremos la visita de una persona distinguida —continuó—. Todo tiene que estar perfecto. Me habéis lavado y emmidonat el vestido azul, Elin? El brocado de seda.

Introdujo los pies en unas zapatillas que había junto a la cama. Hacían falta.

Aunque la casa parroquial era la más majestuosa que la Elin había visto nunca, también era fría y llena de corrientes de aire, y, en invierno, el tierra estaba helado.

—Todo está a punto —respondió el Elin—. Hemos limpiado todos y cada uno de los rincones de la casa y la Boel de Holta ya vino ayer y se puso a preparar la comida. Servirá cabeza de bacalao relleno de primero, gallo con agrassons de segundo y puding con mermelada por postres.

—Muy bien —dijo la Britta—. El representante de en Harald Stake tiene que ser recibido con las atenciones que son dignas de un señor. En Harald Stake es el gobernador de Bohuslän y ha recibido el encargo del mismo rey de hablar con los pastores sobre los peligros que amenazan el país. Hace sólo unos días, en Preben me explicó que han encarcelado una bruja a Marstrand.

A las mejillas de la Britta habían aparecido unas manchas enceses.

El Elin asintió con la cabeza. La gente hablaba constantemente de la comisión contra la brujería que se había formado y que estaba cerrando en la prisión brujas por toda la provincia de Bohuslän y las traía ante un tribunal. Bien, se decía que en todo el país se estaban tomando aquella plaga con mano de hierro. El Elin se estremeció. Brujas y brujos. Viajes en la montaña de Blåkulla y alianzas con el mismo Satanás. Había que buscar aquellos seres repugnantes.

—He sentido a decir al Ida-Stina que vos, Elin, ayudasteis la Svea de Hult a tener una criatura —dijo la Britta, mientras la Elin lo ayudaba con la ropa—. Qué hicisteis para ella? Quiero que lo hacéis para mí también.

—Sólo sé hacer el que me enseñó mi abuela —respondió la Elin, y estrechó con fuerza el vestido de la Britta por detrás.

Aquella pregunta no la sorprendió. La Britta empezaba a acercarse a la edad de veinte años y en Preben y ella llevaban dos de casados sin que la barriga de su hermana hubiera empezado a crecer.

—Hacedme sólo el que hicisteis a la Svea. Ha llegado la hora que dé una criatura a en Preben. Ha empezado a preguntar cuando recibiría la buena nueva.

—A la Svea le preparé un beuratge de hierbas siguiendo la receta de la abuela —dijo la Elin, y alargó la mano para coger el cepillo para peinar los cabellos largos

de la Britta.

Por fuera, las dos hermanas eran muy diferentes. El Elin había heredado los cabellos rubios y los ojos azules de su madre, mientras que la Britta, con aquellos cabellos negros y los ojos de un moratón oscuro, se asemejaba a la mujer que había usurpado el lugar antes y todo que muriera. Las malas lenguas del pueblo afirmaban todavía ahora que la madre de la Elin había muerto porque se le había roto el corazón. Aunque fuera verdad, la Elin no podía dedicar ni un segundo a pensar. Su padre había traspasado hacía un año y ahora la Britta era la única persona que las separaba a la Märta y a ella de morir de hambre.

—También me enseñó unos cuántos conjuros —añadió el Elin, con mucha cuenta—. Si no tenéis nada en contra, puedo preparar el beuratge y recitároslos. Tengo todo el que me hace falta para prepararlo, en verano sequé suficientes hierbas para pasar todo el invierno.

Con aquella mano blanca y delicada, la Britta hizo un gesto para pararla.

—Haced el que queréd. Le tengo que dar un hijo a mi marido. Si no, traeré la desgracia a esta casa.

El Elin estuvo a punto de decir que, para empezar, quizás era una buena idea que por las noches compartieran cama. Pero era bastante lista para morderse la lengua. Había visto el tipo de consecuencias que se podían sufrir si se despertaba la furia de la Britta. Por un instante se preguntó como podía ser que un hombre tan amable como en Preben se hubiera casado con alguien como su hermana. A buen seguro que su padre había tenido algo a ver, tanto como deseaba casar bien su hija.

—Me puedo encargar a solas del resto —dijo la Britta, y se puso derecha—. Estoy convencida que es larga la lista de tareas que tenéis que terminar antes no llegue el representante del Stake. Y habláis con vuestra hija; si no, ya me aseguraré que lo haga el bastón.

El Elin asintió con la cabeza, pero el comentario de su hermana sobre golpear la Märta le hizo hervir la sangre. Hasta entonces, la Britta no había puesto una mano encima de la niña, pero el día que lo hiciera, el Elin sabía que no sería capaz de responder de sus actos. Así que era mejor que, más temprano que tarde, tuviera una conversación seria con su hija sobre no entrar a la casa grande.

Salió al patio y, intranquila, miró alrededor.

—Märta? —dijo sin levantar la voz.

A la Britta no le gustaba nada que el servicio llamara. Una cosa más para tener en cuenta si no se quería caer en desgracia en aquella casa.

—Märta? —hizo, levantando un poco la voz. Y fue hacia el establo.

Era el lugar más plausible donde encontrar su hija, pero la Märta tampoco tenía permiso para ser allá. Desgraciadamente, la niña no tan sólo había heredado los ojos verdes de su padre, sino también la terquedad, y era cómo si las palabras se negaran a entrar dentro de aquella cabecita.

—Somos aquí —sintió que decía una voz conocida.

En Preben. El Elin se paró de golpe.

—Entráis —dijo con tono apacible desde la oscuridad del fondo del establo.

—Sí, madre. Ven —añadió, con voz de excitación, la Märta.

El Elin dudó un momento, pero después se levantó las faldas porque no se ensuciaran con el barro que cubría el tierra y avanzó a grandes zancadas hacia

donde había sentido las voces.

—Mira, madre —dijo la Märta, con ademán solemne.

La niña estaba sentada al fondo de un compartimento vacío para ganado, con tres gatitos al regazo. No parecía que tuvieran más de unos días de vida y todavía torcían la cabecita a lo loco, ciegos como eran. Sentado junto a la Märta, había en Preben, también él con el regazo lleno de gatitos.

—Si esto no es un milagro de Dios, ya me lo diréis! —exclamó, y mimó uno de los animalons, de color gris.

La bestioleta emitió un miol llastimós y picó con la cabeza contra la manga del pastor.

—Madre, ven, acaricia este —dijo la Märta, y le alargó un infeliz de manchas blancas y negras que extendía las potetes al aire.

El Elin vaciló. Miró alrededor por sobre el hombro. A la Britta no le haría ninguna gracia si las veía, a la Märta y a ella, allá dentro. Con en Preben.

—Sentáis, Elin. Mi estimada esposa está enfeinada con los preparativos de la gran visita de este anochecer.

En Preben rió alegremente.

El Elin todavía dudó unos segundos. Después no se pudo resistir a la ternura que le despertaba aquel gatito indefenso y lo cogió. Se sentó encima de la paja con la animaló al regazo.

—En Preben dice que puedo elegir uno, que será mío y sólo mío.

La Märta miró el pastor con ojos refulgents. El Elin también lo miró, dudando. En Preben sonrió, con una risa que le subió hasta aquellos ojos tan azules.

—También puede elegir el nombre —añadió—. Pero hemos quedado que será un secreto que quedará entre nosotros.

Se acercó el índice a los labios y miró la niña con cara seria. La Märta asintió con toda la solemnidad que pudo.

—Lo cuidaré como el secreto más valioso que tengo —dijo, y paseó los ojos entre los gatos—. Quiero este.

Mimó la cabecita de un gatito de color gris. Era lo más pequeño de todos y el Elin miró en Preben y, intentando que no se notara, sacudió la cabeza. Hacía la impresión de estar desnodrit y dudaba de las probabilidades de la bestioleta de sobrevivir. Pero en Preben la miró a los ojos con serenidad.

—Tienes buen ojo para los gatos, Märta —dijo, y rascó el gatito detrás la oreja—. Yo habría elegido el mismo.

La niña se miró el pastor con unos ojos que el Elin no le había visto de acá que las había golpeado la desgracia, y le hizo daño al corazón. Sólo en Por había conseguido que la Märta lo mirara de aquella manera. Algo en en Preben le recordaba su difunto marido. Un tipo de bondad que descansaba a los ojos y que transmitía serenidad y confianza.

—Se llamará Viola —dijo la Märta—, porque la violeta es mi flor preferida.

—Una elección excelente —asintió con la cabeza en Preben.

Miró el Elin de reojo. Ya podían cruzar los dedos que no se tratara de un macho.

—La Märta quiere aprender a leer —dijo en Preben, y clavó unos golpecitos a la cabecita rossenc de la niña—. Mi sacristán instruye los niños dos veces por semana.

—No acabo de ver qué servicio le podría hacer —dijo el Elin.

Si algo le había enseñado la vida era que el mejor que podían hacer las mujeres era no destacar. Ni tener muchas esperanzas. De lo contrario sólo se podían sufrir decepciones.

—Tiene que ser capaz de estudiar la catequesis —dijo en Preben, y la Elin sintió vergüenza.

Bien, como le podía rebatir aquello al pastor? Si creía que era adecuado y, incluso, aconsejable que su hija aprendiera a leer, quién era ella para oponerse?

—Así, pues, de buen grado la Märta asistirá en las clases —sentenció la Elin, y bajó la cabeza.

Ella no había aprendido nunca a leer y había conseguido responder las preguntas del catequista sabiéndose la lección de memoria.

—Llestos, pues. Ya está decidido —concluyó en Preben, radiando de alegría, e hizo una última caricia a la Märta.

Después se levantó de tierra y se va espolsar la paja de los pantalones. El Elin intentó no mirarlo. había algo en aquel hombre que hacía que fuera incapaz de apartar los ojos y, incluso, se avergonzaba que aquella idea le hubiera pasado por la cabeza. En Preben era el marido de su hermana, su amo y el pastor de la congregación. Albergar ninguno otro sentimiento que no fuera gratitud y respeto por un hombre como aquel era un pecado, y por eso se merecía que Dios la castigara.

—Ahora tendría que entrar a ayudar la Britta con los preparativos, antes de que el servicio acabe exhausto —dijo alegremente, y se tumbó hacia la Märta—. Ten cura de la Viola. Tienes buen ojo para aquellos que pueden necesitar un golpe de mano.

—Gracias —respondió la Märta, y miró en Preben con tanta admiración que el corazón del Elin se fundió.

Y le dolió. La añoranza que sintió de su marido la golpeó con tanta fuerza que tuvo que apartar la cara. Mientras los pasos de en Preben se iban alejando, se obligó a sí misma a no recordar en Por. Ya no estaba. No podía hacer nada. Ahora sólo quedaban la Märta y ella. Y, a partir de aquel instante, también la Viola.

—S

Í, ES UN DÍA DIFÍCIL —dijo en Patrik en la sala de reonions, y miró alrededor.

Nadie respondió ni lo miró a los ojos. Supuso que todos, como le pasaba a él, estaban pensando en sus hijos. O nietos.

—En Bertil y yo hemos pensado a cancelar los permisos de vacaciones de todo el mundo y ponernos a trabajar inmediatamente —dijo—. Espero que seáis comprensivos.

—Me parece que hablo en nombre de todos los que somos aquí dentro: no habrías sido capaz de dejarnos al margen —replicó Paula.

—Es exactamente el que me pensaba —respondió en Patrik. Y sintió una gratitud enorme hacia los compañeros que llenaban la sala.

Incluso hacia en Mellberg. Ni siquiera él había dudado un instante.

—Podréis resolver los aspectos prácticos, pues? Sé que muchos de vosotros tenéis criaturas que no tienen escuela...

Miró sobre todo en Martin.

—Los padres de la Pia se harán cargo de la Tuva cuando yo trabaje.

—Perfecto —dijo en Patrik.

Cómo que nadie más no dijo nada, en Patrik supuso que incluso Paula y el Annika habían podido resolver la situación en casa. La muerte de un niño lo llevaba todo hasta el extremo. Ahora tocaba poner todos los agentes a cubierta, y en Patrik sabía que los esperaban muchas horas de trabajo.

—Gösta, como están los padres? —preguntó, y se apoyó sobre la mesa que había ante la pizarra blanca.

—Vaya, que se puede esperar? —respondió en Gösta, y parpadeó varias veces—. El pastor llegó, y decidí también hacer venir el médico, así que cuando los dejé los había dado algo para poder dormir.

—Tienen ningún familiar que pueda ir? —preguntó el Annika, también visiblemente afectada.

—Los padres de Eva son muertos y los de en Peter viven en España, pero ahora mismo son arriba de un avión viniendo hacia Suecia y en pocas horas tendrían que haber llegado a la granja.

El Annika asintió con la cabeza.

En Patrik sabía que su compañera tenía una familia numerosa y de todos colores, y que estaba acostumbrada a tener mucha gente alrededor.

—Qué dice en Torbjörn? Hasta dónde ha podido llegar? —preguntó en Martin. Se estiró para llegar al termos pleno de café que el Annika había llenado antes de la reunión.

—Han enviado el cuerpo de la niña a Göteborg para hacer la autopsia —dijo en Patrik, con un hilo de voz.

No se podía sacar aquella imagen de la cabeza. Había sido presente cuando habían sacado la Nea de bajo el tronco de árbol y sabía que durante mucho tiempo, cada anochecer, cuando acluqués los ojos, vería aquella imagen. Allá

donde era, ningún animal gordo había podido llegar hasta el cuerpo, pero cuando lo levantaron, cayó un montón de insectos. Las imágenes le llampegaven ante los ojos a gran velocidad. Había presenciado varias autopsias y sabía como iba la cosa. Demasiado bien, lo sabía. No se quería imaginar aquella criatura, desnuda y desvalida, sobre la mesa fría de acero inoxidable. No quería saber las partes que en Pedersen serraría, como le extraería los órganos internos, como todo aquello que en el pasado le había dado vida ahora se pesaría y mediría. No quería saber como los puntos de sutura ahora atravesarían aquel pecho menut, trazando una enorme y griega.

—Y a la escena del crimen, cómo ha ido? —preguntó en Gösta—. Habéis encontrado nada interesante?

En Patrik hizo un bot e intentó espolsar-se de la cabeza las imágenes de la Nea que le iban apareciendo sin aturador.

—Han recogido un buen montón de material, pero todavía no sabemos qué nos puede ser útil.

—Y que han encontrado? —preguntó en Martin, despertado la curiosidad.

—Huellas, pero podrían muy bien ser de los tres hombres que encontraron el cuerpo. Además, la zona había sido peinada varias veces, así que, para estar seguros, todos los que han sido cerca han tenido que dejar sus huellas. Alguien de vosotros estuvo? Si es así, también nos hace falta una muestra del calzado que llevabais.

—No, a cabeza de nosotros se le asignó la zona donde encontraron la niña —respondió en Gösta, y también se sirvió una taza de café.

—Huellas. Qué más? —preguntó Paula.

—No lo sé exactamente, sólo vi que iban cogiendo cosas que después introducían en bolsas. Había pensado esperar que en Torbjörn nos envíe el informe. Normalmente es bastante reticente a facilitarnos información hasta que no ha podido examinar minuciosamente todo el material.

En Mellberg se levantó y se fue hacia una de las ventanas.

—Cojones, qué calor que hace aquí dentro.

Se abrió el cuello de la camisa como si no pudiera respirar. A las axilas se le habían formado unos gran aros de sudor y la tofa le había caído sobre una oreja. Abrió la ventana. El ruido del tránsito molestaba ligeramente, pero nadie se quejó cuando una brisa suave refrescó el ambiente cargado de la sala. El perro de la comisaría, la Ernst, que hasta entonces había sido jadeando ajagut a los pies de en Mellberg, se levantó. Arrastrando los pies, se dirigió hacia la ventana y levantó el hocico. Su gran corpulencia hacía que sufriera más el calor y la lengua le colgaba un buen palmo fuera de la boca.

—O sea que no ha hablado de nada que le haya llamado la atención? —preguntó Paula.

En Patrik negó con la cabeza.

—No. Tendremos que esperar que en Torbjörn me haga llegar el informe preliminar. Y después tendré que hablar con en Pedersen para saber cuánto de tiempo puede tardar a tener los resultados de la autopsia. Desgraciadamente, me temo que la cola es muy larga, pero hablaré con él para ver qué se puede hacer.

—Tú eras allá. No viste nada? En la niña...?

En Martin hizo una mueca mientras formulaba aquella pregunta.

—Bien, no tiene ningún sentido empezar a hacer especulaciones antes de que en Pedersen haya tenido tiempos de darle un vistazo.

—Con quien tendríamos que hablar primero? Tenemos ningún sospechoso? —preguntó en Martin, repicando con el bolígrafo contra la mesa—. Qué sabemos, de los padres? No sería la primera vez que un progenitor mata su hijo y después intenta que parezca que lo hace hecho alguien otro.

—No. Me cuesta mucho creer que haya pasado esto —dijo en Gösta, y dejó la taza a la mesa con un gesto tan seco que estuvo a punto de hacer derramar el café.

En Patrik levantó la mano.

—Hoy por hoy no tenemos ningún motivo para pensar que los padres de la Nea estén implicados. Pero en Martin tiene parte de razón señalando que no podemos descartar esta posibilidad. Tenemos que hablar con los dos así que podamos, tanto para comprobar que tienen una coartada como para ver si nos pueden brindar más información que nos pueda ayudar a avanzar en la investigación. Pero estoy de acuerdo con en Gösta que no hay nada que apunte en esta dirección.

—Teniendo en cuenta que la niña estaba desnudada, quizás tendríamos que comprobar si corre por aquí ningún agresor sexual con inclinación por los niños pequeños—dijo Paula.

Dentro de la sala se hizo un silencio sepulcral. Nadie quería ni siquiera pensar en el que representaba el que había acabado de sugerir su compañera.

—Por desgracia tienes toda la razón —dijo en Mellberg, pasados unos segundos—. Pero como cruces que lo podríamos hacer?

Todavía sudaba a chorro y resoplaba como el Ernst.

—Ahora mismo, tenemos por aquí miles de turistas —continuó—. No tenemos ninguna posibilidad de saber si entre ellos hay un pedófilo o un agresor sexual.

—No, tienes razón. Pero podemos examinar las denuncias de abusos sexuales que hemos recibido este verano. Oí que hace unas semanas vino una mujer grande a denunciar que un joven estaba haciendo fotos a escondidas a criaturas pequeñas en la playa?

—Sí —asintió con la cabeza en Patrik—. La atendí yo. muy pensado. Annika, puedes dar un vistazo a todas las denuncias que se han interpuesto desde el mes de mayo? No descartes nada que te pueda parecer interesante, vale más hilar demasiado delgado que no que se nos escape nada. Después ya lo pasaremos por la criba más gorda, pero haz tú la primera elige.

—Entendidos —hizo ella, y lo anotó a la libreta que tenía delante.

—No podemos obviar más rato la cuestión clave —dijo Paula, y presionó el botón superior del termos para servirse más café.

El aparato empezó a burbujear, señal que se estaba acabando el café, y el Annika se levantó para irlo a reemplir. El café era el carburante con el cual todos funcionaban.

—Sí, sé a que te refieres —dijo en Patrik, y se va recargolar ligeramente a la silla—. El caso Stella. Helen y Marie.

—Exacto —hizo en Gösta—. Hace treinta años yo ya trabajaba en esta comisaría. Por desgracia, no recuerdo ningún detalle de aquella investigación. Ha pasado mucho tiempo y en Leif me puso a hacer todo el trabajo que fuera

saliendo mientras él se encargaba de la investigación y los interrogatorios. Pero recuerdo muy bien el descalabro que provocó en todo el pueblo cuando Helen y Marie primero dijeron que habían asesinado a la Stella y después retiraron la confesión. Tal como lo veo yo, es imposible que sea una mera casualidad que la Nea haya desaparecido de la misma granja y que la hayamos encontrado al mismo lugar. Y todo ello ha pasado justo en el momento en que Marie ha vuelto al pueblo por primera vez después de treinta años... Me cuesta mucho de tragar que se trate de una coincidencia.

—estoy de acuerdo —dijo en Mellberg—. Tenemos que hablar con estas dos.

Aunque yo no estaba cuando tuvo lugar, evidentemente he sentido a hablar del caso y siempre me ha parecido que era terrible, que dos chicas tan jóvenes fueran capaces de matar una criatura tan pequeña.

—Hace muchos años que las dos sostienen su inocencia —puntualizó Paula.

En Mellberg rió por debajo de la nariz.

—De acuerdo, pero en un primer momento confesaron. Yo no he dudado nunca que fueron aquellas dos las que asesinaron a la niña. Y, ahora que ha vuelto a pasar, no hay que ser un genio para saber contar dos más dos, cuando por primera vez después de treinta años vuelven a estar juntas.

Y se picó ligeramente con el dedo un lado de la nariz.

—Es fundamental que seamos muy prudentes y no saquemos conclusiones apresuradas —dijo en Patrik—. Pero estoy de acuerdo que tendríamos que hablar con las dos.

—Pues a mí me parece más claro que el agua —dijo en Mellberg—. Marie aparece en el pueblo y se vuelven a unir con Helen. Y entonces se produce un nuevo asesinato.

El Annika volvió con el termos pleno de café.

—Que me he perdido nada?

—Sólo hemos constatado que hace falta que examinamos los posibles paralelismos con el caso Stella —dijo en Patrik—. Y, en este sentido, tendremos que interrogar a Helen y Marie.

—Sí, todo ello es un poco extraño —dijo el Annika, y se sentó.

En Patrik miró de reojo la pizarra.

—No nos podemos cerrar en esto, pero es fundamental que examinamos a fondo el caso Stella y la investigación que se llevó a cabo el 1985. Annika, podrías intentar encontrar el informe del interrogatorio y todo el que tengamos sobre el caso? Sé que será difícil, con el merder que hay abajo al archivo, pero pruébalo.

El Annika asintió con la cabeza y lo apuntó a la libreta.

En Patrik se quedó en silencio unos segundos, sopesando si se había pensado bien el que estaba a punto de decir. Pero, si no decía nada, lo podían saber de alguna otra manera y entonces le caería una buena tamborinada encima por no haberlo dicho.

—A propósito del caso Stella... —empezó, y dejó que la frase se extinguiera. Después volvió a la carga.— Bien, pues resulta que el Erica ha empezado a trabajar en su nuevo libro y... ha decidido escribir justamente sobre este caso.

En Mellberg va dreçar de golpe la espalda.

—Pues vale más que se espere un poco —dijo—. Ya hemos tenido suficientes dolores de cabeza con tu mujer corriendo arriba y abajo y metiendo la nariz por

todas partes. Esto es trabajo de la policía, no de civiles, con experiencia dentro del mundo policial o sin.

En Patrik serró los dientes para evitar apuntar que el Erica había sido mucho más útil que en Mellberg para resolver los últimos casos importantes. Pero sabía que no ganaría nada dejando en evidencia en Mellberg. Su cabeza era como era y no lo podían cambiar. Con los años, en Patrik había aprendido a trabajar todo y en Mellberg más que no con en Mellberg. Por otro lado, también sabía por experiencia que no valía la pena decir a la Erica que no metiera la nariz en el caso Stella. Si ya había empezado a desenvolver alguna troca, no se pararía hasta conseguir respuesta a sus preguntas. Pero de aquello no tenía que decir nada a los compañeros. A pesar de que intuía que todos los presentes, sacado de en Mellberg, lo tenían muy claro.

—Esclar —dijo—, lo comentaré al Erica. Pero tiene la parte de investigación bastante avance, así que había pensado que quizás la podríamos considerar un tipo de asesora externa que nos podría ayudar con la información de base. Qué os parece si le pido que venga por la tarde para explicarnos todo el que sabe del caso?

—A mí me parece una idea genial! —dijo en Gösta. Y todo el mundo, excepto en Mellberg, asintió con la cabeza.

Pero el hombre sabía cuando había sido derrotado y masculló:

—Bien, pues que venga.

—Perfecto, se lo propondré luego que acabamos la reunión —dijo en Patrik—. Y tú, Gösta, quizás podrías ir completándolo con el que seas capaz de recordar. Su compañero asintió con la cabeza, mientras sonreía de soslayo, como queriendo decir que no era paso mucho.

—Bien, que más tenemos a la lista de cosas para hacer? —preguntó en Patrik.

—La rueda de prensa —contestó en Mellberg, y de repente parecía animado.

En Patrik hizo una mueca, pero sabía que tenía que elegir sus batallas. En Mellberg se podía encargarse de la rueda de prensa y esperaba que causara tan poco daño como fuera posible.

—Annika, podrías convocar la rueda de prensa para esta tarde?

—Y tanto! —dijo, y lo apuntó—. Antes o después del Erica?

—Hagámosla antes —dijo en Patrik—. Iría bien hacia las dos. Yo intentaré que el Erica venga hacia las tres y media.

—Los convocaré a las dos, pues. No paran de trucarme, así que estará bien poderlos decir algo.

—Sí, todos tendríamos que ser conscientes que esto se convertirá en un circo mediático —dijo en Patrik.

Se revolvió a la silla, inclinado como estaba sobre la mesa con las piernas y los brazos cruzados. A diferencia de en Mellberg, consideraba que el interés por el caso de los medios de comunicación podría representar una traba para la investigación. Evidentemente, en comptadíssimes excepciones, las noticias que aparecían a la prensa podían conducir a una información importante, pero demasiado a menudo los efectos positivos quedaban sobrepasados con creces por los negativos.

—Tranquilo, yo me encargo de esta parte —dijo en Mellberg, todo satisfecho, y se reclinó a la silla.

El Ernst se había vuelto a poner cómodo a sus pies y, a pesar de que debía de ser como traer puestos un par de calcetines de lana gruesa, en Mellberg se lo dejó estar. El Erica solía decir que el amor que sentía el comisario en cabeza por aquel perro enorme y peludo era uno de los pocos disparos de su carácter que se podían salvar.

—Sólo te pido que midas muy bien las palabras —dijo en Patrik, demasiado consciente de cómo en Mellberg solía dejar que le brotaran por la boca, con entera libertad, sin censura y sin rumiar-las dos veces.

—Tengo mucha experiencia con la prensa. Los años que trabajé a Göteborg... En Patrik lo cortó.

—Perfecto, pues te ocupes tú. Antes de empezar, podemos hacer un pequeño repaso, hablar un poco del que queremos explicar y qué sería conveniente que no saliera de aquí. Qué te parece?

En Mellberg se enfurruñó.

—Cómo estaba diciendo, los años que trabajé a Göteborg...

—Cómo nos repartiremos el resto de tareas? —preguntó en Martin para parar el sermón que había puesto en marcha en Mellberg. En Patrik se giró hacia él, agradecido.

—Hablaré con en Torbjörn y en Pedersen para intentar averiguar cuando nos pueden enviar más información.

—Yo puedo hablar con los padres de la Nea —dijo en Gösta—, pero había pensado trucar antes al médico para saber como se encuentran.

—Quieres que te acompañe alguien? —preguntó en Patrik, y otra vez sintió como se le hacía un nudo al estómago sólo de pensar en Eva y en Peter.

—No, me puedo ocupar a solas, así podemos destinar el resto de recursos a alguna otra cosa —respondió en Gösta.

—Yo puedo ir a hablar con las chicas que fueron juzgadas por el asesinato de la Stella —dijo Paula—. O quizás tendría que decir las mujeres, ya no son dos criaturas.

—Yo lo acompaño, si va bien —dijo en Martin, levantando la mano como un niño en la escuela.

—Genial! —asintió con la cabeza en Patrik—. Pero esperaos hasta que haya venido el Erica y nos haya dado algo más de teca. Hasta entonces, dedicáis las horas a la gratificante tarea de picar las puertas de las casas de los alrededores. Cuando se vive en un lugar tan apartado, se tiene la tendencia a parar atención a todo el que se sale de la normalidad y a todos los movimientos inusuales de la cercanía, así que puede valer la pena intentarlo.

—De acuerdo —dijo Paula—. Pues iremos a hacer estallar la charla con los vecinos más cercanos.

—Yo me quedaré aquí aguantando la posición —dijo en Patrik—. El teléfono no para de sonar y quiero dar un vistazo a todos los informes sobre el caso antes de la rueda de prensa.

—Y yo me tengo que preparar —añadió en Mellberg, y se pasó la mano por los cabellos para comprobar que eran a su lugar.

—Bien, pues. Entonces, todos tenemos trabajo para hacer —dijo en Patrik, e indicó que la reunión se había acabado.

El aire dentro de la pequeña sala todavía era tan cálido y pesado que costaba

respirar. Frisava para salir de allá y sospechaba que a sus compañeros los pasaba el mismo. El primero que haría sería trucidar al Erica. No estaba del todo convencido que fuera una buena idea dejar que participara en la investigación, pero creía que no tenía ninguna alternativa. Con un poco de suerte, su mujer los podría brindar una información que los ayudaría a encontrar el asesino de la Nea.

Los primeros kilómetros siempre eran los duros, a pesar del montón de años que hacía que corría. Después, las pasadas se hacían más ligeras. Helen sentía que el cuerpo le respondía y que la respiración se le hacía más regular.

Había empezado a correr poco después de que se hubiera acabado todo el proceso judicial. La primera vez hizo cinco kilómetros para expulsar toda la frustración del cuerpo. Los pies contra la grava, el viento que se esmunyía entre los cabellos y el rumor al suyo cercando eran el único que hacía enmudecer el mundo.

Cada vez, la distancia era más larga, mejoraba los tiempos. Con los años había participado en más de treinta maratones. Pero sólo en Suecia. Soñaba con las de Nueva York, Sydney y Rio, pero podía dar gracias que en James la dejaba participar en las competiciones estatales.

Que pudiera tener una afición, que pudiera dedicar un par de horas al día a salir a correr, sólo se debía de al hecho que su hombre valoraba la disciplina que requería todo deporte. Era el único que respetaba de ella, su capacidad de correr kilómetros y kilómetros, que su cabeza pudiera vencer las limitaciones del cuerpo. Pero Helen no le podría explicar nunca que cuando corría se borraba todo el que había pasado, se volvía borroso, lejano, un sueño que había tenido hacía mucho tiempo.

Con el rabillo del ojo vio la casa que habían construido al lugar donde hacía años había habido la de Marie. Cuando Helen volvió a Fjällbacka, la nueva ya estaba. Sus padres habían decidido marchar justo en el momento en que todo se empezó a desplomar. La Harriet no pudo soportar los murmullos, los rumores, las miradas fugaces, las malas lenguas.

En James y su padre, en K. G., se habían ido viendo de vez en cuando hasta que el padre había muerto. A veces, en Sam y Helen acompañaban en James cuando iba a Marstrand, pero sólo porque su hijo pudiera visitar los abuelos maternos.

Ella no quería saber nada. Lo habían dejada sola cuando más los había necesitado, y no se lo podría perdonar nunca.

Empezaba a sentir las piernas pesadas y se dijo a sí misma que tenía que corregir la técnica de carrera. Cómo con otros muchos aspectos a la vida, había tenido que luchar para desarrollar una buena técnica. A Helen no se le había dado nunca nada sin esfuerzo.

No, ahora se estaba engañando a sí misma. Antes de aquel día fatal, la vida había sido fácil. Entonces todavía eran una familia. No recordaba ningún problema, ningún obstáculo, sólo los días claros del verano y el aroma del perfume de la madre cuando a los anocheceres la acostaba. Y el amor. Recordaba el amor.

Aceleró para ahogar aquellos pensamientos. Aquellos que salir a correr solía borrar. Por qué se le aparecían ahora? Ya no podía ni siquiera mantener aquel rincón de paz? El regreso de Marie lo había anorreat todo?

Con cada exhalación, Helen sentía cómo había cambiado todo. Cada vez le

costaba más respirar. Al final se tuvo que parar. Tenía las piernas doloridas; el cuerpo, pleno a rebosar de ácido lácteo. Por primera vez, el cuerpo había derrotado su fuerza de voluntad. Helen no se dio cuenta que se desplomaba hasta que se encontró tendido en tierra.

En Bill miró alrededor. Al restaurante del centro de convenciones y hotel de TanumStrand sólo se habían reunido cinco personas. Cinco caras cansadas. Sabía que se habían pasado toda la noche buscando la Nea. Mientras iban ninguno allá, la Gun y él habían hablado de si había que aplazar la reunión. Pero en Bill estaba convencido que era exactamente el que todos necesitaban.

Pero no se habría pensado nunca que sólo llegaron a ser cinco personas.

En Rolf se había asegurado de tener a punto encima una mesa los termos de café y los panecillos de queso y pimiento, y en Bill ya se había servido. Hizo un trago de café. En una silla justo a su lado, la Gun hacía un sorbo del suyo.

En Bill apartó los ojos de las caras cansadas y miró en Rolf, derecho cerca de la entrada del restaurante.

—Quizás podrías presentarnos a todos —va decir.

En Rolf asintió con la cabeza.

—Él es en Karim, ha venido a Suecia con su mujer y sus dos hijos. En Damasco era periodista. Después tenemos el Adnan y en Khalil, de dieciséis y dieciocho años, respectivamente; han llegado sólo y se han conocido al campamento. Este es Ibrahim, el más grande del grupo. *How old are you, Ibrahim?*

El hombre que sentaba junto a en Rolf tenía una barba larga y, sonriendo, levantó cinco dedos.

—*Fifty.*

—Exacto, Ibrahim tiene cincuenta años y es aquí con su mujer. Para acabar, tenemos en Farid, que vino con su madre.

En Bill saludó un hombre con la cabeza afeitada y realmente corpulent. Hacía la impresión de rondar los treinta años y, teniendo en cuenta su volumen, se debía de pasar buena parte del tiempo que estaba despierto comiendo. La cuestión del reparto de peso podía ser un poco enrevesada con una persona que parecía pesar como mínimo tres veces más que el resto, pero todo se podía solucionar. Había que pensar en positivo. Si el peso no hubiera sido un disparo característico de en Bill, no habría sobrevivido aquella vez que zozobró ante la costa de Suráfrica y los tiburones blancos empezaron a hacer círculos al suyo cercando.

—Y yo soy en Bill —dijo despacio y de manera clara—. Hablaré con vosotros en sueco tanto como sea posible.

Con en Rolf habían estado de acuerdo que era el mejor. Al fin y al cabo, todo aquello era porque aprendieran el idioma y pudieran integrarse en el pueblo más deprisa.

Todos van hacer cara de no entenderlo, sacado de en Farid, que respondió en un sueco con un acento muy marcado, pero más que aceptable.

—Soy el único que entiendo el sueco bien. Hace más tiempo que soy aquí y he estudiado mucho, muchísimo. Quizás puedo ayudar traduciendo al principio. Porque los chicos lo entiendan.

En Bill asintió con la cabeza. Parecía lógico. Incluso para un sueco podía ser un poco complicado, con todos los términos y las palabras propios de la náutica. En

Farid hablaba en árabe deprisa y repetía el que decía en Bill. El resto asentían con la cabeza.

—Nosotros intentar... entender... sueco... y aprender —dijo el hombre que se decía Karim.

—Muy bien! Perfecto! —hizo en Bill, y levantó el pulgar—. Sabéis nadar?

Simuló ponerse a nadar y en Farid lo tradujo al árabe. Los cinco hablaron entre ellos a gran velocidad y otra vez en Karim respondió por todos, esforzándose mucho para encontrar las palabras en sueco.

—Sabemos... por eso nosotros venir a este curso. Si no, no.

—Cómo habéis aprendido? —dijo en Bill, aliviado pero sorprendido—. Habéis sido muchas veces a la costa?

En Farid se afanó a traducirlo y respondieron con grandes risas.

—De hecho, tenemos piscinas —contestó, sonriente.

—Esclar.

En Bill se sintió idiota. No se atrevió a mirar la Gun, que sentaba a su lado, pero aún así podía sentir como hacía un gran esfuerzo por no esclafir a reír. De todas tenía que informarse un poco sobre Siria, si no quería quedar como un auténtico tonto. Había estado en muchos rincones de mundo, pero el país del cual provenían aquellos hombres era como una mancha blanca en su mapa personal.

Se estiró para coger otro panecillo. Era gordo y con mantequilla, tal como le gustaban.

—Cuando... cuando empezar nosotros?

En Karim dijo algo en árabe a en Farid, que acabó la pregunta.

—Cuando empezaremos a navegar?

En Bill extendió los brazos.

—No podemos perder tiempo. La vuelta a Dannholmen tendrá lugar dentro de unas semanas, así que nos pondremos mañana mismo! En Rolf os bajará en coche hasta Fjällbacka y empezaremos a las nueve. Traéis ropa de abrigo.

Cuando sopla el viento, al mar hace más frío que en tierra firme.

Cuando en Farid lo tradujo, los otros se revolvieron inquietos a las sillas. De repente hacía la impresión que no lo veían claro, pero, para animarlos, en Bill los miró mientras dibujaba el que se pensaba que era una sonrisa ganadora. Aquello sería increíble. Los problemas no existían. Sólo las sonidolucions.

—Gracias para dejar que los niños se pudieran estar una estoneta aquí —dijo la Erica, y se sentó delante de Anna a la veranda a medio construir.

Había aceptado de buen grado la oferta de un té helado. El calor era asfixiante y con el aire acondicionado del coche estropeado tenía la sensación de haber sido atravesando el desierto durante cuarenta días. Se estiró para coger el vaso que Anna estaba llenando y se tragó el té de un trago. Anna va esclafir a reír y le va reomplir el vaso, y ahora que el Erica había apaciguado la siete, pudo disfrutar de la infusión con más tranquilidad.

—Ha ido de maravilla —dijo Anna—. Se han traído tan bien que apenas he notado que eran aquí.

El Erica rió por debajo la nariz.

—Estás segura que hablas de mis niños? No te negaré que la grande es un trozo

de pan, pero en esta descripción que me has hecho no acabo de reconocer mis pequeños salvajes.

El Erica no bromeaba paso mucho. De más pequeños, los gemelos eran muy diferentes. Anton había sido lo más calmado y reflexivo; mientras que en Noel no se estaba nunca quieto y lo manoseaba todo. Ahora los dos habían entrado en una etapa con un exceso de energía inagotable que le absorbía todas las fuerzas. La Maja no había pasado nunca por un periodo como aquel, así que en Patrik y ella no estaban del todo preparados. Y, para acabarlo de adobar, por partida doble. De buen grado, el Erica habría dejado los niños en casa de su hermana el resto del día, pero hacía cara de estar tan cansada que no se vio con corazón de aprovecharse más.

—Y a tú como te ha ido? —preguntó a Anna, y se reclinó ninguno atrás a la gandula Baden-Baden con almohadas de colores llamativos.

Cada vez que salían a la veranda, su hermana se indignaba al verlos, pero los había hecho la madre de en Dan y la mujer era tan dulce que a Anna le hacía lástima cambiarlos. Como mínimo, en aquello el Erica se sentía afortunada. Kristina, la madre de en Patrik, estaba muy lejos de ser la típica suegra que se pasaba el día haciendo manualidades.

—Bah, nada de importante —hizo el Erica, enfurruñada—. Hace tantos años que su padre murió que no recuerda mucho nada. Tampoco cree que hayan guardado ningún documento de la investigación, pero ha comentado una cosa interesante: que en Leif había empezado a dudar que realmente hubieran hecho las cosas muy hechas.

—Quieres decir que no estaba seguro que las chicas fueran culpables? —preguntó Anna, y con la mano alejó un tàvec que se había empecinado a hacer círculos alrededor de las hermanas.

El Erica no le sacaba el ojo de sobre. Odiaba a brazo partido los tàvecs y las avispas.

—Sí, la hija dice que no estaba convencido. Especialmente los últimos tiempos.

—Pero no habían confesado? —hizo Anna, y volvió a asustar el tàvec.

Pero sólo consiguió desestabilizarlo y, cuando en el aire, el insecto recuperó el equilibrio, volvió a la carga.

—Hostia, que pesado!

Se levantó, cogió una revista que tenía encima la mesa, la enrolló y le dio un golpe. El tàvec quedó reducido a una demasiada enganxifosa sobre el mantel de plástico.

El Erica sonrió al ver como su hermana, con aquella barriga de embarazada y todo, salía a la caza del tàvec. Últimamente, nada del que hacía a Anna parecía muy ágil.

—Y tú riéte! —se quejó Anna, malhumorada, y se enjugó el sudor del frente antes de volver a sentarse—. Qué estábamos diciendo? Ah, sí! Las chicas habían confesado, oi?

—Sí, exacto. Y fue una confesión que sirvió de fundamento para la sentencia. Cómo que eran tan jóvenes no recibieron ningún castigo, pero la cuestión de la culpabilidad quedó determinada por el juez basándose en las pruebas.

—Y entonces por qué no tendrían que ser culpables si, por un lado, confesaron, y, de la otra, la sentencia así lo confirmó? —dijo Anna.

—No lo sé. El juez determinó que las chicas habían cometido el crimen juntas. Pero en cuanto a la confesión... Tenían trece años. No resulta muy difícil conseguir que una criatura de trece años acabe diciendo el que sea en una situación como aquella. Debían de estar muy asustadas. Y cuando decidieron hacerse atrás, ya era demasiado tarde. El caso ya se daba por resuelto y nadie se las creyó.

—Ostras, imagínate que sí, que fueran inocentes! —dijo Anna, y miró el Erica de hito en hito—. Si es verdad, qué tragedia! Dos noietes de trece años a las cuales destrozaron la vida. Pero una de las dos vive aquí, no? Tengo que decir que es muy valiente.

—Sí, me parece increíble que decidiera volver después de pasar unos años a Marstrand. Ya te puedes imaginar como corrían los comentarios por todo el pueblo. Pero, al final, incluso a la gente se le acaban las ganas de charlar.

—Ya has quedado con ella? Para el libro, quiero decir.

—Todavía no. Se lo he pedido unas cuántas veces, pero no he recibido respuesta. Había pensado ir a ver ahora, sin avisar, y ver como reacciona y si está dispuesta a hablar conmigo.

—Como cruces que afectará el libro todo el que ha pasado? —dijo Anna, bajando la voz—. Esto de la niña...

Así que lo había sabido, el Erica le había trucado para explicarle que habían encontrado la Nea. Los rumores de la niña que habían encontrado muerta se esparcirían por el pueblo como una mancha de aceite.

—No lo sé —dijo el Erica, y se sirvió algo más de té helado—. Quizás ahora la gente se mostrará más dispuesta a hablar. O quizás pasará todo el contrario. No lo sé, de verdad. Pero ya se verá.

—Y a Marie? Nuestra glamurosa estrella de Hollywood? Se dejará entrevistar?

—Hace medio año que hablo con su agente. Me husmeo que tiene en marcha un acuerdo con una editorial y no sabe si mi libro lo ayudará a promocionarlo o, bien al contrario, le robará la atención. Pero, sea como fuere, también intentaré hablar, así que ya lo veremos.

a Anna soltó un esbufec. El Erica sabía que la simple idea de ser persistente y perseguir desconocidos como una loca era la peor pesadilla de su hermana.

—Qué te parece si hablamos de cosas más agradables? —propuso el Erica—. Tengo que organizar una despedida de soltera para Kristina.

—Sí, y tanto que sí! —dijo Anna, y va esclafir a reír, de forma que la enorme barriga le hacía saltets—. Pero que se le hace a una novia que es un poco... granadeta? Me parece un poco fuera de lugar que nos lo llevamos en el centro del pueblo a vender besos, para no hablar de hacerla saltar con paracaídas o de un puente.

—Y ahora, no! Se me hace difícil ver a Kristina haciendo nada de todo esto —dijo el Erica—. Pero siempre podemos, simplemente, reunir una pandilla de sus amigas y montarle una velada agradable. Una cena al Café Bryggan, buena comida y buen vino. No hace falta que sea muy más complicado que esto.

—Me parece una idea excelente —respondió Anna—, pero sí que tenemos que pensar una manera divertida de secuestrarla.

El Erica asintió con la cabeza.

—Si no, no es una despedida de soltera como es debido! Y hablante de esto: en

Dan cuando te convertirá en su heredera universal?

Anna se puso roja.

—Bien, ya ves la fila que hago. Hemos decidido que primero nos centraremos en la criatura y después ya pensaremos en el casamiento.

—Así, pues, cuando... —empezó el Erica, pero calló cuando su bolsa se puso a tocar *el Mambo No. 5*.

—Hola, amor —respondió, al ver el nombre que aparecía a la pantalleta.

No va badar boca mientras en Patrik hablaba y después contestó con frases breves.

—Y tanto! Sí, me encargaré de los niños. Hasta después.

Colgó y va desear el teléfono a la bolsa. Después, miró Anna con cara de perro apaleado. Se le hacía cuesta arriba pedirlo, pero no tenía ninguna otra alternativa. Kristina sería a Uddevalla toda la tarde, así que no podía contar con su suegra.

—Sí, me puedo quedar con los niños otro golpe. Cuánto de tiempo serás fuera?

—va esclafir a reír Anna, cuando vio los ojos de sufrimiento del Erica.

—Te los podría traer hacia las tres? En Patrik me ha pedido que sea a la comisaría a las tres y media para hablarlos del caso Stella. Esto quiere decir que podría ser aquí a las cinco, las cinco y media. Te iría bien?

—Me iría perfecto! —dijo Anna—. Ya sabes que tus hijos los hago ir más rectos que tú.

—Ave, cierra la boca! —se quejó el Erica, y lanzó un beso a su hermana pequeña.

Pero era innegable que, en parte, tenía razón. Los niños se habían traído como verdaderos angelets.

—De que cruces que tienen miedo?

En Sam se dio cuenta que empezaba a farfullar. La combinación de solo y champán le había subido a la cabeza. Sostenía el vaso con la mano izquierda, la derecha le temblaba y le hacía daño después de la práctica de tiro de la mañana.

—Miedo? —preguntó la Jessie.

Las palabras le patinaban ligeramente. Ella ya se había tomado unas cuántas copas antes de que llegara en Sam. Ahora ya tenían bastante avanzada la segunda botella.

—Tu madre no se dará cuenta que faltan? —preguntó, y con la copa señaló la Jessie.

Las burbujas doradas centelleaban cuando los rayos del sol las interceptaban. En Sam no se había parado a pensar nunca qué bebida más fantástica era el champán. Por otro lado, tampoco había tenido nunca tan cerca.

—Bah, no sufras. Tanto se le jode —respondió la Jessie, y movió la cabeza en señal de desprecio—. Basta con que no nos lo acabamos.

Y alargó el brazo para coger la botella.

—Pero que quieres decir con esto que tienen miedo? No de nosotros.

—Y tanto que nos tienen —dijo en Sam, y acercó la copa.

La Jessie se lo llenó demasiado deprisa, de forma que la espuma derramó, pero en Sam se limitó a esclafir a reír y a lamerse la mano.

—Saben que no somos como ellos. Sienten... sienten la oscuridad que traemos

adentro.

—La oscuridad?

Lo observó sin decir nada. A en Sam lo enamoraba el contraste de los ojos verdes de la Jessie y aquellos cabellos tan claros. Deseaba que se diera cuenta de cómo era de bonita. Él podía ver más allá de los kilos de más, más allá del acné. Se había reconocido a sí mismo cuando la había visto a la parada de comer rápido, sabía que cargaban la misma sensación de no encajar. Y veía la misma oscuridad.

—Sabén que los odiamos. Ven todo el odio que han generado dentro de nuestro, pero no se pueden parar, continúan saltándonos al cuello, siguen creando una cosa que después no serán capaces de controlar.

La Jessie rió por debajo la nariz.

—Cojones, qué discurso más pompós. Salud! Somos aquí, tomando el sol al embarcador de una mansión de lujo, bebiendo champán y nos lo estamos pasando de narices.

—Tienes toda la razón. —En Sam sonrió cuando las copas chocaron.— Nos lo estamos pasando de narices.

—Porque nos lo merecemos —farfulló la Jessie—. Tú y yo. Nos lo merecemos tanto... Somos mejores que ellos. Ellos ni siquiera se merecen el vello que se los hace al ombligo.

Y levantó la copa con un movimiento tan rápido que la mitad del contenido derramó y le fue a parar sobre la barriga desnuda.

—Ui! —exclamó, y rió por debajo la nariz.

Alargó el brazo para coger una toalla, pero en Sam la paró. Miró alrededor. El embarcador estaba protegido con una valla y los barcos que había al mar estaban a una cierta distancia. Estaban sólo en el mundo.

Se arrodilló ante la Jessie. Entre sus piernas. La chica lo miró, tensa. Sin ninguna prisa, en Sam le lamió el champán que le empapaba el vientre. Chupó el que le había ido a parar al ombligo y después dejó que la lengua deslizara por aquella piel calentada por el solo. La Jessie tenía gusto de champán y de sudor. En Sam levantó la cabeza y la miró a los ojos. Sin apartar la mirada, cogió los dos costados de la calceta del biquini y lentamente la bajó. Mientras la lamía, sintió como los jadeos de la Jessie se mezclaban con el griterío de las gaviotas que volaban por encima de sus cabezas. Estaban sólo. En todo el mundo.

El caso Stella

EN LEIF HERMANSSON respiró fondo antes de entrar a la minúscula sala de reuniones. Helen Persson y sus padres, en K. G. y la Harriet, lo esperaban adentro. Conocía los padres, como todo el mundo que vivía a Fjällbacka, pero no pasaban de simples conocidos. El caso de los de Marie Wall era diferente. A lo largo de los años, la policía de Tanumshede había tenido incontables ocasiones para tratarlos.

A en Leif no le gustaba ser el comisario en cabeza. No le hacía ninguna gracia tener que mandar por encima de los otros o ser la persona que tomaba las decisiones. Pero era un poco demasiado bono en el trabajo y la vida lo había traído a ocupar aquel cargo. A la comisaría de Tanumshede, aunque había rehusado con amabilidad pero firmeza todas las peticiones que habrían comportado un traslado. Había nacido a Tanumshede y pensaba pasar sus días hasta que le cantaran las absueltas.

Detestaba especialmente ser el comisario en cabeza en días como aquel. No quería ser la persona sobre la cual recayera la responsabilidad de encontrar el hombre —bien, en aquel caso, las chicas—, que había arrebatado la vida a una criatura. Aquella carga le pesaba demasiado a los hombros.

En Leif abrió la puerta de la saleta triste de paredes grises y puso los ojos en la figura acurrucada de Helen, que sentaba ante la mesa sencilla, antes de saludar con un golpe de ninguno la Harriet y en K. G., situados a uno y otro lado de su hija.

—Realmente hace falta que hacemos esto a la comisaría? —preguntó en K. G.

Era el presidente del Club Rotary y uno de los representantes de la economía local. Su mujer, la Harriet, siempre iba muy vestida, con los cabellos muy arreglados, las uñas hechas, pero aparte de cuidarse de la fachada e implicarse en la asociación Hemos och Skola, en Leif no sabía muy bien a que se dedicaba. En las fiestas y los actos sociales siempre aparecía de bracete en K. G., con aquella sonrisa perenne y un martini en la mano.

—Nos ha parecido que sería más fácil si veníais vosotros —dijo en Leif, y dejó claro que aquella parte de la conversación había quedado cerrada.

Era cosa suya decidir como hacer el trabajo, pero tuvo la sensación que en K. G. intentaría traer las riendas de la conversación si no lo ligaba muy corto.

—Es con la otra chica, con quien tenéis que hablar —dijo la Harriet, y se tocó la blusa blanca y muy planchada—. Marie. Aquella familia es terrible.

—Tenemos que hablar con las dos, porque hay muchos indicios que apuntan que fueron las últimas que vieron la Stella con vida.

—Pero a Helen no está implicada en nada de todo esto. Lo sabes, oi?

En K. G. estaba tan alterado que el bigote no paraba quieto.

—No estamos diciendo que estén implicadas en la muerte de la niña, pero fueron las últimas a verla. Y tenemos que repasar toda la secuencia de acontecimientos para poder encontrar el autor del asesinato.

En Leif miró Helen de reojo. La chica estaba en silencio, con los ojos clavados

en las manos. Tenía los mismos cabellos oscuros que su madre y era de una belleza serena y sencilla. Tenía los hombros tensos y no paraba de toquetearse la falda.

—Helen, me puedes explicar el que pasó? —preguntó con voz dulce, y se sorprendió a sí mismo de sentir una oleada de ternura hacia aquella chica.

Parecía vulnerable y asustada. Y hacía la impresión que sus padres estaban tan metidos en las propias preocupaciones que eran incapaces de atender el miedo de su hija.

Helen miró con el rabillo del ojo su padre, que con un movimiento seco asintió con la cabeza.

—Habíamos prometido a Linda y al Anders que nos encargaríamos de la Stella. Vivimos cerca y a veces jugamos con su hija. Nos dijeron que nos darían veinte coronas a cada una. Nos teníamos que llevar la Stella a la paradeta del pueblo a comprar un helado.

—Cuando la fuisteis a buscar? —preguntó en Leif.

La chica no levantó la cabeza.

—Me parece que debían de ser alrededor de la una. Bien, yo seguía Marie.

—Marie —resopló la Harriet, y en Leif levantó a mano para pararla.

—O sea que al poco de la una.

En Leif iba apuntando a la libreta que tenía delante. De fondo, el magnetófono brunzía suavemente, pero tomar notas lo ayudaba a ordenar las ideas.

—Sí, pero Marie lo sabe mejor.

Helen se revolvió a la silla.

—Quién había a casa, cuando la fuisteis a buscar?

En Leif levantó el bolígrafo del bloque y sonrió a Helen, pero la chica continuaba sin mirarlo a los ojos. Se dedicaba a arrancar bolitas invisibles que se le habían formado a la falda de verano blanca que traía.

—Su madre. Y la Sanna. Cuando llegamos, estaban a punto de marchar. Nos dieron el dinero para los helados. La Stella estaba muy contenta. No paraba de saltar.

—Marchasteis enseguida u os quedasteis a la granja?

Helen movió la cabeza y el flequillo largo y de cabellos negros le cayó a la cara.

—Jugamos un poco en el patio. Saltamos a cuerda con la Stella. Le gustaba cuando nosotros cogíamos la cuerda y ella podía saltar. Pero tropezaba a menudo y caía en tierra, así que al final nos cansamos.

—Y que hicisteis, entonces?

—Nos fuimos a Fjällbacka las tres.

—Debíais de tardar un buen rato.

En Leif hizo un cálculo rápido. Él tardaría muy bien veinte minutos a ir de la granja de los Strand hasta el centro del pueblo y con una criatura de cuatro años la caminata se alargaría significativamente. Habría que jugar a husmear las plantas, cosechar flores y, también, seguro que se le metería una piedra en el zapato y tendrían que parar a hacer pipí, y las piernas se le harían tan pesadas que ya no podría hacer ni una pasa más... Bien, el trayecto a pie hasta Fjällbacka con una niña de cuatro años se alargaría una eternidad.

—Cogimos un cochecito —dijo Helen—. Uno de aquellos que después queda pequeñísimo.

—Uno de plegable, seguro —añadió la Harriet.

En Leif la fulminó con la mirada y la mujer cerró la boca.

—Sí, un cochecito plegable, se llaman así.

Helen lanzó una mirada rápida a su madre.

En Leif dejó el bolígrafo encima la mesa.

—Cuánto de tiempo tardasteis a llegar al pueblo? Con la Stella al cochecito.

Helen va arrufar las cejas.

—Un buen rato, el camino es de tierra hasta la carretera y cuesta mucho avanzar por la graba. Las ruedas no paraban de girarse.

—Que cruces que tardasteis, más o menos?

—Quizás tres cuartos? Pero no miramos el reloj. Ninguno de las dos tenemos.

—Y tanto que tienes uno —hizo la Harriet—, pero no lo usas. Pero que aquella chica no tenga reloj no me sorprende nada. Y si tuviera uno, a buen seguro que sería robado.

—Mama, bastante!

De repente, los ojos de Helen van refulgir.

En Leif miró la Harriet.

—Os agradecería mucho que nos ciñiéramos a la cuestión que nos ocupa.

E hizo un gesto con el hacia Helen.

—Y después? Cuánto de tiempo pasasteis a Fjällbacka con la Stella?

Helen se va arronsar de hombros.

—No lo sé. Compramos helados, después nos sentamos un rato al muelle, pero no dejamos que la Stella se acercara cerca, porque no sabe nadar y no habíamos cogido ningún chaleco salvavidas.

—Muy inteligente por parte vuestra —dijo en Leif, y asintió con la cabeza.

Apuntó a la libreta que tenía que hablar con en Kjell y Anita, los propietarios del quiosco de helados, para comprobar si recordaban haber visto la Stella y a las chicas el día anterior.

—O sea que os sentasteis un rato al muelle a comeros el helado. Hicisteis nada más?

—No, después volvimos hacia casa. La Stella estaba cansada y durmió un rato al cochecito.

—Es decir, que, más o menos, estuvisteis una horeta a Fjällbacka. Te parece que es esto?

Helen asintió con la cabeza.

—De vuelta cogisteis el mismo camino?

—No, la Stella quería andar un poco por el bosque, o sea que bajó del cochecito e hicimos el resto del trayecto por un camino que lo atraviesa.

En Leif lo anotó.

—Y cuando llegasteis a la granja, qué hora crees que era?

—No estoy mucho segura, pero creo que tardamos más o menos el mismo de ida que de vuelta.

En Leif miró la libreta con las notas que había tomado. Si las chicas habían llegado a la granja alrededor de la una, se quedaron a jugar unos veinte minutos, después tardaron cuarenta minutos para llegar a Fjällbacka, se pasaron una hora al pueblo y, después, tardaron cuarenta minutos a deshacer el camino, entonces debían de ser más o menos tres cuartos menos cinco de cuatro cuando llegaron a

la granja. Pero, teniendo en cuenta las dudas que había mostrado Helen en relación con las horas, en Leif no acababa de confiar mucho, así que escribió «15.30-16.15 h» a la libreta y lo rodeó. Pero ni siquiera se atrevía a poner la mano al fuego por aquel intervalo.

—Qué pasó cuando llegasteis a casa de la Stella?

—Vimos el coche de su padre al patio y supusimos que estaba en casa. Y cuando vimos que la Stella salía corriendo hacia la puerta, nos fuimos.

—Es decir, que no llegasteis a ver su padre o que la niña entrara a casa?

—No.

Helen negó con la cabeza.

—Después volvisteis directamente hacia casa vuestra?

—No...

La chica miró de reojo sus padres.

—Qué hicisteis?

—Fuimos al lago que hay detrás la casa de Marie y nos bañamos.

—Te hemos dicho un millar a veces que no puedes...

La Harriet enmudeció cuando en Leif la fulminó con la mirada.

—Cuánto de tiempo os estuvisteis? Más o menos.

—No lo sé, pero estaba en casa a la hora de cenar, hacia las seis.

—Sí, es verdad —dijo en K. G., y asintió con la cabeza—. A nosotros no nos explicó nada de todo esto que fueron a nadar, nos dijo que habían sido cuidando la pequeña Stella hasta entonces.

Y lanzó una mirada reprovadora a su hija, que continuaba sin levantar los ojos de la falda.

—Nos pareció de lo más normal que tuviera los cabellos xops, porque nos dijo que habían sido corriendo bajo el aspersor con la niña.

—Ya sé que no estuvo bien, esto de decir una mentira —hizo Helen—, pero tengo prohibido ir allá. No les gusta nada que pase tiempos con Marie, sólo por cómo es su familia. Pero Marie no la ha elegido, oi?

Los ojos volvieron a refulgir.

—Aquella chica es de la misma pasta que ellos —dijo en K. G.

—Ella sólo es... algo más dura que el resto —dijo Helen, con un hilo de voz—. Pero quizás es así por algún motivo. No lo habéis pensado, esto? No ha elegido crecer en una familia como aquella.

—Vale más que nos calmamos todos un poco —dijo en Leif, levantando las manos.

A pesar de que aquella discusión dejaba a cuerpo descubierto aspectos esenciales de las dinámicas de aquella familia, no era ni el lugar ni el momento adecuados para ventilar aquel tipo de asuntos.

En Leif leyó en voz alta los apuntes que había ido tomando.

—Se adecuaba más o menos al que recuerdas que pasó ayer?

Helen asintió con la cabeza.

—Sí.

—Y Marie nos dirá el mismo?

Durante un instante fugaz, a en Leif le pareció detectar una chispa de inseguridad en los ojos de aquella chica. Después Helen respondió, con serenidad:

—Sí, estoy convencida.

—C

OLMO ESTÁS? —preguntó Paula, y lo miró con fijeza.

En Martin se preguntaba durando cuánto de tiempo la gente se continuaría preocupando por él.

—Ningún problema. —Y se sorprendió a si mismo de sentir la franqueza con la cual lo había dicho.

El dolor de haber perdido la Pia no desaparecería nunca, siempre se preguntaría cómo habría podido ser su vida plegados, la vería como una sombra que se le aparecía con el rabillo del ojo en cada gran momento de la vida de la Tuva. Bien, y en los pequeños también. Cuando la Pia había muerto, la gente le había dicho que despacio recuperaría su vida. Que un día volvería a reír y a estar contento. Que la pena no desaparecería, pero que aprendería a convivir, a pasar los días teniéndola siempre presente. En aquellos momentos iniciales, cuando era cómo si se adentrara en la oscuridad, le había parecido imposible. Durante la primera época, a menudo había ido una pasa ninguno adelante y dos cabeza atrás, pero después habían empezado a ser dos adelante y una atrás. Hasta que lentamente sólo se había empezado a mover ninguno adelante.

A en Martin le vino a la cabeza la madre que había conocido en el parque infantil el día anterior. Si tenía que ser franco, había pensado unas cuantas veces desde que se habían visto. Era consciente que le tendría que haber pedido el número de teléfono. O como mínimo preguntarle cómo se decía. Pero era fácil de decir a pelota pasada. El deseo que había sentido de volverla a ver lo había cogido por sorpresa. Por suerte, vivían en un pueblo pequeño y había cruzado los dedos porque aquel mismo día volvieran a coincidir en el parque. O como mínimo habían sido sus planes hasta que el asesinato de la Nea lo había obligado a acabar las vacaciones y ponerse a trabajar.

Lo asaltó el sentimiento de culpabilidad. Cómo podía pensar en una chica en unos momentos como aquellos?

—Pareces contento, pero a la vegada un poco preocupado —dijo Paula, como si le hubiera leído los pensamientos.

Antes de que fuera capaz de morderse la lengua, le habló de la chica del parque infantil. Para acabarlo de adobar, estuvo a punto de pasarse de largo de la salida y tuvo que girar bruscamente a la izquierda.

—Fantástico! Quiero decir que ya no seas capaz ni de conducir —se va mofar Paula, y se aferró a la manecilla que había encima de la ventana del acompañante.

—Debes de pensar que soy un auténtico idiota —dijo él, y se puso tan rojo que las pecas todavía se le hacían más visibles sobre aquella piel blanca como la cera.

—Pienso que es maravilloso —respondió Paula, y le clavó unos golpecitos al muslo—. Y no te sientas culpable, la vida tiene que continuar. Si estás bien, harás mejor el trabajo. Así que averigua quién es y trúcale. Al hacia el fin, no

podemos trabajar todo el día, porque entonces empezamos a cometer errores.

—Sí, tienes toda la razón —dijo en Martin, y empezó a rumiar cómo se lo haría para encontrar aquella chica.

Sabía el nombre de su hijo. Aquello era como mínimo un principio. Tanumshede no era paso tan grande porque no la pudiera localizar. Si no es que se trataba de una turista que sólo estaba de paso. Y si ni siquiera vivía allá?

—No nos teníamos que parar en algún lugar? —dijo Paula, después de que en Martin pasara a toda velocidad por ante la primera casa después de desviarse por el camino de tierra.

—Ah... qué? Sí, perdona —hizo en Martin, y la cara se le volvió a encender como un pimiento.

—Después te ayudaré a encontrarla —se rió Paula.

En Martin paró el coche ante la entrada de una casa antigua de color rojo con molduras blancas y un montón de decoración de madera y se le escapó un suspiro profundo de envidia. Siempre había soñado vivir exactamente de aquella manera. La Pia y él habían empezado a ahorrar para comprarse una casa y, con penas y trabajos, casi habían conseguido reunir la cantidad que los hacía falta. Cada anochecer entraban al portal inmobiliario Hemmet e incluso habían tenido tiempo de ir a una primera visita. Pero después habían recibido la noticia del cáncer. Y ahora el dinero eran a la cuenta corriente, sin hacer ningún servicio. El proyecto de comprar una casa había muerto con la Pia. Cómo había pasado con todo el resto de sueños.

Paula picó a la puerta.

—Hola? —llamó pasados unos segundos.

Lanzó una ojeada a en Martin, puso la mano a la puerta y después entró al recibidor. A buen seguro que en una gran ciudad resultaba del todo inconcebible hacer una cosa así, pero allá era más bien extraño que alguien cerrara la puerta bajo siete llaves. Y, si encontraban abierto, los amigos bastante a menudo entraban a casa sin avisar. La vieja que apareció tampoco parecía nada asustada de sentir voces al recibidor.

—Ay, buenos días! Que es la policía que me viene a ver? —dijo, y apuntó una sonrisa.

Era tan menuda, frágil y arrugada que en Martin sufrió que la corriente de aire que se había levantado cuando había abierto la puerta de la entrada la pudiera hacer caer en tierra.

—Pasáis, pasáis. Estoy en medio del tercer asalto de Gustafsson contra Daniel Cormier —dijo.

En Martin miró Paula sin entender nada. No tenía ni la más mínima idea de que estaba hablando aquella velleta. El interés que sentía por el deporte era muy limitado. Hasta cierto punto se podía imaginar mirando un partido si Suecia se jugaba pasar a semifinales del Mundial, pero aquel era su límite. Y sabía del cierto que el interés de Paula era, si esto era posible, todavía más exiguo.

—Sea cual sea que queréis, tendréis que esperar. Podéis sentar —hizo la anciana, y señaló un sofá de una tela ligeramente reluciente y estampada de rosas.

La velleta se sentó muy lentamente en una enorme butaca de orejas con reposapiés que estaba situada justo delante de un televisor colosal. Desconcertado, en Martin se dio cuenta que el «partido» de qué había hablado la

velleta consistía en dos hombres que se golpeaban de manera salvaje dentro de un tipo de jaula.

—Al segundo asalto, en Gustafsson le ha hecho una luxación que por poco no hace que en Cormier pique la lona con la mano, pero la campana ha sonado justo en el momento en que el norteamericano estaba a punto de rendirse. Y ahora, al tercer asalto, hace la impresión que en Gustafsson empieza a sentirse cansado, así que en Cormier se ha revivido. Pero yo todavía no me doy por vencida, en Gustafsson tiene un espíritu de lucha de narices y si consigue tumbarlo creo que se puede hacer con la victoria. Derecho, en Cormier es más fuerte, pero no es tan llevar a la lona.

En Martin no podía apartar los ojos de aquella velleta.

—Artes marciales mixtas, oi? —preguntó Paula.

La anciana la miró como si le faltara uno hierve.

—Esclar. Qué te parece que es, si no? Un partido de hockey?

La vieja va esclafir a reír y en Martin se dio cuenta que a la mesita junto a la butaca había un vaso de whisky generoso. «Vaya», pensó, «cuando llegue a esta edad, yo también me permitiré el lujo de tomarme el que quiera, cuando quiera y sin pensar en qué es bueno para la salud».

—Es un combate por el título —dijo la anciana, sin apartar los ojos de la tele—. Luchan por el Campeonato del Mundo.

Cada vez era más evidente que la mujer empezaba a darse cuenta que había dejado entrar dos ignorantes.

—Se trata del combate más importante del año, así que ya me disculparéis si todavía no os dedico toda la atención que haría falta. No pienso perdérmelo.

Alargó la mano hacia el vaso de whisky y hizo un buen trago. Al televisor, un gigante rubio abatió en tierra un hombre de piel oscura con hombros exageradamente anchos y se puso encima. Para en Martin, se trataba de una agresión con toda regla que en la vida real habría comportado un puñado de años entre rejas. Y aquellas orejas? Qué habían hecho aquellos dos hombres con sus orejas? Eran enormes y gruesas y parecían dos bolas de barro enganchadas a ambos lados del cráneo. Un concepto le apareció a la cabeza y, de repente, comprendió a que se refería la gente cuando decía «orejas de coliflor». Eran como las que tenían los luchadores. O sea que eran así.

—Faltan tres minutos —dijo la velleta, e hizo otro trago de whisky.

Los dos agentes de policía se miraron y en Martin vio que su compañera estaba haciendo un gran esfuerzo por no esclafir a reír. Aquello era, como mínimo, inesperado.

De repente, la velleta se levantó de un bot y berreó:

—Sí!

—Ha ganado? —preguntó en Martin—. De esto, en Gustafsson?

El gigante rubio corría arriba y abajo como un loco por dentro de la jaula, hizo un salto, se ensartó a la valla y se puso a llamar. Era evidente que había ganado.

—En Cormier ha tenido que someterse. En Gustafsson le ha aplicado una estrangulación desnuda y, al final, el americano se ha tenido que rendir.

De una manchada, la anciana se acabó el que quedaba de whisky.

—Es el mismo de quien hablan los diarios? The... Mole? —preguntó Paula, y parecía toda orgullosa de estar al cabo de la calle.

—The Mole? —rió por debajo la nariz la velleta—. The Mauler, filleta mía. En Gustafsson es uno de los mejores luchadores del mundo. Tendríaís que saber este tipo de cosas. Al fin y al cabo es una cuestión de cultura general.

Se fue hacia la cocina.

—Había pensado hacer un poco de café. En queréis?

—Sí, por favor —respondieron en Martin y Paula a la vegada.

Cuando tenían que ir a hablar con la gente, tomar una taza de café formaba parte del trabajo. Y si un día se visitaban muchas casas, por la noche a menudo costaba coger el sueño.

Se levantaron y siguieron la velleta hasta la cocina. En Martin se dio cuenta que todavía no se habían presentado.

—Perdona, yo soy en Martin Molin y ella es la Pia Morales, de la comisaría de policía de Tanumshede.

—Dagmar Hagelin —hizo la anciana, alegremente, y puso una cafetera al fuego—. Sentáis a la mesa de la cocina, es más agradable. Sólo uso la sala de estar para mirar la tele. Disparo de esto, me paso buena parte del día aquí.

Con la mano señaló una desgastada mesa de madera, con un puñado de revistas de crucigramas esparcidas por el encima. Rápidamente las recogió y hizo una pila que dejó a tocar de la ventana.

—Ejercicio para la azotea. Este septiembre haré los noventa y dos, así que hay que ejercitar un poco el caparazón; si no, la demencia causa estragos más deprisa del que una puede decir... Vaya, me he olvidado.

Rió a pedir de boca del chiste.

—Y cómo es que se ha aficionado tanto a las artes marciales mixtas? —preguntó Paula.

—Mi bisnieto se dedica a nivel profesional. Bien, todavía no compite con la Ultimate Fighting Championship (UFC), pero sólo es una cuestión de tiempo. Es bueno y tiene una gran fuerza de voluntad.

—Sí, de acuerdo, pero aún así es poco... habitual. —Paula se expresó con mucha cautela.

La Dagmar no respondió enseguida, sino que retiró la cafetera del fogón con un trapo de aguja de gancho y la dejó a la mesa, encima de unos ahorros de corcho. A continuación cogió del armario tres tacitas preciosas de porcelana fina con un patrón de rosas y un filete dorado en lo alto. No fue hasta que se sentó y se puso a servir el café que respondió.

—Siempre hemos mantenido una relación muy estrechada, Oscar y yo, así que empecé a ir a sus combates. Y me cautivó. Es imposible no dejarse llevar. De joven, yo era una deportista con un cierto renombre y, por lo tanto, puedo reconocer aquella sensación y aquella tensión.

Señaló una fotografía en blanco y negro a la pared, de una chica joven y atlética inmortalizada en el aire pasando por encima de la barra de salto de altura.

—Eres tú? —preguntó en Martin, impresionado, e intentó conectar la imagen de aquella chica musculada, prima y esbelta con la persona menuda y encogida que tenía delante.

Hizo la impresión que la Dagmar entendía perfectamente el que estaba pensando y sonrió.

—A mí también me cuesta entender que sea yo. Pero el más extraño de todo es

que, por dentro, me siento igual. A veces, me quedo parada cuando me veo al espejo y me pregunto: «Quién es esta vieja?».

—Cuánto de tiempo estuviste en activo? —preguntó Paula.

—Con los parámetros actuales, no mucho. Pero con los de aquella época, demasiado. Cuando conocí mi hombre, tuve que dejar el deporte a un lado, y después llegó la niña y tener cura de la casa. Pero no tengo que culpar mi hija, porque los tiempos eran los que eran. Y ella es una noieta muy dulce. Quiere que me vaya a vivir con ella cuando se me haga difícil cuidarme de la casa. Ella también empieza a hacerse grande, en invierno hará los sesenta y tres, así que seguro que nos pondríamos de acuerdo si viviéramos bajo el mismo techo. En Martin cogió la tacita delicada e hizo un trago de café.

—Es café Kopi luwak —dijo la Dagmar, cuando vio la cara de satisfacción que ponía el agente—. Mi nieto grande se dedica a importarlo en Suecia. Se hace con las semillas que han comido las civetas y, un golpe las han defecado, se recogen, se limpian y se tuestan. No es un café nada barato. Normalmente vale seiscientas coronas la taza. Pero, como os he dicho, en Julius lo importa, así que lo consigue a buen precio y de vez en cuando me trae un poco. Sabe que me encanta. No hay un café mejor.

En Martin miró la taza horrorizado, pero después se va arronsar de hombros e hizo otro glopet. Con un gusto tan delicioso, tanto le hacía de donde viniera aquel café. Dudó unos segundos, pero después decidió que había llegado el momento de hablar de cosas más serias.

—No sé si estás al cabo de la calle de que ha pasado —dijo, y se inclinó ninguno adelante—. Han encontrado una niña pequeña asesinada en el bosque que hay más arriba.

—Sí, lo he sentido, mi hija ha pasado y me lo ha explicado —dijo la Dagmar, y la cara le adoptó un tono oscuro—. La criatureta rubia y dulce que no paraba de correr arriba y abajo como un terremoto. Sí, todavía salgo cada día a hacer una buena paseada y a menudo paso por ante la granja de los Berg. Muchas veces la veía afuera al jardín.

—Cuando fue la última vez que la viste? —preguntó en Martin, e hizo otro trago.

—Esto, cuando fue? —repitió la Dagmar, rumiant—. Ayer no, pero el día antes, me parece que sí. O sea que domingo.

—En qué momento del día? —preguntó Paula.

—Siempre salgo a andar por la mañana. Antes no haga demasiado calor. La niña era afuera, jugando. Cuando pasé por el delante, la saludé con la mano, como haya siempre, y ella hizo el mismo.

—Es decir, domingo por la mañana —dijo en Martin—. Y no la volviste a ver después de aquel día?

La Dagmar negó con la cabeza.

—No, ayer no la vi.

—Y alguna otra cosa te ha llamado la atención? Algo fuera del habitual. El detalle más pequeño puede ser relevante, así que, aunque te parezca insignificante, es mejor que nos lo expliques y ya decidiremos si es importante.

En Martin se acabó el café. Se sentía matusser, grapando aquella tacita delicada y romántica con una mano que ahora le parecía gigantesca, y con mucha cura la

dejó a la bandeja.

—No, desgraciadamente no me viene a la cabeza nada que pueda ser interesante. Desde la ventana de la cocina tengo fuerza buenas vistas del que pasa y no recuerdo nada que se saliera de la normalidad.

—Si se te acudiera nada más tarde, no dudes a trucarnos —dijo Paula, y se levantó de la mesa después de mirar de reojo en Martin, que asintió con la cabeza.

Paula dejó una tarjeta de visita encima la mesa y puso a lugar la silla.

—Muchas gracias por el café —hizo en Martin—. Ha sido a la vegada delicioso y... toda una experiencia.

—Justamente como lo tendría que ser todo a la vida—respondió la Dagmar. Y sonrió.

En Martin miró con el rabillo del ojo la fotografía de la joven atractiva vestida de deporte y vio la misma llüissor a los ojos que en la velleta de noventa y dos años. Reconocía aquella brillantez. La Pia también la había tenido. Era una brillantez que transmitía el gusto por la vida.

Con mucha cura cerró la puerta preciosa de la entrada.

Sentado en uno de los extremos de la mesa de la sala de conferències, en Mellberg se estiró. Se habían reunido una buena pandilla de periodistas. No tan sólo de la prensa local, sino también de la nacional.

—Se trata del mismo asesino? —dijo en Kjell, del *Bohusläningen*.

En Patrik observaba en Mellberg atentamente. Habría preferido hacerse cargo él, pero aquella era la línea que había trazado su cabeza. Las ruedas de prensa eran su instante bajo la luz de los focos y no pensaba soltarlo así como así. Por el contrario, con mucho gusto, cedía a en Patrik y al resto de los compañeros el trabajo de calle y todo el que representara el esfuerzo más mínimo.

—No podemos descartar que haya relación con el caso Stella, pero no nos limitaremos a una sola línea de investigación —dijo en Mellberg.

—Pero no puede ser una casualidad —insistió en Kjell.

La barba negra del periodista había empezado a mostrar notas grisoses.

—Cómo he dicho, y como no podría ser de otro modo, investigaremos esta posibilidad, pero cuando algo parece evidente se corre el riesgo de obstinarse y dejar de banda el resto de alternativas.

«Muy bien, Mellberg», pensó en Patrik, astorat. Quizás al fin y al cabo su cabeza había aprendido algo.

—A pesar de que, como mínimo, me parece una casualidad de lo más extraña que aquella estrella de Hollywood haya vuelto justo antes de que todo esto pase —dijo en Mellberg, y todos los periodistas se pusieron a escribir febrilmente a los bloques de notas.

En Patrik tuvo que estrechar los puños con fuerza para no clavarse un golpe al frente. Ya podía ver ante suyo los titulares de los diarios sensacionalistas.

—Bien, tenéis pensado interrogar Marie y Helen? —preguntó uno de los buitres de la prensa amarilla. Frisós, se inclinó ninguno adelante.

Era uno de los jóvenes, que siempre eran los más tenaces. Afamegats para conseguir un lugar al diario y dispuestos a hacer cualquier cosa para abrirse .

— hablaremos —confirmó en Mellberg, y de horas lejos se podía ver como

disfrutaba de toda aquella atención.

Satisfecho, iba girando la cara hacia las cámaras, que no paraban de disparar, y se pasó la mano por los cabellos para asegurarse que todo era a lugar.

—O sea que las consideráis las sospechosas principales? —preguntó una periodista joven del otro gran diario sensacionalista.

—Vaya, pues... No, yo no lo diría de este modo...

En Mellberg se rascó la cabeza e hizo la impresión que se daba cuenta que quizás había llevado la conversación en una dirección equivocada. Miró en Patrik, que se fregó la garganta.

—En el punto en que se encuentra actualmente la investigación, todavía no tenemos ningún sospechoso —añadió—. Cómo dice en Bertil Mellberg, no nos hemos cerrado en una sola línea de investigación. Estamos a la espera de los resultados de los análisis y ahora mismo estamos interrogando un abanico amplio de personas que creemos que nos pueden aportar información sobre el momento en qué desapareció la Nea.

—Es decir, que consideras que es una casualidad que desapareciera y después fuera encontrado muerto una niña de la misma granja que la Stella? Y justamente la misma semana que una de las acusadas del caso Stella vuelve al pueblo por primera vez treinta años más tarde?

—No creo que las explicaciones más simples siempre sean las más acertadas —respondió a aquella segunda pregunta de la misma periodista—; así que, por parte nuestra, sería de una imprudencia extrema que ahora mismo nos ciñéramos a una sola línea de investigación. Exactamente cómo ha señalado el comisario en cabeza.

En Kjell, del *Bohuslänningen*, levantó la mano indicando que tenía una pregunta.

—Cómo murió la niña?

En Mellberg se inclinó ninguno adelante.

—Cómo ha comentado en Patrik Hedström, todavía no hemos recibido el informe de la policía científica y no se le ha practicado la autopsia. Antes de esto, no tiene ningún sentido ni hay ninguna razón porque nos pronunciamos sobre esta cuestión.

—Hay el riesgo que más niños sean asesinados? —continuó en Kjell—. Los padres de la región tendrían que evitar dejar salir sólo de casa sus hijos? Cómo podéis comprender, han empezado a correr los rumores y el miedo se esparci.

En Mellberg no respondió enseguida. En Patrik sacudió imperceptiblemente la cabeza y rogó porque el comisario captara la señal. No era una buena idea asustar la gente de la cercanía.

—Ahora mismo no hay ningún motivo para tener miedo —respondió en Mellberg, finalmente—. Estamos dedicando todos los recursos de que disponemos a investigar específicamente este caso y a averiguar como murió la Linnea Berg.

—Fue del mismo modo que la Stella?

En Kjell no se daba por vencido. Las cabezas del resto de periodistas se desplazaban de su colega a en Mellberg. En Patrik rogó a brazo partido que el comisario se mantuviera fiel a la línea oficial.

—Cómo ya he dicho, tendremos más información cuando nos lleguen los informes de medicina forense.

—Pero no decís que no fuera así.

La chica joven del diario sensacionalista no bajaba del burro. A en Patrik se le volvió a aparecer la imagen de la pequeña ante sede, tendido a ojos de todo el mundo y suela sobre la mesa de autopsias fría, y no se pudo estar de exclamar:

—Ya hemos explicado que no podemos decir nada más hasta que no recibimos el informe de la autopsia!

La joven periodista enmudeció y parecía dolida.

En Kjell volvió a levantar la mano. Miró en Patrik de hito en hito.

—He sentido que tu mujer ha empezado a escribir un libro sobre el caso Stella. Es verdad?

En Patrik había supuesto que la pregunta podía salir, pero, a pesar de esto, no se sentía del todo preparado. Bajó los ojos y los clavó a los puños cerrados.

—Por alguna razón, mi mujer no habla nunca de sus proyectos, ni siquiera teniendo una fuente de información a casa —explicó, finalmente, y las risas se esparcieron por la sala—. Es decir, que sólo he sentido algo de paso. No sé en qué punto se encuentra el libro. Normalmente me mantiene completamente fuera del proceso creativo y no me mezcla hasta que me pide que lea la versión definitiva.

Mintió un poco, pero tampoco mucho. Sabía más o menos en qué momento del proceso de creación se encontraba la Erica, pero se basaba principalmente en comentarios cazados al vol. Su mujer era extremadamente reticente a comentar nada sobre sus libros mientras estaba trabajando y en él sólo se lo dejaba participar cuando tenía que contrastar datos policiales. Pero a menudo formulaba las preguntas sacadas del contexto, de forma que pocas veces le aportaban una idea clara de cómo sería el libro.

—Se puede tratar de un factor desencadenante? Del nuevo asesinato, quiero decir.

La periodista joven lo miró llena de esperanza y en Patrik sintió que los ojos le espurnejaven. Qué cojones había dicho? Que su mujer había provocado la muerte de aquella criatura?

Estaba a punto de abrir la boca para clavar a aquella periodista la abuchada de su vida cuando sintió la voz serena, pero firme, de en Mellberg.

—Esta pregunta me parece, a la vez, extremadamente desafortunada e irrelevante. Y no, no tenemos nada que sugiera que hay una relación entre el proyecto editorial del Erica Falck y la muerte de la Linnea Berg. Y si no sois capaces de mantener un cierto nivel de decencia durante los... —en Mellberg dio un vistazo al reloj— diez minutos que quedan de esta rueda de prensa, no dudaré ni un solo segundo a darla por acabada antes de tiempo. Entendidos?

En Patrik miró el Annika perplejo. Y, para sorpresa suya, los periodistas no volvieron a levantar la cabeza durante el resto de la rueda de prensa.

Un golpe el Annika los hubo hecho salir a todos, a pesar de las protestas débiles de algunos y los intentos de formular más preguntas de los otros, en Patrik y en Mellberg se quedaron sólo a la sala de reuniones.

—Gracias —dijo en Patrik, simplemente.

—Ya se lo pueden sacar de la cabeza! No permitiré que se lancen al cuello del Erica! —masculló en Mellberg, e hizo media vuelta.

Llamó el Ernst, que se había estirado bajo la mesa que la Annika había parado

con café y pastas, y los dos salieron por la puerta. En Patrik sonrió. Cojones, el viejo todavía conservaba un cierto sentimiento de lealtad.

Provincia de Bohuslän, 1671

Elin tenía que reconocer que la Britta estaba preciosa. Los ojos oscuros de su hermana resaltaban sobre la tela azul del vestido y llevaba los cabellos lisos y brillantes recogidos con sencillez con una cinta preciosa de terciopelo que le dejaba la cara a cuerpo descubierto. No era muy a menudo que recibían una visita tan distinguida. Si tenía que ser franca, en realidad era la primera vez. Aquellos homenots no tenían ninguna razón para visitar un simple pastor de la parroquia de Tanumshede, pero las órdenes que el rey había dado al gobernador de Bohuslän, en Harald Stake, habían sido claras. Había que implicar todos los representantes eclesiásticos de la provincia en la lucha contra la brujería y las fuerzas satánicas. Estado e Iglesia entregaban una batalla conjunta contra el diablo y era justamente a este motivo que el pastor de Tanumshede debía de el honor de aquella visita. El mensaje se tenía que esparcir por todos los rincones del país, el monarca lo había dejado muy claro. Y la Britta no tardó a comprender la ocasión que se le brindaba, y a aprovecharla. No haría falta que se avergonzaran por las provisiones, el alojamiento o la conversación durante la visita de en Lars Hierne. El hombre se había ofrecido a hostatjar-se a la fonda, pero en Preben le había respondido que no hacía falta ni hablar de la cuestión. Era evidente que, siempre dentro de sus posibilidades, tendrían cura de un invitado tan importante. Y aunque la fonda, de acuerdo con el que estipulaba la ley, tenía una parte especial destinada a la nobleza y a la gente distinguida, la casa parroquial de Tanumshede se aseguraría de ofrecer todas las comodidades que el enviado del gobernador pudiera desitjar.

La Britta y en Preben eran a la puerta cuando llegó el carruaje. El Elin y el resto del servicio se mantenían en un segundo plano, con la cabeza cot y sin levantar la vista de tierra. A todos se los había mandado que fueran limpios y pulcros y muy vestidos, y las criadas se habían recogido los cabellos a conciencia, de forma que, por debajo la capucha, no les salía ni ud. Se sentía el aroma de jabón y abeto, con que los mozos habían ornamentat las habitaciones aquella misma mañana.

Un golpe sentados a mesa, la Elin sirvió el vino en unas jarras enormes. Las conocía bastante bien. Su padre siempre las usaba cuando era pequeña y la Britta las había recibido como dote cuando se había casado. Al Elin, por el contrario, le había dado algunas del mantel que había bordado su madre. Disparo de aquello, su padre había considerado que los objetos de valor no harían ningún servicio en una barraca pobre de pescadores. Y, en cierto modo, el Elin le tenía que dar la razón. Qué habrían hecho, en Por y ella, de un montón de foteses? Encajaban mejor en una mansión parroquial que a la caseta sencilla de la Elin. Pero había cuidado con mucha ternura el mantel de su madre. Las guardaba en un pequeño cofre con las hierbas que cosechaba cada verano y secaba y después envolvía con papel para que no mancharan la tela.

Desde pequeña, a la Märta le había prohibido rotundamente abrir nunca aquel cofre. No tan sólo porque el Elin no quería correr el riesgo que las manecillas de

la niña ensuciaran la ropa, sino también porque alguna de las hierbas podía ser venenosa si no se usaba de la manera adecuada. Su abuela le había enseñado los diferentes usos de cada planta, y qué conjuros había que recitar en cada ocasión. No se podían confundir, las consecuencias podían ser terribles. Tenía diez años cuando la abuela había empezado a instruirla y la Elin había decidido esperar que la Märta tuviera la misma edad para transmitirle todo su saber.

—Uix, esto de este montón de esposas del diablo que hay por todo el país es una verdadera desgracia —dijo su hermana, y sonrió levemente a Lars Hierne.

El hombre quedó cautivado por las facciones preciosas de la Britta, que refulgían a la claridad de las incontables velas. El vestido brocado de color azul había sido una elección acertada, brillaba y espurnejaba en contraste con las paredes oscuras del comedor de la casa parroquial y hacía que los ojos de la Britta parecieran tan moratones como el mar un día soleado de julio.

El Elin se preguntó como reaccionaría en Preben ante la mirada desvergonzada del visitante, pero el pastor pareció que no se inmutaba; bien, hizo la impresión que ni siquiera lo había visto. En cambio, el Elin se dio cuenta que lo estaba mirando a ella, e inmediatamente bajó los ojos. Pero tuvo tiempo de comprobar que el pastor también iba muy mudado, cosa bien poco habitual en él. Cuando no llevaba la sotana, normalmente lo veían con ropa sucia de trabajar. Para ser un hombre de su posición, sentía un gran amor por los trabajos físicos a la granja y tenía mucha cura de los animales. El primer día a la mansión, la Elin lo había preguntado a otra criada y la chica le había respondido que no era nada usual, pero que el señor a menudo trabajaba codo con codo con ellos. Raso y corto, había que acostumbrarse a aquellas malas costumbres. Aún así —había continuado la serventa—, tenía la impresión que a la ama no le hacía ninguna gracia y que en la casa grande era motivo de muchas discusiones. Después la chica se había dado cuenta de quién era la Elin y se había puesto roja como un pimiento. Era una situación que le pasaba a menudo. El Elin se encontraba en una situación curiosa, a la vez criada y hermana de la ama de la casa. Formaba parte del servicio, y a la vez criada y hermana de la ama de la casa. Formaba parte del servicio, y a la vez criada y hermana de la ama de la casa. Formaba parte del servicio, y a la vez criada y hermana de la ama de la casa. Formaba parte del servicio, y a la vez criada y hermana de la ama de la casa. Formaba parte del servicio, y a la vez criada y hermana de la ama de la casa.

—Sí, vivimos unos tiempos convulsos —dijo en Lars Hierne—. Pero, por suerte, tenemos un rey que no cierra los ojos ni se arronza ante la batalla que estamos entregando contra los poderes diabólicos. Los últimos años han sido muy difíciles a todo el reino y el avance, del demonio ha sido más claro que en muchas generaciones pasadas. Cuanto más mujeres de este tipo podamos encontrar y traer ante un tribunal, más bien podremos sofocar el poder de Lucifer.

Con las manos, partió un pedazo de pan y se lo comió con fruición. Los ojos de la Britta no se apartaron de aquellos labios y a la mirada le refulgía una mezcla de fascinación y temor.

El Elin escuchaba con atención mientras, con mucha cura, iba llenando las jarras con vino. El primer plato había llegado a mesa y hacía la impresión que la Boel

de Holta no tenía que sentir ninguna vergüenza por el que había conseguido hacer a la cocina. Todos los comensales comieron con hambre y en Lars Hierne elogió la comida en varias ocasiones, cosa que hizo que la Britta, con un pudor fingido, extendiera las manos.

—Pero como podéis estar seguro que estas mujeres han caído bajo las zarpas del Maligno? —preguntó en Preben, mientras se reclinaba a la silla con la jarra en la mano—. Nosotros, en esta comarca, todavía no hemos tenido que traer nadie ante el tribunal, pero intuyo que no lo podremos evitar. Aún así, por ahora sólo hemos sentido rumores e historias de cómo habéis actuado.

En Lars Hierne apartó los ojos de la Britta y se giró hacia en Preben.

—De hecho, determinar si alguien es una bruja no es una cuestión mucho complicada... Vaya, o un brujo, que también puede ser. No tenemos que olvidar que no tan sólo las mujeres caen en la tentación de Satanás. Pero es más habitual en las mujeres, puesto que al diablo le resulta más fácil ensarronar-las con sus canciones.

Entonces miró la Britta con ademán serio.

—El primero que se hace cuando se encarcela una bruja es una prueba de agua. La lanzamos al agua, ligada de pies y manso.

—Y después?

La Britta se inclinó ninguno adelante. Hacía la impresión que encontraba aquel tema interesantísimo.

—Si flota, es que se trata de una bruja. Sólo las brujas floten, es un conocimiento ancestral. Si se hunde, es que es inocente. Pero puedo decir con orgullo que hasta día de hoy no hemos sometido ninguna mujer inocente a una acusación injusta. Todas han flotado como pajaritos y, con esto, han mostrado su auténtica naturaleza. A pesar de esto, después se los brinda la oportunidad de confesar y, así, recibir el perdón del Señor.

—Y confiesan, las brujas que habéis capturado?

La Britta todavía se abocó más cabe adelante, de forma que la claridad de las llamas de las velas hacía danzar las sombras a su cara.

En Lars Hierne asintió con la cabeza.

—Y tanto! Todas y cada una. Algunas se las ha tenido que convencer más que a otros. Es cómo si el diablo se aferrara con más fuerza. Suponemos que puede depender del tiempo que la mujer ha estado bajo el poder de Satanás o de hasta qué punto el diablo se lo ha llegado a hacer suya. Pero confesar lo hacen todas. Y después se las ejecuta, tal como ha ordenado el Rey, Nuestro Señor.

—Es un buen trabajo, la que estáis llevando a cabo —dijo en Preben, asintiendo con la cabeza, pensarós—. Y, aun así, temo el día que tengamos que llevar a cabo la misma tarea dolorosa aquí, a nuestra parroquia.

—Sí, es una cruz pesada, la que cargamos. Pero, como ya sabéis, Dios no nos da cargas más pelmazas del que somos capaces de soportar. Y todos tenemos que tener el coraje de cumplir el deber de que nos ha sido asignado.

—Cierto, muy cierto —dijo en Preben, y se acercó la jarra a la boca.

El segundo plato llegó a la mesa y la Elin se afanó a llenar las jarras con más vino tinto. Los tres comensales bebieron profusamente y los ojos empezaron a coger una cierta lluïssor. El Elin volvió a sentir la mirada de en Preben e hizo un gran esfuerzo para no levantar los ojos. Un escalofrío le subió espinazo arriba y

la jarra de vino estuvo a punto de caer-le de las manos. Su abuela solía denominar aquella sensación un presagio, un aviso que pronto pasaría una desgracia. Pero el Elin se convenció a sí misma que sólo se trataba de una corriente de aire que se había esmunit por las ventanas mal aisladas. Pero cuando, tarde por la noche, se fue a dormir, aquella sensación se volvió a hacer presente. Dentro de la cama estrecha, la Elin se acercó a la Märta en un intento de desempallegar-se de aquel escalofrío, pero, aún así, no desapareció.

E

n Gösta estaba contento de haberse podido ahorrar la rueda de prensa. Puro espectáculo, pensaba. Siempre tenía la sensación que los periodistas eran allá más bien para encontrar errores y crear problemas que no para informar la ciudadanía y, de este modo, dar un golpe de mano. Pero quizás sólo era un cínico, una lacra que con facilidad afectaba todo el mundo que llegaba a su edad. A pesar de que estaba contento de tener un buen motivo para no ser a la rueda de prensa, se le hacía un nudo al estómago cuando pensaba hacia donde iba. Había hablado con el médico del distrito, que lo había informado que Eva y en Peter estaban alterados, pero en disposición de hablar. Recordaba cuando la Maj-Britt y él habían perdido el pequeño y como el dolor los había dejado paralizados mucho tiempo.

Cuando pasó por ante una caseta roja con los lados blancos, vio el coche de Paula y en Martin y cruzó los dedos porque hubieran tenido éxito en el puerta a puerta. Sabía que, cuando se vivía en lugares tan remotos como aquel, la gente solía controlar el que pasaba al suyo cercando. Él mismo tenía la casa en las afueras de Fjällbacka, cerca del campo de golf, y a menudo se sorprendía a sí mismo, sentado a la mesa de la cocina observando las personas que pasaban por delante. Bien, aquello también era una cosa que vendía con los años. Conservaba unos recuerdos nítidos de su padre sentado a la cocina y mirando por la ventana. De pequeño le había parecido mortalmente aburrido, pero ahora lo comprendía. Aquello lo calmaba. No había probado nunca aquella tontería de la meditación, pero se podía imaginar que iba un poco por aquí.

Tumbó por el primero caminet que subía hacia la granja. El día antes, el patio hervía de actividad, pero ahora estaba vacío y desierto. No se veía ni una sola persona. El silencio era absoluto. También la calma. El viento que había soplado ligeramente por la mañana había amainat, ahora que el solo había sobrepasado el punto álgido. Un calor intenso se había apoderado del lugar.

Más allá, a tocar del establo, vio una cuerda para saltar. Despacio, en Gösta pasó por el lado de una xarranca que habían dibujado a la graba. Se había empezado a borrar y a buen seguro que no tardaría a desaparecer. Probablemente lo había hecho la Nea con el peuet, o quizás la madre o el padre la habían ayudado a trazar las rayas en tierra.

En Gösta se paró un instante y contempló la casa. El viejo establo estaba algo más destartado e inclinado de cómo lo recordaba treinta años atrás, pero habían repintar la caseta principal y hacía patxoca, y el jardín, pleno de flores, era más bonito que nunca. En una de las paredes laterales había roba tendido y en Gösta pudo ver robeta de niño, que su propietaria nunca más no volvería a ponerse. Se le hizo un nudo a la garganta, pero se lo aclaró. Después, se dirigió hacia la casa. Se sintiera como se sintiera, tenía un trabajo para hacer. Si alguien tenía que hablar con los padres de la niña, tenía que ser él.

—Toque, toque. Que se puede entrar?

La puerta estaba entreabierta y en Gösta la empujó. Una versión más envejecida y significativamente más morena de en Peter se levantó y avanzó hacia él con la mano extendida.

—Bengt —dijo, con ademán serio.

Una mujer esprimatxada, con los cabellos aclarados por el solo y cortados *à la garçon*, igualmente bronceada, también se puso derecha y se presentó como Ulla.

—El médico nos ha dicho que vendríaís —dijo en Bengt.

Su mujer había vuelto a sentar. La mesa estaba cubierta de trocitos de papel estrujados.

—Sí, le he pedido que me diera un golpe de mano porque mi visita no os cogiera por sorpresa —dijo en Gösta.

—Suyo, llamaré Eva y en Peter —cuchicheó en Bengt, y se encaminó hacia las escaleras—. Han subido a descansar un rato.

El Ulla miró en Gösta con lágrimas a los ojos cuando el policía se le sentó delante.

—Quién puede ser capaz de hacer una cosa así? Era tan pequeñita...

La mujer alargó la mano para coger un corro de papel de cocina del encima de la mesa y arrancó un pedazo. Se enjugó las lágrimas.

—Haremos todo el que podamos para averiguarlo —respondió en Gösta, y estrechó los puños sobre la mesa.

Con el rabillo del ojo vio que en Bengt bajaba por las escaleras, con a Eva y en Peter detrás. Avanzaban despacio y en Gösta sintió como el nudo a la garganta se le hacía más gordo.

—Quieres un café? —dijo Eva, de manera mecánica.

El Ulla se levantó de un revuelo.

—Suyo, bonita. Ya me encargo yo.

—Pero es que yo... —dijo Eva, y se giró hacia el mármol.

Con suavidad, la Ulla acompañó su joven hasta la mesa.

—No, tú suyo aquí. Del café me ocupo yo —respondió, y empezó a remover los armarios.

—Los filtros son al de sobre del fregadero —explicó Eva, e hizo el gesto de levantarse.

En Gösta puso una mano encima del brazo tembloroso de Eva.

—Tu suegra se ocupará —dijo.

—Querías hablar con nosotros —dijo en Peter, y se sentó al lugar vacío que había dejado el Ulla.

Contempló todos los pedazos de papel, como si no comprendiera qué hacían allá.

—Que ha pasado nada? —preguntó Eva—. Sabéis algo? Dónde es la niña?

La voz era monótona, pero el labio inferior no paraba de temblar.

—Todavía no sabemos nada, pero, creedme, todo el mundo está trabajando de lo lindo y hagamos todo el que podemos. Ahora mismo la Nea es a Göteborg, más adelante la podréis ver, si lo queréis, pero todavía no.

—Qué le... qué le están haciendo? —preguntó a Eva, y miró en Gösta de una manera que lo atravesó.

El policía intentó reprimir una mueca. Sabía demasiado bien qué harían con el cuerpo de la pequeña, pero la madre no lo tenía que sentir.

—Eva, no preguntes —le pidió en Peter, y en Gösta se dio cuenta que el padre también estaba temblando. Debido al desconcierto o quizás por el estado de choque que estaba remitiendo, no lo sabía decir.

Las personas reaccionan de maneras muy diferentes y, a lo largo de los años, el viejo policía había visto tantas reacciones como víctimas.

—Os querría hacer unas cuántas preguntas —dijo en Gösta, e hizo un golpe de cabeza de agradecimiento cuando el Ulla le dejó delante una taza de café.

La mujer parecía más tranquila, ahora que tenía algo para hacer. Y, cuando se sentaron a mesa, tanto ella cómo en Bengt parecían más serenos.

—Todo el que pueda ser de ayuda. Contestaremos todas las preguntas que quieras. Pero no sabemos nada. No somos capaces de entender como puede haber pasado. Quién lo ha...

La voz se le rasgó y, después, sollozó.

—Iremos a paso —empezó en Gösta, con serenidad—. Soy consciente que ya habéis respondido algunas de estas preguntas, pero las volveremos a formular. Es importante que rumieu un rato.

En Gösta dejó el móvil encima la mesa y, después de que en Peter le diera permiso con un golpe de ninguno, puso en marcha la grabadora.

—Cuando fue la última vez que visteis la Nea? —preguntó—. Por favor, respondéis con tanta exactitud como poded.

—Domingo al atardecer —hizo Eva—. Anteayer. Yo le leí un cuento después de ponernos el pijama y lavarnos los dientes, y empezamos justo pasadas las ocho. Se lo debía de leer una media hora, quizás. Su libro preferido, aquel del topo a quien le cayó un cagalló a la cabeza.

Eva se enjugó la nariz y en Gösta estiró el brazo para coger el corro de papel de cocina, arrancó un pedazo y se lo alargó. Eva se va mocar.

—Es decir, entre dos y las nueve menos cuarto? —resumió en Gösta. Eva miró su marido, que asintió con la cabeza.

—Sí, me parece que fue así.

—Y después? No la volvisteis a ver o sentir? No se despertó en toda la noche o algo por el estilo?

—No, la Nea dormía como un zoco —dijo en Peter, y sacudió la cabeza con fuerza—. Y siempre lo hacía con la puerta cerrada. Nosotros no íbamos a verla después de haberle hecho el beso de buenas noches. La Nea no había tenido nunca problemas para dormir, ni siquiera de muy pequeña. Le encanta su cama... le encantaba su cama.

El labio inferior le temblaba y en Peter parpadeó varias veces.

—Habladme del día siguiente por la mañana —dijo en Gösta—. Lunes.

—Yo me quité a las seis —dijo en Peter—. Me moví por la casa sin hacer ruido para no despertar Eva y la Nea. Me hice unos entrepanets, que me llevé. La cafetera ya la había preparado el anochecer antes, o sea que sólo había que encenderla. Y después... Bien, después me fui.

—No te llamó la atención nada? La puerta principal estaba cerrada con clave o abierta?

En Peter se quedó unos segundos en silencio, después dijo, con voz gutural:

—Bien, la clave estaba pasada. —La voz se le hizo a miques y sollozó. En Bengt le pasó la mano bronceada por la espalda.— Si no, habría pensado. Si la puerta hubiera sido abierta, me habría llamado la atención.

—Y la puerta de la habitación de la Nea?

—El mismo. Cerrada. Si no, me habría extrañado.

En Gösta se inclinó hacia en Peter.

—O sea que todo era como siempre. No hubo nada que se saliera de la normalidad... No viste nada extraño fuera de la casa? Personas? Coches que pasaban?

—No, nada. En realidad, cuando salí de casa, pensé que era cómo si fuera la única persona despierta en todo el mundo. Sólo se sentía el canto de los pájaros y el único ser vivo que vi fue el gato, que se me vino a refregar contra la pierna.

—Y después marchaste? Sabes qué hora era, más o menos?

—Me había puesto el despertador a las seis y me debía de pasar unos veinte minutos a la cocina. O sea que entre uno y dos cuartos, supongo.

—Y dijiste que no habías vuelto hasta la tarde, oi? Te topaste con alguien? Viste alguien? Hablaste con alguien?

—No, me pasé todo el día al bosque. Cuando compramos la finca, entraba un buen trozo de bosque, y hay que tener cura...

La voz desapareció sin que hubiera podido acabar la frase.

—Es decir, que nadie puede confirmar donde fuiste todo el día.

—No... Cómo? Qué quieres decir?

—Hay alguien que pueda corroborar el que estás diciendo?

—Estás acusando en Peter de algo? —dijo en Bengt. La cara se le encendió como un pimiento.— Cojones, eso sí que no...

En Gösta levantó la mano. Sabía perfectamente que la pregunta provocaría aquella reacción. Siempre pasaba. Y era del todo comprensible.

—Lo tenemos que preguntar. Tenemos que poder descartar en Peter y Eva de la investigación. No creo que estén implicados. Pero, desde el punto de vista estrictamente policial, también forma parte de mi trabajo descartar esta posibilidad.

—No pasa nada —dijo Eva, con un hilo de voz—, ya lo entiendo. En Gösta sólo está haciendo su trabajo, Bengt. Cuanto más deprisa y mejor la haga...

—De acuerdo —hizo en Bengt, pero la espalda del hombre continuó muy derecha, preparado para saltar a defender su hijo.

—No, no me crucé con nadie en todo el día —dijo en Peter—. Era en medio del bosque y allá ni siquiera tengo cobertura al móvil, así que no encontraréis ni llamadas entrantes ni salientes. Estaba completamente solo. Después volví hacia casa. Llegué a las tres menos cuarto. Y lo sé con tanta exactitud porque di un vistazo al reloj antes de entrar al patio.

—De acuerdo —hizo en Gösta—. Y tú, Eva? Qué hiciste por la mañana y a mediodía? Horas?

—Dormí hasta las nueve y media. También lo sé del cierto, porque la primera cosa que hago cuando me despierto es mirar el reloj. Si no he puesto el despertador, esclar. Y recuerdo que me sorprendió.

Sacudió la cabeza.

—Qué te sorprendió? —preguntó en Gösta.

—Que fuera tan tarde. Pocas veces duermo hasta más tarde de las siete, siempre me despierto antes. Pero debía de estar cansada...

Se rozó bajo los ojos.

—Me quité, fui a dar un vistazo a la Nea. Pero no me quité el sueño nada. Lo más mínimo.

Con la mano, se aferró al lado de la mesa.

—Y por qué no te quitaste el sueño? —preguntó en Gösta.

—La Nea acompañaba a menudo en Peter al bosque —dijo el Ulla.

Eva asintió con la cabeza.

—Sí, le encantaba pasar el día al bosque con su padre y también se despertaba temprano. Así que supuse que se habían ido juntos.

—Y que hiciste, después? Durante el día?

—Me pasé un buen rato almorzando, leí el diario y me arreglé. Hacia las once decidí bajar a Hamburgsund a comprar cuatro cosas. muy pocas veces tengo tiempos para mí.

—Te encontraste con alguien, allá?

En Gösta hizo un glopet de café, pero se había enfriado y volvió a dejar la taza a la mesa.

—Permíteme que te la vuelva a llenar, debe de estar helado —se afaná a decir la Ulla, y se levantó.

El viejo policía no se quejó y se limitó a sonreír, agradecido.

—Sólo bajé a hacer un tumbo, a mirar tiendas —dijo Eva—. había mucha gente, pero no me crucé con ningún conocido.

—De acuerdo —hizo en Gösta—. Alguien pasó por la granja, antes o después de que bajaras a Hamburgsund?

—No, no vino nadie. Pasaron por ante unos cuantos coches, esclar. Unas cuántas personas que habían salido a correr. Y, justo antes de marchar, vi la Dagmar, que cómo cada mañana estaba haciendo una pasejadeta.

—La Dagmar? —dijo en Gösta.

—La velleta que vive en la casa roja que hay más abajo. Cada mañana sale a andar.

En Gösta dio las gracias con la cabeza y cogió la taza que le había vuelto a llenar la Ulla.

—Muy agradecido —dijo, e hizo un trago del café bullent—. Entendidos, o sea que no hubo nada que te llamara la atención? Nada que se saliera del habitual? Éva va rumiar unos segundos, arrufant el frente.

—Piensa un rato. El detalle más pequeño que se te pueda acudir puede ser importante.

Pero negó con la cabeza.

—No, todo va ser cómo siempre.

—Y que me puedes decir del teléfono? Durante el día hablaste con alguien?

—Que yo recuerde, no. Un momento, sí. Cuando llegué a casa, te truqué a tú, Ulla.

—Ah, sí. Y tanto!

Hizo la impresión que la simple idea que sólo un día antes la vida hubiera sido cómo siempre había dejado la Ulla desconcertada.

Entonces, nada había indicado que todo estaba a punto de ensorrar-se.

—Y a qué hora fue?

—Pues...

Eva miró el Ulla. Ahora temblaba menos. En Gösta sabía que aquella serenidad relativa sólo era temporal. El cerebro reprimía el dolor durante periodos cortos. Según más tarde volvió a embestir. A lo largo del montón de años que hacía que

era al cuerpo, lo había visto muchas veces. El mismo dolor. Diferentes caras. Reacciones diversas, pero a la vez muy parecidas. No se acababan nunca. Las víctimas no se acababan nunca.

—Debía de ser hacia la una. Bengt, tú también lo sentiste cuando trucó Eva. Era alrededor de la una, oi? Habíamos bajado a Mata a hacer un tumbo y a bañarnos, y volvimos a casa poco antes de la una para hacer la comida.

La mujer se giró hacia en Gösta.

—Cuando somos a Torre Vieja, siempre comemos algo ligera: un poco de mozzarella con tomate. Vaya, los tomates son mucho más buenos allá...

Se tapó la boca con la mano. Se dio cuenta que durante unos segundos se había olvidado del que había pasado y se había puesto a charlar como si todo fuera cómo siempre.

—Volvimos al apartamento un poco antes de la una —dijo, con un hilo de voz—. Eva trucó poco después. Debíamos de hablar unos diez minutos, oi?

Eva asintió con la cabeza. Las lágrimas habían empezado a manar de nuevo y en Gösta volvió a alargar el brazo para ofrecerle otro trocito de papel.

—Hablaste con alguien otro, ayer?

Era consciente que aquella pila de preguntas sobre a quién habían trucado y con quienes se habían encontrado los debía de parecer una locura. Pero era tal como los había dicho. La policía tenía que ser capaz de descartarlos como sospechosos y, para lo cual, había que encontrar algún tipo de coartada para los dos. En Gösta no pensó ni por un instante que Eva y en Peter pudieran estar implicados. Pero no era el primer policía a la historia a quien le costara creer que unos padres pudieran hacer daño a su criatura. Y, desgraciadamente, a muchos la realidad los había demostrado todo el contrario. Los accidentes pasan. Y, por desgracia, no tan sólo los accidentes.

—No, sólo con el Ulla. Después llegó en Peter y comprendí que la Nea había desaparecido y entonces... Bien, todo va empezar.

Estrechó con tanta fuerza el papel de cocina que los nudillos van empal·lidir.

—Creéis que podría haber alguien que quisiera hacer daño a vuestra hija? —preguntó en Gösta—. Se os ha acudido algún motivo plausible? Alguien del pasado? Algún enemigo vuestro o de vuestra familia?

Los dos sacudieron la cabeza.

—Somos dos personas normales y a salto de mata —dijo en Peter—. No nos hemos implicado nunca en ninguna actividad criminal ni ninguna cosa por el estilo.

—Ningún exparella vengativa? De ninguno de los dos?

—No —respondió Eva—. Nos conocimos cuando teníem quince años, no ha habido ninguna otra persona.

En Gösta respiró fondo antes de formular la pregunta siguiente, pero finalmente la soltó.

—Soy consciente que se trata de una pregunta muy delicada, especialmente en circunstancias como esta. Pero alguien de vosotros dos mantiene una relación en paralelo? O la ha mantenido? Lo pregunto desde el máximo respeto, para aclarar si podría haber un móvil factible. Que alguien pudiera ver la Nea como un obstáculo.

—No —dijo en Peter, y miró en Gösta de hito en hito—. Dios del cielo, no! Nos

pasamos todo el día juntos y nosotros nunca... No!

Eva negó con la cabeza energicamente.

—No, no y no. Por qué malgastáis el tiempo en este tipo de cosas? En nosotros? Por qué no estáis buscando el asesino de nuestra hija? Aquí alrededor hay gente que es...

Va empal·lidir cuando se dio cuenta del que estaba a punto de decir, la palabra que tenía a la punta de la lengua y el que significaba.

—La Nea fue... Lo habían... Dios mío!

El llanto resonó entre las paredes de la cocina y en Gösta consiguió reprimir el impulso de levantarse y marchar de allá. Le resultaba insoportable mirar a los ojos los padres de la Nea cuando se dieron cuenta que había una pregunta la respuesta de la cual no querían sentir.

Y en Gösta tampoco la tenía, no podía ofrecer ningún consuelo. Porque, sencillamente, lo desconocía.

—Ya me perdonarás, pero aquí fuera reina el caos.

En Jörgen se giró hacia el joven ayudando. Las sienas le palpitaban con fuerza.

—Cojones! Estamos trabajando, aquí! —exclamó.

Espetó un empujón a un cámara que se le había acercado demasiado y el hombre estuvo a punto de chocar contra una mesa de la sala de estar que habían recreado. Fue de poco que uno de los jarrones no acabara en tierra.

Marie casi sentía compasión por aquel ayudante, que tragaba saliva. Pronto llegaría el momento de rodar la cuarta presa y el director cada vez estaba de más mal humor.

—Perdón —cuchicheó el ayudante, que Marie creía que se decía Jakob. O Jonas. Se le escapó un estosec.

—No los puedo retener más rato. Allá fuera hay una auténtica gernació de periodistas.

—Se suponía que no tenían que venir hasta las cuatro. Hemos programado las entrevistas para aquella hora.

En Jörgen miró Marie, que abrió los brazos. Seperava que aquel tono con que le hablaba no se convirtiera en una costumbre. Si no, el rodaje se convertiría en un calvario largo y doloroso.

—No paran de hablar de una niña muerta —dijo en Jakob o en Jonas, neguitós, y en Jörgen levantó los ojos al cielo.

—Sí, ya lo sabemos. Pero ya hablaremos a las cuatro.

El cuello de en Jakob o en Jonas se encendió como un pimiento, pero el chico se resistía a marchar.

—Pero es que no se trata... de aquella niña, sino de otra de diferente. Y quieren hablar con Marie. Ahora mismo.

Marie miró alrededor. El director, los cámaras, los guionistas, la maquilladora y los ayudantes... Todos los presentes al siete de rodaje la miraban. Del mismo modo que la habían mirado treinta años antes. En cierto modo, aquella sensación de familiaridad le infundió seguridad.

—Iré a hablar con ellos —dijo, y rápidamente se va dreçar la blusa y se pasó la mano por los cabellos para asegurarse que eran donde tenían que ser.

Al fin y al cabo, seguro que también habría reporteros gráficos.

Miró el ayudante, todavía nervioso.

—Hazlos pasar en la sala de descanso —hizo, y después se giró hacia en Jörgen—. Cambiaremos la planificación. Rodaremos las escenas cuando habíamos previsto hacer las entrevistas. Así no nos atrasaremos lo más mínimo.

En el mundo del cine, el calendario de rodaje era Dios Nuestro Señor, y en Jörgen hacía una cara como si todo su mundo se hubiera desplomado.

Cuando Marie marchó hacia la saleta de descanso, se paró un instante. Eran muchísimos. Se alegró de ir vestida de Ingrid, con unos pantalonets cortos de color blanco con botones a los laterales, una blusa también blanca y los cabellos recogidos con un pañuelo. Le esqueía de lo más, las fotografías quedarían sensacionales y supondría una publicidad de primera para la película.

—Buenos días —dijo, con aquella voz ligeramente ronca que se había convertido en su disparo característico—. He sentido que queríais hacerme unas cuántas preguntas, pobreta de mí.

—Tienes nada para comentar del que ha pasado?

Un joven periodista de ojos hambrientos de la prensa amarilla la miraba con avidez.

El resto de la pandilla que llenaba la sala lo observaba con la misma intensidad. Despacio, Marie se sentó al brazo de uno de los sofás, que ocupaba buena parte del espacio. Sus piernas largas siempre adoptaban la posición más adecuada cuando las cruzaba.

—Disculpadme, pero hemos sido todo el día cerrados en este estudio. Me podríais explicar qué ha pasado?

El periodista del diario sensacionalista se inclinó ninguno adelante.

—Ya han encontrado la niña pequeña que desapareció ayer. Asesinada. La que vivía en la misma granja que la Stella.

Se puso la mano al pecho. Marie vio ante suyo una criatureta de cabellos cobrizos. Sostenía un cucurucho en la mano, el helado regalimava galleta abajo hasta la manecilla.

—Qué horror! —exclamó.

Un periodista más grande que estaba sentado junto al joven se levantó y fue hacia la mesa donde había agua. sirvió un vaso y lo alargó a Marie.

Ella le dio las gracias con la cabeza e hizo unos cuántos tragos.

Aquel montón de ojos hambrientos la volvían a observar.

—La policía apenas ha acabado la rueda de prensa y, según el comisario Bertil Mellberg, a Helen Jensen y a tú se os considera dos personas interesantes para la investigación. tienes nada a decir?

Marie miró la grabadora que alguien le había puesto delante. En un primer momento, las palabras se negaban a salir. Tragó saliva unas cuántas veces. Le vino a la cabeza otra sala, otro interrogatorio. El hombre que la había mirado fijamente sin creérsela.

—No me sorprende —dijo—. Ahora hace treinta años, la policía ya extrajo unas conclusiones apresuradas. Y erróneas.

—Tienes ninguna coartada para la situación actual? —preguntó el hombre que le había alargado el vaso de agua.

—Teniendo en cuenta que no sé de qué situación se trata, me es imposible daros una respuesta.

La lluvia de preguntas cada vez era más intensa.

—Desde que has vuelto te has puesto en contacto con Helen?

—No cruces que es muy extraño que haya muerto una niña pequeña que vivía en la misma granja que la Stella justamente ahora, que has vuelto al pueblo?

—Helen y tú habéis mantenido el contacto todos estos años?

En circunstancias normales, a Marie todo aquello le habría encantado. Ser el centro de todas las miradas. Pero ahora era un poco demasiado. Se había servido del pasado para llegar hasta donde era, aquello le había conferido un disparo diferencial respecto a los miles de noietes afamegados que se peleaban por un papel en una película. Pero, a la vegada, los recuerdos de aquellos años oscuros y terribles la habían consumido.

Y ahora lo tendría que revivir todo otra vez.

—No, todo este tiempo, Helen y yo no hemos estado en contacto. Hemos vivido vidas separadas desde el día que nos acusaron de haber hecho una cosa que no habíamos hecho. Seguir en contacto sólo habría mantenido vive aquel recuerdo doloroso. De pequeñas éramos amigas, pero ahora, de grandes, ya no somos las mismas personas. Así que no, no nos hemos visto ni hemos hablado de acá que he vuelto a Fjällbacka, y tampoco antes. No lo hemos hecho desde que me hicieron marchar de aquí y, con esto, destrozaron las vidas de dos criaturas inocentes.

Los periodistas gráficos no paraban de hacer fotos frenéticamente y Marie se reclinó ninguno atrás.

—Y que tienes que decir de las extrañas similitudes entre los dos casos? —volvió a preguntar el periodista del diario sensacionalista—. La policía parece convencida que hay una relación entre las dos muertos.

—De esto yo no puedo decir nada —respondió Marie.

Va arrufar el frente, lamentando no poder responder. Pocos meses antes se había infiltrado bôttox y había recuperado el control de los músculos de la cara justo para el inicio del rodaje.

—Pero no, yo tampoco creo que se trate de una simple coincidència. Y esto no hace sino confirmar el que he sostenido todos estos años. Que el verdadero asesino todavía campa libre.

Los flashes de las cámaras volvieron a la carga.

—Es decir, que consideras que la policía de Tanumshede es responsable de la muerte de la Linnea? —preguntó el periodista más grande.

—Se llama así? Linnea? Pobrisona... Pues sí, pienso que, si ahora hace treinta años hubieran hecho su trabajo, esto no habría pasado.

—Pero, como mínimo, es curioso que se cometa un nuevo crimen pocos días después de tu regreso —dijo una mujer con los cabellos oscuros *à la garçon*—. Cruces que tu presencia puede haber sido el factor que ha desencadenado que el asesino haya vuelto a actuar?

—Podría muy bien ser así. No os parece una hipótesis bastante verosímil?

Qué grandes titulares que tendría, a buen seguro a las dos ediciones del día siguiente. Toda aquella publicidad haría saltar de alegría los inversores. Aquello, más que ninguna otra cosa, garantizaría la continuidad del proyecto.

—Me sabe mucho grave, pero esta noticia me ha trastornado enormemente. Lo tengo que pair antes de ser capaz de contestar ninguna más pregunta. Hasta

entonces, podéis ponerlos en contacto con el departamento de prensa de la productora.

Marie se levantó y, sorprendida, se dio cuenta que las piernas le temblaban. Pero ahora no tenía que pensar. No tenía que pensar en los recuerdos oscuros que lo asediaban constantemente.

A la cumbre había espacio para poca gente y, si no quería que la destronaran, tenía que ofrecer siempre la mejor cara. Detrás suyo, sintió como los periodistas salían a toda velocidad de la sala, hacia los coches y los ordenadores, para poder enviar la noticia. Va a clucar los ojos y, ante sede, volvió a ver la sonrisa de una niña de cabellos cobrizos.

—Qué suerte que tienes, con una madre que pasa tanto de tiempo fuera de casa. En Nils encendió un cigarrillo. Dejó que el humo se elevara hasta el techo de la habitación de la Vendela y tiró la ceniza dentro de una lata de pegamento vacía que había a la mesilla de noche.

—Sí, pero hoy ha intentado obligarme a acompañarla al *garden* —respondió la Vendela, y alargó el brazo para coger el cigarrillo de en Nils.

Después de una pipada, en Nils lo recuperó. Limpió un poco la marca de pintallavis de la Vendela antes de volvérselo a poner a la boca.

—Me cuesta imaginarte allá dentro, removiendo aquel fotimer de flores.

—Me das uno? —dijo en Basse, que estaba estirado encima de un puf rojo.

En Nils le lanzó el paquete de Marlboro, que el chico atrapó con las dos manso.

—Imagínate que alguien de la escuela me ve trabajando allá. Me convertiría en el hazmerreír de todo el mundo.

—Bah, tienes unas tetes demasiado bonitas porque se rían de tú.

En Nils le manoseó un pecho y la chica le clavó un golpe al hombro, no muy fuerte. En Nils sabía que sólo era para marcarlo, que en realidad a la Vendela le gustaba.

—Has visto qué tetes más gordas que tenía? La cerda —dijo en Basse, y no pudo esconder un tono de voz que dejaba entrever un cierto deseo.

El chico estaba obsesionado con los pechos gordos.

En Nils le lanzó una almohada.

—No me digas que las tetes de la cerda te han puesto caliente! Cojones, que no has visto que fea que era?

—Sí, aclar que sí. Pero, hostia, tiene las tetes enormes...

Con las manos hizo un gesto señalando la medida y la Vendela suspiró.

—Estás muy sonado.

Levantó los ojos hacia unos rectángulos con la pintura más aclarissada que había al techo. Un año antes, en Nils no se había podido estar y había dicho que los One Direction eran para niños pequeños. El día siguiente mismo, la Vendela había sacado todos los pósteres.

—Creéis que follen?

En Nils exhaló un círculo de humo hacia el techo. No hacía falta que concretara a quien se refería.

—Yo siempre había pensado que era mariquita —dijo en Basse, e intentó hacer círculos de humo sin salirse—. Por cómo se maquilla. Me cuesta entender que a su padre no le haga nada.

De pequeños, todos habían admirado en James Jensen, un héroe de guerra musculós. Ahora empezaba a hacerse viejo y a perder pistonada, pero había que tener presente que rondaba los sesenta. Quizás había sido justamente porque en James los parecía tan especial que a primaria habían empezado a burxar en Sam. Era todo él que su padre no era.

En Nils se estiró para coger la lata de pegamento. Chasqueó cuando tiró el cigarrillo. El chico suspiró. Lo volvió a invadir aquella sensación de desasosiego tan conocida.

—Cojones, vale más que pronto pase alguna de buena.

En Basse lo miró con fijeza.

—Esto o pensar alguna manera que pase.

El caso Stella

EN LEIF ABRIÓ LA PUERTA Despacio. A lo largo de los años, se habían visto en incontables ocasiones con en Larry y la Lenita. Y con sus hijos. Pero nunca con la chica. Hasta aquel día.

—Hola —saludó con sencillez, y entró a la sala.

En Larry y la Lenita se giraron inmediatamente hacia el policía, pero a Marie no lo miró.

—Siempre el mismo, así que pasa algo nos hacéis venir —se quejó en Larry—. Pero a estas alturas ya estamos acostumbrados, nos cargan las culpas de todo. Pero esto de hacer venir Marie para interrogarla... Cojones, os habéis pasado de la raya.

Los curas salían proyectados por los espacios que separaban los dientes. El padre de Marie había perdido tres de las frontales en varias peleas. hubiera baile de fiesta mayor, concierto o fuera un sábado al atardecer cualquiera, en Larry era allá, a punto por esbatussar-se.

—No se trata de un interrogatorio —dijo en Leif—. Sólo queremos hablar con la chica. Por ahora, sólo sabemos que Marie y Helen son las últimas personas que vieron la Stella con vida, así que es importante establecer qué pasó durante las horas que estuvieron con la niña.

—«Establecer qué pasó» —se va mofar la Lenita, y los cabellos de un rubio exagerado y rinxolats se balancearon hacia un lado y hacia el otro—. Todo esto no es más que una excusa para cerrarla en la prisión. Marie sólo tiene trece años. Alterada, encendió un cigarrillo y en Leif no se vio con fuerzas de explicarle las normas de la comisaría. En realidad, estaba prohibido fumar en todo el edificio.

—Sólo queremos saber qué hicieron durante el tiempo que pasaron con la Stella. Esto es todo.

Observó Marie, que hasta aquel momento no había badat boca, sentada entre sus padres. Cómo era, crecer en una familia como aquella? Peleas, robos, alcohol y visitas constantes de la policía después de las denuncias por maltrato.

Le vino a la cabeza una noche de Nadal cuando la niña era sólo un bebé. Si la memoria no le fallaba, había sido el hijo grande, el que había dado la alarma. Cuántos años debía de tener el chiquillo? Nueve? Cuando en Leif había llegado, la Lenita estaba extendida en el tierra de la cocina. Con toda la cara ensangrentada. En Larry le había estrellado la cabeza contra los fogones, que estaban cubiertos de gotitas de sangre. En la sala de estar, los dos chicos se habían escondido detrás del árbol de Nadal, mientras en Larry iba arriba y abajo por toda la casa llamando y lanzando tacos. El más grande sostenía la niña en brazos. En Leif no lo olvidaría nunca.

Cómo siempre, la Lenita se había negado a presentar una denuncia. Y después de tantos años de palizas y hematomas, continuaba defendiendo en Larry. De vez en cuando, incluso en Larry se llevaba un par de moratones y, una vez, un buen nyanyo, cuando la Lenita le clavó un golpe con una cazuela de hierro fundido. Y en Leif sabía exactamente como había ido la cosa, porque aquella vez lo había

presenciado todo.

—No pasa nada —dijo Marie—. Pregunta el que quieras. Supongo que también habéis hablado con Helen, oi?

En Leif asintió con la cabeza.

—Sí, los he visto llegar —explicó a la chica, y estrechó los puños sobre las rodillas.

Era muy bonita, como también lo había sido años atrás la Lenita.

—Explícame con tus palabras qué hiciste ayer —dijo en Leif, e hizo un gesto con el hacia Marie—. Lo grabaré todo y también tomaré notas, espero que te parezca bien.

—Me parece bien.

Los puños no se movieron de las rodillas. Iba vestida con ropa sencilla, texanos y una camiseta blanca, con los cabellos rubios, relucientes y largos que le llegaban hasta media espalda.

Despacio y metódicamente, la chica repasó todo el día anterior. Sin desviarse lo más mínimo del que le había preguntado en Gösta y con una voz firme, fue explicando hora a hora el que habían hecho con la Stella. En Leif se sorprendió a si mismo escuchando aquella joven, fascinado. Tenía una voz ligeramente cautivadora y la chica parecía más madura que los trece años que tenía. Crecer en un caos como el de aquella casa quizás producía aquel efecto en algunos.

—Las horas que he anotado son las que tú me has dicho?

En Leif repitió el que había explicado Marie y la chica asintió con la cabeza.

—Y la dejasteis en el patio de la granja. Visteis que el coche del padre de la Stella era allá? Pero a él no lo visteis?

a Marie ya lo había explicado, pero se trataba del elemento clave y en Leif quería asegurarse que lo había entendido bien.

—Exacto, es así.

—Y después os fuisteis a nadar? Helen y tú?

—Sí, pero los padres de Helen se lo habían prohibido. No quieren que nos veamos.

La Lenita volvió a reír por debajo la nariz.

—Unos auténticos esnobs, aquellos dos. Se cruzan gente muy importante. Pero, por el que tengo entendido, cagan como todos nosotros.

—Sois muy amigas? —preguntó en Leif.

—Sí, sí que lo somos —respondió Marie, y se va arronsar de hombros—. Hemos ido juntas desde pequeñas. O, más muy dicho, hasta que no permitieron que nos viéramos más.

En Leif dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Cuánto de tiempo hace que no os lo permiten?

Él tampoco estaba del todo seguro que hubiera querido que su hija se relacionara con nadie de la familia Wall. Probablemente también era un esnob.

—Debe de hacer cosa de medio año. Se enteraron que fumaba y entonces me prohibieron volver a ver su princeseta. Era una mala influencia.

En Larry y la Lenita sacudieron la cabeza.

—Quieres añadir nada más? —preguntó en Leif, y miró Marie a los ojos.

Eran del todo insondables, pero al frente apareció una arruga.

—No, sólo quiero decir que es terrible esto que le ha pasado a la Stella. Era una

niña tan dulce... Espero que encontráis la persona que lo ha hecho.
—Haremos todo el que podamos —respondió en Leif.
Marie se limitó a asentir con la cabeza, serena.

V

A AGRADECER PODERSE CERRAR UN RATO AI /AL DESPACHO. Se habían pasado toda la noche buscando la Nea en el bosque y después, cuando la habían encontrado muerta, todo se había precipitado. Era cómo si los párpados se le estuvieran a punto de cerrar y, si no era capaz de descansar un rato, en Patrik pronto se quedaría dormido sentado a la mesa. Pero todavía no se podía permitir el lujo de ir a la sala de descanso de la comisaría. Tenía que hacer unas cuantas llamadas y después vendría la Erica a explicarles todo el que sabía del caso Stella. Y deseaba que llegara la hora. A pesar del que en Mellberg había dicho durante la rueda de prensa, a la comisaría todo el mundo intuía que los dos casos estaban relacionados de alguna manera. La gran pregunta era cómo. Era un asesino, que había vuelto a golpear? Era un imitador? De que se trataba?

Cogió el teléfono y marcó el primer número.

—Hola, Torbjörn —dijo, cuando el experimentado miembro de la policía científica respondió después de unos cuantos segundos—. Escucha, sólo quería saber si me puedes dar un poco de información.

—Conoces el procedimiento todo lo bien que yo —respondió en Torbjörn.

—Sí, ya sé que tenéis que examinar minuciosamente todo el que habéis encontrado, pero se trata de una niña pequeña y cada minuto cuenta. No hay nada que te haya llamado la atención? Algo al cuerpo que te haya parecido extraña? O algo que hubierais recogido de los alrededores?

—Me sabe mal, Patrik. Todavía no te puedo decir nada. Recogimos bastantes pruebas, y hace falta que lo analizamos todo con calma y detenimiento.

—Ya lo entiendo, pero lo tenía que intentar. Ya sabes como es de importando el tiempo en una investigación, especialmente las primeras veinticuatro horas. Por favor, pandilla un poco los compañeros y trúcame así que tengas algo más concreta. Nos hace falta toda la ayuda que nos podáis brindar.

En Patrik miró por la ventana el cielo azul que se extendía al exterior. Una ave de grandes dimensiones planeaba aprovechando las corrientes de aire, hasta que, de repente, se lanzó en picado y desapareció.

—Podéis conseguir los informes del caso Stella? —pidió—. Para compararlos.

—Ya lo he hecho. Te los puedo enviar por el correo interno de seguridad y los tendrás en un santiamén.

En Patrik sonrió.

—Eres una joya, Torbjörn.

Colgó y respiró profundamente unas cuantas veces antes de marcar el siguiente número de teléfono.

—Buenos días, Pedersen. Soy en Hedström. Cómo va la autopsia?

—Qué quieres que te diga? —dijo la cabeza de medicina forense de Göteborg—. No me acostumbraré nunca.

—Sí, cojones. Las criaturas pequeñas siempre provocan un trasbals. Incluso para vosotros, supongo.

En Tord Pedersen le dio la razón con un murmullo. En Patrik no sentía ninguna envidia del trabajo que tenía que hacer el forense.

—Cuando cruces que tendréis algo para nosotros?

—De aquí a una semana, quizás.

—Ostras, una semana? No podéis ir más deprisa?

El forense suspiró.

—Ya sabes cómo son las cosas, ahora en verano...

—Sí, sí, lo entiendo. El calor. La cifra de muertos aumenta. Pero estamos hablando de una criatura de cuatro años. Estoy seguro que podéis...

Se dio cuenta del tono de súplica que le había adoptado la voz. Sentía un respeto profundo por las normas y la orden establecidos, pero se le apareció la cara de la Nea delante y estaba dispuesto a pidolar todo el que hiciera falta si de este modo podía acelerar la investigación.

—Como mínimo dame algo a partir de la cual poder construir la investigación. Una conclusión preliminar de la causa de la muerte, por ejemplo. Estoy seguro que al menos has tenido tiempo de darle un vistazo...

—Es demasiado temprano para pronunciarse sobre esta cuestión, pero la niña presentaba una herida a la nuca. Es todo el que te puedo decir.

Iba tomando notas mientras sujetaba el teléfono entre el hombro y la oreja. Cuando habían levantado el cuerpo, en Patrik no había visto aquella herida.

—De acuerdo, pero no sabes el motivo? Qué la puede haber provocada?

—Desgraciadamente, no.

—Lo entiendo. Pero afanaos tanto cómo poded con la autopsia y trúcame así que tengas nada, de acuerdo? Gracias, Pedersen.

En Patrik colgó con una sensación de frustración. Le habría gustado tener los resultados inmediatamente, pero los recursos de que disponían eran exiguos y los cadáveres, abundantes. La misma cantarella desde que era policía. Aún así, había podido enterarse de algo, aunque sólo fuera de manera preliminar. Por otro lado, tampoco le servía mucho. Se rozó los ojos con fuerza. Ojalá pronto pudiera descansar un poco.

Paula fue incapaz de reprimir un gemido cuando pasaron por ante la granja donde había vivido la Nea. El hijo de la Johanna y ella, en Leo, tenía tres años, y la simple idea que le pudiera pasar alguna desgracia le revolvía el estómago.

—Uno de nuestros coches —dijo en Martin, señalando el vehículo de la policía cuando pasó por el delante—. Tiene que ser en Gösta.

—Sí, no lo envidio nada —hizo Paula, con un hilo de voz.

En Martin no respondió.

Algo más allá apareció una casa de color blanco. Se levantaba no muy lejos de la granja de la Nea y, a buen seguro, se podía ver desde el establo, pero no desde la casa principal.

— vamos? —preguntó en Martin. a Paula asintió con la cabeza.

—Sí, es el siguiente vecino, así que me parece del todo adecuado —respondió, y se dio cuenta que el tono había sido más seco y arrogante del que había pretendido.

Pero no tuvo la sensación que en Martin se lo tomara mal. Su compañero entró por el caminet de tierra que subía a la casa y paró el coche. No parecía que hubiera nadie adentro.

Trucaron a la puerta, pero no los abrieron. Paula volvió a trucar, más fuerte.

Llamó, pero no recibió ninguna respuesta. Buscó el timbre, pero no encontró

cabeza.

—Quizás no hay nadie.

—Vamos a dar un vistazo detrás —dijo en Martin—. Me parece que he sentido música.

Hicieron la vuelta en la casa. Paula no se pudo estar de admirar las flores que resplandían en aquel pequeño jardín, que más allá, y de manera casi imperceptible, se convertía en bosque. En aquel momento también ella sintió la música. A la parte trasera, vieron una mujer estirada en tierra haciendo abdominales a buen ritmo, con la música a todo volumen.

Cuando se dio cuenta de la presencia de los dos agentes de policía, la mujer hizo un bot y, de un revuelo, se sacó los auriculares.

—Perdona, hemos llamado... —dijo Paula, y con la mano señaló hacia el otro lado de la casa.

La mujer asintió con la cabeza.

—No pasa nada. Me he asustado un poco y bastante. Estaba tan concentrada en llena...

Apagó la música que sonaba al móvil y se levantó de tierra. Se enjugó las manos con una toalla y alargó una para saludar, primero Paula y después en Martin.

—Helen. Helen Jensen.

Paula va arrufar las cejas. Aquel nombre le resultaba familiar. Según más tarde, las piezas encajaron. Cojones! Era aquella Helen. No tenía ni idea que viviera tan cerca de la familia Berg.

—Qué trae la policía hasta aquí? —preguntó la mujer.

Paula miró en Martin. Por la cara que hacía su compañero, dedujo que también había entendido quién era aquella mujer.

—No lo has sentido? —preguntó Paula, sorprendida.

Estaba jugando a despistar? Realmente podía ser que no se hubiera dado cuenta de todo el rebombori que había habido al bosque toda la noche? En el pueblo no se hablaba de otra cosa.

—Si he sentido qué? —respondió Helen, mirando los dos policías. Se paró de repente.— Le ha pasado alguna desgracia a en Sam?

—No, no —dijo Paula, levantando una mano.

Supuso que en Sam era su hijo o su marido.

—Se trata de la niña de la granja del lado, la Linnea. Desapareció ayer por la tarde. Bien, vaya, ayer por la tarde se dieron cuenta que había desaparecido. Y, desgraciadamente, esta mañana la han encontrado muerta.

Helen dejó caer la toalla en tierra. No se preocupó de recogerla.

—La Nea? La Nea es muerta? Cómo? Dónde?

Se puso una mano al cuello y Paula se dio cuenta que, bajo la piel, una vena latía con fuerza y a gran velocidad. Renegó por dentro. La idea inicial era que hablarían con Helen después de que la Erica hubiera pasado por la comisaría y los hagués hecho cinco céntimos del caso Stella. Pero ahora no se podía hacer nada. Eran allá y no se podían ir y volver más tarde. Había que hacer todo el que se pudiera.

Miró en Martin, que asintió con la cabeza.

—Nos podemos sentar? —preguntó su compañero, y señaló unas sillas de jardín de plástico que había unos cuántos metros más allá.

—Sí, sí, esclara, perdonáis —dijo Helen.

—Perdonáis, voy a ponerme una camiseta —añadió, y con la mano señaló los sujetadores de deporte que llevaba.

—Sí, sí, y tanto! —respondió Paula.

Y los dos se sentaron a las sillas de plástico. Se miraron. Paula vio que a su compañero tampoco le hacía ninguna gracia como habían ido las cosas.

—Todo el mundo tendría que tener un jardín como este —dijo en Martin, mirando alrededor—. Un montón de rosas, rododendros y malvas. Y allí abajo también hay unas peonies preciosas.

Con la mano señaló hacia la banda más corta del jardín. Paula era incapaz de diferenciar las plantas de que hablaba su compañero. La jardinería no era su fuerte. Le encantaba vivir en un piso y no sentía ningún deseo de tener una casa a cuatro vientos o un jardín con césped.

—Sí, se sienten muy a gusto —dijo Helen, que apenas salía por la puerta, vestida con un chándal fino—. Las trasplanté el año pasado, antes eran allí abajo. Señaló un rincón más oscuro del jardín.

—Pero pensé que estarían mejor donde son ahora. Y no me equivoqué.

—Te cuidas del jardín tú misma? —preguntó en Martin—. Porque, si no, la Sanna, del *garden*, sabe un nido. Ella...

Calló de golpe. Se debía de dar cuenta de la relación que había entre la Sanna y Helen, pero la mujer se limitó a arronsar los hombros.

—Lo he diseñado yo misma.

Se sentó ante los dos agentes de policía. Hacía la impresión que se había duchado de una manera rápida, porque tenía los cabellos de la nuca húmedos.

—Bien, pues. Qué ha pasado con la Nea? —dijo Helen, y la voz le temblaba.

Paula la observó. El desconcierto parecía muy real.

—Ayer sus padres denunciaron la desaparición. De verdad que no habéis sentido los grupos de investigación? Se han pasado toda la noche registrando el bosque. Justamente por los alrededores de casa vuestra se ha sido moviendo una auténtica gernació.

Le costaba de entender que Helen no hubiera sentido el rebombori de todos los voluntarios que habían salido a buscar la niña, a tan sólo un centenar de metros de casa suya.

Helen negó con la cabeza.

—No, nos fuimos a dormir temprano. Yo me tomé una pastilla y no me habría despertado ni que hubiera estallado la Tercera Guerra Mundial. Y en James... bien, ha dormido al sótano. Cree que se está más fresco. Y desde allí abajo no se siendo nada de nada.

—Antes has hablado de un tal Sam —dijo en Martin.

Helen asintió con la cabeza.

—Es nuestro hijo. Tiene quince años. Estoy convencida que estuvo despierto hasta tarde, jugando al ordenador con los auriculares puestos y con la música a todo volumen. Y un golpe se duerme no hay quién lo despierte.

—O sea que ninguno de vosotros no sintió nada?

Paula se dio cuenta que no había conseguido esconder la incredulidad, pero realmente se le hacía difícil creérselo.

—No, o, como mínimo, que yo sepa. Esta mañana ninguno de los dos no me ha

dicho nada.

—De acuerdo —hizo Paula, despacio—. Cómo debes de comprender, también tenemos que hablar con el resto de miembros de la familia.

—Esclar, y tanto! Ahora mismo no están en casa, pero podéis volver cuando quered. O llamar por teléfono.

Paula asintió con la cabeza.

—Visteis, o viste, la Linnea, ayer?

a Helen se quedó rumiant un instante, sin levantar los ojos de sus dedos. Llevaba las uñas sin pintar y largas, y las manos eran las de alguien que las usaba para remover la tierra y arrancar las malas hierbas.

—No soy capaz de recordar si la vi, ayer. Cada mañana salgo a correr y la Nea suele estar en el patio y me saluda con la mano. Me parece que lo hace con todo el mundo, pero no estoy segura. No lo recuerdo. Cuando corro me concentro muchísimo y, si consigo mantener un ritmo constante, es cómo si me zambullera en otro mundo.

—Corres sólo por gusto o compites? —preguntó en Martin.

—Hago maratones —respondió Helen.

Aquello explicaba por qué estaba tan delgada y atlética. Paula intentó no pensar en todos los kilos que le sobraban a ella. Cada lunes por la mañana pensaba que empezaría a hacer deporte y miraría qué comía, pero, con criaturas pequeñas, además del trabajo, no tenía ni el tiempo ni las fuerzas. Y no ayudaba nada que la Johanna lo estimara tal como era, con sacsons y todo.

—Y ayer pasaste corriendo por ante la granja? —preguntó en Martin.

Helen asintió con la cabeza.

—Siempre hago el mismo recorrido. Disparo de los dos días a la semana que descanso, que no corro nada. Pero son los sábados y los domingos.

—Y has dicho que creías que no la habías visto, oi? —repitió Paula.

—Exacto, me parece que no.

Helen va arrufar el frente.

—Cómo... qué... —empezó, pero enmudeció un instante para después coger impulso—. Cómo murió?

Paula y en Martin se miraron.

—Todavía no lo sabemos —respondió en Martin.

Helen se volvió a poner la mano al cuello.

—Pobres, Eva y en Peter. Bien, no es que los conozca mucho, pero son los vecinos que tenemos más cerca, así que, de vez en cuando, charlamos. Fue un accidente?

—No —respondió Paula, y observó detenidamente la reacción de Helen—. La Nea fue asesinada.

La mujer se la quedó mirando con fijeza. Después dijo, lentamente:

—Asesinada?

Sacudió la cabeza.

—Una niña de la misma edad, de la misma granja. Sí, puedo entender por qué habéis venido.

—De hecho, ha sido una casualidad —dijo en Martin, con franqueza—. Queríamos hablar con los vecinos más cercanos, averiguar si habían visto algo, y no sabíamos que vivías aquí.

—Me pensaba que alguien me había dicho que tus padres habían vendido la casa y se habían ido del pueblo —hizo Paula.

—Sí, lo hicieron —respondió Helen—. La vendieron así que acabó el juicio y marchamos a vivir a Marstrand. Pero la compró un buen amigo de mi padre, en James. Y, bien, después la cosa fue como fue y en James y yo nos casamos y él quería que viviéramos aquí.

—Dónde es tu marido, ahora? —preguntó Paula.

—Ha salido a hacer unos encargos —respondió, y se va arronsar de hombros.

—Y tu hijo? —hizo en Martin—. En Sam?

—No tengo ni idea. Estamos de vacaciones. Cuándo he vuelto de correr ya había marchado, y su bicicleta tampoco estaba. Así que a buen seguro que debe de haber ido a casa de algún amigo del pueblo.

Se hizo el silencio. Durante unos segundos, Helen lo observó, con una lluisor nueva a los ojos.

—Ahora... ahora todo el mundo pensará que hemos sido nosotros...

Trasladó la mano del cuello a los cabellos.

—Los diarios... La gente... Supongo que ahora todo volverá a empezar.

—Estamos considerando todas las hipótesis —dijo Paula, y sintió una cierta compasión hacia la mujer que tenía delante.

—Desde que Marie ha vuelto a Fjällbacka, os habéis puesto en contacto? —preguntó en Martin.

No se pudo estar, aunque sabía que tenían que esperar a formular cualquier pregunta que tuviera que ver con el antiguo caso.

—No, no. No tenemos nada a decirnos —respondió Helen, y movió la cabeza.

—O sea que ni os habéis visto ni habéis hablado por teléfono? —preguntó a Paula.

—No —repitió a Helen—. Marie forma parte de otra época, otra vida.

—De acuerdo —dijo Paula—. Querremos hablar contigo más adelante, pero ahora mismo sólo hemos venido a verte como vecina. Los últimos días, has visto o has sentido algo fuera del normal? Un coche? Una persona? Algo que te llamara la atención, que te chocara o, simplemente, que te extrañara?

Paula intentaba expresarse de una manera tan genérica cómo podía. No sabían qué estaban buscando exactamente.

—No —contestó despacio Helen—. No puedo decir que haya visto ni sentido nada extraño los últimos días.

—Cómo te he comentado, tendremos que hacer unas cuántas preguntas a tu marido y a tu hijo —hizo en Martin, y se levantó.

Paula añadió:

—Exacto. Y también querremos hacerte unas cuántas más a tú.

—Lo entiendo —dijo Helen.

Cuando los dos policías marcharon, Helen no se puso derecha, apenas levantó los ojos de la mesa. Detrás suyo, resplandía el jardín lleno de rosas y peonies.

El Erica dio un beso rápido a en Patrik cuando la fue a recibir a la recepción. Al otro lado del azulejo, la cara de la Annika se iluminó y la mujer salió a abrazarla.

—Ei, hola! —dijo, con una voz cálida—. Cómo están los niños? Y la Maja?

El Erica le volvió el abrazo y le preguntó por la familia. Le gustaba aquella

mujer, que, a solas, había conseguido enderezar la comisaría. Cada día que pasaba sentía más respeto hacia el Annika. A veces conseguían encontrar un anochecer para cenar plegadas, pero no tan a menudo como querían. Con criaturas pequeñas en casa, las semanas y los meses pasaban volando y la vida social se resentía.

—Nos encontraremos en la sala de reuniones —dijo la Annika, y la Erica asintió con la cabeza.

había sido muchas veces y sabía qué sala quería decir.

—Vengo enseguida —llamó el Annika, mientras el Erica y en Patrik se alejaban pasillo allá.

—Hola, Ernst! —hizo el Erica, contenta, cuando vio el enorme perro que se le acercaba con la lengua fuera y removiendo la cola.

Cómo de costumbre, se había ajagut a dormir bajo la mesa de en Mellberg, pero había salido de un revuelo cuando había sentido la voz de la Erica. La saludó con lamidas lilefiscoses y una nariz húmeda que resoplaba, y la Erica lo recompensó rascándolo detrás las orejas.

—Alerta, civiles en el edificio —refunfuñó en Mellberg, medio adormilado, plantado al umbral de la puerta de su despacho.

Pero el Erica se dio cuenta que incluso el comisario en ninguno estaba contento de verla.

—Un pajarito me ha dicho que durante la rueda de prensa estuviste genial— hizo, sin ningún indicio de ironía a la voz, y en Patrik le espetó un buen golpe de codo a las costillas.

Su hombre sabía perfectamente que había lanzado un requiebro a su cabeza sólo para hacerle la pascua. Un detalle que pasó completamente por alto a en Bertil Mellberg, que brillaba de satisfacción.

—Bien, es que hace mucho tiempo que estoy avezado. Y aquella pandilla de dropos no están acostumbrados que alguien con mi experiencia los ofrezca una rueda de prensa de primer nivel. Ya me entiendes, los tuve a mis pies. Y si uno la sabe manegar cómo yo, la prensa se puede convertir en un instrumento de un valor incalculable para la policía.

El Erica asintió con la cabeza haciendo un ademán grave y en Patrik la fulminó con la mirada.

Los tres entraron a la sala de reuniones y, de repente, la carpeta que la Erica había llevado se le hizo pesada. La sacó de la maleta y la dejó encima de la mesa. Mientras esperaba que en Patrik y en Mellberg se sentaran, rápidamente hizo la vuelta a la mesa para saludar en Gösta, Paula y en Martin.

—En Patrik me ha comentado que me darías un golpe de mano —dijo a en Gösta.

—Ya veremos el que soy capaz de recordar —respondió el viejo policía, y se rascó la nuca—. Ya lo sabes, han pasado treinta años.

—Toda la ayuda será bienvenida.

El Annika había colocado dentro de la sala la enorme pizarra blanca y había dejado delante un buen puñado de rotuladores. El Erica sacó unos cuántos papeles de la carpeta gruesa y los enganchó a la pizarra con unos pequeños imanes de color gris. Después cogió un rotulador y se puso a pensar por donde tenía que empezar.

Se aclaró la garganta.

—La Stella Strand tenía cuatro años cuando desapareció de la granja de sus padres. Dos chicas de trece, Marie Wall y Helen Persson, actualmente Jensen, le tenían que hacer de canguros un par de horas porque su madre, Linda, y su hermana grande, la Sanna, tenían que ir a comprar a Uddevalla.

Señaló dos fotografías extraídas del anuario de la escuela que había colgado a la pizarra. Una era de una adolescente seria de cabellos oscuros, y la otra, de una chica rubia de mirada rebelde, pero tan bonita que hacía perder el aliento. Helen tenía las facciones todavía para definir de la pubertad, se encontraba en aquella tierra de nadie entre la niña y la chica, mientras que Marie ya tenía la mirada de una mujer adulta.

—Las dos chicas vivían cerca de la granja de los Strand, por eso conocían la Stella y su familia, y ya le habían hecho de canguro unas cuántas veces. No de manera regular, pero tampoco era nada inusual.

Dentro de la sala de reuniones, el silencio era sepulcral. Todos conocían fragmentos de aquel caso, pero era la primera vez que lo podían analizar entero.

—Llegaron a casa de la familia Strand hacia la una. Las horas no se pudieron determinar nunca con exactitud, pero más o menos fue así. Después de que Linda y la Sanna marcharan hacia Uddevalla, las chicas jugaron con la Stella al patio de la granja. Poco después, decidieron bajar a Fjällbacka con la Stella sentada en un cochecito plegable. Los habían dado dinero para un helado y fueron al quiosco a comprar. Después de pasar un rato en el pueblo, volvieron a la granja, también a pie.

—Es bastante lejos —dijo en Martin—. No sé si a mí me habría hecho ninguna gracia que dos adolescentes fueran por aquella carretera con mi hija de cuatro años.

—Estamos hablando de otros tiempos —dijo el Erica—. El concepto de seguridad no era muy bien el mismo. Cuando éramos pequeñas, mi hermana y yo a menudo nos poníamos derechas entre los asientos del coche mientras el padre conducía. Sin cinturón. Hoy en día cuesta de entender, pero entonces no era nada extraño. Pero, vaya, las chicas volvieron a la granja a pie con la Stella al cochecito y llegaron hacia las cuatro. Habían quedado con Linda que dejarían la niña con la Anders a las cuatro y media, pero cómo que vieron su coche en el patio, supusieron que el padre de la Stella había llegado a casa antes de tiempo, así que dejaron la niña y marcharon.

—No vieron el padre? —preguntó Paula, y el Erica hizo un gesto con la cabeza en dirección a en Gösta.

—Era dentro de casa —respondió el policía.

El Erica observó la pizarra y, durante unos segundos, va rumiar como tenía que continuar.

—De esto, el 1985, el comisario en ninguno era en Leif Hermansson. De hecho, esta mañana he ido a casa de su hija para ver si recordaba algún detalle de la investigación que había llevado a cabo su padre. Pero no he sacado gran cosa y me ha dicho que ni ella ni sus hermanos no encontraron ningún documento entre las pertenencias que guardaba su padre cuando murió. En cambio, me ha comentado que, los últimos años de vida, en Leif Hermansson había manifestado más de una vez que dudaba de la culpabilidad de las chicas.

En Patrik va arrufar la nariz.

—En Leif no había comentado nunca nada sobre en que basaba estas dudas?

El Erica sacudió la cabeza.

—No que su hija lo recordara. Gösta, qué dices, tú?

El viejo policía se rascó el cuello, hasta la barbilla.

—No, no recuerdo que en Leif dudara en ningún momento. En cambio, tanto él como todos nosotros pensábamos que todo ello era realmente trágico. Muchas vidas quedaron anorreadas al mismo tiempo, no tan sólo la de la Stella y su familia.

—Y durante el tiempo que en Leif trabajó en el caso? —preguntó en Martin—. Alguna vez expresó que tingués dudas?

Se inclinó ninguno adelante y estrechó las manos sobre la mesa.

—No, nunca, que yo recuerde —respondió en Gösta—. Cuando Marie y Helen confesaron, todo va parecer claro como el agua. Y, para en Leif, nada cambió cuando, más tarde, las chicas se dieron cuenta de la gravedad de la situación y retiraron la confesión.

Bajó los ojos hacia la mesa y la Erica supuso que le habían venido a la cabeza todo de recuerdos de aquella época. Probablemente, a en Gösta le vendía de nuevo que, los últimos años antes de morir, en Leif hubiera dudado de la culpabilidad de Marie y Helen.

—Qué pasó, después? —preguntó en Patrik, impaciente—. Las chicas dejaron la Stella en el patio porque se pensaban que su padre había vuelto del trabajo antes de tiempo.

—Se lo consideró nunca sospechoso, el padre? —preguntó Paula.

—El Anders Strand lo interrogaron varias veces —respondió en Gösta—. En Leif le preguntó una y otra vez sobre las horas que había dado y, incluso, interrogó el resto de miembros de la familia, la madre y la hermana grande, por...

Vaciló un instante y en Martin acabó la frase:

—Para comprobar que no hubiera problemas dentro de la familia: maltratos, agresiones...

—Exacto —continuó en Gösta—. No es nunca agradable tener que formular este tipo de preguntas.

—Se hace el que se tiene que hacer —murmuró en Patrik.

—En este sentido no se encontró nada —dijo el Erica—. Todo apuntaba que se trataba de una familia normal y llena de amor. Ningún indicio que algo no rutllés. Así que la investigación se movió ninguno el estadio siguiente: encontrar un agresor externo.

—Cosa que no condujo a ningún resultado —dijo en Gösta—. Por las proximidades de la granja no se había visto ningún desconocido, ni antes del asesinato ni alrededor de la hora que la Stella había muerto. Tampoco encontramos ningún pedófilo con antecedentes a la cercanía. Nada.

—Qué fue la causa de la muerte? —preguntó Paula, y, ausente, rascó el Ernst detrás la oreja.

—Fuertes impactos a la cabeza —dijo la Erica, y, después de dudar un instante, colgó las fotos a la pizarra.

—Ay, caram! —hizo el Annika, y parpadeó varias veces para reprimir las

lágrimas.

En Gösta bajó la vista. Ya las había visto antes.

—La Stella había recibido una serie de golpes a la nuca. A la autopsia se indica que con toda seguridad recibió incluso después de morir.

—Con dos objetos diferentes —dijo en Patrik—. He leído en diagonal el informe que ha enviado en Pedersen y esto me ha llamado la atención.

El Erica asintió con la cabeza.

—Bien, a las heridas se encontraron restos de piedra y madera. Una de las hipótesis era que había sido golpeada con una rama y un roc.

—Fue uno de los motivos por los cuales en Leif empezó a sospechar que se trataba de dos asesinos —dijo en Gösta, y levantó los ojos.

—Evidentemente, cuando las chicas no aparecieron con la Stella tal como habían quedado, el padre empezó a quitarse el sueño —continuó el Erica—. Cuando Linda y la Sanna volvieron a casa a las cuatro y media, la Anders estaba fuera de sí. Recibió una llamada de en K. G. diciéndole que Helen y Marie habían dejado la Stella a la granja poco más de una hora antes. Linda y el Anders salieron a buscarla en el bosque y a la carretera, pero pronto lanzaron la toalla. Dieron el aviso a las seis y cuarto y la policía puso en marcha la busca poco después. Exactamente como en esta ocasión, aparecieron un montón de voluntarios del pueblo para dar un golpe de mano.

—He sentido a decir que el mismo hombre que encontró la Stella ha encontrado también la Nea —añadió en Martin—. No creéis que es un aspecto que tendríamos que examinar con atención?

En Patrik negó con la cabeza.

—No, a parecer mío, no. Más bien tenemos que darle las gràcies que decidiera registrar con más detenimiento el lugar donde habían encontrado la Stella.

—Y los perros no la habían localizado? —preguntó Paula, sin dejar de rascar el Ernst detrás de la oreja.

—Los guías todavía no habían llegado a aquella zona —respondió en Patrik, haciendo una mueca—. Háblanos más de las chicas.

El Erica comprendió qué pretendía. Siempre dedicaba un montón de horas a conseguir una descripción minuciosa de las personas que formaban parte de la historia y estaba convencida que aquel era uno de los factores que explicaban el éxito de sus libros. Su objetivo siempre había sido dotar de carne y huesos las personas que había detrás de casos de asesinato famosos que antes sólo habían aparecido en titulares en blanco y negro y fotografías granuladas en artículos de diario.

—Bien, hoy por hoy, todavía no he tenido tiempo de entrevistar las personas que en aquella época conocían Helen y Marie. Pero sí que he podido hablar con algunas y he dibujado una serie de circunstancias que rodeaban aquellas chicas y sus familias.

El Erica se fregó la garganta.

—Las dos familias eran muy conocidas en el pueblo, pero por razones completamente diferentes. La de Helen era, desde fuera, la familia perfecta. Tanto la madre como el padre eran dos personajes respetables de la economía y el ocio de Fjällbacka. El padre era el presidente del Club Rotary, la madre estaba implicada en la asociación Hemos och Skola; los dos tenían una vida social

activa y también se encargaban de organizar buena parte de las actividades lúdicas del pueblo.

—Hermanos? —preguntó Paula.

—No, Helen era hija única. Una chica complidora, buena estudiante, tranquila. Bien, así es como la describen. Habilidoso con el piano y, por el que he sentido a decir, a sus padres les gustaba mostrarlo. Marie, en cambio, provenía de una familia con la cual supongo que ya teníais mucho trabajo antes de todo esto.

En Gösta asintió con la cabeza.

—Sí, ya puedes subir de pies.

—Peleas, alcohol, robos en casas... Bien, ya os hacéis una idea. Y esto no tan sólo concernía los padres, sino también los dos hermanos grandes de Marie. Ella era la única chica y no había aparecido a los registros policiales antes de la muerte de la Stella. Sus hermanos, por el contrario, aparecían con regularidad antes y todo de haber cumplido los trece años.

—Se trataba del merder que se trataba, bicicletas robadas, asaltos a comercios...

Bien, cualquier cosa de esta índole, el primero que hacíamos era ir a sacar la nariz por la granja de los Wall —dijo en Gösta—. Y nueve veces de cada diez encontrábamos el coi de bicicleta o el que fuera que había desaparecido.

Tampoco eran ningún llumenera.

—Pero nada que implicara Marie, oi? —preguntó en Patrik.

—No, fuera de que de vez en cuando recibíamos denuncias de la escuela porque sospechaban que sufría maltratos. Pero la chica siempre lo negaba con rotundidad. Decía que había caído de la bici. O por las escaleras.

—Pero, aún así, habríais podido actuar... —dijo Paula, y va arrufar las cejas.

—Tienes razón, pero entonces las cosas no funcionaban muy bien así.

El Erica se dio cuenta que en Gösta se revolvía a la silla, incómodo. Probablemente sabía que Paula tenía razón.

—Eran otros tiempos. Mezclar los servicios sociales era el último recurso. Y en Leif lo solucionó pasando un día por la granja y teniendo una conversación seria con el padre de Marie. Después de aquello no llegaron más denuncias de la escuela. Pero, esclar, es imposible saber si el hombre dejó de pegarle o mejoró la técnica y ya no le dejaba marcas.

Va estossegar tapándose la boca con el puño. No añadió nada más.

—Aunque las dos chicas provinieran de dos entornos diferentes —continuó el Erica—, se hicieron muy buenas amigas. Se pasaban el día juntas, aunque a los padres de Helen no los hacía ninguna gracia. Al principio hacían la vista gorda, a buen seguro esperando que el tiempo lo pusiera todo a su lugar. Pero, despacio, la mosca les fue subiendo a la nariz y prohibieron a las chicas que se volvieran a ver. El padre de Helen es muerto y todavía no he tenido tiempo de hablar con la madre, pero sí que lo he hecho con gente con quien se relacionaban en aquella época. Todos coinciden a decir que el hecho que Helen no pudiera ver más a Marie provocó un gran ajetreo. Bien, ya os podéis imaginar el drama, con dos chicas preadolescentes. Al final tuvieron que acatar la decisión y ya no se pudieron ver fuera de clase. Pero los padres de Helen no podían evitar que se vieran en la escuela, puesto que iban a la miteixa clase.

—Pero, así, los padres de Helen hicieron una excepción cuando las chicas hicieron de canguros de la Stella —dijo en Patrik, pensárs—. Por qué? No os

parece extraño, teniendo en cuenta la dureza con que se habían opuesto al hecho que las chicas se vieran?

En Gösta se inclinó ninguno adelante.

—El padre de la Stella era el director de la oficina bancaria de Fjällbacka. Por lo tanto, ocupaba uno de los cargos más preeminentes del pueblo. Teniendo en cuenta que Linda y él ya habían pedido a las chicas si se podían cuidar de la Stella juntas, estoy convencido que en K. G. Persson no se quiso enemistar con el Anders Strand. Por eso se hizo una excepción.

—Ahí es nada... —dijo en Martin, meravellat, y sacudió la cabeza.

—Cuánto de tiempo tardaron a confesar? —preguntó Paula.

—Una semana —respondió la Erica, y volvió a mirar las fotografías que había colgado a la pizarra blanca.

Siempre volvía a la misma pregunta: Por qué habían confesado ser las autoras de un asesinato tan atroz si no eran las culpables?

El caso Stella

—É S TERRIBLE. Marie no ha sufrido bastante, ya?

—La Lenita se pasó los dedos por el enorme cabecauce rubio. Marie no se movió, con las manos sobre las rodillas. Copos de cabellos largos caían sobre aquella cara preciosa.

—Tenemos que formular estas preguntas. Me sabe mal, pero es necesario.

En Leif no apartó en ningún momento los ojos de Marie. Sus padres podían decir el que quisieran, pero él estaba convencido que las chicas no estaban diciendo toda la verdad. Havien interrogado el Anders Strand varias veces, habían examinado del derecho y del revés la historia de la familia y no habían encontrado nada. Eran aquellas dos chicas, las que los podían aportar un poco de luz. estaba convencido.

—No pasa nada —dijo Marie.

—Me puedes explicar otra vez qué pasó cuando os adentrasteis al bosque?

—Has vuelto a hablar con Helen? —preguntó, mirándolo a los ojos.

Nuevamente, en Leif pensó que, cuando se haz grande, aquella chica sería una auténtica belleza.

Y aquello como hacía sentir Helen? Por su propia hija, en Leif sabía un poco como pensaban las adolescentes y no siempre resultaba fácil ser la amiga invisible junto a la bonita. Helen se convertía en una más junto a aquella estrella brillante, y el comisario se preguntaba cómo había podido afectar aquello la relación entre las dos chicas. En muchos sentidos formaban una combinación extraña y en Leif no acababa de entender qué había hecho que se unieran. Raso y corto, no le encajaba.

Dejó el bolígrafo sobre la mesa. Era ahora o nunca. Miró los padres de Marie.

—Querría hablar con Marie un momento.

—Nunca jamás!

La voz estridente de la Lenita resonó entre las paredes de la saleta.

—A veces, la memoria puede funcionar mejor si somos capaces de relajarnos y me parece que Marie se siendo sobrepasada por toda esta situación —dijo en Leif, con serenidad—. Si puedo hacerle unas cuántas preguntas sobre el rato que estuvieron andando por el bosque, quizás obtendremos un poco de información que nos ayude a avanzar en la investigación, y entonces todo esto habrá acabado en un santiamén.

En Larry se toquejava uno de los incontables tatuajes que llevaba al brazo y miró su mujer.

La Lenita rió por debajo la nariz.

—Nuestra familia no ha sacado nunca nada de bono de las conversas a solas con la policía. Recuerda, simplemente, aquella vez que en Krille volvió a casa con un ojo de terciopelo después de que la policía lo detuviera.

La voz volvía a ser aguda.

—No había hecho nada. Había salido a divertirse con los amigos cuando, sin

ningún motivo, la policía se lo llevó hacia la comisaría y después apareció por casa con un ojo hinchado.

En Leif suspiró. Sabía perfectamente de cuando estaba hablante. En Krille, ciertamente, había salido a divertirse un poco. Borracho como una cuba. Se había emperrado que otro chico había intentado ligar con su xicota y había roto una botella de vidrio y había empezado a brandar-la al aire amenazando de matarlo. Habían hecho falta tres agentes para meterlo en el coche patrulla y, cuando lo traían hacia la celda porque le pasara la borrachera, se había vuelto a mostrar agresivo y los policías se habían visto obligados a reducirlo a tierra porque se calmara. Y, en medio de aquel ajetreo, acabó recibiendo un golpe. Pero en Leif sabía que no valía la pena entrar en aquella discusión. Especialmente si el que quería conseguir era que los padres de Marie salieran de la sala.

—Un episodio muy lamentable —dijo—. Si lo queréis, puedo dar un vistazo a aquel incidente. Quizás incluso hay motivos de peso para recibir una compensación. Una indemnización. Pero, en este caso, es fundamental que confiáis en mí y me dejáis hablar un rato a solas con Marie. Está en buenas manos.

Apuntó la sonrisa más amplia que pudo y se dio cuenta que la palabra *indemnización* había hecho que la cara de la Lenita se iluminara.

La mujer se giró hacia en Larry.

—La policía tiene que tener la oportunidad de intercambiar cuatro palabras con Marie a solas, sólo faltaría. La chica es testigo de un caso de asesinato. No entiendo por qué te has obstinado tanto, tú.

En Larry movió la cabeza.

—Pero si yo...

La Lenita se levantó de la silla sin que su marido hubiera acabado la frase.

—Dejamos que la policía haga su trabajo y después, cuando hayáis acabado, podremos hablar del otro asunto.

Cogió en Larry por el brazo y se lo llevó ninguno afuera. Cuando llegó al umbral de la puerta, se paró.

—Ahora no te arronsis, Marie. Demuestra que puedes ser un poco como tus hermanos.

Y sonrió a en Leif.

—Los chicos llegarán lejos, pero, desde que nació esta no me ha dado más que dolores de cabeza y problemas.

La puerta se cerró y la sala quedó inmersa en el silencio. Marie continuaba sin moverse, con las manos a las rodillas y la barbilla contra el pecho. Despacio, la chica levantó la cabeza, con una mirada inesperadamente oscura.

—Lo hicimos nosotros—dijo, con aquella voz ronca—. La matamos nosotros.

E

N JAMES ABRIÓ LA NEVERA. Estaba llena y muy organizada, eso sí que se lo tenía que reconocer a Helen. Cogió la mantequilla y la dejó sobre el mármol. vio un vaso. Sin ningún tipo de duda, de en Sam, que no lo había recogido. En James estrechó el puño. Lo asaltó un sentimiento de decepción profunda. En Sam, que hacía la fila de un auténtico marginado social. En Sam, que era incapaz de encontrar un trabajo de verano. Que parecía que nada le salía bien.

Pero sabía disparar, en James tuvo que reconocerlo. En un día bueno, en Sam era mejor que él y todo. Pero, aún así, el chico se pasaría el resto de su insignificante vida sentado ante una pantalla jugando a los sacapuntas.

Cuando cumpliera los dieciocho años, en James lo echaría de casa. Helen ya podía decir misa, pero para nada del mundo pensaba mantener un adulto perezoso y que no servía para nada. Entonces el chico se daría cuenta de que suponía buscar trabajo con todo aquel maquillaje a la cara y aquella ropa horrorosa que traía.

Alguien trucó a la puerta y se estremeció. Quién podía ser?

El solo penetró por la apertura de la puerta cuando en James la abrió y se tuvo que tapar los ojos con la mano para ver quién había trucado.

—Sí? —hizo.

Allá delante había un hombre de unos veinticinco años, que se fregó ligeramente la garganta.

—Es usted en James Jensen?

En James va arrufar el frente. Qué era, todo aquello? Hizo una pasa adelante y el joven retrocedió inmediatamente. En James provocaba a menudo aquel efecto en las personas.

—Sí, soy yo. De que se trata? —dijo.

—Bien, soy del diario *Expresan* y me preguntaba si tiene nada para comentar del hecho que el nombre de su mujer haya vuelto a salir en relación con un caso de asesinato que está investigando la policía.

En James lo miró con fijeza. No comprendía ni media palabra del que le estaba diciendo.

—Qué quieres decir con esto que «ha vuelto a salir»? A que te refieres? Estás hablando del asesinato por el cual mi mujer fue injustamente acusada? Porque desde hace mucho tiempo no tenemos absolutamente nada para añadir sobre esta cuestión, ya lo sabéis!

Podía sentir como las sienas le latían con fuerza. Por qué volvían a sacar aquella mierda, ahora? Ciertamente, de vez en cuando los llegaban peticiones de entrevistas, algún avisado que quería «revisar del caso» y «ofrecer a Helen la oportunidad de dar su versión de todo», pero había pasado mucho tiempo desde la última vez. Como mínimo diez años.

—Estoy hablando de una niña pequeña que vivía en la misma granja que la Stella y que han encontrado muerta esta mañana. La policía ha celebrado una rueda de prensa después de comer y ha mencionado los nombres de tu mujer y Marie Wall.

Qué cojones era todo aquello?

—Y bien, me pregunto cuál es vuestra reacción al hecho que, treinta años más tarde, el nombre de Helen vuelva a aparecer como sospechosa. Quiero decir que ella siempre ha sostenido su inocencia. Por cierto, está en casa? Si pudiera hacerle unas cuántas preguntas también sería perfecto. Es importante que tenga la oportunidad de dar su punto de vista, antes de que la gente empiece a extraer opiniones apresuradas...

Las sienas le latían todavía con más fuerza. Coi de hienas de mierda!

Volverían a plantar las tiendas ante la casa, tal como habían hecho cuando los padres de Helen vivían allá? En K. G. le había explicado que a los anocheceres se esperaban dentro de los coches, con las luces apagadas, picaban a la puerta, llamaban por teléfono. Con pocas palabras, habían puesto asedio en la casa.

Veía como la boca de aquel periodista no paraba de moverse. Suponía que continuaba escupiendo preguntas, intentando convencer en James que hablara con él. Pero en James no sentía nada. Sólo un bronzit ensordidor dentro de la cabeza, y la única manera que tenía que ahogarlo era cerrando aquella boca que no paraba de moverse ante sede.

El puño se estrechó con fuerza. Avanzó una pasa hacia el periodista.

Por la mañana, después de la reunión, se habían parado a bañarse. Habían comentado el entusiasmo de en Bill y rieron de la propuesta alocada en que se habían enredado. No conocían nadie que hubiera navegado nunca. Ni siquiera pisado un velero. Y ahora, dentro de unas semanas, participarían en una regata.

—Es imposible que funcione! —dijo en Khalil, y va aclucar los ojos dentro del jacuzzi.

Le encantaba el agua caliente. Pero era cómo si sólo hubiera a la superficie; cuando menos se lo esperaba, podía salir un rayo helado, que le ponía la piel de gallina. Echaba de menos el calor seco e intenso. Aquella que no desaparecía nunca, que sólo aflojaba un poco y, al atardecer, se convertía en una brisa bendita. Y también el olor que hacía. El calor de Suecia no olía a nada. Era tan indiferente y anodina como los suecos. Pero era un comentario que no se atrevía a hacer en voz alta.

En Karim lo regañaba así que se quejaba de Suecia. O de los suecos. Le decía que los tenían que estar agradecidos. Que aquella era su nueva patria, que allá habían encontrado refugio, que podrían vivir en paz. Y sabía que en Karim tenía razón. Pero era tan refotudament difícil que le gustaran los suecos... Todo en ellos transpirava recelo y lo miraban cómo si fuera de una clase inferior. No tan sólo los racistas. De estos, resultaba muy fácil protegerse. Mostraban abiertamente el que pensaban y sus palabras le rebotaban contra la piel. Eran los otros suecos, los normales y a salto de mata, los que le costaban de pair. Los que en realidad eran buenas personas, que se consideraban a sí mismos abiertos, con amplitud de miras. Que leían a los diarios sobre la guerra, que se exclamaban de aquel horror, que daban carretades de dinero a organizaciones humanitarias y organizaban recogidas de ropa. Pero a los cuales no los pasaría nunca por la cabeza invitar un refugiado en casa suya. Eran estos a quien no entendería nunca. Y, entonces, como podría llegar a conocer su nuevo país? Era incapaz de imaginarse denominándolo *patria* u hogar, como hacía en Karim. No era ningún hogar, sólo un país más.

—Mira! —dijo el Adnan, y en Khalil giró la cabeza en dirección donde estaba mirando su amigo.

Una chica rubia y dos de morenas de su misma edad reían ruidosamente y chapoteaban algo más allá.

—Vamos a hablar con ellas? —dijo el Adnan, y con la cabeza señaló ninguna donde eran las chicas.

—Sólo nos causará problemas —respondió en Khalil.

Durante una de las clases de sueco, el Sture había hablado de cómo había que comportarse con las suecas. Era preferible ni siquiera hablar. Pero en Khalil no se podía estar de pensar que sería fantástico poder conocer una chica de allá. Entonces podría aprender más cosas de aquel país y mejoraría el idioma.

—Ven, vamos a hablar con ellas —dijo el Adnan, y lo estiró por el brazo—. Qué puede pasar?

En Khalil se liberó.

—Recuerda el que nos dijo el Sture.

—Bah, sólo es un viejo. Qué sabe él?

El Adnan salió del jacuzzi y se lanzó inmediatamente a la piscina. Con unas cuantas braçades rápidas se acercó a las chicas. Dubitativo, en Khalil lo siguió. Aquello no era una buena idea.

—*Hello!* —sintió que decía el Adnan, y se dio cuenta que no tenía ninguna otra elección que seguirle la corriente.

En un primer momento, las chicas pusieron cara de desconafianza, pero después sonrieron y respondieron en inglés. En Khalil se relajó. Quizás el Adnan tenía razón y la Sture se equivocaba. No parecía que aquellas chicas se hubieran tomado mal que se hubieran acercado a hablar con ellas. Se presentaron y los explicaron que todas se hostatjaven al mismo complejo turístico con sus familias. Era allá donde se habían conocido.

—Qué cojones os pensáis que estáis haciendo?

En Khalil se estremeció.

Un hombre que rondaba los cincuenta años se los acercó.

—*Sorry, no Swedish* —respondió en Khalil, extendiendo los brazos.

Se le hizo un nudo al estómago. El único que deseaba era marchar de allá.

La chica rubia fulminó con la mirada el hombre y los dos intercambiaron unas cuantas frases en sueco. Por la manera como se hablaban, en Khalil comprendió que se debía de tratar de su padre.

—*Let the girls alone and go back where you came from!*⁵

El hombre que los estaba abucheando iba vestido sólo con un banyador con el símbolo de Superman, cosa que habría resultado de lo más cómica si la situación no hubiera sido tan desagradable.

—*Sorry* —dijo en Khalil, y retrocedió.

No se atrevía a mirar el Adnan. A su amigo, el temperamento arrauxat le ocasionaba problemas demasiado a menudo y en Khalil casi pudo sentir la rabia que desprendía.

—*We don't need people like you here* —dijo el hombre—. *Only trouble.*⁶

En Khalil observó la cara encendida del hombre. Se preguntaba qué diría si supiera que se habían pasado toda la noche buscando la pequeña Nea. Pero

probablemente no cambiaría nada. Algunos hacía mucho tiempo que habían tomado la decisión.

—Ven —dijo en árabe al Adnan, y se llevó su amigo.

Valía más que marcharan de allá. La chica rubia se encogió de hombros, disculpándose.

Se habían hecho las cinco y media cuando la Erica acabó la exposición del caso Stella a la comisaría de policía. En Patrik vio que todos estaban agotados, ninguno de sus compañeros había podido descansar o dormir un poco, así que, no sin dudar, los ordenó que marcharan hacia casa. Era mejor tenerlos el día siguiente por la mañana descansados y con la cabeza despierta, y evitar así que por culpa del cansancio cometieran un error que después fuera difícil de reparar. El mismo valía para él. Era incapaz de recordar que nunca hubiera deseado tanto poder dormir una noche entera.

—No te olvides de los niños —dijo el Erica cuando en Patrik entró con el coche a Fjällbacka.

El Erica sonrió y repuso el hacia el hombro de su hombre.

—Cojones, yo que esperaba que no te recordaras. No nos los podemos olvidar «por casualidad» en casa de en Dan y Anna hasta mañana? Estoy agotado y hace una eternidad que no pasamos una noche entera sin que alguien se esmunyi a nuestra cama y se meta en medio.

—No creo que sea el momento de olvidarnos de ellos —dijo el Erica. Y, sin dejar de sonreír, le clavó unos golpecitos a la mejilla.— Ve a dormir en la habitación de invitados. Yo me ocuparé de los niños. Tú tienes que descansar.

En Patrik sacudió la cabeza. Odiaba dormir sin el Erica. Y, al fin y al cabo, le gustaba mucho sentir el rumor de pequets menuts en plena noche, y una criatura o más de una que se acurrucaba entre los dos. Por otro lado, ahora más que nunca necesitaba sentir cerca su familia y estaba dispuesto a sacrificar una noche de descanso. Había sido una tontería, bromear sobre dejar los niños en casa de Anna y en Dan. Necesitaba tenerlos cerca. Y, agotado como estaba, apenas lo despertarían.

Eran tres criaturas alegres y cargadas de azúcar las que recogieron en casa de Anna y en Dan. A pesar de que los ofrecieron que se quedaran a cenar, después de dar un vistazo a su hombre, el Erica rehusó la oferta. En Patrik no sabía ni si tendría suficientes fuerzas para comer nada.

—Papa, papa, nos han dado helado! —dijo la Maja, contenta, desde el asiento trasero—. Y caramelos. Y galletas.

La niña comprobó que sus germanets pequeños trajeran el cinturón de seguridad ligado. La Maja consideraba que sus padres eran dos personas dulces y cariñosas, pero no bastante maduras para hacerse responsables de sus dos germanets pequeños.

—Genial! Así ya tenemos cubierta toda la pirámide de los alimentos! —respondió en Patrik, y levantó los ojos al cielo.

—No pasa nada —dijo el Erica, y va esclafir a reír—. La próxima vez que hacemos de canguros de sus hijos ya nos aseguraremos que se harden de azúcar. Ay, como le gustaba aquella risa. Bien, si tenía que ser franco, le gustaba todo de su mujer. Incluso sus malas costumbres. Sin, no sería el Erica. Se había sentido

tan orgulloso, cuando de una manera minuciosa y metódica había ido explicando toda la información que hasta aquel momento había compilado para el libro. Era una mujer brillante y competente, y en Patrik era el primero a admitir que, sin ningún tipo de duda, la más inteligente de la pareja. A veces se preguntaba cómo habría sido su vida si no hubiera conocido la Erica, pero el cerebro siempre se desempallegaba rápidamente de aquel pensamiento. El Erica era allá, era su mujer, y al asiento trasero tenían tres mocosos maravillosos. Alargó el brazo para cogerle la mano mientras conducía hacia la casa de Sälvik y fue correspondido con una sonrisa que le hizo latir el corazón con fuerza.

Cuando llegaron a casa, los niños prácticamente se ensartaban por las paredes debido a todo el azúcar que se habían tomado, así que decidieron estirarlos al sofá ante una película porque se calmaran un poco antes de acostarlos. En Patrik se había preparado para una auténtica guerra, puesto que elegir película siempre acababa con una batalla campal entre tres personalidades muy fuertes. Pero, por el que parecía, la Maja se había encargado de las negociaciones preliminares mientras iban en coche porque los informó, con un tono grandiloquente:

—Papa, ya sé que en realidad son demasiado pequeños para ver *Frozen*, porque hace demasiado miedo, y que sólo los niños grandes la pueden ver a estas horas... Pero los he dicho que estaba segura que hoy podíais hacer una *expetció*...

Después picó el guiño unas cuantas veces de manera exagerada. A en Patrik le costó penas y trabajos no esclafir a reír. Era muy avispada, su hija. Llevaba los genes de su madre. Y el tono de voz había sido lo de un adulto, a pesar de haber dicho *expetció* en vez de *excepción*. No se vio con corazón de corregirla e hizo un esfuerzo para sonar serio. Los gemelos lo observaban con una gran expectación.

—Aix, no lo sé ... De día es una cosa, pero, como dices muy bien, al atardecer hace un poco demasiado de miedo para los niños pequeños. Pero de acuerdo. Una *expetció*. Sólo esta vez.

Los gemelos llamaron de alegría y la Maja sonrió, satisfecha. Dios del cielo, como sería aquella niña cuando se haz grande? A en Patrik le vinieron a la cabeza los palacios de Harpsund y Sagerska.^z

—Lo has sentido? —dijo, riendo, cuando entró a la cocina.

Derecha ante el mármol, el Erica apuntó una sonrisa de oreja a oreja, sin cesar de cortar las hortalizas para la ensalada.

—Sí, Dios mío. Qué haremos, de ella?

—Primera ministra de Suecia, estaba pensando —respondió en Patrik, se plantó justo detrás la Erica, la abrazó y le husmeó suavemente la nuca.

Le encantaba aquel olor.

—Suyo, la cena estará a punto enseguida —dijo la Erica, y le dio un beso—. Te he servido una copa de vino tinto y he metido una de las porciones de lasanya de tu madre al horno.

—Sí, a veces no tenemos derecho a quejarnos que nos consenteixi tanto —añadió en Patrik, y se dejó caer a la candira.

Su madre sufría constantemente porque los niños —y de retuque también el Erica y en Patrik— se murieran de desnutrición debido a la ingesta de tanto de comer medio procesado... o del todo. Como mínimo un golpe por semana,

Kristina sacaba la nariz por casa suya con comer casero con el cual podían llenar el congelador. Y, aunque se quejaban que sentían que los trataba como dos criaturas, en situaciones como aquella lo apreciaban de verdad. Además, Kristina era una cocinera excelente y, en aquellos momentos, del horno salía una oloreta deliciosa.

—Qué te parece? El que he explicado os puede ayudar de alguna manera? —El Erica se le sentó delante y se sirvió una copa de vino.— Hasta dónde habéis podido llegar en la investigación?

—Ahora mismo no tenemos nada concreto en qué basarnos —dijo en Patrik, despacio, mientras hacía cercar el vino dentro de la copa.

En el líquido rojizo se reflejaban las llamas de dos velas y, por primera vez en casi cuarenta y ocho horas, en Patrik se permitió el lujo de relajar los hombros. Pero no lo podría hacer del todo hasta que no consiguieran averiguar qué le había pasado a la Nea.

—Has recibido ninguna respuesta de Helen o Marie? —preguntó, y miró el Erica a los ojos.

Su mujer negó con la cabeza.

—No, nada de nada. La pregunta es que le ha aconsejado que haga la editorial con la cual está negociando, si me tendría que conceder una entrevista o no. Personalmente, creo que mi libro los serviría de reclamo y haría aumentar las ventas del suyo, pero no se sabe nunca como piensa una editorial.

—Y Helen?

—Ni siquiera me ha respondido, pero me parece que tengo el cincuenta por ciento de probabilidades que acceda. La mayoría de personas tienen la necesidad imperiosa de vaciar el pap. Pero, a pesar de todo, Helen ha conseguido crearse una nueva vida a Fjällbacka, aunque lo haya hecho moviéndose entre las sombras. No estoy segura que ahora, voluntariamente, quiera hacer una pasa adelante y salir. Pero después del que ha pasado quizás se verá abocada. Todas las miradas se dirigirán hacia Marie y hacia ella.

—Y que cruces que pasará? —preguntó en Patrik mientras se levantaba para abrir la puerta del horno y daba un vistazo a la lasanya.

Había empezado a hervir, pero todavía le hacía falta un rato más porque el queso cogiera aquel color dorado tan bueno. Se volvió a sentar y miró el Erica, que arrufava el frente. Al final, dijo despacio:

—Con franqueza, ya no lo sé. Cuando empecé a investigar para el libro, estaba completamente convencida que eran culpables. El hecho que las dos hubieran confesado el crimen pesaba mucho, aunque después hubieran retirado la confesión y desde entonces hayan sostenido que eran inocentes. Mi punto de partida era escribir un libro en que intentaba comprender como podía ser que dos chicas tan jóvenes hubieran asesinado una criatura pequeña. Pero ahora ya no lo sé... Que en Leif Hermanssueño pensara que eran inocentes me lo ha hecho ver todo desde un nuevo ángulo. Al fin y al cabo, era la persona que había sido más implicada en el caso. Y todo se basaba en la confesión de las chicas. Un golpe la consiguieron, dejaron de investigar. Cuando, posteriormente, las chicas se retractaron, ya no había ningún interés a volver a abrir la investigación. Ni siquiera por parte de en Leif. Sus dudas aparecieron muchos años después.

—Y que debía de ser el que hizo que en Leif empezara a creer en la inocencia de

las chicas?

—No tengo ni idea —dijo la Erica, y movió la cabeza de forma que los rizos rossencs le fueron a parar a la cara—. Pero lo averiguaré. Puedo empezar a hablar con personas que conocían Marie y Helen hace treinta años, mientras espero que ellas me contesten.

El Erica se levantó para sacar la lasanya del horno.

—Truqué a la madre de Helen y la mujer se mostró predispuesta a dejar que le hiciera unas cuántas preguntas.

—Y que cruces que piensa Helen? —preguntó en Patrik—. Que su madre hable contigo.

El Erica se va arronsar de hombros.

—Por el que he sentido a decir de la madre de Helen, es una mujer que sólo se preocupa de sí misma. Ni siquiera creo que se haya planteado si le sabrá mal o no.

—Y la familia de Marie? Bien, los padres son muertos, pero oi que tenía dos hermanos?

—Sí, un vivo en Estocolmo y, al parecer, está metido hasta el cuello en el mundo de la droga, y el otro está en la prisión de Kumla por robo a mano armada.

—Preferiría que no te acercaras —dijo en Patrik, aunque se dio cuenta que estaba hablando con una pared.

—Mmm... —hizo el Erica, porque sabía que en Patrik era consciente que no le podía decir qué tenía que hacer y que no.

Entendiéndose los dos sin la necesidad de decir nada, cambiaron de tema de conversación y hundieron los tenedores en la lasanya.

De la sala de estar los llegó lo *Quiere volar* a todo volumen.

5. «Dejáis las chicas en paz y volvéis allá de dónde habéis venido!» (*N. del T.*)

6. «No nos hace falta gente como vosotros por aquí. [...] Sólo problemas.» (*N. del T.*)

7. Residencia de veraneo y residencia oficial, respectivamente, de los primeros ministros de Suecia (*N. del*

T.)

El caso Stella

EN LEIF INTENTÓ CENTRARSE antes de entrar a la pequeña sala de reuniones. Era lógico. Y, a la vegada, no lo era. Más que cualquier otra cosa, el que lo había convencido había sido la serenidad que había mostrado Marie. La voz no le había temblado nada cuando había confesado el crimen.

Marie era una criatura. Era imposible que fuera capaz de engañar un policía con su experiencia. Y, además, como podría mentir una niña sobre una cuestión como aquella? La irreverencia de todo hacía que la creyera. Fría y meticulosa, se lo había ido explicando todo, de principio a fin, mientras su madre lloraba y el padre le berreaba que cerrara la boca y dejara de hablar.

a paso, había narrado el que había pasado. En Leif la había escuchado con un nudo al estómago que cada vez se le iba tirando más gordo; había parado atención a aquella voz dulce de criatura; había observado aquellas manos aferradas a las rodillas y el solo que le iluminaba los cabellos dorados. Resultaba increíblemente difícil de creer que alguien que parecía un ángel hubiera podido generar aquella maldad, pero en Leif no dudaba que era verdad. Ahora sólo le había que encajar las últimas piezas del rompecabezas. O, más muy dicho, la última.

—Perdonáis la espera —dijo, y cerró la puerta después de entrar.

En K. G. lo saludó con un golpe de ningún breve y puso una mano pesada sobre el hombro de su hija.

—Empezamos a estar un poco cansados de todo esto —dijo la Harriet, y sacudió la cabeza.

En Leif se fregó la garganta.

—Acabo de hablar con Marie —dijo.

Helen levantó el hacia poco a poco. Tenía la mirada ligeramente ausente, como si la chica se encontrara muy lejos de allá.

—Marie ha confesado que lo hicisteis vosotros.

En K. G. soltó un esbufec y la Harriet se tapó la boca con la mano. Por un instante, a en Leif le pareció ver una chispa de sorpresa a los ojos de Helen. Pero desapareció tan deprisa como había llegado y, más tarde, el comisario ni siquiera estaba seguro de haberla visto.

a La chica se quedó en silencio unos cuantos según, después asintió con la cabeza.

—Sí, fuimos nosotros.

—Helen!

La Harriet alargó una mano, pero en K. G. no se movió nada. La cara era como una máscara.

—Tendríamos que trucar a un abogado? —dijo.

En Leif dudó. Quería llegar al fondo de la cuestión inmediatamente, pero no los podía negar un de sus derechos.

— tenéis todo el derecho, si es el que queréis —respondió.

—No, yo quiero responder las preguntas —dijo Helen, y se giró hacia su padre.

Una guerra silenciosa se entregó entre los dos y, para sorpresa de en Leif, salió vencedora Helen. La chica miró el comisario de hito en hito.

—¿Qué quieres saber?

Punto por punto, en Leif repasó minuciosamente la confesión de Marie. A veces, Helen se limitaba a asentir con la cabeza y entonces el comisario le recordaba que tenía que responder en voz alta, teniendo en cuenta la grabadora. La chica mostró la misma serenidad que Marie y en Leif no sabía exactamente como tenía que actuar. A lo largo de los años, había tratado con muchos criminales. Desde ladrones de bicicletas y maltractadores hasta una mujer que había ahogado su bebé a la bañera de casa. Todos habían mostrado un abanico amplio de emociones: rabia, pena, pánico, furia, resignación. Pero no se había encontrado nunca interrogando alguien que se mostraba completamente apático. Y mucho menos, dos personas. Se preguntó si tenía que ver con el hecho que se trataba de dos criaturas, que eran demasiados jóvenes para comprender la magnitud del que habían hecho. La frialdad de aquellas chicas mientras explicaban su historia escalofriante se tenía que deber de a alguna otra cosa que la simple maldad.

—O sea que después fuisteis a bañaros? Marie ha dicho que teníais que limpiaros toda la sangre.

Helen asintió con la cabeza.

—Sí, exacto. Quedamos empapados de sangre y fuimos a bañarnos.

—La ropa no se manchó, también? Cómo la limpiasteis?

La chica se mordió el labio.

— pudimos enjuagar la mayor parte sólo con agua. Después se secó deprisa bajo el solo. Y la mama y el papa no hicieron mucho caso de la ropa cuando llegué a casa, así que me fui a mi habitación y me cambié antes de cenar. Y dejé la ropa dentro de la lavadora.

Detrás suyo, la Harriet lloraba con la cara escondida entre las manos. Helen no la miró. En K. G. seguía cómo si se hubiera quedado petrificado. Hacía la impresión que había envejecido veinte años.

El esfereidora calma de Helen hacía que se asemejara más a Marie. Ya no le parecían una pareja extraña. Se movían del mismo modo, hablaban del mismo modo y la mirada de Helen recordaba la de Marie. Una nada. Un vacío sereno.

Por un instante, en Leif se estremeció cuando contempló la niña que tenía delante. Se había puesto en marcha algo que resonaría durante muchos años, quizás para el resto de sus vidas. El comisario había obtenido la respuesta que buscaba, pero esta había originado muchas otros, y de mucho más grandes.

Preguntas la respuesta de las cuales nunca acabaría de saber. Los ojos de Helen eran insondables y relucientes mientras lo miraban con fijeza.

—Nos enviarán al mismo lugar, oi? Podremos estar juntas?

En Leif no respondió. Se limitó a levantarse de la silla y a salir al pasillo. De repente, le costaba respirar.

A sus pies, la roca era lisa, pero en Karim cambiaba constantemente de posición. Curiosamente, el solo calentaba y, aún así, de vez en cuando sentía un escalofrío. El montón de palabras extrañas que se tenía que aprender a la vegada era tan grande que la cabeza le daba vueltas. *Emproar, arjau, empopada, ceñir, de largo. Esquerra* y derecha eran sustituidas por *abor* y *estribor*. Todavía no eran

las diez y ya se sentía exhausto.

—Si un emproa el barco, quiere decir que tiene la proa, *the frente of the boat is la proa*, encarada hacia donde sopla el viento. *The wind*.

En Bill gesticulaba exageradamente, mezclaba sueco e inglés, y en Farid se afanaba a traducir al árabe todo el que decía. Por suerte, el resto de los presentes hacían cara de estar tan desconcertados como en Karim. En Bill señalaba un barco que tenía a tocar, estiraba la vela mayor ahora cabe aquí ahora cabe allá, pero en Karim sólo pensaba que aquella embarcación parecía minúscula y esquifida en mayo del mar azul. El golpe de viento más exiguo la haría volcar y, entonces, todos acabarían al agua.

Por qué se había envuelto en todo aquello? Pero sabía exactamente la respuesta. Era una oportunidad para acercarse a la sociedad sueca, conocer la gente de aquel país, como pensaban. Y quizás acabar con todas aquellas miradas recelosas.

—Cuando el barco está emproat, la vela flamea y bastante. No nos movemos. — En Bill lo ilustró estirando la cabeza de la mayor.— Como mínimo tenemos que estar en un ángulo de treinta grados, *thirty degrees*, porque coja velocidad. Y es justamente el que queremos, porque hemos venido a competir!

Y agitó las manos.

—*We must find the fastest way for the boat.*⁸ *Use the wind*. Usáis el viento!

En Karim asintió con la cabeza sin saber por qué. Sintió un escalofrío a la nuca y se giró. Más allá, sentados en lo alto de una roca, había tres adolescentes que no los sacaban los ojos de sobre. Una chica y dos chicos. Algo hizo que en Karim se sintiera inseguro y volvió a dirigir toda la atención hacia en Bill.

—Se regula la vela contra el viento cazando o soltando la cabeza. Se dice así cuando estiramos o aflojamos las cabezas que sujetan la vela o las velas.

En Bill estiró el que hasta aquel momento en Karim había denominado *cuerda* y la vela se va tensar. Tenía que aprender demasiadas cosas. Con el poco tiempo de que disponían, no se saldrían. Si es que lo llegaban a conseguir nunca.

—Si hay que dirigir el barco en una dirección contra el viento, pero sin acabar emproat, se puede conseguir haciendo ladradas. Es como ir trazando diagonales en contra del viento.

A su lado, en Farid suspiró.

—Pequeñas ziga-zagues. —En Bill volvió a usar los brazos para mostrarlos a que se refería.— *You turn the boat and then turn it again, back and forth.*⁹ Se llama ir tirando virades.

En Bill volvió a señalar la pequeña embarcación.

—Había pensado que hoy podríais salir conmigo uno por uno mientras yo navego. Una volteta corta porque os hacéis una idea de que estoy hablante.

Con la mano señaló los veleros que había algo más allá. Cuando de buena mañana se habían encontrado, en Bill los había explicado que eran del modelo Laser. Parecían increíblemente pequeños.

En Bill sonrió a en Karim.

—Creo que podríamos empezar con en Karim y después tú, Ibrahim. El resto podéis dar un vistazo a estas fotocopias donde aparecen los términos de que hemos hablado. Por suerte, los he encontrado en internet en inglés, así que

empezaremos por aquí, y después ya los podréis aprender en sueco. De acuerdo? Al suyo cercando, las cabezas iban tirando que sí, pero en Karim e Ibrahim se miraron terrorizats. A en Karim le vino a la cabeza el trayecto de Estambul a Samos. La sensación de mareo. El balanceo de las olas. La embarcación que tenían delante, que volcó. Los gritos de los ocupantes. Los ahogados.

—Aquí tenéis un chaleco salvavidas —dijo en Bill, jovial, ajeno a la tormenta que se estaba desencadenando en el interior de en Karim.

En Karim se puso el salvavidas con penas y trabajos, tan diferente de aquel por el cual había pagado una fortuna antes de atravesar el mar.

Volvió a sentir el escalofrío a la nuca. Aquellos tres adolescentes todavía los estaban observando. La chica rió por debajo la nariz. A en Karim no le gustaba nada la mirada del chico rubio. Reprimió el impulso de comentar nada al resto, todo el mundo ya estaba bastante tienes.

—Muy bien —hizo en Bill—. Dejadme comprobar, sólo, que os los habéis puesto como es debido y después ya podremos salir!

Estrechó las correas y asintió con la cabeza, satisfecho. Vio algo detrás de en Karim y va esclafir a reír.

—Pero miráis que bien. La juventud ha venido a mostrarnos apoyo! —En Bill saludó con la mano los adolescentes que estaban sentados algo más allá.— Venís, venga!

Los tres jóvenes deslizaron roca abajo y se dirigieron hacia ellos. Cuanto más se acercaban, en Karim más sentía la mirada penetrante de aquel chico rubio.

—Este es mi hijo, en Nils —dijo en Bill, y puso una mano al hombro del joven de mirada oscura—. Y sus amigos, la Vendela y en Basse.

Los que habían sido presentados como los amigos del hijo alargaron la mano, pero en Nils se limitó a mirarlos.

—Salúdalos tú también —hizo en Bill, y clavó una empenteta a en Nils.

En Karim le alargó en el mano. Después de unos segundos eternos, en Nils se sacó la mano del bolsillo y estrechó la de en Karim. Era glacial. Pero los ojos todavía lo eran más. De repente, el mar le pareció una escapatoria cálida y acogedora.

Helen se mordió la mejilla por dentro, como hacía siempre que se concentraba en algo. Se va recargolar al pequeño taburete. Si hacía una pasa demasiado larga, caería en tierra. No se haría daño, pero molestaría en James, que estaba sentado leyendo el diario.

Iba girando las latas y las cajas que había al armario superior de la cocina, asegurándose que la etiqueta miraba ninguno afuera. Los ojos de en James le quemaban a las espaldas. Un simple suspiro suyo cuando había abierto la puerta del armario era todo el que hacía falta porque se le hiciera un nudo al estómago.

Si lo podía enmendar enseguida, seguro que podría ahorrarse el castigo.

Había aprendido a vivir con en James. La obsesión por el control. El carácter. Raso y corto, no tenía ninguna otra opción, lo sabía bastante bien. Los primeros años había tenido mucho miedo, pero después había llegado en Sam. Entonces había dejado de temer por ella, y sólo sentía miedo por su hijo. La mayoría de madres sentían terror por el día que sus pequeños marcharían de casa. Ella contaba los segundos que faltaban porque llegara este día. El día en qué sería

libre y estaría segura.

—Está bien? —preguntó, y se giró hacia la mesa del comedor.

Hacia rato que había recogido los platos del almuerzo, el lavaplatos estaba en marcha, bronzint levemente, y todas las superficies resplandían.

—Bastante —respondió en James, sin levantar la cabeza del diario.

Había empezado a usar ojeras para leer. En cierto modo, aquello había sorprendido Helen. Descubrir que también tenía puntos débiles. Para en James, la carencia de errores se había convertido en una cuestión de honor. Tanto en él como en los del suyo cercado. Era por eso que Helen sufría tanto por su hijo. Para ella, en Sam era perfecto. Pero, desde que había nacido, había sido una decepción para su padre. Era sensible, prudente y poruc. Quería jugar con juguetes que no hicieran mucho rebombori, no se ensartaba muy arriba a los árboles, no corría muy deprisa, no le gustaba pelearse con los otros niños, sino que prefería pasarse horas y horas en su habitación, creando mundos fantásticos con los juguetes. Cuando se hizo más grande, le encantaba desmontar objetos y volverlos a montar. Radios viejas, casetes, una tele destartada que encontró al garaje... Cualquier cosa que se pudiera montar, la desmontaba y la volvía a recomponer. Extrañamente, en James permitió que continuara con aquella afición. Con su ridícula obsesión por la orden, le había permitido usar un rincón del garaje donde podía pasarse ratos largos. Como mínimo, aquella era una afición que su padre era capaz de comprender.

—Que más quieres que haga, hoy? —preguntó Helen, bajando del taburete.

Lo volvió a dejar a lugar, al lado corto de la isla de la cocina. Trazando una línea paralela perfecta con el otro taburete, con aproximadamente diez centímetros de separación entre los dos, de forma que quedaran centrados.

—Al lavadero había ropa para lavar. Y mis pantalones no estaban muy planchados, así que los puedes volver a hacer.

—De acuerdo —dijo, y bajó la cabeza.

Quizás también volvería a planchar todas las camisas. Era el mejor.

—Hoy iré a comprar —dijo Helen—. Quieres nada, aparte del de siempre?

En James pasó la página del diario. Todavía estaba leyendo el *Bohusläningen*, es decir, que le quedaban el *Dagens Nyheter* y el *Svenska Dagbladet*. Siempre los leía en aquel orden. Primero el *Bohusläningen*, después el *Dagens Nyheter*, y, finalmente, el *Svenska Dagbladet*.

—No, basta con el de siempre.

Entonces levantó la cabeza.

—Dónde es en Sam?

—Se ha ido en bicicleta al pueblo. Ha quedado con un amigo.

—De qué amigo se trata?

La miró por encima de las ojeras.

Helen dudó un instante.

—Se llama Jessie.

—Jessie? Por lo tanto, una chica? Quién son sus padres?

Dejó el diario al regazo, los ojos le adoptaron aquella lluisor tan característica.

Helen respiró fondo.

—En Sam no me ha dicho nada, pero me ha llegado que lo han visto con la hija de a Marie.

En James inspiró unas cuántas veces de manera controlada.

—Y a tú te parece que es adecuado?

—Si quieres que le diga que no puede verla más, se lo diré. O quizás prefieres encargarte tú.

a Helen era incapaz de levantar los ojos de tierra. El nudo al estómago había vuelto. había tantas cosas que la sacudían por dentro y que tendrían que haberse quedado en un pasado muy lejano...

Con un gesto brusco, en James volvió a levantar el diario.

—No, dejémoslo estar. Por ahora.

El corazón se le había acelerado sin que Helen pudiera hacer nada. No estaba segura que en James hubiera tomado la decisión acertada. Pero aquello no lo podía decidir ella. No había podido decidir nada desde aquel día de hacía treinta años.

—Has encontrado nada entre las denuncias? Algo a que valga la pena que damos un vistazo?

En Patrik miró el Annika, que sacudió la cabeza.

—No, aparte de aquel hombre que se puso a grabar en la playa, no he encontrado nada que pueda tener relación con un comportamiento inadecuado hacia menores o algo parecido. Pero todavía no he acabado de examinar toda la pila.

—De qué periodo de tiempo estamos hablante?

En Gösta se estiró para coger una rebanada y empezó a esparcir mantequilla. El Annika había sido muy considerada y aquella mañana había preparado un poco de almorzar, puesto que había intuido que todo el mundo vendría deprisa hacia comisaría sin comer nada en casa.

—Cómo quedamos, he retrocedido hasta el mes de mayo. Queréis que eche todavía más atrás?

Miró en Patrik, que hizo que no con la cabeza.

—No, por ahora empezaremos por aquí. Pero si encontraras algo relacionada con menores, tendríamos que sopesar la idea de ampliar la busca y ponernos a examinar todas las denuncias de acoso sexual y violación.

—Pero tenemos ningún indicio que apunte que el asesinato responde a un móvil sexual? —preguntó Paula, y clavó una queixalada a una rebanada de jamón y queso.

El Ernst sentaba a su lado con mirada suplicando, pero Paula lo ignoró. El perro empezaba a estar graso debido a todas las porquerías que le daba en Mellberg.

—En Pedersen todavía no ha terminado el informe de la autopsia, así que no lo sabemos. Pero, cuando la encontraron, la Nea estaba desnuda y los dos motivos más habituales cuando una criatura es asesinada son o bien que se trata de algún asunto sexual o...

Dudó un instante.

En Gösta le dio un golpe de mano y acabó la frase.

—O el culpable es alguien muy cercano.

—Sí. Y ahora qué te dice el corazón? —hizo Paula, y apartó el morro del Ernst, después de que el perro se lo hubiera intentado poner al regazo.

—Ya lo he dicho antes. Me cuesta mucho creer que los padres de la Nea tengan nada a ver. Pero no puedo poner la mano al fuego por ellos. Hace demasiado

tiempo que soy policía para saber que no se puede descartar nada.

—Digámoslo de este modo: no es la hipótesis principal con que estamos trabajando —dijo en Patrik.

—Ya lo entiendo. Y también tengo la impresión que no somos capaces de dejar de banda la posible relación con el caso Stella —dijo en Martin—. La pregunta es, simplemente, como continuamos. Ya ha pasado mucho tiempo.

Se levantó y fue a buscar el termos pleno de café, y sirvió a los compañeros.

—Ayer hablasteis con Helen —dijo en Patrik—. Podríeu ir a ver a Marie, hoy? Y yo volveré a hablar con Helen. Quiero comprobar si tienen coartada.

—En este caso, qué hora del crimen tenemos que tener en cuenta? —preguntó Paula—. Ni siquiera sabemos si la Nea desapareció de buena mañana, como cruzan sus padres. No la habían visto desde el día antes a la hora de ir a dormir. Se la podrían haber llevado durante la noche.

—Y si fue así, como se lo hicieron? —dijo en Martin, y se volvió a sentar—. Tenemos ningún indicio que alguien entrara a la casa?

—Hablaré con los padres para saber si alguien podría haber entrado a la casa, por la noche, sin que se dieran cuenta —dijo en Gösta—. Las noches han sido cálidas y muchos de los que viven en las afueras del pueblo han dormido con las ventanas abiertas.

—Muy bien —dijo en Patrik—. Pues tú te encargas de esto, Gösta. Y tienes toda la razón, Paula, tenemos que comprobar sus coartadas desde domingo al atardecer.

—De acuerdo, pues nosotros marchamos a ver qué tiene a decir a Marie.

—Habláis también con su hija—añadió en Patrik—. Si lo recuerdo bien, tiene una chica que se llama Jessie. Yo espero poder hablar no tan sólo con Helen, sino también con su hijo Sam y su hombre, aquel soldado de las Naciones Unidas que parece que coma alambre de púas para almorzar.

Se levantó para dejar la leche a la nevera antes de que el calor la hiciera volver agria. A la cocina no había aire acondicionado, sólo un ventilador viejo, y, a pesar de que habían abierto la ventana de par en par, la temperatura dentro de aquella saleta amarilla era inhumana.

—Por cierto, alguien ha visto en Mellberg? —preguntó.

—La puerta de su despacho está cerrada y cuando he trucado no me ha contestado nadie. O sea que seguro que está durmiendo profundamente —respondió en Gösta, sonriendo de oreja a oreja.

Hacía tiempo que nadie ya no se enfadaba con en Mellberg. Además, mientras el comisario en ninguno no se moviera del despacho, el resto podrían trabajar en paz.

—Sabes nada de en Torbjörn o en Pedersen? —preguntó Paula.

—Sí, ayer los truqué —dijo en Patrik—. Cómo siempre, en Torbjörn no quería explicar nada hasta haber terminado el informe, pero me envió el del caso Stella. Y después de insistirle mucho, en Pedersen me dijo que la Nea presentaba una herida a la nuca. No sé qué puede significar, pero como mínimo es algo.

—Podría ser que Marie y Helen fueran inocentes? —preguntó Paula, y miró en Gösta—. O que alguna de las dos haya vuelto a asesinar?

—No lo sé —contestó en Gösta—. En aquella época estaba muy seguro. Pero ahora, después de sentir que en Leif tenía dudas, evidentemente he empezado a

preguntármelo. Y que ahora, treinta años después, tuvieran motivos para asesinar otra criatura... Bien, me parece mucho rebuscat.

—Se podría tratar de un imitador —dijo en Martin, y se abanicó con la camisa para refrescarse.

Los cabellos cobrizos se le habían enganchado al caparazón del sudor.

—O sea que, hoy por hoy, no podemos descartar nada —dijo en Gösta. Y bajó los ojos a la mesa.

—Cómo va el trabajo de intentar encontrar los antiguos informes de los interrogatorios? —preguntó en Patrik—. Y todo el resto de material de la investigación.

—estoy trabajando —dijo el Annika—. Pero ya sabes el que ha pasado con el trabajo de esta comisaría. Se han movido papeles de lugar. Otros han desaparecido. Hay que se han echado a perder. Pero no me doy por vencida. Si hay la anotación más exigua sobre el caso Stella, la encontraré.

Apuntó una media sonrisa.

—Por cierto, has hablado con tu mujer? Suele ser mejor que nosotros a la hora de encontrar material de investigaciones pasadas.

—Sí, gracias. Ya lo sé —dijo en Patrik, esclafint a reír—. He tenido acceso a todo el que ha conseguido compilar hasta ahora, pero se trata sobre todo de copias del que se publicó a los diarios. Ella tampoco ha conseguido encontrar ningún informe policial.

—Continuaré buscando —dijo el Annika—. Si encuentro nada, os lo haré saber enseguida.

—Genial. Bien, todos tenemos trabajo para hoy —dijo en Patrik, y sintió como le volvía a aparecer el nudo al estómago.

Quería mantener una cierta distancia con el caso, pero era complicado. Casi imposible.

Una voz retumbó desde el umbral de la puerta.

—Vaya, vaya. Así que sois aquí, almorzando tranquilamente!

En Mellberg los observaba con cara de sueño.

—Bien, es una suerte que en esta comisaría haya alguien que trabaja. Ven, Ernst! Ahora el amo te mostrará como se tienen que hacer las cosas.

El perro salió alegremente detrás de su amo y todos van sentir como en Mellberg recurría a grandes zancadas el pasillo para después cerrar de un golpe la puerta de su despacho. A buen seguro para continuar la clapadeta de buena mañana a la butaca. Nadie se tomó la molestia de decir nada. Tenían trabajo para hacer.

La Jessie disfrutaba de la calma que lo invadía cuando sentía la respiración regular de en Sam. estaba muy poco acostumbrada. A la calma. A la sensación de seguridad. Que la miraran.

Se tumbó a la cama, esperando no molestar en Sam. Pero el brazo que lo rodeaba todavía la estrechó con más fuerza. Parecía cómo si nada del que la Jessie hiciera pudiera despertarlo.

Lentamente, le mimó el vientre por debajo la camiseta negra. Se le hacía extraño. Estar tan cerca de otra persona. Un chico. Tocar, sentirlo, sin que se mofessin de ella, sin que lo apartaran.

Se va recargolar y levantó ligeramente la cabeza. Lo contempló. Los pómulos

prominentes, los labios sensuales. Las pestañas largas y negras.

—Has sido antes con alguien? —cuchicheó.

En Sam entreabrió un momento los ojos, pero los volvió a cerrar.

—No —dijo, finalmente—. Y tú?

La Jessie hizo que no con la cabeza y rozó el mentón contra el pecho de en Sam. No quería pensar en el periodo tan humillando que había vivido la primavera pasada en aquel internado de Londres. Durante un instante maravilloso, había creído que en Pascal la deseaba. Era hijo de un diplomático francés y tan guapo que hacía perder el aliento. El chico había empezado enviándole mensajes de texto, fantásticos, preciosos. Después la había invitado al baile de la escuela y la Jessie no había podido aclucrar los ojos pensante que todo el mundo se quedaría boquiabierto cuando apareciera de bracete de en Pascal. Y habían cuenteanudado enviándose mensajes. Despacio había conseguido hacerla salir de atrás de su coraza, habían flirteado, hecho broma, se habían acercado a los límites del que era prohibido.

Un anochecer, en Pascal le había pedido una foto de sus pechos. Le había dicho que quería dormirse con aquella imagen a la cabeza, que estaba seguro que tenía los pechos más bonitos del mundo y que deseaba poderlos mimar. Así que, suelta en la habitación, la Jessie se levantó la camiseta. Se hizo una foto sin sujetadores; se expuso completamente.

El día siguiente mismo, la foto corría por toda la escuela. Todo el mundo estaba al cabo de la calle del que habían planeado en Pascal y sus amigos. Le habían parado una trampa. Todos juntos le habían escrito los mensajes de texto. La Jessie se quería fundir. Desaparecer de la faz de la tierra.

—No —dijo—. No he sido nunca con ningún chico.

—Debíamos de estar esperando la persona correcta —respondió en Sam, dulcemente, y se giró hacia ella.

Aquellos ojos azules la observaron y la Jessie supo que podía confiar en él. Eran como dos veteranos de guerra llenos de cicatrices que habían sufrido en las mismas batallas y no los hacían falta las palabras para expresar el que habían vivido.

El que habían hecho sus madres los había dejado marcas a los dos.

—Sabes que sé muy pocas cosas del que pasó entonces? Ahora hace treinta años.

—Qué quieres decir? —preguntó en Sam, y levantó la cabeza—. Nada de nada?

—Sí, sé el que puedes encontrar por internet. Pero no lo he preguntado nunca a la madre... Es imposible hablar con ella.

En Sam le mimó los cabellos.

—Quizás te puedo ayudar. Lo quieres?

La Jessie asintió. Apoyó la cabeza contra el pecho de en Sam, dejó que se apoderara de ella aquella sensación de serenidad que casi lo adormilaba.

—De aquí a un año me podré ahorrar todo esto —dijo en Sam.

La escuela. La Jessie lo sabía sin la necesidad que lo verbalizés. Eran tan parecidos.

—Y que harás, después?

En Sam se va arronsar de hombros.

—No lo sé. No quiero caer en la rueda monótona de la vida. Hacer vueltas y más vueltas como un ratón sin ir en ninguna parte.

—Yo quiero viajar —dijo la Jessie, y lo abrazó con fuerza—. Coger sólo el que cabe en una mochila y marchar donde me parezca.

—No lo puedes hacer hasta que cumplas los dieciocho. Y, hostia, falta tanto de tiempo hasta los dieciocho... No sé si lo podré aguantar.

—Qué quieres decir? —preguntó la Jessie.

En Sam apartó la cara.

—Nada —respondió, con un hilo de voz—. No quiero decir nada.

La Jessie deseaba explicarle más cosas, pero, en cambio, continuó acariciándole la barriga, como si le pudiera hacer desaparecer el nudo que sabía que había allí dentro. El mismo nudo que ella siempre había sentido.

Notó algo a las puntas de los dedos y le levantó la camiseta.

—Qué es esto? —preguntó, y mimó una cicatriz redondeada.

—Una quemadura. De séptimo. En Basse y otros chicos de la clase me sujetaron mientras en Nils me quemaba con un cigarrillo.

La Jessie va a clucar los ojos. Su Sam. Le quería curar todas las heridas.

—Y esto?

Había hecho deslizar la mano hacia la espalda y presionó ligeramente porque en Sam se girara de lado. Unas líneas largas trazaban unos patrones irregulares.

—También en Nils?

—No, el padre. El cinturón. Cuando el profesor de gimnasia me preguntó qué era, le mentí y le dije que había caído sobre unos arbustos con pinchas. No creo que se lo tragara, pero nadie se molestó a ir más allá. Nadie se atreve a meterse con en James. Pero, sea como fuere, después de aquello fue bastante inteligente para entender que no podía hacer nada que dejara marcas. Y durante tres años dejó de castigarme de aquella manera, no sé muy bien por qué.

—Tienes más cicatrices? —preguntó la Jessie, resiguiendo fascinada las rayas que atravesaban la espalda de en Sam.

Las cicatrices que cargaba ella eran interiores, pero aquello no significaba que provocaran menos dolor que el cinturón que había rasgado la piel de en Sam.

El chico se incorporó. Se va arremangar los pantalones y dejó a cuerpo descubierto las rodillas. Estaban plenos de marcas. La Jessie alargó la mano y las mimó también. El tacto era áspero bajo sus dedos.

—Cómo... como te las hiciste?

—Tuve que estar arrodillado en tierra. Encima de una capa de azúcar. No suena muy doloroso, pero, créeme, hace mucho mal. Y deja cicatriz.

La Jessie se inclinó ninguno adelante y las besó.

—Más?

En Sam se giró de espaldas y se bajó un poco los pantalones, dejando a cuerpo descubierto una parte del culo.

—Lo ves?

Y la Jessie lo vio. Otra marca circular, pero no parecía una quemadura.

—Un lápiz. El clásico y fabuloso truco en que alguien sostiene un lápiz muy afilado mientras alguien otro se sienta en una silla. Penetró un par de centímetros. Y se partió. Toda la clase rió tanto que me pensaba que se mearían encima.

—Hostia! —exclamó la Jessie.

No quería saber nada más. No quería ver más cicatrices. Sentía sus propias

interiores con demasiada nitidez para ver más de las exteriores de en Sam. Se inclinó ninguno adelante. Besó la marca a la nalga. Despacio, volvió a girar en Sam de barriga en alto. Lentamente le bajó los pantalones sin atreverse a mirarlo a los ojos. Se dio cuenta que la respiración de en Sam cambiaba, se volvía más profunda. Con dulzura, le besó las caderas, los muslos. La mano de en Sam se va entortolligar entre sus cabellos, le mimó la cabeza. Por un instante, se estremeció cuando le vinieron a la cabeza las fotografías que se habían esparcido de ella y cómo había sido la vida a partir de aquel momento. Después separó los labios y se va espolsar aquellas imágenes de la cabeza, aquellos recuerdos. Ahora no era allá. Era aquí. Con su alma gemela. Con el que le podía curar todas las heridas.

—Cojones, qué calor que jode! —En Martin resoplaba como un perro, mientras se dirigían hacia el coche patrulla.— No estás sudando, tú?

Paula se puso a reír y sacudió la cabeza.

—Soy chilena, yo. Esto no es nada.

—Hostia, pero si casi no has vivido, en Chile. —En Martin va esclafir a reír, enjugándose el sudor del frente.— Eres tan sueca como yo.

—Nadie es tan sueco como tú, Martin. Eres el sueco más refotudament sueco que conozco.

—Lo dices como si fuera malo! —rió en Martin, y abrió la puerta del coche. Después bajó tan deprisa como había subido.

—Que burros que somos! Seguro que a estas horas es al estudio.

—Sí, tienes razón —hizo Paula, y movió la cabeza—. Es aquí a tocar.

—Puede ser divertido ver un siete de rodaje por dentro —dijo en Martin, y empezó a andar hacia el polígono industrial donde se estaba rodando la película sobre Ingrid Bergman, en una de las naves abandonadas.

—Estoy convencida que no es tan glamurós como te imaginas.

En Martin se giró hacia Paula, a quien, con sus piernas cortas, le costaba seguirle el paso, y la miró por burxar-la.

—Ya lo veremos. Pero, sea como fuere, será emocionante poder conocer a Marie Wall. Es una mujer muy atractiva, teniendo en cuenta su edad.

Paula suspiró.

—Hablando de mujeres —dijo—, como va con aquella chica?

En Martin notó que se ponía rojo.

—Aix, sólo hablé con ella unos cuántos minutos en el parque. Ni siquiera sé como se llama.

—Pero tengo la sensación que conectasteis.

En Martin soltó un gemido. Conocía Paula y sabía que no se daría por vencida a las primeras de cambio. Cuanto más nervioso se mostrara, más divertida le parecería la situación a su compañera.

—De esto...

Febrilmente buscó un comentario inteligente, pero no se salió.

—Déjalo estar —se limitó a decir, finalmente, y sacudió la cabeza—. Tenemos trabajo.

—De acuerdo —hizo Paula, y le sonrió.

El siete de rodaje estaba situado dentro de una nave industrial de apariencia muy poco glamurosa. Una valla rodeaba todo el edificio, pero cuando en Martin

comprobó la puerta de acceso, no estaba cerrada y entraron. Una puerta de la nave estaba abierta, probablemente por una cuestión de ventilación, y penetraron con mucha cautela. Por dentro parecía un hangar: techo alto y un solo espacio muy amplio. Ante sede vieron unos cuantos sofás y un tipo de guardarropa con un montón de piezas en perchas. A mano izquierda, unas cuantas puertas parecía que llevaban a lavabos y al que parecía una cabina de maquillaje. A la derecha, habían levantado paredes con ventanas para crear la ilusión de una habitación real y los bastidores estaban rodeados de un montón de luces.

Una mujer rubia se los acercó. Llevaba los cabellos recogidos con un monyo farragoso sujetado con un pincel y traía un cinturón lleno de todo tipo de enseres por maquillar.

—Hola, quien estáis buscando?

—Somos policías y queríamos hablar con Marie —dijo Paula.

—Ahora mismo están rodando una escena, pero así que hayan acabado le diré que sois aquí. Si no es que es urgente.

—No hace falta, podemos esperar un rato. No pasa nada.

—Perfecto. Podéis sentar y servirnos vosotros mismos.

Y se sentaron después de servirse una taza de café y algo para comer de la mesa que había parada junto a los sofás.

—Sí, tienes toda la razón. No es mucho glamurós, todo esto —dijo en Martin, mirando alrededor.

—Ya te lo he dicho —añadió Paula, y se metió un puñado de cacahuetes a la boca.

Interesados, observaron los bastidores que había algo más allá, de donde los llegaba el rumor de voces que recitaban unos papeles. Pasada un rato, sintieron una de masculina que llamaba «cortáis» y pocos minutos después apareció la mujer del cinturón de maquillaje acompañada de la estrella, Marie Wall. De repente, aquella nave industrial los pareció mucho más glamurosa. Iba vestida con una camisa blanca y unos pantalonets cortos ceñidos, y llevaba una cinta blanca a los cabellos. En Martin no se pudo estar de pensar que tenía unas piernas increíblemente bonitas para su edad, pero se obligó a si mismo a concentrarse. Toda la vida las mujeres bonitas habían conseguido hacerle perder el norte. Antes de conocer la Pia, aquella debilidad le había causado más de un dolor de cabeza, y todavía evitaba ciertos rincones de Tanumshede para no toparse con nadie que le hubiera provocado aquellas complicaciones. Ciertas personas eran más rancorosos que otros.

—Qué maravilla, encontrarme un hombre elegante con uniforme a estas horas de la mañana —dijo Marie, con una voz ronca que hizo que los pelos del brazo de en Martin se ericessin.

El joven policía comprendió por qué aquel mujer era considerada una de las devoradoras de hombres más célebres de Hollywood. Él no habría tenido ningún inconveniente a ser devorado.

Paula lo fulminó con la mirada y en Martin se dio cuenta que, para vergüenza suya, se había quedado con la boca abierta. Se fregó la garganta mientras su compañera se ponía derecha para saludar Marie y los presentaba.

—Paula Morales y Martin Molin, de la policía de Tanumshede. Estamos

investigando el asesinato de una niña pequeña que apareció muerta a Fjällbacka y queríamos hacerte unas cuantas preguntas.

—Esclar —respondió Marie, y se sentó al sofá junto a en Martin.

Le cogió la mano y la sostuvo unos cuantos según de más cuando se saludaron. En Martin no sintió ninguna ganas de protestar, pero con el rabillo del ojo se dio cuenta que Paula le volvía a lanzar una mirada fulminante.

—Supongo que queréis hablar conmigo debido al que pasó hace treinta años.

En Martin se volvió a fregar las fauces y asintió con la cabeza.

—Hay tantos parecidos entre los dos hechos que nos vemos obligados a hablar contigo. Y con a Helen.

—Lo entiendo —dijo, y no parecía muy alterada—. Pero estoy segura que también sabéis que tanto Helen cómo yo hemos sostenido nuestra inocencia estos últimos treinta años. Que hemos tenido que vivir con el estigma de un crimen que no habíamos cometido durante buena parte de nuestras vidas.

Se reclinó ninguno atrás y encendió un cigarrillo. En Martin contempló, fascinado, como Marie cruzaba una pierna sobre la otra.

—Quizás no acabamos cerradas en la prisión, pero a ojos de todo el mundo no hacía nada —continuó—. Todo el mundo nos consideraba culpables de asesinato, nuestras caras salieron a todos los diarios. A mí me separaron de mi familia y nuestras vidas ya no volvieron a ser las mismas.

Exhaló una nube de humo mientras miraba Paula de hito en hito.

—Si esto no es una prisión, ya me dirás.

Paula no respondió.

—En primer lugar, te tendríamos que preguntar si tienes ninguna coartada para el periodo de tiempo comprendido entre el domingo a las ocho del anochecer y el lunes por la tarde —dijo en Martin.

Marie hizo una pipada antes de responder.

—El domingo al atardecer fui fuera con todo el equipo. Nos organizaron un tipo de fiesta de inicio de rodaje. Fue al Stora Hotellet.

—Y a qué hora llegaste a casa? —preguntó en Martin, y se sacó del bolsillo un bolígrafo y una libreta.

—Bien... Acabé pasando la noche en el hotel.

—Alguien lo puede confirmar? —dijo Paula.

—Jörgen? Estimado? Ven un momento...

Marie llamó un hombre alto de cabellos oscuros que hablaba a gritos y gesticulaba con los brazos cerca de los bastidores. Calló de repente, así que sintió que lo llamaba Marie. Y se los acercó.

—Os presento en Jörgen Holmlund. El director de esta película.

El hombre asintió con la cabeza, los saludó y después miró, dubitativo, Marie, que parecía estar pasándoselo a las mil maravillas.

—Estimado, puedes explicar a estos dos policías donde era la noche entre el domingo y el lunes?

En Jörgen serró los dientes. Marie hizo otra pipada y exhaló un círculo de humo.

—No te preocupes, estimado. No creo que tengan ninguna intención de trucar a tu mujer.

El hombre va rebufar, pero después dijo:

—El domingo al atardecer montamos una fiesta de inicio de rodaje al Stora

Hotellet y Marie pasó la noche a mi habitación.

—Y el día siguiente por la mañana, a qué hora llegaste a casa? —preguntó Paula.

—No pasé por casa. En Jörgen y yo vinimos juntos al siete. debíamos de llegar hacia las ocho y media y a las nueve me empezaron a maquillar.

—Queréis nada más? —preguntó en Jörgen, e hizo media vuelta y marchó cuando le respondieron que no.

Hacía la impresión que Marie se lo había pasado bien viendo como el director pasaba un mal trance.

—Pobre Jörgen —dijo, y con el cigarrillo señaló en dirección a la espalda que se alejaba—. Dedicar demasiado tiempo a intentar evitar que su mujer se entere de sus relliscadetes. Pertenece en aquella clase de hombres con la desafortunada combinación de demasiada conciencia y una libido insadollable.

Marie se inclinó ninguno adelante e introdujo el cigarrillo en una lata de pegamento vacía que había encima la mesa.

—Nada más? Ninguna duda sobre mi coartada, supongo.

—Queríamos hablar con tu hija, también. Podría ser? Es menor de edad, así que nos hace falta tu permiso.

En Martin va estossegar ligeramente debido a la nube de humo que se había formado alrededor de los sofás donde se habían sentado.

—Adelante —dijo Marie, arronsant los hombros.

Se volvió a reclinar al sofá.

—Evidentemente, me hago cargo de la gravedad de la situación, pero, si no tenéis más preguntas, tengo que volver al trabajo. A en Jörgen le saldrá eccema por todas partes si nos saltamos el calendario de rodaje.

Se levantó y alargó la mano. Después arrebató la libreta y el bolígrafo a en Martin, escribió algo y se lo volvió con una sonrisa a los labios, antes de marchar a grandes zancadas hacia el otro lado de los bastidores.

Paula levantó los ojos al cielo y dijo:

—Déjame adivinar: su número de teléfono.

En Martin dio un vistazo a la libreta. No fue capaz de reprimir una sonrisa ridícula.

8. «Tenemos que encontrar el camino más rápido para el barco» (*N. del T.*)

9. «Vas tirando girar el barco, hacia un lado y después hacia el otro» (*N. del T.*)

Provincia de Bohuslän, 1671-1672

ELS DÍAS DESPUÉS de recibir aquella visita era cómo si nadie pudiera hablar de nada más que de en Lars Hierne y la comisión contra la brujería. La excitación de la Britta contrastaba enormemente con el estado de aflicción de en Preben. Pero pronto todo va volver a la calma y los cuchicheos se acabaron. había mucho trabajo para hacer, tanto por parte del servicio, a la granja, como por parte de en Preben, que tenía que atender asuntos de iglesia a las parroquias de Tanum y Lur.

Los días de invierno iban pasando con una monotonía implacable. La vida a la granja era anodina, pero a la vegada más cambiando que la de la mayoría de personas que hacían exactamente el mismo desde que se quitaba el solo hasta que se ponía. La casa del pastor recibía visitas y en Preben volvía con historias de sus numerosos viajes. Disputas que había que resolver, tragedias de que se tenía que hacer cargo, alegrías que había que celebrar y penas que se tenían que llorar. Oficiaba casamientos, bautizos y entierros y daba consejos en cuestiones relacionadas con Dios y con la familia. A veces, el Elin escuchaba a escondidas cuando hablaba con los feligreses y sus consejos siempre le parecían sensatos y meditados, aunque muy prudentes. No era un hombre valiente, no como el suyo Por, y también le carecía la obstinación rebelde que había caracterizado su marido. Las aristas de en Preben eran más romas y los ojos, más tiernos. En Por siempre jamás había tenido una oscuridad para sus adentros que, de vez en cuando, hacía que el carácter se le volviera sombrío, mientras que en Preben no parecía que tuviera aquella tendencia a la melancolía. A veces, la Britta se quejaba que se había casado con una criatura y le recriminaba que llegara cada día con la ropa sucia después de haber trabajado con las bestias o al campo. Pero su marido se limitaba a sonreír y se arronsava de hombros, y hacía cómo si nada. La Märta había empezado las clases para aprender a leer en casa del sacristán, junto con otros niños. El Elin no sabía exactamente como reaccionar ante la alegría y la excitación que mostraba su hija para aprender aquel montón de letras recargolades que a ella le parecían del todo ininteligibles. Sin duda, tener la posibilidad de aprender a leer era un regalo, pero qué servicio le haría aquel conocimiento a su hija? El Elin era una criada pobre y aquello significaba que la Märta también lo sería. Para la gente como ellas, no había ninguna escapatoria. Ella no era la Britta, sino la Elin, la hija que su padre no había estimado. Era la viuda de un hombre que se había ahogado al mar. Aquella era una realidad inmutable por mucho que el pastor insistiera que la Märta tenía que aprender a escribir. Su hija sacaría más provecho de los conocimientos que le había transmitido su abuela. No le servirían para poner un plato a mesa o recibir ninguno recompensa en forma de dinero, pero la gente la respetaría, cosa que también tenía valor.

Al Elin a menudo lo iban a buscar porque fuera a ver una críatura, o alguien que sufría dolor de muelas o melancolía. Era capaz de calmar un montón de dolores con hierbas y conjuros. Incluso le pedían ayuda en asuntos de amores infelices o

pretendientes no deseados, y el mismo pasaba con las bestias. El Elin era una persona importante cuando algo no iba a la hora. Era un destino mejor para la Märta que no que lo llenaran de un conocimiento que no usaría nunca y que podía hacer que se creyera superior a los otros. Y aquellas ideas eran peligrosas. Aún así, parecía que los beuratges del Elin no hacían ningún efecto en la Britta. Iban pasando los meses y continuaba llegando la sangre. Cada día que pasaba, la hermana estaba más y más enrabada e insistía que la Elin debía de estar haciendo algo mal, que en realidad no tenía el conocimiento que afirmaba tener. Una mañana, la Britta había lanzado la jarra contra la pared cuando la Elin había aparecido con la decocción, y la poción verdosa había regalimat lentamente pared abajo y había formado un charco. Después, la Britta se había desplomado y, acurrucándose en tierra, se había echado a llorar.

El Elin no era mala persona, pero no se pudo estar de alegrarse un poco por la desesperación de su hermana. La Britta a menudo trataba mal la gente, no tan sólo el servicio, sino incluso la Märta, y a veces la Elin no podía dejar de pensar que, debido a la maldad que residía al fondo del corazón de su hermana, la criatura que tanto anhelaba se negaba a crecer dentro de su barriga. Después se regañaba a sí misma para tener aquellos malos pensamientos. No quería ser desagradecida. Quién sabe qué se habría hecho, de la Märta y de ella, si la Britta no se hubiera apiadat y las hubiera acogido en casa suya. Sólo dos días antes había sentido a decir que el Ebba de Mörhult había acabado en la casa de la caridad con sus dos hijos pequeños. Sin la Britta, a buen seguro que la Märta y ella también habrían ido a parar.

Pero no resultaba nada fácil ser una buena cristiana cuando se trataba de la Britta. En el interior de su hermana había algo fría y dura que ni siquiera un buen hombre como en Preben parecía capaz de vencer. A veces, el Elin pensaba que el pastor se merecía una mujer mejor, con un corazón más cálido y un carácter más alegre. No tan sólo una apariencia bonita y unos cabellos negros exuberantes. Pero el Elin no tenía ningún derecho a immiscir-se en aquello. Cada vez más a menudo, el Elin sorprendía en Preben observándola a escondidas. Intentaba evitar el pastor, pero no era fácil. Se mezclaba con una gran naturalidad con el servicio, como si fuera uno más, y a menudo se lo podía ver al establo o a los pastos encargándose de los animales. Tenía una traza poco habitual con todo el que era vivo y la Märta siempre le iba detrás como un cadellet. Incontables veces, la Elin había pedido perdón para tener una hija tan persistente, pero en Preben se limitaba a reír, sacudía la cabeza y le decía que era difícil de encontrar una compañía tan agradable como la de la niña. Fuera donde fuera en Preben, la Märta no paraba muy lejos. Hacía la impresión que siempre teanidan algo para explicarse. El Elin los veía charlando siempre, la Märta con las manos detrás la espalda, como una buena niña, mientras a grandes zancadas intentaba seguir el paso de en Preben. Había intentado preguntar a su hija de que hablaban, pero la Märta se limitaba a arronsar-se de hombros y le respondía que charlaban de cualquier cosa. De animales, de Dios y de todo el que la Märta leía a los libros. Porque en Preben también había cogido la costumbre de darle regularmente libros de la biblioteca de la casa parroquial. Así que la niña había acabado las tareas que le habían asignado, y no iba detrás de en Preben, se ponía a leer. El Elin estaba meravellada que aquel montón de letras recargolades

despertaran tanto de interés en su hija, pero a regañadientes dejaba hacer, a pesar de que para sus adentros algo le decía que de todo aquello no podía salir nada de bono.

Y después había la Britta. Cada día estaba más sorruda, viendo la atención que en Preben dedicaba a la niña. En varias ocasiones, la Elin la había visto contemplar en celada la extraña pareja por la ventana y había sentido más de dos discusiones sobre aquella cuestión. Pero, en aquel punto, en Preben no cedía ante su mujer. La Märta podía continuar acompañándolo, fuera donde fuera. Y, detrás la niña, siempre había la Viola. La gatita había crecido durante el invierno y seguía su ama del mismo modo que la Märta seguía en Preben. Era un terceto muy gracioso, el que se paseaba arriba y abajo por la granja. El Elin estaba al cabo de la calle del que decían las malas lenguas sobre el interés del pastor por la niña. Pero al Elin tanto se le daba el que pensarán las criadas y los mozos. Ya podían ir diciendo el que quisieran a su espalda. Así que sufrían de dolor de cabeza o de muela, corrían a buscarla. Y siempre que, con la boca pequeña, le preguntaban qué quería por las molestias, ella siempre pedía alguna cosita para la niña. Un poco de comer. Un par de zapatos que ya no usaran. Una falda para hacerle un vestido. La Märta era todo su mundo y, si la niña era feliz, la Elin era feliz. Y la Britta podía pensar el que quisiera.

El Elin serraba los dientes cada vez que la Märta llegaba llorando y le explicaba que la ama le había clavado una pellizcada o le había estirado los cabellos. Era un pequeño precio que había que pagar porque la niña pudiera disfrutar de la paz relativa de la granja. De pequeña, ella también había sufrido las pellizcadas terribles de la Britta y, aún así, se había salido bastante bien. En Preben protegería la Märta. Y también protegería el Elin. Los ojos cálidos del pastor, que lo observaban cuando se pensaba que no lo veía, hacían que el Elin estuviera convencida. Y, a veces, cuando sus miradas se cruzaban un instante que duraba una eternidad, la Elin sentía que la tierra se le balanceaba bajo los pies.

El

ERICA SENTÍA QUE, a medida que se acercaba a Marstrand, cada vez estaba más nerviosa. Había leído un montón sobre los padres de Helen, se había formado una imagen por medio de las entrevistas que habían concedido. El padre de Helen, en K. G., hacía tiempo que había muerto, pero el Erica estaba a punto de conocer la madre. Tenía que confesar que, antes y todo de hablar con la Harriet Persson, ya se había hecho una idea de cómo era aquella mujer. Su marido y ella habían cargado todas las culpas a Marie y habían querido presentar su hija como una víctima. Pero, por encima de todo, había quedado patente como los había afectado la exposición pública a que se habían visto sometidos.

El Erica sabía que, antes de todo aquello, aquella familia había formado parte de la gente benestant de Fjällbacka. En K. G. era el propietario de una cadena de oficinas y la Harriet había sido modelo antes de casarse. Él era rico y ella, bonita. La combinación clásica perfecta.

Entró al aparcamiento de Koön. Hacía un día soleado y caluroso y el Erica habría querido hacer una escapadeta hasta Marstrand. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había sido, y la va colpir ver como era de bonita aquella pequeña población costera.

Disfrutó del trayecto corto con el ferry que la llevó en la isla de Marstrandsön, pero, así que puso los pies a tierra, se concentró en la entrevista. Las preguntas que le quería formular no paraban de darle vueltas a la cabeza mientras, resoplando, subía la calle que llevaba en la casa de la Harriet. Cuando llegó al número correcto, el Erica se paró un instante y contempló la casa. Era maravillosa. Blanca con detalles de madera antiguos y preciosos, rosas y llobins espléndidos de color rosa y lila, y un enorme balcón orientado al mar. Si la Harriet se la quisiera vender, sacaría un puñado de millones. Una cifra de ocho dígitos. Entró al jardín por una portezuela de madera blanca y siguió el caminet adoquinado hasta la entrada principal. No había timbre, sólo un picaporta antiguo con la cabeza de un león. El Erica lo dejó caer contra la puerta, que casi inmediatamente abrió una mujer elegante de unos sesenta años.

—Erica Falck! Que contenta estoy de poderte conocer finalmente! Vaya, he leído todos, y quiero decir todos, tus libros y me pareces una autora con un talento inmenso. Y te felicito por el éxito que tienes, también, en el extranjero.

Hizo pasar el Erica al recibidor sin esperar respuesta.

—He hecho un poco de café, no se reciben visitas tan distinguidas como esta mucha a menudo —continuó, y se dirigió hacia el balcón atravesando una sala de estar espaciosa y diáfana.

El Erica no era ninguna entente en interiorismo, pero reconoció muebles de Josef Frank, Bruno Mathsson y Carl Malmsten. Tuvo la impresión que un profesional había dejado impronta en aquella casa, y no que la Harriet había elegido a solas la decoración.

—Bien, ante todo te querría agradecer que hayas aceptado recibirme —dijo el Erica, y se sentó a la silla que, con un gesto decidido, la Harriet le había acercado.

—Sí, esclar. Todos estos años hemos deseado que la verdad saliera a la luz y que

llegara a todo el mundo, para el bien de la pobre Helen; así que tu libro es más que bienvenido. Sobre todo porque, a través de unas amigas que tengo en Estocolmo, me ha llegado que aquella indeseable tiene planeado publicar su versión.

—Realmente cruces que sería tan doliendo? —preguntó el Erica, con cautela, y asintió con la cabeza cuando la Harriet levantó la jarra con café—. Como Helen, todos estos años, Marie ha defendido su inocencia, así que el libro más bien reforzaría la versión de tu hija, no te parece?

La Harriet estrechó los labios, mientras servía un café que tenía un tono inquietantemente claro.

—No creo que sea inocente, aquella. Pienso que fue ella la que asesinó aquella pobreta niña y después intentó cargar todas las culpas a Helen.

—Pero la primera a confesar fue Marie.

El Erica hizo un trago de café y, como había temido, era demasiado aigualit.

—Formaba parte de su plan. No lo entiendes?

De repente, la voz de la Harriet era aguda y la mujer tragó saliva unas cuántas veces.

—Quería engañar Helen y conseguir que se declarara culpable —dijo, después

—. Helen siempre ha sido una chica débil y fácil de manipular, y aquella Marie era una criatura astuta, que provenía de una familia terrible. Desde el principio estábamos preocupados por la influencia que ejercía sobre Helen. Cuando empezaron a ir juntas, mi hija cambió completamente. Pero su padre y yo cometimos el gran error de no cortarlo de pura cepa. No queríamos que nos acusaran de esnobs y, por otro lado, es muy normal que las criaturas pequeñas se expongan a personas que no son de su tipo, pero aquella familia... Tendríamos que haber dicho bastante desde buen comienzo. De hecho, lo dije a en K. G. Pero ya sabes cómo son los hombres: cuándo han tomado una decisión, no quieren escuchar nunca nada. Y al principio consideró que no nos teníamos que meter. Después las cosas fueron como fueron, y durante muchos años mi hombre me repitió: «Por qué no te escuché, Harriet?».

Respiró profundamente para recuperar el aliento y, después, hizo un trago de café.

—No sé si has sentido a decir el que ha pasado —se afanó a decir el Erica—. Han encontrado muerta una niña pequeña que vivía en la misma granja que la Stella. Y ha aparecido al mismo lugar que la Stella.

—Sí, me ha llegado. Es terrible.

La Harriet se estremeció y las joyas de oro sonaron. Llevaba un collar Bismarck al cuello, pulseras gruesas de oro y un broche discreto de Chanel a la blusa. El Erica veía perfectamente que aquella mujer tenía un pasado como modelo. Se movía con la espalda muy derecha y el cuello estirado, traía los cabellos meticulosamente teñidos con matices rossencs que no dejaban entrever en ningún momento si había alguno de blanco. Hacía más la impresión de tener cincuenta años que no sesenta y, inconscientemente, el Erica va dreçar la espalda. Tenía una pequeña tendencia a sentar como un saco de patatas, un efecto secundario de tantas horas pasadas ante el ordenador.

La Harriet sirvió algo más de aquel café aigualit y, por dentro, el Erica hizo una mueca.

—Bien, esto no hace más que confirmar el que estaba diciendo. Que Helen es inocente. No puede ser casualidad que aquella niña haya sido asesinada justamente ahora que, después de tantos años, Marie ha vuelto. Tiene que haber sido ella.

Miró el Erica de hito en hito.

—Pero, por qué cruces que confesó, Helen? —preguntó el Erica—. Por qué razón una niña de trece años se declara autora de un crimen que no ha cometido? En un primer momento, la Harriet no respondió. Se va toquejar nerviosamente el collar Bismarck mientras levantaba los ojos hacia la fortificación de Marstrand. Cuando se volvió a girar hacia el Erica, tenía algo a la mirada difícil de interpretar.

—Helen era una chica muy frágil. Siempre lo será. En K. G. la malcriava. No tuvimos más criaturas y era la nineta de los ojos de su padre. La protegía de todo y le daba todo el que le pedía. Tengo que reconocer que a veces me sentía un poco desterrada. Se podían pasar horas juntos los dos sólo y era cómo si tuvieran un mundo propio aparte. De pequeña, yo también era la niña del papa, así que lo comprendía y los dejaba estar. Pero, cuando apareció Marie, fue como una gran fuerza que Helen no fue capaz de resistir. La vi, la fascinación con que la miraba. Era preciosa, aquella chica, y ya entonces, a la edad de trece años, transmitía una gran madurez y... como lo podría explicar... un tipo de instinto de supervivencia. Creo que Helen, que tenía miedo de todo, se sentía segura junto a Marie. Cuando se conocieron, Helen cambió. Se alejó de nosotros. En K. G. también se dio cuenta e intentó dedicarle todavía más tiempo. A ninguno de los dos no nos hacía gracia que las dos chicas se relacionaran. Pasado un tiempo intentamos evitarlo, pero Fjällbacka es un pueblo muy pequeño y es muy complicado impedir que dos personas se vean. Qué hauríem podido hacer? Pasarnos todo el día en la escuela?

Continuó toquejant el collar Bismarck, que sonaba contra la piel morena que dejaba a cuerpo descubierto el escote de la blusa.

—Así, pues, por qué cruces que confesó? Tenía miedo de Marie?

La larga respuesta de la Harriet había hecho que la mujer se desviara de la pregunta que le había formulado la Erica, así que, con mucha cautela, intentó volver a encaminar la conversación.

—Creo que quería hacer contenta Marie. Me parece que la policía dijo que la chica había confesado y entonces Helen no quiso ser menos. Mi hija es así. Incapaz de nadar contra la corriente. Y cuando, más tarde, Marie retiró la confesión, Helen hizo el mismo. Pero el mal ya estaba hecho.

La voz tembló. La Harriet acercó una bandeja con pastas a la Erica.

—Las he comprado esta mañana a la pastelería.

El Erica alargó el brazo para coger una.

—Conseguisteis que no os retiraran la custodia de Helen —dijo—. A diferencia de Marie, que fue a parar en una casa de acogida, oi?

Hizo que sonara como una pregunta, a pesar de que más bien era una afirmación.

—Sí, gracias a Dios, las chicas no podían ser sentenciadas a una pena de prisión. Los servicios sociales intervinieron y valoraron qué era lo mejor para ellas. Tal como se podía esperar, determinaron que la familia Wall no estaba en disposición de hacerse cargo de Marie. Pero Helen pudo volver a casa después

de pasar una temporada corta en un centro de menores. Y con toda la razón del mundo. Nada del que había pasado era culpa nuestra, no había habido ningún error en la educación que habíamos dado a nuestra hija ni en cómo la habíamos criado. Si no hubiera conocido aquella chica tan mala, nada de todo aquello no habría pasado.

De nuevo, la voz se había vuelto un esgarip.

—Pero, si no me equivoco, marchasteis de Fjällbacka inmediatamente —dijo el Erica, con serenidad.

La Harriet asintió con la cabeza.

—Sí, evidentemente era del todo imposible continuar viviendo, teniendo en cuenta el que decían las malas lenguas. No era nada agradable que, de repente, te trataran como un pària. Incluso depusieron en K. G. del cargo como presidente del Club Rotary. Cómo si, de alguna manera, el que había pasado fuera culpa suya.

Respiró profundamente unas cuántas veces. Por el que parecía, las viejas heridas no estaban del todo cerradas. El Erica no podía dejar de sorprenderse que la Harriet pareciera más alterada por la caída en desgracia de en K. G. y suya, que no por el infierno por el cual había habido pasar su hija.

—Pero, aún así, Helen decidió volver a Fjällbacka.

—Sí, no lo he podido entender nunca. Pero en James, que nos compró la casa, no quería marchar de allá cuando se casó con Helen. En K. G. le apoyó en aquella decisión, así que, qué podía decir yo?

—Por el que tengo entendido, en James y tu marido eran muy buenos amigos. Y Helen era muy joven cuando se casó con un hombre que, en aquella época, tenía la misma edad que su padre. Qué pensabais vosotros de aquel matrimonio?

El Erica se inclinó ninguno adelante, despertada la curiosidad para saber la respuesta a aquella pregunta. Durante los meses que hacía que se documentaba para el libro, había pensado muchas veces en aquella cuestión.

—En K. G. estaba pletòric. En James y él eran amigos de juventud y sentía una admiración incondicional hacia aquel hombre. Desde el primer momento, dio todo el apoyo a aquella relación y yo no vi ningún mal. Conozco en James desde que me casé con en K. G. y, en cierto modo, formaba parte de la familia.

Así que, cuando en James sacó el tema, justo antes de que Helen cumpliera dieciocho años, le dijimos, como no podía ser de otro modo, que lo tenía que decidir Helen, pero que nosotros no teníamos nada en contra.

El Erica observó la cara de la Harriet con atención y le pareció ver algo que no expresaban las palabras. Realmente no había tenido ninguna objeción que un amigo de la familia, un hombre que era bastante viejo para ser el padre de su hija, de repente rondara Helen y, poco después, se casara? No se lo tragaba.

Algo no encajaba, pero comprendió que de la Harriet no sacaría nada más.

—He intentado hablar con Helen varias veces —dijo—, pero no me responde las llamadas y me parece que no quiere que lo entreviste. Pienso, pero, que sería importantísimo para el libro disponer de su versión. Cruces que puedes hablar con ella?

La Harriet asintió con la cabeza.

—Y tanto que hablará contigo! Sé que tiene miedo que todo vuelva a empezar y, evidentemente, al principio yo también tenía este temor, que los comentarios

volvieron a correr. Pero después me di cuenta que era la oportunidad que hemos sido esperando todos estos años, la ocasión para recuperar nuestro buen nombre de una vez y por siempre jamás. Bien, después de los años que han pasado, la gente todavía me mira de reojo y, año tras año, aquí a la isla me destierran de un montón de acontecimientos sociales. A mí, que tengo tanto para aportar!

Tragó saliva unas cuantas veces.

—Hablaré con Helen. Se pondrá en contacto contigo.

—Gracias —hizo la Erica.

—Le trucaré hoy mismo —continuó la Harriet, y asintió con determinación—.

No permitiré que deje pasar esta oportunidad de limpiar nuestro nombre.

Cuando el Erica marchó, la Harriet todavía era al balcón.

A mediodía nunca pasaba gran cosa. La gente había salido a navegar o estaba en el pueblo comiendo en una terraza. Cuando el calor era más intenso, no se veían con corazón de pasearse arriba y abajo por los pasillos del *garden*, mirando flores y arbustos. A la Sanna ya le estaba bien. Ella siempre había disfrutado dentro de un invernadero, así que no lo afectaba el calor sofocante del sol en su zenit, a pesar de que la cabeza le hiciera daño, como siempre le pasaba por la mañana. Ben al contrario, aquella calma le brindaba la oportunidad de disfrutar de las plantas. En aquellos momentos endrapaven agua, así que se aseguró de no dejar que ninguna planta pasara siete.

Ahora disponía del tiempo para levantar los testos que las prisas de algún cliente matusser habían volcado y podía aprovechar para charlar un poco con las hortensias y chismorrear un poco con las rosas. La Cornelia se podía hacer cargo de la caja. El nivel de los trabajadores que lo ayudaban en verano podía cambiar drásticamente de un año a otro, pero la Cornelia le parecía un auténtico hallazgo. Si alguien le hubiera preguntado quién eran sus mejores amigos, la Sanna habría contestado que las flores. Tampoco era que pudiera elegir mucho. Desde siempre, le había costado abrir el corazón a alguien. Al instituto, había intentado de una manera torpe hacer amigos entre los compañeros de clase. Había probado de hacer todo aquello que veía hacer a los otros. Ir a tomar algo, charlar de chicos, hablar de foteses como los últimos zapatos que se había comprado o de cosas más profundas como las consecuencias de los gases con efecto de invernadero. Había intentado ser normal, pero no tenía mano izquierda para las personas. En realidad, fue un auténtico milagro que acabara saliendo con en Niklas. Las plantas, en cambio, sí que las entendía. Y, a diferencia de las personas, ellas también la comprendían. A la Sanna no le hacía falta más compañía que aquella.

Con mucha cuenta, hundió la cara en una enorme hortensia de color lila y aspiró el aroma. Aquello era mejor que todas las velas aromáticas del mundo. Aquel olor serenaba el alma e hizo que, por un instante, la Sanna se pudiera relajar. Hizo desaparecer todos los recuerdos, todos los pensamientos, y sólo dejó lugar a un bronzit suave.

De pequeña no era así. Era a la Stella a quien le encantaba el bosque, se pasaba todo el día jugando. La Sanna no se movía de la granja, evitaba tanto cómo podía el bosque, con todos aquellos olores extraños.

Y después del que le pasó a la Stella, todavía tenía menos motivos para

acercarse. Después del que habían hecho Helen y Marie.

Para sus adentros, algo se revolvía cuando pensaba en Marie. La necesidad de hacer algo. El que fuera. Treinta años dando vueltas y, con el tiempo, los pensamientos se habían ido amontonando, compactando hasta formar un nudo llevar como una piedra. Una presión al pecho que se hacía más fuerte cada día que pasaba.

Pronto tendría que hacer algo.

—Perdona, pero dónde tenéis las hierbas aromáticas?

La Sanna se estremeció allá donde era, derecha con la cara enterrada profundamente en la hortensia, y miró alrededor. Una mujer que sujetaba un niño pequeño impaciente lo observaba sin saber mucho qué decir.

—Acompáñame —dijo la Sanna, y se dirigió hacia la sección donde había las hierbas para la cocina.

Ya había adivinado que aquella mujer era de tipo albahaca. La Sanna no se equivocaba nunca.

Durante muchos años, la vida había sido como una montaña rusa, pero, por primera vez en mucho tiempo, Anna tenía la sensación que se había sabido crear una cierta estabilidad. Aquello hacía que estuviera terriblemente asustada, puesto que era consciente que todo se podía ir a pique en cualquier momento. Los años con en Lucas la habían cambiado profundamente. Los puntapiés y los puñetazos despacio le habían minado la autoestima y todavía luchaba para recuperar la persona que había estado en el pasado.

Antes de conocer en Lucas, se había creído invencible. En buena parte, lo tenía que agradecer a la Erica. De más grande, se había dado cuenta que su hermana siempre la había protegido y malcriada, quizás en un intento de compensar todo el que no habían recibido de los padres.

Hacía mucho tiempo que Anna había perdonado su madre, la Elsy. Había sido muy doloroso enterarse de la verdad, descubrir el secreto que escondía, pero, a la vegada, había sido positivo que el Erica encontrara aquella prenda de ropa ensangrentada en las buhardillas. Cuando se habían mudado de casa. El Erica y ella intentaban verse tanto cómo podían con su hermanastro Göran.

«Todo pasa por un motivo», pensó a Anna, mientras con el coche avanzaba un tractor viejo. El sol la deslumbró y alargó el brazo para coger unas ojeras de sol sin apartar la vista de la carretera. No había sido nunca una conductora mucho temeraria, pero después del accidente conducía con mucha prudencia. Y ahora, debido a la barriga, apenas llegaba al volante. Probablemente no tendría que haber cogido el coche para ir tan lejos. En Dan se había ofrecido a traerla, pero ella se había mantenido firme y le había dicho que no. Lo quería hacer suela. No quería que hubiera nadie más, quería tomar la decisión por sí misma.

Anna prefería ver aquel pequeño viaje en coche como un momento de desconexión de la rutina diaria a casa. Las vacaciones de verano eran, en muchos sentidos, un gran invento. Para los niños, pero no siempre para los padres. Al menos ahora, que estaba tan cansada, empapada de sudor y con un embarazo muy avanzado. Le encantaban sus hijos, pero tener que inventarse constantemente cosas para tenerlos entretenidos todo el día exigía mucha imaginación. Y teniendo en cuenta la diferencia de edad entre los niños de en

Dan y los suyos, podían disfrutar de un abanico muy amplio: desde los gemidos de los más pequeños hasta los estallidos de los adolescentes. Además, le costaba decir que no cuando el Erica y en Patrik le pedían ayuda. En Dan solía regañarla y decirle que tenía que pensar más en ella misma. Pero, por un lado, estimaba con locura sus tres sobrinos y, de la otra, lo consideraba una manera de compensar todo lo había hecho su hermana por ella cuando eran pequeñas. Cuidarse de la Maja y los gemelos era el mínimo que podía hacer, y en Dan ya podía decir el que quisiera. Anna siempre sería allá para dar un golpe de mano a su hermana grande.

Había puesto Vinyl 107 y se divertía cantando canciones de las cuales sabía la letra. De acá que era madre, había quedado desfasada. Sabía que en Justin Bieber era un cantante famoso y podía taral·lejar unas cuántas canciones de Beyoncé. Disparo de aquello, estaba completamente fuera de órbita. Pero cuando ahora los Vinyl tocaban *Broken Wings* con Mr Mister podía cantar a voz en grito.

En medio del retorno enmudeció y soltó un taco. Cojones. El coche que se le acercaba en sentido contrario le resultaba demasiado conocido. El Erica. Anna habría podido reconocer el Volvo familiar de su hermana fuera donde fuera. Sopesó la idea de esconderse detrás el volante, pero pensó que, al fin y al cabo, el Erica identificaría el coche más que no el conductor. Por otro lado, era consciente que su hermana no sabía ni una pizca de coches y que apenas era capaz de diferenciar un Toyota de un Chrysler. Así, pues, Anna cruzó los dedos porque no reconociera el Renault rojo que en aquel instante le pasaba por el lado. El teléfono vibró al tablero de mando, enganchado al apoyo magnético. Anna lanzó una ojeada. Mierda, mierda y mierda. Era el Erica. Había reconocido el coche, pues. Anna suspiró, pero cómo que no le gustaba hablar por teléfono mientras conducía, disponía de un rato para inventarse alguna excusa. No le gustaba tener que mentir a su hermana. En el pasado lo había hecho demasiado a menudo. Pero ahora no tenía ninguna otra opción.

A los columpios, una de las cadiretes se movía lentamente adelante y atrás, a pesar de que en Gösta era incapaz de sentir la brisa más suave bajo aquel calor asfixiante. Se preguntó cuando había sido la última vez que la Nea se había columpiado. La graba crujía bajo sus pies. Ahora, el juego de la xarranca casi se había esvanit.

Sintió que la barriga se le revolvía mientras se acercaba a la puerta, que se abrió antes de que tuviera tiempo de trucar.

—Adelante —dijo en Bengt.

El padre de en Peter sonrió levemente, pero en Gösta podía ver la sensación de malestar que se removía bajo la superficie.

Los había trucado para avisarlos que iría, y se los encontró todos sentados en la cocina, como si lo estuvieran esperando. Supuso que los padres de en Peter se quedarían en la casa indefinidamente, a buen seguro hasta el funeral. Fuera cuando fuera que se celebrara. No podrían enterrar la Nea hasta que le hubieran hecho la autopsia. Si no era que los padres preferían incinerarla. Sacudió la cabeza para sacarse aquellas ideas de la cabeza, y también las imágenes que se le aparecían delante, y agradeció la taza de café que le ofrecieron. Después, se sentó junto a en Peter y le puso una mano al hombro.

—Cómo estáis? —preguntó, y con la cabeza dio las gracias a Eva cuando la mujer le dejó una taza de café humeante delante.

—Vamos segundo a segundo, minuto a minuto —respondió Eva, con un hilo de voz, y se sentó delante de en Gösta, junto a su suegro.

—El médico los ha dado pastillas para dormir. Son una ayuda —dijo la madre de en Peter—. Al principio no se las querían tomar, pero los he podido convencer. A nadie le va bien no dormir.

—Sí, quizás es mejor —dijo en Gösta—. Aprovechar toda la ayuda que tengamos a mano.

—Sabéis nada? Es por eso que has venido? —En Peter lo miró con unos ojos sin ningún tipo de llüissor.

—No, lo siento —hizo el policía—. Pero estamos trabajando a fondo y estamos haciendo todo el que podemos. He venido para preguntaros si hay ninguna posibilidad que alguien entrara a la casa mientras dormíais. Recordáis si encontrasteis ninguna ventana abierta?

Eva lo miró.

—Hacía tanto calor que dormíamos con las ventanas abiertas, pero todas tenían la aldaba puesta por dentro, como siempre.

—De acuerdo —hizo en Gösta—. La última vez que fui aquí me dijiste que la puerta principal estaba cerrada con clave, pero quizás hay otras maneras de entrar a la casa. Una puerta del sótano que os dejarais abierta, por ejemplo.

En Peter se puso la mano al frente y señaló la puerta.

—Dios del cielo, el último golpe que viniste me olvidé completamente!

Tenemos alarma, nosotros. Lo activamos cada anochecer cuando nos vamos a dormir. Cuando vivíamos a Uddevalla, una vez nos entraron a casa. Bien, fue antes de tener la Nea. Introdujeron una bomba lacrimògena por la apertura del buzón y forzaron la puerta. No teníamos cosas de gran valor, pero fue muy desagradable que alguien fuera basta osado para entrar a nuestro apartamento mientras nosotros éramos adentro durmiendo. Después de aquello siempre hemos tenido alarma. Fue una de las primeras cosas que instalamos cuando nos mudamos aquí. Nos pareció especialmente importante, teniendo en cuenta que vivimos tan lejos del pueblo...

La voz se fue extinguiendo y en Gösta comprendió qué estaba pensando en Peter. Que, a pesar de todo, la desgracia los había golpeado. A buen seguro, la alarma los había infundido una sensación de seguridad, pero en realidad no había servido de nada.

—O sea que la desactivaste cuando te quitaste, oi?

—Sí, exacto.

—Y la volviste a activar cuando te fuiste?

—No —respondió en Peter, y sacudió la cabeza—. Ya era de día, así que...

Levantó la cabeza y entendió a que se refería en Gösta.

—Es decir, que la Nea no habría podido salir antes de las seis y media.

—Exacto, debía de desaparecer después de aquella hora. Si no, la alarma habría saltado. Porque, aparte de vosotros, nadie más no se sabe el código, oi?

Ahora era el turno de Eva de hacer que no con la cabeza.

—No. Y, además, nos llegan notificaciones al móvil de toda la actividad en lo referente a la alarma.

Se levantó y fue a buscar su iPhone, que se estaba cargando encima del mármol. Introdujo la contraseña, va toquejar unos según la pantalleta y después la mostró a en Gösta.

—Mira, esto es aquella noche. Activamos la alarma cuando subimos a dormir, hacia las diez, y después no se desactivó hasta las seis y tres minutos, cuando en Peter se quitó.

—Aix, siento no haber pensado antes —hizo en Peter, con un hilo de voz.

—Soy yo el que os lo tendría que haber preguntado —respondió en Gösta—. Al fin y al cabo, el panel de control es allá. En este tipo de situaciones... Bien, en situaciones como esta, toda la lógica desaparece. Sea como fuere, pero, ahora podemos descartar que alguien entrara a casa durante la noche.

—Habéis investigado aquellos de Tanumshede? —preguntó en Bengt.

El Ulla lo estiró por el brazo, se inclinó ninguno adelante y le dijo algo al oído. Su marido se liberó, enfurecido.

—Si nadie más no se atreve a decirlo, pues lo tengo que hacer yo! —continuó—. Por todas partes se comenta que en aquel centro de internamiento de Tanumshede hay elementos criminales. Al parecer, algunos participaron en el vareo. No entendéis la oportunidad de oro que se los brindó para destruir pruebas? Por el que he sentido a decir, incluso uno encontró la Nea. No os parece demasiada casualidad?

En Gösta no sabía muy bien qué responder. Con aquello no había contado, a pesar de que los últimos años se había dado cuenta que cada vez costaba más identificar las personas con ideas xenófobas. Ya no traían la cabeza rapada y roba militar, sino que ahora podían tener la apariencia de un jubilado normal y corriente. Se preguntó si Eva y en Peter compartían la opinión de en Bengt.

—No descartamos ninguna hipótesis, pero ahora mismo no hay nada que apunte que tenemos que dirigir toda la atención hacia el centro de refugiados.

—Pero es verdad o no? Hay criminales dentro de aquellas instalaciones?

Resultaba difícil de saber si en Peter lo preguntaba partiendo de un tipo de convencimiento personal o como un hombre desesperado que se aferraba a un clave al rojo vivo.

—Como policía, no se tendría que comprobar el pasado de todas aquellas personas cuando entran a Suecia? Se podría tratar de asesinos, ladrones, violadores y... bien, pedófilos!

En Bengt levantó la voz y su mujer le volvió a estirar el brazo.

—Xst, Bengt! No es el momento de...

Pero su hombre no era capaz de pararse.

—No entiendo qué cojones le pasa en este país. Es por culpa de la ingenuidad de todos los suecos que se está yendo a pique! Oleadas de gente atraviesan la frontera y nosotros los damos comer, ropa y un techo. Y ellos incluso tienen las narices de quejarse de las viviendas que reciben! Todos afirman que huyen de la guerra y la tortura, pero después se lamentan que no tienen wifi! No cruces que esto lo dice todo?

—Perdona mi marido —dijo el Ulla, y lo estiró con todavía más fuerza por el jersey y, como mínimo, consiguió que respirara fondo—. Pero es cierto que no sabemos qué tipo de gente vive en aquel centro y cuando hemos bajado al pueblo a comprar... Bien, corren un montón de rumores, esto es innegable. La gente

tiene miedo que desaparezcan más criaturas.

—Consideramos que la investigación tiene que seguir otras vías, más importantes —dijo en Gösta.

Sentía una repugnancia genuina por el tumbo que había hecho aquella conversación.

—Te refieres al que pasó aquí hace treinta años? Con Helen y aquella actriz que ha vuelto a aparecer? Lo creéis de verdad? —Eva levantó la cabeza y miró con fijeza en Gösta.—Conocemos Helen, es nuestra vecina y no haría nunca mal a la Nea. Y aquella actriz... Dios mío, por qué tendría que querer hacerle nada a nuestra niña? Cuando todo aquello pasó, eran dos criaturas. No, yo no lo creo ni un segundo. No, más bien me inclino a pensar... Bien, el mismo que en Bengt.

En Gösta no respondió. Comprendió que valía más que no dijera nada. Los padres de la Nea se encontraban en una situación desesperada. No era el momento más adecuado para comenzar una discusión sobre prejuicios.

—No descartamos nada, pero todos corremos el riesgo de dejarnos arrastrar en una dirección equivocada —dijo—. La investigación se encuentra en un estadio muy inicial. Estamos esperando los resultados del laboratorio de medicina forense y los análisis de la policía científica. Creedme, no nos hemos cerrado en una sola línea de trabajo, pero no sale ganando nadie esparciendo un montón de rumores infundados que el único que pueden provocar es enturbiar el buen juicio de las personas. Así que os pido que no nos dificultéis más el trabajo haciendo que la gente... se encamine hacia una dirección equivocada.

—Entendemos el que nos pides —respondió en Peter, con los puños cerrados encima de la mesa—, pero prométenos que no descartaréis nada por motivos equivocados. Si corren rumores y la gente habla, quizás es porque hay una razón detrás. No hay humo sin fuego.

—Te lo prometo —dijo en Gösta, pero el nudo al estómago se le hizo más gordo. Lo asaltó la sensación desagradable que se habían puesto en marcha unas fuerzas que serían difíciles de parar. El último que vio cuando salió por la puerta fueron los ojos oscuros y sin vida de en Peter.

Provincia de Bohuslän, 1672

LA ÚLTIMA NIEVE QUE SE FUNDIÓ hizo que los riachuelos hirvieran de vida y la natura estallara. La actividad a la granja se retomó y durante una semana entera se dedicaron a hacer sábado para alejar el invierno y dar la bienvenida a la mitad cálida del año. Se limpiaron todos los colchones y las mantas, y después se extendieron al solo. Las alfombras se van espolsar a conciencia y los suelos se rozaron minuciosament. Las ventanas se limpiaron porque el solo pudiera penetrar hasta el corazón de las pequeñas habitaciones y, así, echara las sombras de los rincones. Los pechos se llenaron de aquella calidez y se fundió todo aquello que las largas noches de invierno había helado. Y las piernas de la Märta parecían llenas de energía, mientras saltironejava arriba y abajo con la Viola siempre detrás. El Elin se sorprendía a sí misma taral·lejant mientras, de rodillas, rozaba los listones del tierra de madera, e incluso la Britta parecía más contenta.

Las noticias sobre las brujas que habían acabado a la hoguera por toda la provincia habían contribuido a crear un ambiente más jovial en todo el pueblo y las historias se esparcían de casa en casa y se explicaban una y otra vez a la claridad de las velas. Historias sobre aquellarres y coitos con el diablo se iban condimentando más y más cada vez que se contaban. Las criadas y los mozos con quienes compartían la casa competían a describir cenas invertidas, velas del revés, vacas y cabras volante, y criaturas que eran atraídas por las brujas para ofrecerlas al Maligno. La Märta escuchaba aquellas historias con los ojos como unas naranjas y la Elin lo observaba con indulgencia. Eran historias trepidantes, no lo podía negar, pero por dentro pensaba qué parte de todo aquello era verdad. Le recordaban los cuentos que de pequeña le explicaba su abuela sobre hadas y damas de agua. Pero no dijo nada. La gente necesitaba las fábulas para poder resistir las penurias de la vida y la carona emocionada de la Märta la hacía feliz. Quién era ella, para arrebatarle aquellos ratos? Con los años ya aprendería a diferenciar la fantasía de la realidad y, cuanto más tiempo pudiera pasar en el mundo de los cuentos, mejor.

Los últimos días, la Britta se había traído inusualmente bien con la Märta. Le había mimado los cabellos claros, le había dado golosinas y le había pedido si podía acariciar la Viola. El Elin no estaba segura del motivo, pero aquello le revolvía el estómago. Conocía demasiado bien su hermana. La Britta no hacía nada por bondad. Pero su hija aceptaba de buen grado todo el amor que le ofrecían y, contenta, había mostrado a la madre los caramelos que la ama le había dado. El Elin intentó espolsar-se los temores de sobre. Especialmente aquel día, que tenía mucho trabajo para hacer. La Ingeborg, la tía de la Britta, vendría de visita, así que había que acelerar la limpieza de primavera porque todo estuviera a punto antes de que llegara. El Elin no había visto la Märta en todo el día, ocupada cómo había sido limpiando y rozando, y a primera hora de la tarde empezó a buscar su hija, intranquila. Llamó su nombre por todas partes, miró dentro de la casa, al establo y a las otras viviendas de la granja, pero la

Märta no aparecía en ninguna parte. La preocupación se le va entortolligar dentro del estómago y el Elin cada vez llamaba más fuerte. Preguntaba a todo el mundo con quien se cruzaba, pero nadie había visto a la niña.

La puerta se abrió de un revuelo.

—Qué pasa, Elin? —preguntó en Preben, saliendo corriendo de la casa con los cabellos de punta y la camisa medio colgando fuera de los pantalones.

Desconcertada, el Elin se le acercó a grandes zancadas, a la vegada que miraba al suyo cercando con la esperanza de ver la trenza dorada de su hija.

—No encuentro la Märta, y la he buscado por todas partes.

—Tranquilizaos, Elin —dijo en Preben, y le puso las manos a los hombros.

El Elin sintió el escalfor de las manos del pastor a través del vestido y no pudo evitar desplomarse a sus brazos. Se quedó inmóvil unos cuántos según, antes de separarse de un revuelo de su pecho y enjugarse los ojos con las mangas.

—Lo tengo que encontrar, es tan pequeña... Es la cosa más valiosa y que más me estimo de este mundo.

—La encontraremos, Elin —dijo en Preben, y con paso decidido se dirigió hacia el establo.

—Ya la he buscado, allá dentro —dijo el Elin, angustiada.

—He visto que en Lill-Jan es allá, y si alguien sabe qué pasa en esta granja es justamente él —respondió en Preben.

Abrió la puerta del establo y entró. El Elin se levantó la falda y corrió detrás el pastor. En la penumbra del establo sintieron el rumor de dos voces masculinas y distinguieron el nombre de Britta . El corazón se le aceleró. Se obligó a sí misma a esperar mientras en Preben y en Lill-Jan hablaban, pero cuando vio la cara del pastor sabía que el nudo que sentía al estómago estaba justificado.

—En Lill-Jan ha visto la Britta llevarse la Märta al bosque ahora hace un rato.

—Al bosque? Qué tienen que ir a hacer? La Britta no va nunca al bosque. Y por qué tendría que ir con la Märta?

El Elin se dio cuenta que estaba llamando y en Preben la acalló.

—Ahora no es el momento de perder los nervios. Tenemos que encontrar la niña.

Acabo de ver la Britta en la biblioteca, iré a hablar con ella.

En Preben corrió hasta la casa y la Elin se quedó donde era, abatida. Los recuerdos de la niñez se le van abraonar encima. Su hermana le había arrebatado todo el que había tenido. Con el consentimiento de su padre. La muñeca que le había regalado su madre había aparecido a la común entre las heces, con los cabellos cortados y las pestañas arrancadas. El cadellet que le había dado el mozo había desaparecido, sin más, pero el Elin estaba convencida que la Britta había tenido algo a ver. Al fondo del corazón de su hermana había algo malvada. No podía tolerar que alguien tuviera nada que ella no tenía. Siempre había sido así.

Y ahora la Britta no tenía ninguna criatura, mientras que la Elin era feliz con la hija más dulce del mundo. Una niña que su hombre contemplaba con los ojos llenos de amor. Cómo si hubiera sido propia. El Elin había presentido que no acabaría bien, pero que habría podido hacer? Vivían de la caridad a casa de su hermana y su niña y ella no tenían en ninguna parte más donde ir. No, después de aquellas palabras que un puñado de años antes había pronunciado y que habían provocado que muchos la miraran con odio y desprecio. La Britta había

sido su única salvación. Y quizás ahora lo había tenido que pagar con su hija. En Preben volvió a salto de mata con los ojos llenos de oscuridad.

—Han ido a los humedales —dijo.

Ni por un instante, el Elin se imaginó la escena que se debía de haber desarrollado dentro de la casa parroquial. El único en qué podía pensar era que su hija era a los humedales y que no sabía nadar.

Con el corazón helado, salió corriendo detrás en Preben hacia el bosque.

Mientras iba, no paraba de rogar a Dios. Si el Señor era misericordioso, permitiría que encontraran la Märta con vida. Si no, el Elin preferiría morir allá, en las mismas aguas oscuras, junto a su pequeña.

En Nils estrechó con los labios el cigarrillo, hizo una primera pipada larga. A su lado, la Vendela encendió el suyo. Removió la bolsa de caramelos que había comprado al quiosco Centrum.

Estaban sentados a la cumbre de la montaña, al mirador que había más arriba del acantilado de Kungsklyftan. A sus pies, un grupo de turistas hacían fotos al puerto de Fjällbacka.

—Cruces que tu padre se saldrá? —preguntó en Basse—. Conseguirá que aprendan a navegar?

Va a clucrar los ojos y giró la cara pigada hacia el solo. Si se quedaban mucho rato más allá, no tardaría a ponerse roja como un pimiento.

—Sea como fuere, se ha obsesionado —dijo en Nils.

Su padre siempre había sido así. Si algo le interesaba de verdad, podía dedicar las veinticuatro horas del día a conseguirlo, con una energía que no se acababa nunca. Las paredes de casa estaban llenas de fotografías de en Bill cargando sus hijos grandes a caballito, enseñándolos a navegar, leyéndolos cuentos.

En Nils ya podía estar contento si su padre le preguntaba como estaba.

Apáticamente, la Vendela dio un vistazo al móvil. Dedicaba buena parte de las horas que se pasaba despierta al teléfono y en Nils solía bromear que al final le quedaría enganchado en la mano.

—Mira que buena que estaba —dijo ella.

Mostró el móvil a los chicos, que van medio cerrar los ojos para poder ver la pantalleta.

—Guapísima —dijo en Basse, recreándose en aquella imagen.

Era una fotografía de principios de la década de los noventa. Marie Wall junto a en Bruce Willis. En Nils había visto la película diversas veces. Aquella mujer estaba realmente buenísima.

—Cómo puede ser que le haya salido una hija tan fea? —dijo, y sacudió la cabeza—. El padre de la Jessie debía de ser un auténtico monstruo.

—Al menos tiene unas tetes gordas de cojones —hizo en Basse—. Más gordas que las de su madre. Me pregunto como debe de ser irse a la cama con ella. Las tías feas quedan compensadas si follan de cachondeo.

Señaló la Vendela con el cigarrillo.

—Puedes buscar la Jessie por internet? Miramos qué podemos encontrar sobre ella.

La Vendela asintió con la cabeza. Mientras removía el móvil, en Nils se estiró en tierra y giró la cara hacia el solo.

—Cojones! —exclamó la Vendela, y le sacudió el brazo—. Esto lo tenéis que ver!

Mostró la pantalleta a en Nils y en Basse.

—Estás de cachondeo? —dijo en Nils, y sintió que un escalofrío le subía por el espinazo—. Esto está colgado en internet?

—Sí, lo he encontrado enseguida! —dijo la Vendela.

—Hostia, qué suerte!

A su lado, en Basse saltaba de la emoción.

—Qué hagamos? Lo enviamos por Snapchat?

La Vendela sonrió a en Nils. El chico no dijo nada, va rumiar unos segundos. Después apuntó una sonrisa de oreja a oreja.

—No haremos nada de nada. Todavía no.

En Basse y la Vendela parecían decepcionados. Después, en Nils los explicó a grandes pinceladas su plan. En Basse va esclafir a reír. Era genial. Sencillo, pero genial.

Así que en Karim se sentó a la mesa de la cocina, los niños lo bombardearon con preguntas, pero no se veía con corazón de responderlas. Se limitó a hacer una pequeña mueca. La cantidad de información que había tenido que asimilar en muy poco tiempo era inmensa. No se había sentido mentalmente tan agotado de acá que había empezado la carrera. En realidad, estaba convencido que todo aquello no era tan complicado, que había estudiado cosas mucho más difíciles que navegar, pero era la combinación de aquel montón de información que tenía que aprender en una lengua que encara no dominaba y el hecho que el elemento en si le era tan desconocido. Y le hacía tanto miedo.

Los recuerdos de la travesía por el Mediterráneo lo habían asaltado con una fuerza que lo había sorprendido. Hasta entonces no se había dado cuenta del miedo que había pasado arriba de aquella embarcación. En aquellos momentos no había habido tiempos ni espacio para pensar. La Amina y él se habían concentrado a asegurarse que los niños estuvieran sanos y salvos. Pero aquella mañana, cuando había salido al mar con en Bill, había recordado cada oleada, cada chillido de los que iban a parar al agua, la mirada de aquellos que, de repente, dejaban de llamar y, despacio, se hundían para no volver a salir a la superficie. Había reprimido todos aquellos recuerdos, se había intentado convencer que ahora lo único que importaba era que estaban a buen cobijo. Que tenían un país nuevo. Un nuevo hogar.

—Quieres hablar? —dijo la Amina, y le mimó los cabellos.

En Karim hizo que no con la cabeza. No era que creyera que no podía confiar en ella. La Amina no lo juzgaría, no dudaría nunca de él. Pero su mujer se había mostrado fuerte durante mucho tiempo. Durante la última época en Siria, durante el largo viaje hasta Suecia.

Ahora era su turno de ser fuerte.

—Estoy cansado y bastante —dijo, y se sirvió otra cucharada del babaganuix que había preparado la Amina.

Era tan bono como el que hacía su madre, pero, esclar, no se habría atrevido nunca a decirlo a la madre. Tenía un carácter casi tan fuerte como el de la Amina.

Su mujer le puso una mano al brazo. Le mimó la cicatriz. Él sonrió, cansado. Su madre había muerto cuando en Karim estaba en la prisión y, después, se vieron obligados a huir. No habían osado explicarlo a nadie. En aquella época, Siria era un país lleno de delatores y no se sabía nunca quién estaba dispuesto a denunciar alguien para salvar la propia piel. Vecinos, amigos, familiares... No se podía confiar en nadie.

No quería pensar en el viaje. Había entendido que muchos suecos creían que habían marchado de su país en busca de una vida de lujo. Aquella ingenuidad lo dejaba astorato. Cómo se podían creer que alguien podía estar dispuesto a dejar todo el que conocía pensándose que en Occidente se haría de oro? Evidentemente, se había encontrado con gente capaz de pasar por encima de mujeres y niños para salvarse a sí mismos y que no se estaban de nada para conseguir el que querían. Pero esperaba que los suecos fueran capaces de ver todo el resto. Aquellos que se habían visto empujados a abandonar casa suya para salvar la vida y la de su familia. Aquellos que querían contribuir con todo el que tenían y podían en el país que los había acogido.

La Amina continuó mimándole la cicatriz del brazo y en Karim levantó los ojos del plato. Se dio cuenta que no había comido nada, absorto en los recuerdos que se había esforzado a reprimir.

—Estás seguro que no quieres hablar?

Su mujer sonrió.

—Es difícil —respondió él.

La Samia clavó un puntapié a en Hassan y la Amina los regañó con la mirada. Con aquello solía haber basta.

— había tantas cosas nuevas —continuó en Karim—. Tantas palabras extrañas. Y no estoy muy seguro que aquel hombre no esté loco...

—En Bill?

—Sí, no lo sé. Quizás es un loco que se ha emperrado a conseguir un imposible.

—Todo es posible. No es el que siempre dices a los niños?

La Amina se le sentó al regazo. No era nada habitual mostrar aquella ternura ante los niños, que se miraban sus padres con los ojos como unas naranjas. Pero la Amina sabía que el que su hombre necesitaba en aquel momento era su proximidad.

—Utilizarás las palabras de tu marido en su contra? —dijo, y le apartó los cabellos de la cara.

Eran espesos, largos y negros, y le caían espalda abajo. Eran una de las cosas que más la encisaven de su esposa.

—Mi marido dice palabras sabias —respondió, y le dio un beso a la mejilla—. A veces.

En Karim rió a pedir de boca por primera vez en mucho tiempo y sintió que el nudo al estómago se le deshacía. Los niños no entendieron la broma, pero también empezaron a reír. Porque el padre reía.

—Tienes toda la razón. Todo es posible —dijo, y le clavó unos golpecitos al culo—. Pero ahora levántate, que no llevo a la comida. Es casi tan bono como el de mi madre.

La Amina no se molestó a responder, simplemente le espetó un golpe al hombro. En Karim alargó el brazo para coger otro dolma.

—Le trucarás? —preguntó Paula, y sonrió a en Martin, que cambió de marcha antes de entrar a una curva—. Las mujeres que buscan hombres más jóvenes es la nueva moda, por el que he sentido. Y, por el que también sé, no sería tu primera vez...

Tampoco era ningún secreto que en Martin había causado estragos entre las señoras de la cercanía y que mujeres significativamente más grandes que él no le sacaban el ojo de sobre. Paula había conocido su compañero ya viviendo con el amor de su vida, la Pia, y había visto como la había estimado y la había perdido. Para ella, todas aquellas historias de en Martin de joven no eran más que romances, pero aquello no significaba que no las pudiera usar por burxar-lo. Y el flirteo descarado de Marie había sido un auténtico regalo del cielo.

—Va, bastante —hizo su compañero, poniéndose rojo.

—Es aquí —dijo Paula, señalando la casa lujosa que se levantaba a tocar de mar cuando pasaron por el delante.

Hizo la impresión que en Martin respiraba aliviado. Su compañera era capaz de pasarse veinte kilómetros haciéndole la pascua.

—Dejaré el coche a Planarna —la informó innecesariamente, puesto que entró al enorme aparcamiento asfaltado que había al muelle.

Por encima suyo se levantaba el restaurante Badis y Paula se alegraba que un par de años antes hubieran renovado el viejo edificio de estilo funcionalista. Había visto fotografías del estado en que se encontraba hasta aquel momento, y habría sido una pena y una vergüenza que hubieran dejado que se continuara deteriorando de aquella manera. Había sentido a hablar de las fiestas que se habían celebrado y de los clubes nocturnos que habían ocupado aquel espacio en el pasado, e intuía que un buen puñado de habitantes de Fjällbacka tenían que agradecer a Badis ser en este mundo.

—No es seguro que la encontramos —dijo en Martin, y cerró el coche—, pero trucamos a la puerta para ver si tenemos suerte.

Se dirigió hacia la casa preciosa que Marie había alquilado y Paula lo siguió.

—La Jessie es sólo una adolescente y ya puede disfrutar de una casa como esta —dijo su compañera—. Dios mío, yo no me habría molestado ni un segundo a salir a la calle.

Paula hizo visera con la mano para cubrirse los ojos del solo. Los reflejos que los lanzaba el mar que se extendía ante suyo lo cegaban.

En Martin picó a la puerta. Evidentemente, habrían podido trucar para asegurarse que la Jessie estaba en casa, pero tanto Paula como él preferían ir a ver la gente cuando menos se lo esperaba. De este modo no tenían tanto de tiempo por rumiar el que los querían decir, y a menudo la verdad brotaba con más facilidad.

—No parece que haya nadie —dijo Paula, picando de pies a tierra.

La paciencia no era uno de sus puntos fuertes, bien al contrario de la Johanna, que era la serenidad personificada, cosa que, a la vegada, podía sacar de tino Paula.

—Un momento —dijo en Martin, y volvió a trucar.

Después del que los pareció una auténtica eternidad, sintieron pasas en unas escaleras de la casa. Cada vez se acercaban más a la puerta y, poco después, sintieron una clave que giraba a la cerradura.

—Sí? —dijo una adolescente.

Iba vestida con una camiseta negra de manga corta de algún grupo de rock llevar y pantalonets cortos. Tenía los cabellos esbullats y hacía la impresión que se había vestido de prisa y a salto de mata.

—Somos de la policía de Tanumshede y queríamos hacerte unas cuantas preguntas —dijo en Martin, saludando con la cabeza la chica, que sólo había abierto unos cuantos centímetros la puerta.

Pareció que la Jessie dudaba.

—Mi madre...

—Acabamos de hablar con ella —la interrumpió Paula—. Está al cabo de la calle que veníamos ninguno aquí para hablar contigo.

La chica todavía parecía indecisa, pero unos segundos más tarde retrocedió unas cuantas pasas y abrió la puerta.

—Pasáis —dijo, y volvió ninguno adentro.

Paula sintió que el polos se le aceleraba cuando vio la sala donde entraron. Las vistas eran espectaculares. Unos enormes ventanales de vidrio abiertos de par en par daban a un embarcador y se podía contemplar toda la bocana del puerto de Fjällbacka. Dios del cielo. Que alguien pudiera vivir en un lugar como aquel...

—Qué queréis?

La Jessie se sentó en una mesa enorme de madera maciza que había a la cocina, sin haber hecho el gesto más mínimo de saludarlos adecuadamente. Sin alterarse, Paula se preguntó si aquel detalle se debía de en una mala educación o, simplemente, a los estragos de la adolescencia. Después de haber conocido la madre de la Jessie, más bien se decantaba por la primera opción. Marie no le había parecido del tipo de progenitores dulces y atentos.

—Estamos investigando el asesinato de una niña pequeña. Y, de esto..., tenemos motivos para hablar con tu madre sobre esta cuestión.

Paula se dio cuenta que a en Martin le costaba encontrar las palabras más adecuadas. No estaban seguros de hasta qué punto la Jessie estaba al cabo de la calle del pasado de su madre.

Ella misma resolvió cualquier duda.

—Sí, he sentido que la encontraron en el mismo lugar donde había aparecido la niña que dicen que mataron mi madre y Helen.

La chica los miró a los dos y Paula le sonrió.

—Nos hay que saber donde era tu madre desde domingo al atardecer hasta lunes por la tarde —dijo.

—Y cómo queréis que lo sepa, yo? —La Jessie se va arronsar de hombros.— El domingo al atardecer se fue con todo el equipo de rodaje a algún tipo de fiesta, pero no tengo ni idea de cuando volvió a casa, si es que lo hizo. No dormimos en la misma habitación, sabéis?

La Jessie puso los pies encima la silla y se pasó la camiseta por encima de las rodillas. Paula no era capaz de encontrar muchos parecidos entre madre e hija, pero quizás se asemejaba a su padre, fuera quién fuera. Había buscado información por internet sobre Marie para saber tantas cosas como pudiera de su pasado, y justamente aquella cuestión era bastante recurrente. Nadie sabía quién era el padre de la Jessie. Se preguntaba si la chica lo sabía. O, incluso, Marie.

—No es una casa muy grande, esta. Aunque no compartís habitación, la habrías

sentido llegar, si hubiera vuelto a casa —dijo en Martin.

Tenía razón, pensó Paula. No había duda que la casa de pescadores reformada era lujosa, pero no especialmente grande.

—Duermo con la música puesta. Con auriculares —dijo la Jessie, como si fuera la cosa más normal del mundo.

Paula, que para poder coger el sueño necesitaba una habitación gélida, oscuridad y con un silencio sepulcral, se preguntó como se podía ser capaz de dormir con música sonando dentro de mismo de la oreja.

—Y también dormiste la noche de domingo a lunes? —preguntó en Martin, negándose a lanzar la toalla.

La Jessie bostezó.

—Lo hago siempre.

—O sea que no tienes ni idea de si tu madre vino a dormir en casa o, en caso de que lo hiciera, a qué hora llegó? Era aquí cuando te quitaste?

—No, normalmente marcha muy temprano hacia el siete de rodaje —dijo la Jessie, y se estiró todavía más la camiseta piernas abajo.

Aquella camiseta ya no recuperaría nunca más la forma original. Paula intentó leer el que ponía, pero las letras reproducían algún tipo de rayos extraños, así que le fue imposible. Por otro lado, tampoco habría sabido de qué banda se trataba. Durante la adolescencia, había pasado una fase muy corta en qué era hacen de los Scorpions, pero de rock llevar no sabía ni una pizca.

—No me puedo creer que pensáis que la mama se haya ido hasta aquella granja y haya matado una niña pequeña. De verdad?

La Jessie se toquejava las pieles de los dedos de la mano izquierda y Paula sintió un escalofrío cuando se dio cuenta como traía las uñas aquella chica, completamente mordisqueadas. En algunos lugares, la Jessie se había arrancado la piel justo a raíz de uña e incluso se había hecho sangre.

—Sabéis como fue la vida para su familia después de aquello? Para todos nosotros? El montón de mierda que nos hemos tenido que tragar porque nuestras madres fueron acusadas de un crimen que no habían cometido? Y ahora venís hasta aquí preguntando por otro asesinato que no tiene nada que ver con nuestras madres!

Paula observó la Jessie sin batar boca y tuvo que reprimir las ganas de apuntar que su madre había construido toda una carrera hablando de su trauma de juventud.

En Martin se giró hacia la Jessie.

—«Las nuestras»? —dijo—. Estás hablando también del hijo de Helen? Os conocéis?

—Sí, nos conocemos —respondió la Jessie, e hizo balancear los cabellos—. Es mi xicot.

Un ruido que provenía del primer piso hizo que los tres se estremecieran.

—Es aquí? —dijo Paula, y se giró hacia las escaleras empinadas que subían hacia el piso de arriba.

—Sí —dijo la Jessie, y el cuello se le encendió como un tomate.

—Le puedes pedir que baje? —hizo en Martin, amablemente—. Un compañero nuestro tenía que ir a hablar con Helen y su familia, pero teniendo en cuenta que es aquí...

—De acuerdo —dijo la Jessie, y llamó hacia el piso de arriba—: Sam? La policía es aquí. Quieren hablar contigo!

—Cuánto de tiempo hace que salís juntos? —preguntó Paula, y notó que la chica dreçava la espalda.

Dedujo que a su vida no había tenido muchas xicots.

—Aix, ha pasado hace poco —respondió la Jessie, recargolant-se a la silla; pero Paula se dio cuenta que la chica no tenía nada en contra de hablar.

Recordaba perfectamente la felicidad de sentir por primera vez que conectabas con alguien. Formar parte de una pareja. A pesar de que en su caso no se había tratado de un Sam, sino de una Josefin. Y no se habían atrevido a mostrarlo abiertamente, de ninguna forma. Paula no había salido del armario hasta los veinticinco, y entonces se preguntó por qué había tardado tanto. El cielo no le había caído encima, la tierra no se le había abierto bajo los pies, un rayo no la había partido por la mitad. Su vida no había quedado anorreada. Más bien todo el contrario. Por primera vez se había sentido libre.

—Hola.

Un adolescente de paso titubeante bajó las escaleras arrastrando los pies. Iba vestido con unos pantalones cortos y llevaba el torso desnudo. Señaló la Jessie.

—Trae mi camiseta.

Paula lo miró de arriba abajo, despertada la curiosidad. La mayoría de personas del pueblo conocían su padre, no se podía decir que hubiera muchos soldados de las Naciones Unidas a la comarca, y Paula no se había imaginado que el hijo de en James Jensen hiciera aquella fila. Cabellos teñidos, negros como el carbón.

Ojos perfilados y mirada rebelde, que Paula instintivamente sintió que escondían alguna otra cosa. Lo había visto muchas veces en adolescentes con los cuales se había cruzado mientras trabajaba. Pocas veces se trataba de recuerdos y vivencias agradables, las que se escondían detrás de unos ojos como aquellos.

—Tienes nada en contra de hablar con nosotros un rato? —preguntó Paula—.

Quieres trucar a tus padres para pedirlos permiso?

Miró su compañero. En realidad, iba en contra de las normas interrogar un menor sin la presencia de sus progenitores. Pero Paula decidió considerarlo una simple conversación. Sólo le formularían unas cuántas preguntas y, teniendo en cuenta que era allá, era absurdo no aprovechar el avinentesa.

—Estamos investigando el asesinato de la Nea, la niña que era vecina tuya. Y, por motivos que estoy convencida que no hace falta que te explique, necesitamos saber donde eran vuestras madres cuando la Nea desapareció.

—Habéis hablado con mi madre? —preguntó, y se sentó junto a la Jessie.

La chica le sonrió y, de repente, la cara entera cambió. Ahora estaba radiando.

—Hemos pasado un rato con tu madre, sí —respondió en Martin, se levantó y fue hacia el mármol de la cocina—. Va bien si me sirvo un vaso de agua?

—Tú mismo —hizo la Jessie, y se va arronsar de hombros, sin apartar los ojos de en Sam.

—Y que ha dicho? —preguntó en Sam, rascando con la uña un nudo que había a la madera.

—Preferiríamos sentir el que nos quieras explicar tú —contestó Paula, y, sentada ante el chico, le sonrió.

Algo en aquel xicot la conmovía. Estaba a medio camino entre el niño y el

adulto, y casi podía ver como se debatían las dos partes. Se preguntaba si sabía de qué banda quería estar él. Se imaginaba que tampoco debía de ser nada fácil, crecer con un padre como en James. No había sentido nunca ningún aprecio especial por los fanáticos de las armas ni los machos alfa, quizás por el hecho que pocas veces mostraban ningún tipo de afecto hacia las de su tipo. Y tener un padre que era la personificación de un ideal como aquel no tenía que ser genes sencillo.

—Y que queréis saber? —preguntó, y va arronsar los hombros como si tanto se le diera.

—Sabes qué hizo tu madre de domingo al atardecer a lunes por la tarde?

—No podéis ser más precisos? No me paso el día mirando el reloj ni tampoco controlando mi madre.

Continuaba toquejant el nudo de la mesa.

En Martin volvió a sentar con un vaso de agua a la mano.

—Explícanos el que recuerdes —dijo—. Empieza por domingo al atardecer.

Se tragó la mitad del agua de un trago.

Paula sintió que le vendía siete. En un extremo de la sala había un ventilador encendido, pero apenas ayudaba. El calor sofocante del verano hacía que, allá dentro, el ambiente fuera irrespirable, todo y los ventanales abiertos de par en par. No corría ni una brizna de aire. Al puerto, el mar parecía un espejo brillante.

—Cenamos temprano —dijo en Sam, y levantó los ojos hacia el techo, como si estuviera intentando ver el anochecer de domingo ante sede—. Albóndigas con puré de patata. Todo hecho por la madre, el padre odia el puré de sobre. Después, el padre se fue por un viaje de trabajo y yo subí a mi habitación. No tengo ni idea de qué hizo la madre. A los anocheceres acostumbro a no sacar la nariz por bajo. Y el día siguiente dormí hasta... no lo sé... tarde. Pero supongo que la madre salió a correr. Lo hace cada mañana.

Paula también se levantó a coger un vaso de agua. La lengua se le había empezado a enganchar al paladar. Se giró mientras lo llenaba.

—Pero no la viste.

al chico sacudió la cabeza.

—No. Estaba durmiendo.

—Y después, cuando la volviste a ver?

En Martín se acabó el agua y se enjugó la boca con el dorso de la mano.

—No lo sé. A la hora de comer, quizás? Estamos de vacaciones. Quiero decir que quién mira el reloj?

—Después salimos con tu barco —dijo la Jessie—. Me parece que era alrededor de las dos. Lunes.

Todavía no había apartado los ojos de en Sam.

—Exacto, tienes razón —hizo, y asintió con la cabeza—. Salimos con mi barco. Bien... con el de la madre y el padre. El de la familia. Pero sobre todo lo uso yo. La madre no sabe navegar y el padre... no está en casa casi nunca.

—Y ahora, cuánto de tiempo hace que está en casa? —preguntó Paula.

—Unas cuántas semanas. Pronto volverá a marchar. Algún día después de que empiece la escuela, creo.

—Dónde? —preguntó en Martin.

En Sam se va arronsar de hombros.

—No lo sé.

—Nada más de lunes que recuerde alguien de los dos?

Los chicos hicieron que no con la cabeza.

Paula miró en Martin, que asintió. Y los dos agentes de policía se levantaron.

—Muchas gracias por el vaso de agua. Y por el estoneta que hemos sido charlando. Podría ser que más adelante tuviéramos más preguntas.

—Ningún problema —dijo en Sam.

Se volvió a encoger de hombros.

Ninguno de los dos no los acompañó hasta la puerta.

Provincia de Bohuslän, 1672

QUAN LA ELIN SINTIÓ EL CHILLIDOS de la Märta corrió como no lo había hecho nunca a la vida. Vio la camisa blanca de en Preben ante sede, entre los árboles. El pastor era más rápido y la distancia que los separaba iba aumentando. Dentro del pecho, el corazón latía con fuerza y la Elin sentía que la falda se le enganchaba a las ramas, que le desgarraban la tela. Entrevió el humedal que se abría más adelante y aceleró el ritmo todavía más, mientras sentía los gritos de la Märta cada vez más cerca.

—Märta, Märta! —chilló, y cuando llegó al lado del humedal cayó de rodillas a tierra.

En Preben se acercaba a la niña, avanzando con penas y trabajos por el agua oscura. Pero, cuando se adentró tanto que le llegaba hasta el pecho, soltó un taco.

—El pie me ha quedado atrapado en algo, no lo puedo liberar! Elin, tenéis que nadar hasta la Märta, la niña no podrá aguantar mucho rato más!

Los ojos de en Preben le salían de las órbitas y la Elin veía como hacía todo el que podía para soltarse.

Desconcertada, el Elin miró el pastor y la Märta, que ahora había enmudecido y hacía la impresión que estaba a punto de enfonsar-se bajo aquellas aguas negras como la noche.

—No sé nadar! —berreó, pero a la vegada miró alrededor para encontrar una solución.

Sabía que si perdía la cabeza y se lanzaba al agua en un intento de salvar su hija, la Märta se ahogaría. Y ella también.

Hizo la vuelta al humedal. Era pequeño, pero profundo, y ahora sólo era capaz de ver la cabecita de la Märta por sobre la superficie refulgent. Encima del agua colgaba una rama enorme y la Elin se ensartó y, arrastrándose, avanzó tanto como pudo hacia el centro del humedal. Aún así, todavía la separaba un metro de la niña, y la Elin llamó a la Märta que no se rindiera. Tuvo la impresión que su hija la había sentido, porque la niña empezó a agitar las manos y a chapotear otro golpe. Los brazos le hacían daño cuando, todavía arriba la rama, intentó acercarse más a su hija. Pero ahora empezaba a estar bastante cerca de la Märta para intentar llegar.

—Cógeme la mano! —llamó, y se estiró tanto como pudo hacia su hija sin correr el riesgo de soltarse de la rama.

En Preben también llamaba a voz en grito:

—Märta! Coge la mano de la Elin!

Desorientada, la niña se debatió para intentar aferrar la mano de su madre, pero no se salía y constantemente tragaba agua.

—Märta! Por caridad, Dios mío... Cógeme la mano!

Y, como si se tratara de un milagro, la Märta se lo cogió. El Elin la aferró a brazo partido y empezó a arrastrarse ninguno atrás, sin soltarse de la rama. El peso de la niña lo empujaba hacia abajo, pero, sin saber de dónde, sacó las fuerzas que necesitaba. Finalmente, en Preben había conseguido liberar el pie y nadaba hacia

ellas. Cuando las dos ya eran cerca del borde del humedal, el pastor llegó hasta donde era la Märta y la cogió entre los brazos, de forma que el Elin la pudo soltar. Los brazos le hacían daño, pero la sensación de alivio era tan grande que las lágrimas empezaron a brotar sin aturador. Luego que sintió tierra firme bajo los pies, se lanzó al cuello de la Märta y, entonces, a la vegada abrazó en Preben, que estaba sentado en cuclillas, con la niña entre los brazos.

Más tarde, el Elin no sabía cuánto de tiempo se habían sido así, los tres, abrazándose, pero no fue hasta que la Märta empezó a temblar que no se dieron cuenta que tenían que volver a la granja para ponerle —y ponerse— ropa seca.

En Preben levantó la Märta de tierra y, con mucha cuenta, la llevó auestas a través del bosque. Cojeaba ligeramente y el Elin se dio cuenta que había perdido un zapato, a buen seguro cuando el pie se le había quedado enganchado en algo al fondo del humedal.

—Gracias —dijo, con una voz que temblaba por el llanto, y en Preben se giró hacia ella con una sonrisa a los labios.

—Yo no he hecho nada. Habéis sido vos la que habéis encontrado consejo.

—Nuestro Señor me ha ayudado —respondió el Elin, serena, y sintió que el que decía era verdad.

Había sido la ayuda de Dios, la que había recibido en aquel instante que había rogado que su hija le cogiera la mano. estaba completamente segura.

—Pues, así, este anochecer daré todavía más las gracias al Señor —dijo en Preben, y estrechó la niña contra su cuerpo.

Los dientes de la Märta carrisquejaven entre los labios lilosos.

—Por qué te has metido al humedal, Märta? No sabes nadar, tú.

El Elin intentó que no sonara como una reprensión, pero no lo entendía. Su hija sabía que no se tenía que acercar al agua.

—Me ha dicho que la Viola era allá dentro y que estaba a punto de ahogarse —cuchicheó la niña.

—Quién? Quién te ha dicho que la Viola era al agua? —preguntó el Elin, y va arrufar el frente.

Pero creía que ya sabía la respuesta a aquella pregunta. Y se topó con los ojos de en Preben, que lo observaban por encima de la cabeza de su hija.

—Ha sido la Britta, quién te lo ha dicho? —preguntó en Preben.

La Märta asintió con la cabeza.

—Sí, me ha acompañado un trozo y me ha mostrado hacia donde era el humedal. Después me ha dicho que tenía que volver a la granja, pero que yo tenía que salvar la Viola.

Fuera de sí, el Elin miró en Preben y se dio cuenta que los ojos del pastor eran tan negros como las aguas del humedal.

—Hablaré con mi mujer —masculló en Preben, en el que fue un murmullo.

Se estaban acercando a la granja y la Elin no deseaba nada más que protestar. Quería arañar su hermana, golpearla, arrancarle todos los cabellos de la cabeza, pero sabía que tenía que escuchar en Preben. Si no, provocaría la desgracia de su hija y la suya. Se obligó a respirar profundamente unas cuántas veces y rogó a poderes superiores tener suficientes fuerzas para mantener la calma. Pero, por dentro, hervía.

—Qué ha pasado?

En Lill-Jan se los acercó corriendo, seguido de un puñado de mozos y criadas.

—La Märta se ha metido al humedal, pero el Elin ha conseguido sacarla del agua

—dijo en Preben, y a grandes zancadas se dirigió hacia la casa principal.

—Dejadla en casa nuestra—dijo la Elin, no quería que la niña estuviera cerca de la Britta.

—No, a la Märta le hace falta un buen baño de agua caliente y ropa seca.

Se giró hacia la criada más joven de la casa.

—Kristina, podéis preparar la bañera?

La chica hizo una pequeña reverencia y entró corriendo a la casa para empezar a calentar agua.

—Iré a buscar ropa seca —hizo la Elin.

A regañadientes, se separó de en Preben y la Märta, pero no sin antes pasar la mano por la cabecita de su hija y darle un beso al frente helado.

—La madre vuelve enseguida —dijo, cuando la Märta se quejó con un gemido.

—Qué está pasando aquí? —dijo la Britta, de mal humor, desde el umbral de la puerta, después de sentir todo el ajetreo que se había formado en el patio.

Cuando vio la Märta a los brazos de en Preben, se volvió tan blanca como la camisa de su marido.

—Qué...? Qué...?

Sus ojos eran gordos y redondos de la sorpresa. El Elin rogó a brazo partido, rogó como no lo había hecho nunca antes, para encontrar la fortaleza que le hacía falta para no matar en golpes su hermana allá mismo. Y sus plegarias fueron escuchadas. Consiguió no badar boca, pero, por seguridad, giró cola y se fue a buscar ropa seca. No sintió el que en Preben dijo a su mujer, pero tuvo tiempo de ver la mirada que le había hecho. Y, por primera vez a la vida, vio su hermana asustada. Pero, detrás de aquel miedo, se escondía algo que hizo que el Elin sintiera un escalofrío. Un odio que quemaba con tanta intensidad como los fuegos del infierno.

E

LOS NIÑOS ESTABAN JUGANDO al piso de bajo. En Patrik era a la comisaría y la Erica había pedido a Kristina que se esperara a marchar a casa para poder trabajar un rato más sin que la estorbaran. Había intentado ponerse incluso cuando estaba suela con sus hijos, pero era imposible concentrarse cuando una veueta de criatura llamaba cada cinco minutos pidiendo algo. Siempre había alguien que tenía hambre o tenía que hacer pipí. Pero Kristina no había tenido ningún inconveniente a quedarse algo más, cosa que la Erica le agradecía de todo corazón. Se podía decir el que fuera de su suegra, pero tenía una mano increíble con los niños y no dudaba nunca a ayudarlos. A veces se preguntaba qué tipo de abuelos habrían sido sus padres. Teniendo en cuenta que eran muertos antes de que nasquessin las criaturas, la Erica no lo podría saber nunca. Pero quería pensar que los niños quizás habrían conseguido ablandar el corazón de su madre. Que sus hijos, a diferencia de Anna y ella misma, sí que habrían podido esmunyir-se bajo la dura coraza que lo rodeaba.

Ahora conocía la historia de su madre y hacía tiempo que había perdonado el Elsy. Y había decidido que habría sido una abuela dulce y juguetona con sus nietos. El Erica no dudaba ni un segundo que su padre habría sido un abuelo extraordinario. Tanto como había sido un padre excelente. A veces se lo imaginaba, sentado a su silla preferida a la veranda, con la Maja y los gemelos alrededor. Exhalando humo con la pipa mientras los explicaba historias de espíritus y otros seres fantásticos que poblaban las islas. A buen seguro que habría asustado los niños con sus cuentos, exactamente como había hecho con Anna y con ella. Pero, a sus hijos, pasar miedo los habría gustado tanto como su hermana y a ella. Y los habría encantado el olor de aquella pipa y los jerseys gruesos de lana que siempre traía, porque la Elsy insistía que había que ahorrar en calefacción.

Los ojos le cocían y el Erica se obligó a no pensar más en los padres. Observó el enorme corcho que cubría toda una pared del despacho. Se había puesto a trabajar con las pilas de papeles que ocupaban la mesa de despacho y había clavado a la pared todas las copias de informes, las fotografías y las notas. Era una de las pasas que hacía cuando trabajaba en sus libros: primero crear el caos, recopilar todo el material posible y distribuirlo en pilas. Absorberlo todo. Y, posteriormente, intentar establecer un tipo de estructura y orden en aquel caos. Le encantaba aquella fase del trabajo. Era entonces cuando las nieblas empezaban a esvanir-se alrededor de aquello que en un principio parecía una historia imposible de ligar. Cada vez que empezaba un nuevo libro tenía la impresión que nunca jamás no conseguiría trenzarlo. Pero, de alguna manera, siempre se salía.

En aquella ocasión no se trataba sólo de un libro. El que de buen comienzo sólo tenía que ser la narración de un caso antiguo y de una tragedia pasada, había hecho un tumbo inesperado. Ahora se había convertido también en la historia de la investigación de un nuevo asesinato. Otra niña muerta y más personas golpeadas por el dolor.

El Erica se puso las manos detrás la cabeza y va medio cerrar los ojos, mientras

intentaba encontrar algún hilo argumental. Últimamente le costaba más que nunca leer desde aquella distancia, pero se negaba a capitular ante la idea que probablemente tendría que acabar poniéndose ojeras.

Contempló las fotografías de Marie y Helen. Eran tan diferentes. Tanto en la apariencia física cómo en la manera de ser. Helen, morena y normal y corriendo, subyugada. Marie, rubia, preciosa y siempre mirando a cámara con serenidad. Era frustrando no haber encontrado los informes de los interrogatorios. Nadie sabía donde eran e incluso podría ser que hubieran desaparecido. Por experiencia, sabía que a la comisaría de Tanumshede la orden no siempre había sido ejemplar. Desgraciadamente, que ahora el Annika aplicara un orden estricto no influía, si el que se pretendía era encontrar material de una época anterior al día que había empezado a trabajar como secretaria. Los informes de los interrogatorios la habrían podido ayudar a comprender la relación que había entre las dos chicas, qué había pasado realmente aquel día y cómo habían conseguido que confesaran. Los diarios de la época no aportaban mucho información de base, nada sobre el *cómo*, sólo sobre el *qué*. Y, teniendo en cuenta que hacía tiempo que en Leif era muerto, el antiguo comisario tampoco le había estado de servicio. Había tenido la esperanza que la visita en casa de la hija le proporcionara algún resultado, pero la Viola no le había vuelto a trucar. Ni siquiera sabía si en Leif había guardado nada, sólo era una sensación a la boca del estómago, basada en el hecho que el comisario no se había podido sacar nunca de la cabeza el caso Stella. Y la cabeza de la Erica siempre volvía a aquel punto. Había estado en Leif el que había conseguido la confesión de Marie y Helen; era el viejo comisario el que había aparecido ante todos los medios afirmando que el caso estaba resuelto. Entonces, por qué había cambiado de parecer más tarde? Por qué después de tantos años ya no creía que las chicas fueran culpables?

El Erica volvió a forzar la vista para conseguir que las letras fueran más nítidas. Por el ruido del piso de bajo, sintió que los niños jugaban a hecho y esconder con la abuela, juego que siempre tenía un extra de dificultad con la manera tan creativa que tenían los gemelos de contar: «Uno, dos, diez. Que vengo!».

De repente, le llamó la atención un artículo del *Bohusläningen*. Se levantó de la silla, se acercó y lo descolgó del corcho. Lo había leído muchas veces, pero ahora la Erica cogió un lápiz y rodeó una raya. El artículo hablaba de los días de después de que las chicas se retractaran y el periodista había conseguido que Marie le contestara una pregunta.

«Alguien nos siguió cuando entramos al bosque», eran las palabras que había pronunciado la chica.

Aquella afirmación se había considerado una mentira, la manera que tenía una criatura de intentar cargar las culpas a alguien otro, y automáticamente no habían hecho ningún caso. Pero, y si realmente alguien hubiera seguido las chicas aquel día cuando habían entrado al bosque? Qué podía significar aquello en el asesinato de la Nea? El Erica cogió un tabla-it amarillo de sobre la mesa y escribió: «Alguien al bosque?». Enganchó el papelito encima del artículo y se quedó plantada ante el corcho con las manos a los lados. Cómo podía avanzar? Cómo podía averiguar si era cierto que alguien había seguido las chicas aquel día? Y, si era así, quién?

El móvil sonó encima la mesa. El Erica se giró y dio un vistazo a la pantalleta. Sólo un número, ningún nombre. Pero, por el contenido del mensaje, comprendió de quien se trataba.

«Veo que has hablado con mi madre. Quieres que nos vemos?»

El Erica sonrió y colgó el teléfono después de contestar de manera breve. Al fin y al cabo, quizás algunas de las preguntas que se hacía obtendrían respuesta.

En Patrik acabó el informe de la conversación con Helen y en James y pulsó el icono de «imprimir». Cuando había ido a la casa, se los había encontrado los dos dispuestos a responder todas las preguntas. En James había confirmado el que los había dicho Helen: que ningún miembro de la familia había sentido los grupos de voluntarios que habían sido registrando el bosque la noche de lunes a martes, y también le había explicado qué había hecho lunes. Se había ido de viaje de trabajo y había llegado al hotel de Göteborg domingo al atardecer. Allí había tenido varias reuniones hasta las cuatro de la tarde de lunes y, después, había cogido el coche y se había vuelto hacia casa. Helen le había explicado que domingo se había ido a dormir hacia las diez. Se había tomado una pastilla para coger el sueño y había dormido toda la noche hasta las nueve de la mañana, hora en que se había quitado y había salido a correr como cada día.

En Patrik se preguntaba si alguien podía confirmar el que le había dicho Helen. El sonido estridente del teléfono lo volvió abruptamente al mundo real y respondió mientras intentaba evitar que el contenido del portallapis que maldestrament había volcado se esparciera por la mesa. Cuando sintió de quien se trataba, se volvió a sentar a la silla, cogió un bolígrafo y se estiró para coger el bloque de notas.

—Has conseguido hacernos pasar delante de toda la cola de trabajo que tienes?
—preguntó, aliviado, y recibió una respuesta afirmativa de en Pedersen, pero en forma de murmullo.

—Sí, no ha sido nada fácil. Me debes de una. Pero, a la vegada... Los casos con niños... —En Pedersen suspiró al otro extremo del teléfono y en Patrik comprendió que el forense estaba tan afectado por la muerte de la Nea como él mismo—. Iré directo al gra. Todavía no he terminado el informe definitivo, pero hemos podido constatar que la niña murió debido a un traumatismo craneal.

—De acuerdo —dijo en Patrik, y lo anotó.

Sabía que en Pedersen le enviaría un informe detallado así que colgaran, pero irlo apuntando lo ayudaba a poner en orden toda la información.

—Ningún rastro de que habría provocado la lesión?

—Nada, más allá que la herida presentaba suciedad. Disparo de esto, habían limpiado el cuerpo.

—Suciedad? —En Patrik dejó de apuntar y va arrufar las cejas.

—Sí, he enviado las pruebas al Centro Nacional de Ciencias Forenses. Con un poco de suerte, nos llegarán los resultados de aquí a unos cuántos días.

—Y el objeto que lo ha causado? Quiero decir que debía de ser algo que contuviera aquella suciedad, oi?

—Bien... —En Pedersen respondía con un cierto recelo.

En Patrik sabía que el médico forense siempre lo hacía cuando no estaba del todo seguro de las cosas y no quería decir demasiado ni demasiado poco. Dar

información errónea podía tener consecuencias devastadoras en una investigación por asesinato. En Pedersen lo sabía bastante bien.

—No estoy seguro —dijo, y volvió a hacer una pausa—. Pero a juzgar por las heridas, o bien se trata de un objeto mucho pesando o bien...

—O bien qué? —hizo en Patrik.

Las pausas dramáticas de en Pedersen hacían que el polos se le acelerara.

—Vaya, o bien se trata del traumatismo provocado por una caída.

—Una caída?

En Patrik vio la clariana ante sede. No había ningún lugar desde donde hubiera podido caer, si no es que lo había hecho de un árbol, esclar. Pero, entonces, quién la había escondido bajo el tronco?

—Creo que podrían haber movido la niña del lugar donde murió —dijo en Pedersen—. El cuerpo muestra indicios de haber pasado mucho rato de barriga en alto, pero vosotros la encontrasteis boca abajo. La trasladaron y la colocaron en aquella posición, pero antes de esto había estado de barriga eleve unas cuántas horas. No me atrevo a determinar exactamente cuántas.

—Has encontrado ninguna coincidencia con el caso Stella? —preguntó en Patrik.

Acercó el bolígrafo al bloque de notas.

—He comparado mi informe con el informe de la autopsia de aquel caso —dijo en Pedersen—, pero no he encontrado ningún parecido más allá que las dos niñas murieron por traumatismo craneoencefálico. Pero, en el caso de la Stella, a la herida había rastros de madera y roca. Fuera de que era evidente que la criatura había sido asesinada en aquella clariana, justo junto al curso de agua donde la localizaron. En Torbjörn ha encontrado algún rastro de esta índole?

Aunque yo pueda ver que han trasladado a la niña y que la han colocado bajo el árbol, esto no tiene que querer decir que el lugar donde se cometió el crimen sea muy lejos. La pueden haber asesinado muy cerca.

—Sí, considerando que las heridas han sido provocadas por un objeto y no por una caída. Allá alrededor no hay ningún punto elevado desde donde precipitarse, el terreno apenas es ligeramente irregular. Ahora mismo truco a en Torbjörn para saber como va la cosa, pero cuando fui allá yo no vi nada que apuntara que la Nea había sido asesinada en aquella clariana.

En Patrik volvió a visualizar la clariana ante sede. No había visto manchas de sangre, pero en Torbjörn y sus agentes de la policía científica habían peinado minuciosamente la zona y, si había nada que a primera vista pudiera pasar por alto, ellos el haurien encontrado.

—Tienes algo más para decirme? —preguntó en Patrik.

—No, no he encontrado nada más que pueda ser interesante. La niña era una criatura de cuatro años con buena salud, muy alimentada, ninguna herida, sacado de las que presentaba a la cabeza, el contenido del estómago era una mezcla de chocolate y galletas, probablemente las típicas galletas Kex.

—De acuerdo, gracias —dijo en Patrik.

Pulsó el botón con el teléfono rojo y dejó el bolígrafo sobre la mesa. Esperó unos minutos y después marcó el número de en Torbjörn Ruud. Sonaron muchas señales y estaba a punto de colgar cuando sintió la voz áspera de en Torbjörn.

—Hola?

—Ei, soy en Patrik. Acabo de hablar con en Pedersen y sólo quería saber como traéis la investigación.

—Todavía no hemos acabado —dijo en Torbjörn, seco.

Siempre hablaba cómo si estuviera de mal humor, pero a aquellas alturas en Patrik ya estaba acostumbrado. En Torbjörn era uno de los mejores profesionales de todo Suecia dentro de su especialitat. Los distritos de Estocolmo y de Göteborg le habían ofrecido trabajo, pero su compañero se sentía demasiado a gusto a su Uddevalla natal y no había encontrado ninguna razón para marchar de allá.

—Y cuando cruces que lo tendréis? —preguntó en Patrik.

Había vuelto a coger el bolígrafo.

—Imposible de saber —masculló en Torbjörn—. No queremos cometer ningún error en esta investigación. Bien, evidentemente, en ninguno, pero vaya... Ya me entiendes. Aquella criatureta pequeña no había tenido tiempo de vivir bastante. Es...

Se fregó la garganta y tragó saliva. En Patrik lo entendía perfectamente, pero el mejor que podían hacer por aquella niña era mantener la cabeza tan fría cómo pudieran y trabajar con la máxima eficiencia. Y encontrar el culpable.

—Hay nada que me puedas decir ahora? En Pedersen le ha hecho la autopsia y la niña murió debido a un traumatismo a la cabeza. había algo al lugar del crimen que se pudiera usar como arma? O que indique que murió cerca de donde la encontramos?

—No... —dijo en Torbjörn, a regañadientes.

En Patrik sabía que su compañero era muy reticente a dar ningún tipo de información antes de haber acabado de examinar todas las pruebas, pero que a la vegada comprendía la necesidad que tenía en Patrik de conseguir cualquier cosa que lo ayudara a hacer avanzar la investigación.

—No hemos encontrado nada que apunte que fue asesinada en aquella clariana. No hay ningún rastro de sangre y tampoco hemos encontrado en ningún objeto que se pudiera usar de arma.

—Qué extensión de terreno examinasteis?

—Peinamos minuciosamente una área amplia alrededor de la clariana. No te puedo decir exactamente las dimensiones, todo aparecerá al informe final, pero no escatimamos esfuerzos. Y, como decía, ningún rastro de sangre. Una fractura craneal habría significado una gran cantidad de sangre.

—Bien, pues todo indica que aquella clariana es un escenario secundario —dijo en Patrik, y escribió algo a la libreta—. En algún lugar hay de haber lo principal.

—En casa de la niña? Piensas que tendríamos que buscar trazas de sangre?

En Patrik no respondió inmediatamente. Después dijo, despacio:

—En Gösta se ha encargado de hablar con la familia. Cree que no hay ningún motivo para sospechar de los padres. Así que hasta ahora no hemos seguido esta línea de investigación.

—No lo sé, yo —dijo en Torbjörn—. Los dos hemos visto el que puede pasar dentro de una familia, a veces por accidente. A veces no.

—Tienes toda la razón —sentenció en Patrik, haciendo una mueca.

Lo asaltó la sensación desagradable que quizás habían cometido un error. Una equivocación estúpida y de principiante. En Patrik no se podía permitir dejarse

traer por el sentimentalismo ni cometer errores absurdos. Con los años habían visto demasiadas cosas, los dos lo sabían.

—Patrik?

Unos trucos prudentes a la puerta hicieron que levantara la cabeza. Había colgado el teléfono y se había quedado quieto, sentado a la silla mirando la nada mientras rumiaba qué tenía que ser el siguiente paso.

—Sí?

El Annika era al umbral de la puerta, parecía preocupada.

—Hay una cosa que tendríais que saber. Hemos empezado a recibir llamadas. Muchas. Y fuerza desagradables...

—A que te refieres?

El Annika hizo una pasa ninguno adelante y se plantó ante la mesa de en Patrik, cruzando los brazos.

—La gente no para de trucar, muy alterada. Dicen que no estamos haciendo nuestro trabajo. Incluso han empezado a llegar amenazas.

—Por qué? No lo entiendo.

En Patrik sacudió la cabeza. El Annika respiró profundamente.

—Muchos truncan para decir que no estamos investigando la gente del centro de internamiento como tendríamos que hacer.

—Pero si no tenemos ningún indicio que apunte en aquella dirección. Por qué los tendríamos que investigar?

En Patrik va arrufar las cejas. No comprendía a que se refería el Annika. Por qué trucaba la gente pidiéndolos por el centro de internamiento de refugiados?

La secretaria de la comisaría se sacó el bloque de notas del bolsillo y empezó a leer en voz alta:

—Bien, pues, según un señor que prefiere mantener el anonimato, es más que evidente que ha sido «un maldito moro de mierda del centro de internamiento», el que lo ha hecho. Y, según una buena mujer, que tampoco quiere dar su nombre, es «un escándalo que no hayamos traído inmediatamente a comisaría todos y cada uno de aquellos criminales». También ha expresado que «ninguno ha huido de la guerra, sólo los ha servido de excusa para venir en Suecia y vivir de gorra de nuestra sociedad». Y muy bien he recibido una docena de llamadas de esta índole. Todos quieren mantener el anonimato.

—Dios mío! —exclamó en Patrik, soltando un suspiro largo.

Aquella era la última cosa que ahora los hacía falta.

—Bien, como mínimo ahora ya lo sabes —dijo el Annika, y se dirigió hacia la puerta—. Cómo quieres que lo manegui, esto?

—Cómo lo has hecho hasta ahora —respondió en Patrik—: con educación y evasivas.

—De acuerdo —dijo ella, y salió del despacho.

En Patrik la volvió a llamar.

—Annika?

—Di.

La mujer volvió a sacar la cabeza por la puerta.

—Podrías pedir a en Gösta que venga? Y truca a la fiscal de Uddevalla. Necesitamos una autorización para poder registrar una casa.

—Ahora mismo —contestó el Annika, y asintió con la cabeza.

Estaba acostumbrada a no hacer más preguntas de la cuenta. Cuando llegara el momento, sabría de que se trataba.

En Patrik se reclinó ninguno atrás. A en Gösta no le haría ninguna gracia. Pero era necesario. Y hacía tiempo que lo tendrían que haber hecho.

En Martin sintió que se fundía por dentro mientras contemplaba la Tuva por el retrovisor. Había ido a buscar su hija en casa de los padres de la Pia. En principio se tenía que quedar a dormir con los abuelos una noche más para que él pudiera trabajar, pero la había echado de menos tanto que había pedido a en Patrik si se podía escapar del trabajo una hora. Le hacía falta un rato con su hija para continuar trabajando. Estaba convencido que aquella necesidad desmesurada de ver la Tuva estaba relacionada con cómo echaba de menos la Pia y que, con el tiempo, tendría que aprender a dejar volar su hija, a darle más libertad. En aquellos momentos deseaba que estuviera cerca suyo siempre. No se podía imaginar dejarla en manso de nadie que no fueran los padres de la Pia o la Annika, y sólo cuando el trabajo lo exigía. Sus padres no estaban especialmente interesados en las criaturas pequeñas. No tenían ningún problema a venirlos a ver de vez en cuando, a la Tuva y a él, pero no se habían ofrecido nunca a cuidar su nieta y en Martin tampoco se lo había pedido.

—Papa, quiero ir al parque —dijo la Tuva desde el asiento trasero, y, por el retrovisor, en Martin la miró a los ojos.

—Y tanto, amor —respondió, y le lanzó un beso.

Si tenía que decir la verdad, había rogado porque su hija quisiera ir. No se había podido sacar de la cabeza la chica del parque infantil y, aunque era consciente que las probabilidades de volver a coincidir eran bajas, no se le acudía ninguna otra manera de encontrarla. Se prometió a si mismo que, si tenía la suerte de verla otra vez, se aseguraría de preguntarle el nombre.

Aparcó junto al parque y desató la Tuva de la cadireta. Ahora podía ligarla con los ojos clucs, pero recordaba cómo había sudado al comienzo, cuando la niña era pequeña. Se había peleado con aquella cadireta, profiriendo tacos a diestro y siniestro, mientras a unos cuántos metros de distancia la Pia se lo miraba, riendo a pedir de boca. había tantas cosas que entonces le parecían una montaña y que ahora eran de lo más evidentes. Y tantas otras que entonces habían sido fáciles y ahora terriblemente difíciles. Cuando levantó la Tuva de la cadireta, en Martin aprovechó para estrecharla entre sus brazos. Cada vez eran más escadussers los momentos que su hija dejaba que el padre le hiciera moixaines. había demasiadas cosas nuevas en el mundo para descubrir, demasiado pocas horas para jugar y sólo cuando se hacía daño o cuando estaba cansada quería acurrucarse junto al padre o que lo abrazara. En Martin lo aceptaba y lo comprendía, pero a veces deseaba poder parar el tiempo.

—Papa, hay aquel niño pequeño. Aquel a quién hiciste daño.

En Martin se dio cuenta que se ponía rojo como un pimiento.

—Gracias para decirlo así, tesoro —replicó, y clavó unos golpecitos a la cabecita de la Tuva.

—De nada, papa —respondió la niña, educada, sin acabar de entender por qué le daba las gracias, y salió corriendo hacia la criatura, que estaba a punto de meterse el puño lleno de arena a la boca.

—No, no, no, niño! No comas arena —dijo, y, seria, cogió la mano del menut y la va espolsar.

—Uix, mira qué canguro más bonita que me he encontrado! —dijo la chica, y sonrió a en Martin.

Los clotets que le aparecieron a las mejillas hicieron que en Martin se pusiera rojo.

—Martin Molin —dijo, y alargó una mano.

—Mette Lauritsen.

La mano era cálida y seca.

—Noruega? —preguntó él, e inmediatamente pudo situar aquel acento leve.

—Sí, en origen, pero ahora ya hace quince años que vivo en Suecia. Soy de Halden, pero me casé con un chico de Tanumshede. Vaya, con quién sentiste que me discutía por teléfono el otro día.

Hizo una mueca como para disculparse.

—La cosa se ha arreglado? —preguntó.

Con el rabillo del ojo, vio que la Tuva continuaba ocupándose de la criatura.

—Bien, no se puede muy bien decir que sí. Todavía está demasiado ocupado con la nueva xicota para tener tiempo para su angelet.

—Tu hijo se llama Angelet? —bromeó en Martin, a pesar de que sabía bastante bien como se decía el pequeño.

—Y ahora, esclar que no! —va esclafir a reír la Mette, mientras miraba su menut con ojos tiernos—. Se llama Jon, como mi padre, pero le digo *mi Angelet*. Tengo la esperanza que seré capaz de dejar de hacerlo antes de que llegue a la adolescencia.

—Creo que sería lo mejor —hizo en Martin, con una gravedad fingida, y sintió mariposas al estómago cuando vio como refulgieren los ojos de la Mette.

—Y tú, a que te dedicas? —preguntó la chica.

Por el tono de voz, en Martin creyó por un instante que estaba flirteando con él, pero no estaba seguro que no fuera más que un deseo suyo.

—Soy policía —respondió, y él mismo notó el orgullo con que lo había dicho.

Se sentía orgulloso de su trabajo. Era de las que marcaban la diferencia. Desde pequeño que había querido ser policía y no había dudado nunca de haber tomado la decisión acertada. El trabajo había sido su salvación cuando la Pia había muerto y sus compañeros eran más que simples colegas de trabajo, eran su familia. Incluso en Mellberg. Toda familia necesitaba un miembro disfuncional y se podía decir tranquilamente que en Bertil Mellberg cumplía aquel rol a la perfección.

—Policía —dijo—. Que xulo!

—Y tú?

—Soy auxiliar contable en una oficina de Grebbestad.

—Vivos aquí? —preguntó en Martin.

—Sí, el padre de en Jon vive aquí, pero si no piensa implicarse en la educación de su hijo, no sé sí...

Miró unos según el chiquillo, que en aquellos momentos estaba recibiendo un montón de besos y abrazos de la Tuva.

—Mi hija todavía no ha aprendido aquello de ir a paso —dijo en Martin, riendo.

—Hay que no aprendemos nunca —contestó la Mette, con una sonrisa de oreja

a oreja.

Después la chica vaciló un instante.

—De esto... Si no te parece muy inadecuado... Qué dirías de un cenar un anochecer de estos?

Hizo la impresión que se arrepentía así que lo había propuesto, pero en Martin volvió a sentir cosquillas al estómago.

—Con mucho gusto! —dijo, quizás con un poco demasiado de energía—. Con una condición...

—Qué? —hizo la Mette, desconfiada.

—Que pueda invitar yo.

Los clotets a las mejillas se volvieron a hacer visibles y en Martin sintió como para sus adentros se deshacía un pequeño, minúsculo, nudo.

—Dónde son en Martin y Paula? Todavía no han vuelto? —preguntó en Gösta, cuando se sentó a la silla ante la mesa de en Martin.

Cuando el Annika le había pedido que fuera al despacho de en Patrik, se había pensado que se trataba de una reunión de todo el grupo; pero por ahora sólo estaba él.

—Los he enviado a casa un rato. En Martin quería ir a ver la Tuva y a Paula también tenía ganas de decir *hola* a sus hijos, pero vendrán más tarde.

En Gösta asintió con la cabeza. Esperaba que en Patrik le explicara por qué lo había llamado.

—He vuelto a hablar con en Pedersen y en Torbjörn —empezó.

En Gösta va dreçar la espalda. Tenía la sensación que de acá que habían encontrado la niña se movían a tientas, así que, si ahora habían conseguido la más mínima información, podía ser de un valor incalculable para hacer avanzar la investigación.

—Qué han dicho?

—Han terminado la autopsia y he recibido un informe preliminar. En Torbjörn y sus chicos todavía no han acabado, pero lo he collat un poco porque me diera una primera valoración.

—I? —dijo en Gösta, y sintió que el corazón se le aceleraba.

Deseaba a brazo partido poder dar un poco de información a los padres de la Nea, un tipo de cierre.

—Con toda probabilidad la niña no fue asesinada en aquella clariana. Seguramente sólo se trata de un escenario secundario y tenemos que encontrar el principal cuanto antes mejor.

En Gösta tragó saliva. Había presupuesto que la Nea la habían asesinado al bosque. Que lo hubieran hecho en otro lugar y, después, la hubieran trasladado hasta allá lo cambiaba todo. A pesar de que todavía no pudieran decir en qué sentido.

—Y, pues, por donde empezamos a buscar? —dijo.

Luego que formuló la pregunta, él mismo fue consciente de la respuesta.

—Cojones! —exclamó, con un hilo de voz.

En Patrik asintió con la cabeza.

—Esclar, es el lugar más lógico por donde empezar.

En Patrik lo miró con preocupación, sabía la ternura que en Gösta sentía por la

familia de la niña. Aunque fueran unos desconocidos, desde el primer momento se había visto arrastrado por el sufrimiento de aquellos padres, y se lo había hecho suyo.

—Por mucho que quiera, no puedo protestar. Se tiene que hacer—dijo el policía, y sintió un gran pes al pecho.

Miró en Patrik de hito en hito.

—Cuándo?

—Estoy esperando la autorización de la fiscal de Uddevalla para llevar a cabo el cacheo de la casa, pero no tendría que suponer ningún problema. Preferiría que nos pusiéramos mañana por la mañana, bien temprano.

—Sí —cuchicheó en Gösta—. Han comentado nada más?

—La Nea murió debido a un traumatismo a la parte posterior del cráneo. Podría ser por una caída, o por un objeto contundente. En este segundo caso, no queda claro de qué tipo, a la herida sólo había trazas de suciedad.

—Un análisis minucioso nos podría aportar mucha información —dijo en Gösta, y se inclinó ninguno adelante.

En Patrik asintió con la cabeza.

—Exacto. Se ha enviado todo porque lo analicen con profundidad, pero tardaremos a recibir los resultados.

Los dos se quedaron en silencio unos segundos. Afuera, el solo había empezado a bajar y los rayos dorados e intensos por la tarde habían sido sustituidos por los matices suaves rojos y naranjas del atardecer. La temperatura dentro de la comisaría de policía era casi agradable y todo.

—Hay nada más que pueda hacer hoy? —preguntó en Gösta, mientras se toquejava un hilo invisible de la camisa.

—No, vete a casa a descansar. Te mantendré informado sobre mañana por la mañana. En Martin y Paula vendrán más tarde a redactar los informes sobre los interrogatorios de hoy, y el Annika me ha dicho que tú ya has terminado el tuyo de la conversación con los padres de la Nea.

—Sí, exacto. He dado un golpe de mano a la Annika con todas las denuncias que hemos recibido de agresiones sexuales y cosas por el estilo, pero, si te parece bien, me los puedo llevar en casa y continuar allá.

Se levantó y colocó la silla en su lugar.

—Hazlo —asintió con la cabeza en Patrik. Después pareció que dudaba.— Te has enterado de esto de las llamadas que hemos empezado a recibir? Sobre el centro de internamiento.

—Sí —se limitó a decir en Gösta.

Recordó los comentarios que habían hecho los padres de en Peter, pero no dijo nada a en Patrik.

—Es el miedo —continuó—. El miedo al que es desconocido. Desde siempre, la gente ha cargado las culpas a los que venían de fuera. Resulta más fácil que no pensar que se puede tratar de alguien que conoces.

—Cruces que puede representar un problema? —dijo en Patrik.

Se inclinó sobre el escritorio y enlazó las manos.

En Gösta se tomó un tiempo antes de contestar. Pensó en los titulares con letras gordas que la prensa sensacionalista había publicado los últimos años, en la base electoral cada vez más amplia de los Amigos de Suecia, a pesar de todos los

escándalos. Le habría gustado poder responder que no, pero, en cambio, se sintió a sí mismo confirmando aquello que hacía la sensación que en Patrik ya sabía.

—Sí, nos puede ocasionar problemas —dijo.

En Patrik asintió con la cabeza, pero no añadió nada más.

En Gösta dejó su compañero solo al despacho y se fue a coger los documentos que se llevaría en casa. Se sentó un rato a su mesa, mirando por la ventana. Al otro lado, hacía la impresión que el cielo se había encendido.

La Vendela abrió despacio la ventana, mientras paraba la oreja al rumor que le llegaba del televisor. Aunque su habitación era al segundo piso, hacía tiempo que había encontrado la manera por donde bajar sin que su madre la viera. El techo del porche era justo debajo y podía dejarse caer con facilidad. Después, se ensartaba al árbol enorme que crecía a tocar de la casa. Como medida de seguridad extra, cerraba por dentro de la puerta de la habitación y ponía la música a todo volumen. Si la madre trucaba, la Vendela estaba convencida que pensaría que no la podía sentir.

Mientras bajaba por el árbol, miró por la ventana de la sala de estar. Vio la nuca de su madre, sentada suelta al sofá mirando cualquier serie patética de detectives, como siempre, con una copa de vino a la mano. Afuera, el cielo todavía era bastante claro y, si se hubiera girado, la habría visto. Pero la Vendela llegó a tierra en un santiamén y a grandes zancadas salió del jardín. Tampoco tenía que sufrir; cuando había bebido, la madre no se daba cuenta nunca de nada. Antes, solía beber vino algún anochecer a la semana, normalmente con una fotografía de la Stella en la mano. El día siguiente siempre se quejaba que tenía dolor de cabeza, como si no supiera a que se debía de. Pero, de acá que Marie Wall había vuelto a Fjällbacka, bebía cada anochecer.

Marie y Helen. Las mujeres que habían asesinado su tía y habían convertido su madre en una alcohólica.

Afuera del jardín lo estaban esperando en Nils y en Basse, y la Vendela se va espolsar de la cabeza Marie y Helen, y sus hijos Sam y Jessie.

En Nils se la acercó hacia él y la abrazó.

Habían venido en bicicleta y la Vendela subió al portaequipatge de en Nils. Juntos, fueron a toda velocidad hacia Fjällbacka, dejaron atrás la nave industrial de Tetra Pak, el enorme aparcamiento que se abría ante el minúsculo cuartel de bomberos. Pasaron como bólidos por ante la pizzería Bååthaket y la plazoleta con la pequeña zona ajardinada. En lo alto de la calle Galärbacken, se pararon y la Vendela se aferró con fuerza a la cintura de en Nils. En las manos, notó aquel vientre plano y llevar.

La bajada era pronunciada y el chico no frenó. El viento le tapó las orejas y los cabellos voleiaven cabeza atrás. El corazón le hacía un salto cada vez que cogían un bache al asfalto y tragó saliva para dominar el miedo.

Dejaron atrás la plaza Ingrid Bergman y la Vendela profirió un esbufec cuando llegaron al final de la pendiente. La plaza estaba llena de gente y unos cuántos jóvenes muy mudados tuvieron que saltar a un lado para evitar que los atropellaran. La Vendela se giró y vio como levantaban los puños, amenazándolos, pero ella no paraba de risa. Turistas de mierda, pasaban a Fjällbacka unas cuántas semanas al año y se creían los amos del pueblo. No los

pasaría nunca por la cabeza venir el mes de noviembre. No, llegaban con el velero, aquellas malditas familias distinguidas, desde sus malditas casas distinguidas, de vacaciones de sus malditas escuelas distinguidas, e intentaven colarse a todas las colas. Y levantaban la voz hablando de los *pagesots* de la comarca.

—Has cogido el biquini? —preguntó en Nils, girando la cabeza.

Pedalejaven despacio por el pequeño muelle en dirección a Badholmen, así que la Vendela pudo sentir perfectamente el que le decía.

—Hostia, no! Me lo he olvidado! Pero me puedo bañar igualmente.

Le mimó el muslo y en Nils va esclafir a reír. La Vendela había aprendido deprisa el que le gustaba. Cuanto más descarada fuera, más caliente se ponía.

—Ya hay gente —dijo en Basse, señalando la antigua plataforma para saltar al agua.

—Bah, sólo son los mocosos de séptimo. Tocarán el dos así que nos vean. Créeme.

La Vendela pudo intuir la sonrisa de en Nils en la claridad tenue del anochecer. Aquella sonrisa tenía algo que hacía que sintiera cosquillas al estómago. Dejaron las bicicletas a la graba justo junto a los antiguos baños y fueron hacia la plataforma de saltos, donde tres chicos llamaban y chapoteaban al agua. Enmudecieron cuando vieron quién eran los que se los acercaban y se quedaron inmóviles, moviéndose por no enfonsar-se.

—Fuera de aquí, nos queremos bañar —dijo en Nils, con toda la calma del mundo, y, sin badar boca, los tres chiquillos nadaron hasta la escalera.

Tan deprisa como pudieron, se ensartaron escalera arriba y subieron a salto de mata por las rocas hasta uno de los vestuarios. Se trataba de un antiguo balneario, así que se tenían que cambiar al aire libre, sólo con la protección de unas cuántas paredes de madera, pero en Nils, la Vendela y en Basse no se molestaron a ir. Se desnudaron allá mismo.

Los dos chicos empezaron a ensartarse a la plataforma de madera, pero la Vendela se desvistió más despacio. Saltar desde allí arriba no le hacía ningún tipo de gracia. Estaba convencida que a en Basse tampoco, pero él siempre copiaba todo el que hacía en Nils.

La Vendela fue hacia la escalera, bajó unos cuántos escalones y después se lanzó de espaldas. Dejó que el agua lo rodeara. Bajo la superficie, las orejas se le taparon, pero aquello todavía le permitió poder disfrutar con más facilidad de unos cuántos según maravillosos de aislamiento de todo. De la imagen de su madre con una copa de vino en una mano y una fotografía de la Stella a la otra. Finalmente, tuvo que volver a la superficie. Se estiró haciendo el muerto y levantó los ojos hacia la plataforma.

Evidentemente, en Basse no las tenía todas mientras, a su lado, en Nils se mofava. La construcción de madera no era exageradamente alta, pero lo era basta porque se formara un nudo al estómago cuando se subía hasta arriba de todo. En Basse se acercó cerca, pero todavía no lo veía claro. Entonces, en Nils le clavó un empujón por la espalda.

El xicot no dejó de llamar mientras caía.

En Nils le fue detrás, un salto de bomba elegante. Cuando volvió a salir a la superficie, berreó al cielo:

—Hostia, qué gusto!

Grató en Basse por la cabeza y lo hundió bajo el agua, pero lo soltó unos segundos más tarde. A continuación, con unas cuántas braçades enérgicas se dirigió hacia la Vendela. Dentro del agua, se la acercó y estrechó la parte inferior de su cuerpo contra ella, mientras se iba moviendo. Va esmunyir la mano bajo las calcetas de la Vendela. Enseguida, un dedo la penetró. La chica va aclucar los ojos. Pensó en la maldita Jessie, la maldita hija de la maldita Marie, que a buen seguro que estaba haciendo el mismo con en Sam, y respondió besando en Nils. De repente, el chico se separó de ella.

—Mierda! —renegó—. Una puta medusa!

Y se fue hacia la escalera y salió del agua. Tenía el muslo derecho rojo como un pimiento y se podían ver claramente unas rayas.

Cuando la Vendela subió al muelle, se dio cuenta que se había olvidado de coger una toalla. La brisa cálida del anochecer había cambiado repentinamente a un aire gélido.

—Tiene —hizo en Basse, y le alargó una camiseta porque se enjugara.

Había subido justo detrás de ellos. La cara pálida casi brillaba con luz propia.

—Gracias —dijo la chica, y se secó el agua salada del mar.

En Nils ya se había vestido. De vez en cuando se iba tocando el muslo, pero hacía la impresión que el dolor le provocaba desazón. Cuando se giró hacia sus amigos, la Vendela le vio a los ojos aquella lluïssor tan característica, la que solía tener justo antes de que la vida de alguien estuviera a punto de acabar.

—Qué os parece? Lo hacemos?

La Vendela miró en Basse. Sabía que el chico no se atrevería a decir que no. El corazón le latía con fuerza.

—Qué estamos esperando? —dijo ella, y fue hacia las bicicletas.

Provincia de Bohuslän, 1672

LA SEMANA SIGUIENTE, el ambiente a la granja estaba enrarecido. El Elin sentía como el odio y la rabia le hervían con fuerza por dentro, pero la cordura ganaba sobre el arrebato. Si acusaba a la Britta de algo y sólo tenía la palabra de una criatura de parte suya, lo expulsarían de la casa parroquial. Y, entonces, ¿donde irían?

Por las noches, no podía acluir los ojos y estrechaba con fuerza a Märta contra ella cuando a la pequeña lo asaltaban las pesadillas y todo el cosset empezaba a temblar. De vez en cuando, la niña se recargolava murmurando sobre miedos que la atormentaban en sueños. Y de la Viola no volvieron a saber nada. Y con la gatita desapareció la alegría de Märta. La niña ya no se paseaba por todas partes haciendo saltirons, ni se quejaba como lo hacían todas las criaturas por las tareas que le encargaban. Al Elin se le rasgaba el corazón de ver los ojos de la niña, que ahora eran oscuros como las aguas del humedal, pero no podía hacer nada. Nada del que le había enseñado su abuela servía para curar la pena ni el miedo, y ni siquiera el amor de una madre no podía remediar el que le faltaba a Märta.

Se preguntaba qué le había dicho en Preben a la Britta. De acá que el pastor había entrado a la casa con Märta auestas y había dejado que se quedara dos días a su cama mientras él dormía en la habitación para los invitados, su hermana no se había atrevido a mirar a Elin a los ojos. Seguían las mismas rutinas de siempre. Desde el punto de vista práctico, no había cambiado nada y hablaban de las cosas que la Britta quería que haz su hermana, como siempre de acá que Elin y Märta habían llegado a la casa parroquial. Pero la Britta se cuidaba mucho no mirar a su hermana a los ojos. Sólo en una ocasión, Elin la había descubierto observándola de hito en hito, cuando se había girado de repente por espolsar las mantas de la Britta. Y el odio que vio casi la hizo caer en tierra. Se dio cuenta que su hermana pequeña se había convertido en una enemiga todavía más temible. Pero era preferible que la Britta dirigiera toda la rabia hacia ella en vez de su hija. Y, en aquel sentido, tenía una confianza llena en Preben. Sabía que, fuera el que fuera que hubiera dicho a su mujer, la Britta no se atrevería a volver a hacer daño a Märta. Pero el pastor no podía reparar el que se había hecho a miques dentro del alma de la niña. La confianza y la fe de una criatura eran dos de los dones más frágiles de Dios, y la Britta los había arrebatado a su hija.

—Elin?

La voz del pastor desde la puerta de la cocina hizo que por poco no le cayera la vasija para limpiar que llevaba en las manos.

—Digáis —respondió, y se giró mientras se enjugaba al delantal.

Aquella semana, en Preben y Elin tampoco habían hablado y, de repente, lo volvió a ver corriendo ante sede al bosque. La camisa blanca entre los árboles, la mirada atónita cuando la cara pálida de Märta volvía a emerger a la superficie del humedal de aguas oscuras. La calidez de aquella mirada mientras cargaba su

hija a cuestras hasta la granja, entre troncos y rocas. De repente, el Elin no podía respirar. Las manos le temblaban y las escondió bajo el delantal.

—Podéis venir? —dijo el pastor, nervioso—. La Märta está en casa?

El Elin va arrufar el frente y se preguntó qué debía de querer. A en Preben le había caído un rizo rubio al frente y el Elin estrechó las manos con fuerza para reprimir el impulso de acercarse al pastor y apartarle los cabellos de los ojos.

Rápidamente asintió con la cabeza.

—Sí, está en casa —respondió—. Como mínimo, el último golpe que la he visto. Últimamente no sale mucho.

Se arrepintió inmediatamente del que había dicho. Era una manera demasiado directa de recordar el que había pasado. El agua oscura del humedal y la maldad de la Britta. La maldad de su mujer.

—De acuerdo, pero venís. Qué estáis esperando? —dijo en Preben.

A regañadientes, el Elin fue.

—Lill-Jan? Donde os habéis metido? —llamó, saliendo al patio de la granja, y la cara del pastor se iluminó cuando vio que el mozo se acercaba con algo a los brazos.

—Cuál os habéis empescat, ahora? —dijo el Elin.

Nerviosa, miró alrededor. El último que quería era que la Britta la viera allá en el patio, hablando con su esposo. Pero era imposible pasar por alto la alegría de en Preben cuando, con mucha cura, el pastor cogió el fardo que llevaba a cuestras en Lill-Jan.

—Por el que he entendido, la Märta echa de menos la Viola. Así que, cuando ayer la Pärlla tuvo cadellts, pensé que en podríem coger un para la niña.

—Esto es demasiado —dijo el Elin, con ademán grave, pero se giró rápidamente para esconder las lágrimas.

—Y ahora! —hizo en Preben, y mostró una perrita blanca con manchas marrones.

Era preciosa y la Elin no se pudo estar de alargar una mano y rascar la bestioleta detrás las orejas largas y suaves.

—Me hará falta ayuda para hacer de esta pequeñita una buena perra pastora y había pensado que la Märta me podía dar un golpe de mano. La Pärlla no podrá dirigir las ovejas muchas años más y nos hace falta alguna bestia que la pueda sustituir. Me parece que esta noieta puede ser una buena pastora. Qué os parece, Elin?

Y le acercó la cadelleta y ya en aquel momento el Elin sabía que le había ganado el corazón. Los guiños pequeñitos del animaló la miraban plenos de confianza y una poteta se estiró para tocarla.

—De acuerdo, si vos os aseguráis que la Märta aprende todo el que hace falta para educar la perra, accedo —dijo, con tono severo, pero el corazón se le fundía dentro del pecho.

—Entonces os doy las gracias para permitir que la Märta se pueda encargar de la cadelleta —dijo en Preben, con una sonrisa pícara, y empezó a andar hacia casa del servicio.

Pocos metros más allá, se giró e hizo un gesto con la cabeza porque la Elin lo siguiera.

—Venís. Que no queréis ser, cuando dé la cachorra a la Märta?

Y se puso a andar a grandes zancadas, con la Elin detrás. Sí, no se lo perdería para nada del mundo.

Encontraron la Märta en la cama. Estaba estirada con los ojos abiertos, mirando fijamente el techo. No fue hasta que en Preben se arrodilló a su lado que la niña no giró la cabeza.

—Märta, os puedo pedir un gran favor? —dijo el pastor, dulcemente, y la niña asintió con ojos serios.

La devoción que sentía por en Preben no había menguado nada desde el día que la había traído a costas desde el humedal.

—Necesito que me ayudáis a tener cura de esta pobrissona. Es algo más débil que el resto de cadellots y su madre no se quiere hacer cargo. Así que, si no encontramos otra, se podría morir de hambre. Y he pensado: quién está más muy preparada para esta tarea que la Märta? Vaya, si tenéis tiempo y os apetece, esclar. Estamos hablando de mucho trabajo, no os mentiré. Se le tiene que dar comer a lo largo del día y se lo tiene que cuidar como lo haría una madre. Y hay que ponerle un nombre, evidentemente. La pobre ni siquiera tiene nombre.

—Yo puedo —dijo la Märta, y se incorporó de un revuelo, con los ojos clavados en la cadelleta, que se debatía para salir del trozo de tela en que la habían envuelto.

Con mucha cuenta, en Preben deshizo el fardo y dejó la perrita encima de la cama de la Märta, que inmediatamente hundió la carona en el pelaje suave. La bestioleta empezó a lamerla frenéticamente, mientras la cola se movía de un lado al otro.

El Elin se dio cuenta que su hija sonreía como hacía tiempo que no había sonreído. Y cuando sintió la mano de en Preben sobre la suya, no la va enretirar.

S

OTA LA CABEZA, la almohada estaba pleno de nudos, pero Eva no se veía con corazón de cambiar de posición. Aquella noche tampoco había podido aclucrar los ojos. No recordaba la última vez que había conseguido dormir. Una neblina se esparcía por encima de su existencia. Aquella existencia sin sentido. Qué sentido podía tener salir de la cama? Hablar con en Peter? Respirar? Su hombre no le podía ofrecer ninguna respuesta. La mirada de en Peter era tan vacía como la suya. Su contacto, igual de frío. Las primeras horas habían intentado encontrar consuelo en el otro, pero ahora en Peter le parecía un extraño. Se movían dentro de la misma casa sin tocarse, cada uno cargando su dolor.

Los padres de en Peter hacían el que podían. Se aseguraban que comían cuando tocaba, que se acostaban cuando era la hora. Las pocas veces que Eva había mirado por la ventana, se había sorprendido que las flores continuaran floreciendo. Que el solo luciera como antes, que en la tierra las zanahorias siguieran creciente, que los tomates brillaran, rojos, a las cañas.

A su lado, en Peter suspiró. Eva había sentido cómo se había pasado la noche sollozando, en silencio, pero no había podido alargar una mano para consolarlo.

Al piso de bajo, las pasas pesadas de en Bengt se acercaban al agujero de la escaleras.

—Viene alguien —llamó.

Eva asintió con la cabeza para sí misma. Despacio, se incorporó y puso los pies en tierra.

—Tu padre dice que se acerca alguien —dijo, sin levantar los ojos de tierra.

—De acuerdo —respondió su hombre, con un hilo de voz.

Cuando en Peter también se sentó cerca, la cama crujió. Sin decirse nada, se quedaron sentados unos segundos, dándose la espalda. Un mundo hecho a miques los separaba.

Lentamente, Eva bajó las escaleras. Había dormido vestida, todavía con la misma ropa que había traído el día que la Nea había desaparecido. En varias ocasiones, la Ulla había intentado que se la cambiara, pero aquella era la ropa que había llevado la última vez que había pensado que todo era como siempre, la ropa con qué había pensado abrazar la Nea, jugar con la Nea, hacerle la cena.

En Bengt estaba derecho ante la ventana de la cocina.

—Se trata de dos coches patrulla —dijo, estirando el cuello—. Quizás saben algo.

Eva se limitó a asentir con la cabeza. Separó una silla de la mesa y se dejó caer.

Nada que los pudieran explicar haría que recuperaran la Nea.

En Bengt fue hacia la puerta principal y dejó entrar los agentes. Hablaron en voz queda al recibidor y Eva sintió que uno de los policías era en Gösta. Gracias a Dios.

El viejo policía fue el primero a entrar a la cocina. Los miró a los dos. En aquellos ojos había un desasosiego que Eva no había visto antes.

En Bengt se colocó ante los fogones. El Ulla era detrás, con las manos sobre los hombros de en Peter.

—Habéis averiguado nada? —dijo en Bengt.

En Gösta hizo que no con la cabeza, todavía con aquella desazón a la mirada.

—No, por desgracia no os podemos explicar nada de nuevo —dijo—. Pero tenemos que registrar la casa.

En Bengt se encendió inmediatamente, avanzó unas cuantas pasas hacia en Gösta.

—Debéis de estar de cachondeo! No tenéis bastante que sus vidas hayan quedado hechos a miques?

El Ulla se acercó a su marido y le puso una mano al brazo. El hombre movió la cabeza, pero no dijo nada más.

—Déjalos hacer —dijo Eva.

Después, se levantó y fue hacia las escaleras que subían al primer piso. De la cocina le llegaron voces alteradas, pero todo aquello ya no formaba parte de su mundo.

—Recibiremos muchas visitas de la policía?

En Jörgen se apoyó en un banco dentro de la cabina de maquillaje. Marie contempló al espejo las cejas arrufadas del director. Ya habían acabado de maquillar-la, llevaba los cabellos recogidos y se estaba haciendo ella misma el retoque final.

—Cómo quieres que lo sepa, yo? —respondió, y con el dedo va enretirar un poco de lápiz de ojos que se le había acumulado formando una bolita a la comisura del ojo derecho.

En Jörgen rió burlón y se giró de espaldas.

—Maldecido el día que nos conocimos.

—De qué va todo esto? No se te puso bien que la policía te pidiera que confirmaras mi coartada? O quizás estás pensando en tu mujer y los niños que tienes a casona?

La cara de en Jörgen se oscureció.

—Mi familia no tiene nada a ver en todo esto.

—Exacto, tienes toda la razón.

Marie le sonrió a través del espejo.

En Jörgen se la quedó mirando sin decir nada. Después, salió de un revuelo de la cabina y la dejó suela.

Dios del cielo! Los hombres eran tan previsibles... Frisaven para llevársela a la cama, pero después no querían nunca asumir las consecuencias de sus actos. Había visto como su padre había tratado su madre. Las marcas de los golpes que había clavado a su mujer cuando no hacía el que él quería. A la primera familia de acogida que había ido a parar Marie, el padre le había mostrado exactamente para que pensaba que servía.

Y, mientras tanto, a Helen le habían permitido volver con sus padres. Lo habían justificado alegando que tenía una familia estable, a diferencia de Marie. Pero ella sabía a qué tipo de presión sometían Helen en aquella casa. Nadie lo sabía todo lo bien que ella.

Era consciente que mucha gente las consideraba un dúo extraño, pero en realidad habían sido dos piezas de rompecabezas que encajaban a la perfección. Habían encontrado en la otra aquello que los carecía, se habían dado el una a la otra un motivo para vivir. Habían encontrado el apoyo en las propias preocupaciones,

cosa que las había convertido en mucho más fáciles de cargar.

Ni siquiera habían permitido que la prohibición de verse se lo impidiera. Encontrarse a escondidas se había convertido en un juego emocionante. Eran ellas dos contra el resto del mundo. Nadie había podido separarlas. Habían sido tan inocentes... Cabeza de las dos había comprendido la gravedad de aquella situación. Ni siquiera aquel día en la sala de interrogatorios. Se sentía tan fuerte que creía que no le podía pasar nada.

Pero después el mundo se derrumbó. Y Marie fue a parar al circo de las casas de acogida.

Pocos meses después de cumplir dieciocho años, Marie había hecho la maleta y no había vuelto a mirar ninguno atrás. Era libre. De sus padres. Sus hermanos. De la larga lista de familias de acogida.

Sus hermanos habían intentado ponerse en contacto con ella diversas veces.

Cuando los padres murieron, cuando le ofrecieron el primer papel en Hollywood. Uno de secundario, pero incluso aquello tuvo mucho eco a los medios de comunicación suecos y Marie apareció a todas las portadas. Entonces, de repente, eran una familia, y no tan sólo una mocosa repugnante. A través de su abogado, los había dejado muy claro que no tenían nada a pelar. Que para ella eran bien muertos.

Afuera de la cabina, en Jörgen renegó. Ya se podía enfadar tanto como quisiera. Gracias a ella y a todos los artículos que habían aparecido los últimos días, los inversores ya no tenían ninguna duda y los interrogantes alrededor de la película parecían resueltos. Marie no tenía ningún motivo para preocuparse de los miedos del director. Y sabía de buena tinta que en cada nuevo proyecto cinematográfico aquel hombre ponía los cuernos a su esposa. Aquello no tenía nada que ver con ella. Sólo con las dificultades que tenía a la hora de mantener abrochada la bragueta.

Se le volvió a aparecer la cara de Helen.

El día antes por la tarde la había visto en el centro comercial Hedermysr. Marie había ido al acabar de rodar. Había tumbado una esquina y Helen era allí, derecha, con la lista de la compra a la mano. Había girado cola inmediatamente, no creía que Helen la hubiera visto.

La sonrisa burlona que Marie llevaba a los labios de un rojo intenso se había envanecido despacio. Helen había envejecido mucho. Aquello era el que le había costado más de pair. Marie no quería ni pensar en la fortuna que durante todos aquellos años se había gastado en incontables tratamientos de belleza, intervencions y operaciones. Helen se había limitado a dejar que el tiempo siguiera su curso.

Marie se miró al espejo. Por primera vez en mucho tiempo se vio a sí misma. Pero ahora que ya no se podía esconder detrás de la seguridad que le proporcionaba preocuparse sólo de ella, no fue capaz de mirarse a los ojos. Lentamente, se giró. Ya no sabía quién era aquella mujer que tenía delante.

—Realmente cruces que es una buena idea? —preguntó Anna, mientras se cogía la barriga con las dos manso—. Si es horroroso, como nos lo haremos porque no se nos note?

—Yo me he preparado mentalmente para algo rosa salmón —dijo el Erica, y se

desvió hacia Grebbestad.

—También para nosotros? —dijo Anna, sobrecogida—. Qué piensas?

—No hace falta que sufras, tú. Seguro que encuentran una tienda de campaña para ocho personas que te vaya bien y te hacen cuatro retoques. Ya puedes contar que en algún lugar del vestido encontrarás el logotipo de Fjällräven.

—Ha, ha, ha, eres muy graciosa. Qué suerte que tengo, de tener una hermana grande que podría dedicarse a la comedia...

—Exacto, qué suerte que tienes! —replicó el Erica, y sonrió.

Bajó del coche y cerró la puerta con fuerza.

—Aix, por cierto! —añadió—. Me he olvidado de preguntártelo: eras tú la del coche que me crucé cuando volvía de Marstrand?

—Qué? No, no.

Anna gimió. Cómo se podía ser tan tonto? Se había empescat una explicación perfecta, pero el impulso de negarlo todo había sido más rápido que la mentira que había trenzado.

—Que sí, estoy completamente segura que era tu coche. Y tuve tiempo de ver que al volante iba una mujer. Dejaste el coche a alguien?

Anna sintió la mirada escrutadora de su hermana cuando tumbaron por la calle comercial principal de la ciudad. La tienda de novias era a unos centenares de metros más abajo y habían quedado allá con Kristina.

—Ui, que burra! Perdona, cosas del embarazo, este calor y todo esto... —Anna consiguió apuntar una sonrisa.— Sí, esclar, ayer fui a ver un cliente nuevo. Simplemente, no aguantaba quedarme más tiempo en casa con los brazos plegados...

Era la mejor excusa que se le había ocurrido, pero la Erica hacía cara de no acabárselo de creer.

—Un cliente nuevo? Ahora? Cuando prácticamente la criatura ya saca la cabeza? Como cruces que te lo harás?

—Bah, no es mucho trabajo, pero me quiero mantener un poco ocupada hasta que llegue el momento.

El Erica continuaba mirándola con escepticismo, pero finalmente hizo la impresión que se decidía a dejarlo estar. Anna respiró aliviada.

—Es aquí —dijo el Erica, señalando una tienda con el escaparate lleno de vestidos de novia.

Al otro lado del vidrio vieron que a Kristina había llegado antes de que ellas y estaba enfeinada charlando con la dependienta.

—De verdad que tiene que ser tan escotado? —sintieron que decía con voz aguda, cuando entraron por la puerta—. No recuerdo que fuera así la última vez que lo vi. No me puedo plantar ante la gente de este modo, ni hablar! Dios mío, parecería la ama de un burdel! Estoy segura que habéis hecho algo con este escote!

—No lo he modificado lo más mínimo —dijo la mujer de la tienda.

Parecía ligeramente sudada y Anna la miró con ternura. Apreciaba mucho la suegra de la Erica, no era mala mujer, pero a veces podía ser de lo más...

esgotadora. Especialmente para aquellos que no estaban acostumbrados.

—Quizás te lo tendrías que volver a emprovar, Kristina —dijo el Erica—. A veces, la ropa puesta se ve diferente que a la percha.

—Y por qué lo tendría que hacer? —replicó a Kristina, alterada, a la vez que daba un beso primero al Erica y después a Anna—. Caram, estás enorme!

Anna va rumiar unos según la mejor manera de responder. Finalmente decidió estarse. Con Kristina valía más elegir las batallas.

—Vaya, no acabo de entender por qué motivo un vestido se tendría que ver diferente además que en una percha —dijo Kristina—, pero aún así me lo emprovaré, para demostraros que tengo razón y que a este escote le ha pasado algo.

Hizo media vuelta y entró al probador.

—No te debes de haber pensado quedarte aquí plantada, espero —dijo Kristina, con dureza, a la dependienta, que había colgado el vestido dentro del probador

—. Por muy servicial que quieras ser, considero que hay ciertos límites que el personal no tiene que sobrepasar y yo sólo me muestro con ropa interior ante mi hombre. Muchísimas gracias.

E hizo salir la mujer del probador. Después, corrió la cortina con un gesto majestático.

Anna tuvo que hacer un buen esfuerzo por no esclafir a reír ruidosamente, pero sintió que los ojos se le negaban de lágrimas. Una mirada con el rabillo del ojo a la Erica le confirmó que su hermana se encontraba en la misma situación.

—Lo siento —cuchicheó el Erica a la dependienta, que arronsant-se de hombros respondió, también con un hilo de voz:

—Trabajo en una tienda de ropa de novia. Créeme, me las he visto de peores.

—Y como carai habías pensado que conseguiría cerrar esta refotuda cremallera?

—exclamó Kristina, descorriendo la cortina de repente.

Se había enfundado el vestido e impedía que le cayera sosteniéndolo con la mano contra el pecho. Con la paciencia de una santa, la dependienta se le acercó y la ayudó con la cremallera de la espalda. Después, retrocedió un par de pasas y dejó que la futura novia se contemplara al espejo.

Kristina se quedó en silencio unos cuántos segundos. Después dijo, boquiabierta:

—Es... maravilloso.

El Erica y Anna se colocaron a su lado, ante el espejo.

Anna sonrió.

—Es precioso —dijo—. Estás espléndida.

El Erica asintió con la cabeza y Anna se dio cuenta que tenía una lágrima a la comisura de los ojos. Contemplaron todos y cada uno de los detalles del vestido de Kristina. había elegido uno de color plateado, de tubo y ligeramente ceñido.

El escote no era, de cabeza de las maneras, demasiado exagerado, bien al contrario, justo y precioso, en forma de corazón. Las mangas eran cortas, con un bordado sencillo que las cerraba. El vestido era algo más corto por delante que por detrás y resaltaba la figura todavía bonita de Kristina de una manera fantástica.

—Estás sensacional —dijo el Erica, y discretamente se enjugó las lágrimas de los ojos.

Impulsivamente, Kristina se inclinó ninguno adelante y la abrazó. Aquello no era nada habitual, Kristina no era una persona mucho efusiva, excepto con los nietos, a los cuales llenaba de besos y abrazos. Fue un momento precioso, pero acabó tan deprisa como había empezado.

—De acuerdo, pues ahora miramos qué podemos encontrar para vosotros, chicas. Anna, tú supones todo un reto. Dios del cielo, estás segura que aquí dentro de no tienes bessonada?

Anna lanzó una mirada desesperada a la Erica sin que Kristina se diera cuenta. Pero su hermana grande se limitó a reír por debajo la nariz y a cuchichear quizás un poco demasiado alto «Fjällräven».

En James observó el jardín. La quietud era absoluta y el único que se sentía era el grallar de los cuervos y algún crujido escadusser entre los arbustos. Si fuera temporada de caza habría sido más alerta, pero ahora era allá para aislarse de todo. Todavía faltaban unas semanas porque empezara la temporada del corzo, a pesar de que para entrenarse siempre podía encontrar cualquier cosa. Un zorro o un tudó. En una ocasión, incluso se había cargado una víbora que había encontrado ensartado arriba de un árbol.

Siempre le había gustado el bosque. Si tenía que ser franco, no entendía la gente. Estaba convencido que era por aquel motivo que se sentía tan cómodo dentro del ejército. Se trataba muy poco de personas y mucho de estrategias, conservar el pensamiento lógico, dejar las emociones y los sentimientos afuera. La amenaza vendía de fuera y la respuesta no eran conversas sino actuaciones. En James y sus hombres no aparecían hasta que se habían agotado todas las posibilidades de diálogo.

La única persona de quien se había sentido cerca había estado en K. G. Era el único que lo había entendido. Vaya, se habían entendido el uno al otro. Y no era un sentimiento que hubiera vuelto a experimentar desde entonces.

Cuando en Sam era pequeño, en James se lo había intentado llevar de cacería, pero había acabado mal, como todo el que hacía referencia a en Sam. El niño tenía tres años y no se había podido estar quieto y en silencio más de un minuto seguido. Al final en James había acabado muy harto. Había grapado en Sam por la chaqueta y lo había lanzado por encima de la barandilla. Y, naturalmente, el infeliz se rompió el brazo derecho. No se habría ni de haber hecho una esgarrinxada, todo el mundo sabía que los niños eran de goma. Pero, muy típico de en Sam, el chiquillo fue a picar contra una roca que sobresalía de tierra. Al médico y a Helen, en James los dijo que en Sam había caído del caballo de los vecinos. Y el niño sabía bastante bien que no tenía que badar boca. Se limitó a asentir con la cabeza y a decir «caballo feo».

A pesar de todo, en James disfrutaba infinitamente más estante solo allá fuera. Si tuviera que elegir, siempre estaría en una misión. El ejército era casa suya. Cuanto mayor se hacía, menos sentido veía a volver a casa. El ejército era casa suya. No sus soldados, por supuesto. Se reía de los que pensaban que dentro del ejército todos se consideraban como hermanos. No podían estar más equivocados. Para en James, sus hombres eran piezas que podía usar, el camino para lograr su objetivo. Y era justamente aquello el que echaba de menos. La lógica. Las líneas simples y nítidas. Las respuestas sencillas. Él nunca se veía implicado en el proceso para resolver las preguntas difíciles. Era política. Era poder. Eran dinero. Nada era una cuestión de humanidad, nunca, ni de ayudar los desfavorecidos o de buscar la paz. Siempre se trataba de determinar quién conseguía el poder sobre quién y, a través de decisiones políticas, hacia donde se

dirigía el flujo de dinero. Nada más. Pero la gente era bastante tonta para atribuir a sus líderes unas motivaciones mucho más nobles.

En James se colocó bien la mochila y continuó andando por el corriol. Y, en resumidas cuentas, aquella inocencia los acabaría estallando a los morros. Nadie sospechaba quién era realmente Helen, el que era capaz de hacer.

En Torbjörn dio la espalda al enorme establo de la familia Berg.

—A que nos autoriza la orden de cacheo? —preguntó.

—A entrar a todas las construcciones de la finca, o sea que también al establo y al cubierto de las herramientas —respondió en Patrik.

Su compañero asintió con la cabeza y dio unas cuántas órdenes breves a su equipo, que aquel día estaba compuesto de tres agentes, dos mujeres y un hombre. Eran los mismos que habían examinado la clariana donde habían encontrado la Nea, pero en Patrik recordaba mejor las caras que los nombres y, por mucho que se esforzaba, era incapaz de recordar como se decía ninguno de ellos. Todos los que eran allá, policías y agentes de la científica, llevaban polaines de plástico a los pies y hacían la cara larga. Pero la tarea de en Patrik y sus compañeros era fundamentalmente la de vigilar. Se tenían que mantener al margen del cacheo. Cuanto menos personas se pasearan arriba y abajo, mejor. Teniendo en cuenta aquello, en Patrik daba gracias al cielo que en Mellberg hubiera decidido quedarse a la comisaría. De lo contrario, pocas veces perdía la oportunidad de plantarse en medio de cualquier merder. Pero, al menos en aquella ocasión, el calor combinado con su cuerpo voluminoso habían hecho que prefiriera no moverse de su despacho fresquet, donde tres ventiladores brunzien ininterrumpidamente.

En Patrik se llevó en Gösta aparte. Había dejado que su compañero se encargara del primer contacto con la familia mientras él era afuera, desde donde sentía las voces alteradas que le llegaban de la cocina.

—Cómo va todo con la familia? Se han calmado un poco?

En Gösta asintió con la cabeza.

—Sí, están más tranquilos. Los he explicado que en situaciones como esta se trata de un procedimiento estándar. Que sólo lo hacemos para poder descartar esta posibilidad.

—Lo han aceptado?

—Me hace la impresión que han decidido aceptarlo, porque se dan cuenta que no tienen ninguna otra opción. Pero es terrible.

En Gösta hizo una mueca.

—Ya lo sé —dijo en Patrik, y le puso una mano al brazo—, pero haremos el que tenemos que hacer con rapidez y eficiencia y después los dejaremos en paz.

En Gösta respiró fondo mientras contemplaba cómo en Torbjörn y sus compañeros empezaban a trasladar todo el equipo hacia el interior de la casa.

—Ayer al atardecer quizás encontré algo —dijo—. Mientras examinaba las denuncias de acoso sexual.

En Patrik levantó las cejas.

—Tore Carlson, un hombre que vive a Uddevalla, vino a Tanumshede a principios de mayo —continuó en Gösta—. Según la denuncia, se aproximó a una niña de cinco años al centro comercial. A los lavabos.

En Patrik se estremeció.

—Y dónde es ahora, este Tore Carlson?

—He hablado con los compañeros de Uddevalla y me han prometido que le harán una visita —dijo en Gösta.

En Patrik asintió con la cabeza y volvió a mirar hacia la casa.

Los agentes de la científica habían decidido no dividirse, sino que trabajarían plegados examinando una por una las habitaciones. En Patrik estaba intranquilo, plantado en el patio de la granja, bajo aquel sol infernal. Sintió como en Torbjörn, educadamente, pedía a todos los miembros de la familia que salieran de la casa, y en Peter apareció al umbral de la puerta. Lo seguían sus padres y cerraba la comitiva Eva. La mujer parpadeó, medio adormilada, cuando la claridad del sol la deslumbró, y en Patrik sospechó que no había salido al patio desde que habían encontrado la Nea.

Arrastrando los pies, en Peter se acercó a en Patrik, que se había situado a la sombra de una de las manzanas.

—Que no se acabará nunca, esto? —dijo con un hilo de voz, y se sentó al césped.

El policía se sentó a su lado. Vio como, algo más allá, los padres de en Peter hablaban con en Gösta. Eva se había dejado caer en una de las sillas de exterior, con las manos entrelazadas y los ojos clavados a la mesa que tenía delante.

—De aquí a un par de horas habremos terminado —dijo en Patrik, pero sabía que en Peter no se refería a aquello.

Se refería al dolor. Y en Patrik no lo podía ayudar. No tenía palabras de consuelo para darle. El Erica y él habían rozado de cerca el dolor, cuando sufrieron aquel accidente de tráfico terrible. Pero, por suerte, sólo ligeramente. No se podía comparar con el abismo sin fondo en que se encontraban los padres de la Nea. Ni siquiera se lo podía imaginar.

—Quién puede haber hecho una cosa así? —dijo en Peter, mientras inconscientemente arrancaba una brizna de hierba.

No la habían regado desde hacía un par de días y habían empezado a aparecer clapes amarilleadas y marchitas.

—No lo sabemos, pero estamos haciendo todo el que podemos para averiguarlo —respondió en Patrik, y se dio cuenta de cómo de vacías y gélidas sonaban aquellas palabras.

En circunstancias como aquella, no sabía nunca qué decir. En Gösta tenía mucha más traza a la hora de tratar con los familiares de las víctimas. Él se sentía torpe y estúpido, y a menudo empezaba a espetar un tópico detrás otro.

—No tuvimos más niños —dijo en Peter—. Pensamos que con la Nea había basta. Quizás tendríamos que haber tenido más. Tener una reserva.

En Peter soltó una risa metálica.

En Patrik no va batar boca. Se sentía un intruso. La pequeña granja era un lugar tranquilo, precioso, y ellos se habían presentado como la plaga de saltamontes del Antiguo Testamento y habían arrasado la paz exigua que todavía había. Pero en Patrik tenía que ser aquel que removía bajo la superficie. Pocas veces las cosas eran como parecían a primer vistazo, y que alguien estuviera sufriendo no quería decir que fuera inocente. Al principio lo había creído, y a veces añoraba aquellos primeros años al cuerpo, con una fe absoluta e inocente en la bondad

humana. Los años le habían brindado suficientes pruebas para darse cuenta que en el interior de todas las personas había algo oscura, y nunca se podía saber cuando alguien se dejaría llevar por aquella oscuridad. Estaba convencido que la tenía adentro, él también. Era de los que no dudaban que todo el mundo era capaz de matar, sólo se trataba de saber donde tenía el límite cada cual. La capa de barniz social era muy fina. Debajo, nadaban los instintos ancestrales que podían tomar el control en cualquier momento, si las circunstancias eran las adecuadas. O, más bien, las no adecuadas.

—Todavía la puedo ver —dijo en Peter, y se estiró encima el césped, como si todo su cuerpo se hubiera dado por vencido.

Levantó los ojos al cielo sin parpadear, a pesar de que los rayos del sol que se filtraban entre las hojas lo debían de cegar.

—La veo, la siento. Me olvido que no volverá a casa. Y cuando pienso donde se encuentra, tengo miedo que pase frío. Que se sienta suela. Que nos eche de menos y se pregunte donde somos y por qué no lo vamos a buscar.

La voz era suave, como adormilada. Planava sobre el césped y en Patrik sentía como le cocía a los ojos. El dolor de aquel hombre le pesaba al pecho. Sentados allá, no eran el policía y el familiar de una víctima de asesinato. Eran dos padres, dos iguales. En Patrik se preguntó si era posible dejar de sentirse padre. Aquel sentimiento cambiaba si se perdía la única criatura que se tenía? Con los años, uno se olvidaba?

Se estiró junto a en Peter. Lentamente dijo:

—No creo que se sienta suela. Creo que es con vosotros.

Y realmente pensaba el que estaba diciendo. Cuando va a clucar los ojos, le pareció sentir la voz dulce de una criatura y una risa que se elevaba hasta el cielo. Después, sólo quedaba el rumor de las hojas y los chillidos estridentes de los pájaros. A su lado, sintió como la respiración de en Peter se hacía más y más pesada. Poco después, el hombre se quedó dormido a tocar de en Patrik, quizás por primera vez de acá que la Nea había desaparecido.

Provincia de Bohuslän, 1672

LA PRIMAVERA ERA UNA ÉPOCA BENDITA, pero había mucho trabajo para hacer y todo el mundo trabajaba desde bien temprano por la mañana hasta tarde al atardecer. Había que tener cura del ganado y el resto de animales. Preparar los campos. Y, sobre todo, no se podía sacar el úll de la granja. Toda casa parroquial tenía que estar alerta por la humedad, que podría la madera de las paredes y provocaba goteras a los tejados. Cuando el pastor que lo ocupaba moría, se examinaba meticulosamente el estado de la granja, y, si estaba peor que el que se esperaba, la viuda tenía que pagar una multa. Pero si, por el contrario, la propiedad se encontraba en más buen estado, la viuda podía recibir alguna compensación. Así que había motivos de peso para cuidarse de las viviendas del servicio, los estables y la residencia principal. El coste del mantenimiento se dividía entre el rector y su congregación. Y en Preben era muy remirado a la hora de tener cura de la granja, cosa que hacía que al patio sonara el mazo contra el yunque.

Nadie hablaba del que había pasado al humedal y hacía la impresión que, despacio, la Märta volvía a ser la de antes. Bautizaron la cadelleta con el nombre de Sigrid y el animaló seguía tan de cerca su ama como lo había hecho la Viola. En Preben pasaba mucho tiempo lejos de la granja. A menudo marchaba bien temprano por la mañana y no volvía hasta que el sol se ponía, a veces era fuera unos cuantos días. eran muchos, a la congregación, que necesitaban consejo o la palabra de Dios para hacer algo más soportable la existencia, y en Preben se tomaba el trabajo de pastor de almas muy seriamente. Aquello no placía mucho a la Britta y en Preben a menudo tenía que marchar después de haber entomat unas cuantas palabras subidas de tono. Pero incluso el humor de la Britta se fue ablandando a medida que los rayos de sol de primavera provocaban que todos los habitantes de la granja salieran cada vez más a pasear por el bosque.

Cada mes, la Britta veía aparecer la sangre con la misma seguridad que la luna llegaba a su plenitud una vez al mes. Había dejado de tomar los beuratges de su hermana y la Elin no había vuelto a sacar la cuestión. La simple idea que un hijo de en Preben pudiera crecer dentro del vientre de la Britta la esgarriava. Había conseguido mantener el tono que exigía su posición ante la mujer del pastor, pero el odio que sentía hacia la Britta quemaba con una llama cada vez más intensa. No sabía qué había pasado entre en Preben y su hermana después de que la Märta había estado a punto de ahogarse. Ella no se lo había preguntado y el pastor no había dicho ni media palabra del asunto. Pero, desde entonces, la Britta se mostraba muy amable con la Märta y a menudo se aseguraba que la niña recibiera una ración de comer extra de la cocina, o incluso delicadezas que se había comprado para ella en alguno de sus viajes a Uddevalla. Cada mes, la Britta pasaba unos cuantos días en casa de su tía, y era entonces cuando la granja podía respirar tranquila. Las criadas y los mozos dreçaven la espalda y andaban con más alegría. En Preben canturreaba y a menudo pasaba aquellos días acompañado de la Märta. El Elin los solía contemplar a escondidas, sentados en

la biblioteca con las cabezas a tocar la uno del otro, inmersos en una conversación sobre algún libro que en Preben había cogido de un estante. El Elin sentía una escalfor extraña dentro del pecho. No se habría pensado nunca que se pudiera volver a sentir de aquella manera. No, después del día que en Por había desaparecido en las profundidades del mar. El día que, con él, su hombre se llevó las palabras duras que le había lanzado.

—M

ARE MÍA, que has venido corriente?

El Erica miró horrorizada Helen. Ella se quedaba sin aliento sólo de perseguir los niños por la sala de estar y la simple idea de correr hasta casa de Helen ya hacía que se pusiera a sudar.

—Ay, esto no es nada —dijo Helen, con una media sonrisa a los labios—. Calentamiento.

Se puso una chaqueta fina con capucha que traía ligada a la cintura, se sentó a la mesa de la cocina y, dando las gracias, cogió el vaso de agua que le alargó la Erica.

—Quieres un café? —preguntó el Erica.

—Sí, por favor.

—No te coge flat si bebes algo? —preguntó, despertada la curiosidad, mientras llenaba una taza de café y se sentaba ante Helen.

Los niños se habían quedado en casa de unos amigos mientras Anna y ella eran a Grebbestad, y cuando el Erica recibió el mensaje de Helen, decidió dejarlos un rato más. Cuando los fuera a buscar, los tendría que traer una botella de vino o algo por el estilo.

—No, mi cuerpo ya está acostumbrado. No pasa nada.

—Yo soy de las que piensan que los humanos tendríamos que haber nacido con ruedas, así que hasta día de hoy he conseguido mantenerme tan lejos de cualquier tipo de ejercicio físico como de la peste.

—Esto de pasarse el día corriendo detrás de criaturas pequeñas es difícil de superar —dijo Helen, e hizo un glopet de café—. Recuerdo cuando en Sam era pequeño. Me pasaba el día persiguiéndolo arriba y abajo. Ahora me parece muy lejano, como si se tratara de otra vida.

—Tienes razón. Sólo tenéis en Sam, oi? —preguntó el Erica, fingiendo que no sabía todo el que había que saber sobre aquella familia.

—Sí. Bien, las cosas fueron así —respondió Helen, e hizo una mueca.

El Erica dejó aquella cuestión. Daba gracias que Helen hubiera accedido a hablar con ella, pero sentía que tenía que ir con pies de plomo. Aquella mujer podía decidir tocar el dos a la primera pregunta mal formulada. No era una situación nueva para la Erica. Durante la fase de documentación para sus libros, siempre se encontraba alguien que se debatía entre la necesidad de vaciar el pap y el temor de no hablar más de la cuenta. Entonces había que avanzar con mucha cautela, conseguir, a paso, que se abrieran y, preferiblemente, que acabaran diciendo más del que tenían pensado de buen principio. Helen se había desplazado hasta allá, era cierto, pero todo su cuerpo indicaba que había ido a regañadientes y que se cuestionaba la decisión tomada.

—Por qué has decidido finalmente hablar conmigo? —preguntó el Erica, deseando que aquella pregunta no despertara el instinto de huir de Helen—. Te he enviado un montón de peticiones para vernos y, hasta hoy, no has sido

interesada.

Sin prisa, a Helen hizo un par de tragos largos. El Erica dejó el teléfono encima de la mesa e indicó a Helen que había pensado grabar la conversación. La mujer se limitó a arronsar los hombros.

—Consideré, y todavía considero, que el pasado tendría que ser justamente esto: pasado. Pero, a la vegada, no soy una ilusa. Entiendo que esto no evitará que escribas este libro y, por otro lado, no he tenido nunca ninguna intención de impedirlo. Además, sé que Marie está sopesando la idea de escribir sobre todo aquello, aunque tampoco se puede decir que durante todos estos años no haya abierto la boca. Las dos sabemos que ha construido su carrera encima de nuestra... tragedia.

—Sí, porque también se trata de vuestra tragedia, oi? —preguntó el Erica, no dejando escapar aquel hilo—. El que pasó no tan sólo destrozó las vidas de la familia de la Stella, sino también las vuestras y las de vuestras familias.

—No creo que la mayoría lo vea así —respondió a Helen, y algo dura va refulgir en aquellos ojos de un moratón grisáceo—. La mayor parte de la gente ha decidido creerse la primera versión de la historia. Aquella en que nosotros confesamos. Todo el que pasó después ha dejado de ser importante.

—Y por qué cruces que ha pasado?

Interesada, la Erica se inclinó ninguno adelante y, con el rabillo del ojo, se aseguró que la grabadora seguía en marcha.

—Bien, seguro que es porque no hay ninguna otra respuesta. Nadie más a quién cargar las culpas. A la gente le gustan las explicacions fáciles y los sacos muy ligados. Retirando nuestras confessions desmenuzamos sus ilusiones de vivir en un mundo seguro, donde nadie podía hacerlos daño a ellos o a sus hijos. Manteniendo la idea que lo habíamos hecho nosotros, podían conservar la esperanza que todo volvía a ser normal.

—Y ahora? Cuando una niña pequeña de la misma granja ha aparecido muerta al mismo lugar, cruces que se trata de un imitador? Que algo ha vuelto a despertarse?

—No lo sé —dijo Helen, y sacudió la cabeza—. No tengo ni la más mínima idea.

—Apenas acabo de leer un artículo que apunta que, aquel día de ahora hace treinta años, Marie vio alguien al bosque. Tú que dices, recuerdas algo?

—No —se afaná a responder a Helen, y giró la cara—. No, yo no vi nadie.

—Cruces que es verdad que Marie vio una persona o bien que, por alguna razón, se lo inventó? Para desviar la atención hacia alguien otro? Para reforzar su versión cuando retiró la confesión?

—Esto lo puedes preguntar a Marie —dijo Helen, toquejant un filete descosido de las mallas negras de correr.

—Pero tú que piensas? —insistió el Erica, y se levantó por reomplir la taza de café.

—Yo sólo sé que no vi nadie. Ni sentí nada. Y no nos separamos en ningún momento; así que, si hubiera sido el caso, lo tendría que haber visto o sentido.

Helen siguió removiendo el hilo. Tenía todo el cuerpo tieso y el Erica cambió rápidamente de tema. Tenía más preguntas y no quería que Helen se esfumara antes de haber tenido la oportunidad de formularlas todas.

—Me podrías explicar qué relación que teníais, Marie y tú?

Por primera vez desde que había llegado, la cara de Helen se iluminó con una sonrisa y la Erica pensó que, de repente, aquella mujer había rejuvenecido diez años.

—Éramos tan diferentes... Pero enseguida conectamos. Veníamos de familias diametralmente opuestas; habíamos vivido infancias diferentes. Ella era muy abierta; yo, increíblemente tímida. En realidad, no tendríamos que haber tenido nada en común. Nada de nada. Y todavía ahora no entiendo qué atrajo tanto de mí a Marie. Todo el mundo quería ser amigo suyo. Aunque la burxessin por la familia que tenía y que tuviera que soportar un montón de burlas y comentarios maliciosos por culpa suya, sólo era para hacer broma. Todo el mundo quería estar cerca de ella. Era tan bonita, tan valiente, tan... salvaje.

—Salvaje. Es un calificativo que no había sentido hasta ahora para describir Marie —dijo el Erica—. Explícame a que te refieres.

—Bien, qué quieres que te diga? Era como una fuerza de la natura. Ya entonces decía que sería actriz, que haría películas en los Estados Unidos, que se convertiría en una estrella de Hollywood. Es cierto que de pequeños muchos niños dicen cosas como esta, pero cuántos conoces que realmente lo consigan? Entiendes la fuerza interior que hay de haber detrás?

—Sí, el que ha conseguido es increíble —dijo el Erica, pero no se pudo estar de preguntarse qué precio había tenido que pagar.

Todos los artículos que había leído sobre Marie describían la actriz como una figura bastante trágica, rodeada de una soledad y un vacío eixordadores. Se preguntaba si Marie adolescente se había podido imaginar que aquel sería el coste para hacer realidad su sueño.

—A mí me encantaba estar con Marie, era todo el que yo no era. Se convirtió en mi seguridad, en mi valentía. Junto a Marie me atrevía a ser alguien que, sin ella, nunca habría osado ser. Conseguía sacar el mejor de mí.

La cara de Helen refulgia y pareció que hacía un esfuerzo para reprimir todos aquellos sentimientos que afloraban.

—Cómo reaccionasteis ante la prohibición de poderos ver? —preguntó el Erica, observando a Helen.

Una idea le había empezado a rondar por la cabeza, pero todavía era tan vaga que no era capaz de cazarla.

—Estábamos desconcertadas, esclar —dijo Helen—. Sobre todo yo. Marie se puso a pensar inmediatamente maneras de esquivar aquella prohibición.

—O sea que, aún así, continuasteis viéndoos —hizo el Erica después.

—Sí, nos veíamos en la escuela cada día, pero, si podíamos, también quedábamos a menudo a escondidas al acabar las clases. Era un poco como si viviéramos la historia de Romeu y Julieta, tratados injustamente por su entorno. Pero no dejamos que nadie nos parara, lo éramos todo el una por la otra.

—Donde os veíais?

—Sobre todo al establo de la granja de los Strand. Era vacío, no tenían animales, así que entrábamos a escondidas y subíamos al atillo. Marie mangaba cigarrillos a sus hermanos y nos posàvem a fumar allí arriba sin que nadie nos viera.

—Cuánto de tiempo conseguisteis veros a escondidas? Antes... bien, antes de

que pasara todo.

—Debía de ser medio año, creo. No lo recuerdo bien. Ha pasado mucho tiempo y he intentado no pensar en aquella época.

—Y como reaccionasteis cuando la familia Strand os pidió que os cuidarais de la Stella, las dos?

—Bien, antes, el padre de la Stella se lo había preguntado a mi padre y me da la impresión que no supo qué decir y aceptó sin acabárselo de rumiar del todo. Ya lo sabes, las apariencias lo eran todo y no quería que lo vieran como una persona estrechada de miras que se negaba que una criatura fuera amiga de su hija por culpa de su familia. No habría hecho ningún favor a su imagen pública.

Helen hizo una mueca.

—Pero nosotros, como es obvio, nos pusimos muy contentas, aunque comprendíamos que aquello no cambiaba nada. Ya me entiendes, teníamos trece años. Vivíamos al día. Y cruzábamos los dedos porque llegara el momento de poder estar juntas. Sin tenernos que esconder al establo.

—O sea que os hacía ilusión hacer de canguros de la Stella.

—Sí, mucha —dijo Helen, y asintió con la cabeza—. Nos estimábamos mucho la Stella. Y ella a nosotros.

Enmudeció y la boca adoptó un rictus tientes.

—Pronto tendré que volver hacia casa —añadió, y de un trago se acabó el café.

El Erica sintió que lo invadía una cierta sensación de pánico. Todavía le quedaban muchas preguntas para hacer, un montón de incógnitas que necesitaba resolver. Quería saberlo todo, los detalles, el que había pasado, el que habían sentido. Para poder dar vida a la historia, le hacía falta mucho más que aquel rato corto, pero también sabía que presionar Helen podía provocar el efecto contrario. Si se conformaba con el que había conseguido, aumentaban las probabilidades que Helen se mostrara dispuesta a verse más adelante. Así que se obligó a sí misma a sonreír.

—Sí, esclar —dijo—. Me alegro que hayas podido encontrar una estoneta para charlar... Te puedo hacer una última pregunta?

Volvió a mirar de reojo el móvil para asegurarse que la grabadora continuaba en marcha.

—De acuerdo —respondió Helen, a regañadientes, y el Erica sintió que mentalmente ya no estaba.

Pero, de todas las preguntas que le había formulado, quizás aquella era la más importante de todas.

—Por qué confesasteis? —preguntó.

Se hizo un silencio largo y doloroso. Helen se quedó quieta, petrificada, pero la Erica casi podía ver como los pensamientos se le meneaban dentro de la cabeza. Finalmente, profirió una gran exhalación, como si de repente liberara una tensión acumulada durante treinta años.

Helen miró el Erica a los ojos y después dijo, serena:

—Para poder estar juntas. Y como una manera de decir a nuestros padres que se fueran a la mierda.

—Y ahora caza! —llamó en Bill, para superar la abanicada.

En Karim hacía manso y mangas para entender qué le decía. En Bill tenía la

tendencia a empezar en inglés, pero después automáticamente pasaba al sueco. Aún así, despacio, algunos términos se le iban quedando grabados y ahora sabía que *cazar* significaba que tenía que estirar la cuerda de la vela mayor.

La estiró hasta que obtuvo la señal de aprobación de en Bill.

El Adnan llamó muy alto cuando el barco empezó a escorarse y se aferró a la borde. Después de salir a navegar con en Bill en una embarcación más pequeña uno por uno, ahora todos habían subido a un barco más grande de color blanco que aquel hombre había denominado *Samba*. En un primer momento, no los había hecho ninguna gracia cuando habían visto que tenía la popa abierta, pero en Bill los había asegurado que no entraría el agua. Por el que parecía, estaba pensado para personas con diversidad funcional y la idea era que los fuera fácil de volver a subir a bordo si caían al mar. Pero aquella explicación todavía había puesto más nervioso en Karim. Si era tan seguro, por qué carai tenían que preocuparse de como subir a la embarcación desde el agua?

—No sufras! *No worry!* —llamó en Bill al Adnan, mientras sonreía sin cesar de asentir con la cabeza.

El Adnan miró con escepticismo la sonrisa de en Bill y todavía se aferró con más fuerza.

—*It should lean, then it goes better in the water!* —dijo en Bill, y volvió a mover la cabeza—. Se tiene que inclinar, esto es el que buscamos.

El viento ahogó buena parte de las palabras, pero todo el mundo entendió el que quería decir. muy curioso. «Imagínate que fuera igual a la hora de conducir un coche», pensó en Karim. Todavía no estaba del todo convencido que aquella idea fuera mucho buena. Pero el entusiasmo de en Bill era basta encomanadís porque tanto él como los otros estuvieran dispuestos a darle una oportunidad. Y, a la vegada, aquella aventura representaba una pausa en la monotonía del centro de internamiento. Sólo tenía que conseguir controlar un poco el miedo que sentía así que subía al barco.

Se obligó a respirar fondo y comprobó por quinta vez todas las sujeciones del chaleco salvavidas.

—Vira! —llamó en Bill, y todos se miraron desconcertados. Qué carai los pedía que miraran?

En Bill se puso a agitar los brazos y llamó:

—*Turn! Turn!*

Ibrahim, que era al timón, va virar a brazo partido hacia la derecha, cosa que hizo que todos los ocupantes salieran proyectados hacia aquel lado de la embarcación. La botavara voló por encima de sus cabezas y los fue de un pelo que no golpeará cabeza. También fue de poco que en Bill no acabara al agua, pero al último segundo consiguió aferrarse al barco y no caer.

—*Mecàgon coño!* —berreó, y aquellas palabras que todos las entendieron.

Las palabrotas eran el primero que habían aprendido en sueco. *Muero de mierda*, habían sentido a decir el mismo día que habían llegado a la estación de tren.

—*Sorry, sorry!* —llamó Ibrahim, y soltó el timón como si fuera una serpiente venenosa.

En Bill se lanzó hacia la popa del barco sin dejar de renegar. Cogió el timón y cuando el barco volvió a recuperar la estabilidad respiró profundamente. Después sonrió de oreja a oreja.

—No pasa nada! *No worries! It's nothing compared to the storm when Y crossed the Biscaya!*¹⁰

Y se puso a silbar alegremente mientras en Karim, por si acaso, volvía a comprobar que llevaba el salvavidas muy ligado.

El Annika sacó la cabeza por la puerta.

—Bertil, hay alguien que insiste que quiere hablar sólo contigo. Número oculto y la voz parecía muy extraña. Qué dices? Te paso la llamada?

—Sí, hazlo —respondió en Mellberg, y después suspiró—. Seguro que se trata de algún comercial que se piensa que me puede vender cualquier fotesa absolutamente indispensable, pero ahora verá el pan que se da.

Mientras esperaba que la luz del teléfono se encendiera, se puso a rascar el Ernst detrás la oreja. Así que se puso rojo, respondió con un serio «Digáis». Si había una cosa que sabía hacer era tratar aquellos teleoperadores.

Pero la persona que había al otro extremo del teléfono no tenía ninguna intención de vender nada. En un primer momento, la voz deformada le hizo mala espina, pero era innegable que la información que le brindaba era extraordinaria. En Mellberg se incorporó y escuchó con atención. El Ernst notó el cambio, levantó la cabeza y va dreçar las orejas.

Antes de tener tiempo de formular las preguntas de control rutinarias, sintió la señal que indicaba que quién le había trucado ya había colgado.

El comisario se rascó la cabeza. La información que le había proporcionado agravaba la situación y daba un tumbo a toda la investigación. Estiró la mano para trucar a en Patrik, pero después la volvió a retirar despacio. El resto del equipo estaba enfeinat con el cacheo de la granja de los Berg. Y aquello era de un calibre que exigía que se encargara alguien con suficientes galones. El más fácil y seguro era que se ocupara él mismo. Si después se veía abrumado por las muestras de gratitud de la gente por haber conseguido resolver el caso y acababa, como siempre, ante los focos de los medios de comunicación, era una cosa que formaba parte de su posición como comisario en cabeza. Además, era justo que recibiera los honores quienes más se lo merecía. Al fin y al cabo, él era el cerebro y el corazón de la comisaría de policía de Tanumshede y sería él el que resolvería aquel caso.

Se levantó y el Ernst levantó la cabeza, atenta.

—Me sabe mal, chico —dijo en Mellberg—, pero hoy te tendrás que quedar a casona. Tengo cosas importantes para hacer.

Ignoró los gemidos quejosos del perro cuando comprendió que no lo acompañaría y, a grandes zancadas, el comisario salió del despacho.

—Voy a hacer un tumbo —dijo cuando pasó por ante la recepción.

—Qué quería el que ha trucado? —preguntó el Annika.

En Mellberg refunfuñó. Qué cruz, que el personal finqués la nariz en todo constantemente. Ya no respetaban nada.

—Bah, sólo era uno de aquellos refotuts teleoperadores. Tal como me temía.

El Annika se lo miró sin acabar de creérselo, pero el comisario no tenía ninguna intención de explicarle nada. Más deprisa que un cerrar y abrir de ojos, la secretaria trucaría a en Hedström, que se emperraría a ser presente. El poder era embriagador, los años se lo habían demostrado, y en Mellberg no se había

cansado de parar los pies de compañeros más jóvenes que intentaban ponerse delante cuando se trataba de hacerse ver. Era realmente trágico.

Cuando salió a la calle, resopló. Aquel calor tropical era inhumana. Tenía que ser culpa de aquello del cambio climático. Si la cosa continuaba así, valía más marchar a vivir en España, se dijo a si mismo. Tampoco lo apasionaba el invierno. La primavera y el otoño eran más de su gusto. Vaya... Si se paraba a pensar, un otoño típico sueco, con lluvias abundantes, tampoco era para lanzar cohetes. Pero la primavera podía ser agradable. Si el solo conseguía sacar la nariz. No una de aquellas gélida y ventosa, como habían tenido los últimos años. Estuvo a punto de desmayarse cuando subió al coche patrulla. Tendría una xerradeta con el idiota a quien se le había ocurrido dejarlo a pleno solo. El interior era una auténtica sauna y, rápidamente, en Mellberg puso en marcha el aire acondicionado. La temperatura del habitáculo, pero, no bajó hasta que se desvió para entrar al centro de internamiento, y entonces ya tenía la camisa completamente empapa de sudor. No había avisado a nadie que iba, no conocía el responsable y no podía confiar que no haz correr la voz que iba ninguno allá. Aquel tipo de cosas era mejor hacerlas sin avisar. Por eso, en el pasado, se actuaba de madrugada. Para tener a favor el efecto sorprendida.

Se dirigió hacia la recepción y abrió la puerta. Cuando entró, dio gracias que allá dentro del aire era fresco. En Mellberg se enjugó la mano derecha al camal de los pantalones antes de extenderla.

—Hola, Bertil Mellberg, de la policía de Tanumshede.

—Ay, hola, Rolf. Soy el responsable de las instalaciones. A que debemos de este honor?

Miró en Mellberg con preocupación. El comisario dejó que sudara un poco. No porque tuviera ningún motivo especial para hacerlo, más bien porque podía.

—Necesito acceder a una de vuestras residencias —dijo.

—Vaya —hizo en Rolf—. A qué? Por qué?

—Quién vive en la casa de la punta? La que tiene vistas al mar?

—Bien, en Karim y su familia.

—Karim? Qué sabes, de este individuo?

En Mellberg cruzó los brazos.

—Pues... que es de Siria, llegó hace un par de meses con la mujer y dos hijos pequeños. Periodista, tranquilo, de buen carácter. Por qué?

—Participó en los grupos que registraron el bosque para encontrar la niña que desapareció lunes?

—Sí, me parece que sí. —En Rolf va arrufar las cejas.— Espera, sí, estoy seguro. De que se trata?

También cruzó los brazos.

—Necesito dar un vistazo en casa suya —dijo en Bertil.

—De acuerdo, pero no sé si tengo permiso para hacerlo —respondió en Rolf, pero la voz denotaba duda.

En Mellberg decidió arriesgarse, sabía que la mayoría de suecos no conocían muy bien sus derechos.

—Se trata de un asunto oficial, así que tenemos derecho a acceder a estas instalaciones.

—Vaya, pues, si es así... Vamos.

—Es un asunto de la policía, así que preferiría ir a solas —dijo en Mellberg. No tenía ninguna ganas de tener un gerente neguitós detrás la oreja.— Simplemente señálame de qué casa se trata y ya me llegaré yo.

—De acuerdo —dijo en Rolf, y salió por la puerta detrás de en Mellberg—. Es por aquí. La última casa.

Nuevamente, en Mellberg sintió el impacto del calor infernal de aquel verano. Los refugiados debían de sentirse de lo más a gusto, con aquella temperatura. Era cómo estar en su país.

Desde fuera, la caseta blanca hacía muy buena fila. Al exterior se podían ver unos cuantos juguetes amontonados meticulosamente y delante de la escalera había un puñado de zapatos muy alienados. La puerta estaba abierta de par en par y de dentro salían risas alegres de niños.

—Hola? —llamó en Mellberg, y apareció una mujer preciosa de cabellos largos y negros con una cazuela y un paño de cocina a las manos.

Se quedó petrificada cuando lo vio y dejó de enjugar la cazuela.

—*What you want?*¹¹ —preguntó.

El acento era marcado y la voz era glacial y hostil.

En Mellberg no había contado con aquello de la lengua. Si tenía que ser franco, el inglés no era uno de sus fuertes. Y quizás aquella mujer ni siquiera lo entendía. Continuó hablando en una lengua absolutamente ininteligible. Dios del cielo, tan difícil era aprender la lengua del país donde se había ido a parar?

—*Y have tono... see in your house...*¹²

La lengua se le embarbussava cuando intentaba encontrar las palabras en inglés. La mujer lo miró sin entender qué le decía y extendió los brazos.

—*Y have some... information... que vosotros... that your man is hiding something in the house*¹³ —dijo, e intentó abrirse hacia el interior de la casa.

La mujer se plantó ante la puerta con los brazos plegados. Lo fulminó con la mirada y le espetó una arenga furiosa.

En Mellberg vaciló un instante, pero en casa tenía demasiadas damas irades para dejarse asustar por un detallet tan insignificante. Se dio cuenta que quizás tendría que haber traído un intérprete, pero decidió que ahora no tenía tiempo para ir a buscar ud. No, tenía que ser astuto. Astuto como un zorro. Aunque en Suecia no hacía falta ninguna autorización por escrito, sabía que en otros muchos países sí. Se le acudió una idea genial. Se puso la mano al bolsillo del pecho. sacó un papel y lo desplegó muy lentamente.

—*Y have a permission tono look in your house* —dijo, y levantó la hoja con ademán grave—. *Don you know this? A permission?*¹⁴

Arrufant el frente, agitó la hoja ante la mujer, que lo siguió con la mirada y pareció que empezaba a dudar.

Hizo una pasa hacia un lado y asintió con la cabeza. Satisfecho, en Mellberg se va desar el informe veterinario del Ernst al bolsillo de la camisa. Cuando se trataba de un asunto tan importante como aquel, todos los medios eran buenos.

[10.](#) «No sufrís! No ha sido nada, comparado con la tormenta cuando crucé el golfo de Vizcaya!» (N. del T.)

[11.](#) «Qué quieres?» (N. del T.)

[12.](#) «Tengo que... mirar dentro de casa vuestra...» (N. del T.)

[13.](#) «Me ha llegado... información... que vosotros... que tu hombre esconde algo dentro de casa» (N. del T.)

[14.](#) «Tengo una autorización para dar un vistazo en la casa [...]. Sabes qué es, esto? Una autorización.» (N. del T.)

Provincia de Bohuslän, 1672

Uno NA DE LAS COSAS que le había enseñado su abuela era seguir el ritmo de las estaciones. Hacia finales de primavera era el momento idóneo para cosechar muchas de las hierbas y las flores que necesitaría el resto del año, así que siempre que tenía un momento de descanso salía al bosque. Después de cosechar las plantas, la Elin las secaba con mucha cura a la parte que tenía para ella dentro de la casa para el servicio. No tenía que sufrir para encontrar todo el que le hacía falta, el inicio lluvioso de la primavera había dejado a una temporada soleada y la natura había estallado de verdor. Pasear por las tierras de la casa parroquial era una delicia. había prados, torberes, pastos y bosque. Era una joya para los ojos y el Elin canturreaba con el cesto al brazo mientras iba eligiendo los mejores ejemplares de las especies que tenían las propiedades que necesitaba para curar o calmar el dolor. Era el mejor momento del año y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sintió al pecho algo que se asemejaba a la felicidad.

Se paró ante la antigua vaquería y se sentó un rato a descansar. Había andado fuerza por un terreno irregular y, a pesar de que era una mujer fuerte y sana, se había quedado sin aliento. Había conseguido dos horas para estar suela sobornando la criada más joven, la Stina, prometiéndole que le enseñaría el conjuro adecuado para conseguir un pretendiente. Sabía que tenía que usar aquel tiempo escaso para hacer algo de provecho, pero el aroma era demasiado delicioso, el sol demasiado cálido y el cielo demasiado moratón. Se dijo a sí misma que no podía hacer ninguna mal dejar reponer el alma unos minutos y se estiró encima la hierba extendiendo los brazos y levantando los ojos al cielo. Sabía que Dios siempre era presente, pero no se pudo estar de pensar que en aquel momento debía de ser todavía más cerca, que debía de ser él quien se había sentado con una albañil con todos los colores del mundo y se había puesto a pintar aquel día.

El cuerpo cada vez le pesaba más. El olor del herbei y las flores le llenaba la nariz, las nubes atravesaban lentamente el cielo azul, el tierra flonjo lo abrazaba. Todo ello parecía mecerla hasta que se durmió. Los párpados eran cada vez más pesadas y, al final, no fue capaz de resistirse y dejó que se cerraran.

Se despertó porque algo le hacía pessigolletes a la nariz. Lo va arrufar, pero, al ver que no ayudaba, se lo rozó con la mano, y sintió una risa ahogada a su lado. Se incorporó de un revuelo. En Preben se había sentado a su lado, con una brizna de hierba a la mano.

—A que os dedicáis, vos? —hizo el Elin, fingiendo enojo, pero ella misma se dio cuenta que la voz desbordaba alegría.

El pastor sonrió de oreja a oreja y aquellos ojos azules arrastraron el Elin, que se zambullió.

—Hacíais la impresión de descansar con tanta paz... —dijo en Preben, y volvió a rozarle la brizna de hierba a la nariz, burxant-la.

El Elin quería levantarse, espolsar-se la falda, coger el cesto lleno a rebosar y

volver hacia la granja. Era el que era correcto. El que tenía que hacer. Pero allá, sentados al césped junto a la vaquería abandonada, ya no eran amo y criada. Ni siquiera cuñado y cuñada. Eran el Elin y en Preben, y, encima de sus cabezas, el Señor había pintado el cielo con el moratón de los moratones y, bajo sus pies, con el verde de los verdes. El Elin quería una cosa, y después otra. Sabía el que tenía que hacer y sabía del que era capaz. Y no era capaz de ponerse derecha y alejarse. En Preben la miró como nadie lo había hecho desde que en Por había muerto. Ella lo vio con la Märta, con la cadelleta al regazo, con los cabellos que le caían encima de los ojos, con la mano mimando dulcemente el hocico de la Estrella cuando la vaca sufría. Y, sin saber qué bastante lo empujaba, se inclinó ninguno endelante y lo besó. En un primer momento, en Preben se quedó petrificado. El Elin sintió que los labios se le llevarían contra los suyos y que el cuerpo se enretirava, expectant. Después, el pastor se relajó y se abocó sobre el Elin. Aunque se habrían tenido que sentir culpables del que estaban haciendo, era cómo si Dios los estuviera observando. Y sonriera en toda su omnipotència.

—J

A HEMOS ACABADO CON LA CASA.

En Torbjörn fue hasta donde era en Gösta y señaló el establo.

—Continuaremos por allá.

—De acuerdo —dijo en Gösta, asintiendo con la cabeza.

Todo aquello todavía le producía una sensación de lo más desagradable y no se había visto con corazón de ir hasta donde eran en Patrik y en Peter, que algo más allá continuaban charlando estirados encima el césped. Había intentado acercarse a Eva, que estaba sentada a la mesa de jardín que había fuera la casa, pero los ojos de la mujer eran ausentes y no consiguió que lo miraran. Los padres de en Peter estaban furiosos y en aquel momento no estaban en disposición de escuchar argumentos, así que los dejó estar.

Los agentes de la policía científica trabajaban a conciencia, pero en Gösta se sentía sobrepasado y perplejo. Sabía que su presencia allá, como policías, era necesaria, pero habría preferido hacer algo más provechosa que quedarse allá plantado, observando. En Patrik había encargado a Paula y en Martin que examinaran con más detenimiento el pasado de la familia Berg, y de buen grado se habría cambiado por ellos. A la vegada, era consciente que lo necesitaban allá, porque era quién había tenido más trato con la familia.

Siguió los agentes de la científica con la mirada mientras se dirigían, cargados con todo el equipo, hacia el establo. Cuando abrieron la puerta de par en par, un gato gris salió rabent.

Una avispa le va bronzir cerca de la oreja derecha y en Gösta se dijo a si mismo que se tenía que quedar muy quieto. Desde siempre le habían dado miedo las avispas y tanto era las veces que la gente le había dicho que no tenía que salir corriendo agitando los brazos histéricamente: no lo podía evitar. Así que una avispa se le acercaba, era cómo si un tipo de instinto ancestral haz que se le disparara la adrenalina y que su cerebro se pusiera a llamar «huye de aquí». Pero aquella vez tuvo suerte, el bicho encontró algo más dulce y más interesante para atormentar y se alejó sin que en Gösta tuviera que perder la dignidad ante todo el mundo.

—Ven a sentar con nosotros —dijo en Patrik, haciéndole un gesto porque fuera.

En Gösta se sentó al césped, junto a en Peter. La sensación era estanya, sentar junto a aquel hombre mientras le estaban revolviendo la casa. Pero hizo la impresión que en Peter había aceptado la situación y estaba tranquilo.

—Qué están buscando? —preguntó.

En Gösta supuso que en Peter había conseguido gestionarlo distanciándose. Fingiendo que nada de todo aquello iba con él. Lo había visto muchas veces.

—No te podemos explicar qué estamos haciendo o que estamos buscando.

En Peter asintió con la cabeza.

—Porque potencialmente somos sospechosos.

En aquella voz había un deix de resignación y en Gösta sintió que la franqueza

era la mejor manera de confrontarse con el padre de la Nea.

—Sí, es exactamente esto. Y soy consciente que es terrible. Pero supongo que queréis que hagamos todo el que esté en nuestras manos para averiguar qué le ha pasado a la Nea. Y, por desgracia, esto implica incluso considerar las hipótesis más inverosímiles.

—Lo entiendo, no pasa nada —dijo en Peter.

—Cruces que tus padres también lo entenderán? —preguntó en Gösta, y desvió la mirada hacia en Bengt y la Ulla, que algo más allá hablaban con un tono alterado.

El padre de en Peter gesticulaba exageradamente y, bajo una piel tostada por el solo, tenía la cara encendida como un pimienta.

—Están preocupados y bastante. Y tristes —dijo en Peter, mientras iba arrancando puñados enteros de césped—. El padre siempre ha sido así. Si se pone nervioso por algún motivo, reacciona enfureciéndose. Pero no es tan peligroso como parece.

En Torbjörn salió del establo.

—Patrik? —llamó—. Que podrías venir?

—Sí, y tanto! —respondió, y se levantó sin prisa.

Las rodillas le crujieron cuando se puso derecho y en Gösta pensó que el chasquido todavía sería peor cuando se levantara él.

El viejo policía siguió en Patrik con la mirada mientras atravesaba el patio de graba con el frente arrufat. En Torbjörn tenía el móvil en la mano y habló efusivamente con su compañero, que parecía preocupado.

Se puso derecho.

—Voy a ver qué nos quiere decir en Torbjörn —explicó en Gösta, y se tocó suavemente la pierna derecha, que se le había dormido.

Ranquejant, se aproximó a sus compañeros.

—Qué pasa? Habéis encontrado nada?

—No, todavía no hemos tenido tiempo de empezar con el establo —dijo en Torbjörn, y levantó el teléfono—, pero acabo de recibir un mensaje de en Mellberg en que nos ordena que dejemos todo el que estemos haciendo y vamos al centro de internamiento de refugiados. Dice que ha encontrado algo.

—Que ha encontrado algo? —dijo en Gösta, desconcertado—. Cuándo? Cómo? Si cuando hemos marchado de la comisaría estaba hecho una capcinadeta al despacho!

—Me juego el que quered que se ha inventado cualquier tontería —masculló en Patrik, y después se giró hacia en Torbjörn—. Personalmente, preferiría que acabarais el que estáis haciendo aquí, pero en Mellberg es nuestro superior y no puedo ir en contra de sus órdenes. Tendremos que precintarlo todo, acercarnos al campamento y volver más tarde.

—Interrumpir una investigación de este tipo no es lo más adecuado —dijo en Torbjörn, y en Gösta comprendió a que se refería.

Pero estaba de acuerdo con en Patrik. Formalmente, en Mellberg era su cabeza y el máximo responsable de la comisaría de policía, y aunque todo el mundo sabía que aquello era más en la teoría que a la práctica, cuando dictaba alguna orden lo tenían que obedecer.

—Os seguimos —dijo, y en Patrik asintió con la cabeza, con el teléfono en la

mano e intentando contactar infructuosamente con en Mellberg.

En Gösta se acercó a la familia y los explicó que volverían en otro momento, pero dejó sin respuesta sus ruegos pidiéndole más información. El nudo al estómago todavía se le hizo más gordo. Que en Mellberg hubiera salido de la comisaría a solas sólo podía significar problemas. Y que redimonis debía de haber encontrado en el centro de internamiento? Lo invadió la sensación de una catástrofe inminente.

Los niños no tenían ganas de marchar hacia casa, pero la Erica sabía que, si nunca quería volverlos a dejar un rato allá, el mejor era que no se quedaran mucho tiempo más. Cogió los gemelos de la mano mientras la Maja, contenta, iba tirando saltirons ante sede. Qué joya de niña. Siempre alegre, siempre dispuesta a ayudar y positiva. Se dijo que tenía que dedicar más tiempo a su hija. Con demasiada facilidad, los salvajes de sus hermanos acaparaban toda la atención.

En Noel y Anton chirriaban sin aturador sobre el que habían hecho durante el día, pero el Erica era incapaz de sacarse Helen de la cabeza. Todavía había un montón de preguntas sin respuesta, pero sabía que su instinto no se equivocaba. Si presionaba demasiado Helen, la mujer se cerraría. Y el Erica necesitaba mucha más teca para poder terminar el libro. La fecha de entrega se había establecido para el primero de diciembre y todavía no había escrito ni una raya. De hecho, no iba mal de tiempo, siempre dedicaba más en busca de información y después tardaba unos tres meses a escribir la primera versión. Pero aquello suponía que si quería cumplir el plazo marcado tenía que ponerse a escribir a principios de septiembre, como mucho tarde. Y ahora sus planes meticulosamente elaborados se habían ido a pique. No tenía ni idea de cómo afectaría su libro el asesinato de la Nea, o que se publicara. Tanto si Helen y Marie estaban implicadas cómo si no, tendría que escribir sobre los paralelismos entre los dos casos. Y teniendo en cuenta que el asesinato de la Nea todavía no estaba resuelto, resultaba imposible planificar como lo podía incorporar al libro. Le parecía un poco frío pensar en un libro, cuando se trataba del dolor y la desgracia de otras personas. Pero, de acá que había escrito el libro sobre la muerte de su amiga de niñez, Alexandra, había tomado la decisión de separar sus propios sentimientos del trabajo. Y, muchas veces, los habían ayudado los familiares de las víctimas a encontrar un tipo de cierre, una paz. En alguna ocasión, incluso había podido contribuir a resolver un caso, y ahora también pensaba hacer todo el posible para ayudar la policía con el que sabía hacer mejor: investigar antiguos casos de asesinato.

Se obligó a sí misma a dejar de pensar en el libro, el objetivo que se había marcado por Fin de año había sido intentar disfrutar más de sus hijos cuando los tenía. No pensar en el trabajo, no pasarse el día sentada ante el ordenador o con el teléfono en la mano, sino dedicarlos toda la atención. Los niños crecían demasiado deprisa y no se lo quería perder.

Aunque la etapa de la primera niñez no era la suya preferida, la criatura que estaba esperando su hermana lo llenaba de felicidad. Poderla cuidar una estoneta le parecía el mejor del mundo. Retirar las pasas de una galleta, coger los peluches y ponerse a jugar con el bebé y, después, volverlo a sus padres así que

empezaba a hacer mal olor o a berrear. También sentía curiosidad para saber si era niño o niña. Ni en Dan ni Anna no lo habían querido saber y habían dicho que tanto los hacía. Pero, por algún motivo, el Erica tenía la sensación que estaban esperando una niña. Quizás sería el mejor, puesto que el hijo que habían perdido en circunstancias tan trágicas era un niño. Al cuerpo y a la cara de Anna todavía se veían rastros del accidente que, por muy poco, no le había costado la vida, pero la Erica intuía que su hermana había empezado a reconciliarse con los cambios físicos que había sufrido. O, como mínimo, hacía tiempo que no hablaba.

El Erica se paró de repente. Pensando en Anna, de repente había recordado la despedida de soltera. Se había olvidado completamente que habían propuesto de organizar uno a Kristina. A veces, su suegra la hacía poner nerviosa, pero siempre era allá cuando necesitaban que los diera un golpe de mano con los niños. Así que el mínimo que podía hacer para la madre de en Patrik era montar un día muy agradable. Algo muy divertida. Nada de aquello de ir por el centro vendiendo besos con el velo de novia puesto. Le parecía que a su edad ya no tocaba. Tenía que ser un día fantástico y divertido en que Kristina fuera el centro de atención. Pero que podía hacer? Y cuándo? No tenía mucho tiempo de margen. Quizás aquel mismo fin de semana? Pero, entonces, si quería montar algo con cara y ojos, valía más que se pusiera enseguida.

Un cartel al tablero de avisos de ante el camping hizo que se parara. Era una idea. Una de buena. Excelente, incluso. Se sacó el móvil del bolsillo e hizo una foto a la hoja de papel. Después, trucó a Anna.

—Escucha, hablamos de organizar una despedida de soltera para Kristina. Qué te parece sábado? Yo me puedo encargar de todo si tú te reserves el día. En Dan se puede quedar con los niños?

Anna respondió con monosílabos y el tono de voz no desprendía el entusiasmo que el Erica esperaba. Pero quizás su hermana tenía uno de aquellos días horrorosos de embarazada, así que continuó hablante.

—Todavía no sé muy bien qué me empescaré, pero acabo de ver un cartel al tablón de anuncios del camping que me ha dado una idea.

Encara ninguna reacción por parte de su hermana. muy curioso.

—Que pasa nada, Anna? Pareces... preocupada.

—No, no es nada. Con sólo que estoy un poco cansada.

—De acuerdo, de acuerdo. No te calentaré más la cabeza. Descansa, ya te trucaré cuando lo tenga más muy ligado para explicarte los detalles.

Colgaron y, pensarosa, el Erica se guardó el teléfono al bolsillo de los pantalones cortos. Algo no iba a la hora. Conocía su hermana demasiado bien y estaba segura que le escondía algo. Y, teniendo en cuenta la capacidad que tenía Anna de atraer las desgracias, la Erica se preocupó. Después de todos los problemas y las adversidades, hacía la impresión que finalmente Anna había empezado a tocar de pies a tierra y a actuar con tino, pero quizás sólo habían sido ilusiones suyas. La cuestión era, raído y corto, qué le estaba escondiendo. Y por qué? Todo y el calor que hacía, el Erica sintió un escalofrío. Se preguntó si nunca podría dejar de preocuparse por su hermana pequeña.

En Patrik no había badat boca durante todo el trayecto hasta Tanumshede. La

poca traza que tenía al volando empeoraba todavía más cuando estaba neguitós y era consciente que en Gösta no había soltado el agarradero de encima la puerta durante todo el viaje.

—Todavía no responde? —preguntó.

Con la mano que le quedaba libre, en Gösta se acercó el teléfono a la oreja, pero después hizo que no con la cabeza.

—No, todavía nada.

—Cojones, es que no se lo puede dejar ni un minuto solo. Es peor que un niño pequeño.

En Patrik va pitjar el acelerador a fondo.

Eran a la larga recta que se extendía ante la hípica y pronto vería Tanumshede. Sentían un leve cosquilleo a las bajadas y en Patrik se dio cuenta que la cara de en Gösta empezaba a adoptar un tono verdoso.

—No me hace ninguna gracia no haber tenido tiempo de acabar el que estábamos haciendo a la granja. Aunque lo hayamos acordonado todo, corremos el riesgo de sufrir un sabotaje —masculló en Patrik—. Paula y en Martin también están de camino?

—Sí, he hablado con en Martin y nos encontraremos en el centro de internamiento. Seguro que ya están.

Lo sorprendió la rabia que sentía. En Mellberg tenía la innegable capacidad de meterse constantemente de pies al cubo, a menudo con la esperanza de colgarse alguna medalla, pero aquella vez no se lo podía permitir. No, cuando estaban investigando el asesinato de una criatura pequeña.

Cuando se desviaron para entrar al centro de internamiento, vio que a Paula y en Martin los esperaban al aparcamiento. Dejó el coche junto al de sus compañeros y cerró la puerta con un golpe un poco demasiado fuerte.

—Lo habéis visto? —preguntó.

—No, hemos pensado que era mejor esperar que llegarais. Pero hemos hablado con el responsable de las instalaciones y, al parecer, en Mellberg se ha ido hacia la última casa que hay allí abajo.

a Paula señaló una renglera de viviendas que se extendía detrás de los policías.

—De acuerdo, pues vamos a ver qué se ha empescat en Mellberg esta vez.

En Patrik se giró cuando sintió el rumor de unos cuántos coches que entraban al aparcamiento. Era en Torbjörn y su equipo, que los habían seguido.

—Por qué quería que viniera en Torbjörn? —preguntó en Martin—. sabéis nada? Alguien ha hablado con en Mellberg?

En Patrik rió por debajo la nariz.

—No coge el teléfono. El único que sabemos es que le ha dicho que viniera enseguida, que había encontrado una cosa que «abría este refotut caso como una lata de sardinas».

—De verdad que lo queréis saber? —dijo Paula, sorruda. Después saludó los agentes de la científica con un gesto con la cabeza.— Cuanto antes lo terminamos, mejor.

—Tenemos que coger todo el equipo o no? —preguntó en Torbjörn.

En Patrik dudó unos segundos.

—Sí, qué cojones, cogedlo todo. Al fin y al cabo, en Mellberg asegura que ha encontrado algo.

Hizo un gesto con la mano a en Gösta, Paula y en Martin porque lo siguieran y se dirigieron hacia la casa. En Torbjörn y sus compañeros empezaron a descargar el equipo de los coches y los seguían más atrás.

Al suyo cercando, un montón de personas los observaban. Algunos miraban por las ventanas de las casas, otros habían salido afuera y se habían plantado ante la puerta. Pero nadie preguntaba nada. Se limitaban a contemplarlos con ojos despavoridos.

De lejos, en Patrik sintió los gritos de una mujer y apresuró el paso.

—Qué pasa? —preguntó, cuando llegó a la casa.

En Mellberg estaba hablando con la mujer, gesticulaba ostensiblemente y había adoptado su ademán más grave.

Con un inglés matusser, repetía:

—*No, no. Cannot go in house. Stay outside.*¹⁵

Se giró hacia en Patrik.

—Que bien que seáis aquí! —dijo, contento.

—Qué pasa? —volvió a preguntar en Patrik—. Desde que has trucado a en Torbjörn que intentamos hablar contigo, pero no coges el teléfono.

—Sí, sí. He sido mucho enfeinat. La mujer está histérica y los niños no paran de chillar. He tenido que sacarlos de la casa porque no destruyeran las pruebas.

—Pruebas? De qué pruebas hablas?

En Patrik se dio cuenta que había hecho un gallo.

Para sus adentros iba creciendo una sensación de malestar y sintió el impulso de grapar en Mellberg por los hombros y sacudirlo hasta que desapareciera aquella cara de satisfacción.

—He recibido una llamada —dijo en Mellberg. E hizo una pausa dramática.

—Qué tipo de llamada? —dijo Paula—. De quién?

Avanzó un paso hacia en Mellberg. Preocupada, miró una de las criaturas, que lloraba, y en Patrik comprendió que su compañera también quería entender qué estaba pasando antes de decidir hacer nada.

—Bien... una llamada anónima —respondió en Mellberg—. Que apuntaba que en esta casa encontraríamos pruebas que nos llevarían hasta el asesino de la niña.

—Aquí. Justamente en esta casa? O de la persona que vive aquí? Qué ha dicho exactamente la persona que ha trucado?

En Mellberg suspiró y se puso a hablar lentamente, vocalizando exageradamente como si se dirigiera a unas criaturas pequeñas.

—Me ha dado instrucciones muy detalladas sobre esta vivienda. Ha descrito con exactitud la persona en cuestión. Pero no, no ha dado ningún nombre.

—Y has decidido venir hasta aquí? —preguntó en Patrik, con una irritación que iba aumentando—. Sin comunicárnoslo?

En Mellberg rió por debajo la nariz y lo miró con fijeza.

—Bien, estabais enfeinats con el cacheo y me ha parecido importante actuar con celeridad para no dar tiempo que las pruebas desaparecieran o alguien las destruyera. Ha sido una decisión policial muy meditada.

—Y has considerado que no había que esperar la autorización de la fiscal para registrar la casa? —preguntó en Patrik.

Luchaba a brazo partido para no perder los estribos.

—Bien... —hizo en Mellberg, y por primera vez pareció que vacilaba un poco

—. He considerado que no hacía falta, sí. Como responsable de la investigación, he tomado esta decisión. Se trata de asegurar que no se destruyen pruebas de un caso de homicidio y ya sabes todo lo bien que yo que no hace falta que esperamos la autorización formal.

En Patrik dijo despacio:

—Es decir, que has confiado plenamente en una información que te ha brindado una fuente anónima y has entrado por la fuerza en una casa sin consultarlo antes con nadie más. Es esto el que me estás diciendo? Y la mujer que vive aquí te ha dejado pasar? Sin hacerte ninguna pregunta?

En Patrik miró la mujer, que era algo más allá.

—Bien, pues... Sé que en muchos países hay que mostrar un papel y he pensado que las cosas serían más fáciles si enseñaba uno, así que...

—Un papel? —preguntó en Patrik, sin estar del todo seguro de querer sentir la respuesta.

—Vaya, la mujer no entiende el sueco, ni al parecer tampoco el inglés. Y yo traía un informe del veterinario del Ernst al bolsillo de la camisa. El otro día se lo traje. Le hace daño la barriga, ya me entiendes, y...

En Patrik lo cortó.

—Te estoy entendiendo bien? En vez de esperar que viniéramos o pedir un intérprete, has entrado por la fuerza en casa de una familia refugiada con secuelas psicológicas mostrando un informe del veterinario y fingiendo que se trataba de una resolución de la fiscal?

—Exacto, pero, cojones, que no sientes el que te estoy diciendo? —en Mellberg tenía la cara roja como un pimiento.— El importante son los resultados! He encontrado una cosa! He encontrado las calcetes de la niña, aquellas con motivos de la película *Frozen* de que nos habló su madre, escondidas detrás de la taza del wáter. Con restos de sangre!

Todos van enmudecer. Sólo se sentían los llantos de las criaturas. Algo más allá, vieron que un hombre se los acercaba corriendo. Aceleró el paso cuando faltaban pocos metros para llegar a la casa.

—*What's happening? Why are you talking to my family?*¹⁶ —llamó, así que fue bastante cerca porque lo sintieran.

En Mellberg avanzó una pasa hacia el hombre, lo grapó por el brazo y se lo retorció hacia la espalda.

—*You are under arrest.*¹⁷

Con el rabllo del ojo, en Patrik vio como la mujer los fulminaba con la mirada mientras sus hijos no paraban de llorar. El hombre no ofreció ninguna resistencia.

Lo había hecho. Era allá, ante la casa de Marie. Todavía no estaba segura que fuera lo más adecuado, pero la presión al pecho no había hecho más que crecer.

La Sanna respiró profundamente y después trucó a la puerta. Le pareció que los trucos retumbaban como dos disparos de escopeta y se dio cuenta que estaba muy nerviosa.

«Cálmate.»

Entonces, la puerta se abrió y ante sede apareció Marie. La inabarcable Marie. La actriz la miró sin entender quién era. Los ojos preciosos se van medio cerrar.

—Sí?

Sintió que la boca se le volvía pastosa y que la lengua se le embarbussava. Aclaró la garganta e hizo un esfuerzo porque las palabras brotaran.

—Soy la hermana de la Stella.

En un primer momento, Marie no reaccionó, plantada a la puerta, levantando una ceja. Después, pero, se hizo a un lado.

—Pasa —dijo, se giró y se dirigió hacia el interior de la casa.

La Sanna entró a una sala amplia y diáfana. Unas puertas francesas se abrían a un embarcador con vistas sobre el puerto de Fjällbacka. El sol del atardecer se reflejaba encima el agua.

—Quieres tomar nada? Café? Agua? Alcohol?

Marie cogió una copa de champán que había encima de una mesa y hizo un trago.

—No, gracias —respondió la Sanna.

No se le ocurrió nada más.

Los últimos días se había cargado de valor, había dado vueltas y más vueltas al que diría. Pero ahora parecía que todo se había esvanit.

—Suyo —dijo Marie, y se dirigió hacia una mesa de madera de grandes dimensiones.

Del piso de arriba los llegó un rumor de música pop alegre y Marie hizo un gesto con la cabeza.

—Adolescentes.

—Yo también tengo una —dijo la Sanna, y se sentó delante de Marie.

—Unos seres muy curiosos, los adolescentes. Ni tú ni yo pudimos experimentar qué significaba esta etapa de la vida.

La Sanna se la miró. Marie estaba comparando su adolescencia con la que había vivido ella? La Sanna, a quién habían arrebatado la juventud, y Marie, que justamente era quién se lo había tomado. Y también su propia. Pero no sintió la rabia que había pensado que sentiría, o que tendría que sentir. La persona que tenía delante le parecía una simple carcasa. Una fachada reluciente y perfecta, pero el vacío de la cual resonaba.

—Sentí aquello de tus padres —dijo Marie, e hizo otro trago de champán—. Me sabe mal.

Las palabras brotaban sin ningún sentimiento y la Sanna se limitó a asentir con la cabeza. Había pasado mucho tiempo. Ahora sólo conservaba unos recuerdos muy vagas de sus padres, los años los habían borrado.

Marie dejó la copa encima la mesa.

—Por qué has venido? —preguntó.

La Sanna sintió como se empequeñecía ante la mirada de Marie. Todo el que había sentido, toda la rabia y la furia, ahora le parecían un sueño remoto. La mujer que tenía delante no era el monstruo que lo había terrorizada en sus pesadillas.

—Lo hicisteis? —se sintió decir, finalmente—. Matasteis la Stella?

Marie bajó los ojos hacia sus manos, hacía la impresión que se examinaba las uñas. La Sanna se preguntó si la había sentido. Después, Marie levantó la cabeza.

—No —respondió—. No, no lo hicimos.

—Y entonces por qué dijisteis que sí? Que lo habíais hecho?

La música que sonaba al piso de arriba dejó de sonar y la Sanna tuvo la impresión que alguien las estaba escuchando.

—Esto pasó hace tanto de tiempo... Que importa, ahora?

Por primera vez, sus ojos expresaban algún tipo de emoción. Cansancio. Marie parecía tan agotada cómo se sentía la Sanna.

—Sí que importa —contestó ella, y se inclinó ninguno adelante—. Quién lo hizo nos lo arrebató todo. No tan sólo perdimos la Stella, también perdimos la familia, la granja... Yo me quedé suela.

Volvió a dregar la espalda.

El único que se sentía era el rumor del agua que golpeaba contra los puntals del amarrador.

—Vi alguien al bosque —dijo a Marie, al final—. Aquel día. Vi alguien.

—Quién?

La Sanna no sabía qué creer. Por qué razón a Marie le tendría que confesar, a ella, que eran culpables? No era tan ingenua de pensar que le respondería con franqueza después de pasarse treinta años clamando su inocencia, pero había creído que, si conseguía formularle la pregunta frente a frente, sería capaz de leer la verdad en las reacciones de aquella mujer. Pero la cara de Marie era como una máscara. No había nada de real.

—Si lo supiera, no me habría pasado treinta años defendiendo mi inocencia —dijo Marie, y se levantó para llenar la copa.

Sacó una botella medio llena de la nevera y la alargó a la Sanna.

—Te lo has repensado?

—No, no quiero nada —respondió la Sanna.

Un recuerdo se le removía lentamente al fondo del subconscient. Alguien al bosque. Alguien de quien solía tener miedo. Una sombra. Una presencia. Una cosa en que no pensaba desde hacía más de treinta años y que las palabras de Marie habían desvelado.

Marie se volvió a sentar.

—Y entonces, por qué os declarasteis culpables? —preguntó la Sanna—. Si no la habíais matado...

—No lo podrías entender.

Marie giró la cara, pero la Sanna tuvo tiempo de ver que se retorció en una mueca de dolor. Aquello hizo que, por un instante, se convirtiera en una persona de carne y huesos, no en una muñeca de porcelana. Cuando volvió a mirar la Sanna, todo rastro de dolor había desaparecido.

—Éramos dos criaturas; al principio no entendimos la gravedad de la situación. Y, después, ya era demasiado tarde. Todo el mundo había obtenido la respuesta que buscaba y nadie quería sentir ninguna otra cosa.

La Sanna no sabía qué decir. Tantos años soñando en aquel momento, intentando visualizarlo, eligiendo una por una las panraules que usaría, las preguntas que formularía. Y cuando finalmente había llegado, las palabras no brotaban y el único que le llenaba la cabeza era aquel recuerdo lejano de algo al bosque. De alguien al bosque.

Cuando la Sanna abrió la puerta principal, Marie era al mármol de la cocina, volviéndose a llenar. Al piso de arriba, la música volvió a sonar. Cuando salió de

la casa, la Sanna levantó la cabeza y descubrió una chica a la ventana del primer piso. La saludó con la mano, pero la joven continuó mirándola fijamente. Después hizo media vuelta y desapareció.

—Bill, despiértate!

Sentía la voz de la Gun muy lejana y se estremeció. Quizás se había olvidado de poner el despertador cuando había subido a hacer la siesta?

—Qué pasa? —consiguió decir.

La Gun no solía despertarlo.

—El Adnan y en Khalil son aquí.

—El Adnan y en Khalil?

Se rozó los ojos para espabilarse.

—Se esperan al piso de bajo. Ha pasado algo...

La Gun apartó la mirada e inmediatamente en Bill pensó en el peor. La Gun no acostumbraba a perder la calma.

Cuando bajó abajo, vio el Adnan y en Khalil, que se paseaban arriba y abajo por la sala de estar.

—Hola, a chicos! *Hello, boys! What has happened?*¹⁸

Se pusieron a hablar los dos a la vez en inglés y en Bill se va escarrassar para entender qué le estaban diciendo.

—*What? Qué? En Karim? Habláis más despacio, chicos. Slowly!*

El Adnan hizo un gesto con el hacia en Khalil, que explicó el que había pasado, y en Bill se despertó de golpe. Miró la Gun, que parecía tan alterada como él.

—Es una auténtica locura! La policía lo ha detenido? No lo pueden hacer, esto!

El Adnan y en Khalil continuaron hablando a la vegada y en Bill levantó una mano.

—Calma, chicos. *Easy, boys.* Yo me encargaré. Estamos en Suecia. La policía no puede llevarse nadie porque sí. Esto no es una república bananera.

La Gun asintió con la cabeza y en Bill se dio cuenta que aquel gesto le daba fuerzas.

Sintieron como al piso de arriba el tierra crujía.

—Ya te lo había dicho.

En Nils apareció a las escaleras. Los ojos le brillaban con una lluïssor que en Bill no reconocía, que no quería reconocer.

—No te lo dije? Que lo tenía que haber hecho uno de aquellos moros? Todo el mundo lo decía, que alguien del centro de internamente se debía de haber enterado de aquel caso de hace treinta años y debía de aprovechar la oportunidad. Todo el mundo sabe el tipo de individuos que hay allá dentro! La gente es tan ingenua! Los que vienen a Suecia no necesitan que los ayudamos, sólo llegan los más ricos y los criminales!

La cara de en Nils estaba encendida. Hablaba tan exaltado que las palabras se le embarbussaven. La manera como se miraba la Adnan y en Khalil hizo que a en Bill le costara respirar.

—Sois tan ingenuos que os pensáis que todo ello va de ayuda humanitaria, mientras dejáis que un montón de violadores y ladrones trabaran nuestras fronteras. Los dos os habéis dejado engañar como dos idiotas, espero que os dáis cuenta de cómo la habéis cagado y que aquel cerdo que asesinó una niña

pequeña se pudra en la prisión y...

La mano de la Gun se estrelló contra la mejilla de en Nils con un estrépito que resonó por toda la sala. El chico respiró fondo y miró astorot su madre. De repente, volvía a ser un niño pequeño.

—Vete a la mierda! —berreó, y de un revuelo subió escaleras arriba con la mano a la mejilla.

En Bill miró la Gun, que se había quedado petrificada con los ojos clavados en la mano. La abrazó y después se giró hacia la Adnan y en Khalil, que hacía la impresión que no sabían donde meterse.

—*Sorry about my sueño. Don't worry. Y will fijo this.*¹⁹

Toda aquella situación le provocaba una sensación muy desagradable. Conocía su pueblo. Y las personas que vivían. Nunca habían recibido con los brazos abiertos nada que los resultara extraño o diferente. Si uno de los refugiados del centro de internamente era sospechoso de haber asesinado una niña pequeña de aquí, pronto la tierra se abriría bajo sus pies.

—Ahora mismo me voy a comisaría —dijo, y se calzó un par de mocassins—. Y ya puedes decir a en Nils que cuando vuelva tendremos una conversación muy seria.

—Tendrás que esperar tu turno —respondió la Gun.

Cuando marchaba, en Bill vio la Gun plantada al umbral de la puerta, con los brazos plegados y con cara de manzanas agrias. Por un instante, casi sintió lástima por en Nils. Después vio el miedo a los ojos del Adnan y en Khalil y la compasión desapareció tan deprisa como había sacado la nariz.

En James subió las escaleras corrientes. Los rumores que circulaban por el pueblo lo habían desvelado, le habían dado fuerzas.

Abrió la puerta de la entrada de par en par.

—Ya lo sabía! —dijo, y miró Helen, que, derecha ante el mármol de la cocina, había hecho un bot.

—Qué ha pasado?

Helen va empal·lidir y, como siempre, lo sorprendió comprobar como era, de débil. Sin en James habría sido perdida. Él se lo había tenido que enseñar todo, la había protegido de todo.

Se sentó a la mesa de la cocina.

—Café —dijo—. Después te lo explico.

Por el que parecía, Helen debía de haber acabado de poner en marcha la cafetera, porque el café apenas empezaba a salir por el filtro. Cogió la taza de en James, retiró la jarra aunque el café continuaba brotando y se lo sirvió con un poco de leche. No mucho, pero tampoco demasiado poca.

—Han arrestado alguien por el asesinato de aquella niña —dijo, mientras Helen levantaba la jarra para limpiar la placa de la canfetera.

El terrabastall inesperado de la jarra de vidrio estrellándose contra el tierra provocó que en James hiciera un bot tan grande que el café le fue a parar al pecho de la camisa.

—Pero que haces?! —llamó, levantándose de un salto de la silla.

—Perdón, perdón —se disculpó Helen, y salió disparada a buscar la escoba y el recojedor, que eran junto a la puerta.

Mientras se ponía a limpiar el escampall, en James se estiró para coger el papel de cocina. Con unos movimientos rápidos, se enjugó el pecho.

—Ahora tendremos que comprar una cafetera nueva —dijo, y se volvió a sentar—. No nos sobran el dinero, sabes?

Helen continuó recogiendo los fragmentos de vidrio en silencio. Con los años, había aprendido a reconocer cuando valía más no badar boca.

—Estaba en la plaza cuando lo he sentido —dijo en James—. Se trata de uno de aquellos del centro de refugiados. Nadie parece sorprendido.

Helen dejó de barrer; hizo la impresión que los hombros se le derrumbaban. Pero enseguida continuó recogiendo.

—están seguros? —dijo, y abocó los vidrios en un bric de leche vacío, que dejó con mucha cuenta dentro del cubell.

—No sé los detalles —añadió en James—. El único que he sentido era que habían detenido un hombre. La policía sueca quizás no brilla por la efectividad, pero no pueden coger nadie sin tener una base sólida.

—Vaya —hizo Helen, y pasó un trapo por el mármol, que después escurrió meticulosamente y colgó al cañón del grifo.

Se giró hacia en James.

—Entonces se puede decir que, por fin, todo se ha acabado.

—Sí, se ha acabado. Ha sido muy largo. Yo me cuido de tú. Siempre lo he hecho.

—Ya lo sé —dijo Helen, y bajó los ojos—. Gracias, James.

El chasquido de la puerta haciéndose añicos fue el que los despertó. Según más tarde eran dentro del dormitorio, lo graparon por los brazos, lo arrastraron ninguno afuera. El primer impulso de en Karim había sido resistirse, pero cuando sintió los chillidos de los niños, se dio por vencido. No podía permitir que vieran como lo apaleaban. Era el que había pasado a tantos otros, sabía que no valía la pena ofrecer resistencia.

Las veinticuatro horas siguientes se las pasó estirado sobre el tierra frío y húmedo de una habitación sin ventanas, sin saber si afuera era de día o por la noche. Dentro de la cabeza no dejaba de sentir los gritos de sus hijos.

Los golpes le habían llovido encima y le habían formulado las mismas preguntas una y otra vez. Sabían que le habían llegado a las manso documentos de gente de Damasco que trabajaba contra el régimen y en querían los nombres. Al principio se había negado, había dicho que como periodista no lo podían obligar a revelar sus fuentes. Pero después vinieron veinticuatro horas de torturas y, al final, los había dado todo el que pedían. Los dio nombres y los dio direcciones. Cuando pudo dormir, poco, intranquilo, soñaba con las personas que había delatado, veía ante suyo como los arrastraban fuera de las casas mientras los hijos llamaban y las mujeres lloraban.

Cada minuto despierto se arañaba los brazos para no pensar en todas las vidas que había destrozado. Se arañaba con tanta fuerza que la sangre brotaba y las heridas se embrutecían y se acababan infectando.

Tres semanas más tarde lo habían soltado y pocos días después la Amina y él hacían las maletas con las cuatro cosas que podían cargar. Su mujer le había vendado con mucha cura las heridas de los brazos, pero en Karim no le había

explicado el que había hecho. Era su secreto, la vergüenza que nunca podría compartir con ella.

En Karim descansó la cabeza contra la pared. Aunque la sala donde lo habían cerrado era fría y sencilla, también era limpia y la luz del sol penetraba por una ventanilla pequeña. Pero la sensación de impotencia era la misma. No creía que en Suecia la policía pudiera golpear los prisioneros, pero no estaba seguro. Era un extraño en una tierra extraña y no sabía nada de sus reglas.

Cuando había llegado a aquel nuevo país, había pensado que dejaba todo aquello atrás, pero ahora los gritos de sus hijos le volvían a resonar dentro de la cabeza. Las uñas penetraron en las viejas cicatrices de los brazos. Lentamente, empezó a picar de cabeza contra la pared de la pequeña celda, mientras el rumor de la calle se esmuntaba a través de la ventana enrejada.

Quizás era su destino, el castigo por el que había hecho a aquellos que lo asediaban en sueños. Había creído que podía huir, pero nadie podía esconderse del ojo de Dios, que todo lo veía.

[15.](#) «No, no. No puedes entrar a casa. Quédate afuera.» (*N. del T.*)

[16.](#) «Qué pasa? Por qué estáis hablando con mi familia?» (*N. del T.*)

[17.](#) «Estás detenido.» (*N. del T.*)

[18.](#) «Hola, chicos! Qué ha pasado?» (*N. del T.*)

[19.](#) «Os pido perdón por mi hijo. No os preocupáis. Lo arreglaré.» (*N. del T.*)

El caso Stella

—**Q** UÈ LOS PASARÁ, A LAS CHICAS?

Kate trabajó la demasada con fuerza y decisión con aquellas manos diestras y fuertes. A él le encantaba contemplar como amasaba la demasada. Durante cuarenta años había visto a Kate al mármol de la cocina, con la cara enharinada y un cigarrillo a los labios. Siempre con una sonrisa a punto. La Viola había heredado aquella sonrisa y el sentido del humor. Y la creatividad. Los chicos eran más como él. Se tomaban la vida un poco demasiado seriosament. En Roger, el más grande, había acabado haciendo de contable y en Christer, el pequeño, trabajaba a la oficina de ocupación. No parecía que ninguno de los dos se lo pasara a las mil maravillas.

—Son demasiados jóvenes para ir a juicio, así que la diligencia la traerán los de Servicios Sociales.

—La diligencia... Uix, suena muy frío. Estamos hablando de dos criaturas. Una nube de harina rodeaba Kate. Detrás, el solo brillaba a través de la ventana de la cocina y provocaba que los cabellos rebeldes de su mujer refulgissin. Con aquella luz, la cabellera parecía fina y transparente, las venas latían bajo la piel. En Leif se tuvo que contener el impulso de acercársele y abrazarla. Kate odiaba que la tratara cómo si fuera débil.

Kate no había sido nunca una mujer débil. Y, después de un año de quimioterapia, todavía era la persona más fuerte que conocía.

—Tendrías que dejar de fumar —dijo en Leif, dulcemente, mientras Kate hacía caer la ceniza con un gesto experto, justo antes de que fuera a parar sobre el pan.

—No, eres tú quien tendría que dejar de fumar —respondió, y en Leif va esclafir a reír sacudiendo la cabeza.

Kate era increíble. Habían tenido aquella conversación muchísimas veces. Su mujer siempre se había mostrado más preocupada por en Leif que por ella misma. Incluso ahora. Aquella situación era tan absurda que hacía que en Leif todavía se lo estimara más, cosa que pensaba que no era posible.

—Pero entonces qué pasará? —insistió Kate.

—Los de Servicios Sociales harán una evaluación sobre que puede ser mejor para las chicas. Y no tengo ni idea de que propondrán.

—Pero si lo tuvieras que adivinar?

—Si lo tuviera que adivinar, me parece que dejarán que Helen se quede en casa de sus padres, mientras que enviarán Marie a una familia de acogida.

—Y, si es así, cruces que es la mejor decisión? —preguntó, e hizo una pipada. Los muchos años de práctica la habían convertido en una experta a hablar con un cigarrillo a los labios.

En Leif va rumiarse qué tenía que decir. Quería responder que sí, pero algo no paraba de rondarle por la cabeza. Lo había hecho desde los interrogatorios con las chicas, pero era incapaz de acabar de definir de que se trataba.

—Sí, creo que es la decisión más acertada —dijo, finalmente.

Kate dejó de amasar.

—No pareces del todo seguro. Dudas que sean culpables?

En Leif hizo que no con la cabeza.

—No, no veo ningún motivo por el cual dos chicas de trece años tendrían que confesar ser autoras de un crimen que no han cometido. Es la decisión acertada. Helen vive en un ambiente familiar estable, mientras que la familia de Marie... Bien, muy probablemente fue la causa de su comportamiento y la convirtió en la instigadora.

—La instigadora? —dijo Kate, y los ojos se le negaron de lágrimas—. Es una criatura. Cómo puede ser que una criatura sea una... instigadora?

Cómo podía explicar a Kate la serenidad que había mostrado Marie mientras confesaba que había asesinado a la Stella y, a paso, relataba el que había pasado?

A Kate, que siempre veía la bondad en las personas.

—Me parece que será el mejor. Para las dos.

Kate asintió con la cabeza.

—Estoy convencida que tienes razón. Siempre has sabido interpretar la gente. Es el que te hace un policía tan bueno.

—Eres tú quien me hace un buen policía. Porque haces que sea una buena persona —se limitó a responder.

Kate se paró. De repente, sus manos fuertes empezaron a temblar. Unos dedos enharinados pasaron por los cabellos finos y delicados. Después empezó a llorar.

En Leif la estrechó entre los brazos. Era ligera como un pajarito. Acercó la cabeza de Kate contra su pecho. Los quedaba muy poco tiempo. Quizás sólo un año. Nada más no tenía ningún sentido. Ni siquiera los hijos, que estaban a punto de entrar al mundo real. En Leif había hecho su trabajo. Ahora necesitaba centrarse en el más importante.

—Uno

SE HE PEDIDO que vinierais porque tenemos que llegar al fondo del que ha pasado. En Patrik miró sus compañeros y en Mellberg se dio unos golpecitos a la barriga. —De acuerdo, entiendo que estéis un poco descolocados y que no acabarais de entender la situación. Pero es el que suele pasar con el trabajo policial muy fundamentada: con sólo que se lleve a cabo una investigación a fondo y como es debido, tarde o temprano llega el momento decisivo en qué es capital ser al lugar adecuado en el momento adecuado. Y se podría muy bien decir que el aquí presente tiene una cierta tendencia a justamente esto...

Calló y contempló sus compañeros unos segundos. Nadie dijo nada. En Mellberg va arrufar las cejas.

—Vaya, no costaría paso tanto pronunciar una par de palabras de gratitud. No es que me espere una ovación de pie, pero tampoco creo que haga falta una muestra de envidia tan patente.

En Patrik hervía por dentro, pero no sabía exactamente por donde empezar. Estaba avezado a las salidas de tono monumentales de en Mellberg, pero aquello se llevaba la palma.

—Bertil, en primer lugar fue un gran error no informar ninguno de tus compañeros cuando recibiste la llamada anónima. Nos podías haber localizado por teléfono, habría sido muy sencillo levantar el aparato y, simplemente, comunicarlo a alguien de nosotros. En segundo lugar, no me hacia la cabeza que te fueras hasta el campamento de refugiados sin ningún tipo de refuerzo o, como mínimo, un intérprete. Si no estuviera tan furioso, me habría quedado sin palabras. En tercer lugar, agitar en el aire un refotut informe del veterinario para entrar a la fuerza a casa de una mujer que no entiende el que le dices es tan... tan...

En Patrik perdió el hilo. Estrechó los puños y respiró profundamente. Después miró alrededor.

El silencio era tan absoluto que se podría haber sentido caer una aguja en tierra. El resto de sus compañeros no levantaban los ojos de la mesa, no se atrevían a mirar en Patrik ni en Mellberg.

—Esto es escandaloso! —estalló en Mellberg. Tenía la cara blanca de la rabia.— Aquí hay alguien que brinda el asesino de una criatura en un coño de bandeja de plata y recibe una puñalada por la espalda de sus compañeros! Que os pensáis que no he entendido que todo ello se trata de pura envidia? Porque sabéis que seré yo el que reciba todos los elogios por haber resuelto el caso. Pero os tengo que decir que tanto se me refot, que es justo. Porque vosotros quisisteis seguir una línea de investigación absurda, la de la propia familia de la niña, aunque todo el pueblo ya hace tiempo que lo tiene claro: que tenemos un refotut centro de internamiento lleno de criminales junto a casa. Gracias a Dios, yo he tenido el olfato suficiente fin para conduciros a todos directamente hacia el autor del crimen, y es justamente esto el que no podéis soportar. Que yo he hecho el que

vosotros no habéis sido capaces de hacer. Cojones, supongo que siempre tenéis que ser muy políticamente correctos, vosotros, pero a veces dos más dos hacen cuatro! Bastante, todos juntos os podéis ir a la mierda!

En Mellberg se levantó de un revuelo con los cabellos colgándole sobre la oreja y, al salir, cerró la puerta con un golpe tan fuerte que las maderas crujieron.

Nadie va badar boca durante un rato. Después, en Patrik respiró profundamente.

—Vaya, pues no ha ido del todo mal —dijo—. Y, ahora, como salimos adelante? Estamos con la mierda hasta el cuello y tenemos que salir.

En Martin levantó la mano y en Patrik asintió con la cabeza.

—Hay ningún motivo por el cual podamos retener en Karim?

—Sí que tenemos, porque hemos encontrado unas calcetes en casa suya. Al parecer, son de la película *Frozen*, pero hoy por hoy no tenemos ninguna prueba que apunte que son de la Nea ni que en Karim las haya escondido allá. Tenemos que avanzar con pies de plomo. Tanto él como su mujer han reaccionado muy mal a la detención. Quién sabe por qué han tenido que pasar en su país.

—Pero... y si realmente es el asesino? —dijo Paula.

En Patrik va rumiar unos segundos antes de contestar.

—Es posible, pero me parece de lo más improbable, teniendo en cuenta la llamada anónima tan extraña que hemos recibido. También podría ser que las calcetes las hubiera dejado allá el asesino, con la intención de cargar las culpas a alguien otro. Raso y corto, tenemos que mantener la cabeza fría y trabajar con profesionalidad. Todo se tiene que hacer como es debido.

—Antes no nos ponemos —dijo en Gösta—, os querría informar que he recibido una llamada de Uddevalla en relación con en Tore Carlson. Según los vecinos, las últimas semanas no lo han visto por casa y nadie sabe donde puede parar.

Todos se miraron.

—Ahora no nos tenemos que poner nerviosos —dijo en Patrik—. Muy probablemente se trata de una casualidad. La policía de Uddevalla puede continuar investigando en Tore Carlson mientras nosotros trabajamos con el que tenemos.

Hizo un gesto con el hacia el Annika.

—Nos podrías conseguir esta llamada anónima? Grabamos todas las conversaciones telefónicas que entran a la centralita, así podremos escucharla y ver si sacamos nada. Gösta, tú coge una fotografía de las calcetes que encontramos en casa de en Karim y muéstrala a Eva y en Peter. A ver si pueden corroborar que son de la Nea. Martin y Paula, investigáis todo el que poded sobre en Karim y su pasado, si es que tiene un de criminal, qué dicen por el centro de internamiento y todo esto.

Con las tareas asignadas, todos asintieron con la cabeza y en Patrik hizo un esfuerzo para respirar fondo y relajar los hombros. La rabia había provocado que se tensés como las cuerdas de un violín y el corazón le latía más deprisa de la cuenta. El estrés y la presión podían tener consecuencias funestas en él y el último que quería era acabar en el hospital. Sencillamente, no se lo podían permitir.

El corazón empezó a latir con normalidad y en Patrik respiró aliviado.

—Yo intentaré hablar con en Karim. Está en estado de choque, pero con un poco

de suerte querrá llegar al fondo de todo esto de manera voluntaria.

Miró las caras graves de sus compañeros y concluyó:

—Hacedlo todo lo bien que poded y conseguiremos volver a enderezar la investigación. No es la primera vez que en Mellberg la espifia, y lo volverá a hacer. Y nosotros no podemos hacer nada.

Sin esperar respuesta, cogió el bloque de notas y se dirigió hacia la parte de la comisaría donde había los detenidos. Cuando pasó por ante la recepción, sintió el timbre de la puerta y fue a abrir. Afuera había en Bill Andersson, furioso, y en Patrik suspiró por dentro. Tal como se había temido. Ahora el cielo los caería encima.

El Erica trajo los niños a dormir temprano y se va escarxofar al sofá con una copa de vino tinto y un bol con cacahuets delante. Tenía hambre y tendría que preparar algo más consistente para comer, pero pensó que era demasiado triste hacerlo para ella sola, puesto que en Patrik le había mandado un mensaje diciéndole que llegaría a casa muy tarde.

Había bajado del estudio unas cuántas carpetas que guardaba al escritorio para darlos otro vistazo. estuvo un buen rato. La manera que tenía de examinar la información que había recopilado era leyendo todos los artículos y las publicaciones, y separar las fotografías para poderlas ver desde una nueva perspectiva.

Después de rumiar un buen rato, se estiró para coger la carpeta con el nombre de « Leif». Sin ningún tipo de duda, aquel hombre sería uno de los personajes principales del libro, pero todavía había un montón de preguntas que pedían respondida. Por qué había cambiado de idea? Por qué había pasado de estar completamente seguro que Helen y Marie habían asesinado la Stella empezar a dudar? Y por qué se había suicidado? Podía ser sólo debido a la depresión que había sufrido después de la muerte de su mujer o se trataba de alguna otra cosa? Sacó las copias de la autopsia y las fotografías de la muerte de en Leif. El hombre estaba doblado sobre la mesa de su despacho, con un vaso de whisky al lado y una pistola en la mano derecha. La cara, girada hacia la arma, y un enorme charco de sangre coagulada se le había formado bajo la cabeza. Se podía ver una herida a la sien y los ojos, vidriosos, estaban esbatanats. Según el informe del forense, hacía más de veinticuatro horas que era muerto, cuando sus hijos lo habían encontrado.

Según los hijos, la pistola era de en Leif, cosa que quedó confirmada por el registro. En Leif había solicitado permiso para tener una arma cuando, jubilado, había empezado a practicar tiro en el tiempo libre.

El Erica hojeó los papeles para ver si había algún informe de balística, pero no encontró cabeza. Va arrufar las cejas. Aquello la desconcertó, puesto que sabía que había conseguido toda la información que había sobre el caso. O bien no se había hecho ningún análisis de la bala y la pistola o el informe había desaparecido. El Erica estiró el brazo para coger el bloque de notas que siempre tenía cerca y escribió «informe de balística», seguido de un signo de interrogación. No tenía ningún motivo para creer que algo no se había hecho bien durante la investigación del suicidio de en Leif, pero no le hacía ninguna gracia que le faltara una pieza del rompecabezas. Fuera como fuera, valía la pena

dar un vistazo. Aún así, habían pasado quince años de acá que en Leif se había quitado la vida, así que le haría falta mucha suerte para encontrar las personas que habían llevado a cabo la parte científica y forense de la investigación.

Con todo, tendría que esperar hasta el día siguiente por la mañana. Era demasiado tarde para ponerse a trucar a nadie. Se reclinó al sofá y puso los pies encima la mesita, sobre las carpetas y los montones de papeles. El vino le pareció delicioso y, asaltada por un sentimiento de culpabilidad, pensó que cuando acabara el verano se tendría que coger un mes sin probar ni una gota. Sabía que no era la única a quien no costaba nada encontrar una excusa en verano para tomarse una buena copa de vino cada día, pero aquello no era ningún consuelo. No; se pasaría un mes entero sin ni tocarlo. En septiembre. Satisfecha de haber tomado una decisión tan saludable, hizo otro trago y sintió como una escalforeta se le esparcía por todo el cuerpo. Se preguntó qué había pasado porque, tarde como era, en Patrik todavía fuera a la comisaría, pero sabía que no valía la pena preguntarlo antes de que su hombre volviera a casa.

El Erica se inclinó ninguno adelante y contempló las fotografías que tenía de en Leif, abatido sobre la mesa y con la sangre formando un tipo de aureola roja alrededor de la cabeza. No se pudo estar de volverse a preguntar por qué se había suicidado. Por supuesto, comprendía que alguien pudiera perder las ganas de vivir después de que su pareja muriera. Pero, aún así, tenía hijos. Además, habían pasado muchos años de la muerte de su mujer. Y por qué se tenía que poner a remover un caso antiguo si, al fin y al cabo, quería poner fin a su vida?

En Bill clavó un golpe al volante cuando salieron de la comisaría. En Karim sentaba a su lado, en silencio, mirando ausente por la ventana. La puesta de sol hacía que el cielo se hubiera teñido de tonos lilas y rojos, pero en Karim no podía ver nada más que la oscuridad que él mismo había creado. El que había pasado aquel día era una prueba que no podía huir de la propia culpa, que Dios había visto el que había hecho y lo había castigado por sus actos.

No sabía cuántas vidas cargaba sobre su conciencia, las personas de quién había dado los nombres habían desaparecido sin dejar rastro y nadie sabía qué los había pasado. Quizás todavía eran vivos. Quizás no. El único seguro era que, cada noche, sus mujeres y sus hijos lloraban desconsoladamente hasta dormirse.

En Karim había conseguido salvar la piel a expensas de la de los otros. Cómo se había podido pensar que sería capaz de vivir con aquella carga? Se había escondido detrás la fuga, detrás la idea de construir una nueva vida, muy lejos de allá. Pero la vida pasada, el país pasado, las culpas pasadas, continuaban viviendo para sus adentros.

—*It's a scandal, but don't worry. Y will suerte this out for you, okay?*²⁰

La voz de en Bill era como un martelleig, hirviendo de la rabia, y en Karim daba gracias que alguien creyera en él, le apoyara. Pero no se lo merecía, era incapaz de dejar entrar las palabras de en Bill. El único que sentía era una frase en árabe, que se repetía una y otra vez: «Danos la verdad».

Los escarabajos se paseaban por tierra, atravesando a toda velocidad las manchas de sangre de aquellos que habían ocupado la celda antes de que él. En Karim había dado a sus captors todo el que le habían pedido. Había sacrificado personas valientes para salvarse él.

Cuando la policía sueca le había dicho que los tenía que acompañar a la comisaría, no le había pasado por la cabeza protestar. Al fin y al cabo, era culpable. Culpable ante Dios. Tenía las manos manchadas de sangre. No se merecía un nuevo país. No se merecía la Amina, ni en Hassan, ni la Samia. Nada lo podía cambiar. Y no comprendía como se había podido engañar a si mismo pensando otra cosa.

En Bill lo dejó ante casa. La Amina era allá, esperándolo. Los ojos oscuros de su mujer estaban plenos del mismo miedo que aquella mañana en Damasco, cuando la policía lo dejó en libertad. En Karim no la podía mirar a la cara, se limitó a pasarle por el lado y se acostó.

Clavó los ojos a la pared, de espaldas a la puerta. Una hora más tarde sintió como la Amina se desvestía y se estiraba a su lado. Con mucha cura, puso una mano a las espaldas de en Karim. Él no la rechazó, pero fingió que continuaba durmiendo.

En Karim sabía que no la podía engañar. Notaba como el cuerpo de la Amina temblaba por el llanto y sintió que murmuraba una plegaria en árabe.

Rita se le acercó al recibidor cuando en Mellberg cerró la puerta con un gran chasquido.

—Xst, en Leo se ha dormido al sofá y la Johanna lo está intentando con Lisa! Qué ha pasado?

En Mellberg sintió el aroma de xili con carne que le llegaba desde la cocina y por un instante le desapareció la furia y el estómago tomó el control. Después recordó la humillación que había sufrido hacía un rato y se volvió a encender.

—Hoy mis refotuts colegas me han clavado una puñalada por la espalda —dijo, y se sacó de mala manera los zapatos y los dejó en medio de la alfombra del recibidor.

Después de recibir una mirada reprovadora de Rita, se agachó, los recogió y los colocó al zapatero que había a la izquierda de la puerta.

—Entra y explícame qué ha pasado —dijo Rita, y empezó a pasar hacia la cocina—. Tengo una cazuela al fuego, no quiero que se quemé.

Mascullando, en Mellberg la siguió y se dejó caer en una de las sillas de la cocina. Husmeó el aire, hacía un olor realmente delicioso.

—Explícamelo —dijo Rita—. Pero no levantes la voz, no sea que despiertes en Leo.

Y lo amenazó con el cucharón de madera que usaba para remover el xili con carne.

—Primero me tengo que llenar un poco el estómago, estoy que me ensarto por las paredes. No me había sentido nunca tan traicionado en toda la carrera. Bien, quizás aquella vez a Göteborg, el 1986, cuando mi superior...

Rita levantó una mano.

—La comida estará lista de aquí a diez minutos, aprovecha el rato para ir a dar un beso a en Leo. Es tan lindo cuando se queda dormido al sofá... Después me lo podrás explicar todo mientras comemos.

En Mellberg obedeció y marchó hacia la sala de estar. No había que decirle dos veces que fuera a hacer moixaines al chiquillo de quien se había convertido en un tipo de abuelo. Había sido presente cuando había nacido y desde aquel

momento habían establecido una relación muy especial. La visión del pequeñito durmiendo al sofá hizo que se calmara un poco. En Leo era el mejor que le había pasado. Bien, el menut quizás tenía que compartir aquella primera posición con Rita. Pero, muy mirado, ella también había estado de suerte. No todo el mundo podía disfrutar de tener un hombre de su calibre al lado. A veces tenía la impresión que Rita no se acababa de dar cuenta ni le daba bastante valor. Pero, con los años, ya lo haría. Él era un pastel que había que degustar despacio. En Leo se meneó en sueños y en Mellberg lo desplazó ligeramente para poder sentar a su lado. Después de las vacaciones, el chiquillo tenía la piel colrada por el solo y los cabellos se le habían enrossit un chico. Con mucha cuenta, le apartó el copo de cabellos que le había caído a la cara. El niño era realmente bonito. En Mellberg se hacía cruces que no estuvieran emparentados. Pero a buen seguro que había algo de aquello del «todo se engancha».

Desde la cocina, Rita llamó bajito que la comida ya estaba a punto y en Mellberg se levantó muy despacio. En Leo se revolvió, pero no se llegó a despertar. En silencio, entró a la cocina y se sentó a la misma silla que antes. Rita probó una última vez el xili con carne y sacó dos boles del armario.

—La Johanna subirá a cenar así que Lisa se haya dormido, nosotros podemos empezar. Dónde es Paula?

—Paula? —rió por debajo la nariz en Mellberg—. Sí, esto mismo. Ahora te lo explico.

Le habló de la llamada de teléfono, como había tomado la decisión muy fundamentada y del todo profesional de investigar él mismo la cuestión, como se le había acudido la idea de usar el informe del veterinario del Ernst para entrar a la casa, como había encontrado las calcetes de criatura escondidas detrás de la taza del wáter, como se había esperado una gran ovación por un trabajo policial brillante. Y la respuesta, chocando e ignominiosa, que había recibido de los compañeros. Hizo una pausa para recuperar el aliento y miró Rita, a punto para recibir muestras de simpatía y, también, el enorme bol de xili con carne que le había empezado a servir.

Pero Rita no va badar boca y a en Mellberg no le hacía ninguna gracia aquella mirada suya. Y, entonces, la mujer cogió con fuerza el bol, lo cambió y abocó todo el contenido otra vez a la cazuela.

Cinco minutos más tarde, en Mellberg era en medio de la calle, ante la casa. Algo salió volando desde el balcón del primer piso y, con un golpe seco, aterrizó a la acera. Una bolsa. Por el ruido sordo que había producido, probablemente no contendía muy más que un cepillo de dientes y un par de calzoncillos. Del balcón le llegaron una retahíla de gritos y tacos en castellano. Por el que parecía, ya no había que bajar la voz para no despertar en Leo.

Con un suspiro profundo, en Mellberg cogió la bolsa de tierra y empezó a alejarse. Hacía la impresión que todo el mundo se había girado en su contra.

En Patrik estaba completamente exhausto cuando puso la mano al pomo de la puerta. Pero entrar al recibidor de casa fue cómo hundirse en un abrazo enorme y cálida. Más allá de la veranda con vistas al mar, el cielo se había encendido de rojo y en Patrik sintió el rumor de la leña que chasqueaba al hogar de fuego. Muchos los habrían tildado de locos para encenderla incluso aquellos

anocheceres calurosos de verano, pero el Erica y él eran del parecer que la sensación acogedora que creaba era más importante y, cuando la temperatura se volvía insoportable, abrían un par de ventanas.

La claridad del televisor va pampalluguejar a la sala de estar y en Patrik se dirigió enseguida. Si alguna vez había necesitado acurrucarse junto a la Erica, era en vísperas como aquel.

La cara de la Erica se iluminó cuando lo vio entrar y en Patrik se desplomó al sofá junto a su mujer.

—Uno de aquellos anocheceres? —preguntó, y en Patrik sólo tuvo fuerzas para asentir con la cabeza.

El teléfono no había parado de sonar. El Annika había tenido que atender una llamada detrás otra de diferentes medios de comunicación, de «conciudadanos comprometidos» y de sonados. Todos querían saber el mismo: si era verdad que habían detenido una persona del centro de internamiento de refugiados por el asesinato de aquella niña. Los diarios sensacionalistas habían sido especialmente pesados y, justamente por eso, había convocado una rueda de prensa para el día siguiente a las ocho de la mañana. Aquella noche no podría dormir muchas horas, tenía mucho trabajo delante y, también, tenía que rumiar mucho qué diría. Una opción era empujar en Mellberg ante aquel autobús, pero a la comisaría todos hacían piña. Era así y bastante. Por bien y por mal.

—Explícamelo —dijo el Erica, poniéndole lo hacia el hombro.

Levantó una copa de vino tinto, pero en Patrik la rechazó. El día siguiente necesitaba tener la cabeza muy clara.

Se lo explicó todo. Sin tapujos.

—Haces broma! —exclamó el Erica, y se incorporó—. Y ahora qué haréis? Cómo lo resolveréis?

—Nunca había sentido tanta vergüenza como cuando he llegado al calabozo. Los brazos de en Karim estaban plenos de arañazos. Se había autolesionado. Tenía la mirada vacía.

—No tienes ningún motivo para avergonzarte —dijo el Erica, y le clavó unos golpecitos a la mejilla—. Ya ha corrido la voz?

—Desgraciadamente, sí. Ahora mismo estamos viendo el lado oscuro de la gente. De repente, todo el mundo afirma que «desde el primer momento sabían que el crimen lo había cometido uno de aquellos inmigrantes».

En Patrik se hizo una masaje a las cejas.

Todo se había vuelto de lo más complicado. Estimaba aquel pueblo y las personas que vivían, pero también sabía en qué velocidad se esparcía el miedo. A la gente de la provincia de Bohuslän le gustaba aferrarse a las tradiciones y la región siempre había sido un caldo de cultivo para las sospechas y los prejuicios hacia los foráneos. A veces pensaba que las cosas no habían cambiado tanto desde los tiempos de la rigidez del pastor Henrik Schartaus. Y, a la vez, personas como en Bill eran la prueba que también había fuerzas que estiraban en otra dirección.

—Qué dice, la familia de la niña? —preguntó el Erica, y apagó el televisor, de forma que sólo la claridad de las velas y el hogar de fuego iluminaban la sala.

—Todavía no saben nada, como mínimo por parte nuestra. Seguro que a estas alturas ya los ha llegado por otra banda. Pero en Gösta iré a hablar con ellos

mañana por la mañana, y los mostrará una foto de las calcetes para ver si las reconocen.

—Cómo ha ido el cacheo a la granja?

—Sólo hemos podido examinar la casa antes de que en Mellberg nos hiciera ir al centro de internamiento, incluso a en Torbjörn. Los de la científica apenas habían empezado con el establo, pero tendremos que continuar en otro momento. A pesar de que quizás ahora ya no hará falta.

—A que te refieres? Cruces realmente que puede haber sido en Karim?

—No lo sé —dijo en Patrik—. Hay un montón de aspectos que resultan un poco demasiado evidentes. Quién ha trucado? Cómo sabía esta persona que las calcetes estaban en casa de en Karim? Hemos escuchado la llamada y, aunque quién la ha hecho ha usado algún tipo de distorsionador de voz, se podía sentir claramente que no tenía ningún tipo de acento. Esto me hace sospechar que el individuo en cuestión tenía alguna razón para delatar en Karim. Pero quizás es simplemente que soy un poco paranoic.

—No, yo pienso el mismo —dijo el Erica.

En Patrik podía ver como dentro del cerebro del Erica los engranajes se ponían a rodar.

—En Karim era uno de los refugiados que participó en el vareo para encontrar la Nea, oi?

En Patrik asintió con la cabeza.

—Sí, fue uno de los tres que la encontraron. De hecho, es la manera perfecta de borrar cualquier rastro que hubiera dejado. Si encontramos huellas, fibras o cualquier otra prueba tuyas fácilmente podría sostener que eran de cuando habían encontrado la niña.

—Si realmente ha actuado con tanta premeditación, no parece que se trate de la primera vez —dijo la Erica.

—No, estoy de acuerdo. El problema es que no sabemos nada de su pasado, teniendo en cuenta que ha llegado aquí como refugiat. Sólo el que él mismo nos ha explicado, más todo el que tenemos de acá que entró a Suecia. Cosa que es cero. No hay nada. Y durante la conversación que hemos mantenido, me ha causado una buena impresión. Cuándo ha entendido de que se trataba, me ha explicado que su mujer nos podía proporcionar una coartada y que no sabía cómo podían haber ido a parar las calcetes a casa suya. Cómo que su mujer y sus hijos estaban tan alterados, lo he dejado en libertad bajo la prometida que mañana vendría a comisaría porque lo interrogáramos.

El Erica hizo otro trago. Pensarosa, empezó a hacer girar el vino dentro de la copa.

—Qué es esto? —dijo en Patrik, y se estiró para coger un folleto coloreado que había entre los papeles y las carpetas que estaban esparcidos por encima la mesa. Estaba demasiado cansado para continuar hablando del caso y quería pensar en cualquier otra cosa antes de ponerse a preparar todo el que tenía que hacer para el día siguiente.

—Publicidad sobre un vernissatge. Mañana, la Viola, la hija de en Leif Hermansson, expone sus cuadros al Slajdars. Me ha trucado hace un rato, me ha dicho que quizás tenía algo para mí y me ha pedido que mañana la vaya a ver a la galería de arte.

—Suenan de lo más emocionante —dijo en Patrik, y volvió a dejar el folleto encima la mesa.

Los cuadros eran bonitos, pero el arte no era su fuerte. Prefería la fotografía, todavía mejor si era en blanco y negro. Su preferida era un póster enorme y enmarcado con una imagen en blanco y negro de The Boss en plena actuación al estadio de Wembley durante la gira *Borne in the USA*. Aquello sí que le gustaba. Aquello sí que era arte.

El Erica le puso una mano a la rodilla y se levantó.

—Me voy a la cama. Vienes o te quedas aquí?

De un revuelo recogió todo el papeleo que había encima la mesa y se la puso bajo el brazo.

—Ve a dormir, amor, yo todavía tengo que trabajar un par de horas. He convocado una rueda de prensa mañana a las ocho.

—Qué suerte! —hizo el Erica, irónica, y le lanzó un beso.

Con el rabillo del ojo, en Patrik vio que la pantalleta del teléfono se iluminaba.

Le había sacado el sonido, pero cuando vio que aparecía el nombre «Gösta Flygare» alargó el brazo para cogerlo.

Su compañero hablaba deprisa y alterado, y en Patrik sintió que el alma le caía a los pies.

—Ahora vengo —dijo, y colgó.

Pocos minutos más tarde era dentro del coche. Cuando el Volvo salió a toda velocidad en dirección a Tanumshede, en Patrik miró casa suya por el retrovisor. Y la silueta de la Erica, que lo observaba desde la puerta.

Un hombre se le plantó delante y él le disparó un disparo al pecho.

En Khalil parpadeó. Tenía los ojos resecos, no tan sólo porque se había pasado todo el anochecer jugando a la consola, sino también por el viento que había soplado durante el rato largo que habían sido navegante. A pesar de que todavía no había perdido el miedo, había empezado a sentir ganas de volver a salir al mar. Aquello era completamente diferente de todo el que había hecho antes.

—He visto que en Karim ha vuelto a casa —dijo el Adnan, y disparó al hacia un soldado enemigo—. En Bill lo ha traído con el coche.

Habían apagado todas las luces y la claridad de la pantalla era el único que iluminaba la habitación.

—Sabes por qué lo ha detenido, la policía? —dijo el Adnan.

En Khalil recordó los llantos de los niños y la Amina, que los había mirado a todos con una dignidad enorme antes de cerrar la puerta de casa.

—No tengo ni idea —respondió—. Lo podemos preguntar a en Rolf, cuando venga mañana.

Otro soldado enemigo cayó al campo de batalla y la Adnan hizo un gesto de victoria. Los había dado muchos puntos.

—La policía de aquí no es como la de casa —hizo en Khalil, pero él mismo se dio cuenta de la inseguridad con que lo había dicho.

En realidad, no sabían mucho nada, de la policía sueca. Quizás aquí tenían tan pocos escrúpulos como Siria.

—Pero que pueden tener contra en Karim? No creo que...

En Khalil cortó el Adnan.

—Xst, boy escout!

Apagó el volumen y los dos pararon la oreja, tensos. Afuera se sentían gritos.

—Qué pasa ahora?

En Khalil dejó el mando de la consola. Se sintieron más gritos. Miró el Adnan, que lanzó su mando. Juntos, salieron de un revuelo de la habitación. Los gritos cada vez eran más fuertes.

—Fuego! —chilló alguien, y vieron las llamas que se ensartaban hasta el cielo una cincuentena de metros más allá. Era la casa de en Karim.

Las llamas se los abraonaven encima.

En Farid apareció corriendo con un extintor en la mano. Poco después lo lanzaba bien lejos de la frustración.

—No funciona!

En Khalil grapó el Adnan por el brazo.

—Tenemos que ir a buscar agua!

Hicieron media vuelta y llamaban a todo el mundo con quien se iban cruzando que fueran a buscar agua. Sabían donde encontrar la manguera que en Rolf usaba para regar el césped que crecía alrededor de las oficinas y corrieron hasta allá, pero no encontraron ningún cubo.

—Vais a buscar cazuelas, ollas, cubells... Todo el que encontráis! —llamó en Khalil, y entró a toda velocidad en la habitación de la Adnan y suya y salió con dos cazuelas.

—Tenemos que trucar a los bomberos! —llamó su compañero, y en Khalil asintió con la cabeza mientras abría el grifo.

Justo en aquel momento sintieron el rumor de sirenas que se acercaban.

En Khalil se giró y bajó la cazuela. Dejó que el agua brotara. El fuego se había extendido rápido como el viento entre los viejos edificios de madera y ahora quemaban toda una renglera de casas. Una criatura chillaba a voz en grito.

Y entonces sintieron el bram de en Karim, vieron como salía de la casa encendida. Vieron como arrastraba un cuerpo. La Amina.

Las mujeres lloraban levantando las manos hacia el cielo nocturno, donde las llamas y las chispas formaban constelaciones. Cuando los camiones de los bomberos llegaron, en Khalil se desplomó en tierra y escondió la cara entre las manos. En Karim continuaba berreando con la Amina a los brazos.

Lo había vuelto a perder todo.

[20](#). «Es un auténtico escándalo! Pero no te preocupes, yo me encargaré de solucionarlo, de acuerdo?» (N.

del T.)

Provincia de Bohuslän, 1672

Se HABÍAN SIDO EVITANDO mutuamente una semana entera. El que habían sentido había sido tan intenso, los había sacudido tanto a los dos, que después sólo habían sido capaces de vestirse, espolsar-se las briznas de hierba de la ropa y volver a casa deprisa atravesando los campos por caminos separados. No se habían atrevido a mirarse a los ojos por miedo que la inmensidad de Dios, al cielo y en la tierra, se los reflejara a la mirada.

El Elin se sentía cómo si estuviera al lado de un acantilado que lo atraía con una fuerza irresistible. La cabeza le cercaba sólo de mirar hacia abajo, hacia aquella oscuridad, pero así que veía en Preben de lejos, trabajando a la granja vestido con la camisa blanca, el alma deseaba lanzarse al abismo.

Y entonces la Britta se fue a Uddevalla. Sería fuera tres días. Justo después de marchar, en Preben entró a la cocina, donde era la Elin, y le mimó la mano. La miró a los ojos y ella asintió con la cabeza, despacio. Sabía qué quería en Preben y todo su cuerpo y su alma deseaban el mismo.

Lentamente en Preben reuló hasta salir de la cocina, atravesó la granja y se dirigió hacia el prado. El Elin se esperó tanto rato que nadie habría sospechado que se fuera en la misma dirección. Después, corrió hacia la antigua vaquería donde se habían encontrado la primera vez. El día fue tan precioso y soleado como la semana anterior, y la Elin notó como el sudor le bajaba como perlas por el pecho, tanto debido al calor y el esfuerzo de correr a toda velocidad con las faldas pesadas cómo por el que lo esperaba más adelante.

Y en Preben lo esperaba estirado a la hierba. Con unos ojos que brillaban de un amor tan grande que casi hicieron que retrocediera. Pero tenía miedo y a la vegada sabía que todo aquello no podía ser de otro modo. Que aquel hombre le corría por las venas, por los brazos y las piernas, era dentro de su corazón y en su fe que Dios tenía propósito para todo. No podía ser que los hubiera concedido aquel don que era el amor si no quería que lo usaran. Su Señor no podía ser tan cruel. Y en Preben era un hombre de Iglesia, él más que nadie sabía interpretar la voluntad divina, y lo habría parado inmediatamente si no hubiera creído que era cosa suya.

Con dedos inseguros, el Elin se sacó la falda. En Preben la contempló con la cabeza entre las manos, y no le sacó los ojos de sobre ni un segundo. Al final, el Elin estaba desnuda y temblando ante sede, pero sin sentir vergüenza ni el deseo de cubrirse.

—Elin, sois tan bonita —dijo en Preben, sin aliento.

Alargó una mano hacia ella.

—Ayudadme a desvestirme —continuó, cuando lentamente el Elin se va ajeure a su lado, y, nerviosa, empezó a desabrocharle la camisa mientras él hacía el mismo con los pantalones.

Al final los dos se quedaron nudo. Lentamente, en Preben hizo deslizar el dicho índice por las curvas del cuerpo del Elin. Se paró a la mancha de nacimiento que tenía bajo el pecho derecho y va esclafir a reír.

—Tiene la misma forma que Dinamarca.

—Pues quizás Suecia me la quiere arrebatar —dijo la Elin, sonriente.

En Preben le acarició la cara.

—Y que haremos?

El Elin sacudió la cabeza.

—No pensamos ahora. Dios tiene un propósito para todo esto. estoy convencida.

—Lo creéis de verdad?

La mirada era triste. El Elin se inclinó ninguno adelante y lo besó a la vegada que lo mimaba. En Preben gimió y abrió los labios y el Elin sintió como respondía a sus caricias.

—Lo sé —murmuró, antes de estirarse y entregarse a aquel hombre.

Los ojos de en Preben no se apartaron ni un momento de los suyos mientras lo cogía por la cintura y la pulsaba contra su cuerpo. Cuando se fundieron el uno en el otro, estallaron el cielo y el sol con luz y calor. «Tiene que ser obra del Señor», pensó el Elin, antes de dormirse plácidamente con la mejilla contra el pecho de en Preben.

—C

OLMO ESTÁ EIA MINA? —preguntó en Martin, cuando entró con Paula a la sala de espera.

En Patrik se revolvió a la silla, incómodo.

—En estado crítico —respondió, y se levantó para ir a buscar una taza de café. El décimo desde que había llegado. Había sido toda la noche en el hospital tragándose aquel líquido repugnante para no dormirse.

—Y en Karim? —preguntó Paula, cuando en Patrik se volvió a sentar.

—Lesiones leves a los pulmones debido al humo y quemaduras en las manos por haber arrastrado la Amina y los niños hacia fuera de la casa. Al parecer, los niños están bien, gracias a Dios. Han inhalado humo y los han tratado con oxígeno. Los tendrán en observación un día más.

Paula suspiró.

—Quién se hará cargo mientras su madre y su padre continúen ingresados?

—Estoy esperando que lleguen los de Servicios Sociales y veremos qué proponen. Pero por el que tengo entendido no tienen familiares aquí, ni parientes de ningún tipo.

—Nosotros nos podemos encargar —dijo Paula—. La madre ha cogido fiesta todas las vacaciones para darnos un golpe de mano con el pequeño y estoy segura que, si fuera aquí, habría dicho el mismo.

—Sí, pero en Mellberg... —dijo en Patrik.

La cara de Paula se oscureció.

—Cuando le ha explicado el que ha hecho, todo orgulloso y después haciéndose el ofendido, como no podía ser de otro modo, la madre lo ha echado de casa.

—Que ha hecho qué? —dijo en Martin.

En Patrik miró Paula a los ojos.

—Que Rita ha echado en Mellberg? Y ahora donde irá?

—No lo sé —dijo Paula—, pero, como decía, los niños pueden estarse en casa nuestra. Si los de Servicios Sociales dan el visto bueno.

—No veo por qué no lo tendrían que hacer —respondió en Patrik.

Un médico se los acercaba por el pasillo y en Patrik se puso derecho. Era el mismo que lo había sido informando toda la noche.

—Hola —dijo el hombre, y alargó la mano para saludar Paula y en Martin—. Me llamo Anton Larsson y soy el médico responsable.

—Alguna novedad? —preguntó en Patrik, y haciendo una mueca se acabó el café de un trago.

—No, el estado de la Amina continúa siendo crítico y todo el equipo está trabajando en el máximo para salvarla. Ha inhalado mucho humo y ha sufrido quemaduras de tercer grado por buena parte del cuerpo. Le hemos puesto respiración artificial y le administramos suero para reponer la enorme pérdida de líquido que han provocado las quemaduras. Hemos sido trabajando con las heridas toda la noche.

—Y en Karim? —preguntó en Martin.

—Bien, como ya he informado antes a vuestro compañero, ha sufrido quemaduras superficiales en las manos y una lesión leve a los pulmones debido al humo, pero, sacado de esto, está relativamente bien.

—Cómo es que el estado de la Amina es mucho más grave que el de en Karim?

—preguntó Paula.

Todavía no habían conseguido hacerse una idea completa de cómo había ido el incendio ni de cómo se había producido, los expertos continuaban investigando qué había pasado, pero todos consideraban como una hipótesis muy probable que hubiera sido provocado.

—Esto lo podéis preguntar a en Karim, está despierto y le puedo pedir si se ve con corazón de hablar con vosotros.

—Te lo agradeceríamos mucho —dijo en Patrik, y se volvió a sentar.

Los tres policías esperaron en silencio que el médico volviera. Pocos minutos más tarde, el hombre volvió a salir al pasillo y los hizo un gesto con la mano.

—No me lo habría pensado —dijo en Martin.

—Tienes razón, si yo me encontrara en su situación, no querría hablar nunca más con la policía —dijo Paula, y se levantó.

Se dirigieron hacia la habitación donde los estaba esperando el doctor Larsson y entraron adentro con mucha cautela. En una cama junto a la ventana vieron en Karim, estirado, dándolos la espalda, con la cara marcada por el miedo y el agotamiento. Tenía las manos vendadas, descansando encima la sábana.

La máquina que había junto a la cama brunzia mientras iba bombejant oxígeno.

—Gracias para acceder a hablar con nosotros —empezó en Patrik, y acercó una silla a la cama.

—Quiero saber quién ha hecho esto a mi familia —respondió en Karim, con voz gutural, en un inglés más fluido que el de en Patrik.

Va estossegar y los ojos se le llenaron de lágrimas, pero en ningún momento los apartó de en Patrik.

En Martin y Paula se quedaron en un segundo término, como si, sin que hubiera que decir nada, hubieran decidido que fuera en Patrik quién hablara con en Karim.

—Dicen que no saben si la Amina se saldrá —hizo en Karim, y sufrió un nuevo ataque de tos.

Las lágrimas le manaron mejillas abajo. Se tocó la cànula nasal que le administraba el oxígeno.

—No, todavía no lo saben —dijo en Patrik.

El nudo que se le había hecho a la garganta lo obligaba a tragar saliva una y otra vez. Sabía exactamente como se sentía en Karim. Le vino a la cabeza la época después del accidente de tráfico que casi había costado la vida a la Erica. No olvidaría nunca aquella sensación ni el miedo.

—Qué haré sin ella? Qué harán los niños sin ella? —dijo en Karim, y aquel golpe no lo asaltó la tos.

En Karim enmudeció y en Patrik no sabía qué responderle, así que preguntó:

—Nos puedes explicar qué recuerdas de ayer al atardecer? Qué pasó?

—No... no estoy seguro. —En Karim sacudió la cabeza.— Todo va ir mucho prisa. Yo estaba soñando... Al principio pensé que volvía a estar en Damasco.

Que había estallado una bomba. Pasaron unos cuantos según antes de que me diera cuenta de donde era. Después corrí hacia mis hijos, me pensaba que la Amina había salido detrás mío. La sentí llamar cuando me desperté. Pero, cuando saqué los niños afuera, me di cuenta que no era a mi lado, y entonces cogí una toalla que había extendida y volví a entrar a casa.

La voz se le cortó y empezó a estossegar violentamente. En Patrik cogió un vaso de agua con una palleta que había encima de una mesa junto a la cama y lo acercó a en Karim porque pudiera beber un poco.

—Gracias —dijo, y se volvió a reclinar sobre las almohadas—. Entré a salto de mata a nuestra habitación y la Amina... —Hizo un sollozo, pero enseguida continuó:— Estaba en llamas. La Amina estaba en llamas. Los cabellos, la ropa. Yo la levanté, la saqué de casa tan rápido como pude y la hice rodar por tierra. Voy... sentí como los niños llamaban...

Las lágrimas se le precipitaron mejillas abajo cuando levantó la cabeza para mirar en Patrik de hito en hito.

—Dicen que los niños están bien. Es verdad? No me están mintiendo?

En Patrik hizo que no con la cabeza.

—No, no te están mintiendo. A los niños no los ha pasado nada. Todavía no los han dado el alta porque... —buscó febrilmente la palabra en inglés y según más tarde se dio cuenta que era la misma que en sueco—... los tienen en observación.

Durante un instante pareció que en Karim respiraba aliviado, pero después la cara se le volvió a oscurecer.

—Y dónde irán? Yo me tengo que quedar aquí unos cuantos días, o esto dicen, y la Amina...

Paula hizo una pasa adelante.

Acercó una silla a la cama y dijo, con toda la prudencia del mundo:

—No sé qué piensas, pero he propuesto que tus hijos se estén en casa mía hasta que te encuentres bastante bien y te den el alta. Yo... Mi madre también es refugiada. Cómo tú. De Chile. Llegó a Suecia el 1973. Ella lo entiende. Yo lo entiendo. Vivo con mi madre, mis dos hijos y... —Paula dudó un instante— mi mujer. Pero nos encantaría hacernos cargo de los niños. Si te parece bien.

En Karim la observó un buen rato. No va badar boca. Después asintió con la cabeza.

—De acuerdo, no tengo ninguna otra alternativa.

—Gracias —hizo Paula, con un hilo de voz.

—Viste alguien ayer al atardecer? —preguntó en Patrik—. O sentiste nada? Antes de que empezara el incendio.

—No. —En Karim hizo que no con la cabeza.— Estábamos cansados. Después de... todo. Así que nos fuimos a la cama y yo me dormí enseguida. No vi ni sentir nada. Se sabe quién lo ha hecho? Qué motivo podría tener alguien para hacer una cosa así? Puede tener que ver con el hecho que me hayan acusado de asesinato?

En Patrik fue incapaz de mirarlo a los ojos.

—No lo sabemos —respondió—. Pero lo averiguaremos.

En Sam se estiró para coger el teléfono de la mesilla de noche. La madre no

había subido a despertarlo tal como en James siempre lo obligaba a hacer, pero ya se habían ocupado las pesadillas que había tenido. Antes sólo le pasaba una vez al mes, quizás dos, pero ahora se despertaba cada noche empapado de sudor. No podía recordar un tiempo que no hubiera sentido miedo, un tiempo que las pesadillas no lo hubieran atormentado. Quizás era justamente por eso que su madre salía a correr cada día, agotaba el cuerpo para ser incapaz de pensar. En Sam deseaba poder hacer el mismo.

Las caras que aparecían a las pesadillas lo asediaban y se concentró en la pantalleta del móvil. La Jessie le había mandado un mensaje. Sintió como el pecho se le ensanchaba sólo de pensar en ella. Por primera vez a la vida, había alguien que lo veía tal como era, y no reculaba por la oscuridad que adivinaba para sus adentros.

Estaba pleno de algo negra que se hacía más fuerte cada día que pasaba. De aquello ya se habían cuidado bastante. Percibió más que no notar el bloque de notas que tenía bajo el colchón. Allá no lo encontrarían, ni la madre ni en James. No estaba pensado para nadie más que para él mismo, pero se había sorprendido pensando que quizás lo mostraría a la Jessie. Era tan miserable como él. Lo entendería.

Nunca jamás se enteraría del motivo real por el cual el lunes anterior se la había llevado con el barco. Había decidido no volver a pensar nunca más. Pero en sueños volvía a aparecer, se fusionaba con el resto de demonios que lo atormentaban. Aquello, pero, ya no tenía ninguna importancia. El futuro estaba marcado a su bloque de notas. El camino era ancho y recto, como la autopista 66.

Ya no tendría miedo del que se escondía detrás la esquina. Sabía que le podía mostrar la libreta. La Jessie lo entendería.

Aquel día se lo traería todo. El que había ido compilando a lo largo de los años. Había guardado las carpetas y los clasificadores dentro de una bolsa que era junto a la puerta.

Le mandó un mensaje de texto en que le pedía de verse media hora más tarde y recibió un «de acuerdo». Se vistió de un revuelo y se cargó la mochila al hombro. Antes de dirigirse hacia la puerta y la bolsa pesada, se giró y miró la cama. Casi podía sentir el bloque de notas que estaba allá escondido.

Tragó saliva unas cuántas veces, después volvió a la cama y levantó el colchón.

La Jessie abrió la puerta y se encontró un Sam sonriente. Una sonrisa que parecía que se había reservado sólo para ella.

—Hola —dijo la chica.

—Hola.

Llevaba una mochila al hombro y una bolsa en la mano.

—No te ha costado venir con la bici con todo este peso?

En Sam se va arronsar de hombros.

—No pasa nada, soy más fuerte del que parece.

Dejó la mochila y la bolsa al otro lado de la puerta y después abrazó la Jessie. Llenó los pulmones con el aroma de sus cabellos, acabados de lavar. La Jessie sonrió pensando que a en Sam le gustaba su olor.

—He traído algunas cosas para tú —dijo el chico, y se dirigió hacia la enorme

mesa de la cocina. Se puso a vaciar las bolsas.— Te prometí que te enseñaría más cosas. Sobre nuestras madres y sobre el caso.

La Jessie miró las carpetas y los clasificadores que tenía delante. Se podían leer etiquetas como «Matas», «Lengua» u otras cuestiones relacionadas con la escuela.

—En James y la madre siempre se han pensado que eran apuntes y trabajos de la escuela —dijo en Sam, y se sentó en una silla—. He podido ir reuniendo todo esto sin que se dieran cuenta.

La Jessie se le sentó al lado y juntos abrieron el clasificador con la etiqueta donde decía «Matas».

—Cómo lo has conseguido, todo esto? —preguntó—. Aparte de internet, quiero decir.

—Sobre todo al archivo de prensa de la biblioteca.

La Jessie vio fotografías de Marie y de la madre de en Sam, Helen. Eran las fotos del anuario escolar.

—Piensa que eran más jóvenes del que nosotros somos ahora —dijo la chica.

En Sam pasó el dicho índice por encima el artículo.

—Debían de traer para sus adentros tanta oscuridad... —dijo—. Cómo tú y como yo.

La Jessie se estremeció. Continuó hojeando el clasificador y encontró una fotografía donde aparecía una Stella sonriente.

—Pero, qué las empujó a hacerlo? Cómo se puede sentir tanta rabia hacia una... una criatura tan pequeña?

La Jessie clavó unos golpecitos a la fotografía y en Sam se puso derecho. Tenía la cara completamente enrojecida.

—Por... por la oscuridad, Jessie. Cojones, que no lo entiendes? Cómo puede ser que no lo entiendas?

La Jessie reculó. No podía hacer nada más que mirarlo. No comprendía de donde había salido de repente toda aquella furia. No pudo parar las lágrimas.

La rabia desapareció de la cara de en Sam. El chico se desplomó ante sede.

—Perdón, perdón, perdón —dijo, y abrazó las piernas de la Jessie hundiendo la cabeza entre las rodillas de la chica—. No me quería enfadar, es que me siento tan frustrado. Siento que hiervo por dentro y sólo deseo... Querría que el mundo entero estallara.

La Jessie asintió con la cabeza. Entendía perfectamente el que quería decir. Sólo le importaba una sola persona en todo el planeta y era en Sam. El único que le habían enseñado el resto de personas era que querían humillarla, hacerla sentir pequeña e impotente.

—Perdón —volvió a decir en Sam, y le enjugó las lágrimas—. No te podría hacer nunca mal. Eres la única persona a quien no quiero hacer daño.

Las maderas de la embarcador eran cálidas, casi quemaban. El helado se deshacía más deprisa del que la Vendela era capaz de comérselo. Pero en Basse todavía tenía más problemas que ella. El chico se lamía frenéticamente el brazo para limpiarse todo el chocolate que le había regalimat del cucurucho. A veces era igual que un niño pequeño.

La Vendela no se pudo estar de esclafir a reír. Se estrechó contra en Nils, que le

pasó el brazo por los hombros. Cuando estaba tan cerca suyo, todo volvía a tener sentido. Hacía que se olvidara de las fotografías que había visto aquella mañana por internet. Las casas en llamas. Que se hubiera llegado a aquel punto. Pero todo aquello no tenía nada que ver con ellos, oi?

Finalmente, en Basse ya tuvo bastante y lanzó el que le quedaba del helado al agua, y una gaviota se precipitó inmediatamente para pescarlo.

El chico se giró.

—Mis padres no volverán a casa este fin de semana, tal como habían dicho —empezó—. Lo harán el fin de semana que viene.

—Perfecto para montar una fiesta —respondió en Nils, y sonrió a en Basse, los ojos del cual volvieron a adoptar la llüissor insegura, aquella que podía llegar a ser tan empipadora.

La Vendela suspiró y, nuevamente, en Nils se va mofar.

—Pero venga, va. Considéralo como un calentamiento antes de la fiesta de la escuela del el próximo sábado al centro cívico! Sólo invitaremos buena gente, traeremos un poco de aguardent casero y haremos un ponx muy potente.

—No lo sé...

Pero en Nils ya se había salido con la suya. La Vendela lo sabía.

Se le volvieron a aparecer imágenes de las viviendas en llamas. Se las quería sacar de la cabeza. Se quería sacar de la cabeza los titulares que llamaban: «Mujer gravemente herida». Y, de repente, sabía qué quería hacer.

En Nils había querido esperar que la escuela empezara para esparcir la foto de la Jessie desnuda para causar un impacto más grande. Pero... y si la pudieran usar antes?

—Tengo una idea —dijo.

En Bengt lo esperaba afuera el patio cuando apareció con el coche patrulla. En Gösta respiró profundamente antes de bajar del vehículo. Sabía, antes y todo de empezar, hacia donde iría aquella conversación.

—Es verdad que habéis detenido uno de aquellos refugiados?

No paraba de moverse arriba y abajo.

—He sentido a decir que incluso participó en el vareo! Esta gente no tiene alma. Me tendríais que haber hecho caso desde buen principio!

—Todavía no sabemos nada del cierto —dijo en Gösta, y se dirigió hacia la casa.

Cómo siempre, el estómago se le revolvió cuando vio la ropa de la Nea todavía colgada al tendedero que había al lateral de la casa. La expresión de autocomplacencia de en Bengt era muy desagradable, especialmente ahora, después del incendio, pero a la vez sentía compasión por el dolor que estaba sufriendo aquel hombre. Y también comprendía la necesidad de las personas de encontrar respuestas y soluciones simples. El problema era que muy pocas veces las respuestas simples eran las correctas. La realidad tenía tendencia a ser más compleja que el que deseaba la mayoría.

—Puedo entrar? —preguntó a en Bengt, que le abrió la puerta.

—Puedes pedir a en Peter y a Eva que bajen? —preguntó en Bengt a su mujer, que asintió con la cabeza.

El primero a aparecer fue en Peter, pero Eva lo seguía de bien cerca. Parecía que se acabaran de despertar.

En Peter se sentó y, con la mano, pidió a en Gösta que hiciera el mismo. Aquella cocina se estaba convirtiendo en un lugar demasiado conocido. En Gösta sólo deseaba poder venir alguna vez con una respuesta definitiva. Se dio cuenta que, también aquel golpe, los decepcionaría. Además, toda la confianza que había podido ganar se había ido a pique con el cacheo del día anterior y ya no sabía como lo tenía que hacer para aproximarse a aquella familia. Estaba tan desconcertado como en Patrik por el que había pasado en el centro de internamiento y por cómo en Mellberg había tratado en Karim y su familia. Pero, a la vez, no podía descartar la idea que quizás habían encontrado una prueba decisiva en casa de aquel hombre y que se podía tratar del autor del crimen. Todo era demasiado turbio y retorcido.

—Es verdad? —preguntó en Peter—. Esto del hombre del centro de internamiento.

—A estas alturas no sabemos nada —respondió, con mucho tacto, y con el rabillo del ojo vio que la cara de en Bengt empezaba a adoptar un tono rojizo preocupante.

Se afaná a continuar:

—Hemos encontrado una cosa, pero debido a ciertos... aspectos técnicos, ahora mismo no sabemos exactamente qué puede implicar.

—He sentido a decir que habéis encontrado ropa de la Nea en casa de aquel individuo. Es verdad? —preguntó en Peter.

—La gente nos truca —contestó en Bengt—. Nos tenemos que informar a través otras personas, no de vosotros. Todo ello me parece...

Volvió a levantar la voz, pero en Peter levantó una mano hacia su padre y dijo, con serenidad:

—Es verdad que habéis encontrado ropa de la Nea en casa de alguien del centro?

—Hemos encontrado una pieza —dijo en Gösta, y sacó una carpeta de plástico que llevaba dentro de la bolsa—, pero nos hace falta vuestra ayuda para identificarla.

Eva dejó escapar un gemido y el Ulla le dio unos golpecitos al brazo. Hizo la impresión que la mujer no notaba aquel gesto, y no apartaba los ojos de la carpeta que en Gösta había sacado.

—Las reconocéis? —preguntó, y colocó unas cuántas fotografías encima la mesa.

Eva jadeó.

—Son de la Nea. Son sus calcetes de Frozen .

En Gösta miró las fotografías donde aparecían las calcetes azules con el dibujo de la princesa rubia delante y volvió a preguntar:

—estáis seguros? Son las calcetes de la Linnea?

—Sí! —asintió repetidamente Eva.

—Y lo habéis dejado en libertad! —dijo en Bengt.

—Hay ciertos problemas con la manera como se ha conseguido esta prenda de ropa...

En Bengt rió burlón.

—Ciertos problemas! Tenéis un inmigrante que viene aquí, secuestra y mata a una niña pequeña, y ahora habláis de problemas?

—Entiendo que estéis alterados, pero tenemos que...

—No «tenemos que» nada! Desde el principio os he dicho que estaba seguro que había sido uno de ellos, pero no me habéis querido escuchar. Habéis malgastado el tiempo y nos habéis tenido aquí, con la incertidumbre del que le había pasado a la Nea. Y ahora habéis soltado el asesino! Y, encima, nos habéis revuelto la casa y habéis tratado mi hijo y su mujer de sospechosos. No tenéis ningún tipo de vergüenza?

—Papa, cálmate —dijo en Peter.

—Y como puede ser que todavía creáis que no es él? Si habéis encontrado las calcetes en casa suya! Y hemos sentido algo de un incendio. Ha intentado esconder pruebas? Si lo habéis dejado en libertad, es lógico que intente destruir las pruebas. Seguro que también fue por este motivo que participó en los vareos...

—Todavía no sabemos como se produjo el fuego...

En Gösta sopesó la idea de explicarlos que en Karim había resultado herido y que su mujer estaba ingresada a la unidad de cuidados intensivos y que no se sabía del cierto si se volvería a despertar. Pero decidió no decir nada. No creía que en aquellos momentos estuvieran preparados para sentir compasión por el dolor que sufrían otras personas y, además, en un santiamén aquella información se esparciría como una mancha de aceite por la cadena de comunicación más efectiva de Fjällbacka.

—Estáis seguros que estas son las calcetes que traía la Nea cuando desapareció?

—preguntó en Gösta, mirando Eva.

La mujer dudó un segundo, pero después asintió con la cabeza.

—tenía cinco de iguales, todas de colores diferentes. El resto están en casa.

—De acuerdo —dijo en Gösta.

Volvió a desar las fotografías a la carpeta y se levantó de la silla.

En Bengt estrechó los puños.

—Y aseguraos que cerráis enseguida aquel moro de mierda. Si no, ya me encargaré yo mismo.

En Gösta lo miró a los ojos.

—Siento un gran respeto por el que estáis pasando, pero que nadie, y repito, nadie haga nada que empeore todavía más la situación.

En Bengt se limitó a reír por debajo la nariz, pero en Peter asintió con la cabeza.

—Ladra más del que muerde —dijo.

—Esto espero, por su bien —respondió en Gösta.

Mientras se alejaba de la granja, vio por el retrovisor cómo en Peter lo miraba desde el umbral de la puerta. Algo lo mordisqueaba por dentro, pero, por mucho que se esforzó, no supo ver de que se trataba. Había pasado por alto algo, pero, cuanto más vueltas daba, más se le escapaba. Volvió a dar un vistazo al retrovisor. En Peter continuaba observándolo.

—Hola? Que hay alguien?

No era la voz de Rita, el que lo había despertado. En Mellberg abrió los ojos, sin entender donde era. Después vio el Annika al umbral de la puerta.

—Aix, sólo soy yo —dijo, y se incorporó.

Se rozó los ojos.

—Qué haces, aquí? —preguntó el Annika—. Por poco no me coge un infarto

cuando he sentido ruido. Qué haces, aquí, tan temprano?

En Mellberg cruzó los brazos sobre el vientre prominente.

—Bien, o tan tarde... —hizo, e intentó dibujar una sonrisa.

Prefería no tener que explicar al Annika el que había pasado, pero, por otro lado, tarde o temprano correría por la comisaría como la pólvora, así que era mejor coger el toro por los cuernos.

—Rita me ha echado de casa —dijo, y con el dedo señaló la bolsa que había junto a la cama.

Rita no había puesto su estimadísima pijama de franela, así que había tenido que dormir con la ropa del día antes. Y la minúscula sala de descanso sólo estaba preparada, justamente, para un rato de descanso, no para pasar la noche, así que el aire era denso y caliente, como dentro de una sauna.

Se miró todo él, con la ropa arrugada y empapada de sudor.

—Sí, yo habría hecho el mismo! —dijo el Annika, e hizo media vuelta y se fue hacia la cocina. A medio camino se giró y llamó:— Supongo que debes de haber clapat como un lirón y no te has enterado del que ha pasado, oi?

—Nada de esto. No creo que se pueda decir que he dormido mucho bien —replicó en Mellberg, y salió detrás del Annika con las manos a las espaldas—.

Esta cama plegable es incómodo de narices y aquí dentro de no hay aire acondicionado. Además, tengo la piel tan sensible que, si no duermo con sábanas de buena calidad, me pica todo el cuerpo y me parece que estos de aquí están hechos de papel, así que...

Calló y torció la cabeza.

—Que harás un poco de café para mí también, bonita, si haces para tú?

Así que salió de su boca, se dio cuenta que había cometido un grave error con la palabra *bonita* y se preparó para la reacción. Pero no llegó.

El Annika se desplomó al sofá de la cocina.

—Ayer noche alguien prendió fuego en el centro de internamente —dijo, con un hilo de voz—. En Karim y su familia están en el hospital.

En Mellberg se puso la mano al pecho. Apenas era capaz de mirar el Annika a los ojos.

Como un plomo, se dejó caer ante la secretaria.

—Tiene... tiene que ver con el que hice?

Sentía que la lengua se le embarbussava.

—No lo sabemos. Pero, vaya, corremos el riesgo que sea así, Bertil. Hemos recibido un alud de llamadas y durante la noche las he desviado al teléfono de casa mía y no he dormido ni un segundo. En Patrik está en el hospital, con en Martin y Paula. Han sedat la mujer de en Karim. Ha sufrido lesiones tan graves que no saben si se saldrá y en Karim se quemó las manos mientras intentaba sacarla de la casa.

—Los niños? —dijo en Mellberg, con voz gutural, y sentía como le iba creciendo el nudo al estómago.

—Estarán en el hospital hasta mañana, en observación, pero parece que están bien. No ha habido más heridos, pero los que vivían en las casas que han quedado destruidas los han evacuado en el centro cívico.

—Dios del cielo —exclamó en Mellberg, casi con un cuchicheo—. Sabéis quién lo ha podido provocar?

—No, por ahora no tenemos ningún rastro, pero hemos recibido muchas llamadas. O sea que nos tendremos que poner a analizarlas así que podamos. Tenemos todo el abanico cubierto: desde sonados que aseguran que lo han provocado los mismos refugiados para hacer pena, hasta gente que dice que los Amigos de Suecia están detrás. Parece que el incendio ha dividido el pueblo en dos bandos. También hay unos cuantos que afirman que ya los está bien, a los refugiados, mientras que al otro lado hay en Bill, que ha conseguido movilizar un gran apoyo a favor de los sirios y ha trasladado al centro cívico todos los que necesitaban un lugar donde vivir. Y la gente trae todo tipo de productos de primera necesidad. Se puede bien decir que todo esto nos muestra tanto el lado más bono como el más doliendo de las personas.

—Bien, yo... —En Mellberg sacudió la cabeza, apenas pudo continuar:— No quería... No había pensado que...

—Exacto, es justamente esto —dijo el Annika, suspirando—. No piensas, Bertil. Se levantó y se puso a preparar la cafetera.

—Has dicho que querías una taza, oi?

—Sí, gracias —respondió.

Tragó saliva.

—Cuáles son las expectativas?

—De qué? —preguntó el Annika, y se sentó delante de en Mellberg mientras la cafetera empezaba a burbujear.

—Que su mujer se salga.

—No muy buenas, por el que he sentido —dijo el Annika, con un hilo de voz.

En Mellberg enmudeció. Por primera vez a la vida había cometido un error colosal. Sólo esperaba que todo acabara bien.

Provincia de Bohuslän, 1672

A FINALES De VERANO, LaELIN se empezó a preocupar. En un primer momento había creído que se trataba de la humedad y los hongos que proliferaban aquellos últimos días de la estación, que hacían que tuviera que salir a salto de mata a vomitar detrás del establo. Pero, a la vegada, lo sabía. Le había pasado el mismo con la Märta. Cada noche rogaba a Dios. Qué era su propósito con todo aquello? A qué prueba lo estaba sometiendo? Y lo tenía que decir a en Preben o no? Cómo reaccionaría? Que lo estimaba, de esto el Elin no dudaba , pero en algún lugar para sus adentros tenía miedo de su fuerza. En Preben era un buen hombre, pero a la vegada ambicioso y decidido que todo se hiciera a su gusto. El Elin lo había aprendido. Sus preguntas sobre donde llevaría todo aquello o como podría continuar, siempre las silenciaba con besos y caricias, pero sin que antes la Elin pudiera ver un chispazo de preocupación a los ojos del pastor.

Y después había la Britta. Cada día estaba más enfurruñada y estaba segura que se husmeaba algo. Los dos hacían el que podían para esconder su amor, pero sabía que había instantes que, en presencia de la Britta, en Preben y ella se miraban y no podían contener las emociones. Conocía su hermana demasiado bien. Sabía de qué era capaz. Aunque no era una cuestión que hablara con nadie, la Elin no había olvidado que la Märta había estado a punto de ahogarse al humedal. Y no tenía ningún tipo de duda de quien lo había intentado conseguir. Mientras los días se iban acortando y todo el mundo a la granja trabajaba arduamente para acabar el trabajo antes de que llegara el invierno, la Britta se iba cerrando más y más. Cada mañana se pasaba más horas a la cama y se negaba a quitarse. Hacía la impresión que las fuerzas lo abandonaban.

En Preben pedía a la cocinera que preparara las comidas preferidas de su mujer y cada anochecer el Elin recogía los platos intactos de la mesita que había junto a la cama. Por las noches, el Elin se mimaba el vientre con la mano, preguntándose cómo reaccionaría en Preben si le decía que esperaba una criatura suya. No se podía imaginar nada más que un estallido de alegría. Por el que parecía, la Britta y él no tendrían hijos y en Preben no estimaba su mujer como lo estimaba a ella. Y si la Britta había contraído alguna enfermedad mortal? Entonces en Preben y ella podrían vivir juntos, como una familia de verdad. Siempre que lo asaltaban aquellos pensamientos tan terribles, el Elin solía rogar a Dios con más fervor.

Cada día, de manera inexplicable, la Britta estaba más débil. Al final, en Preben pidió al médico de Uddevalla que fuera a la granja. Todo el cuerpo del Elin se va tensar ante la visita del médico. A brazo partido se intentó convencer que era porque estaba preocupada por su hermana, pero sólo podía pensar que si la Britta no se salía, de repente se abría un futuro ante sede. Si se unían poco después de que en Preben hubiera quedado viudo, la gente los miraría con desconfianza y correrían los rumores. Pero con el tiempo todo volvería a su curso. estaba segura.

Cuando llegó el carruaje con el médico, el Elin se retiró a rogar. Con más fervor que nunca. Y cruzó los dedos que Dios no la castigara por el que le pedía. En el fondo del alma creía que era voluntad del Señor que en Preben y ella estuvieran juntos. El amor que sentían era demasiado inmenso porque fuera una casualidad. Así, pues, que ahora la Britta hubiera enfermado tenía que ser parto de su gran plan divino. Cuanto más rogaba, más convencida estaba. La Britta no viviría muy más tiempo. La criatura que la Elin llevaba al vientre tendría un padre. Serían una familia. Con la providencia del Señor.

Con el corazón en un puño, el Elin volvió a la casa parroquial. Nadie del servicio no le había comentado nada, así que supuso que todavía no sabían qué había dicho el médico. Los rumores solían esparcirse por la granja a toda velocidad y sabía que también corrían sobre en Preben y ella. Nada se los escapaba, a los mozos y las criadas de una granja. Y durante días se había hablado de la visita del médico de Uddevalla, que vendría a mirar que no iba a la hora con su ama. —Habéis sentido nada, Elsa? —preguntó el Elin a la cocinera, que estaba preparando la cena.

—No, ni media palabra —respondió Elsa, y continuó removiendo un grande perol que tenía al fuego.

—Iré a preguntar —dijo el Elin, incapaz de mirar la cocinera a los ojos—. Al fin y al cabo es mi hermana.

Tenía miedo que el que le había pedido a Dios se le pudiera ver a la cara, o que la descubriera el corazón, que latía con tanta fuerza que parecía que estuviera a punto de salirle por la boca. Pero la cocinera se limitó a asentir con la cabeza sin ni girarse.

—Hazlo. Cuando la ama ni siquiera se come mis creps dulces, sé que las cosas van mal datos. Pero Dios quiera que no sea nada grave.

—No, Dios no lo quiera —dijo el Elin, con un hilo de voz, y fue hacia la cámara donde yacía la Britta.

Se estuvo un buen rato ante la puerta, dudando. No sabía ni si se tenía que atrever a trucar. Y entonces se abrió y un hombre bajito y corpulent con bigote espeso salió de la habitación con la maleta de médico a la mano.

En Preben le estrechó la otra.

—No se lo puedo agradecer bastante, doctor Brorsson —dijo, y el Elin vio, sorprendida, que sonreía.

Qué noticia le había dado el médico que hacía que en Preben sonriera con unos ojos que refulgían en la oscuridad del vestíbulo? Al estómago del Elin se formó un gran nudo.

—Os presento la hermana de la Britta, la Elin —dijo en Preben al doctor.

Sin saber muy bien qué hacer, le cogió la mano. Todavía le costaba entender las caras de aquellos dos hombres. Detrás de ellos, la Britta estaba reclinada sobre dos almohadas flonjos y con los cabellos oscuros esbullats.

Parecía un gato que se hubiera tragado un pajarito y el Elin todavía se sintió más desconcertada.

El doctor Brorsson dijo, con una cara que costaba de leer.

—Estoy seguro que es un buen momento para felicitaros. Sólo estamos hablando de unas cuantas semanas, pero no hay ninguna duda que la Britta está encinta. Pero el embarazo le está chupando toda la energía, así que vos, Elin, os tenéis

que asegurar que beba suficiente agua y reciba tanto de alimento como sea posible. He dado indicaciones que las próximas semanas lo alimenten con caldos, hasta que le marche el malestar y le vuelva la hambre.

—En esto, el Elin nos será de una gran ayuda —dijo en Preben, eufórico.

Por qué estaba tan contento? No quería estar con la Britta, quería estar con ella, él mismo se lo había dicho. Que se había equivocad de hermana. Había sido voluntad de Dios que la semilla de en Preben no germinara dentro del vientre de la Britta.

Pero ahora era allá, con una sonrisa de oreja a oreja, elogiant ante el doctor los grandes dotes del Elin para cuidar las personas. Y la Britta se la miraba con una sonreír malicioso a los ojos. Despacio, se pasó la mano por los cabellos y después gimió:

—Preben, me vuelvo a encontrar muy mal...

Estiró una mano y la Elin vio como el pastor salía corriendo hacia el lado de su mujer.

—Hay nada que pueda hacer? Ya has sentido el médico. Reposo y caldos.

Quieres que pida a Elsa que te prepare un poco?

La Britta asintió con la cabeza.

—No porque tenga muchas ganas, pero tengo que hacer un esfuerzo por el bien de nuestra criatura. Pero no quiero que me dejes. Pide al Elin que diga a Elsa que me traiga un poco de caldo. Lo hará de buen grado. Estoy convencida que desea que su sobrino o su sobrina nazca con una salud de hierro.

—Seguro que sí —dijo en Preben—. Pero primero tengo que despedir el doctor Brorsson cómo corresponde antes de poder estar contigo.

—No, y ahora. Me puedo cuidar a solas de los preparativos para el viatge —respondió el doctor, e hizo media vuelta y se dirigió hacia la salida—. Si te cuidas de esta madre novel, ya me doy por satisfecho y habré hecho mi trabajo.

—De acuerdo —dijo en Preben, y asintió con la cabeza mientras sostenía la mano de la Britta entre las suyas.

Miró el Elin, que todavía era al umbral de la puerta, como petrificada.

—Elin, querría que os afanarais a preparar el caldo. Ahora mismo es fundamental que la Britta siga las indicaciones del médico.

El Elin asintió con la cabeza y, después, lo bajó.

No levantar los ojos de tierra era el único que podía hacer para evitar echarse a llorar. Si lo obligaban a ver un segundo más la cara radiante de en Preben o los ojos triunfantes de la Britta, caería fulminada. Hizo media vuelta y volvió a la cocina a grandes zancadas.

La ama estaba encinta y necesitaba caldo. Y en su omnipotència, Dios reía a pedir de boca de la pobre y estúpida Elin.

C

OLMO QUE NO ESTABA del todo segura de cómo se tenía que ir vestida para un vernissatge, el Erica había decidido no arriesgarse y se puso unos pantalones cortos de color blanco y una blusa también blanca. Había dejado los niños en casa de Kristina; si no, no se habría atrevido nunca a ponerse nada blanco. Si algo había aprendido como madre de tres criaturas era que la ropa blanca era un imán irresistible para las manos sucias de los niños.

Volvió a mirar la hora que salía a la invitación que había recibido de la Viola, pero en realidad no hacía falta porque un auténtico gentío iba hacia la pequeña galería de arte que había ante la Stora Hotellet. Miró alrededor cuando entró al local. La sala era luminosa y amplia. Los cuadros de la Viola colgaban a las paredes y en una mesa situada en una esquina había copas de champán y jarrones con las flores que habían traído amigos y conocidos. De repente, el Erica se sintió estúpida. Tendría que haber traído algún detalle?

—Ay, hola, Erica! Estoy muy contenta que hayas venido!

La Viola se le acercaba sonriendo de oreja a oreja.

Era la elegancia personificada, con las canas recogidas en un monyo y un caftà moratón marino precioso. El Erica siempre había admirado las personas que podían lucir un caftà sin que pareciera que iban disfrazadas. Las pocas veces que había probado de ponerse uno, le había hecho la impresión que iba a un baile de máscaras vestida como el cantante Thomas Di Leva. Pero la Viola estaba espléndida.

—Tiene, tómate una copa de champán. Hoy no tienes que coger el coche, oi?

El Erica pensó en el día que le esperaba, llegó a la conclusión que no tenía que ir en ninguna parte en coche y cogió la copa que la Viola le había ofrecido.

—Da una vuelta —la animó la Viola— y, si hay nada que te interese, digue-se lo a aquella chica tan bonita de allí abajo, que colocará un de aquellos gomets rojos en el cuadro. Por cierto, es mi nieta.

La Viola señaló una chica de unos veinte años que estaba plantada junto a la puerta con una cinta con gomets rojos a la mano. Hacía la impresión que se tomaba el trabajo de lo más seriamente.

Sin ninguna prisa, la Erica se paseó por la galería, contemplando los cuadros. Vio que ya había algunos con gomet y se alegró. Aquella mujer le gustaba. Y sus cuadros, también. El Erica se consideraba una auténtica ignorante por el que hacía al arte y le costaba mucho comprender el no figurativo. Pero las pinturas que había allá dentro eran preciosas y con motivos muy reconocibles, sobre todo de personas situaciones cotidianas. La cautivó un cuadro que representaba una mujer rubia que amasaba el pan con la cara manchada de harina y un cigarrillo a los labios.

—Mi madre. A todos los cuadros de la exposición aparecen personas que han representado algo para mí y he decidido mostrarlos en acciones cotidianas. Nada de imágenes de fiestas sumptuosos, sino que las he pintado tal como las recuerdo. Mi madre siempre estaba amassant. Le encantaba, sobre todo para hacer pan. Cada día teníamos de acabado de hacer, pero ahora, años después, me

puedo imaginar la cantidad de nicotina que mis hermanos y yo nos llegamos a tragar, teniendo en cuenta que fumaba como una carretera mientras amasaba la demasiada. En aquellos tiempos, pero, no se pensaba.

—Era muy atractiva —dijo la Erica, con franqueza.

La mujer del cuadro tenía exactamente la misma llusor a los ojos que su hija, y la Erica supuso que habían sido cómo dos gotas de agua a la misma edad.

—Sí, era la mujer más bonita que he visto nunca. También la más divertida. Yo estaría contenta de ser la mitad de buena que la madre con mis hijos.

—Estoy segura que lo eres —dijo la Erica, y le costaba de imaginarse el contrario.

Alguien clavó unos golpecitos al hombro de la Viola y la mujer se disculpó.

El Erica se quedó quieta ante el cuadro de la madre. La hacía sentir alegre y triste a la vez. Alegre, porque deseaba que todo el mundo pudiera tener una madre que desprendía tanta ternura. Triste, porque era tan diferente del que Anna y ella habían vivido durante la niñez. No habían tenido nunca una madre que hiciera pan, que sonriera, que abrazara sus hijas y los dijera que las estimaba.

De repente, el Erica se sintió culpable. Se había jurado y perjurado que sería todo el contrario de su madre. Que sería siempre allá, tierna, divertida y amorosa. Pero ahora había vuelto a marchar de casa por trabajo y —ya había perdido la cuenta de las veces— había dejado los hijos con una canguro. Pero los daba muchísimo amor y a los niños los encantaba estar con los abuelos e ir a casa de Anna a jugar con los primos. No los faltaba nada. Y si ella no pudiera trabajar, dejaría de ser el Erica. Estimaba sus hijos, y también el trabajo.

Despacio, avanzó entre la rellera de cuadros mientras hacía glopets a la copa de cava. El ambiente dentro del local era fresco y agradable y, aunque había mucha gente, no se estaba apretujado. De vez en cuando, sentía que alguien cuchicheaba su nombre y también había visto como algunas mujeres clavaban un golpe de codo a sus acompañantes. Todavía no se había acostumbrado, que la gente la reconociera y que la considerara un tipo de personaje famoso. Hasta entonces había podido evitar las trampas para famosos más habituales: no había ido a estrenos de películas, no había perseguido serpientes ni ratas a la *Isla de los famosos*, no había ido a explicar su vida al show televisivo *Hellenius hörna*, no se había cerrado dentro de un vagón de tren al programa de preguntas *På spårinde*.

—Allá tienes el padre —dijo una voz a su lado, y el Erica se estremeció.

La Viola volvía a ser a su lado, señalando un cuadro que había en una de las paredes. También era bonito, pero desprendía una energía completamente diferente. El Erica intentó poner palabras a la emoción que le producía y fue a parar a melancolía.

—El padre, sentado a la mesa del despacho. Lo recuerdo exactamente así, siempre trabajando. De pequeña me costaba mucho de entender, pero ahora, de grande, lo puedo comprender y respetar. Le apasionaba el trabajo, y esto es una bendición y una maldición a partes iguales. Con los años lo consumió...

La Viola dejó la frase flotando en el aire. De repente, se giró hacia el Erica.

—Ay, sí, perdóname. Te pedí que vinieras por un motivo. Encontré el antiguo almanaque del padre. No sé si te puede ser de mucha ayuda, el padre usaba abreviaturas para todo, pero quizás sí. Lo he traído, si es que el vuelos.

—Sí, muchas gracias —dijo la Erica.

No se había podido sacar de la cabeza por qué en Leif, de repente, había cambiado de idea y había dudado de la culpabilidad de las chicas. De alguna manera, el Erica lo tenía que averiguar. Quizás la agenda del viejo policía le brindaría un nuevo hilo para poder desenredar la troca.

—Tiene —hizo la Viola, y volvió con un almanaque viejo y gastado—. Te lo puedes quedar.

Lo alargó al Erica.

—Yo tengo el padre aquí —dijo, y se señaló el pecho—. Lo puedo volver a recordar en cualquier momento. Sentado a la mesa del despacho.

Puso una mano al hombro del Erica y la dejó suelta ante el cuadro. El Erica lo contempló un rato. Después se dirigió hacia la chica de los gomets rojos.

En Khalil estaba sentado en una silla en una de las esquinas del local y miró la mujer grande y un poco encorvada que iba pasando mantas a la Adnan. No podía sacarse de la cabeza la imagen de en Karim arrastrando la Amina fuera de la casa. Cómo le salía humo de las manos. Cómo había llamado y el silencio todavía más esfereidor de la Amina.

En Bill, su profesor de sueco, el Sture, y otras personas habían aparecido en el centro de internamiento el día siguiente por la mañana. Por el que parecía, habían estado en Rolf y en Bill los que, plegados, los habían convocado. En Bill había agitado los brazos, hablando a toda velocidad en aquella mezcla extraña de sueco e inglés tan particular y había señalado los coches. Pero nadie se había atrevido a subir antes de que en Khalil, el Adnan y el resto de la pandilla que salían a navegar con en Bill se hubieran sentado dentro de los coches.

Se habían mirado sin entender nada cuando habían llegado a aquella casa roja a la otra punta de Tanumshede. Cómo los irían las cosas, allá? Pero los últimos treinta minutos no habían parado de entrar personas. Boquiabiertos, habían visto como no paraban de entrar coches al aparcamiento asfaltado que se extendía ante el enorme centro cívico y los traían mantas, termos de café, ropa para las criaturas y juguetes. Algunos sólo habían dejado el que habían llevado y se habían ido, pero otros se habían quedado y ahora intentaban entablar conversación de la mejor manera que sabían.

Dónde habían sido todos aquellos suecos hasta entonces? Reían, hablaban, los preguntaban los nombres de los niños, venían con comer y ropa. En Khalil no entendía nada.

El Adnan se le acercó, levantando las cejas sin comprender nada, tampoco. En Khalil se va arronsar de hombros.

—Escucháis, chicos —llamó en Bill, algo más allá—. He hablado con el supermercado Hedemyrs y me han dicho que nos darán comer. Podéis ir a buscarlo? Aquí tenéis las claves de mi coche.

En Bill las lanzó a la Adnan, que las cazó al vol.

En Khalil asintió con la cabeza.

—Sí, vamos a buscar —contestó con su sueco limitado.

Cuando salieron al aparcamiento, alargó la mano.

—Dame las claves.

—Quiero conducir —dijo el Adnan, y estrechó fuerte la mano donde tenía las

claves.

—Ni lo sueñes, conduzco yo.

A regañadientes, el Adnan se sentó al asiento del acompañant. En Khalil ocupó el lugar del conductor y miró pensarós la clave y el tablero de mando.

—No hay ningún contacto para poner la clave.

—Pulsa el botón de encendida —suspiró el Adnan.

Después de los videojuegos, los coches eran su gran pasión, pero había aprendido casi todo el que sabía a YouTube.

No muy convencido, en Khalil pulsó el botón donde decía «Stop/Start» y el motor va brunzir.

El Adnan rió por debajo la nariz.

—Cruces que en Bill sabe que no tenemos carné de conducir?

En Khalil se dio cuenta que él también estaba riendo, a pesar de todo el que había pasado.

—Te piensas que si lo supiera nos habría dado las claves?

—Estamos hablando de en Bill —dijo el Adnan—. Esclar que lo habría hecho. Sabes conducir, oi? Si no, bajo del coche ahora mismo.

En Khalil puso la marcha atrás.

—Tranquilo, el padre me enseñó.

Salieron del aparcamiento dando marcha atrás. Sólo los separaban unos centenares de metros de Hedemyrs.

—Los suecos son muy extraños —dijo el Adnan, sacudiendo la cabeza.

—A que te refieres? —preguntó en Khalil, y entró por la parte trasera del centro comercial.

—Nos tratan como si tuviéramos la lepra, dicen auténticas animalades sobre nosotros, cierran en Karim en la prisión e intentan quemarnos dentro del centro de internamiento. Pero después nos quieren ayudar. No lo entiendo...

En Khalil se va arronsar de hombros.

—No creo que todo el mundo esté dispuesto a traernos mantas —respondió, y pulsó el botón para apagar el motor—. Estoy seguro que hay muchos que preferirían que todos hubiéramos muerto allá dentro.

—Cruces que volverán? —dijo el Adnan—. Que lo intentarán otra vez?

En Khalil cerró la puerta del coche al salir. Movió la cabeza.

—Las personas que son capaces de actuar a escondidas y, amparadas por la oscuridad, prender fuego en una casa, son unas cobardes. Pero ahora hay muchos ojos abiertos.

—Cruces que todo esto habría pasado si la policía no hubiera detenido en Karim? —preguntó el Adnan, y abrió la puerta porque pasara en Khalil.

—Quién lo sabe, durante un tiempo el malestar se meneaba por debajo la superficie. Quizás todo aquello sólo hizo que pasaran de las palabras a los hechos.

En Khalil miró alrededor. En Bill no los había dicho con quién tenían que hablar, así que finalmente se acercaron a un chico que estaba colocando pudes de conserva en uno de los pasillos.

—Supongo que tenéis que hablar con el encargado, es a su despacho.

El chico señaló hacia el fondo del supermercado.

En Khalil dudó un instante. Y si no estaban al cabo de la calle de todo aquello de

la comida? Quizás en Bill no había hablado con la persona adecuada. Y si se pensaban que habían venido a pidolar?

El Adnan lo cogió por el brazo.

—Venga, va. A la postre, ya somos aquí.

Diez minutos más tarde estaban cargando el maletero del coche con bocadillos, bebidas, fruta y, incluso, golosinas para los niños. En Khalil volvió a sacudir la cabeza. Realmente los suecos eran muy extraños.

Era cómo si los pies flotessin por encima la graba. Era un hábito que la había mantenido viva todos aquellos años. Quitarse cada mañana, vestirse, abrocharse las vambes y, después, salir a correr.

A lo largo de los años, Helen había mejorado constantemente sus registros. Sorprendentemente, los maratones no discriminaban por razón de edad. Los corredores más jóvenes tenían en su favor la energía y la fuerza, mientras que los más veteranos compensaban los años con la experiencia. Siempre era divertido ver atletas más jóvenes y pijos que durante su primer maratón eran sobrepasados por una mujer que podía ser su madre.

Un pequeño principio de flat obligó Helen a respirar más pausadamente. Hoy no tenía pensado echar la toalla.

Habían dejado en libertad aquel hombre del centro de internamiento y, después, alguien había prendido fuego a las instalaciones. Helen había quedado esfereída cuando había visto las fotografías, pero casi al mismo tiempo lo había asaltado aquella idea: ahora los ojos se volverían a girar hacia ella y Marie. Sospecharían de alguna de ellas. O de las dos.

Marie y ella habían tenido muchos sueños, habían hecho muchos planes. Cuando cumplieran dieciocho años lo dejarían todo atrás y comprarían un billete de avión para ir en los Estados Unidos, sólo de ida, seguro que allá los estaban esperando cosas maravillosas. Marie sí que había ido. Había cumplido sus sueños, mientras que Helen se había quedado a Fjällbacka. Fiel a sus obligaciones. Obediente. A todo aquello que la había convertido en una víctima. Marie no habría aceptado nunca el destino de Helen. Ella le habría hecho frente. Pero Helen no era Marie. Toda la vida se había dejado arrastrar por la corriente, había hecho el que le habían mandado hacer.

Había seguido la carrera de Marie, había leído sobre su vida, los rumores que la definían como una persona incómoda, fría y, incluso, desagradable. Una mala madre que enviaba la hija a internados de todo el mundo. Que aparecía constantemente con hombres diferentes, salía de fiesta y acababa peleándose con la gente. Pero Helen veía otra cosa. veía a la niña que no tenía nunca miedo de nada, que siempre la quería proteger, que habría conseguido el sol y la luna para ella.

Es por eso que Helen no le había podido explicar nunca nada. Cómo habría podido? Entonces Marie no tenía basta fuerzas, sólo era una criatura. Qué habría podido hacer?

El día anterior le había parecido verla cuando había ido a comprar. No más que un movimiento fugaz con el rabillo del ojo, pero la sensación de su presencia había sido muy intensa. Cuando Helen había levantado la cabeza, sólo había visto un viejo con un bastón, pero habría podido jurar que a Marie había sido

allá, observándola.

El camino de grava fluía bajo sus pies, mientras las vambes pisaban rítmicamente en tierra. Los dedos primero, después hacía rodar toda la planta hasta los talones. El pie derecho adelante significaba el brazo derecho atrás. Clavó una ojeada al pulsómetro. Estaba batiendo la mejor marca, quizás porque aquel latido rítmico alejaba todo el resto de pensamientos.

Demasiados recuerdos en que no quería pensar. Y en Sam. Su fantástico y maravilloso Sam. Que no había tenido nunca cabe otra alternativa. Sentenciado antes y todo de nacer, contagiado de los pecados de su madre. Cómo había podido pensar que los años lo borrarían todo, que lo harían desaparecer bajo las aguas oscuras del olvido? Nunca desaparecía nada. Ella lo tendría que saber más bien que nadie.

Helen corría con los ojos clavados en el horizonte. Tenía trece años cuando decidió huir a salto de mata. Y ahora no se atrevía a aflojar el ritmo.

La Jessie alejó la última carpeta llena de artículos sobre Helen, Marie y la Stella. Miró en Sam. Tenía la mirada clara y transparente un instante y, el siguiente, oscuridad e inaccesible. Al final de la carpeta, en Sam había expuesto sus pensamientos sobre el asesinato. Leerlos fue como ver escrito negro sobre blanco el que le rondaba por la cabeza. Y, a la vegada, no. En Sam lo había traído todo una pasa más allá.

Qué le podía decir en aquel momento? Qué quería sentir?

En Sam se estiró hacia la mochila.

—Te quería enseñar otra cosa —dijo el chico.

sacó un bloque de notas desgastado, no dejaba de toquejar-lo con las manos. De repente, parecía de lo más vulnerable.

—Yo... —empezó la Jessie.

No tuvo tiempo de decir nada más. Unos trucos fuertes a la puerta hicieron que los dos se estremecieran.

Cuando la Jessie abrió, reculó unas cuántas pasas, sorprendida. Allá delante había la Vendela. La chica no miró la Jessie, hacía la impresión que se miraba los pies y se fregaba nerviosamente los zapatos a la alfombra de la entrada.

—Hola —dijo con un hilo de voz, que casi parecía pleno de timidez.

—Hola —consiguió articular la Jessie.

—No... no sé el que te ha explicado en Sam de nosotros, pero había pensado que... quizás...

Una risita por detrás la Jessie hizo que la chica se girara. En Sam se había apoyado contra la pared del recibidor. La mirada era oscura y casi daba miedo.

—Ay, hola, Sam —dijo la Vendela.

El chico no respondió y la Vendela se tumbó hacia la Jessie.

—Te apetecería venir a pasar un rato a casa mía? Sólo está a diez minutos en bicicleta. Si es que tienes una.

—Sí, sí. Tengo bicicleta.

La Jessie notó que las mejillas se le encendían. La Vendela era una de las chicas populares de la escuela, lo había entendido sin ni siquiera haber empezado el curso. Sólo había que mirarla para darse cuenta. Nunca cabe de las chicas populares había aparecido en casa suya de aquella manera. Ni tampoco le habían

preguntado si quería ir a casa suya.

—No me digas que te lo tragas —dijo en Sam.

No los sacaba los ojos de sobre y la Jessie casi se sentía molesta. Que la Vendela hubiera venido hasta allá era muy importante para ella, y podía representar una oportunidad para en Sam y para ella de tener una vida más fácil en la escuela. Qué quería que haz? Cerrarle la puerta a los morros?

La Vendela levantó las manos.

—Os lo prometo. Me avergüenzo de todo el que le hemos hecho a en Sam. En Nils y en Basse también, pero no se atreven a venir y decirlo. Ya sabes cómo son los chicos...

La Jessie asintió con la cabeza. Se giró hacia en Sam.

—Nos podemos ver más tarde, tú y yo? —murmuró.

En Sam no podía dejar a un lado su orgullo estúpido y decirle que no pasaba nada, que está claro que podía pasar un rato con la Vendela? Pero va medio cerrar los ojos y se volvió hacia la mesa de la cocina, recogió todas las carpetas y las va desar a la bolsa y la mochila. A la Jessie le pareció que se enjugaba una lágrima de la mejilla cuando, de mala manera, lanzó la libreta al fondo de la mochila.

Pasó por ante sede sin pronunciar ni media palabra, pero se paró al umbral de la puerta, a tocar de la Vendela.

—Si me entero que os habéis traído mal con ella...

Enmudeció, pero fulminó con la mirada la Vendela antes de encaminarse hacia su bicicleta. Poco después había desaparecido.

—Por favor, disculpa en Sam... él...

La Jessie buscaba la palabra más adecuada, pero la Vendela se limitó a mover la cabeza.

—Lo entiendo, le hemos hecho la pascua desde que éramos pequeños, o sea que es normal que esté enfadado. Yo también lo estaría. Pero ahora nos hemos hecho grandes y comprendemos cosas que antes no comprendíamos.

La Jessie asintió con la cabeza.

—Te entiendo perfectamente. De verdad.

Ah, sí? La Jessie no estaba segura, pero la Vendela extendió los brazos.

—Pues, venga! —exclamó—. Coge la bici y tocamos el dos!

La Jessie se fue hacia su bicicleta. Iban incluidas con el alquiler de la casa y eran preciosas, brillantes y parecían de lo más caras, cosa que le provocó una cierta satisfacción cuando vio la cara de admiración de la Vendela.

—Qué casa más bonita! —dijo, mientras se alejaban en dirección a la calle Hamngatan.

—Gracias! —llamó la Jessie, y sintió un cosquilleo al estómago.

La Vendela era tan... perfecta. La Jessie sería capaz de matar alguien para poderse poner unos texanos cortos como aquellos.

Dejaron atrás la plaza, llena a rebosar de gente. Entre las cámaras de cine entrevió Marie, derecha, charlando con el director. En Jörgen. Marie a veces hablaba de aquel hombre.

De repente, la Jessie sintió un impulso.

—Mi madre es allá —llamó—. Quieres pasar a saludarla?

La Vendela no la miró.

—Si te parece bien, prefiero ir hacia casa y estar las dos suelas. No quiero parecer mal educada o nada por el estilo...

De repente, la Jessie sintió que el corazón le latía con más fuerza. Era la primera vez, bien, excepto en Sam, que a alguien no le importaba nada quién era su madre. Si en Sam hubiera sido allá en aquel momento, habría visto que la Vendela era una persona honesta y sincera.

Mientras pedalejava con fuerza para subir la calle empinada y larga de Galärbacken, la asaltó una sensación que no pudo acabar de identificar. Después lo entendió. Aquello debía de ser la felicidad.

Cuando abrió la puerta, la cabeza le hacía un mal terrible. Casi más y todo que normalmente. La Sanna se dirigió hacia el mármol de la cocina y llenó un vaso gordo de agua. Le encantaba comer entre las flores *del garden*, pero aquel día se había olvidado de traer la fiambreira y, entonces, tocaba volver a casa. La Cornelia se tendría que encargar a solas del negocio durante una hora.

Cuando la Sanna abrió la nevera, le vinieron ganas de llorar. Aparte de un tubo de concentrado de tomate y un bote de mostaza, sólo había un puñado de verduras pansides que hacía tiempos que tendría que haber tirado.

Sabía qué le provocaba aquel dolor de cabeza: pensar en Marie y Helen. En la Stella y en la pequeña Nea. En la sombra al bosque. Aquella que le había hecho tanto miedo. El anochecer anterior, aquellos pensamientos la habían atormentado, los pensamientos de aquel hombre que había ido para preguntarle sobre la sombra del bosque, con quien la Stella había sido jugando. Le había mentido? No lo recordaba. No lo quería recordar. Después, aquel hombre había desaparecido y los sueños habían girado alrededor de la chica de ojos verdes.

Como mínimo, aquel hombre no había vuelto a hacerle más preguntas.

La Sanna hizo un bot cuando sintió voces dulces de chicas que se acercaban. muy pocas veces la Vendela estaba en casa, se pasaba buena parte del día fuera, cercando con aquellos dos compañeros de clase. Y no tenía amigas. Pero ahora aparecía, atravesando como siempre el jardín con la bici, acompañada de una chica rubia y grasa.

Va arrufar la nariz. Aquella chica tenía un aire que le resultaba familiar, pero no podía acabar de adivinar de que se trataba. A buen seguro que era alguna de aquellas chicas que habían rondado por casa cuando su hija era más pequeña. La Sanna no había conseguido nunca conocer todas las amistades de la Vendela, o quizás era que no se había visto con corazón.

—Ay! —dijo su hija—. Estás en casa?

—No, todavía soy al *garden* —respondió la Sanna, y se arrepintió inmediatamente.

Tendría que ser la adulta de las dos, pero la Vendela había puesto una cara de decepción enorme cuando la había visto.

—Hola —dijo la chica grassoneta, e hizo una pasa ninguno adelante alargando la mano—. Me llamo Jessie.

—Soy la Sanna, la madre de la Vendela —contestó ella, observando aquella chica.

Sí, le pareció que la reconocía. Tenía que ser la hija de aquella profesora de la escuela o quizás de la que vivía más allá, en la casa de la curva. Con quien la

Vendela jugaba de pequeña.

—Qué de las amigas de la Vendela eres? —preguntó finalmente la Sanna, sin tapujos—. Os habéis hecho tan grandes, todas, que apenas os reconozco.

—Pero mama...

—Acabo de llegar al pueblo —dijo la Jessie—. Mi madre ha venido por trabajo y viviremos aquí una temporadeta.

—Vaya, vaya. Que bien.

La Sanna habría puesto la mano al fuego que la conocía.

—Subiremos a mi habitación —hizo la Vendela, desde media escalera.

—Encantada de coneixe't —añadió la Jessie, y siguió la Vendela.

La puerta de la habitación se cerró y poco después la música sonaba a todo volumen. La Sanna suspiró. Aquel era el momento de tranquilidad que tenía para comer.

Abrió el congelador y dio un vistazo a los diferentes cajones. La visión era más esperanzadora que la de la nevera y, al fondo de uno de los compartimentos, encontró media bolsa de *pyttipanna* de buey. Cogió una sartén, abocó una buena cucharada de mantequilla y después el que quedaba de la mezcla de dauets de verduras con carne.

Poco después se sentaba a la mesa de la cocina con una taza de café a la mano. Pensarosa, levantó los ojos hacia el primer piso, donde retumbaba un tipo de música para bailar. Dónde había visto antes a aquella chica?

Estiró el brazo para coger la revista sensacionalista que había sobre la mesa y empezó a hojearla. *Veckans Desnudo*. Una porquería que la Vendela se empecinaba a traer a casa. Páginas y páginas de noticias irrelevantes sobre famosos todavía más irrelevantes. Giró hoja y era allá, sonriente. Marie. Y, de repente, la Sanna supo quién era aquella chica.

Empezó a ver pampallugues ante sede. La Jessie, está claro, la hija de Marie. La chica que aparecía derecha ante la ventana de casa de Marie. Que tenía sus ojos. Aquellos mismos ojos verdes que a lo largo de los años habían aparecido a los sueños de la Sanna.

Del piso de arriba le llegaron risas alegres. La Sanna tenía la boca seca. La hija de Marie estaba en casa suya. Tendría que hacer algo? Tendría que decir algo? No era culpa de aquella chica, el que había hecho su madre. Pero, aún así, le resultaba demasiado tangible. Demasiado doloroso. Sintió que la sala se iba empequeñeciendo y a la garganta se le hizo un nudo.

La Sanna cogió las claves del coche de un revuelo y salió a salto de mata de casa.

—Vaya, vaya. Tenemos unos cuántos temas para tratar —dijo en Patrik, y entrelazó las manos sobre el vientre mientras clavaba los ojos a los zapatos.

Nadie respondió.

—Qué decís? En Mellberg tiene que asistir a esta reunión?

—Sabe muy bien que es él quien ha causado todo esto—dijo el Annika, con un hilo de voz—. No acostumbro a romper una lanza en favor suyo, pero en este caso creo realmente que es conscient del error que ha cometido y su voluntad de ayudar es auténtica.

—Sí, sí, pero querer ayudar y poderlo hacer son dos cosas muy diferentes —

concluyó Paula, seca.

—Es el máximo responsable de la comisaría —dijo en Patrik, y se levantó—. Pensamos el que pensamos, es así.

Fue fuera unos cuantos minutos, pero después volvió a entrar, seguido de un silencioso Mellberg. Detrás apareció el Ernst, andando con la cabeza cot cómo si él también hubiera caído en desgracia.

—Bien, pues —dijo en Patrik, y se volvió a sentar—. Ahora ya estamos todos. En Mellberg ocupó la cabeza de la mesa y la Ernst se va ajeure a sus pies.

—A partir de este momento quiero que todos trabajamos en la misma dirección. Analizaremos la información de manera meticulosa y sin dejarnos traer por las emociones. Nos tenemos que concentrar en dos cuestiones: la primera es la investigación que tenemos en marcha sobre el asesinato de la Linnea Berg; la segunda es averiguar quién inició el fuego en el centro de internamiento de refugiados.

—Y como lo haremos? —preguntó en Martin.

En Gösta asintió con la cabeza.

—Exacto, cómo has pensado que nos dividiremos el trabajo?

—Tenemos que hacer una serie de cosas. Annika, lo estás apuntando?

El Annika levantó el bolígrafo.

—En primer lugar, tendríamos que interrogar todos los refugiados del centro, empezando por los que vivían más cerca de en Karim y su familia. Por el que tengo entendido, mientras se encuentra un solución más permanente, aquellos que se quedaron sin casa por culpa del fuego se alojan en el centro cívico. Paula y Martin, os encargáis vosotros?

Los dos asintieron con la cabeza y en Patrik se giró hacia en Gösta.

—Qué dijeron Eva y en Peter sobre las calcetes? Las identificaron? Eran de la Nea?

—Sí —respondió en Gösta—. Dijeron que tenía unas de idénticas y que era muy probable que las trajera el día que desapareció. Pero...

—Pero qué? —preguntó en Patrik, escuchando atentamente el que le quería decir su compañero.

En Gösta era el policía con más experiencia de la comisaría y, si tenía que decir algo, valía la pena parar toda la atención del mundo.

—Bien, no lo sé... No tengo nada concreto, pero hay algo que no me acaba de encajar. Pero no soy capaz de ver de que se trata ...

—Continúa dando vueltas y veremos donde te trae —dijo en Patrik.

Dudó un instante.

—El que tengo en lo alto de mi lista es volver a trucar a en Torbjörn. No me puedo sacar de la cabeza el hecho que no acabamos el cacheo a casa de los Berg. Esta mañana he hablado con la fiscal y piensa el mismo. Cruz que tendríamos que acabar el trabajo, todo y el *hallazgo* en casa de en Karim.

—estoy de acuerdo —dijo en Gösta.

En Patrik miró su compañero, sorprendido. Realmente había algo que le hacía bailar la cabeza. Qué debía de ser?

—De acuerdo —se limitó a decir—. Trucaré a en Torbjörn y así que podamos iremos a la granja. Con un poco de suerte, hoy mismo o mañana, depende de si están mucho enfeinats.

—Están trabajando con el fuego? —preguntó Paula.
En Patrik sacudió la cabeza.

—No, de esto se encarga un equipo especializado en incendios. Pero hasta que sepamos más cosas partiremos de la información preliminar, que apunta que se trató de algún tipo de cóctel Molotov, que alguien lanzó dentro de la casa de en Karim a través de una ventana.

—Y que en estiércol, de la grabación de aquella llamada anónima? —preguntó Paula.

—La tiene la Annika —contestó en Patrik—. Escuchadla y miráis si podéis sacar nada. La voz está distorsionada, pero hoy lo enviaré porque lo analicen. Cruzamos los dedos porque puedan hacer algo con la distorsión o, como mínimo, aislar algún ruido de fondo que nos ayude a identificar la persona que trucó.

—De acuerdo —dijo Paula.

—Y Helen y Marie? —preguntó en Martin—. Todavía no sabemos si hay ninguna conexión con el asesinato de la Stella.

—No, pero ya hemos hablado con las dos y ahora mismo no tenemos nada concreto para preguntarlos. Nos tendremos que esperar hasta que tengamos más información. Todavía pienso que hay de haber algún tipo de relación.

—Todo y el que hemos encontrado en casa de en Karim?

—Sí, todo y el *hallazgo* —respondió en Patrik, y no pudo evitar mirar de reojo en Mellberg.

El comisario continuaba sin levantar los ojos de la mesa y no había badat boca durante toda la reunión.

—Creo que se trata de una pista falsa —continuó—, pero ahora mismo no podemos descartar nada. Simplemente me parece demasiado fácil: primero una llamada anónima y después el descubrimient de en Mellberg. Quién podía saber que las calcetes eran justamente allá? Y, a la vez, tener motivos para trucar y explicarnos-lo? No, no me lo trago.

En Gösta iba tirando cercar los pulgares por las rodillas, profundamente concentrado en las propias cabòries. Justo cuando en Patrik quería dar la reunión por acabada, levantó la cabeza y dijo:

—Me parece que ya sé qué es el que no me encaja. Y como lo puedo demostrar.

Provincia de Bohuslän, 1672

EL DESCONCIERTO QUE SENTÍA LaELIN se iba tirando más y más grande. En Preben dedicaba todo el tiempo de que disponía a la Britta y trataba la Elin cómo si no existiera. Era cómo si el que había pasado entre los dos no hubiera sido real. No se bocado traba desagradable, simplemente tenía la sensación que había olvidado todo el que había habido entre los dos. La Britta y la criatura le acaparaban toda la atención, ya no le interesaba ni siquiera la Märta. La niña belluguejava arriba y abajo desorientada, con la Sigrid pisándole los talones. Al Elin le caía el alma a los pies al ver su hija desconsolada y la manera como se comportaba ante el desinterés repentino que mostraba en Preben. Y no sabía como explicar a la niña aquella locura propia de los adultos. Cómo le podía explicar un cambio que ni siquiera ella comotomaba? Una cosa, pero, era clara: ya no podía considerar la posibilidad de explicar a en Preben aquello de la criatura que estaba esperando. Y menos todavía tenerla. Tenía que abortar. Al precio que fuera. Si no lo conseguía, la Märta y ella acabarían vagando por el mundo. Se morirían de hambre o tendrían que vivir de la caridad o sufrir cualquier de los otros destinos terribles reservados a las mujeres que no tenían donde caer muertas. No podía permitir que los pasara a la Märta y a ella. El Elin no tenía los conocimientos sobre como hacer que el bebé le saliera del cuerpo. Pero conocía alguien que sí. Sabía quién se iba a ver cuando una mujer se había quedado en estado sin un hombre que se pudiera hacer cargo de la madre y la criatura. Y sabía quién la podía ayudar. La Helga Klippare.

Una semana más tarde tuvo ocasión. La Britta le pidió que fuera a hacer unos encargos a Fjällbacka. Durante todo el trayecto en carro, sintió que el corazón se le encogía más y más dentro del pecho. Se imaginaba que podía sentir como se movía la criatura, a pesar de que sabía que era demasiado pronto. En Lill-Jan, que llevaba el caballo, enseguida abandonó toda esperanza de poder disfrutar de un rato de conversación. El Elin no estaba de humor para hablar con nadie y no va badar boca mientras las ruedas del carro producían un rumor sordo y rítmico a medida que avanzaban por el camino. Cuando llegaron a Fjällbacka, el Elin bajó y se alejó sin pronunciar ni media palabra. En Lill-Jan también tenía que hacer unos cuántos encargos para el amo, así que no volverían a la granja hasta el anochecer. Bastante tiempo para el que había venido a hacer.

Las miradas la seguían mientras pasaba por ante las casas. La Helga vivía en la última de la calle y la Elin vaciló un instante antes de trucar a la puerta. Pero finalmente dejó que los nudillos golpearan la madera desgastada.

Le había dado aiguardent para el dolor, pero el Elin no tenía nada en contra del sufrimiento físico. Cuanto más mal le hiciera el cuerpo, más le atenuaría el dolor al corazón. Sintió como se le empequeñecía, rítmicamente. Metódicamente. Cómo cuando la Märta había nacido. Pero esta vez era sin la alegría y la expectación que había sentido cuando sabía el que tenía que venir gracias a todo aquel esfuerzo. En esta ocasión, al otro extremo del dolor sordo y de la sangre,

sólo había pena.

La Helga no le ofreció ninguna señal de ternura. Tampoco de reprobación. Silenciosa y metódica, hacía el que había que hacer y la única muestra de consideración fue que de vez en cuando le enjugaba el sudor del frente.

—Pronto se habrá acabado —se limitó a decir, después de mirar entre las piernas la Elin, que estaba ajaguda en tierra encima de una alfombra vieja.

El Elin miró ninguno afuera a través del foradet que había junto a la puerta. Se había hecho tarde. En un par de horas se tendría que sentar al carro con en Lill-Jan, de vuelta hacia la casa parroquial. El camino era irregular y estaba pleno de baches, y sabía que las batzegades le harían daño. Pero no podía dejar de poner buena cara. Nadie tenía que saber nunca el que había pasado.

—Ahora empujáis —se limitó a decir la Helga—. Cuando llegue la próxima contracción, empujáis porque salga.

El Elin va a clucrar los ojos y se aferró con fuerza a los bordes de la alfombra. Esperó mientras la convulsión se le iba conociendo abajo y cuando el dolor fue máximo empujó a brazo partido.

Algo deslizó de su interior. Algo pequeña. Una demasiado informe. No se esperaba ningún grito. Ninguna señal que indicara que era vivo.

La Helga trabajó deprisa. El Elin sintió el ruido de algo que iba a parar al cubell que tenía al lado.

—Ha sido mejor así —dijo la Helga, seca, y despacio se levantó mientras se enjugaba las manos ensangrentadas en una toalla—. No era cómo tenía que ser. No habría ido nunca bien.

Cogió el cubell y lo dejó junto a la puerta. El Elin sintió un sollozo al pecho, pero lo reprimió, lo retuvo con tanta fuerza para sus adentros que se convirtió en una bolita en medio del corazón. Ni siquiera se pudo guardar aquello, la imagen de su fillet o su filleta, tan preciosa, con los ojos azules de en Preben. La criatura no era cómo tenía que ser. Para ellos no había existido nunca una familia, sólo en sus sueños más ingenuos.

De repente, la puerta se abrió y entró la Ebba de Mörhult. Cuando vio el Elin tirón en tierra, se quedó petrificada. Con la boca abierta de par en par, intentaba pair aquella escena. El Elin, con las piernas separadas y toda ensangrentada; el cubell a la puerta, con aquel contenido; y la Helga, que se enjugaba las manos empapas de sangre.

—Vaya —hizo el Ebba, y algo le va refulgir a los ojos—. Así que teníais un encargo para hacer en casa de la Helga. Que yo sepa no os habéis vuelto a casar, oi? Es con uno de los mozos, que os habéis acostado? O bien habéis empezado a hacer de meuca al hostal?

—Cierra la boca! —espetó la Helga, con severidad, a su hermana, que calló.

El Elin no era capaz de responder. Las fuerzas la habían abandonado y ya no le importaba lo más mínimo el que pensara el Ebba. Subiría al carro con en Lill-Jan, volvería a la casa parroquial y olvidaría todo el que había pasado.

—Esta es la criatura? —dijo el Ebba, y clavó un puntapié al cubo.

Bajó los ojos, despertada la curiosidad, y después va arrufar la nariz.

—Parece una abominación de la natura.

—Cierra la boca, te he dicho. Si no, no me estaré de clavarte una buena bofetada

—exclamó la Helga.

Cogió su hermana y se la llevó fuera de la casa. Después se giró hacia el Elin.

—No os preocupáis por el Ebba. Siempre ha sido una mala pieza, desde pequeña. Si os incorporáis despacio, os podréis limpiar bien.

El Elin hizo el que le había dicho. Ayudándose con los brazos, se incorporó. El bajo vientre le hacía daño y entre las piernas, encima la alfombra, vio una mancha sangonosa.

—Habéis tenido suerte, no ha habido que coser. Y no habéis perdido mucho sangre, pero durante un par de días no podéis hacer grandes esfuerzos.

—Ya veremos como van las cosas —respondió la Elin, cogiendo el trapo húmedo que le alargaba la Helga.

Sintió que le cocía mientras se limpiaba y la Helga dejó una palangana con agua a su lado porque pudiera enjuagar el trapo.

—Yo... —La Helga vaciló un instante.— He sentido a decir que vuestra hermana también está embarazada.

En un primer momento, el Elin no respondió. Después asintió con la cabeza.

—Sí, es cierto. En invierno tendremos llantos de criatura a la granja.

—Cuando llegue la hora, seguro que algún doctor de gran reputación de Uddevalla asistirá la mujer del pastor, pero, si hace falta, me podéis hacer llamar.

—Así lo comunicaré —dijo el Elin, con la garganta seca.

No se veía con corazón de pensar en la criatura que estaba esperando la Britta. Ni siquiera en su propia, la que reponía al fondo del cubell.

Despacio, se levantó y se bajó la falda. Pronto llegaría la hora de volver hacia casa.

-T

ANCA LA PUERTA CON CUENTA!

En James fulminó con la mirada en Sam, que era al recibidor.

—Cojones, tampoco la he cerrado tan fuerte —respondió el chico, y se sacó las vambes.

En James sintió que lo invadía aquella rabia tan familiar. Siempre aquella sensación de decepción. Las uñas pintadas de negro, los ojos negros, era la manera que tenía su hijo de escupirle a la cara. Lo sabía. Clavó un puñetazo al empapelado de flores de la pared. En Sam se estremeció y en James sintió como desaparecía toda la tensión acumulada.

Cuando en Sam era más pequeño, en James se había visto obligado a dar salida a toda la furia que sentía hacia su hijo. Cuando eran al bosque. Las poquíssimes veces que Helen marchaba de viaje, a menudo se producían accidentes. Pero un día, Helen lo cazó. En Sam estaba sentado en cuclillas, a la vegada que en James levantaba el puño. El niño tenía el labio partido y la sangre no paraba de brotar. En James entendió la fila que debía de hacer todo aquello. Pero la reacción de Helen había sido un poco exagerada. La voz le había temblado de la rabia cuando le había explicado el que le pasaría si nunca volvía a poner la mano encima de su hijo.

Y, desde aquel día, en James lo había dejado en paz. Habían pasado tres años.

En Sam subió las escaleras de un revuelo y en James se preguntó qué debía de haber pasado que lo hubiera hecho enfurecer tanto. Después se va arronsar de hombros. Tonterías de adolescentes.

A brazo partido deseaba que llegara el momento de volver a marchar. Faltaban dos semanas. Contaba los minutos. No comprendía los compañeros que echaban de menos estar en casa, que anhelaban el momento de volver a la vida anodina, a las familias. Pero el ejército se empecinaba a darle «permisos» de vez en cuando. Estaba convencido que se trataba de una cosa que los psicólogos se habían sacado de la manga, él no era nada partidario.

Fue hacia el despacho y al armer que había detrás de la mesa. Pulsó las teclas de la combinación y sintió el sonido metálico de la cerradura que se abría. Allí guardaba las armas para las cuales tenía licencia, pero dentro del armario del primer piso escondía una renglera de armas que había ido adquiriendo a lo largo de cerca de treinta años, desde pistolas sencillas hasta armas automáticas. Si se disponía de los contactos adecuados, no era muy difícil conseguirlas.

Al armer tenía la Colt M1911. Era una arma de verdad, no de aquellas elegantes ni de nyigui-nyogui. Una calibre 45.

Dejó la arma a su lugar. Por la tarde quizás volvería a salir a practicar con en Sam. De hecho, era una auténtica ironía que el único aspecto en que destacaba aquel chico, aparte de los ordenadores, fuera una cosa que no usaría nunca jamás. Tener una puntería de mil demonios no daba puntos extras a una rata de oficina. Y aquel era justamente el futuro que veía para en Sam. Rata de oficina,

en algún trabajo relacionado con los ordenadores. Aburrida, insignificante, superflua.

En James cerró la puerta de la armer con mucha cura. Sintió un crujido y la cerradura se cerró automáticamente. Levantó los ojos hacia el primer piso. No se sentía nada, pero aquello sólo podía significar que en Sam se había plantado ante el ordenador con los auriculares puestos y se torturaba las orejas con aquella música horrorosa. En James suspiró. Cuanto más pronto marchara en una misión, mejor para todos. No sería capaz de soportar todo aquello mucho tiempo más.

El Erica pidió que le enviaran el cuadro a casa después del vernissatge y se despidió de la Viola. Justo afuera de la galería de arte, el móvil sonó y el Erica leyó inmediatamente el mensaje de texto. Fantástico. Le habían confirmado la reserva para las actividades del día siguiente, ahora sólo los faltaba pensar la manera de secuestrar a Kristina. Marcó el número de Anna, quizás a su hermana se le acudiría una buena idea. Todo el que le vendía al hacia el Erica contendía algún matiz sádico o cómico, y no creía que a su suegra le hiciera ninguna gracia.

Los tonos empezaron a sonar. El Erica levantó la vista hacia la plaza y pensó que debían de estar rodando algunas escenas. Estiró el cuello y entre las cámaras de cine le pareció ver a Marie Wall, pero no era nada fácil de saber debido a la multitud de curiosos que se había reunido.

—Hola? —dijo a Anna, y el Erica se estremeció.

—Ay, hola, soy yo. Escucha, todo está a punto para mañana. Nos encontraremos a las doce en el hotel, pero la pregunta es como conseguimos que venga Kristina sin que se husmee nada. Se te ha acudido algo? Estoy bastante convencida que te burlarás de mi idea de alquilar un par de chicos disfrazados de terroristas que aparezcan en casa suya y se lo lleven...

Anna va esclafir a reír al otro extremo del teléfono. De fondo, se sintió rumor de sirenas.

—Ui, es la policía? —preguntó el Erica.

Se hizo el silencio.

—Hola? Que estás?

El Erica miró la pantalleta del móvil, pero no apareció ningún mensaje que la llamada se hubiera cortado.

—Sí, hola... No, era una ambulancia, que me ha pasado por el lado.

—Una ambulancia? Espero que no le haya pasado nada a cabeza de tus vecinos.

—No, bien... No estoy en casa.

—Ah, no? Y dónde eres?

—A Uddevalla.

—Y que haces?

Por qué no había dicho nada, cuando habían ido juntas a la tienda para ayudar Kristina a elegir el vestido de novia?

—Es sólo una revisión rutinaria.

—Para qué? —preguntó el Erica, y va arrufar el frente—. Para lo cual no te habrías ido hasta Uddevalla.

—Se trata de una visita de especialista que sólo se podía hacer en el hospital de

aquí.

—Anna, siento a tu voz que no me lo estás explicando todo. Que le pasa nada a la criatura? O a tú? Estás enferma?

Se le hizo un nudo al estómago. Después del accidente de tráfico, el Erica ya no daba nada por hecho.

—No, no, Erica, te lo prometo. Todo va bien. Sólo quieren ir con algo más de cura, teniendo en cuenta que...

Anna no acabó la frase.

—De acuerdo, prométeme que si hubiera nada me lo explicarías.

—Te lo prometo —dijo Anna, y rápidamente cambió de tema—. He pensado una cosa por mañana. Has dicho a las doce al Stora Hotellet?

—Sí, y ya he organizado el resto del día y del anochecer. Tú súmate tanto rato como puedas. Un beso.

El Erica colgó, todavía con la mosca detrás la oreja. había algo que Anna no le estaba explicando. habría puesto la mano al fuego.

Se dirigió hacia donde estaban rodando la película. Sí, era Marie Wall, la que veía más allá. Estaban acabando de rodar una escena y la Erica quedó impactada por la energía que desprendía aquella mujer. No necesitaba verla a través de la óptica de una cámara para saber que haría brillar la pantalla. Marie era de aquellas personas que parecía que se paseaban arriba y abajo con un foco iluminándolas sólo a ellas.

Cuando hubieron acabado la escena, la Erica hizo media vuelta para marchar hacia casa. Alguien llamó su nombre y se giró para localizar aquella voz. Marie era algo más allá y gesticuló cuando vio que el Erica miraba hacia ella. Le hizo un gesto con la cabeza señalando el Café Bryggan y el Erica fue.

—Oí que eres el Erica Falck? —preguntó Marie, y la voz era tan oscura y ronca como en las películas.

—Sí, exacto —respondió el Erica, y la invadió una sensación inusual de timidez. No había conocido nunca una estrella de cine e incluso ella quedó deslumbrada de pensar que ante suyo había alguien que había tenido un asunto con en George Clooney.

—Bien, y tú sabes quién soy yo —dijo Marie, con una risa displicent, y sacó un paquete de cigarrillos de la bolsa de mano—. En quieres uno?

—No, gracias. No fumo.

Marie encendió un cigarrillo.

—Por el que tengo entendido, querías hablar conmigo. He visto las cartas que me enviaste... Ahora tengo un pequeño descanso mientras ruedan *stocks*, así que, si quieres, nos podemos tomar una copa aquí y charlar un rato.

Con el cigarrillo, Marie señaló hacia las mesas del Café Bryggan.

—Y tanto! —dijo el Erica, un poco demasiado nerviosa.

Se preguntaba qué era aquello de los *stocks*, pero no osó preguntarlo.

Se sentaron en una mesa a tocar del agua y la camarera apareció inmediatamente, casi corriente. Estaba tan excitada de poder servir Marie que parecía que en cualquier momento tenía que sufrir un ataque de corazón.

—Dos copas de champán —pidió Marie, y con la mano hizo marchar la camarera, que con la sonrisa más amplia del mundo volvió a salto de mata hacia el interior del restaurante—. Uix, no te he preguntado qué querías tomar, pero

sólo la gente aburrida no bebe champán. Y a mí no me parece que seas una persona aburrida.

Marie exhaló el humo del tabaco hacia el Erica, a la vegada que lo escrutaba de pies a cabeza.

—Ehem...

Al Erica no se le ocurrió ninguna respuesta adecuada. Dios del cielo. Se estaba comportando cómo si tuviera doce años. Los actores de Hollywood eran personas normales y a salto de mata. Intentó usar un truco que le había enseñado su padre cuando estaba demasiado nerviosa para hacer una presentación en la escuela: se imaginó Marie sentada a la taza del wáter con los pantalones bajados. Desgraciadamente, no funcionó todo lo bien que se había esperado. De alguna manera, incluso en aquellas circunstancias, Marie consiguió aparecer irremediamente elegante.

Vino la camarera, que rápidamente dejó dos copas de champán encima la mesa.

—Me parece que vale más que pedimos dos más. Estas bajarán en dos según, estimada —dijo Marie, y con la mano hizo marchar la chica otro golpe.

Cogió la copa con la mano derecha y se inclinó hacia la Erica.

—Salud —dijo, y de un trago se bebió la mitad.

—Salud —dijo la Erica, pero tuvo basta haciendo un sorbo.

Si continuaba bebiendo champán en pleno día, pronto le subiría a la cabeza.

—Qué quieres saber? —preguntó Marie, y se acabó el resto de la copa.

Miró alrededor buscando que se lo reemplassin y la camarera llegó enseguida a salto de mata con dos copas más.

El Erica hizo un par de glopets más de la primera ronda mientras rumiava por donde había empezar.

—Bien, el primero que me pregunto es que te ha hecho cambiar de idea y, de repente, acceder a hablar conmigo. Hace mucho tiempo que intento hablar contigo.

—Comprendo que te lo preguntes. Al fin y al cabo, durante todos los años que hace que me dedico a esto, en muchas ocasiones he hablado abiertamente de mi pasado. Pero quizás has sentido que estoy valorando la idea de escribir un libro.

—Sí, me han llegado rumores.

El Erica se acabó la copa y alargó el brazo para coger la otra. Aquella situación era un poco demasiado agradable, sentada al muelle, con el solo calentándole la cara y bebiendo champán con una estrella de cine internacional, como para escuchar qué le decía la voz de la conciencia.

—Todavía no he decidido qué haré, pero he pensado que, teniendo en cuenta que Helen había hablado contigo...

Marie se va arronsar de hombros.

—Sí, ayer pasó por casa —dijo la Erica—. O más bien vino corriente.

—Sí, he sentido a decir que está un poco obsesionada con esto de correr. No hemos hablado, pero la he visto por aquí el pueblo. Apenas la reconocí. Prima como un galgo. No he entendido nunca de qué sirve todo esto del ejercicio físico ni salir a correr. Sólo hay que huir de los hidratos de carbono como de la peste y se puede mantener el *tipet*.

Y cruzó una larga y estilizada pierna sobre la otra. El Erica observó con envidia el cuerpo de la actriz, pero, a la vegada, sintió pánico ante la idea de una vida sin

hidratos de carbono.

—Durante todos estos años no habéis mantenido el contacto? —preguntó el Erica.

—No —se limitó a responder Marie. Después, la cara se endulzó.— Justo después del que pasó, hicimos algún intento de aproximarnos, pero los padres de Helen lo impidieron de una manera muy efectiva. Así que nos dimos por vencidas. Y el más fácil fue intentar olvidarlo a pesar de girar página.

—Cómo vivisteis todo el que pasó? La policía, los medios, la gente... Sólo erais dos criaturas, debía de provocaros un gran impacto.

—No entendimos la gravedad de la situación. Tanto Helen cómo yo creíamos que todo pasaría, que la vida volvería a la normalidad.

—Cómo pudisteis pensar una cosa así? Después de que muriera una niña pequeña?

En un primer momento, Marie no respondió. Hizo un glopet de champán.

—Tienes que recordar que no éramos más que dos criaturas —dijo después—. Pensábamos que era una cuestión de nosotros contra el mundo, que vivíamos en un tipo de burbuja donde nadie más podía entrar. Y tú, como veías el mundo cuando tenías trece años? Sabías apreciar los matices? Las zonas grises? O todo era sencillo y blanco o negro?

El Erica removi6 la cabeza.

—No, tienes razón.

Se recordó a sí misma a los trece años. Inocente, sin experiencia, llena de clichés y verdades simples. No fue hasta que se hizo más grande que empezó a darse cuenta que la vida era mucho más complicada.

—Pregunté a Helen por qué os declarasteis culpables y por qué, más tarde, retirasteis la confesión; pero no puedo decir que obtuviera una respuesta clara.

—No sé si lo obtendrás de mí tampoco —dijo Marie—. Hay cosas sobre las cuales no queremos hablar. Cosas de las cuales no hablaremos.

—Por qué?

—Porque ciertas cosas se tendrían que quedar en el pasado.

Marie apagó el cigarrillo y encendió otro.

—Pero, en cambio, te has mostrado de lo más abierta con la mayoría de cuestiones referentes al caso. Sobre tu familia y las familias que te acogieron. Tengo la impresión que no te has querido ahorrar ningún detalle.

—No siempre se tiene que explicar todo —va responder Marie—. Quizás hablaré a mi libro o quizás no. Probablemente no.

—Como mínimo eres honesta cuando dices que no explicas toda la verdad. Helen no quiso llegar tan lejos.

—Helen y yo somos increíblemente diferentes. Siempre lo hemos sido. Ella tiene sus demonios, yo los míos.

—Mantienes ninguna relación con tu familia? Bien, ya sé que tus padres son muertos, quiero decir con tus hermanos.

—Mis hermanos? —se va mofar Marie, y va espolsar la ceniza del cigarrillo directamente sobre el muelle—. Uix, ya los gustaría. Querían recuperar el contacto cuando mi carrera empezó a elevarse y aparecía a los diarios. Pero los ahorré las molestias. Los dos han tirado sus vidas a la basura, de diferentes maneras. Así que no, no he sentido nunca la necesidad que formaran parte de mi

vida. Eran unos desgraciados cuando era pequeña y no creo que ahora de grandes hayan mejorado mucho.

—Pero tienes una hija.

Marie asintió con la cabeza.

—Sí, mi hija, la Jessie, tiene quince años. Adolescente de pies a cabeza. Desgraciadamente, se asemeja más a su padre que a mí.

—Por el que he leído a la prensa amarilla, su padre nunca ha formado parte de vuestras vidas.

—Ui, no, Dios del cielo. Fue un clave rápido encima de la mesa de su despacho para conseguir un papel. —Marie va esclafir a reír. Miró el Erica y le picó el guiño.— Y sí, me lo dieron.

—Está al cabo de la calle de tu pasado?

—Sí, esclar. Los jóvenes de hoy en día tienen acceso en internet y estoy convencida que está al cabo de la calle de todo el que han escrito de mí. Al parecer, sus compañeros de escuela le han hecho la pascua por culpa mía.

—Y cómo se lo ha tomado?

Marie se encogió de hombros.

—No lo sé. Los jóvenes de hoy tienen que vivir con cosas como esta. Y, en parte, es por culpa suya. Si tuviera más cura de su imagen, estoy convencida que a la escuela todo le sería mucho más fácil.

El Erica se preguntó si en realidad Marie era tan fría como parecía cuando hablaba de su hija. No estaba segura de cómo reaccionaría si alguien se trajera mal con la Maja o con los gemelos.

—Y tienes ninguna teoría del que ha pasado ahora? El asesinato de la Nea. Me parece demasiada casualidad que vuelvas al pueblo y, poco después, aparezca muerta una niña pequeña y la encuentren en el mismo lugar que la niña que, aparentemente, asesinasteis vosotros.

—No soy estúpida. Soy muy consciente que no hace mucho buena fila.

Marie se giró e hizo un gesto con la mano a la camarera. La copa volvía a estar vacía y levantó una ceja a la Erica, que hizo que no con la cabeza. A ella todavía le quedaba champán a la copa.

—El único que puedo decir es que somos inocentes —respondió Marie, girando los ojos hacia el horizonte.

El Erica se inclinó ninguno adelante.

—Hace poco leí en un artículo que aquel día viste alguien al bosque.
a Marie sonrió.

—Sí, esto también lo expliqué a la policía.

—No al principio. No fue hasta que decidiste retirar la confesión, oi? —dijo el Erica, y observó la reacción de Marie.

—*Touché* —hizo la actriz, y la señaló con el dedo—. Has hecho los deberes.

—No tienes ninguna idea de quien se podía tratar?

—No —respondió Marie—. Si no, lo habría explicado a la policía.

—Y que dice ahora la policía? Te parece que piensan que Helen y tú estáis implicadas?

—No puedo responder del que piensa la policía sobre Helen, pero yo los he explicado que tengo una coartada para el momento en qué desapareció la niña, así que no pueden sospechar de mí. Y Helen no está implicada. Entonces no

estuvo, como yo, y ahora tampoco. La amarga verdad es que la policía omitió el deber de seguir la pista del que vi al bosque y ahora, probablemente, la misma persona ha vuelto a actuar.

El Erica pensó en su visita a la galería de arte.

—El responsable de la investigación del caso Stella se llegó a poner en contacto contigo? Me refiero a en Leif Hermansson.

—Sí... —dijo Marie, y al frente le apareció una arruga minúscula, cosa que hizo que la Erica sospechara que se había inyectado bòtox—. Ahora que lo dices, sí. Pero fue hace muchos años. Intentó contactar conmigo a través de mi agente. Le dejó unos cuantos mensajes de voz pidiéndole poder hablar conmigo. Y, de hecho, al final decidí responderle, pero cuando le truqué me dijeron que se había sacado la vida.

—De acuerdo —hizo el Erica, sin dejar de dar vueltas al que le acababa de decir. Si Marie le estaba diciendo la verdad y en Leif no se había puesto en contacto con ella antes de aquello, el viejo comisario debía de haber descubierto algo que aportaba luz nueva al antiguo caso. Pero que podía ser?

—Marie?

Un hombre alto que el Erica supuso que debía de ser el director llamaba y gesticulaba con los brazos porque la actriz fuera.

—Hora de trabajar, ya me disculparás.

Marie se levantó. Se acabó el que le quedaba a la copa y sonrió a la Erica.

—Podemos continuar hablando en otra ocasión. Oí que serás tan amable de encargarte de todo esto?

Y marchó ningún donde era el equipo de rodaje, con todas las miradas giradas hacia ella.

El Erica hizo venir la camarera y pagó el que habían consumido. Quedó patente que el champán que habían sido bebiendo no era nada barato, así que ella también vació la copa. Una gota era demasiada cara para permitirse el lujo de dilapidarla.

Que Marie hubiera sido dispuesta a hablar con ella había sido un grande qué, y el Erica tenía pensado pedir una cita para la semana siguiente para entrevistarla cómo hacía falta. También tenía que volver a hablar con Helen. Aquellas dos mujeres le podían brindar la clave de vuelta para trenzar la historia sobre el caso Stella. Sin sus testigos, el libro no podría ser un éxito.

Pero todavía había otra persona importante en aquella tragedia. La Sanna Lundgren. Había vivido toda la vida con las secuelas de aquel asesinato, que había destrozado su familia. Cuando el Erica escribía los libros, no tan sólo quería hablar del asesinato, las víctimas y el autor. Al menos tan importante como estos era la historia de sus familiares. Personas, las vidas de las cuales habían quedado hechos a miques, que habían quedado tan afectadas que muchas no eran capaces de volver a levantar la cabeza. La Sanna también le podía aportar información sobre la Stella. Y aquel era siempre el núcleo de los libros del Erica. Dar vida a la víctima y conseguir que el lector comprangues que se trataba de una persona real con preocupaciones, sentimientos y sueños.

Se tenía que poner en contacto con la Sanna tan pronto como pudiera.

Cuando el Erica pasó por el lado del gentío que miraba despertada la curiosidad el rodaje, sintió una mano al brazo. Una mujer con un cinturón lleno de todo tipo

de enseres de maquillaje no sacaba los ojos de sobre de Marie mientras le decía:
—He sentido que Marie te explicaba que tenía una coartada por la noche que desapareció aquella niña —cuchicheó—. Que la pasó en la habitación del hotel de en Jörgen...

—Ahà? —hizo el Erica, ansiosa para ver como continuaría aquello.

—No es verdad —murmuró la mujer que la Erica supuso que era la maquilladora del equipo de rodaje.

—Cómo lo sabes? —preguntó ella, también cuchicheando.

—Porque en Jörgen pasó aquella noche conmigo.

El Erica miró la mujer a los ojos. Después observó pensativa Marie, que volvía a estar inmersa en una escena. Realmente era una actriz sensacional.

Se sentía aturdido por toda la medicación que le habían inyectado. Sedantes. Calmantes. El bronzit del respiradero le daba sueño. Apenas era capaz de mantenerse despierto. En aquellos momentos que en Karim era consciente de donde se encontraba, los ojos se le negaban de lágrimas. Preguntaba a las enfermeras como estaba la Amina, los suplicaba de poderla ver, pero como respuesta sólo un murmullo: no se tenía que mover. Sus hijos habían venido a la habitación, recordaba aquellas galtones cálidas mientras lloraban con la cara hundida a su almohada. El día siguiente, un médico los daría el alta, pero en Karim podía confiar en alguien? En la policía? En los que vivían en el centro de internamiento? Ya no sabía quién era amigo y quien, enemigo.

Cuando había llegado a su nuevo país, había puesto un montón de esperanzas.

Quería trabajar, aportar algo en la sociedad que lo acogía, asegurarse que sus hijos se convertían en suecos fuertes, seguros, bonos. En el tipo de personas que marcan la diferencia.

Ahora se había esfumado todo. La Amina yacía en una cama de hospital de un país desconocido, rodeada de un equipo de desconocidos que luchaban para salvarle la vida. Quizás moriría allá, en un país a miles de kilómetros de casa. Un país donde la había traído él.

Su mujer había sido muy fuerte durante todo el largo viaje. Había sido la Amina la que los había arrastrado, a los niños y a él mismo, a través de un mar en tormenta, de los pasos fronterizos y de los países, a través de los retrunys mortecinos de las vías de tren y del rumor meciendo de los neumáticos contra el asfalto cuando el autocar viajaba en plena noche. La Amina y él cuchicheaban palabras dulces a las orejas de los niños cuando no podían coger el sueño, los aseguraban que todo iría bien. En Karim los había traicionado. Había traicionado la Amina.

Las pesadillas lo perseguían. Las pesadillas sobre todas las personas a quién había traicionado se mezclaban con las pesadillas de la Amina con los cabellos encendidos, la mirada esfereída que le preguntaba por qué había hecho caer aquella desgracia sobre ellos, por qué había arrastrado los niños y a ella en aquel país alejado de la mano de Dios donde nadie los quería ni siquiera mirar a los ojos, nadie los quería dar la bienvenida y extenderlos una mano. Pero, en cambio, sí que había alguien que quería ver como quemaban.

En Karim va a clucar los ojos y dejó que la medicación haz efecto. Había llegado al final del camino.

—Es aquí —dijo en Gösta, y con el dedo señaló la salida.

Eran en las afueras de Hamburgsund y el camino se hacía más estrecho y pleno de curvas cuando dejaron la carretera asfaltada.

—Vive en medio del bosque? A su edad? —dijo en Patrik, y esquivó un gato que atravesó a toda velocidad la calzada justo ante el coche.

—Cuando he hablado me ha dicho que estaba pasando una temporadeta en casa de su abuelo. Conozco un poco en Sixten. Empieza a ser grande y ya había sentido por el pueblo que su nieto se había trasladado a vivir con él para darle un golpe de mano. El que no había entendido era que se trataba de en Johannes Klingsby.

—No se ve muy a menudo, esto —dijo en Patrik, y volvió a acelerar—. Un nieto dispuesto a ayudar así una persona grande.

—Es aquí delante —dijo en Gösta, y se aferró fuerte al agarradero—. Caram, creo que todas las horas que me he pasado dentro del coche contigo al volante me han acertado unos cuántos años de vida.

En Patrik entró por el camino que llevaba a una pequeña granja muy cuidada con todo tipo de vehículos ante la casa principal.

—A alguien le gustan las cosas con motor —dijo, y contempló unos según aquel montón de barcas, coches, motos de agua y excavadoras.

—Deja de babear y vamos —dijo en Gösta, clavándole unos golpecitos al hombro.

En Patrik apartó los ojos de todos aquellos trastos con motor, subió las escaleras de piedra y trucó a la puerta. En Johannes no tardó a abrir.

—Adelante, adelante. He puesto la cafetera en marcha —dijo, y se apartó para dejarlos pasar.

A en Patrik le vino a la cabeza la última vez que se havien visto y agradeció que aquella vez fuera en unas circunstancias más agradables, a pesar de que la cuestión era igualmente grave.

—Abuelo, ya han llegado —llamó en Johannes, y en Patrik sintió un murmullo que provenía del piso de arriba—. Un momento, que vengo y te ayudo a bajar.

Ya hemos hablado, de esto. No puedes bajar las escaleras a solas!

—Romances! —se sintió que decía la voz desde arriba, pero en Johannes desapareció escaleras arriba.

Poco después volvió andando aferrando el brazo de un hombre de espaldas encorvada y jersey desgastado.

—Esto de hacerse viejo es una lata! —dijo el hombre, y alargó la mano para saludar.

Va medio cerrar los ojos para mirar en Gösta.

—Vaya, a tú te conozco.

—Sí, me conoces —respondió el policía, riendo—. Veo que has conseguido una ayuda de primera.

—Sin en Johannes no sé qué habría hecho. Al principio ya me quejé, ya. No creo que alguien de su edad se tenga que hacer cargo de un viejo como yo, pero no se dio por vencido. Es muy amable, mi Johannes, aunque no siempre ha visto el lado más dulce de las personas.

Clavó unos golpecitos a la mejilla de su nieto y en Johannes, rojo de vergüenza, se va arronsar de hombros.

—Bah, es la cosa más normal del mundo —hizo, y fue hacia la cocina, seguido por los otros.

Entraron a una cuineta rústica y pequeña, pero muy acogedora y luminosa, como otras muchas que en Patrik había visto a lo largo de sus años de servicio. Estaba recogida y limpia, pero en el estado original. El linóleo todavía cubría el tierra, las puertas de los armarios eran de la década de los cincuenta y el alicatado, de un amarillo llamativo. A la pared, un enorme reloj con ornamentos dorados repicaba agradablemente y la mesa estaba cubierta con un hule acabado de limpiar con un estampado de pequeñas frambuesas rojas.

—No te preocupes, no os daré café hervido —dijo en Johannes, sonriendo mientras se dirigía hacia el mármol—. El primero que hice cuando vine aquí fue tirar la olla y comprar una cafetera de buena ley. Y me tienes que dar la razón que ahora el café es mucho más bueno, oi, abuelo?

En Sixten hizo una mueca, pero después asintió con la cabeza.

—Sí, hay que reconocer la bondad de ciertas modernidades.

—Tenéis, y cogéis un corte de pastel, si os apetece —dijo en Johannes, y los alargó dos tazas de café.

Después se sentó y los miró con ademán grave.

—Habéis venido porque os interesa aquello que grabé, oi? —preguntó.

—Sí —respondió en Patrik—. En Gösta te vio a la granja grabando con el móvil, antes de salir a registrar el bosque con tu grupo, y estamos muy interesados a ver el vídeo.

—No sabía que no se podía grabar. Ver todo aquel gentío dispuesto a dar un golpe de mano me impactó tanto, que quería mostrar como pueden llegar a ser de buenas las personas.

En Johannes parecía compungit.

—Pero dejé de grabar así que en Gösta nos lo dijo. Y no lo he colgado al Facebook ni nada por el estilo, lo prometo.

En Gösta levantó las manos.

—No tienes que sufrir para nada, Johannes. Más bien creemos que nos puede ayudar en la investigación. Nos harías un gran favor si nos dejaras ver el vídeo. Todavía lo tienes?

—Sí, e incluso lo he descargado a un lápiz de memoria para vosotros. Y si os queréis llevar el móvil, adelante, pero preferiría que no lo hicierais, lo necesito para el trabajo y para... —se puso rojo, pero después continuó—: porque me pueda trucar mi prometida.

—Ha conocido una chica de lo más dulce —dijo en Sixten, y picó el guiño a en Johannes—. estuvo en Tailandia y la chica es bonita como un solo, de cabellos oscuros y ojos negros. Ya te dije que tarde o temprano encontrarías alguien, oi que te lo dije?

—Sí, me lo dijiste —respondió en Johannes, todavía más avergonzado—. Cómo os decía, si queréis os podéis llevar el teléfono, pero a lápiz de memoria hay toda la grabación y quizás con esto habrá basta, no?

—Hay bastante —dijo en Patrik, para tranquilizarlo.

—Pero nos gustaría dar un vistazo ahora mismo, si te parece bien —dijo en Gösta, señalando el teléfono que había encima la mesa, junto a en Johannes.

El hombre asintió con la cabeza, cogió el móvil y empezó a buscar en la carpeta

de archivos.

—Aquí, es este.

Dejó el teléfono encima la mesa entre en Gösta y en Patrik, con la pantalleta girada hacia los dos policías. Concentrados, observaron el vídeo. Se los hizo muy extraño, ver aquellas imágenes, ahora que sabían cómo había acabado todo ello. Cuando en Johannes las había grabado, todavía tenían la esperanza de encontrar la niña con vida. Se podía ver en la desazón que reflejaban las caras de las personas que se habían llegado hasta la granja, en la manera de hablar, gesticular, como formaban grupos y se adentraban al bosque. En Patrik se vio a sí mismo apareciendo un instante fugaz y se dio cuenta que tenía un ademán de lo más serio. Incluso vio en Gösta, hablando con a Eva, con un brazo sobre los hombros de la mujer.

—Muy buena cámara —dijo en Patrik, y en Johannes asintió con la cabeza.

—Sí, es el último modelo de Samsung, la calidad del vídeo es muy alta.

—Mmm...

En Gösta fijó la vista sin levantar los ojos de la pantalleta. La cámara mostró un panorama de todo el patio, se dirigió hacia el establo, después nuevamente al patio y, entonces, hacia la casa principal.

—Allá! —exclamó en Gösta, señalando un punto de la imagen.

En Patrik pulsó el botón de pausa, pero tuvo que retroceder un poco, porque se los había escapado la secuencia que en Gösta quería ver. Y los dos se inclinaron sobre la pantalleta para verlo mejor.

—Allá —repitió en Gösta, y con el dedo señaló la pantalleta.

Y, entonces, incluso en Patrik vio a que se refería su compañero. Aquello daba un tumbó a la investigación.

El caso Stella

SENSE LA K ATE, la vida era vacía. En Leif se paseaba arriba y abajo por casa sin saber donde ir. El dolor era demasiado penetrante, todos los años que habían pasado desde que la habían enterrado no le habían mitigado la pena. Más bien, aquella sensación de soledad había empeorado. Los niños vendía a verlo, esclar, habían criado buenos hijos, que lo estimaban. La Viola sacaba la nariz por casa casi cada día. Pero tenían vida propia. Eran adultos, habían marchado de casa, habían formado una familia, tenían un trabajo y un día a día que no habría ni tenía que incluir un viejo afligido. Así que, ante ellos, fingía. Los decía que todo iba bien, que salía a pasear, que escuchaba la radio, que hacía crucigrama. Y era verdad. Pero echaba de menos tanto Kate que pensaba que se haría añicos sin ella.

Y echaba de menos el trabajo. Era cómo si no estuviera, como si llevagués una existencia sin función, sobrero.

Ahora que disponía de tanto de tiempo había empezado a rumiar. Un poco en todo. En las personas. En los casos. En cosas que se habían dicho a lo largo de los años. Y en las que no se habían dicho.

Pero, por encima de todo, daba vueltas al caso Stella. Y, en realidad, era muy extraño. había sido completamente convencido. Pero Kate le había generado la duda, su mujer siempre se había mostrado incrédula. Y, hacia el final, cada vez le resultaba más evidente que la duda la mordisqueaba por dentro. Como por ejemplo lo mordisqueaba a él.

Por las noches, cuando no podía coger el sueño, pensaba en todas y cada una de las palabras pronunciadas. Cada testigo. Cada detalle. Y, cuanto más pensaba, más sentía que algo ganía. Algo que se los había escolat entre los dedos y las ganas de cerrar el caso, de dar una respuesta a la familia, había provocado que todo hubiera quedado de aquella manera.

Pero ya no podía cerrar más los ojos a su error. Todavía no sabía cómo, donde o cuándo. Pero había cometido un error terrible. Y allá fuera, en algún lugar, el asesino de la Stella continuaba estando en libertad.

—R

ITA, BONITA.

En Mellberg trucó a la puerta por quinta vez, pero como respuesta sólo obtenía retahílas largas de tacos en castellano. O como mínimo creía que lo eran. No dominaba del todo aquel idioma, pero teniendo en cuenta el tono de voz, de dentro de la casa no le estaban precisamente lanzando requiebros.

—Amor? Pequeñita? Mi preciosa Rita?

Endulzó la voz tanto como pudo y volvió a trucar. Después suspiró. No entendía que costara tanto poderse disculpar.

—Por favor, que puedo entrar? Tarde o temprano tendremos que hablar. Piensa en en Leo, echará de menos el abuelo.

Le llegaron una serie de gruñes del interior de la casa, pero ningún taco. Aquello indicaba que había elegido la estrategia adecuada.

—No podemos hablar un rato? Te echo de menos. Os echo de menos.

Contuvo la respiración. Adentro se había hecho el silencio. Después sintió el ruido de una clave que giraba a la cerradura. Aliviado, cogió la bolsa que tenía a los pies y, muy lentamente, entró cuando Rita abrió la puerta. No tenía muy claro si le caería algún objeto contundente a la cabeza. El temperamento de aquella mujer podía hacer que las cosas volaran por los aires. Pero Rita se conformó de plantarse ante sede con los brazos plegados y fulminarlo con la mirada.

—Perdón, actué de manera apresurada y estúpida —dijo en Mellberg, y vio que a Rita se quedaba boquiabierta.

Era la primera vez que lo sentía disculparse.

—Me han explicado el que ha pasado —dijo Rita. El tono de voz todavía era severo y enfadado.— Eres consciente que el que hiciste puede haber desencadenado aquel incendio?

—Sí, ya lo sé. Y me sabe un grave terrible.

—Y has aprendido nada de todo esto? —preguntó, y lo escrutó con la mirada.

En Mellberg asintió con la cabeza.

—Un montón. Y haré el que haga falta porque todo vuelva a la normalitat.

—Perfecto! Puedes empezar cogiendo todo el que he sacado del dormitorio y poniéndolo en una maleta.

—Una maleta? Me pensaba que habías dicho que...

Lo asaltó el pánico, cosa que Rita le debía de ver a los ojos, porque se afanó a decir:

—He hecho elige entre toda tu ropa. Y la mía. Para llevarla a los refugiados del centro cívico. Así que ya puedes coger todo el que hay sobre la cama y después me acompañarás a traerlo. Por el que he sentido, en Bill está haciendo un trabajo increíble para los refugiados que han perdido la casa.

—A que te refieres con esto de «una elige»? —preguntó en Mellberg, intranquilo, pero calló enseguida.

Incluso él se daba cuenta que no era el momento de cuestionar nada. Si alguna

de sus pertenencias más preciadas había ido a parar a la pila, siempre podía volverla a desar discretamente al armario.

Cómo si le hubiera leído los pensamientos, Rita dijo:

—Y si vuelves a guardar una sola cosa de las que he elegido, ya te puedes buscar un lugar para pasar esta noche también! Y todas las que vengan...

Mierda. Rita siempre le iba un paso por delante, pensó mientras iba hacia la habitación. La montaña que se elevaba encima de la cama era colosal. Y en lo alto de todo había su jersey preferido. Podía estar de acuerdo que había visto días mejores, pero era tan cómodo... Y nadie se había muerto por un par o tres de foradets aquí y allá. Despacio lo cogió y miró alrededor. Quizás Rita no se daría cuenta sí...

—Aquí!

Se le había plantado detrás, con el brazo extendido sosteniendo una bolsa de basura. Con un suspiro largo y profundo, en Mellberg introdujo el jersey dentro de la bolsa, y a continuación todo el resto de ropa. La pila de Rita era la mitad de alta, pero en Mellberg consideró que tampoco era el momento de comentarlo. Acabaron llenando dos bolsas de basura y en Mellberg hizo un nudo y las dejó al recibidor.

—Venga, marchamos —dijo Rita, apareciendo a la puerta de la cocina con dos bolsas llenas hasta arriba de comer.

Salió a la calle la primera, pero cuando en Mellberg dejó las bolsas en tierra para cerrar con clave, Rita se giró y dijo, simplemente:

—Por cierto, a partir de mañana tendremos invitados en casa.

—Invitados? —dijo, y pensó en quién podía haber invitado aquel golpe.

A veces, la hospitalidad de Rita no tenía límites.

—Sí, los hijos de en Karim se estarán con nosotros hasta que den el alta a su padre. Es el mínimo que podemos hacer, teniendo en cuenta todo el que has ocasionado.

En Mellberg abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida y levantó de tierra las bolsas de basura. A veces, el mejor era saber elegir las batallas.

—Hola, Bill. Qué gentío! —dijo Paula, mirando alrededor.

Muchas personas habían sacado la nariz en el centro cívico y el viejo edificio hervía de actividad. Por todas partes, suecos y refugiados charlaban todos juntos y unas risas alegres se elevaban hasta el techo.

—Sí, has visto nunca una cosa como esta? —hizo en Bill—. Qué generosidad! Qué implicación! Quién lo podía sospechar?

—Como mínimo hace la impresión que puede salir algo buena, de todo esto —dijo Paula, seria.

En Bill asintió con la cabeza.

—Tienes toda la razón. Bien, todos tenemos al corazón la familia que está en el hospital.

Se mordió el labio inferior.

La mujer de en Bill, la Gun, se los acercó y cogió su marido de bracet.

—Tenéis noticias? —preguntó.

Paula sacudió la cabeza.

—El último que he sentido es que los hijos de en Karim y la Amina se quedarán

en observación hasta mañana. En Karim se tendrá que estar en el hospital un par de días más, por las heridas graves que ha sufrido en las manos, y la Amina... bien, no sé qué pasará.

La Gun estrechó el brazo de en Bill con más fuerza.

—Si os podemos ayudar con algo...

—Madre mía, si hacéis más del que se os podría pedir! —dijo en Martin, y miró alrededor.

—He ofrecido a en Karim que los niños vengan a casa nuestra —dijo Paula.

La Gun asintió con la cabeza.

—Sois muy amables, pero si no podéis ya nos encargaremos nosotros.

—No, y ahora —dijo Paula—. En Leo estará muy contento de poder jugar con alguien y, cuando yo sea al trabajo, mi madre nos dará un golpe de mano.

En Martin se fregó la garganta.

—Tenemos que hablar con todo el mundo quien vivía cerca de en Karim y la Amina. Para ver si vieron o sentir nada. Sabéis quién...?

Miró alrededor, por todas partes había gente.

—Esclar! —hizo en Bill—. Empiezo a saber quién es quién. La pareja que voces allí abajo vivía justamente junto a ellos. Es un buen punto de partida y, después, los puedes preguntar a ellos mismos por quienes más tendríais que continuar.

—Gracias —dijo Paula.

Los dos policías se abrieron entre el gentío hasta llegar a la pareja que en Bill los había señalado. Pero la conversación fue una auténtica decepción. Cómo pasó después con la mayoría de los vecinos del centro de internamiento. Nadie había visto ni sentido nada. Todos dormían cuando, de repente, los despertaron los gritos y el humo, y cuando salieron hacia fuera el caos era absoluto.

Paula se dejó caer en una silla que había en una esquina y sintió como la desesperación le crecía por dentro. Llegarían a pillar nunca el responsable de toda aquella desgracia? En Martin se le sentó al lado y empezó a explicarle qué harían. De repente, enmudeció a media frase. Paula miró en la misma dirección que su compañero y una sonrisa de oreja a oreja se le dibujó a la cara.

—Aquella no es...?

Clavó una empeneta a su compañero y en Martin asintió con la cabeza. No hacía falta que dijera nada. Sus mejillas encendidas hablaban por sí solas y la sonrisa de Paula se hizo todavía más amplio.

—Muy atractiva.

—Va, para —dijo en Martin, y todavía se puso más rojo.

—Y cuando me has dicho que habéis quedado para ir a cenar?

—Sábado —respondió en Martin, sin apartar los ojos de la chica con la criatura.

—Cómo se llama? —preguntó a Paula, escrutando aquella chica con la mirada.

Parecía simpática. Ojos dulces, todo y la mirada agobiada propia de una madre con una criatura pequeña que últimamente Paula siempre se encontraba cuando se miraba al espejo.

—Mette —contestó en Martin, brevemente, y ahora tenía la cara tan encendida que se hacía difícil saber donde empezaban los cabellos.

—Martin y Mette —dijo Paula—. Vaya, suena realmente bien.

—Déjalo estar —hizo, y se puso derecho cuando la Mette miró ninguna donde eran ellos.

—Hazle un gesto porque se acerque —dijo Paula.

—No, no —añadió en Martin, nervioso. La Mette ya se los estaba acercando, cargando su hijo a cuestas.

—Hola! —saludó la chica, alegremente.

—Ei! —hizo Paula, y rápidamente alargó una mano.

—Es terrible, esto que ha pasado —dijo la Mette, moviendo la cabeza—. Que alguien pueda ser tan miserable de hacer una cosa así. Con criaturas viviendo allá dentro y todo esto.

—Sí, no dejas nunca de sorprenderte del que es capaz de hacer la gente —dijo Paula.

—Sabéis quién ha sido? Si se trata de una persona o de más de una?

La Mette miró en Martin, que inmediatamente se volvió a poner rojo como un pimiento.

—No, todavía no. Hemos hablado con unas cuantas personas del centro de internamiento, pero desgraciadamente nadie vio nada.

—Así, pues, tendremos otro centro de refugiados incendiado a las estadísticas —dijo la Mette.

Ni Paula ni en Martin no respondieron. Temían que tuviera razón. Hoy por hoy todavía no habían encontrado ninguna pista concreta. Por todo Suecia se habían producido incendios en centros de internamiento de inmigrantes, en la mayor parte de los casos sin que la policía hubiera podido detener los autores. Allá se corría el riesgo que pasara el mismo.

—Sólo hemos venido a traer los juguetes viejos de en Jon —dijo la Mette, y dio un beso a su hijo a la mejilla—. Ahora nos tenemos que ir, pero hasta mañana al atardecer, oi?

—Y tanto —respondió en Martin. La vermellor se le había extendido hasta el cuello.

Con la mano, se despidió de la Mette y en Jon mientras madre e hijo iban hacia la puerta. Y Paula también levantó la mano.

—Un aprobado clarísimo! —sentenció, con una sonrisa socarrona, y en Martin soltó un suspiro.

Después le llegó el turno de mofar-se de su compañera.

—Mira! Tengo la impresión que los pecados de en Bertil han sido perdonados...

Paula se giró hacia la puerta y levantó los ojos al cielo cuando vio su madre y en Mellberg entrante en el centro cívico con dos bolsas de la compra y dos de basura a las manos.

—Me pensaba que esta vez tendría que ir, como mínimo, una semana entera con la cola entre piernas —suspiró—. La mama es demasiado blanda... pero, vaya..., en el fondo en Mellberg no lo hace con mala intención. En el fondo.

En Martin rió por debajo la nariz.

—Me pregunto quién es demasiado blanda, en realidad.

Paula no le respondió.

En Sam ignoró los primeros cinco mensajes de texto de la Jessie y después ya no se pudo contener más. Realmente no estaba enfadado. Lo entendía. Si no conociera tan bien la Vendela y los otros, quizás habría hecho el mismo. Estaba más preocupado que furioso. Preocupado para saber qué estaban tramando.

Preocupado porque le harían daño.

En Sam se quedó quieto unos cuantos minutos con el móvil en la mano. Después escribió.

«Quedamos al bosque de atrás casa mía. Bajo el roble grande. No tiene pérdida.» Después de enviar el mensaje, bajó al piso de bajo. En James estaba sentado al despacho, con los ojos clavados a la pantalla del ordenador. Levantó la cabeza cuando en Sam entró, con la misma arruga entre las cejas que siempre aparecía así que veía su hijo.

—Qué quieres? —dijo.

En Sam se va arronsar de hombros.

—Había pensado salir a practicar un poco el tiro al blanco. Puedo coger la Colt?

—Y tanto —dijo en James, y se levantó y fue hacia el armer—. Había pensado que podíamos ir a practicar un rato por la tarde.

—He quedado con la Jessie.

—O sea que practicarás con tu xicota?

En James se había plantado ante el armer y en Sam sólo sintió el sonido que emitían las teclas cuando pulsaba los números y el dring metálico de la caja al abrirse.

—No es como los otros —dijo en Sam.

—De acuerdo. —En James se giró y dio la arma a en Sam.— Ya conoces las normas. Vuévela en el mismo estado que la has encontrado.

En Sam se limitó a asentir con la cabeza.

Se puso la arma al cinturón y salió del despacho. Sintió como los ojos de en James se le clavaban a la nuca.

Cuando en Sam pasó por la cocina, la madre era ante el mármol, como siempre.

—Donde vas? —preguntó.

La voz, un falset tembloroso.

—A hacer prácticas de tiro —respondió, sin mirarla.

Se movían haciendo círculos el uno alrededor del otro. Los dos con miedo de hablar. Los dos temerosos de pronunciar alguna palabra de más. La madre le había comentado que la Erica Falck quería hablar con él, pero en Sam todavía no había decidido como lo haría. Qué le quería explicar. Qué le podía explicar.

Cuando salió al jardín de atrás la casa, olía a césped acabado de cortar. En Sam se había encargado el anochecer anterior. En James se lo obligaba tres golpes a la semana.

Miró hacia la derecha y vio el establo de casa de la Nea. Bien es verdad que, no le gustaban mucho los niños pequeños, la mayoría eran unos salvajes llenos de mocos. Pero la Nea había sido diferente, había sido como un rayo de sol sonriente. Sintió que se le hacía un nudo al estómago y apartó la vista. No quería pensar.

Cuando entró al bosque, los hombros se le relajaron de golpe. Allí encontraba la tranquilidad. Allí no había nadie a quien le importara la fila que hacía, como era, como hablaba. Al bosque podía ser, simplemente, en Sam.

Va aclucar los ojos y reclinó la cabeza atrás. Respiró por la nariz. Sintió el olor de hojas y pinassa, el rumor de los pájaros y otros animalons que corrían por tierra. A veces se imaginaba que era capaz de sentir el aleteig de una mariposa o como un escarabajo se ensartaba por un tronco de árbol. Lentamente, se puso a

girar sin abrir los ojos.

—Qué haces?

En Sam se estremeció y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Nada —respondió.

La Jessie le sonrió y en Sam sintió una escalforeta al pecho.

—Parecía muy agradable —dijo la chica, y va a clucrar los ojos.

Reclinó la cabeza atrás y, lentamente, se puso a dar vueltas. Empezó a reír y tropezó, pero en un cerrar y abrir de ojos en Sam era a su lado, sosteniéndola.

En Sam hundió la nariz en los cabellos de la Jessie, la estrechó entre los brazos y sintió su cuerpo flonjo en las manos. Deseó que la Jessie se viera a sí misma tal como la veía él. No habría cambiado ni un solo detalle aunque hubiera podido.

Pero la Jessie era como él. Estaba anorreada por dentro. No había palabras que lo pudieran arreglar.

La Jessie lo miró con aquellos ojos preciosos y graves.

—Estás enfadado?

En Sam le apartó un copo de cabellos de la cara.

—No —respondió, y sabía que estaba diciendo la verdad—. Sólo quiero que no sufras una decepción. Y que no te hagan daño.

—Ya lo sé —dijo la chica, y escondió la cara contra su pecho—. Sé que con la Vendela has vivido cosas muy diferentes de las mías. Pero en casa suya ha sido muy amable. Me parece que nadie es capaz de fingir tan bien.

En Sam se limitó a mascullar, se dio cuenta que estrechaba con fuerza los puños. Sabía perfectamente el tipo de persona que era la Vendela. Y en Nils y en Basse, también. Había visto como disfrutaban atormentándolo.

—Me han invitado en una fiesta en casa de en Basse mañana —dijo la Jessie—.

Tú también estás bienvenido.

Los ojos le brillaban intensamente y en Sam deseaba poder llamar que no fuera. Pero la Jessie sólo había recibido puntapiés durante toda la vida. Y decidió que él no lo haría.

—Ten cuidado —se limitó a decir, y le mimó la mejilla.

—No pasa nada, pero si sufres puedes venir conmigo, no?

En Sam hizo que no con la cabeza. Nunca jamás pondría un pie en casa de en Basse.

—No los quiero ver, pero, por supuesto, tú puedes ir. No te prohibiría nunca hacer nada, oi que lo sabes?

Le cogió la cara con las dos manos y, suavemente, le dio un beso a los labios.

Cómo siempre, la Jessie lo dejaba sin el aliento.

—Ven! —dijo en Sam, y le cogió la mano y la estiró hacia él.

—Donde vamos? —preguntó la Jessie, jadeando mientras lo seguía casi corriente.

—Te enseñaré una cosa.

En Sam se paró de repente y le señaló una diana colgada en un árbol algo más adelante.

—Dispararás? —preguntó la chica.

Los ojos le brillaron de una manera que en Sam no había visto nunca.

—Tú también lo harás —respondió.

La Jessie no apartó los ojos de la pistola que en Sam se sacó del cinturón.

—Me parece increíble que tus padres te dejen tener una arma.

En Sam rió por debajo la nariz.

—Mi padre me anima que la use. Considera que es el único que me sale bien.

—Y eres bueno?

—Mucho.

Y era verdad. Era cómo si el cuerpo supiera exactamente el que tenía que hacer porque la bala fuera a parar justo donde quería.

—Primero te enseñaré como se hace y después te ayudaré a hacerlo, de acuerdo?

La Jessie asintió con la cabeza y sonrió.

A en Sam le encantaba verse a través de los ojos de la Jessie. Entonces se convertía en una persona mejor. En todo el que su padre no había creído nunca que era.

—Ponte así. Entonces levanta la pistola con la mano derecha, como hago yo. Después haces deslizar la corredora cabe atrás. Ahora ya tienes una bala a la recámara.

La chica asintió con la cabeza. Los ojos le refulgían.

—Ya estás preparada para disparar. Mantén el polos estable. El objetivo al cual quieres disparar tiene que estar dentro de este punto de mira. Si consigues que la pistola no se mueva, podrás acertar todo el que quieras.

En Sam adoptó la posición adecuada, va a clucar los ojos, apuntó y pulsó el gatillo. La Jessie hizo un bot y chilló. En Sam va esclafir a reír.

—Te has asustado?

La Jessie asintió con la cabeza, pero sonrió de oreja a oreja. En Sam le hizo un gesto con la mano porque se acercara y se colocara a su lado.

—Ahora te toca a tú.

Le alargó la pistola, se situó detrás suyo y la rodeó con los brazos.

—Aguántala así.

Cogiendo la culata de la arma, colocó los dedos de la Jessie y le separó las piernas para adoptar la posición correcta.

—Ahora estás bien y aguantas la pistola como es debido. Has fijado el objetivo? Estás apuntando en el centro de la diana?

—Y tanto, en medio.

—Perfecto, pues ahora me alejaré y tú pulsas suavemente el gatillo. No lo tienes que hacer deprisa y con fuerza, sino mimándolo.

La Jessie no se meneó nada; se mantuvo en una posición muy estable, sosteniendo la pistola como le había enseñado en Sam. La respiración era suave y regular.

En Sam va arronsar los hombros mientras esperaba la detonación.

La bala se incrustó a la diana y la Jessie empezó a saltar arriba y abajo.

—Cuenta, no te puedes poner a hacer bots con una pistola cargada en la mano!

—llamó, pero a la vegada sintió una felicidad enorme al ver la Jessie tan contenta.

a La chica dejó la pistola en tierra y se giró hacia en Sam con una sonrisa de oreja a oreja. Nunca había sido tan bonita cómo en aquel momento.

—Eres buenísima —dijo.

La abrazó y la estiró hacia él. La estrechó con fuerza, como si fuera la última cosa que lo retenía en aquel mundo. Y era muy bien así.

—Te estimo —jadeó.

La Jessie se quedó en silencio unos segundos. Lo miró con ojos inseguros. Cómo si se preguntara si aquellas palabras realmente iban dirigidas a ella. Después sonrió, con aquella sonrisa fantástica y precioso.

—Yo también te estimo, Sam.

—Hola, Kristina —dijo el Erica, un poco demasiado alegre.

Podía notar claramente los efectos de todas las copas de champán que se había tomado y se dijo a sí misma que ya hacía falta que se espabilara. Por si acaso, había sido masticando chicle de menta durante todo el trayecto hasta casa y, cuando se había lanzado el aliento a la palma de la mano, no le había parecido sentir nada de olor de alcohol.

—Vaya, por el que veo has aprovechado para tomarte un par de copetes —dijo Kristina, cuando salió a recibirla a la puerta.

El Erica suspiró. Su suegra tenía la nariz de un perro rastreador. La sorprendía que en Patrik no le pidiera más a menudo que los diera un golpe de mano cuando tenían que seguir una pista.

—Bah, me han invitado a una copa de champán a la galería de arte —dijo.

—Una copa... —se va mofar Kristina, y volvió a entrar a la cocina.

El aroma que salía de allá dentro era deliciosa.

—Cómo siempre, en casa sólo teníais comer de aquel horroroso con un montón de se y Dios sabe cuántos productos químicos. Si continúan con esta dieta, a los niños pronto los saldrá cola. Creo que un poco de comer casero de vez en cuando no los...

El Erica dejó de escuchar, se dirigió hacia el horno y abrió la puerta. Lasanya de Kristina. Cuatro moldes enteros porque pudieran llenar hasta el congelador hasta arriba.

—Gracias —dijo, y abrazó espontáneamente a su suegra.

Kristina se la miró atónita.

—Sin ningún tipo de duda, más de una copa. —Se sacó el delantal, lo colgó y salió hacia la sala de estar, mientras continuaba hablante:— Los niños pueden comer cuando esté hecho, han sido jugando muy bien excepto un pequeño incidente con el camión, pero lo hemos sabido resolver. La Maja y yo. Es muy dulce y tierna, esta neneta; es clavada a en Patrik a su edad, nunca daba problemas, se podía pasar horas sentado en tierra jugando todo solet. Pero ahora ya hace falta que me afane a volver a casa, todavía me falta preparar un montón de cosas del casamiento, y no se puede decir que en Gunnar sea de mucha ayuda. Ya me quiere ayudar, ya, pero no acaba de hacerlo bien, así que es mejor que me encargue yo misma. Y hace poco me han trucado del Stora Hotellet pidiéndome que vaya mañana mismo a elegir los platos y los vasos que usaremos para la cena. Inocente de mí, me pensaba que sólo tenían de un tipo, pero al parecer nada de esta boda será sencillo. Y lo tengo que hacer todo yo. A las doce he quedado con alguien del hotel, pero espero que terminamos deprisa. Los he pedido que me envíen fotos de los servicios, pero resulta que es del todo imprescindible que vaya en persona. Me cogerá un ataque de corazón antes de que todo esto se acabe...

Kristina suspiró. Estaba girada de espaldas, calzándose los zapatos, de forma que

no pudo ver la sonrisa de oreja a oreja de la Erica. Anna había cumplido su prometeda.

Despidió la suegra con la mano y se dirigió hacia la sala de estar, donde había los niños. La sala estaba inusualmente limpia y aseaba y la Erica sintió una mezcla de gratitud y vergüenza. Naturalmente, era un poco ridículo que la madre de en Patrik pensara que tenía que ponerse a limpiar cuando vendía en casa, pero, a la vegada, la Erica consideraba que había cosas más importantes que tener una casa impecable. Por supuesto, le encantaba tenerla limpia y pulcra, pero aquello ocupaba un tercer lugar, detrás de tener tiempo para el trabajo y para hacer de madre. Además, también tenía que quedar para ser esposa y, quizás, incluso un poco la Erica. Y, para conseguirlo, a veces priorizaba un capítulo de *Dr. Phil* por ante recoger y asear. Pero quizás era justamente aquello el que había evitado que se acabara quemando, el hecho que a veces dejaba que todo al suyo cercando fluyera.

El reloj en forma de huevo sonó y el Erica volvió a la cocina para sacar los moldes de lasanya del horno. El estómago le rugió con fuerza. Llamó los niños, los instaló a la mesa y los sirvió unas porciones generosas de aquella delicia de aroma exquisito. Fue maravilloso, poder sentar un rato a charlar tranquilamente con sus hijos. Los pasaban un montón de cosas por la cabeza y, como siempre, tenían un millar de preguntas. A aquellas alturas, la Erica ya había aprendido que «porque sí» no era una respuesta válida.

Después de cenar, los niños estaban frisosos para ir a jugar otro golpe, así que el Erica aseó la cocina y puso en marcha la cafetera. Cinco minutos más tarde, finalmente se pudo sentar con el almanaque que le había dado la Viola. Empezó a hojearlo. Estaba pleno de garabatos minúsculos y anotaciones. Le costó entender la caligrafía recargolada, propia de otros tiempos, y, además, era tal como le había dicho la Viola: su padre usaba un puñado de abreviaturas. Pero el Erica enseguida se dio cuenta que en Leif había ido apuntando cada día buena parte del que le había pasado, desde las reuniones a qué había asistido hasta el tiempo que había hecho. Tener en las manos la vida de un desconocido le provocaba un sensación extraña. Días de cada día y fines de semana, uno detrás el otro, con pequeñas anotaciones con tinta azul sobre todo tipo de cuestiones. Hasta que, al final, ya no había nada más. Dio un vistazo a la última fecha en que aparecía una anotación. Era el día en qué había muerto el viejo policía. Rumiant, pasó la mano por la página. Se preguntó qué le había hecho tomar la decisión que sería justamente aquel el último día de su vida. A las anotaciones no encontró ninguna pista. Sólo comentarios sencillos y cotidianos. Solo, brisa ligera, paseadas hasta Sälvik, idas al supermercado. El único que le llamó la atención fue una anotación: «11». A qué podía hacer referencia?

El Erica va arrufar las cejas. Volvió ninguno atrás para ver si encontraba aquellas mismas cifras en alguno otro lugar. Pero, no. Era el único día en que aparecían. En cambio, una semana antes encontró una anotación que hizo que se parara. «55», decía, y después, «a las dos». Aquel «^o^o» era una manera de referirse a alguien con quien se tenía que ver a las dos? Y, si era así, de quien se trataba? Y se habían visto?

El Erica dejó el calendario encima la mesa. Afuera, el solo empezaba a adoptar un tono rojizo y había empezado a bajar hacia el horizonte. La tarde llegaba al

fin y Dios sabía a qué hora volvería a casa en Patrik. Tenía una leve sensación de haber olvidado de explicarle algo, pero ahora le había huido de la cabeza. Se va arronsar de hombros. Seguro que no era nada imtraído.

Derecho ante la pizarra blanca de la sala de reuniones y con el bolígrafo a la mano, en Patrik miró alrededor.

—Hemos vivido días largos e intensos —dijo—, pero teniendo en cuenta el que ha pasado últimamente quería tener una reunión todos juntos y, después, que nos repartimos el trabajo de mañana.

Paula levantó el brazo.

—No cruces que ha llegado el momento de pedir refuerzos? Uddevalla? Göteborg?

En Patrik sacudió la cabeza.

—Ya he hablado. Van cortos de personal. Los recortes. Desgraciadamente, lo tendremos que resolver a solas.

—De acuerdo —dijo Paula, pero parecía abatida.

En Patrik lo entendía perfectamente. En casa tenía criaturas todavía más pequeñas que él, y estaban pasando muy poco tiempo con las familias.

—Habéis conseguido averiguar nada en el centro cívico? —dijo, y se preguntó por qué, de repente, Paula sonreía de oreja a oreja a en Martin.

—No, ni una pizca —contestó en Martin, sin mirar su compañera—. Nadie había visto nada. Todos dormían cuando, de repente, los despertaron los gritos y el rebombori.

En Patrik asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Aún así, gracias. Gösta, nos podrías explicar el que has descubierto hoy?

—Y tanto! —hizo en Gösta, con un cierto orgullo.

Y con toda la razón del mundo, pensó en Martin. Aquel día, su compañero había llevado a cabo una labor policial de primer nivel.

—Desde el comienzo, me hizo muy mala espina aquello de las calcetes de la Nea, que, muy convenientemente, encontramos en casa de en Karim.

En Gösta evitó mirar en Mellberg, que, a su vez, no levantaba los ojos de un nudo a la madera de la mesa.

—Y sabía que había visto algo que era relevante... Pero ya no tengo veinte años...

Apuntó una media sonrisa.

En Patrik se dio cuenta que todos sus compañeros estaban tensos. Sin ningún tipo de duda, habían comprendido que pasaba alguna desde el mismo momento que habían vuelto a la comisaría, pero en Patrik se había esperado a poderlo explicar a todos a la vez.

—La cuestión es que la Nea, según su madre, traía unas calcetes con motivos de la película de Disney *Frozen*. Las habían comprado en una caja de cinco, cada una de un color diferente. Las que encontramos en casa de en Karim eran azules y era justamente esto que me hacía bailar cabeza. Pero al final se me ocurrió una idea, a pesar de que no sabía como demostrarlo, y tampoco estaba completamente seguro...

—Cojones, puedes ir al gra de una vez? —masculló en Mellberg, pero sus

compañeros lo fulminaron con la mirada.

—Recordé que uno de los voluntarios que formaba parte del grupo que había encontrado la Stella había sido grabando con el móvil antes de salir al bosque, así que con en Patrik lo fuimos a ver y el hombre nos dio una copia del vídeo. Patrik, se lo puedes mostrar?

En Patrik asintió con la cabeza y pulsó algunas teclas del ordenador que había dejado encima la mesa en ángulo, cosa que permitía que todos pudieran ver la pantalla.

—Qué veremos? —preguntó en Martin, inclinándose ninguno adelante.

—Intentáis descubrirlo vosotros mismos. Si no os salís, volveremos a pasar el vídeo otro golpe y os lo enseñaremos —dijo en Patrik.

Observaron la pantalla atentamente. La cámara hacía un vareo por toda la granja, adelante y atrás: la casa, el patio, el establo, toda la gente que se había reunido...

—Allá —dijo en Gösta—. Al tendedero de la ropa. Lo veis?

Se acercaron todavía más a la pantalla.

—Las calcetes azules! —exclamó a Paula—. Son allá!

—Exacto!

En Gösta se puso las manos detrás la cabeza.

—Es del todo imposible que la Stella las llevara puestas cuando desapareció, porque cuando salimos a buscarla eran al tendedero.

—O sea que, en otras palabras, alguien las robó y las escondió en casa de en Karim. Después, trucó de manera anónima a la comisaría y lo atendió en Mellberg.

—Esto mismo —dijo en Patrik, serio—. Alguien ha intentado cargar las culpas a en Karim y, basándome en la experiencia, sospecho que el objetivo no necesariamente tiene que ser él, sino que más bien me inclino a pensar que el responsable pretendía desviar la atención hacia cualquier que viviera en el centro de internamiento.

Paula suspiró.

—El pueblo va pleno de rumores que tiene que ser uno de los refugiados.

—Y, entonces, seguro que alguien pensó que era una buena idea encargarse él mismo del asunto —dijo en Patrik—. Una hipótesis bastante verosímil con que creo que tendríamos que trabajar es que este acto responda a algún tipo de motivación xenófoba. Y la pregunta, pues, es si se trata de la misma persona, o personas, que después empezaron el fuego.

—Se han declarado incendios en centros de internamiento de refugiados de todo Suecia —dijo en Gösta, serio—. La gente se piensa que está por encima de la ley.

—Teniendo en cuenta la cantidad de votos que obtuvieron a las últimas elecciones los Amigos de Suecia, no me sorprende nada —añadió en Patrik, y movió la cabeza.

El ambiente político se había endurecido en Suecia, y en todo Europa. Incluso para inmigrantes de segunda generación como Paula, pero en Patrik no habría pensado nunca que aquel odio llegaría hasta allá.

—Propongo que, a partir de ahora mismo, separemos esta investigación del asesinato de la Nea. Considero que no tienen nada en común y no tengo ninguna

ganas de complicar más las cosas mezclando manzanas y peras. Ya hemos perdido un tiempo demasiado valioso.

—No era tan fácil de saber —masculló en Mellberg, pero enseguida volvió a callar.

Indudablemente se dio cuenta que todavía tocaba bajar la cabeza.

—Paula, quiero que te encargues del incendio. Con la ayuda de en Martin, esclar. Continúa preguntando, no tan sólo cuando y como empezó el fuego, sino también cuando podrían haber dejado las calcetes en casa de en Karim. Si alguien vio rondar por el centro alguna persona que no tenía que hacer nada y cosas por el estilo.

—Me cuesta ver de qué momento estamos hablando —dijo a Paula.

En Patrik va rumiar unos segundos.

—Debía de tener alguna relación con la llamada anónima, o sea que alrededor de la hora de comer de jueves —respondió—. Sólo es una suposición, pero empezáis por aquí y vais retrocediendo en el tiempo. En Gösta ha hablado con la familia de la Nea y no saben cuando podrían haber desaparecido las calcetes del tendedero, así que el único que sabemos es que eran allá cuando organizamos el vareo para encontrar la niña. Después de esto, las podrían haber robado en cualquier momento.

Paula hizo una señal con el hacia en Gösta.

—Los has preguntado si habían visto ningún desconocido rondando por la granja?

—Sí, pero no han visto nadie. Por otro lado, no es nada difícil acercarse a escondidas desde el bosque y, sin que te vea nadie, mangar alguna pieza del tendedero. Está en un lateral de la casa, ante una pared sin ventanas.

—De acuerdo —dijo Paula, y lo apuntó a la libreta—. Creo que tendríamos que hablar con los informadores que tenemos dentro de las organizaciones de extrema derecha de la provincia. Que me ponga en contacto yo quizás no es lo más adecuado, teniendo en cuenta mi origen. Martin, te puedes encargar tú?

—Y tanto! —respondió.

En Patrik cruzó los dedos que el joven policía no se sintiera menystingut porque hubiera decidido que Paula se encargara de la investigación, pero a la vegada creía que su compañero era bastante inteligente para saber que pronto le llegaría su momento.

—Perfecto, entonces tenemos controlada la situación en cuanto a la investigación del incendio y el intento de inculpar en Karim. Estéis en contacto con el hospital, también, y mantenedme informado de todo el que pase. Cómo va con los niños, Paula? Te han dado luz verde para llevártelos en casa?

—Sí, y los de casa también me han dado el visto bueno.

En Mellberg, que inusualmente no había badat boca en todo el rato, saltó:

—Sí, y a en Leo le hará mucha gracia tener compañeros con quién jugar.

—Genial —hizo en Patrik.

Se obligó a si mismo a no pensar demasiado en en Karim y su familia, en aquellos momentos no podía hacer gran cosa, más allá de intentar arrestar el que los había hecho aquello.

—Así, pues, nos queda el asesinato de la Nea. Cómo ya sabéis, estoy muy descontento de haber tenido que interrumpir el cacheo de la granja. Acabo de

hablar con en Torbjörn y mañana por la tarde puede liberar su equipo para terminarlo. Acordonamos la zona y sólo podemos cruzar los dedos porque no se haya destruido ninguna prueba. Tendremos que trabajar a partir de las circunstancias actuales.

—Sí, no podemos hacer gran cosa más... —añadió en Gösta.

En Patrik era consciente que tener que volver a invadir la casa de la familia Berg era desagradable para su compañero.

—Cómo va el trabajo de comparar este caso con el de hace treinta años? —preguntó en Patrik, y el Annika levantó los ojos del bloque de notas.

—Todavía no he conseguido encontrar los expedientes en el archivo, pero he vuelto a examinar los informes del forense y de la policía científica y todo el material que nos pasó el Erica. No hay gran cosa que no supiéramos. Todos habéis leído la autopsia, ya habéis dado un vistazo al material sobre el escenario del crimen y habéis sentido el que nos explicó la mujer de en Patrik sobre Marie y Helen.

—Sí, y no hemos sacado nada de hablar con Helen y Marie. Las dos sostienen que son inocentes y que, en otras palabras, había otro asesino, que, siempre hipotéticamente, podría ser el mismo individuo que estamos buscando ahora. Marie dispone de una coartada. De hecho, Helen no tiene ninguno, pero, por otro lado, nada apunta que haya sido ella.

En Martin se estiró para coger una galleta Ballerina. El calor había fuera el chocolate y el policía se tuvo que lamer los dedos.

—Mañana empezaremos por el cacheo y, a partir de aquí, ya lo veremos —dijo en Patrik.

No le gustaba nada aquella sensación de tener un montón de jefas sin ligar y tan pocas pistas para seguir. Si no conseguían algo pronto, la investigación podía acabar en un punto muerto.

—Y aquello del chocolate que encontraron al estómago de la niña? De verdad que no hay ninguna posibilidad que podamos estirar este hilo? —preguntó Paula. En Patrik sacudió la cabeza.

—Con toda probabilidad se trataba de galletas Kex normales y a salto de mata. Se venden en cualquier tienda. Nunca podremos seguir el rastro. Pero, teniendo en cuenta que en casa de los Berg no encontramos nada con chocolate, la Nea debía de conseguir las galletas de alguna otra manera la mañana que la asesinaron. O se las debía de dar alguien otro.

—Y que piensas, de aquello que los últimos tiempos en Leif había empezado a dudar de la culpabilidad de las chicas? —preguntó en Gösta.

—Sé que el Erica lo está investigando. Espero que llegue a algún lugar.

—Civiles haciendo el trabajo de la policía —masculló en Mellberg, y rascó la Ernst detrás la oreja.

—Y la hacen mejor que algunos —espetó en Martin.

En Patrik se fregó la garganta.

—Ahora tenemos que hacer piña y remar en la misma dirección —dijo—. Todos.

Hizo la impresión que en Martin se arrepentía del que había dicho. Después preguntó:

—Cuando recibiremos el análisis de la llamada anónima? Cruces que tardarán

mucho? Además, realmente podemos depositar muchas esperanzas?

—Exactamente no sé qué pueden hacer —respondió en Patrik—, pero, evidentemente, espero que puedan eliminar la distorsión y que podamos sentir la voz real. Además, quizás habrá algún ruido de fondo que nos podrá ayudar a identificar el autor de la llamada.

—Como las películas, donde siempre aparece el silbato de un tren o la campana de una iglesia que suena? —bromeó en Martin.

—Sí, con un poco de suerte, podremos sacar un poco de información de la grabación —dijo en Patrik.

Miró alrededor y se dio cuenta que en Gösta ahogaba un bostezo.

—Ahora me parece que toca plegar velas por hoy. Si no descansamos un poco, no haremos nada de bono. Así que marcháis hacia casa, pasáis un rato con la familia, cenáis, dormís y mañana nos volvemos a poner.

Todos se levantaron, agradecidos, y a las caras de los compañeros en Patrik vio dibujada la enorme presión a qué habían sido sometidos los últimos días. Aquel anochecer los hacía falta un buen abrazo de sus seres queridos. A todos. Dudó un instante y después se giró hacia en Gösta. Pero en Martin se le avanzó.

—Te apetece venir a cenar en casa con la Tuva y conmigo? Te echa de menos.

En Gösta asintió con la cabeza.

—Esclar —contestó, y se va arronsar de hombros.

Pero no fue capaz de esconder la alegría.

En Patrik no se movió mientras los compañeros iban saliendo uno detrás el otro. Eran una familia. En muchos sentidos, una familia disfuncional, exigente y escandalosa. Pero también atento y tierna.

Provincia de Bohuslän, 1672

EL CUERPO HABÍA TARDADO MENOS del que se pensaba a recuperarse. Durante un par de días tuvo el bajo vientre hinchado y le cocía, pero después fue cómo si no hubiera pasado nada. A pesar de que el vacío era bien presente. El Elin hacía el que tenía que hacer, se invertía en las tareas, pero sin alegría.

La Märta estaba preocupada y por la noche se estrechaba contra la madre como si intentara calentarla con su cosset. Le traía pequeños regalos para volverla a ver reír. Ramellets de flores que cosechaba al campo, una pedreta blanca preciosa que había encontrado al camino, unos fragmentos de mica amarilla dentro de un bote. Y el Elin lo intentaba. Sonreía a la Märta y le daba las gracias, lo abrazaba y le daba unos golpecitos dulces a la mejilla. Pero ella misma se daba cuenta que la sonrisa no le llegaba a los ojos. Y los brazos con que estrechaba la Märta eran rígidos y matussers.

En Preben ya no hablaba ni con el Elin ni con la Märta. Al final, la niña lo había aceptado y ya no intentaba captar la atención del pastor. Continuaba yendo a casa del sacristán para aprender a leer, pero hacía la impresión que todo el tiempo que había pasado dentro de la biblioteca con en Preben no hubiera existido nunca. La noticia que la Britta esperaba una criatura lo había cambiado todo, y el pastor cuidaba su esposa como si se tratara de una muñeca de porcelana delicada.

Ahora que disfrutaba de toda la atención de su marido, la Britta cada vez tenía más poder. Pero parecía que también le crecía el odio que sentía hacia el Elin, que sentía siempre los ojos vigilantes de su hermana, aunque no hubiera nada para vigilar. El Elin hacía el que tenía que hacer, ayudaba la Britta en todo y, después, lo evitaba tanto cómo podía. Era un recordatorio y un tormento constantes ver crecer la barriga de la Britta bajo la falda, mientras la suya ahora era lisa y vacía.

Un buen día, la Britta tenía que bajar a Fjällbacka a hacer unos encargos. En realidad, estaba fastidiada de pasarse todo el día estirada a la cama y, ahora que el médico había dejado claro que se podía quitar, deseaba poder cambiar de aires.

El Elin la contempló un buen rato mientras marchaba. La Britta había tardado una hora entera a vestirse y acicalarse, cosa que a la Elin le parecía del todo innecesario sólo para ir a Fjällbacka. Pero, en el estado de la Britta, Uddevalla habría supuesto un viaje demasiado largo, así que su hermana se había resignado y, sin ningún tipo de duda, se había alegrado de poder sacarse la camisa de dormir y arreglarse un poco.

El día pasó volante. Tocaba hacer sábado y todo a la granja se tenía que sacar en el patio, limpiar y rozar, colgar porque se secura al solo y, después, volver a entrar para adentro. Era agradable estar tan enfeinada, así no le quedaba tiempo para pensar. Y también disfrutaba del hecho que ni en Preben ni la Britta estaban en casa. En Preben se había ido a Lur a resolver unos asuntos y no volvería hasta dos días más tarde, mientras que se esperaba el retorno de la Britta aquel

anocheecer mismo.

Por primera vez después del aborto, el Elin se sorprendió a sí misma canturreando.

La Märta la miró toda sorpresa y la carona se le iluminó con tanta alegría que la Elin sintió una fiblada al corazón. Se sintió avergonzada por haber permitido que la niña hubiera sufrido por sus pecados. Soltó la alfombra que estaba rozando a la tina, se acercó a su hija y la abrazó a brazo partido mientras le besuqueaba los cabellos rossencs. Todo se solucionaría. Se tenían el una a la otra.

Todo el resto había sido un sueño. Un sueño infantil e imposible. Había probado de convencerse que habían tenido Dios de parte suya, en Preben y ella, pero la soberbia la había golpeado con dureza. Había sido castigada de la manera que el Señor había creído adecuada. Y quién era ella por cuestionar su voluntad? Ben al contrario, tendría que estar contenta del que tenía. La Märta. Comer al plato cada día y un lugar donde dormir. había muchos que no tenían ni una ínfima parte de todo aquello y habría sido una osadía por parte de la Elin desear nada más.

—Quieres que esta tarde vamos a pasear, sólo tú y yo? —dijo, y se puso en cuclillas ante la Märta, sujetándola dulcemente por los brazos.

La Märta asintió enérgicamente. La Sigrid iba tirando círculos alrededor de los pies de la niña, saltando y botando, y parecía que sentía que su ama volvía a estar contenta.

—He pensado que nos podríamos llevar el capazo, así puedo empezar a enseñarte el que mi abuela me enseñó. Que a su vez había aprendido de su madre. Cosas que podrás usar para ayudar los otros, como hago yo a veces.

—Ay, madre! —llamó la Märta, y se lanzó al cuello del Elin—. Esto quiere decir que ya soy una niña grande?

El Elin va esclafir a reír y asintió con la cabeza.

—Sí, esto quiere decir que eres una niña grande.

La Märta salió corriendo con la Sigrid a los talones y el Elin la contempló sonriente. Era un par de años antes del que había pensado, pero la Märta se había tenido que hacer grande deprisa, así que era justo.

Se inclinó ninguno adelante y continuó limpiando la alfombra. Los músculos de los brazos le hacían daño de la tarea ardua, pero sentía el corazón ligero como hacía tiempo que no notaba. Se enjugó el sudor del frente con el dorso de la mano y levantó la vista cuando sintió el ajeteo de un carro con caballo que entraba a la granja.

Tuvo que medio cerrar los ojos por el solo. Era la Britta, que había vuelto, y cuando bajó del carro tenía la mirada oscura. A grandes zancadas se dirigió hacia la Elin con las faldas ondeando y no se paró hasta que se le plantó delante. Todo el mundo había dejado de hacer el que estaba haciendo. Los ojos de la Britta hicieron recular la Elin, que no entendió el que pasaba hasta que la palma de la mano de la Britta le impactó contra la mejilla. Después, su hermana hizo media vuelta y, de un revuelo, entró a la casa.

El Elin bajó la cabeza. No le había que mirar alrededor para saber que todo el mundo lo estaba observando. Comprendía perfectamente qué había pasado. La Britta se había enterado del que había ido a hacer a Fjällbacka. Y su hermana no era tan tonta de no saber contar dos más dos.

Con la mejilla ardiente de la vergüenza y la bofetada, la Elin se volvió a poner en

cuclillas y continuó rozando. Qué pasaría ahora? No lo sabía . Pero conocía bastante bien su hermana. No tardaría a llegar la desgracia.

—P

ER QUE CRUCES QUE TU MADRE me ha dado permiso para hablar contigo? — preguntó el Erica, y observó el adolescente que tenía delante.

Lo había sorprendido que en Sam le trucara, pero a la vez se había alegrado. Aquel chico le podía aportar una dimensión nueva de Helen como persona y que había representado crecer a la sombra de un crimen como aquel.

En Sam se va arronsar de hombros.

—No lo sé, pero ella también ha querido hablar contigo.

—Sí, a pesar de que tengo la impresión que siempre te ha querido mantener al margen del que pasó.

El Erica le acercó una bandeja con pastas. El chico cogió una y entonces el Erica se dio cuenta que traía las uñas negras y que la pintura había empezado a saltar. El Erica se sintió conmovida al ver como se esforzaba en Sam a esconder el que todavía conservaba de criatura: la cara llena de grandes y la piel greixosa de la nariz y el frente, los movimientos matusers todavía carecidos de la coordinación propia de los adultos. Era una criatura que desesperadamente quería ser grande, quería crecer y, a la vez, formar parte de algo más grande que él mismo. De repente, el Erica sintió una gran ternura por el chico que tenía delante, vio la soledad, la inseguridad, y también intuyó la frustración que hervía detrás de aquella mirada rebelde. No debía de haber sido fácil, crecer a la sombra de la historia de su madre. Nacer en un pueblo lleno de rumores y xiuxiuejos, que indudablemente habían ido menguando con los años, pero que no habían enmudecido nunca.

—No ha podido dejarme al margen —dijo en Sam, tuciturn, como si pretendiera confirmar el que estaba pensando el Erica.

Cómo solía pasar con los adolescentes, parecía que le costaba mirarla a los ojos, pero el Erica se dio cuenta que escuchaba atentamente todo el que le decía.

—A que te refieres? —preguntó.

La función de grabadora del teléfono grababa cada palabra e inflexión de voz.

—He sentido a hablar de todo aquello desde pequeño. Ni siquiera recuerdo como, pero la gente me preguntaba cosas. Sus hijos me han humillado en la escuela. No recuerdo qué edad tenía cuando empecé a buscar más información. Quizás nuevo años? En internet encontré artículos sobre el caso, no me fue genes complicado. Y después de aquello he recogido todo el que he podido encontrar. En casa tengo clasificadores y carpetas. Plenos de recortes de diario.

—Tu madre lo sabe?

En Sam va arronsar-se de hombros.

—No, no lo creo.

—Ha hablado contigo del que pasó?

—No, ni media palabra. En casa no hemos hablado nunca.

—Y te habría gustado que lo hiciera? —preguntó el Erica, con dulzura, y se levantó por reomplir-se la taza de café.

En Sam también había querido una taza, pero la Erica se dio cuenta que todavía no lo había tocado. Supuso que el chico habría preferido un refresco, pero no había querido parecer un niño pequeño.

En Sam se volvió a arronsar de hombros. Le brillaban los ojos cuando miraba la bandeja de pastas.

—Adelante —dijo el Erica—. Coge tantas cómo quieras. En casa intentamos no comer tantos dulces, o sea que nos harás un favor si te las acabas. Así me ahorras la tentación.

—Apa, si estás fantástica. No hace falta que sufras por eso —dijo en Sam, con la generosidad y la inocencia de una criatura.

El Erica sonrió mientras se volvía a sentar. En Sam era una chico muy agradable y el Erica habría deseado que no tuviera que cargar aquella mochila enorme toda la vida. El chico no había hecho nada mal hecho. No había elegido nacer en un nido de culpas, acusaciones y dolor. Los pecados de los padres no tenían que ser una losa que tuviera que cargar él. Pero, a pesar de todo, el Erica veía como le pesaba a los hombros.

—Cruces que habría sido más fácil si hubierais hablado abiertamente? —repitió el Erica.

—No hablamos nunca. De nada. No somos... no somos este tipo de familia.

—Pero te habría gustado que lo fuerais? —insistió.

En Sam levantó la vista y la miró. El maquillaje negro alrededor de los ojos hacía que al Erica le costara concentrarse en la mirada, pero en algún lugar allá dentro había una llumeta que jadeaba intentando respirar.

—Sí —dijo, finalmente—. Sí, me habría gustado.

Después volvió a encoger los hombros. Aquel gesto era su coraza. Su protección. Su indiferencia era una capa de invisibilidad detrás la cual se podía esconder.

—Conocías la Linnea? —preguntó el Erica, cambiando de tema.

En Sam se estremeció. Hizo una buena queixalada a la pasta y bajó los ojos hacia las rodillas mientras masticaba.

—Por qué lo preguntas? —dijo—. Qué tiene que ver, esto, con la Stella?

—Nada, sólo sentía curiosidad. Mi libro tratará sobre los dos casos y cómo que sois vecinos de la familia Berg, he pensado que quizás me podías explicar como era la Nea. Qué en pensaves.

—La veía a menudo —dijo en Sam, y los ojos se le negaron de lágrimas—. No es tan extraño, teniendo en cuenta que vivimos tan cerca. Pero era una niña pequeña, así que no puedo decir que la conociera. Aún así, me caía bien y me parece que yo a ella también. Cuando pasaba con la bici por ante su granja, normalmente me saludaba con la mano.

—No tienes nada más para explicarme de la Stella?

—No. A que te refieres?

El Erica se va arronsar de hombros. Después decidió formular aquella pregunta que tanto deseaba encontrar una respuesta.

—Quien cruces que la mató? —dijo, y contuvo la nadapiració.

Qué pensaba realmente en Sam de la posible culpabilidad de su madre? El Erica todavía no era capaz de decidirse. Cuanto más leía, más hablaba con la gente, más estudiaba el material que había reunido, más confusa se sentía. Realmente

no lo sabía, así que el que pensara en Sam era importante. al chico tardó a responder. Repicaba contra la mesa con las uñas pintadas de negro. Después levantó la vista y aquella llumeta titil·lant en el interior de las pupilas se estabilizó cuando los ojos se clavaron en los del Erica.

Con una voz casi inaudible, despacio dijo:

—No tengo ni idea, pero mi madre no asesinó nadie.

Cuando, un rato más tarde, en Sam se alejó con la bicicleta, la Erica lo contempló un buen rato. Algo en aquel chico la había removido profundamente. Sentía una profunda pena por aquel chico vestido de negro que no había podido disfrutar de la niñez que se había merecido. Se preguntaba como lo había marcado. Qué tipo de hombre sería cuando se haz grande. Y deseaba a brazo partido que el dolor que transmitía no lo descarriara. Que encontrara alguien que lo acogiera y supiera llenar el vacío que el pasado había generado para sus adentros.

Esperaba que alguien estimara en Sam.

—Como cruces que reaccionará? —preguntó Anna—. Imagínate que se enfada. Eran al comedor del Stora Hotellet, esperando que apareciera Kristina.

El Erica la acalló.

—Xst! Puede llegar en cualquier momento.

—Sí, pero a Kristina no le gustan las sorpresas. Y si se enfada?

—Sea como fuere, ahora ya es tarde para hacerse atrás —se quejó el Erica.— Y deja de clavarme golpes con la barriga.

—Ay, perdona. Pero no la puedo hacer desaparecer, que digamos —replicó Anna.

—Escucháis, chicas, si no podéis estar en silencio, nos sentirá.

La mejor amiga de Kristina, la Barbro, las miró con cara de manzanas agrias, y la Erica y Anna callaron. Eran una pandilla pequeña pero valiente, la que se había reunido para celebrar la despedida de soltera de Kristina. Aparte de ella misma y Anna, había las cuatro amigas con quienes más se hacía Kristina. El Erica sólo las conocía de paso, así que en el peor de los casos serían una tarde y un anochecer mucho y muy largos.

—Que viene!

Anna agitó la mano, nerviosa, y todas van enmudecer. Sintieron la voz de Kristina al vestíbulo del hotel. La recepcionista había recibido instrucciones claras de hacerla pasar al comedor.

—Sorpresa! —llamaron a la vegada todas cuando entró por la puerta.

Kristina hizo un bot y se puso la mano al pecho.

—Dios del cielo, qué es esto?

—Tu despedida de soltera! —dijo el Erica, con una sonrisa amplia a los labios, pero temblando ligeramente por dentro.

Y si Anna tenía razón?

Kristina no va badar boca durante unos segundos. Después va esclafir a reír a pedir de boca.

—Despedida de soltera! A una vieja como yo! Vaya, no estáis bien de la azotea, vosotros! Pero, vamos! Por donde empiezo, vendiendo besos en la plaza del pueblo?

Picó el guiño al Erica, que notó que lo invadía una sensación de alivio. Quizás al final no sería una velada tan terrible.

—No, no! Dejaremos que te ahorres esto de los besos —dijo el Erica, y abrazó su suegra—. Hemos planeado otras cositas. Antes que nada, te tendrás que cambiar de ropa y ponerte el que hay dentro de esta bolsa.

Cuando vio la bolsa que la Erica tenía en la mano, por un instante Kristina pareció terrorizada.

—No hace falta que salgas a la calle vestida así. Quedará entre nosotros.

—De acuerdo... —hizo Kristina, a la expectativa, pero cogió la bolsa—. Me voy al lavabo a cambiarme.

Mientras Kristina era fuera, entró la recepcionista con seis copas de cava y una botella dentro de una glaçonera. Los ojos de Anna brillaron al ver la botella, pero con una mueca de resignación cogió la copa con zumo de fruta.

—Qué suerte! —exclamó, e hizo un par de tragos.

El Erica le puso una mano al hombro.

—Ya falta poco...

Sirvió las copas del resto y una para ella, y juntas esperaron la entrada triunfal de Kristina. Cuando finalmente apareció al umbral de la puerta del comedor, se sintieron murmullos.

—Qué carai tenéis entre manso?

Kristina extendió los brazos y el Erica ahogó una risa. Pero tenía que reconocer que su suegra estaba fantástica, enfundada en aquel vestido rojo y corto con flequillos y flocaduras. «Y qué piernas!», pensó el Erica, con envidia. Si las suyas fueran la mitad de bonitas, ya se sentiría más que satisfecha.

—Qué tenéis pensado que haga, disfrazada así? —preguntó Kristina, pero se dejó traer hacia el interior del comedor.

El Erica sirvió otra copa de champán y la puso en la mano de Kristina. Nerviosa, su suegra se tragó la mitad de un trago.

—Enseguida lo verás —respondió el Erica, y se sacó el teléfono del bolsillo y mandó un mensaje.

«Ven»

Mientras esperaba la respuesta, se paseó arriba y abajo. Aquello podía salir muy bien o ser una auténtica catástrofe.

Del piso de arriba los llegó música, ritmos latinos acalorados que se acercaban despacio. Kristina se tragó la otra mitad de la copa de champán. El Erica se afanó a reemplir-le lo.

Apareció un personaje de figura redondeada y vestido negro. Con una rosa roja entre los dientes, agitaba dramáticamente los brazos. A Anna se le escapó una risita y la Erica le clavó un golpe de codo al lado.

—Pero Gunnar... —dijo Kristina, boquiabierta.

Y enseguida también a ella se le escapó la risa.

—Amor mío —dijo en Gunnar, y cogió la rosa de la boca—. Me permites?

Se le acercó y le dio la flor con un gesto nervioso. La risita de Kristina se convirtió en una carcajada.

—Vaya, ahora sí que no sé qué os habéis empescat! —dijo, cogiendo la rosa.

—Tendréis que aprender a bailar el txa-txa-txa —dijo el Erica, sonriente.

Y señaló la puerta.

—Y hemos pedido un poco de ayuda entendida en la materia.

—Qué? Quién? —hizo Kristina, y de repente volvía a parecer nerviosa.

Pero en Gunnar estaba pletòric y casi no podía parar quieto de la emoción.

—Hemos contratado un experto. Alguien que acostumbras a admirar los viernes a *Let's Dance*...

—No diez paso ser en Tony Irving, oi? —dijo Kristina, sobrecogida—. Me hace un miedo terrible!

—No, no. En Tony, no, pero alguien otro que suele ser bastante estricto.

Kristina va arrufar la nariz. Los flequillos del vestido se balanceaban hacia un lado y hacia el otro cada vez que se movía y el Erica pensó que no se tenía que olvidar de hacerle fotos. Un montón de fotos. Representarían un material de primera para poderle chantajear muchos años.

Después, Kristina vio quién aparecía por la puerta y profirió un buen grito:

—Cissi!

Ahora la sonrisa de la Erica iba de oreja a oreja. La cara de felicidad de Kristina le decía que había sido todo un acierto. A nadie se le escapaba que su suegra era una grandísima hacen de *Let's Dance*, así que cuando la Erica había visto el cartel que anunciaba que Cecilia Ehrling Danermark, la Cissi del popular programa de televisión, ofrecería un curso a TanumStrand, se había lanzado sobre el teléfono.

—Muy bien, pues empezamos! —dijo la Cissi, con energía, después de haberlos saludado a todos.

De repente, Kristina parecía nerviosa.

—Me tengo que poner a bailar ante vuestro? Haré el más grande de los ridículos.

—No, no. Bailarán todos —va decir la Cissi, con determinación.

El Erica y Anna se miraron, esfereïdes. Aquello no era el que había planeado.

Había pensado que Kristina y en Gunnar podrien disfrutar de una clase de baile, mientras el resto se lo pasaban bueno mirándolos y bebiendo un poco de champán. Pero sabía bastante bien que no ganaba nada protestante y, sin apartar los ojos de su hermana, se situó ante la Cissi. Anna ya se podía preparar si se atrevía a escabullirse con la excusa que estaba embarazada.

Dos horas más tarde, la Erica estaba empapada de sudor, cansada y feliz. La Cissi los había mostrado los pasos básicos con una energía contagiosa, pero los había dejado exhaustos, y el Erica sólo podía pensar en los quebramientos que tendría el día siguiente por la mañana por todo el cuerpo. Pero el más divertido de todo había sido ver como a Kristina estallaba de alegría al ver que había conseguido mover correctamente los pies y las caderas mientras los flequillos del vestido no paraban de menearse. En Gunnar tampoco parecía que se lo hubiera pasado mucho mal, pero en aquellos momentos sudaba a chorro y el vestido oscuro que traía estaba completamente xop.

—Gracias —dijo la Erica, y espontáneamente abrazó a la Cissi.

Era una de las cosas más divertidas que había hecho nunca, pero había llegado la hora de pasar al siguiente punto del programa. Había planificado el día minuto a minuto y, además, habían reservado el comedor del Stora Hotellet para dos horas y tenían que marchar.

Llenó las copas de todo el mundo.

—Ha llegado el momento que el novio se despida de nosotros —dijo—. El resto

de la tarde y el anochecer, los hombres tienen la entrada prohibida. Nos dejan usar la suite del piso de arriba para cambiarnos de ropa. Tenemos una hora, después llegará el turno de cocinar...

Kristina dio un beso a en Gunnar, que parecía poseído por el ritmo del txa-txa-txa, porque la inclinó ninguno atrás en un arco precioso, cosa que provocó los gritos de alegría de todos los presentes. La despedida de soltera iba mejor del que se había imaginado.

—Muchas felicidades —cuchicheó Anna, y dio unos golpecitos al brazo del Erica—. Pero eres un auténtico tronco. Incluso las iaiones estas removían mejor las caderas que tú...

—Bah, cierra la boca —respondió la Erica, y clavó una plantofada a su hermana, que se limitó a reír por debajo la nariz.

Mientras subían las escaleras hacia la suite Marco Polo, la Erica se dio cuenta que no había pensado en el trabajo ni un sol segundo desde que había empezado la fiesta. Era de lo más agradable. Y necesario. Pero, hostia, qué mal que le hacían los pies.

—Cómo tenemos la tropa?

Todos lo miraron desconcertados y en Bill se tuvo que recordar por enésima vez que tenía que hablar en un sueco muy básico, o en inglés.

—*Are you okay?*

Asintieron con la cabeza, pero las caras eran de tensión. En Bill los entendía. Debían de pensar que aquello no se acabaría nunca. Mucha de la gente con quien había hablado en el centro cívico le repetía el mismo. Que se habían pensado que, así que llegaran a Suecia, se solucionaría. Pero la gente los miraba con desconfianza y havien topado con una burocracia compleja y con demasiadas personas que odiaban todo el que eran o representaban.

—Adnan, lo coges tú? —dijo en Bill, y con la mano le señaló el timón.

El chico ocupó su lugar y una chispa de orgullo brilló a los ojos del joven. Al fondo del corazón, en Bill esperaba poderlos ofrecer otra visión de aquel país que estimaba tanto. Los suecos no eran malas personas. Estaban asustados. Aquello era el que provocaba que el pueblo pareciera tan llevar. El miedo. No la maldad.

—Cazas un poco la vela, Khalil?

En Bill estiró una cabeza imaginaria y señaló con el dedo.

En Khalil asintió y cazó justo como hacía falta, de manual, bastante porque la vela se tensés y dejara de flamear.

El barco cogió impulso y se empezó a escorar ligeramente, pero aquello ya no desencadenaba las mismas miradas terrorizadas en sus compañeros. En Bill deseó poder estar tan tranquilo como ellos. Pronto llegaría el día de la competición y todavía los tenía que enseñar un montón de cosas. Pero en las circunstancias actuales, estaba contento que todos quisieran continuar. Habría entendido perfectamente que hubieran preferido lanzar la toalla y abandonar el proyecto. Pero habían dicho que querían continuar por en Karim y en Bill había visto una determinación nueva cuando aquella mañana se habían presentado al club de vela. Se lo tomaban mucho más seriamente, y aquello repercutía en la manera como navegaban, como el barco avanzaba por el agua.

La gente que montaba a caballo solía hablar de la importancia de comunicarse con el animal, y para en Bill pasaba el mismo con los barcos. No eran unas carcasas muertas, sin alma. A veces, pensaba que entendía mejor los barcos que las personas.

—Pronto virarem —dijo, y todo el mundo lo comprendió.

Por primera vez sentía que eran un equipo. De un grande mal sale un grande bien, solía decir su padre. Y, en cierto modo, se podía aplicar a aquella situación. Pero el precio había sido demasiado elevado. Aquella mañana había trucado en el hospital para saber como estaba la Amina, pero le habían dicho que no podían dar ninguna información a nadie que no fuera familiar de la paciente. Por ahora se tenían que contentar pensando que el hecho de no tener ninguna novedad era una buena noticia.

—De acuerdo, virem.

Cuando la vela se llenó de viento y se va tensar, en Bill se tuvo que contener para no ponerse a llorar de alegría. Había sido la mejor virada hasta entonces. Como una maquinaria muy engrasada, habían sabido dirigir el barco.

—Muy bien, chicos —exclamó, con énfasis, y levantó el pulgar.

A en Khalil se le iluminó la cara y el resto van dreçar la espalda.

Le recordaban muchísimo sus hijos grandes, con los cuales había salido a menudo a navegar. Lo había hecho alguna vez con en Nils? No era capaz de recordarlo. En Bill no le había prestado tanta atención como Alexander o a en Philip. Y ahora tenía que pagar el precio.

En Nils le era un extraño. En Bill no entendía cómo podían haber aparecido aquellas opiniones y aquella rabia en casa de la Gun y de él, una casa que siempre había estado de mentalidad abierta y tolerante. De donde había sacado todas aquellas ideas, en Nils?

Cuando había llegado a casa el anochecer anterior, estaba decidido a hablar con su hijo, a tener una conversación larga. Abrir viejas heridas, vaciar el pap, sincerarse, pedirle disculpas, dejar que en Nils le abocara encima toda la decepción y la furia que sentía. Pero la puerta estaba cerrada y su hijo se negó a abrirla cuando trucó. Se había limitado a subir la música hasta que toda la casa retumbaba. Al final, la Gun le había puesto una mano al hombro y le había pedido que tuviera paciencia. Que le diera tiempo. Y seguro que tenía razón.

Todo se solucionaría. En Nils era joven y todavía se estaba formando.

—Volvemos hacia casa —dijo, señalando en dirección a Fjällbacka.

En Sam estaba sentado, con la cabeza cot, ante el plato lleno de yogur, absort en la pantalleta del móvil. El corazón le dolía cuando veía su hijo así. Helen se preguntaba qué debía de haber hecho por la mañana.

—Ultimamente pasas mucho tiempo con la Jessie —dijo.

—Sí. I?

El chico va enretirar la silla y fue hacia la nevera. Se sirvió un buen vaso de leche y se lo bebió de un trago. De repente parecía muy pequeño. Hacía la impresión que sólo habían pasado unas cuántas semanas desde que se paseaba arriba y abajo con pantalones cortos, con su estimadíssim huesecillo de peluche desgastado bajo el brazo. Helen se preguntaba donde debía de ser. Probablemente en James lo había tirado. No le gustaba nada que guardaran cosas

que ya no usaban. Conservar cualquier objeto porque tenía un valor sentimental no le entraba dentro de la cabeza.

—Sólo quiero decir que quizás no es lo más acertado —dijo Helen.

En Sam movió la cabeza.

—Nosotros no hablamos de esto. De este tipo de cosas.

El mundo empezó a girar como siempre que pensaba. Helen va a clucar los ojos y consiguió que volviera la calma. Tenía muchos años de experiencia. Durante treinta años había vivido al ojo del huracán. Al final, se había convertido en una costumbre.

—Sólo digo que no sé si me gusta que pasáis tanto de tiempos juntos —continuó, y ella misma sintió el tono de súplica con que lo decía—. Y tampoco creo que al papa le haga ninguna gracia.

En el pasado, con aquel argumento habría habido basta.

—En James. —En Sam pronunció el nombre con tono irónico.— Pronto volverá a marchar, oi?

—Sí, dentro de unas semanas —respondió Helen, y fue incapaz de esconder la sensación de alivio.

Seguirían unos meses de libertad. Una prórroga. El más absurdo de todo era que Helen sabía que en James pensaba el mismo. Los dos eran cautivos dentro de una prisión que habían construido juntos. Y en Sam se había convertido en un rehén que compartían.

El chico dejó el vaso sobre el mármol.

—La Jessie es la única persona que me ha entendido nunca. Tú no lo puedes llegar a comprender, pero es así.

Volvió a desar la leche a la nevera, al estante de la mantequilla y el queso.

Helen le quería decir que sí que lo comprendía. Lo comprendía muy bien. Pero el muro que los separaba había ido creciendo más y más al ritmo de los secretos.

Ahogaban en Sam sin que el chico supiera por qué. Helen lo podía liberar, pero no se atrevía. Y ahora se había hecho demasiado tarde. Ahora, la herencia de Helen, su culpa, lo habían atrapado dentro de una jaula de la cual era tan difícil salir como de su propia. Sus destinos habían quedado entreligats y no se podían separar por mucho que Helen quisiera.

Pero el silencio se hacía insoportable. La máscara de en Sam era infranqueable, durísima. Su hijo tenía que sentir un dolor inmenso, que podía estallar en cualquier momento.

Helen se cargó de coraje.

—Alguna vez piensas en...

En Sam la cortó. La mirada era tan fría, tan pareciendo a la de en James...

—Nosotros no hablamos de esto, he dicho.

Helen enmudeció.

La puerta de la entrada se abrió y se sintieron los pasos pesados de en James. Antes de que Helen tuviera tiempo de parpadear, en Sam había desaparecido hacia su habitación. Colocó la silla en su lugar, puso los platos y los vasos al lavaplatos y fue hacia la nevera para cambiar la leche de lugar.

—Vaya, vaya. Vuelve a ser aquí —dijo en Torbjörn, seco, y a en Patrik se le hizo un nudo al estómago.

Todo aquel asunto del cacheo a casa de los Berg se había convertido en una auténtica pesadilla y no estaba seguro de cómo podía afectar el resultado. Aún así, el único que podían hacer era arremangar-se y ponerse a trabajar.

—Bien, no encontramos nada interesando dentro de la casa, así que ahora continuaremos con el establo —dijo.

—Y después el cubierto de las herramientas y la finca, si ayer lo entendí bien. En Patrik asintió con la cabeza.

—Exacto, perfecto.

En Torbjörn lo miró medio cerrando los ojos por encima las ojeras. Con los años se las había tenido que acabar poniendo. Un recordatorio que los dos se habían hecho grandes.

—Bien, he sentido que fue en Mellberg, que metió la pata...

—Quién, si no? —suspiró en Patrik—. Pero haremos el que podamos. Al menos que esta vez no tengamos la familia rondando por aquí es un descanso.

En Patrik miró alrededor. La granja estaba desierta. Por dentro, dio las gracias a en Gösta. Durante una larga conversación telefónica, su compañero había explicado a en Peter la necesidad imperiosa de acabar el cacheo. Y también le había sugerido que podía ser una buena ocasión porque, poco a poco, empezaran a salir de la granja. Por el que parecía, le habían hecho caso, porque, cuando en Patrik, en Gösta y los agentes de la policía científica llegaron, no había nadie.

—Puedo venir con vosotros? —preguntó a en Torbjörn, con la esperanza que le respondiera que sí.

Era clave que el número de personas que accedían a un escenario que había que examinar fuera reducido, pero en Patrik no sabía qué podía hacer, si no. En Gösta había marchado hacia el bosque, fuera el que fuera el que había ido a hacer.

—De acuerdo —hizo en Torbjörn, pero levantó un dedo y dijo con tono severo —: Pero no toques nada de nada. Y ropa de protección completa, entendidos?

—Y tanto —respondió en Patrik, pero sólo de pensar el calor que pasaría dentro de aquella rana de plástico, la cabeza ya le empezó a dar vueltas.

Aquel verano se estaban batiendo todos los récords de temperatura y con la ropa normal ya sudaba a chorro.

Cuando se puso el vestido de protección fue como entrar dentro de una sauna.

Aún así, en el interior del establo se estaba más fresco que al exterior. A en Patrik siempre le habían gustado los estables. había un encanto especial en la forma como la claridad se filtraba por las rendijas entre los tablones de las paredes. De alguna manera parecía un lugar sagrado, y allá dentro se respiraba paz y serenidad. Por eso sintió que, hasta cierto punto, era cómo si en aquellos momentos estuvieran rompiendo aquella armonía, con el crujido de la ropa de plástico, el equipo, los líquidos y los murmullos.

En Patrik se situó en una esquina y observó el interior del establo. Era espacioso y alguien se había cuidado de mantenerlo en un estado aceptable. No hacía la impresión de estar a punto de derrumbarse, como pasaba en otros muchos estables de la cercanía. Tampoco lo habían transformado en un almacén. No estaba pleno de coches viejos, tractores o chatarra, sino que básicamente era vacío, bonito y aseado. En uno de los extremos, había una escalera que subía a un altillo, y en Patrik sintió el impulso irrefrenable de ensartarse.

Se estremeció. Algo le rozó la pierna y en Patrik bajó los ojos en tierra. Un gato gris maullaba mientras se le refregaba entre las piernas. Se agachó para rascarlo bajo el mentón. La bestioleta empezó a roncar y atornilló la cabeza de placer.

—Y tú como te llamas, bonito? —dijo en Patrik, con tono infantil, y mimó el pelaje del gato—. Ay, que eres, de bufón.

El animaló no se sabía estar de felicidad y se estiró de barriga eleve y se dejó rascar el vientre.

—Patrik?

—Sí?

En Patrik se puso derecho y el gato pareció primero ofendido y decepcionado, pero después se levantó y se alejó.

—Puedes venir un momento?

En Torbjörn le hizo un gesto con la mano desde el altillo.

—Aquí arriba no hay nada —dijo, cuando en Patrik fue a su lado—, sacado de esto.

Levantó el envoltorio de una galleta de chocolate Kex.

En Patrik va arrufar las cejas.

—En Pedersen sugirió que dentro del estómago de la Nea encontré restos de galleta de chocolate—dijo, y sintió como el polos se le aceleraba ligeramente.

Podía tratarse de una casualidad. Pero no creía mucho en las casualidades, en Patrik.

—Me lo llevaré para comprobar las huellas dactilares —dijo en Torbjörn—. A simple vista, puedo ver que hay unas de buenas aquí. El envoltorio se había metido entre dos tablones sueltos, lo he encontrado por casualidad. Aparte de esto, el altillo está limpio como una patena. Quizás demasiado limpio y todo.

En Torbjörn hizo un gesto con el brazo señalando todo el altillo.

—Podéis bajar un momento? —dijo uno de los agentes de la policía científica que había sido trabajando bajo el altillo—. Tendríamos que dejar el establo a oscuras.

En Torbjörn bajó las escaleras con el envoltorio de la galleta de chocolate dentro de una bolsa y en Patrik lo siguió.

—La próxima fase del análisis hay que hacerla en una oscuridad absoluta —le explicó—, así que ahora tenemos que cubrir todas las paredes con teles negras. podemos estar un buen rato y es mejor que te esperes afuera.

En Patrik se sentó en una de las sillas de jardín y observó como los agentes de la científica entraban y salían del establo. Después, cerraron la puerta y toda la granja se sumió en un silencio sepulcral.

Un buen rato más tarde, en Torbjörn lo llamó. En Patrik abrió la puerta muy despacio y penetró en la oscuridad más absoluta. Los ojos tardaron unos segundos a acostumbrarse y, finalmente, pudo distinguir unas sombras al fondo del establo.

—Ven —dijo en Torbjörn, y, con mucha cuenta, en Patrik empezó a avanzar en dirección a aquella voz.

Cuando estuvo más cerca, vio el que en Torbjörn y el resto de agentes estaban examinando con tanto de interés. Una mancha en tierra de un moratón brillante.

Después de haber pisado un montón de escenarios de crímenes, sabía perfectamente qué significaba. Los agentes habían aplicado luminol, que

desvelava restos de sangre que no se podían ver a primera vista. Y era una mancha enorme.

—Me parece que hemos encontrado el escenario principal del crimen —dijo.

—Ahora no saques conclusiones apresuradas, tú —hizo en Torbjörn—. No te olvides que este establo tiene muchos años. A buen seguro se han guardado animales, y se podría tratar de una mancha de sangre de hace tiempo.

—O quizás no. La mancha, junto con el envoltorio de galleta que has encontrado antes, me hace pensar que hemos encontrado el lugar donde fue asesinada la Nea.

—Bien, me parece que tienes razón. Pero no sería la primera vez que me equivoco, así que sería bono no cerrarse en una sola hipótesis sin haberla podido demostrar con pruebas.

—Creéis que podéis obtener muestras que podamos contrastar con la sangre de la Nea? Para tener una prueba concluyente.

En Torbjörn asintió con la cabeza.

—Voces las rendijas en tierra? Intuyo que la sangre se ha filtrado entre los tablones, así que, aunque alguien se haya dedicado a limpiar el establo a conciencia, si levantamos el tierra encontraremos restos de sangre.

—Pues pongámonos —hizo en Patrik.

En Torbjörn levantó una mano enguantada para pararlo.

—Primero lo tenemos que documentar todo minuciosamente. Danos un rato y te llamaré así que estemos a punto para levantar los tablones.

—De acuerdo —respondió en Patrik, y se retiró hacia su rincón del establo.

El gato gris volvió a aparecer y se le volvió a refregar entre las piernas. En Patrik se dio por vencido, se puso en cuclillas y empezó a arrullarlo.

Debía de pasar escasamente un cuarto temprano cuando las luces se encendieron y en Torbjörn le comunicó que estaban a punto para arrancar los tablones, pero a en Patrik le pareció una eternidad. Se levantó de un revuelo y el gato se asustó y huyó como un esperit. Interesado, en Patrik se acercó hasta una zona donde los agentes de la científica habían documentado meticulosamente el tierra desde todos los ángulos. Habían recogido pruebas y las habían introducido en bolsas de plástico. El único que faltaba era ver qué había debajo.

La puerta del establo se abrió y en Patrik se giró. En Gösta se los acercó con el teléfono móvil en la mano.

—Acabo de hablar con nuestros colegas de Uddevalla.

—Los que tenían que dar un vistazo a en Tore Carlson?

En Gösta hizo que no con la cabeza.

—No, no se trata de esto. La primera vez que los truqué, los pedí un poco de información sobre los Berg y se ve que a la comisaría continuaron hablando de la familia.

En Patrik levantó las cejas.

—I?

—Bien, al parecer, en Peter Berg tiene fama de ponerse agresivo cuando bebe demasiado.

—Cómo de agresivo?

—Muy agresivo. Un buen puñado de peleas al bar.

—Pero ninguna muestra de violencia a casa?

En Gösta negó con la cabeza.

—No, ninguno. Y tampoco hay ninguna denuncia por maltrato, por eso no habíamos encontrado nada.

—De acuerdo, va bien saberlo, Gösta. Gracias. Tendremos que volver a hablar con en Peter.

En Gösta saludó los compañeros de la científica con la cabeza.

—Qué está pasando aquí? Habéis encontrado nada?

—Un envoltorio de galleta Kex arriba el altillo, pero el más importante es que hemos encontrar trazas de sangre. Las habían limpiado, pero nuestros compañeros han rociado el tierra con luminol y ahora levantaremos los tablones porque en Torbjörn cree que se ha filtrado sangre por las rendijas.

—Cojones! —exclamó en Gösta, y clavó los ojos en tierra—. O sea que piensas que...

—Sí —dijo en Patrik—, creo que la Nea murió aquí.

Todos se quedaron en silencio unos segundos. Después arrancaron el primer tablón de tierra.

Provincia de Bohuslän, 1672

Uno NA MULTITUD AI OTRO LADO de la puerta despertó la Elin. Por primera vez en mucho tiempo había podido dormir profundamente y descansar. La larga paseada del día anterior con la Märta, justo cuando el solo había empezado a bajar sobre los prados, le había ido bien. E incluso casi había esparcido el miedo por el que podía estar tramando la Britta. Para su hermana, las apariencias eran enormemente importantes, no quería vivir con la vergüenza que la gente supiera el que había pasado entre su hombre y el Elin. Justo antes de dormirse, el Elin se había conseguido convencer. Todo pasaría, la Britta se tendría que dedicar plenamente al pequeño y el tiempo tenía la capacidad de hacer que las cosas más enormes se fueran tirando pequeñas hasta que, finalmente, desaparecían.

Estaba soñando dulcemente en la Märta cuando el ajetreo la arrancó del sueño. Se incorporó y se rozó los ojos. El resto de criadas de la casa todavía no se habían quitado, así que puso los pies a tierra junto a la cama que compartía con su hija.

—Ahora vengo —dijo, afanándose para llegar a la puerta—. Qué escándalo, a estas horas de la mañana!

Abrió la puerta pesada. Afuera, había lo prefecte Jakobsson, que observaba el Elin con mirada severa.

—Busco el Elin Jonsdotter.

—Soy yo —respondió.

Detrás suyo sintió como todo el mundo ya se había despertado y, a buen seguro, paraban la oreja, intranquilos.

—Me tenéis que acompañar en la prisión, acusada de brujería —dijo el prefecte. El Elin se lo quedó mirando, perpleja. Qué había dicho? Brujería? El prefecte había perdido la cordura?

— debe de haber un malentendido —dijo.

La Märta se había acercado sin hacer ruido y se le aferraba a las faldas. El Elin apartó la niña cabe atrás.

—No se trata de ningún malentendido. Tenemos la orden de arrestaros y llevaros en prisión, después se os traerá ante el juez.

—Pero no puede ser verdad. Yo no soy ninguna bruja. Habláis con mi hermana, es la mujer del pastor de esta granja. Os lo puede confirmar...

—Es la Britta Willumsen quién os ha acusado de brujería —la interrumpió el prefecte, grapándola con fuerza por el brazo.

El Elin se resistió cuando el prefecte la estiró hacia el exterior de la casa. La Märta chilló y se cogió fuerte a la falda de su madre. El Elin soltó un esbufec cuando su hija cayó de espaldas detrás de ella. A la vegada que vio como unas cuántas personas acudían a ayudar a la niña, la mano del prefecte estrechó el Elin con más fuerza. La cabeza le daba vueltas. La Britta la había acusado de brujería.

L

A mano DE LA JESSIE TEMBLABA ligeramente mientras se miraba al espejo de la habitación de la Vendela. No podía permitir que el rímel formara grumos.

Detrás suyo, la Vendela se emprovara el cuarto vestido, pero poco después también se lo sacaba con frustración.

—No tengo nada para ponerme! —dijo—. Me he engordado tanto!

La chica se pellizcó la greixina inexistente de la cintura y la Jessie se giró hacia ella.

—Pero como puedes decir esto? Eres guapísima. Yo ni siquiera estoy cerca de tener un cuerpo como el tuyo.

El tono era más bien una constatación que no un lamento. Ahora que en Sam lo estimaba, aquellos kilos de más ya no le parecían repugnantes.

El estómago se quejó. No había podido comer nada en todo el día. Era cómo si desde que había llegado a Fjällbacka todo se hagués cambiado. Había tenido mucho miedo que allá todo hubiera sido todavía peor. Y entonces había conocido en Sam y, ahora, se había hecho amiga de la Vendela, que era... Bien, la Vendela era perfecta y enrollada, y con una gran seguridad en sí misma. Era como una clave de carne y huesos que le abría la puerta a un mundo nuevo, un mundo del cual la Jessie siempre había deseado formar parte. Tenía la sensación que habían desaparecido todas las palabras dolorosas, todas las pellizcadas degradantes, todas las bromas pesadas y todas las humillaciones. Haría borrón y cuenta nueva con todo el que había pasado hasta entonces, olvidaría la persona que había sido. Ahora era una Jessie nueva.

Por el que parecía, la Vendela se había decidido por el vestido que se acababa de emprovar, uno de punto de tubo, ceñido y rojo, que apenas le tapaba las calcetes.

—Qué piensas? —preguntó, e hizo una pirueta ante la Jessie.

—Eres preciosa —respondió la Jessie, y lo decía de todo corazón.

La Vendela parecía una muñeca. La Jessie se miró al espejo que había detrás la Vendela y, de repente, toda la autoestima que había ganado los últimos días desapareció. La blusa le quedaba como un saco de patatas y los cabellos le caían sobre los hombros desembullats y greixosos. Y esto que se los había lavado aquella mañana.

La Vendela debía de ver la cara de resignación de la Jessie. Le puso las manos a los hombros y la obligó a sentarse a la silla ante el espejo.

—Sabes, creo que te puedo hacer un peinado porque estés preciosa. Me dejas intentarlo?

La Jessie asintió con la cabeza y la Vendela empezó a sacar pudes y botellas y tres arrissadors de cabellos diferentes y una plancha. Veinte minutos más tarde, los cabellos de la Jessie eran otros. Se contempló al espejo y apenas se reconoció.

Era una Jessie nueva y saldría de fiesta. La vida no podía ser muy mejor.

En Martin se sentó junto a Paula a la mesa de la cocina.

—Cuando recibiremos una respuesta sobre la grabación? —dijo.

—La grabación? —preguntó Paula, pero un segundo más tarde lo cazó.

Madre mía, pensó, con aquel calor el cerebro realmente no le funcionaba. Casi

no había aclucado los ojos en toda la noche. Lisa no había parado de gemir y se había despertado un centenar a veces. Prácticamente no había valido la pena intentar coger el sueño entre tongadas. Al final, se había quitado y se había puesto a trabajar. Pero ahora los ojos estaban a punto de cerrársele. Estaba agotada.

—Esta semana nos tenían que enviar algo —dijo—, pero no creo que tengamos que tener muchas esperanzas.

—Cómo se están adaptando los niños en casa tuya? —preguntó en Martin, y le sirvió una buena taza de café.

Si no se había descontado, era la octava del día.

—Bien, ha ido muy bien. Han llegado esta mañana. En Patrik los ha ido a buscar en el hospital y los ha traído a casa.

—Le han explicado nada de nuevo de la Amina? Y de en Karim?

—Ninguna novedad —dijo Paula—. Quiero decir de la Amina. Pero a en Karim le darán el alta pronto.

—También se instalará en casa tuya, o como lo haréis?

—Y ahora, no. No tenemos lugar para más gente —dijo Paula—. No, la idea es que el Ayuntamiento condicione algún tipo de residencia provisional para los afectados y nos han dicho que tendrían algo para en Karim cuando saliera del hospital. Algunos ya han empezado a marchar del centro cívico, allá no hay lugar para todo el mundo. Pero tengo que confesar que estoy positivamente desconcertada. La gente ha abierto las puertas de casa suya, han cedido las casas de invitados, las segundas residencias... Bien, una pareja incluso se ha ido a vivir con una tía y ha dejado su apartamento a una familia.

En Martin sacudió la cabeza.

—Una de cal y otra de arena. El ser humano es bien extraño. Algunos anhelan hacer daño, otros están dispuestos a ir tan lejos como haga falta para ayudar unos extraños. Mira en Bill y la Gun, se pasan en el centro cívico desde primera hora de la mañana hasta última hora del anochecer.

—Sí, te hacen recobrar una cierta fe en la humanidad.

Paula se levantó y fue a buscar leche en la nevera. Se sirvió un poco. Era incapaz de tragarse el café solo.

—Marcho hacia casa —dijo en Mellberg, sacando la cabeza por la puerta—. Rita no se puede hacer cargo a solas de los niños. Es demasiado trabajo. Pero primero haré una paradeta al horno y compraré unas cuántas pastas.

Se paró un momento.

—Porque bastante que deben de comer pastas, oi?

Paula miró en Martin con cara de resignación cuando se volvió a sentar a la mesa.

—Sí, comen pastas, Bertil. Son de Siria, no del espacio exterior.

—No hay ningún motivo para ser desagradable, sólo he hecho una simple pregunta —replicó en Mellberg, dolido.

El Ernst clavó un estribada a la correa, tenía ganas de salir afuera.

Paula asintió con la cabeza y después sonrió a en Mellberg.

—Me parece que esto de las pastas tendrá mucho de éxito —dijo—, pero no te olvides de comprar una con crema para en Leo.

En Mellberg rió por debajo la nariz.

—Te piensas que podría olvidarme nunca que al niño del abuelo le encantan las pastas de crema?

Hizo media vuelta y arrastró la Ernst ninguno afuera.

—Es la cruz que tengo que cargar por mis pecados —dijo Paula, y miró como en Mellberg se alejaba pasillo allá.

En Martin movió la cabeza.

—Sí, no creo que acabe de entender nunca este hombre.

Paula volvió a adoptar un ademán grave.

—Has tenido tiempo de dar un vistazo a los grupos de extrema derecha?

—He trucado a algunos de los informadores con quienes mantengo contacto desde hace tiempo, pero todos sostienen que no saben nada del incendio.

—No me sorprende —dijo Paula—. No podemos esperar que alguien levante la mano y diga: «Lo hemos hecho nosotros».

—No, pero no estamos hablando de los paños más espabilados del planeta, así que tarde o temprano alguien garrará más de la cuenta. Y quizás alguien tiene motivos para hacerlo... Vaya, tampoco me parece inverosímil. Continuaré sacudiendo este árbol a ver qué cae.

a Paula bebió un trago de café. El cansancio hacía que se sintiera pelmaza y torpe.

—Cruces que sacaremos nada, del cacheo a la granja de los Berg?

En Martin dudó un instante. Después hizo que no con la cabeza.

—No, no encontramos nada en la casa y no creo que la familia tenga nada a ver. Así que probablemente no.

—Pronto se nos acabarán las alternativas —añadió Paula, mientras observaba en Martin—. No tenemos testigos, ninguna evidencia física, no hemos podido establecer ninguna relación con el asesinato de la Stella, a pesar de todos los paralelismos. De hecho, empiezo a pensar que quizás no hay ninguna relación. El caso es muy conocido por aquí, todo el mundo sabe donde la encontraron, conoce todos los detalles, no hay secretos. Cualquiera habría podido imitar la muerte, pero ahora mismo sólo podemos especular por qué ha pasado justo en este momento.

—Y las dudas que asaltaron en Leif sobre la culpabilidad de las chicas? Qué hizo que, de repente, cambiara de parecer? Y que después se quitara la vida?

—Sí, no lo sé —respondió Paula, cansada, y se rozó los ojos—. Es que tengo la sensación que vamos a tuntas. Y, para acabarlo de adobar, tenemos el incendio provocado en el centro de internamiento. Realmente seremos capaces de encontrar el culpable?

—Está claro que sí —dijo en Martin, y se levantó—. Lo resolveremos.

Paula se limitó a asentir con la cabeza. Quería creer el que había dicho su compañero, pero el cansancio hacía que la desesperación le empezara a arraigar dentro del corazón, y se preguntaba si los otros sentían el mismo.

—Escucha, ahora me tengo que ir. Me tengo que encargar de...

En Martin se balanceaba adelante y atrás.

En un primer momento, Paula no lo entendió, pero después sonrió de oreja a oreja.

—Ay, sí! Hoy es el gran día. La cena con la chica del centro cívico...

Hizo la impresión que su compañero se quería fundir.

—Bah! Sólo es una cena de nada. Ya veremos qué pasa.

—Mmm... —hizo a Paula, con elocuencia, y, como respuesta, recibió una morcilla.

Paula va esclafir a reír y, mientras en Martin marchaba hacia la puerta de la entrada, llamó:

—Buena suerte! Y recuerda: es como ir en bicicleta!

La respuesta fue un portazo. Miró el reloj. Una hora más de trabajo, decidió. Después podía plegar velas.

En Basse vivía en una casa antigua con mirador, llena de rincones y raconets. La Jessie quería disfrutar de ser en una casa tan diferente de las que había visto, pero cuando un auténtico desconocido abrió la puerta y la chica intuyó el gentío que había adentro, de repente se asustó.

Al suyo cercando, casi todo el mundo iba bebido y actuaba con un gran desplante, de una manera que la Jessie no era. A ella no la invitaban nunca en fiestas como aquella. Sólo deseaba salir corriendo y alejarse de aquella casa, pero la Vendela le cogió la mano y se la llevó hasta una mesa que había a la otra banda de la sala de estar. Estaba cubierta de una gran cantidad de botellas de cerveza, de vino y de licor.

—Todo esto es de los padres de en Basse? —preguntó la Jessie.

—No, sería imposible —respondió la Vendela, y agitó la cabellera larga y rubia—. Cuando organizamos una fiesta, siempre lo hacemos así. Todo el mundo tiene que traer el que pueda.

—Yo habría podido coger unas cuántas botellas de champán... —murmuró la Jessie, y de repente se sintió estúpida.

La Vendela va esclafir a reír.

—Y ahora, tú eres nueva y un tipo de... invitada de honor. Qué quieres tomar?

La Jessie pasó la mano por encima de las botellas que tenía delante.

—Hasta ahora sólo he probado el champán —dijo.

La Vendela se estiró para coger un vaso de plástico enorme. mezcló el contenido de varias botellas y acabó con un poco de Sprite.

—Tiene! —dijo, y alargó el vaso lleno hasta arriba a la Jessie—. Esto lo encontrarás buenísimo.

La Vendela cogió otro vaso y lo llenó hasta derramar de vino blanco.

—Salud! —exclamó, y chocó el vaso de la Jessie con el suyo.

La Jessie hizo un trago y tuvo que reprimir una mueca. El gusto era fuerte, pero era la primera vez que tomaba un combinado, así que quizás era el gusto que tenía que tener. Y, por el que parecía, la Vendela sabía el que se hacía.

La Vendela hizo un gesto con la cabeza en dirección a la otra punta de la sala.

—En Nils y en Basse son allí abajo.

La Jessie hizo un trago largo. Tenía más buen gusto que el primero. Demasiada gente. Y ninguno que la mirara con desprecio o con ganas de humillarla. Más bien con curiosidad. Pero positiva. O como mínimo era el que le parecía.

La Vendela le volvió a coger la mano y se la llevó entre una muchedumbre de gente que estaba hablando, bailando y riendo.

Los dos chicos se habían escarxofat en un sofá de grandes dimensiones, cada cual con una cerveza a la mano. Saludaron la Jessie con un golpe de ninguno y la

Vendela se sentó al regazo de en Nils.

—Cojones, sí que habéis tardado! —exclamó en Nils, y se acercó la Vendela—. Seguro que os estabais maquillant y todo esto.

La Vendela dejó escapar una risita cuando en Nils le apartó los cabellos y le dio un beso a la nuca.

La Jessie se sentó en una gran butaca blanca junto al sofá, intentando no mirar demasiado la pareja mientras se besaban.

Se acercó a en Basse.

—Dónde son tus padres? —preguntó.

Detrás suyo, la música retumbaba con fuerza.

—Han marchado con el velero —respondió el chico, y se va arronsar de hombros—. Siempre lo hacen en verano, pero los últimos años yo me lo he podido ahorrar.

La Vendela dejó de hacer besos a en Nils y sonrió a la Jessie.

—Se piensan que ha encontrado un trabajo de verano —dijo.

—No jodas.

En realidad, su madre ni siquiera se daría cuenta si se esfumaba durante tres semanas, pero aquello era diferente. Tener las narices de inventarse una mentira como aquella...

—Si me quiero quedar aquí en casa, me obligan a trabajar —dijo en Basse, e hizo un trago de cerveza. Se abocó un poco a la camiseta, pero no pareció que se diera cuenta.— Los dique que he encontrado trabajo en el hotel TanumStrand y cómo que no conocen nadie para comprobarlo...

—Pero no se preguntan qué haces, del dinero?

—Mis padres tienen una bodega de cojones, con un montón de botellas de vino carísimas que ni recuerdan que tienen. Mientras son fuera, vendo algunas.

La Jessie miró en Basse, perpleja. Aquel chico no le había hecho la impresión de ser tan espabilado.

—En Nils acostumbra a darme un golpe de mano —dijo.

La Jessie asintió con la cabeza. Aquello lo explicaba todo. Hizo un trago, la garganta le quemaba, pero no era capaz de calmar el estómago, que se revolvía de alegría. Era justamente aquello, relacionarse con la gente? Ser una más de la pandilla?

—Es una pena, que en Sam no haya podido venir —dijo en Nils, y se va escarxofar al sofá.

La Jessie sintió una fiblada de añoranza. Que era de orgulloso, en Sam. Era evidente que los tres habían entendido que no se habían traído bien.

—Hoy no podía, pero sábado, los dos vendremos al centro cívico.

—Ah, perfecto! —dijo en Nils, y levantó la botella de cerveza para brindar.

La Jessie se sacó el móvil de la bolsa y, a toda velocidad, tecleó un mensaje de texto a en Sam: «Todo genial, todo el mundo es muy amable y me lo estoy pasando superbé». En Sam le respondió inmediatamente con *emoji* del pulgar levantado y un *smiley*. La Jessie sonrió y volvió a desar el móvil. No se podía creer el que le estaba pasando. Era la primera vez a la vida que se sentía... normal.

—Te gusta el que te ha preparado la Vendela? —dijo en Nils, y con la botella de cerveza señaló el vaso.

—Sí... buenísimo! —respondió, e hizo un par de tragos muy largos.
En Nils se sacó la Vendela de sobre y, con la palma, le clavó un golpe al culo.
— puedes preparar otro de estos a la Jessie? Casi ya se lo ha acabado.
—Y tanto! —dijo la Vendela, y se bajó un poco el vestido minúsculo que traía
—. A mí también me queda poco vino. Llenaré los dos vasos.
—A mí tráeme una cerveza, también —dijo en Basse, y dejó la botella vacía encima la mesa.
—Lo intentaré.

La Vendela se abrió entre el gentío hasta la mesa con las bebidas que había al otro lado de la sala. La Jessie no sabía qué tenía que decir. El sudor empezó a regalarle espalda abajo y estaba segura que se le habían formado unos círculos enormes a las axilas. Quería marchar de allá y bajó los ojos a la alfombra que cubría el tierra.

—Cómo es, tener una madre estrella de cine? —preguntó en Basse.
Por dentro, la Jessie hizo una mueca, pero, a la vegada, agradeció que alguien hubiera sacado un tema de conversación. Aunque en realidad no fuera el suyo preferido.

—Aix, la madre es la madre. Yo no la veo como una estrella de cine...

—Pero debes de haber conocido un montón de gente famosa.

—Sí, esclar, pero para la madre no son más que compañeros.

Le tenía que explicar la verdad? Que apenas había formado parte de la vida de Marie? Que de pequeña se había pasado el día a casa, con una corrua inacabable de niñeras, mientras su madre estaba rodando o en fiestas de todo tipo? Así que la Jessie había sido basta grande, la había inscrito en internados de todo el mundo, fuera donde fuera que le saliera el trabajo. Mientras fue a la escuela en Inglaterra, Marie se pasó medio año en Suráfrica en una filmación.

—Aquí llega la segunda ronda —dijo la Vendela, dejando los vasos y la botella de cerveza encima la mesa.

Miró la Jessie.

—Pruébalo, a ver si también te gusta. Te he preparado uno de diferente.

La Jessie hizo un trago. La garganta le quemó como antes, pero aquel combinado tenía más gusto de Fanta que el anterior y le gustó más. Levantó el pulgar en señal de aprobación.

— he puesto muy poco alcohol, o sea que no te tienes que preocupar de emborracharte.

La Jessie sonrió e hizo otro trago. Se preguntó qué gusto tenía una bebida con mucho de alcohol, teniendo en cuenta como le quemaba el estómago aquella. Pero la Vendela había sido muy amable. Una sensación de felicidad se le esparció por el cuerpo. Aquellos tres chicos podrían ser sus amigos? Sería fantástico. Y en Sam. Su maravilloso, increíble, precioso y encantador Sam. Levantó el vaso hacia el terceto que sentaba al sofá e hizo un buen trago. Sintió un ardor muy agradable al pecho.

Marie se limpió el maquillaje minuciosamente. El que usaban a los rodajes era terrible para la piel, con todas las capas y capas que hacían falta. Y nunca jamás le pasaría por la cabeza irse a la cama sin habérselo sacado a conciencia para dejar que la piel pudiera respirar. Se inclinó ninguno adelante y se observó la

cara al espejo. Pequeñas, pequeñísimas patas de gallo a los ojos y unas cuántas arrugas alrededor de la boca. A veces se sentía como un pasajero en un tren que corría a toda velocidad hacia el precipicio. La carrera era todo el que tenía.

Pero hacía la impresión que ahora se habían resuelto todos los problemas de financiación para la película y, si se convertía en un éxito de público, Marie habría conseguido ganar unos cuantos años más. Como mínimo en Suecia. En Hollywood, tenía los días contados. Los papeles que le llegaban cada vez eran menos y peores. Últimamente, solían ser de la madre de alguien. No como la figura femenina atractiva que arrastraba las masas. La atormentaban las *starlets* jóvenes de miradas afamegadas y cuerpos espectaculares que de buen grado se iban a la cama con directores y productores.

Marie cogió el bote de crema hidratando carísima y empezó a esparcísela por la cara. Después, el potet minúsculo para los ojos. También se puso al cuello.

Muchas actrices sólo tenían cura de la cara, mientras al cuello los iban saliendo arrugas que delataban la edad que tenían.

Dio un vistazo al reloj. Faltaban cinco minutos para las doce. Tenía que esperar la Jessie despierta? No, llegaría tarde o, incluso, dormiría fuera de casa. Y ella necesitaba disfrutar de un sueño reparador para poder afrontar otro largo día de rodaje.

Se volvió a mirar al espejo. Sin maquillaje. Desde pequeña, el exterior había sido su herramienta de trabajo. Evitaba que cualquier persona pudiera penetrar a su interior. Nadie la había visto, no la había visto tal como era realmente, desde Helen. Había conseguido no pensar en ella buena parte de su vida. No había mirado nunca al suyo cercando. No había mirado nunca cabe atrás. Qué habría sacado? Las habían obligado a separarse. Y después... Después, Helen no la había querido volver a ver.

Había esperado que llegara el día que las dos tuvieran dieciocho años. Marie los había cumplido antes de que Helen y no sería hasta cuatro meses más tarde, un mes de octubre, que finalmente podrían hablar otro golpe. Hacer nuevos planes. Ya no haría falta que aquella sensación de vacío glatís con tanta fuerza a cada instante.

Marie le había trucado de buena mañana. No había parado de dar vueltas al que diría si eran los padres los que cogían el teléfono, pero no había hecho falta. La voz de Helen la había llenado de felicidad. Marie había deseado hacer añicos los años que habían pasado, borrarlos, y volver a empezar nuevamente. Las dos juntas.

Pero la voz de Helen había sonado como la de una extraña. Fría. Tensa. Le había dejado claro que no quería saber nada. Que bien pronto se casaría con en James y que ella formaba parte de un pasado que no deseaba recordar. Petrificada, Marie se había quedado con el teléfono en la mano. La sensación de vacío se mezcló con la de una decepción profunda. No había hecho ninguna pregunta. No había cuestionado nada. Se había limitado a colgar el aparato y había decidido que nunca más nadie volvería a tener acceso a las profundidades de sí misma. Y había mantenido la prometida. Se había asegurado de pensar sólo en una persona. En ella misma. Y había conseguido todo el que se había propuesto.

Pero ahora, en la oscuridad de la casa ante el mar, se miró a los ojos y se preguntó si había valido la pena. Se sentía vacía. Todo el que había conseguido

era un espejismo.

El único valioso que había tenido a la vida había sido Helen.

Por primera vez, Marie se permitió pensar como podría haber sido todo. Sorpresa, se dio cuenta que la mujer que veía al espejo estaba llorando. Lágrimas de treinta años.

El caso Stella

PARLAR CON SU MUJER había hecho que todo aquello de qué había sido tan convencido empezara a tambalear. El estómago le decía que estaba siguiendo la pista correcta. A la vegada, aquello significaba que él mismo tenía que reconocer —y por extensión también los otros— que había cometido un error. Un error que había destrozado la vida a muchas personas. Y para en Leif no había basta alegando que había creído en el que había hecho. La respuesta que había obtenido ahora también lo habría podido obtener entonces. Pero se había dejado llevar por la opción más sencilla, la más evidente. No había estado hasta más tarde que la vida le había enseñado que a menudo las cosas no eran tan simples cómo podían parecer. Que la vida podía cambiar en un segundo. La muerte de Kate le había enseñado una humildad que no había tenido hasta entonces, cuando realmente le habría hecho falta.

Le había costado muchísimo mirarla a los ojos. Porque, cuando lo hizo, sólo vio soledad y dolor. Y no sabía si realmente le estaba haciendo un favor revolviendo el pasado. Pero a la vegada sentía que tenía la obligación de corregir su error, en la medida que fuera capaz. había demasiadas cosas que ya no se podían deshacer. Muchas ya no se podían recuperar.

En Leif se desvió para entrar al patio de la casa, pero no bajó del coche. La casa estaba demasiado vacía. Demasiado llena de recuerdos. Sabía que lo tenía que vender, mudarse a un piso. Pero no se veía con corazón. Echaba de menos a Kate, hacía años que la echaba de menos, vivir sin ella era un calvario. Todavía se le había hecho más patente ahora que no tenía un trabajo donde ir. Se había intentado convencer que tenía hijos y nietos, y que para muchos aquel ya era suficiente motivo para vivir. Pero Kate le había penetrado por todos los poros de la piel, era la razón por la cual respiraba. En Leif era incapaz de imaginarse una vida sin ella.

A regañadientes, salió del coche. Dentro de la casa, resonaba el silencio. El único que se sentía era el tic-taco del reloj de la cocina, el que procedía de la casa donde había crecido Kate. Otro recuerdo de su mujer.

En Leif entró al despacho; últimamente sólo allá sentía algún tipo de paz. Cada anochecer hacía la cama y dormía. Lo había hecho desde que se había jubilado. Cómo siempre, el escritorio estaba perfectamente ordenado. Era una costumbre del cual se sentía orgulloso, y había sido también así los años que pasó al cuerpo. La mesa de la comisaría estaba siempre tan meticulosamente aseada como la de casa. Lo ayudaba a pensar con claridad. A dar orden y estructura a pruebas aparentemente inconexas.

Cogió las carpetas con la documentación sobre el caso. Había perdido la cuenta de las veces que la había repasado. Pero aquel golpe la examinó desde un ángulo nuevo. Y sí. había muchas cosas que encajaban. Massa. Despacio, en Leif bajó los papeles. Se había equivocado. Había cometido un error de consecuencias funestas.

L

A VENDELA SE BALANCEÓ adelante y atrás sobre los talones altos al umbral de la puerta de la habitación de los padres de en Basse. El vino le había subido a la cabeza, la había invadido una sensación agradable y todo le parecía ligeramente remoto. Señaló la Jessie, que estaba extendida a la cama.

—Cómo cojones habéis conseguido traerla hasta aquí arriba?

En Nils rió por debajo la nariz.

—En Basse y yo hemos sudado de lo lindo.

—Esta tía no aguanta el alcohol —dijo en Basse, y con la cabeza señaló la Jessie.

El chico perdió el equilibrio un momento, pero aún así hizo otro trago de cerveza.

La Vendela contempló la Jessie. Estaba completamente fuera de combate; dormía tan profundamente que parecía muy bien que estuviera muerta. Pero, de vez en cuando, el pecho se elevaba levemente. Cómo siempre que la miraba, sintió como la rabia le hervía por dentro. La madre de la Jessie había cometido un asesinato sin que le hubiera comportado nada de malo. Había conseguido convertirse en una estrella de Hollywood, mientras su madre cada anochecer ahogaba el dolor con alcohol. Y la Jessie había podido viajar por todo el mundo, mientras ella se podría a Fjällbacka.

Trucaron a la puerta y la Vendela abrió. Del piso de bajo los llegaba la canción *My House* de Flo Ridas y voces que llamaban y cantaban intentando hacerse sentir por encima la música.

—Qué haced?

Afuera, al pasillo, había tres chicos que iban a noveno a Strömstad, con las miradas vidriosas.

—Nos hemos montado una pequeña fiesta privada —respondió en Nils, e hizo un gesto con la mano—. Pasáis, chicos.

—Quién es, esta? —preguntó el más alto de los tres.

La Vendela creía que se decía Mathias.

—Una tía sonada que nos ha sido echando la caña a en Basse y a mí —dijo en Nils, y sacudió la cabeza—. Todo el anochecer que busca polla, así que al final la hemos subido aquí arriba.

—Qué trozo de puta —farfulló en Mathias, y se plantó en medio de la habitación, sin sacar los ojos de la Jessie.

—Mira, se dedica a colgar este tipo de fotos —continuó en Nils, y se sacó el teléfono del bolsillo.

Le enseñó la fotografía de la Jessie mostrando los pechos y los chicos van medio cerrar los ojos para poderla ver.

—Hostia, qué par de tetes! —rió por debajo la nariz uno de ellos.

—Se ha ido a la cama con prácticamente todo el mundo —dijo en Nils, y se tragó el resto de la cerveza.

Después hizo un gesto con la botella vacía.

—Quién quiere otra ronda? No podemos hablar de fiesta si no tenemos nada para beber.

Los chicos respondieron de manera ininteligible y en Nils miró la Vendela.

—Nos vas a buscar más?

La Vendela asintió con la cabeza y salió de la habitación haciendo tintines. Consiguió llegar hasta la cocina, donde en Basse había dejado todo el alcohol. Encima del mármol había más botellas. Cogió un bric de tres litros de vino blanco con una mano y una botella de vodka gorda con la otra. También cogió un par de vasos por si acaso, que trajo con la boca.

Mientras subía por las escaleras, la Vendela estuvo a punto de caer unas cuántas veces. Al final, consiguió trucar a la puerta con el codo y en Basse abrió y la dejó entrar.

El chico se desplomó junto a en Nils, a tocar de una Jessie inconsciente. En Mathias y los otros sentaban en tierra. La Vendela repartió los vasos y empezó a servir una mezcla de vino blanco con vodka. Al fin y al cabo, a aquellas alturas todos habían perdido el sentido del gusto.

—Alguien le tendría que dar una lección a esta tía —dijo en Mathias, mientras hacía un par de tragos largos del combinado.

Se balanceaba levemente, a pesar de estar sentado.

Los ojos de la Vendela se toparon con los de en Nils. Se atreverían a hacer el que habían planeado? Pensó en su madre, en todos los sueños que no se habían cumplido. En la vida que le habían arrebatado treinta años atrás.

Los dos asintieron con la cabeza.

—Lo tendríamos que dejar marcada de alguna manera —dijo en Nils.

—Yo tengo un rotulador —dijo la Vendela, y sacó un de la bolsa que había traído—. Uno de aquellos que no se pueden borrar.

Los chicos de Strömstad rieron por debajo la nariz. El más bajito de los tres asintió con la cabeza enérgicamente.

—Hostia, qué gran idea. Marcamos esta puta.

La Vendela se acercó hasta la cama. Señaló la Jessie.

—Primero lo tenemos que desnudar.

Empezó a desabrocharle la blusa, pero los botones eran demasiado pequeños y sus dedos, tan matusers debido al alcohol, que no pudo desabrochar ni ud. Al final decidió grapar la blusa y arrancarlo.

En Nils va esclafir a reír.

—Esta es mi niña!

—Sácale la falda —dijo a en Mathias, y el chico rió mientras se acercaba a la cama y empezaba a bajar la falda de la Jessie.

Debajo aparecieron unas calcetes horrosas de algodón y la Vendela hizo una mueca. Por qué no la sorprendía?

—Ayúdame a girarla para poderle sacar los sujetadores —dijo.

Un puñado de manos ansiosas la ayudaron.

—Hostia!

En Basse no apartaba los ojos de los pechos de la Jessie. La chica se meneó un poco cuando la volvieron a estirar de barriga en alto. Masculló algo, pero era imposible entender qué decía.

—Tiene! Toca reomplir el depósito!

En Nils alargó a en Mathias la botella de vodka, que pasó de mano en mano. La Vendela se sentó junto a la Jessie.

—Dámela.

En Nils le alargó la botella. La Vendela cogió la cabeza de la Jessie y lo levantó un poco. Con la otra mano, le abocó el vodka directamente a los labios.

—Ella también tiene derecho a participar en la fiesta —dijo.

La Jessie va estossegar y resopló sin despertarse.

—Un momento, tengo que hacer una foto de esto! —dijo en Nils—. Ponte a su lado.

Haciendo tentines, se sacó el teléfono del bolsillo y empezó a hacer fotos. La Vendela se inclinó encima la Jessie. Finalmente, era su familia la que tenía el control. Los otros cuatro chicos también cogieron los móviles e hicieron el mismo.

—Qué le escribiremos? —dijo en Basse, que encara no había sacado los ojos de los pechos de la Jessie.

—Haremos turnos —hizo la Vendela, y sacó el tapón del rotulador permanente—. Empiezo yo.

Escribió «cerda» con letras gordas de un lado al otro de la barriga. Los chicos llamaron de alegría. La Jessie sólo se meneó un poco, pero, sacado de aquello, no reaccionó. La Vendela pasó el rotulador a en Nils, que va ruminar unos segundos. Después le sacó las calcetas. Dibujó una flecha que apuntaba hacia abajo y escribió «Glory Hole». En Mathias va esclafir a reír como un tonto y en Nils hizo el gesto de la victoria y, después, pasó el rotulador. En Basse parecía que dudaba, pero entonces hizo un buen trago de vodka, subió a la cabeza de la cama, sujetó la Jessie por los cabellos y le escribió «puta» al frente.

Poco después, todo el cuerpo de la chica estaba cubierto de palabras. Todos hacían fotos frenéticamente con los móviles. En Basse todavía era incapaz de apartar los ojos de aquellos pechos.

En Nils se va mofar.

—Escucháis todos, me parece que en Basse quiere un poco de intimidad con la Jessie.

Se los llevó todos ninguno afuera, se giró hacia en Basse y levantó el pulgar. La Vendela cerró la puerta al salir. El último que vio fue cómo en Basse se empezaba a desabrochar los pantalones.

En Patrik dio un vistazo al reloj. Le extrañaba que el Erica todavía no hubiera vuelto a casa, pero a la vegada se alegraba, puesto que quería decir que se lo estaban pasando a las mil maravillas. La conocía bastante para saber que, si no hubiera sido así, habría encontrado cualquier excusa para marchar pronto.

Entró a la cocina y recogió los platos de la cena. Después de otro día jugando en casa de amigos, los niños estaban tan cansados que se habían dormido inusualmente temprano, así que a casa reinaba la paz y el silencio. Ni siquiera había puesto en marcha el televisor. Necesitaba procesar todo el que había pasado durante el día con tranquilidad, y ahora mismo tenía la sensación que su cabeza era una olla a presión cada cosa por su lado. El que habían descubierto aquel día era de una importancia capital. Un adelanto decisivo en la investigación. Pero, simplemente, no sabía qué significaba. Que la Nea hubiera muerto a la granja de la familia implicaba que estaban obligados a considerar seriamente la posibilidad que alguno de los progenitores pudiera ser lo culpable.

En consecuencia, habían tenido que comunicar a Eva y en Peter que no podían volver a casa, porque tenían que registrar minuciosamente el cubierto de las herramientas y el resto de la finca.

En Patrik puso el lavaplatos en marcha y sacó una botella de vino tinto del armario. Se sirvió una copa y salió al porche. Un golpe allá, se sentó en una de las sillas de mimbre y contempló el mar. La oscuridad todavía no era absoluta, a pesar de que se habían hecho las doce de la noche. El cielo había adoptado unas tonalidades lilosos con matices rosados, y en Patrik podía sentir vagamente como, más abajo, las oleadas rompían en la playa. Aquel era el lugar de la casa preferido de los dos, pero se dio cuenta que los últimos años habían pasado muy poco tiempo. Antes de que llegaran los niños, disfrutaban de muchas vísperas al porche, charlando, riendo, compartiendo sueños y esperanzas, haciendo planos y poniendo las vías para un futuro plegados. Ahora ya había pasado demasiado tiempo. Un golpe habían conseguido traer los niños a dormir, estaban demasiado cansados para planear nada, o ni siquiera soñar. Por el contrario, demasiado a menudo acababan ante algún programa de televisión fútil y no pocas veces en Patrik se despertaba cuando la Erica le clavaba un golpe de codo porque estaba roncando y le preguntaba si no era mejor que subieran a la habitación a descansar. No cambiaría para nada del mundo la vida que teanidan con los niños, sólo deseaba disponer de más tiempo para... Bien, para su amor. Era allá, en el día a día, siempre presente. Pero a menudo quedaba reducido a una mirada tierna mientras abrochaban los zapatos a los gemelos o a un beso de resquitiada al mármol de la cocina cuando la Erica preparaba el bocadillo de la Maja o él calentaba la papilla de los pequeños. Era una maquinaria muy engrasada, un tren que avanzaba seguro por las raíces que habían puesto aquellos anocheceres al porche. Pero en Patrik deseaba tener algún momento para parar la máquina y poder disfrutar del paisaje.

Sabía que tenía que descansar, pero no le gustaba acostarse sin el Erica. Le parecía muy triste estirarse a su lado de la cama mientras el del Erica estaba vacío. Y, después de tantos años juntos, seguían una rutina a la hora de ir a dormir. Siempre que no se tratara de una de aquellas noches tan escadusseres de contacto físico, se daban un beso y después se cogían las manos por debajo la manta hasta que se dormían. Así que prefería quedarse despierto esperándola, aunque era consciente que se tenía que quitar temprano. Al fin y al cabo, si se iba a la cama no pararía de dar vueltas y más vueltas.

Casi era la una de la madrugada cuando alguien empujó la puerta. En Patrik sintió una corrua de tacos y alguien que se peleaba con la cerradura. Paró la oreja. Podía ser que su estimadísima mujer estuviera un poco bebida? No había visto el Erica con alguna copa de más desde la noche de boda, pero si tenía que juzgar por las dificultades patentes que tenía para abrir la puerta de la entrada, hacía la impresión que había vuelto a pasar. En Patrik dejó la copa de vino encima la mesa, atravesó la sala de estar, estuvo a punto de tropezar con el cuadro que el Erica había hecho traer de la galería de arte y continuó hacia el recibidor. Su mujer todavía no había conseguido abrir la puerta y los tacos que sentía al otro lado eran dignos de un carretero. Giró la aldaba y bajó la manecilla. El Erica estaba plantada allá delante, con la clave en la mano, medio cerrando los ojos y mirándolo ahora a él, ahora la puerta abierta. Después, la

cara se le iluminó.

—Holaaa! Amor meeeu!

Se le lanzó al cuello y en Patrik tuvo que recular una pasa para no perder el equilibrio. Sin poderse contener la risa, intentó que la Erica bajara la voz.

—Xst, los niños están durmiendo.

Su mujer hizo un ademán grave. Después asintió con la cabeza y se puso un dedo a los labios, mientras se esforzaba para no caer en tierra.

—Estaré calladetaaaa... Los niños están dormiiint.

—Esto mismo, los angelets duermen —repitió en Patrik, y le ofreció un brazo porque se apoyara.

Se llevó el Erica hacia la cocina y la hizo sentar en una silla. Después, llenó una jarra de agua y se lo dejó delante, junto con un vaso y dos pastillas de Ipren.

—Bébetelo todo enseguida. Y tómate los dos Ipren. Si no, mañana estarás muerta.

—Eres tan guapo... —intentó el Erica, intentando enfocar para no verlo borroso. Era evidente que había sido una despedida de soltera durísimo. En Patrik se preguntó si realmente quería saber como había acabado su madre. Probablemente no.

—Sabes... Kristina... —dijo el Erica, y se tragó de un trago el primer vaso de agua.

En Patrik se lo va reemplir.

—Sabes, Kristina... Bien, tu madre...

—Sí, ya sé quién es Kristina.

Aquella escena era realmente divertida. Si se hubiera atrevido, la habría grabado; pero era consciente que, si lo hacía, el Erica lo haría añicos.

—Es taaaan simpática, tu madre —dijo, asintiendo con la cabeza.

Se tragó otro vaso e hipó. En Patrik cogió la jarra y lo volvió a llenar de agua.

—Unas piernas precioososes —hizo la Erica, sacudiendo la cabeza.

—Quién tiene unas piernas preciosas? —preguntó, intentando asear mínimamente el lío que el Erica tenía a la cabeza.

—Tu madre... o sea, Kristina. Mi suegra.

—Vaya, mi madre tiene unas piernas preciosas. De acuerdo. Bono de saber.

Consiguió que se bebiera otro vaso de agua. El día siguiente representaría todo un reto para el Erica. En Patrik tenía que trabajar e intuía que la canguro habitual, su madre, no tendría disponible su mejor modo abuela.

—Y baila de fábula! Le tendrían que pedir que participara a *Let's Dance*. No a mí. Yo no sé bailar.

El Erica movió la cabeza y se tragó el último vaso de agua con las dos pastillas, después de que en Patrik se las alargara.

—Pero ha sido muy divertido. Hemos bailado el txa-txa-txa. Lo entiendes? El txa-txa-txa!

Le vino un hipo, se levantó y abrazó en Patrik.

—Te estimooo. Quiero bailar txa-txa-txa contigo...

—Amor, me parece que ahora mismo no estás en condiciones para ninguna txa-txa-txa.

—Que sí, que quiero bailar! Ven... No me quiero ir a dormir sin que hayamos bailado un poco de txa-txa-txa.

En Patrik sopesó sus opciones. Cargarse el Erica a las espaldas y subirla por las escaleras no era una. Estaba convencido que el mejor era acceder al que le pedía su mujer y después intentar convencerla porque lo acompañara en la habitación.

—De acuerdo, amor mío, bailaremos el txa-txa-txa. Pero vamos a la sala de estar. Si no, tengo miedo que acabamos destrozando la cocina.

Y se la llevó ninguno afuera. El Erica se plantó delante de en Patrik, le puso una mano al hombro y después le cogió la mano izquierda con su derecha. Tambaleó un par a veces, pero al final fue capaz de recuperar el equilibrio. Miró el retrato de en Leif, que estaba apoyado contra la pared justo a su lado.

—Leif, mira tú también como bailamos el txa-txa-txa. Serás nuestro público...

Va esclafir a reír de su chiste y en Patrik la sacudió un poco.

—Va, concéntrate. Toca txa-txa-txa. Después subiremos a dormir, de acuerdo? Me lo has prometido.

—Sí, iremos a dormir... Y quizás haremos algo más...

Lo miró con fijeza. En Patrik sintió como los ojos se le negaban con la bafarada de alcohol que el Erica exhaló y tuvo que hacer un esfuerzo para no empezar a toser. Era la primera vez de acá que se habían conocido que una oferta de aquel tipo no le resultaba nada atractiva.

—Txa-txa-txa —dijo, para hacerla reaccionar.

—Sí, esto —añadió el Erica, y va dreçar la espalda—. Bien, haz esto con los pies. Uno, dos, txa-txa-txa... Lo entiendes?

En Patrik intentó ver qué hacían los pies de su mujer, pero parecía que los movía sin ton ni son. Y que, para acabarlo de adobar, estuviera a punto de caer un par a veces, no hacía las cosas mucha más fáciles.

—O sea, es a la derecha... y después a la izquierda...

Riendo, en Patrik intentó seguir los pasos. Pero, si tenía que ser sincero, pensó en todo el tiempo que se reiría del Erica a costa de aquella noche.

—Uno, dos, txa-txa-txa, después derecha, o sea izquierda...

Perdió el equilibrio y en Patrik la cazó al vol. Los ojos del Erica se clavaron en el retrato de en Leif. Sin dejar de hacer tentines, va medio cerrar los ojos. Y va arrufar el frente.

—Derecha... e izquierda —murmuró.

Con ojos vidriosos, miró en Patrik.

—Ya sé el que no encaja...

Y, entonces, apoyó la cabeza contra el hombro de su hombre.

—Qué? Qué es el que no encaja, Erica?

La sacudió levemente, pero la Erica no respondió. Después, en Patrik sintió que empezaba a roncar. Dios del cielo. Ahora como se lo haría para subirla al primer piso? Y que había querido decir? Ni siquiera sabía que había algo que no encajaba.

Provincia de Bohuslän, 1672

L EN PRISIÓN ERA EN LO ALTO del cerro, justo junto al hostel. Hasta aquel día, el Elin sólo había pensado vagamente. Por supuesto, tenía una idea abstracta de cómo debía de ser un calabozo, pero no se habría imaginado nunca aquella oscuridad y aquella humedad. En la oscuridad, una muchedumbre de bestioletes se paseaban arriba y abajo o se arrastraban por tierra, rozándole las manos o los pies.

La celda era pequeña y se usaba sobre todo para aquellos que habían bebido más de la cuenta un anochecer al hostel, o porque un marido tuviera tiempo para calmarse antes de volver a casa con la mujer y los hijos.

Estaba sola allá dentro.

Se acurrucó y se puso a temblar, rodeada de aquella frialdad cruenta. Los gritos de la Märta le continuaban resonando dentro de la cabeza y todavía podía sentir como su hija se le agarraba con fuerza a la falda.

Se habían llevado un montón de objetos de la casa del servicio. Sus hierbas y decocciones. El libro con imágenes que la abuela le había regalado.

Instrucciones sobre que se tenía que mezclar con qué y cómo, explicado minuciosamente por alguien que no dominaba la letra escrita. El Elin no sabía qué habían hecho de todo aquello.

El que sí que sabía era que se encontraba en una situación muy delicada.

Faltaban dos días porque en Preben volviera a casa y el pastor no permitiría que aquella locura continuara. Así que llegara de Lur, todo se aclararía. Conocía el prefecte, hablaría con él. Y haría entrar la Britta en razón. El Elin estaba convencida que sólo le quería dar un lección y asustarla. No que acabara a la hoguera.

Pero, a la vegada, le vino a la cabeza el humedal. La mirada de terror de la Märta mientras se hundía en las aguas oscuras. Y la Viola, que había desaparecido y no había vuelto a aparecer nunca más. Sí, la Britta quizás deseaba su muerte, pero en Preben no lo permitiría. Sería severo con su mujer cuando comprendiera el que había hecho. Si era capaz de resistir dos días allá dentro, podría volver a casa. Con la Märta. No sabía qué harían después, donde irían, pero no se podrían quedar bajo el mismo techo que la Britta.

Sintió un ruido metálico y a la puerta apareció el prefecte. El Elin se levantó de un revuelo y se va espolsar las faldas.

—Realmente es necesario que me cerráis aquí dentro? Prisionera como una delincuente? Tengo una hija y no puedo huir en ninguna parte. No podría quedarme en casa, bajo mi propio techo, hasta que hayamos resuelto este malentendido? Prometo responder todas vuestras preguntas y estoy convencida que mucha gente os confirmará que no soy ninguna bruja.

—Vos no iréis en ninguna parte —le espetó el prefecte, y, con toda la pompa, va dreçar la espalda—. Sé bastante bien qué son capaces de hacer las de vuestro tipo y el tipo de trampas que se pueden empescar las meuques del Maligno como vos. Soy un hombre devoto, yo, y los hechizos y las prometidas del diablo no

tienen ningún efecto sobre mí. Os lo quiero dejar muy claro, ahora y aquí.

—No entiendo de que estáis hablando —dijo el Elin, con un desconcierto que iba aumentando.

Cómo podía haber pasado, todo aquello? Cómo podía haber acabado allá? Qué le había hecho al prefecte porque la mirara con aquel desprecio a los ojos? Era cierto que había pecado. Había sido una mujer débil tanto en la carne como en el espíritu, pero ya había pagado el precio. No comprendía por qué razón el Señor le exigía una penitencia más grande. Desconcertada, cayó de rodillas sobre el tierra infecto, estrechó las manos y rogó por dentro.

El prefecte la miró con asco.

—No me engañaréis con todo este teatro —dijo—. Sé perfectamente el que pretendéis y bien pronto todo el pueblo lo podrá ver.

Cuando la puerta se volvió a cerrar y la oscuridad dentro de la celda se hizo absoluta, la Elin continuó rogando. Rogó hasta que no pudo soportar más el dolor a las piernas y los brazos se le durmieron. Pero no lo escuchaba nadie.

L

ENTAMENT, LA ERICA ABRIÓ LOS OJOS y la claridad hizo que los volviera a cerrar. La Maja era ante sede.

—Por qué estás durmiendo al sofá, mama? —preguntó la niña.

El Erica miró alrededor. Exacto, por qué estaba durmiendo al sofá? No recordaba cómo había vuelto a casa.

Notó todos los nudos del sofá y puso una mano a la almohada para incorporarse, pero tenía la impresión que la cabeza le estaba a punto de estallar. La Maja no se movía de su lado, esperando una respuesta.

—La mama tenía dolor de estómago, así que era mejor que pasara la noche aquí para no contagiar el papa —dijo.

—Pobrissona —dijo la Maja.

Dios del cielo, no había tenido resaca desde el día siguiente del casamiento y había olvidado completamente la sensación de estar al umbral de la muerte que comportaba.

—O sea que el cadáver se ha despertado —dijo en Patrik, un poco demasiado contento cuando entró a la sala de estar con un gemelo a cada brazo.

—Clávame un disparo —respondió el Erica, y consiguió ponerse derecha.

La sala no paraba de hacer vueltas y más vueltas, y la Erica tenía la lengua seca y áspera como el papel de vidrio.

—La despedida de soltera debía de ser todo un éxito —continuó en Patrik, sonriente.

El Erica tuvo la impresión que se estaba riendo.

—Pues sí, nos divertimos mucho —replicó, y se puso las manos a la cabeza—. Pero cayeron muchas copas. Estoy segura que tu madre hoy también se encuentra bien mal...

—Me alegro mucho de habérmelo podido ahorrar todo. Tuve basta viéndote llegar a casa ayer noche.

Sentó los gemelos ante el televisor y puso el canal infantil.

La Maja se sentó junto a en Noel y Anton y, con un tono de voz de lo más serio, dijo:

—La mama está enferma, o sea que os tenéis que traer superbé.

Los gemelos asintieron con la cabeza, pero después se volvieron a girar hacia el televisor.

—A qué hora llegué? —preguntó el Erica, en un intento desesperado de llenar las lagunas de la memoria.

—Hacia la una. Y entonces tenías ganas de bailar. Insististe a enseñarme el txa-txa-txa.

—Ay, no!

Se puso una mano al frente. Era consciente que se lo tendría que sentir decir mucho tiempo.

La cara de en Patrik adoptó un ademán grave. Se sentó a su lado.

—Justo antes de caer redonda dijiste una cosa muy extraña. Miraste el retrato de en Leif y comentaste algo de derecha e izquierda y que entendías qué era el que no encajaba. recuerdas nada?

El Erica hizo un esfuerzo, pero fue va. La última imagen que le vino a la cabeza fue un Long Island Tea que le habían puesto delante. Habría tenido que tener más entendimiento y no beber aquel tipo de combinados. Pero, a pelota pasada, todo se veía muy claro. Ni siquiera recordaba cómo había llegado a casa. Después de dar un vistazo a las plantas de los pies ennegrecidas, estaba en disposición de afirmar sin riesgo de equivocarse que había vuelto a pie y descalza.

—No, mierda. No lo recuerdo —contestó, haciendo una mueca—. Por desgracia. —Inténtalo. Derecha. Esquerra. Es el que dijiste justo antes de caer redonda. Tengo la impresión que estas palabras te ayudaron a encajar una pieza del rompecabezas...

El Erica lo volvió a probar, pero la cabeza le palpitaba con fuerza y no podía pensar con claridad.

—No, lo siento. Pero quizás se me acudirá más tarde. —Se estremeció e hizo otra mueca.— Pero sí que recuerdo una cosa de anteayer. Perdóname, he sido tan enfeinada con la despedida de soltera que me había olvidado.

—De qué?

—Estoy convencida que es muy importante y te lo tendría que haber explicado entonces, pero llegaste a casa muy tarde y tenía la cabeza en la despedida. Viernes, por casualidad, me topé con Marie. Pasé por el siete de rodaje que habían montado al puerto mientras hacían una pausa. Marie me pidió que me acercara y me comentó que había sentido que quería hablar con ella. Nos sentamos un rato al Café Bryggan y charlamos del caso Stella. Pero esto no es lo más importante. Cuando ya me iba, se me acercó la maquilladora del equipo y me dijo que Marie no tenía ninguna coartada, que la noche de domingo a lunes había sido ella la que había dormido en la habitación del director, y no Marie.

—Cojones! —dijo en Patrik, y el Erica se dio cuenta que la cabeza le empezaba a dar vueltas.

Se hizo un masaje al frente.

—Y otra cosa... Marie sostiene que vio o sentir alguien dentro del bosque justo antes de que desapareciera la Stella. La policía no la creyó, pero quizás tampoco es tan extraño, teniendo en cuenta que no lo explicó hasta que no retiraron la confesión. Sea como fuere, cree que el asesino ha vuelto a actuar.

En Patrik sacudió la cabeza. Le parecía demasiado rebuscat.

—Ya lo sé. Seguro que sólo es el que afirma Marie y bastante, pero, aún así, quería que lo supieras —hizo el Erica—. Cómo os va, a vosotros?

Se esforzaba a hablar, a pesar de que la lengua se le enganchaba constantemente al paladar.

—Ayer registrasteis la granja de los Berg, oi?

—Sí, fue bien.

Le explicó el que habían encontrado al establo y el Erica notó que ponía unos ojos como dos naranjas. Era difícil saber qué significaba aquello, pero se dio cuenta que averiguar donde había sido asesinada la Nea suponía un paso adelante muy importante en la investigación.

—Y cuando os enviarán los resultados de los análisis?

—A media semana—dijo en Patrik, con un suspiro—. Habría preferido que me los dieran ayer mismo. Es increíblemente frustrando no saber qué línea tenemos

que seguir investigando. Pero hoy haré venir a comisaría la madre y el padre de la Nea, y ya veremos qué podemos sacar.

—Cruces que lo ha hecho uno de los dos? —preguntó el Erica, pero no estaba segura de querer saber la respuesta.

Los crímenes cometidos por padres contra los propios hijos eran de las peores atrocidades que se podía imaginar. Sabía que pasaba demasiado a menudo, pero se le hacía muy difícil de entender. Miró sus hijos, sentados en tierra ante el televisor, y con todo el corazón sintió que haría cualquier cosa para protegerlos.

—No lo sé —dijo en Patrik—. Este ha sido el problema desde el principio: hay un montón de posibilidades, pero ninguna pista evidente. Y ahora, encima, ahora me dices que Marie no tiene coartada, cosa que abre todavía más las alternativas.

—Todo se solucionará —dijo el Erica, y le mimó el brazo—. Y, quien sabe, quizás de aquí a unos cuantos días recibes alguna información que os puede servir.

—Sí, tienes razón —dijo, y se levantó.

Con la cabeza señaló los niños.

—En tu estado, te ves con corazón de todo esto?

El Erica habría preferido poder decir que ni en sueños, pero se contuvo. La resaca se la había ganado toda soleta, así que, con pocas palabras, se tenía que aguantar.

En Patrik le dio un beso a la mejilla y se fue hacia el trabajo. Con un dolor penetrante a la cabeza, la Erica contempló el cuadro que había apoyado contra la pared. Qué debía de haber querido decir, el día anterior? Por mucho que se escarrassava, no conseguía recordar nada. La niebla todavía era espesa.

En Patrik puso en marcha la grabadora de voz y leyó todas las formalidades sobre la fecha, la hora y los presentes a la sala de interrogatorios. Después se quedó en silencio unos segundos, observando en Peter. Hacía la impresión que el hombre que tenía delante había envejecido diez años desde la semana anterior. Lo asaltó un intenso sentimiento de compasión, pero se recordó que tenía que ser imparcial y objetivo. Era demasiado fácil dejarse enredar por el que se quería, o no se quería, creer de los otros. Ya había cometido aquel error antes y había aprendido que el ser humano era increíblemente complejo, que nada era evidente.

—Con qué frecuencia usáis el establo de la granja? —preguntó.

Los ojos de en Peter se empequeñecieron.

—Yo... bien... el establo? Vaya, en realidad no lo usamos nada. No tenemos animales, aparte del gato, y tampoco lo usamos de almacén. No somos de los que se dedican a guardar un montón de trastos viejos.

Observó en Patrik de hito en hito.

—Cuando fue la última vez que entrasteis?

En Peter se rascó la cabeza.

—Bien, debía de ser mientras buscábamos la Nea, supongo —respondió.

—Y antes de esto?

—Vaya, no lo sé. Quizás una semana antes, también entré a buscarla. Era la única que acostumbraba a ir, decía que era muy acogedor. Entraba a menudo a jugar con el gato. Por alguna razón, lo denominaba «gato negro».

En Peter va esclafir a reír, pero después la risa se le heló a la garganta.

—Por qué me preguntáis sobre el establo? —dijo, pero no recibió ninguna respuesta de en Patrik.

—Estás seguro que fue la semana antes de que desaparegués, que entraste al establo? O nos puedes dar un momento más exacto?

En Peter hizo que no con la cabeza.

—Bien, no lo sé, de verdad. Me parece que fue la semana anterior, pero sólo me lo parece.

—Y Eva? Sabes cuando fue la última vez que entró al establo? Bien, aparte de cuando fuisteis a buscar la Nea.

Otro movimiento de cabeza.

—No lo sé, se lo podéis preguntar a ella. Pero tampoco tenía ningún motivo para ir. No lo usamos.

—Has visto alguien adentro o por los alrededores del establo?

—No, nunca. O, espera, sí. Una vez me pareció ver algo que se movía, pero fui a dar un vistazo. Entonces apareció el gato y pensé que era el que había visto y volví a salir.

Levantó los ojos y miró en Patrik.

—Qué pasa? Creéis que puede haber entrado alguien? No acabo de entender donde traen todas estas preguntas.

—Con qué frecuencia iba al establo, la Nea? Sabéis qué hacía, allá dentro?

—No, más allá que le encantaba ir a jugar. Desde pequeña, sabía entretenerse a solas. —La voz se le rasgó y en Peter va estossegar.— A menudo decía: «Me voy al establo a jugar con el gato negro», así que supongo que es exactamente el que hacía. Jugaba con el gato. Es muy manyac.

—Sí, ya me di cuenta —dijo en Patrik, y sonrió—. Y que pasó la mañana que desapareció? Tampoco viste nada alrededor del establo? Algún detalle, por pequeño que sea, que nos pueda ayudar.

En Peter va arrufar el frente. Después negó con la cabeza.

—No, fue una mañana de lo más normal. Silencioso y tranquilo.

—Subís alguna vez al altillo?

—No, creo que nadie de los tres ha sido allí arriba desde que compramos la granja. Y prohibimos a la Nea que se ensartara por la escalera. El altillo no tiene barandilla y debajo no hay paja que pueda amortecer el golpe en caso de caída. Sabía que no le estaba permitido.

—Acostumbraba a hacer caso?

—Sí, no es... no era... ni mucho menos una niña que hiciera todo el contrario del que se le pedía. Si le habíamos dicho que no podía subir suela al altillo, seguro que no lo hizo.

—Cómo era la Nea con las personas? Con los desconocidos. Habría confiado en alguien que no conocía?

—Por desgracia, no habíamos sabido hacerle entender que hay personas que no son buenas. Se estimaba todo el mundo y pensaba que todo el mundo era amable. Todo el mundo con quien se cruzaba se convertía en su mejor amigo. Bien, de hecho repetía constantemente que el gato negro era su mejor amigo, así que deduzco que le pasaba tanto con las personas como con los animales.

La voz se le volvió a agrietar. En Patrik se dio cuenta que en Peter serraba los

dientes para no echarse a llorar. Estrechó los puños, no sabía cómo tenía que formular la pregunta siguiente.

—Nos ha llegado información de la policía de Uddevalla.

En Peter se estremeció.

—Qué tipo de información?

—Sobre tus ataques de cólera cuando... cuando bebes.

En Peter sacudió la cabeza.

—Esto pasó hace mucho tiempo. Cuando tenía... cuando tenía problemas al trabajo.

Miró en Patrik. Sacudió la cabeza con más vehemencia.

—Creéis que...? No, yo no le habría hecho nunca mal a la Nea. Ni a Eva. Es mi mundo, que no lo entendéis? La Nea era mi mundo.

Hundió la cara entre las manos. Los hombros le temblaban.

—Qué es todo esto? A que viene sacar ahora los pecados que cometí en el pasado? Por qué hacéis tantas preguntas sobre el establo? Qué habéis encontrado?

—Ahora mismo no te puedo explicar nada más —dijo en Patrik—. Y es posible que te tengamos que hacer más preguntas. Cómo ya sabes, en Gösta está hablando con Eva y le está preguntando más o menos el mismo. Os agradecemos de todo corazón la cooperación y ahora mismo podéis confiar plenamente que estamos haciendo todo el que podemos.

—Estáis del todo seguros... que no ha sido... él? —En Peter se enjugó los ojos.

— Soy consciente que mi padre tiene un carácter muy fuerte, y todos nos dejamos arrastrar. Además, todo el mundo en habla. Del centro de internamiento. Y uno acaba haciendo caso del que siendo...

—Estamos del todo seguros que no fue el hombre que fue señalado. Alguien os robó las calcetes de la Nea del tendedero después de que vuestra hija desapareciera y, raído y corto, intentó inculparlo.

—Cómo están?

En Peter no miró en Patrik a los ojos.

—No muy bien, con franqueza. Los médicos no saben si su mujer se saldrá y en Karim, porque es como se llama, ha sufrido quemaduras severas a las manos.

—Y los niños? —preguntó en Peter, levantando la vista finalmente.

—Los niños están bien —dijo en Patrik, para calmarlo—. De manera provisional se están en casa de uno de mis colegas, hasta que a su padre le den el alta del hospital.

—Me sabe mal que fuéramos...

No consiguió acabar la frase.

En Patrik asintió con la cabeza.

—No pasa nada. Uno cree el que quiere creer. Y, por desgracia, los refugiados son un chivo expiatorio demasiado habitual. Para todo tipo de cosas.

—No tendría que haber...

—Ahora no hace nada. El que ha pasado es pasado y ahora nosotros estamos intentando averiguar tanto quién, en singular o en plural, prendió fuego en el centro de internamiento como quién asesinó vuestra hija.

—Lo tenemos que saber —dijo en Peter, y la desesperación le va refulgir a los ojos—. Si no, no seremos capaces de salir adelante. Eva no podrá. La

incertidumbre nos hará añicos.

—Estamos haciendo todo el que podemos —repitió en Patrik.

Pero conscientemente no usó ninguna palabra que pugués parecer una prometida. En aquellos momentos, ni siquiera él estaba seguro que conseguirían llegar al fondo de la cuestión. Declaró el interrogatorio por acabado y apagó la grabadora.

El primero que sintió fueron las ganas de vomitar. Después, el tierra irregular. Le pareció que tenía los párpados enganchados y le costó un gran esfuerzo abrir los ojos. No reconoció el techo que daba vueltas encima suyo y la sensación de mareo empeoró. El empapelado de las paredes era de rayas azules y blancas, pero era incapaz de recordar si lo había visto antes. El malestar hizo que todo el cuerpo se le estremeciera y, esfereida, giró el hacia un lado. El vómito se esparció por tierra junto a la cama. El regusto era agrio y asqueroso, y hedía a alcohol.

La Jessie soltó un gemido. Cuando se giró, notó que estaba enganxifosa. Se pasó la mano por el pecho y se dio cuenta que se había vomitado encima.

La asaltó el pánico. Donde era? Qué había pasado?

Despacio, se incorporó. Tuvo un escalofrío y volvió a sentir náuseas, pero pudo contener el vómito. Bajó los ojos hacia su cuerpo y en un primer momento no entendió el que veía. Estaba completamente desnuda. Por todas partes había rayas de color negro. Tardó unos segundos a comprender que se trataba de palabras que le habían escrito a la piel. Una detrás la otra fueron penetrando para sus adentros como cuchillos.

Put. Cerda. Foca. Asquerosa.

Se le hizo un nudo a la garganta.

Donde era? Quién le había hecho aquello?

Una imagen le vino a la cabeza. La butaca donde se había sentado. Los vasos de plástico plenos de alcohol que le habían alargado.

La fiesta en casa de en Basse.

Se cubrió con una manta y miró alrededor. Parecía el dormitorio de un matrimonio. A la mesilla de noche había una fotografía donde aparecía una familia sonriente. Sí, él estaba. En Basse. Con una sonrisa burlona a los labios, entre un hombre y una mujer de dentaduras blancas y brillantes.

Las náuseas volvieron, acompañadas de una certeza. Habían tenido aquel plan desde el principio. Todo había sido una gran mentira. La Vendela, que había trucado a la puerta de casa suya para pasar la tarde juntas. Que fingieran ser amigos suyos. Nada había sido real.

Exactamente como Inglaterra.

Va arronsar las piernas contra el cuerpo. Ya no sentía el mal olor. El único que notaba era el vacío que le iba creciendo dentro del pecho.

Le hacía daño el entrecuix y acercó la mano. Se sintió enganxifosa y, aunque no tenía mucho experiencia, sabía perfectamente de que se trataba. Los hijos de puta.

Con un gran esfuerzo consiguió poner los pies en tierra. Cuando se levantó de la cama, la cabeza le cercó y aquella vez no consiguió reprimir las ganas de vomitar.

Cuando hubo acabado, se enjugó la boca con el dorso de la mano y pasó por encima de la embadurnada. Consiguió llegar hasta el lavabo que había dentro de la habitación.

Cuando se miró al espejo, parpadeó para contener las lágrimas. El maquillaje se le había escurrido, tenía restos de vómito por todo el cuello y al pecho. Y al frente decía «puta». Las mejillas estaban llenas de palabras groseras.

Las lágrimas brotaron sin aturador y la Jessie se inclinó, sollozando, sobre la pica. Se quedó así unos cuantos minutos. Al final entró a la ducha y abrió el agua caliente, tan caliente como fue capaz de soportar. Cuando vio que humeaba, se plantó bajo el rayo y dejó que el agua la empapara. Estaba tan caliente que la piel se le enrojeció. El vómito desapareció, cosa que provocó que las palabras escritas con tinta negra resaltarán todavía con más fuerza.

Aquellas palabras eran como gritos que le lanzaban y la Jessie notó el sexo dolorido y palpitante.

Cogió una botella de jabón de un estante y se lo abocó todo por sobre. Se limpió entre las piernas hasta que hubo desaparecido todo rastro de aquella cosa asquerosa. No dejaría que nadie se lo volviera a tocar nunca más. Estaba cerrado, anorreat.

Rozó y rozar, pero aquellas palabras se negaban a desaparecer. Estaba marcada y deseaba a brazo partido marcar los que le habían hecho aquello.

Bajo aquella lluvia bullent, la Jessie tomó una decisión. Lo pagarían. Todos y cada uno. Lo pagarían.

Hacerse cargo de niños pequeños con una resaca de narices era un castigo que se tendría que tomar en consideración en casos de delitos muy graves. El Erica no tenía ni idea de cómo conseguiría sobrevivir a aquel día. Cómo siempre, sus hijos podían husmear la debilidad y tener la osadía de pasar a la acción. La Maja, como de costumbre, fue la niña más serena y amable del mundo, pero, aquel día, los gemelos decidieron comportarse cómo si fuera la primera vez a la vida que se encontraban dentro de una sala con muebles. Chillaban, se peleaban, se ensartaban por todas partes, y cualquier advertencia que se los hacía acababa con un aullido llarguíssim que hacía que el Erica creyera que la cabeza le estallarían en cualquier momento.

Cuando sonó el móvil, la primera reacción fue la de no responder, porque el griterío hacía prácticamente imposible cualquier intento de mantener una conversación mínimamente civilizada. Pero después vio que se trataba de a Anna.

—Ay, hola! Cómo te encuentras, hoy?

La voz de su hermana le pareció insolentment alegre y despierta y la Erica se arrepintió inmediatamente de haber contestado. El contraste con su sido era demasiado grande. Se consoló con la idea que, si no hubiera sido embarazada, a buen seguro que estaría mucho peor que ella.

—Pudiste llegar a casa, ayer? Cuando me fui, tú todavía te quedaste un rato más, pero estaba un poco preocupada por si sabías como volver a casa...

Anna va esclafir a reír escandalosamente y el Erica suspiró profundamente. Otro miembro de la familia que le haría la pascua hasta el día que muriera.

—Ya puedes ver que sí, que llegué a casa. Pero no puedo decir que recuerde

mucho como me lo hice. Si tengo que juzgar por los pies, debía de volver andando descalza.

—Sí, pero, Dios mío, qué noche! Y quien habría sospechado que aquellas iaiones eran capaces de divertirse tanto! Qué historias! A ratos creí que las orejas me caerían en tierra.

—Tienes razón, ya no podré volver a mirar Kristina del mismo modo. Esto te lo puedo bien asegurar.

—Y muy divertido, aquello del txa-txa-txa.

—Y tanto! Al parecer, cuando llegué a casa, me empeciné a enseñar a bailar en Patrik...

—Lo dices de verdad? —hizo Anna—. Habría dado cualquier cosa para poderlo ver.

—Y después, como no podía ser de otro modo, me dormí contra su hombro en plena actuación, así que me tuvo que estirar al sofá. Me encuentro fatal. Y, naturalmente, a los niños han husmeado mi debilidad y ahora mismo me están atacante en grupo.

—Pobrissona —dijo Anna—. Si quieres descansar un poco, me puedo encargar una estoneta. Al fin y al cabo, estoy en casa sin hacer nada.

—Tranquila, no te preocupes —respondió la Erica.

No podía negar que la oferta era tentadora, pero la tendencia que tenía a la autoflagel·lació la empujó a pensar que se tenía que espabilar toda soleta si había decidido hacer el que había hecho.

Mientras hablaba por teléfono, se había sido paseando arriba y abajo por la sala de estar, pero en aquel momento se paró ante el retrato de en Leif. La Viola había conseguido realmente captar la esencia, teniendo en cuenta las fotografías que la Erica había visto del viejo comisario. Había sabido transmitir su personalidad y tenía la impresión que lo estaba mirando. De espaldas muy derecha, orgulloso, sentado a la mesa del despacho, donde todo estaba meticulosamente aseado formando rengleres. Una pila de papeles delante, un bolígrafo a la mano, un vaso de whisky al lado. El Erica observó el retrato. De repente, las nieblas se dispersaron. El Erica supo exactamente el que había descubierto la noche anterior antes de quedarse dormida contra el hombro de en Patrik.

—Anna, puedo cambiar de idea? Puedes venir un rato a casa? Tengo que bajar a Tanumshede.

En Karim se giró hacia la ventana. La soledad que sentía en aquel hospital era eixordadora, aunque de vez en cuando recibía visitas. En Bill había sacado la nariz acompañada de en Khalil y la Adnan. Pero en Karim no había sabido qué decir. Incluso con ellos en la habitación, se había sentido solo y abandonado. Con la Amina a su lado, siempre se sentía en casa, se encontrara donde se encontrara. La Amina era todo su mundo.

En un primer momento, había dudado de dejar que sus hijos se estuvieran en casa de uno de los agentes de policía. Eran ellos los que lo habían empezado todo. Pero aquella chica tenía los ojos dulces. Ella tampoco era de allá.

Por la mañana había podido hablar por teléfono con los niños. Le habían dicho que estaban bien. Preocupados, le habían hecho un montón de preguntas: cómo estaba la madre, cuando le darían el alta a él. Pero también le habían explicado

que habían hecho un nuevo amigo que se decía Leo, que tenían un montón de juguetes, que al piso había un bebé que era de lo más lindo y que Rita preparaba unos platos deliciosos, a pesar de que no tenían el mismo gusto que los de la madre.

Sus voces alegres lo hacían tan contento como infeliz la preocupación que sentía. Cada vez que preguntaba sobre el estado de la Amina, los médicos parecían más serios. Haviendo permitido que lo fuera a ver en su habitación una vez. Allá dentro hacía mucho calor. Treinta y dos grados, le habían explicado. Una enfermera le había dicho que a los quemados de gravedad los bajaba la temperatura corporal debido a la pérdida de líquido y que, por lo tanto, tenían que subir la temperatura de la habitación.

La fortor le había negado los ojos de lágrimas. La fortor de cerdo quemado. Era la suya estimada Amina quien hacía aquel olor. Tirón a la cama, no se había movido ni un milímetro y en Karim había alargado una mano hacia ella, había deseado tocarla, pero no se había atrevido. Le habían afeitado los cabellos y en Karim no se había podido reprimir un sollozo cuando había visto la piel quemada a cuerpo descubierto. La cara malherida de su mujer brillaba por la vaselina y tenía una buena parte del cuerpo vendada.

Lo habían sedada y estaba conectada a un respiradero. Todo el rato que había estado dentro de la habitación, no habían parado de entrar y salir un montón de personas. Concentrados en la Amina, casi ninguno no había mirado ninguna donde era en Karim. Y estaba agradecido que fuera así, agradecido porque estaban haciendo todo el que podían para ayudar su mujer.

El único que podía hacer era esperar. Y rogar a Dios. Hacía la impresión que los suecos no creían en la fuerza de las plegarias. En cambio, él rezaba día y noche por la Amina, porque volviera a su lado y al de sus hijos, y porque Dios los quisiera conceder más tiempo con ella.

Al otro lado de la ventana, el sol refulgia, pero no era su solo. No era su país. Y lo va sobtar una idea. Significaba aquello que, al huir, también había dejado su Dios atrás?

Cuando, con pasas lentas, el médico entró a la habitación, en Karim estaba convencido que era así. La simple mirada de aquel hombre fue suficiente para saber que ahora estaba completamente solo.

—Tenemos un montón de novedades —dijo en Patrik, que se había levantado para captar la atención de todo el mundo.

El Annika había preparado algo para picar y encima la mesa había rebanadas de pan Skogholm, mantequilla, queso, lonchas de tomate y café.

Justamente era el que necesitaba Paula, porque aquella mañana, después de la abucheada de la Johanna, sólo había almorzado una tostada deprisa y corriente. Miró en Martin mientras se preparaba un bocadillo. Su compañero parecía cansado, como si no hubiera dormido mucho, a pesar de que no hacía la impresión de uno «me he pasado toda la noche dando vueltas a la cama», sino más bien uno «he hecho vueltas y más vueltas al jardín del Edèn». Rió por debajo la nariz y, al darse cuenta, en Martin se puso rojo como un pimiento. Se alegraba por él, y a la vez cruzó los dedos porque aquel nuevo enamoramiento no acabara con carrisqueig de dientes y un corazón roto. En Martin ya había tenido

bastante de aquel color.

Paula se giró hacia en Patrik.

—Cómo ya sabéis, ayer hicimos unos cuantos descubrimientos importantes durante el cacheo a la granja de los Berg. Dentro del establo, la policía científica encontró un envoltorio de galleta Kex, entaforat dentro de una rendija. No sabemos cuando ni como fue a parar, pero al estómago de la Nea aparecieron restos de galleta y de chocolate, así que creemos que puede haber un vínculo. Especialmente teniendo en cuenta el que descubrimos después.

Calló, pero nadie va badar boca. El día anterior, la noticia del que habían encontrado había caído como una bomba entre los compañeros. Había supuesto una brizna de esperanza y había reavivado una investigación que empezaba a correr el riesgo de entrar en una vía muerta.

—Cuando sabremos si se trata de la sangre de la Nea? —dijo en Martin.

—En Torbjörn dijo que a media semana. —En Patrik hizo un trago de zumo de fruta, y continuó:— Pero ahora llego a un punto que cabe de vosotros conoce. En Torbjörn me acaba de trucar y me ha explicado que habían hecho otro descubrimiento. Yo marché de la granja un golpe la científica acabó con el establo. Después, se pusieron a examinar minuciosamente los alrededores de la casa y en Torbjörn dijo que se pasarían el resto de la tarde y todo el anochecer. Ni él ni yo no nos pensábamos que encontrarán nada más, pero estábamos equivocados.

En Patrik hizo una pausa dramática.

—Entre la hierba del cercando del establo, uno de los agentes encontró un reloj. Uno de criatura con motivos de la película *Frozen*... Esta mañana, cuando he interrogado en Peter, todavía no lo sabía, pero naturalmente los he trucado así que me lo ha explicado en Torbjörn y Eva me ha confirmado que la Nea tenía un reloj como aquel y que siempre lo llevaba puesto. A pesar de que todavía no lo han identificado, creo que podemos partir de la hipótesis que es de la niña.

Paula respiró profundamente. Exactamente como el resto de los compañeros, sabía perfectamente qué significaba aquello.

—La correa estaba rota; el vidrio, desmenuzado, y el reloj se había parado a las ocho. Cómo siempre, tenemos que vigilar de no sacar conclusiones apresuradas, pero una explicación muy plausible sería que, con esto, hemos encontrado tanto el escenario principal del crimen como la hora aproximada que murió la Nea.

En Mellberg se rascó la cabeza.

—O sea que la asesinaron hacia las ocho de la mañana y después la trasladaron al lugar donde la encontramos.

—Es la hipótesis más verosímil, sí —dijo en Patrik, asintiendo con la cabeza.

En Martin levantó la mano.

—Esto cambia algo respecto a las coartadas de Marie y Helen?

—No, de hecho no —respondió en Patrik—. Helen no ha dispuesto en ningún momento de una coartada sólida, ni para la noche ni para la mañana. Afirma que se tomó un somnífero y durmió como un lirón toda la noche y hasta las nueve, cuando salió a correr. Pero nadie lo puede confirmar, porque el marido era fuera de viaje y el hijo no la vio hasta la hora de comer. a Marie ha sostenido en todo momento que tiene una coartada para la noche y la mañana, pero hoy la Erica me ha explicado una cosa como mínimo curiosa. Por casualidad, viernes se encontró

Marie y estuvieron charlando un rato en el Café Bryggan. Cuando Marie tuvo que volver al rodaje, se le acercó la maquilladora y le dijo que la coartada de Marie no era cierta, que era ella la que había pasado la noche y la mañana con el director de la película. No Marie.

—Ay, cojones! —dijo en Martin.

—Creéis que es verdad? —preguntó Paula—. Seguro que no se trata de un asunto de envidias que pueda hacer pensar que se lo ha inventado?

—Podemos preguntarlo a Marie, así de sencillo. Y, evidentemente, tenemos que volver a hablar con este director y con esta maquilladora. Si se demuestra que es verdad, Marie nos tendrá que explicar unas cuántas cosas. Cómo, por ejemplo, por qué sintió la necesidad de inventarse una coartada.

—Aunque el tal Jörgen confirmó que Marie había pasado la noche con él —apuntó en Martin—. Por qué lo tenía que decir, si no era verdad?

Paula miró su compañero y suspiró. Era un buen agente de policía, pero a veces pecaba de inocente e ingenuo.

—Marie es la estrella de una película con un presupuesto de muchos ceros. Una película que esperan que sea un auténtico éxito de taquilla. Me parece que en Jörgen estaría dispuesto a decir cualquier cosa para no poner en riesgo el rodaje. En Martin la miró.

—Hostia, no lo había pensado, esto.

—Eres un poco demasiado buena persona para pensar este tipo de cosas—dijo Paula, y su compañero puso cara de sentirse profundamente dolido.

Pero nadie la contradijo y en Martin tampoco se quejó. En el fondo sabía que su compañera tenía razón.

—Podemos empezar mirando qué tiene a decir Marie —continuó en Patrik—.

Gösta, había pensado que fuéramos a hablar con ella así que acabamos la reunión. Aún así, y teniendo en cuenta que Marie era a Tanumshede sentada a la cabina de maquillaje a las nueve de la mañana, me cuesta de creer que pudiera asesinar la Nea a las ocho.

—De acuerdo —dijo Paula—. Volvemos al envoltorio de galleta. Cuando recibiremos el análisis? podría haber huellas dactilares o restos de saliva.

En Patrik asintió con la cabeza.

—Sí, es el que esperamos todos. Pero, como de costumbre, no sabremos nada del cierto hasta que no tengamos los resultados a la mano. Ahora mismo, tiene la máxima prioridad, pero puede pasar cualquier cosa.

—Bien, pero hoy por hoy tenemos que contar que nos enviarán los resultados a media semana? —preguntó en Martin.

—Exacto, es el que me ha dicho en Torbjörn.

—Habéis encontrado nada más? Huellas? Improntas? Cualquier otra cosa?

Paula hizo una última queixalada al bocadillo y se empezó a preparar otro. Aquella noche tampoco había podido descansar mucho y el sueño le abría la hambre.

—No, hace la impresión que alguien limpió el establo a consciencia. Que en Torbjörn encontrara el envoltorio de Kex es porque había ido a parar dentro de una rendija entre dos tablones. A la persona que limpió el establo le debía de pasar por alto.

En Martin volvió a levantar la mano. Los ojos envermellits del policía

combinaban con el color de sus cabellos.

—Y en Pedersen, cuando habrá terminado el informe definitivo?

—Cada vez que se lo pregunto obtengo la misma respuesta: «Un par de días» —dijo en Patrik, y la voz exudaba frustración—. Están hasta las orejas de trabajo y trabajan tan deprisa como pueden, lo sé. Pero esto no saca que sea exasperando. Se inclinó sobre el mármol y cruzó los brazos.

—Qué dicen los padres? Ya sabes que siempre digo que primero se tiene que buscar el culpable entre los familiares más cercanos —dijo en Mellberg, mientras se preparaba un bocadillo de seis rebanadas.

Paula rió por dentro. Sabía que aquel anochecer el comisario volvería a casa y, como de costumbre, juraría y perjuraría a Rita que casi no había comido nada en todo el día y que estaba a punto de desfallecer. Encima, añadiría que no comprendía cómo podía ser que se engordara si comía como un pardalet.

—No saben el que hemos encontrado —dijo en Gösta—, pero evidentemente comprenden que se trata de algo importante. Los dos afirman que no usaban el establo y que la Nea era la única que iba de vez en cuando. Tampoco han visto nadie que entrara o se paseara por el cercado, ni el día que desapareció la niña ni durante el tiempo que hace que viven a la granja.

En Gösta miró en Patrik, que añadió:

—Bien, una vez, a en Peter le pareció ver alguien desconocido rondando por dentro, pero cuando fue a dar un vistazo sólo encontró el gato. Seguro que no era nada, pero aún así os lo quería explicar.

—Y que pensáis, vosotros? —dijo Paula—. Alguien se podría haber escondido dentro del establo y haber atacado la Nea? había nada que apunte a una agresión sexual? Restos de esperma?

Odiaba tener que hacer aquel tipo de preguntas. Las agresiones sexuales a criaturas pequeñas eran su peor pesadilla, pero no podían cerrar los ojos a aquella posibilidad.

—Si es el caso, lo podremos leer al informe de la autopsia —respondió en Patrik—. Pero tienes razón, alguien podría haber esperado la Nea en el interior del establo. Haberla atraído con una xocolatina y... bien, quien sabe qué pasó después.

—Yo fui a hacer un tumbo por el bosque de atrás la casa—dijo en Gösta—.

Quería comprobar si era factible que alguien se hagués podido acercar en la casa por aquel lado y robar las calcetes del tendedero sin que lo vieran. Es el que creo que hizo la persona que las cogió. Si hubiera atravesado el patio de la granja, se habría expuesto demasiado. Pude constatar que no es nada difícil esmunyir-se por detrás de los arbustos sin ser visto y llegar hasta dónde es el tendedero.

También hay muchos lugares donde alguien se podría haber escondido y, desde allá, controlar qué pasaba a la granja. Quizás alguien estuvo observando la Nea, estudiando el que solía hacer, viendo que a menudo iba al establo a jugar. Y esta persona quizás también vio que el padre marchaba temprano por la mañana y que la madre se quedaba suela a casa. Si el agresor es un hombre, estoy seguro que debía de considerar que una mujer representaba una amenaza muy inferior que si en casa se hubiera quedado el padre.

—No es nada inusual que los agresores sexuales estudien las víctimas durante un periodo de tiempo antes de asaltarlas —dijo Paula, despacio.

Tenía la boca llena y dejó el bocadillo encima la mesa, mientras intentaba tragar.
—Ayer la científica también peinó a fondo el bosque que se extiende detrás la casa —dijo en Patrik—, pero no encontraron nada que los pareciera relevante. Se había acumulado un poco de todo, como es normal, pero no los llamó la atención nada.

Miró Paula.

—Cómo va, con el incendio? Y el intento de incriminar en Karim? Habéis llegar a algún lugar?

A Paula le habría gustado tener algo para explicar, pero, hicieran el que hicieran, acababan en un callejón sin salida. Nadie sabía nada. Nadie se quería responsabilizar. Probablemente había que murmuraban por detrás que «se lo tenían muy merecido», pero nadie se atrevía a ir más lejos.

Respiró fondo.

—No, hoy por hoy no tenemos nada, pero no nos damos por vencidos. Tarde o temprano alguien hablará más de cuenta.

—Tenéis la impresión que se trata de un acto organizado? —preguntó en Mellberg—. O puede ser el arrebato de algún adolescente?

Durante toda la reunión había sido inusualmente callado, probablemente todavía avergonzado por el papel que había tenido en todo aquello.

Paula se tomó su tiempo antes de responder.

—Bien es verdad que no sabría qué decirte —contestó—. El único que sé es que se trata de un acto motivado por el odio. Si fue un pronto o, por el contrario, fue planeado, no lo puedo decir. Todavía no.

En Mellberg asintió con la cabeza. Picó unos golpecitos al Ernst, que tenía extendido a los pies, y no hizo ninguna más pregunta. Paula agradecía la seriosidad repentina que mostraba el comisario y creía saber de donde salía. Se había pasado toda la mañana jugando con la Samia, en Hassan y en Leo. Los había perseguido por todo el piso, había fingido ser un monstruo, los había hecho cosquillas y habían reído a pedir de boca. Probablemente como no habían hecho en mucho tiempo. Era por aquel motivo que Paula, mucho en el fondo y a pesar de todo, se estimaba el hombre con quien su madre había elegido vivir. No lo reconocería nunca en voz alta, pero en Mellberg se había convertido en un tipo de abuelo para sus hijos, y el lado que mostraba cuando desaparecía toda la chulería hacía que le perdonara toda la estupidez pomposa. Probablemente, aquel hombre la seguiría sacando de tino hasta su último aliento de vida, pero también sabía que sería capaz de darlo todo por sus hijos.

Alguien trucó a la puerta de la entrada y la Annika fue a abrir. Volvió a aparecer con una Erica jadeando, que saludó rápidamente con la cabeza todos los presentes antes de girarse hacia en Patrik.

—Ya sé de que me di cuenta ayer. En Leif Hermansson no se suicidó. Lo asesinaron.

Dentro de la cocina se hizo el silencio.

Provincia de Bohuslän, 1672

HAVIEN PASADO DOS DÍAS. Al Elin se le aceleraba el corazón cada vez que sentía que alguien se acercaba a la puerta. No le habían dado nada de comer desde que la habían cerrado allá dentro, sólo un poco de agua, y no le habían vaciado la palangana. Así que se movía ligeramente, la golpeaba aquella fortor. El único que hacía que no se hundiera era que sabía que cada hora que pasaba se acercaba el momento que en Preben volvería a casa y se enteraría del que había pasado.

Finalmente, la cerradura va xerricar y la puerta se abrió. Y era allá. El Elin deseaba lanzársele al cuello, pero sintió vergüenza de ir tan sucia.

Vio como en Preben hacía una mueca de asco al sentir aquella ferum.

—Preben! —intentó llamar, pero fue más bien un chillido.

No había badat boca en dos días y la voz era áspera y derrame. La hambre la mordisqueaba por dentro, pero sabía que no tardaría a salir de allá. Deseaba con todo el corazón poder sentir los brazos suaves de la Märta al suyo cercando, el cosset pequeño de la niña contra el suyo. Sólo quería estar con su hija, tanto le hacía que después las expulsaran de la granja y tuvieran que pidolar por los caminos. Con la Märta a su lado, no le hacía nada pasar frío y hambre.

—Preben —repitió, y ahora la voz se acercaba más a la suya.

El pastor bajó los ojos y empezó a hacer rodar el sombrero en las manos. El Elin sintió que el estómago se le recargolava. Por qué no decía nada? Por qué no escridassava el prefecte y la sacaba de allá dentro? Por qué no la llevaba con su Märta?

—Habéis venido a traerme a casa? —preguntó—. La Britta se enrabió conmigo por el que hicimos, se enteró cuando bajó al pueblo. Dijo que era una bruja para vengarse de mí. Pero estoy segura que ahora ya se ha calmado y yo he recibido mi castigo. Estar cerrada aquí dentro ha sido terrible. Me he pasado día y noche rogando a Dios que nos perdone por nuestros pecados y también pediré perdón a la Britta, lo prometo. Si quiere, le puedo besar los pies y pedirle perdón y después la Märta y yo marcharemos bien lejos. Os lo ruego, Preben, podríais arreglar todo esto con el prefecte ahora mismo y, después, irnos hacia casa?

El pastor continuaba haciendo cercar el sombrero en las manos. Detrás suyo, el Elin entrevió el sacristán y el prefecte, y comprendió que habían sido allá desde el comienzo y lo havien sentido todo.

—No sé de que me estáis hablando, Elin —dijo en Preben, cansado—. Mi mujer y yo os hemos abierto las puertas de casa a vuestra hija y a vos, puesto que erais parte de la familia, y vos nos lo pagáis de este modo. Me ha causado un grande impacte llegar a casa y sentir que la Britta había descubierto que su hermana era una bruja y que, con toda seguridad, le habéis causado dificultades para poder tener hijos... Bien, es una vergüenza, el que nos habéis hecho. Y que ahora, además, salís con un puñado de mentiras sobre el marido de vuestra hermana... Vaya, sólo confirma como en sueldo de pèrfida y malvada, Elin, y demuestra con toda claridad que habéis caído bajo las zarpas del diablo.

El Elin se quedó petrificada y no fue capaz de decir nada. Se desplomó de rodillas a tierra y escondió la cara entre las manos. La traición era tan inmensa y desoladora que ni siquiera era capaz de sentir rabia. Qué podía decir en defensa suya? En Preben era un hombre de Iglesia. Su posición y su palabra pesaban como las que más. Si se ponía de parte de aquellos que sostenían que era una bruja, la Elin no saldría nunca de allá dentro, o como mínimo con vida.

En Preben hizo media vuelta y marchó, con el sacristán pisándole los talones. El prefecte entró a la celda y miró la Elin con desprecio, arrodillada en tierra, sollozando.

—Tendréis la oportunidad de demostrar vuestra inocencia. Mañana haremos la prueba de agua. Pero, si fuera vos, no tendría muchas esperanzas. Estoy seguro que flotaréis.

Después cerró la puerta y la oscuridad volvió a ser absoluta.

E

N SAM AVANZABA LENTAMENTE POR EL CAMINO. Cuando aquella mañana se había despertado y se había estirado para coger el móvil, lo había invadido una sensación de desolación así que había leído el mensaje de la Jessie. Dentro del pecho, el corazón le quería estallar. La Jessie no había querido ir a casa de en Sam y habían decidido verse en una clariana que había al bosque trasero. Había cargado una bolsa de plástico con todo el que la Jessie podía necesitar. La acetona que su madre usaba para sacarse el pintaungles, pañuelos de papel y toallas. También había cogido un blíster de analgèsics, una botella grande de agua, una bolsa con bocadillos y ropa limpia que había encontrado al armario de su madre.

En Sam no había sacado el bloque de notas de la mochila. Todavía no lo había podido enseñar a la Jessie.

La chica lo estaba esperando a la clariana. En Sam dudó un instante cuando la vio, la Jessie no miraba ninguna donde era él, hacía la impresión que no veía nada. Iba vestida con unas mallas de correr un poco demasiado largas y una sudadera, y se tapaba la cabeza con la capucha.

—Jessie —dijo con voz dulce, mientras se le acercaba.

La chica no se movía. No levantó la cabeza. Le cogió el mentón con las dos manos y giró la cara hacia él. La vergüenza que vio a los ojos de la Jessie fue como un puñetazo al estómago.

En Sam la abrazó y la estrechó contra su cuerpo. La Jessie no le volvió el abrazo. No sollozaba. No se movía.

—Son unos hijos de puta —murmuró en Sam.

Quiso besarle la mejilla, pero la chica apartó la cara y en Sam los odió por todo el mal que habían causado a la Jessie.

Sacó de la bolsa la botella de acetona y unos cuántos pañuelos de papel.

—Quieres comer un poco, primero?

—No; sácamelo. Quiero que me lo saques todo.

Con mucha cura, le va enretirar la capucha y le apartó los cabellos de la cara. pasó unos copos por detrás las orejas y le mimó la cabeza.

—No te menees, no sea que la acetona te vaya a parar a los ojos.

Delicadamente, empezó a rozar las letras. Mantuvo la calma por el bien de la Jessie, pero por dentro de la tormenta descargaba con fuerza. Hasta aquel momento, había creído que los odiaba por el que le habían hecho durante tantos años, pero aquello no era nada en comparación con el que sentía ahora, después del que habían hecho a la Jessie. A la preciosa, tierna y delicada Jessie.

La tinta desapareció, pero dejó una piel reseca y enrojecida. Ahora que la cara había quedado limpia, en Sam continuó cuello abajo.

La Jessie se bajó el cuello de la sudadera porque le fuera más fácil.

—Te la podrías sacar? Pero no es imprescindible.

No sabía qué tenía que decir o hacer.

De un revuelo, la Jessie se sacó la sudadera y, después, también la camiseta. No llevaba sujetadores y en Sam vio que tenía el pecho, la barriga y la espalda cubiertos de palabras. Todo el cuerpo estaba lleno.

Miró la cara de la Jessie. Los ojos eran dos brasas incandescentes.

En Sam rozaba frenéticamente. Despacio, la tinta negra fue desapareciendo. La Jessie no se movía. A veces, cuando en Sam presionaba demasiado fuerte, se balanceaba ligeramente. Pasada un rato, había terminado el torso y, indeciso, miró la Jessie a los ojos. La chica no dijo nada, se limitó a sacarse las mallas. No traía calcetas y se quedó completamente anuda ante sede. En Sam se arrodilló, era incapaz de soportar aquella mirada llena de odio y, a la vez, vacía. Las palabras le bailaban ante los ojos mientras las borraba. Cuatro o cinco tipos de letra diferentes. Tenía un montón de preguntas que no se atrevía a formular. Y tampoco estaba seguro que la Jessie se las quisiera responder.

—Han hecho más cosas —dijo la chica, con un hilo de voz—. No recuerdo nada, pero lo noto.

En Sam paró un instante de rozar con el pañuelo de papel. Una parte para sus adentros quería apoyarle el hacia el regazo y echarse a llorar. Pero sabía que en aquellos momentos tenía que ser fuerte por los dos.

—Cuándo he marchado, estaban durmiendo plácidamente, los malparits —dijo—. Cómo pueden dormir? Cómo pueden ser capaces de hacer una cosa así y ponerse a dormir?

—No son como nosotros, Jessie. Siempre lo he sabido. Nosotros somos mejores que ellos.

En Sam sabía perfectamente qué tenían que hacer. A los que los habían hecho aquello y a los que habían permitido que pasara.

—No debes de haber venido en coche —dijo en Patrik, y miró el Erica con ademán grave.

Su mujer levantó los ojos al cielo.

—Esclar que no. No soy tan estúpida. He cogido el autobús.

—Y por qué no podía coger el coche? —preguntó en Martin, y miró el Erica.

—Porque ayer mi estimadísima esposa llegó a casa... Bien, para decirlo suavemente, ligeramente pitofa...

—«Pitofa» —se va mofar el Erica—. Acaban de trucar a la puerta en cincuenta y piden que los vuelvan el vocabulario que los han tomado.

Se giró hacia en Martin.

—Celebramos la despedida de soltera de la madre de en Patrik y... quizás se nos fue un poco de las manos.

En Mellberg rió por debajo la nariz, pero después de que la Erica lo fulminara con la mirada, no se atrevió a añadir nada más.

—Bien, ahora que ya estáis al cabo de la calle de esta información tan interesante, quizás nos podríamos centrar en otra de ligeramente más importante, no creéis?

En Patrik asintió con la cabeza. Aquella noche había dado muchas vueltas a la cama pensante en qué debía de haber querido decir la Erica. Su mujer pocas veces erraba el disparo, y, cuando se le acudía algo, muy a menudo era importante.

—Estás diciendo que en Leif Hermansson fue asesinado? —preguntó—. En que te bases?

El Erica estaba un poco pálida y con la mano señaló una silla.

—Suyo, suyo, antes no te desmaïs. Tampoco te iría nada mal tomarte un café y un bocadillo.

Agradecida, se desplomó en una silla libre que había a tocar de la ventana. Paula le alargó un bocadillo de queso y el Annika se levantó para servirle una taza de café.

—La hija de en Leif, la Viola, es pintora —empezó la Erica—. Cómo ya sabéis, me puse en contacto para preguntarle si en Leif había dejado nada sobre el caso Stella cuando murió. Esperaba poder encontrar algunas anotaciones o algo por el estilo. Cuando fui a verla, no recordaba que hubiera nada, pero el cierto es que después encontró una cosa. El almanaque de en Leif. Ya sabéis, aquellas agendas pequeñas donde se apuntan todo tipo de cosas. Todavía no he tenido tiempo de examinarlo con detenimiento, pero en Leif escribía el tiempo y todo tipo de detalles que habían pasado aquel día. Sea como fuere, cuando viernes pasé por la galería de arte, la Viola me dio el almanaque. Y entonces me enamoré de un cuadro y lo compré. Se trata de un retrato de en Leif, su padre.

Se paró un momento, hizo un trago de café y clavó una queixalada al bocadillo. No sin dificultad, tragó y después continuó:

— había algo en aquel cuadro que me desconcertaba, pero no era capaz de ver de que se trataba. Últimamente he sido leyendo todo el que se publicó sobre el caso Stella y, además, he examinado todos los informes y las fotografías relacionados con el suicidio de en Leif. Hacía tiempo que tenía la sensación que algo no acababa de encajar.

Hizo otro trago de café. Le aparecieron unas perletes de sudor a las sienes y tenía la piel blanca como la cera. En Patrik se compadeció de su mujer, pero a la vegada lo admiraba por haber tenido la fortaleza de ir hasta allá. En su estado, el viaje en autobús no debía de haber sido nada agradable.

—Pero, al parecer, ayer entendí de que se trataba.

—Y esta mañana, por desgracia, no se acordaba de nada —no se pudo estar de añadir en Patrik.

—Gracias por tu aportación —dijo la Erica, conteniéndose—. Sea como fuere, al final me ha venido a la cabeza. Derecha e izquierda.

—Derecha e izquierda? —repitió Paula, sin entender nada—. Qué quieres decir con derecha e izquierda?

—Bien, miráis esto!

El Erica removi6 dentro de la bolsa y sac6 las fotografías que acompañaban el informe sobre la muerte de en Leif. Señal6 un punto a la sien del viejo policía.

—Aquí tenemos el orificio de entrada. A la sien derecha. Y también se puede ver que sostiene la pistola con la mano derecha.

—I? —hizo en Patrik, inclinándose ninguno adelante para poder observar las fotografías.

Después de todos los años que hacía que era al cuerpo, todavía se le hacía extraño ver un cadáver.

—Bien, ahora lo veréis! —El Erica se sac6 el teléfono del bolsillo e hizo deslizar el dedo entre el mont6n de fotografías que tenía.— He hecho fotos del retrato que tengo en casa porque es demasiado grande para cargarlo arriba y abajo. Lo veis?

Señal6 con el dedo el cuadro de en Leif y todos se abocaron ninguno adelante

para observar la pantalla del móvil. Paula fue la primera a darse cuenta.

—Coge el bolígrafo con la mano izquierda! Era zurdo!

—Exacto! —llamó el Erica tan fuerte que el Ernst levantó la cabeza, asustado. Pero después de asegurarse que no pasaba nada, el perro se volvió a estirar a los pies de en Mellberg.

—No comprendo como los podía haber pasado por alto a los familiares y a la policía. Pero, para estar segura, he trucado a la Viola y me lo ha confirmado. En Leif era zurdo! No habría usado nunca la mano derecha. Ni para escribir ni para dispararse un disparo.

Miró en Patrik con cara triunfal.

En un primer momento, sintió un cosquilleo al estómago, pero después va rumiar unos segundos y suspiró profundamente.

—No, no. No lo digas...

—Pues, sí —respondió el Erica—. Tendrías que trucar a quien soléis contactar para conseguir el permiso. Tenéis que exhumar el cadáver de en Leif...

En Bill y la Gun estaban sentados a la mesa de la cocina cuando la puerta de la entrada se abrió. No habían hablado mucho durando el almuerzo. En Bill había mirado varias veces el móvil, había leído los mensajes que habían llegado por la noche. «Duermo en casa en Basse.»

Fue hacia el recibidor y contempló su hijo mientras se descalzaba. En Bill va arrufar las cejas.

—Haces el mismo mal olor que una fábrica de licores —dijo, aunque había decidido no perder la calma—. Y esto de mandar un mensaje de madrugada y bastante... Ya sabes que quiero que me avises con más antelación.

En Nils se va arronsar de hombros y en Bill se giró hacia la Gun, que estaba apoyada contra el marco de la puerta.

—He dormido en casa suya muchísimas veces —hizo en Nils—. Y sí, ayer me tomé unas cuántas cervezas, pero ya tengo quince años, sabes? Ya no soy una criatura!

A en Bill se le embarbussava la lengua y sólo era capaz de mirar la Gun. Su mujer levantó la mano señalando el primer piso.

—Sube a ducharte. Y, mientras eres arriba, ya puedes cambiar la actitud. Después vuelve a bajar, que hablaremos.

En Nils abrió la boca, pero la Gun se limitó a volver a señalar hacia el piso de arriba. El chico sacudió la cabeza y fue hacia las escaleras. Un minuto más tarde sintieron como manaba el agua de la ducha.

En Bill estuvo un rato mirando las escaleras. Después se fue a la sala de estar.

Se plantó ante la ventana que daba a un mar tentador.

—Qué tenemos que hacer, de este chico? —preguntó en Bill—. Alexander y en Philip no fueron nunca así.

—Y tanto que sí. También tuvieron temporadetes —dijo la Gun—. Pero siempre que pasaba algo, a tú te salía una urgencia con los barcos.

Y entonces hizo que no con la cabeza.

—Pero tienes razón, no fueron nunca así. Y sí, éramos demasiado grandes cuando lo tuvimos.

El que le decían los ojos de la Gun hizo que en Bill sintiera una fiblada de mala

conciencia al pecho. Sabía que la Gun había hecho todo el que había podido, que la culpa que las cosas no hubieran ido bien era toda suya. Sus ausencias, su indiferencia. No era nada extraño que en Nils lo odiara.

Se dejó caer al sofá grande de flores.

—Y que tenemos que hacer, ahora? —preguntó.

Volvió a mirar por la ventana. Haría un día espléndido para salir a navegar, pero habían pasado todas las ganas. Además, en Khalil y el Adnan tenían que ir a buscar un lugar donde vivir.

—Tiene tanta rabia adentro... —dijo en Bill, sin sacar los ojos del mar—. No entiendo de donde le viene.

La Gun se le sentó al lado y le cogió la mano.

Un pensamiento le había sido bailando por la cabeza toda la noche y cada vez hundía más las zarpas. En realidad, no lo quería verbalizar, pero durante cuarenta años lo había compartido todo con la Gun y la fuerza de la costumbre era demasiado poderosa.

—Cruces que puede estar implicado? —cuchicheó—. En el incendio.

El silencio de la Gun le confirmó que no era el único que se había pasado la noche dando vueltas.

Con movimientos bruscos, la Sanna iba levantando un test detrás otro. Se esforzaba para respirar pausadamente, para calmarse. Las rosas eran unas flores muy delicadas, por muchas espinas que tuvieran y muy duras que fueran los tallos, y corría el riesgo de malograr las plantas. Pero estaba tan enfurecida que no sabía qué hacer.

Cómo se había podido creer la Vendela cuando le había dicho que después de la fiesta iría a dormir en casa de su padre? En Niklas vivía cerca de en Basse y en su hija le sería más cómodo pasar la noche allá. Le había parecido tan lógico que ni siquiera se le había acudido hablar con su exmarit.

Pero, por la mañana, la Vendela no le había cogido el teléfono y, cuando la Sanna había trucado a en Niklas, el padre de la Vendela le había dicho que la chica no había dormido en casa suya. Le había explicado que ni siquiera le había comentado nada de ir a pasar la noche. Tendría que estar preocupado?, le había preguntado. No, tendrías que estar furioso, le había respondido la Sanna, y había colgado.

Había dejado más de diez mensajes al buzón de voz de la Vendela y, si su hija no aparecía pronto, encontraría una decena más.

El tierra no paraba de dar vueltas cuando la Sanna dejó un rosal. Una espina le quedó enganchada al guante, que le cayó y le dejó una larga esgarrinxada en la mano.

Renegó con tanta fuerza que unos cuántos clientes se giraron. La Sanna los sonrió e hizo un esfuerzo para respirar fondo. Estaba fuera de sí. Habían pasado demasiadas cosas. La muerte de la Nea. El regreso de Marie. Que su hija, la Jessie, hubiera estado en casa suya. Sabía que nada del que había pasado treinta años antes era culpa de aquella chica. Su lado lógico y racional de adulta era consciente. Pero, aún así, la había removido ver a aquella chica y enterarse de quién era su madre.

El sueño había decidido no aparecer aquella noche, así que la Sanna se había

pasado horas y horas estirada a la cama contemplando el techo, atormentada por las imágenes que hacía decenios que no recordaba. De la Stella, hablando del tío Verde, el amigo que tenía al bosque. Durante la investigación del caso, había explicado aquello del tío Verde al padre y la madre y también a un policía. Nadie la había querido escuchar. Ahora se daba cuenta que debía de sonar como un cuento infantil. Y seguro que no era nada más que esto. Un personaje que se había inventado la Stella. Y qué sentido tenía volver a abrir viejas heridas? Habían conseguido las respuestas que querían, todo el mundo sabía quién había asesinado su hermana pequeña, no sacarían nada de volver a abrir puertas cerradas hacía mucho tiempo.

—Por qué me has hecho venir hasta aquí? No nos podíamos ver en casa?

La Sanna hizo un bot. La Vendela se le había plantado al lado, con los brazos plegados. Llevaba unas ojeras de solo gigantescas. El vestido que traía estaba ligeramente sucio. Y, aunque hacía poco que se había duchado, la Sanna podía sentir el tufo de alcohol.

—No me digas que tienes resaca.

—Qué? No he bebido nada. Nos quedamos despiertos hasta tarde y estoy cansada, nada más!

La Vendela se negaba a mirarla a los ojos y la Sanna estrechó los puños. Su hija tenía la barra de mentirle a la cara.

—Ahora me estás diciendo una mentira y también me mentiste cuando me aseguraste que dormirías en casa de tu padre.

—No es verdad, no te mentí!

La Sanna podía sentir las miradas de los clientes. Los movimientos inseguros de la Cornelia a la caja. Pero era incapaz de reprimirse.

—Me dijiste que pasarías la noche en casa de tu padre, pero él no sabe ni jota!

—Tengo una clave de casa suya, así que por qué tenía que decir nada? Se hizo muy tarde y a los otros no los hacía ninguna gracia que marchara. No querían que fuera a solas por la calle a aquellas horas y me dejaron dormir al sofá.

Ahora la voz le temblaba.

—Lo hago todo cómo se tiene que hacer y, igualmente, vosotros os enfadáis. Hostia, sois tan injustos!

La Vendela hizo media vuelta y se alejó a grandes zancadas. Alrededor de la Sanna, los clientes cuchicheaban. Respiró fondo y se puso a levantar los testos. Sabía cuando la habían derrotado.

—Qué ha dicho? —preguntó en Gösta, intentando seguir el paso de en Patrik mientras iban hacia el siete de rodaje.

—Estoy convencido que está hasta arriba de todas las veces que, los últimos años, le hemos pedido la autorización para exhumar un cadáver —dijo en Patrik, con una media sonrisa—. Se ha limitado a suspirar y lo ha autorizado así que le he entregado todo el papeleo. Estaba de acuerdo que había que dar otro vistazo al caso.

—Y cuando tendrá lugar la exhumación?

—Ya tenemos la autorización, podemos abrir la tumba luego que hayamos resuelto las cuestiones prácticas. Y me parece que lo podré tener todo a punto por martes.

—Caram! —hizo en Gösta, impresionado.

Habitualmente, el procedimiento era mucho más lento, pero en Gösta percibía que su compañero estaba intranquilo, que quería avanzar, acercarse a su objetivo, y supuso que había pulsado el acelerador. Cuando entraba en aquel estado, en Patrik era imparable. Lo sabía por experiencia. Así que, en realidad, no lo sorprendió nada que su compañero hubiera conseguido que la rueda de la administración y de los juzgados giraran tan deprisa.

—Y ahora qué hagamos con Marie? Cómo lo tenemos que manegar? Con mano izquierda? Pasamos al ataque?

—No lo sé —respondió en Patrik—. Tengo la sensación que no se deja manipular fácilmente. Vamos tirando a medida que vemos como va la cosa.

En Gösta trucó un timbre que había junto a la reja que impedía el acceso al recinto y, después de explicar quién eran, los dejaron pasar. Se dirigieron hacia el siete de rodaje y entraron por una puerta que estaba abierta. En Gösta tuvo la impresión que, más que un siete, aquello parecía un hangar, pero estaba pleno de personas, focos y decorados. Una mujer que sostenía una libreta en la mano los pidió silencio, así que el policía supuso que habían llegado en plena grabación. Interesado, miró hacia la derecha, donde parecía que estaban rodando, pero todo pasaba detrás los bastidores, con lo cual no pudo ver nada y sólo le llegaban palabras sueltas.

Se acercaron despacio y sintieron los diálogos con más claridad, a pesar de que todavía no podían ver nada. Hacía la impresión que se trataba de una escena entre dos mujeres, un tipo de disputa, puesto que las dos levantaban la voz y hablaban excitadas. Finalmente sintieron una voz masculina que llamaba

«Cortáis!». Entonces, muy lentamente, los dos agentes se atrevieron a girar la esquina. En Gösta se quedó boquiabierto. Al otro lado de las paredes de contrachapado basto, habían recreado una sala hasta el detalle más minúsculo. Una sala que representaba un viaje en el tiempo, a la década de los setenta. Todos y cada uno de los detalles que llenaban aquel espacio hicieron que se le volviera a hacer presente un tiempo desaparecido.

Dentro de la sala, dos mujeres hablaban con el director. En Gösta reconoció la más grande, maquillada en aquella ocasión de forma que parecía enferma y consumida. La escena reflejaba un instante al final de la vida de Ingrid, cuando el cáncer había empezado a causar estragos. Se preguntó quién debía de representar la actriz más joven, pero pensó que debía de ser una de las hijas de Ingrid.

Marie los vio y no acabó la frase que había empezado. Con un gesto, en Patrik le pidió que se los acercara. La actriz dijo algo al director antes de ir hacia los policías a grandes zancadas.

—Perdonáis la fila que hago —dijo, y se sacó el xal que le tapaba los cabellos.

Llevaba la cara cubierta de un maquillaje de tonos grisosos, llena de arrugas y bolsas. Aquello la hacía, si podía ser, todavía más atractiva.

—En que os puedo ayudar, esta vez? —preguntó, apáticamente, y señaló unos sofás que había más allá.

Un golpe sentados, en Patrik la miró a los ojos.

—Nos ha llegado información en relación con tu coartada.

—Mi coartada? —preguntó, y la única reacción que en Gösta pudo percibir fue

que va medio cerrar ligeramente los ojos.

—Exacto —dijo en Patrik—, hemos sabido que no es cierta y queríamos saber donde eras a las ocho de la mañana de lunes.

—Vaya —hizo, y retrasó la respuesta encendiendo un cigarrillo. Después de un par de pipades, preguntó:— Y quien lo dice, que mi coartada no es cierta?

—No te podemos dar esta información y la pregunta continúa sobre la mesa. Todavía sostienes que pasaste la noche de domingo a lunes en la habitación de en Jörgen Holmlund y que salisteis del hotel juntos a las ocho de la mañana?

Marie no decía nada. Hizo otra pipada. Después suspiró.

—No, lo confieso —levantó las dos manos y va esclafir a reír—. Después de la fiesta me llevé un bombonet a casa y... bien, pensé que quizás os turbaría, así que preferí inventarme una mentira inocente de nada.

—Una mentira inocente de nada? —dijo en Gösta—. Te das cuenta que estamos hablando de un caso de asesinato?

—Evidentemente que sí. Pero también sé que soy inocente y que en Jörgen se ensartaría por las paredes si me viera involucrada en cualquier tipo de escándalo que pudiera hundir la película. Justamente por eso le pedí que me sirviera de coartada cuando supe que habían asesinado aquella niña. Sospeché que no tardaríais ni un segundo a presentaros aquí y a empezar a revolver mi vida privada del derecho y del revés.

Marie los sonrió.

En Gösta sintió como la rabia le iba creciendo por dentro. Tomarse aquella situación con tanta frivolidad no tan sólo mostraba una gran arrogancia, sino también una insensibilidad y una carencia de empatía extremas. Ahora, tendrían que volver a dedicar un tiempo muy valioso a comprobar la coartada de aquella mujer. Un tiempo que habrían podido dedicar a alguna otra cosa más provechosa.

—Y este jovencito con quién pasaste la noche, tiene nombre? —preguntó en Martin.

Marie hizo que no con la cabeza.

—Es justamente esto el que me hace un poco de vergüenza. No tengo ni idea de cómo se decía. Yo lo denominaba «lindo», y con esto ya tenía bastante. Si tengo que ser del todo franca, estaba más interesada en su cuerpo que en su nombre.

Va espolsar la ceniza del cigarrillo en un cenicero lleno hasta arriba que había encima la mesa.

—De acuerdo —hizo en Patrik, esforzándose para no perder los nervios—. No sabes como se llama, pero quizás nos puedes decir qué aspecto tenía, oi? O quizás recuerdas alguno otro detalle que nos puede ayudar a identificarlo? Por casualidad no sentiste como se decía alguno de sus amigos?

—Por desgracia, no os puedo ayudar. Lo conocí en el hotel. había ido con una pandilla de chicos de su edad; pero era el único que me pareció atractivo, así que no tenía ningún interés a hablar con los otros. Vaya, tampoco se puede decir que en tingués mucho a hablar con él, si tengo que ser sincera. Le propuse de venir a casa, cosa que aceptó de buen grado, y llestos. Cuando el día siguiente por la mañana fue la hora de venir ninguno aquí, lo bajé con el coche y no os puedo explicar mucha cosa más.

—Y nos lo puedes describir? —repitió en Patrik.

—Bien, vaya, era más o menos como la mayoría de chicos de veinte años que pasan el verano aquí. Ros, con los ojos azules, peinado ninguno atrás, ropa de marca y una actitud ligeramente esnob. Sin duda, un niño de papá.

Con el cigarrillo, hizo un gesto desdenyós.

—O sea que no cruces que se tratara de un chico de aquí —dijo en Gösta, y el humo lo hizo estossegar.

—No, hablaba con un cierto acento de Göteborg, así que probablemente había llegado con el velero. Pero sólo es una hipótesis...

Se reclinó ninguno atrás e hizo una última pipada al cigarrillo.

En Gösta suspiró. Un chico de unos veinte años, sin nombre, de Göteborg, que seguramente había venido de vacaciones. Aquello no reducía mucho el círculo, que dijéramos. Era una descripción que encajaba con miles de jóvenes que pasaban por Fjällbacka los meses de verano.

—Tu hija lo llegó a ver? —preguntó.

—No, estaba durmiendo —dijo a Marie—. Ya sabes cómo son los adolescentes. Se pasan medio día a la cama.

En Patrik levantó las cejas.

—Mi mujer me comentó que el otro día estuvisteis hablando de la persona que, por el que dices, sentiste al bosque justo antes de que desapareciera la Stella.

Marie se giró hacia él y sonrió.

—Tienes una mujer muy inteligente. Y a vosotros os digo el mismo que le dije a ella: la policía decidió no seguir aquella pista y, debido a aquel resbalón, el asesino ha vuelto a actuar.

En Patrik se levantó.

—Si recuerdas ningún más detalle que nos ayude a encontrar el chico que nos puede confirmar tu coartada, trúcanos enseguida —dijo—. Si no, sólo tenemos tu palabra que pasaste la noche de domingo a lunes con aquel joven. Y con esto no hay bastante.

En Gösta también se puso derecho y observó Marie, meravellat. La mujer los sonrió. No parecía nada preocupada por la situación en que se había puesto a solas.

—Y tanto que sí! —dijo, con sarcasmo—. El que haga falta para ayudar las fuerzas de la orden.

Desde detrás de los bastidores llamaron su nombre y la actriz se levantó.

—Hora de rodar la siguiente escena. Hemos acabado?

—Por ahora —dijo en Patrik.

Cuando salieron de la nave, donde el aire era fresco, y se encontraron en la calle bajo un sol asfixiante, en Patrik y en Gösta se pararon un instante al otro lado de la reja.

—Te crees su versión? —preguntó en Gösta.

En Patrik va rumiar un buen rato.

—Realmente, no sé qué pensar. La primera respuesta es que no. Aunque no tengo ninguna duda que se podría haber llevado un jovencito en casa y después ni siquiera recordar como se decía. Pero me parece poco creíble que nos mintiera porque no quería que metiéramos la nariz en su vida privada.

—Sí, yo tampoco me lo acabo de tragar —dijo en Gösta—. Así, pues, la pregunta es bien sencilla: Qué nos está escondiendo? Y por qué?

El caso Stella

DE GOLPE Y VUELTA, LA MARIE YA NO ERA. Habían pensado que lo habrían podido dominar, que todavía podían decidir algo, influir. Pero, despacio, se habían dado cuenta que no podían controlar nada de nada. Y después Marie había tocado el dos.

A veces, Helen sentía envidia de Marie. Quizás podría disfrutar de una vida mejor, fuera donde fuera. Quizás había encontrado una buena familia, había conocido personas amables. Que lo estimaban. O, como mínimo, era el que deseaba. A la vegada que aquella idea lo llenaba de envidia.

Ella había ido a parar en una prisión que era peor que aquellas con rejas a las ventanas. Su vida ya no le pertenecía. De día, los padres le controlaban todos los movimientos. Por la noche, las pesadillas lo asediaban y las imágenes se repetían una y otra vez. No tenía ni un solo segundo de libertad.

Tenía trece años y su vida ya se había acabado, antes y todo de empezar. Todo era una gran mentira. A veces echaba de menos la verdad. Pero sabía que no sería nunca capaz de pronunciarla. La verdad era demasiado inmensa, demasiado agobiante. Lo anorrearía todo.

Pero echaba de menos Marie. A cada instante. A cada segundo. La echaba de menos cómo si se tratara de un brazo o de una pierna. Como una parte de sí misma. Habían sido las dos contra el mundo. Y ahora se encontraba sola.

D

DESCOBRIR EL QUE LA DESCONCERTABA de aquel cuadro había supuesto una auténtica liberación. A partir de aquel momento, se podían encargar en Patrik y sus compañeros. Pero aunque el Erica entendía que había que volver a examinar el cadáver de en Leif Hermansson, no ponía muchas esperanzas en el que podrían encontrar después de tantos años. Los cuerpos se descomponían mucho prisa.

La Viola no había sabido qué decir cuando la Erica le había trucado para explicarle el que sospechaban y que había que hacer, pero la mujer le había pedido tiempo para poder hablar con sus hermanos y, diez minutos más tarde, la volvía a tener al teléfono y le había comunicado que todos apoyaban a la policía en la decisión de abrir la tumba. Ellos también querían una respuesta.

—No haces mucho buena cara —dijo Paula, y le llenó la taza de café.

Se habían quedado sueltas a la cocina de la comisaría con el almanaque de en Leif. Habían intentado descifrar aquella letra tan enrevesada. Más interesante los había parecido aquella anotación misteriosa con el número «11» que aparecía el día que había muerto el viejo comisario. La caligrafía de en Leif conservaba aquel estilo recargolat de las generaciones más grandes, al cual se tenía que sumar una auténtica pasión por las abreviaturas más extrañas. Todo ello hacía que las anotaciones de la agenda parecieran un tipo de código secreto.

—Cruces que podría ser la temperatura? —sugirió Paula, medio cerrando los ojos, como si con aquello le fuera más fácil interpretar los símbolos que aparecían al almanaque que tenían abierto delante.

—No lo sé —hizo el Erica—, una semana antes aparece el número «55», así que no creo que se trate de nada relacionado con el tiempo que hacía.

Dejó escapar un gemido.

—Las matas y las cifras siempre han sido mi talón de Aquiles y no creo que hoy sea mi mejor día. Había olvidado que la resaca podía hacer que te encontraras tan mal.

—Espero que como mínimo os lo pasarais bien.

—Sorprendentemente bien! He intentado hablar con Kristina unas cuantas veces, pero al parecer todavía es a la cama, con la cabeza escondida bajo la almohada...

—Estoy convencida que tú tendrías que hacer el mismo.

—Sí, seguramente sí —masculló el Erica, sin sacar los ojos de las anotaciones imposibles del almanaque.

En Gösta entró a la cocina.

—Hola, chicas. Todavía sois aquí? Erica, no cruces que te tendrías que ir a casa y acostarte? Haces muy mala cara.

—Y estoy segura que me encontraría mejor si la gente dejara de recordármelo cada dos por tres.

—Cómo ha ido? —preguntó Paula—. Qué ha dicho Marie?

—Afirma que se llevó en casa un jovencito de veinte años de quienes no sabe el nombre y que el director y ella se inventaron aquella mentira porque quería disponer de una coartada que nos pudiéramos tragar.

—Os la creéis? —preguntó Paula.

—Bien, ni en Patrik ni yo lo tenemos claro —respondió, y se sirvió una taza de

café.

Se quedó derecho detrás el Erica y examinó la agenda que había sobre la mesa.

—Habéis descubierto algo interesante? —preguntó.

—No, ahora mismo tenemos la sensación de estar intentando descifrar un código secreto. Alguna idea sobre el que pueden significar las cifras «55» y «11»?

—Qué quieres decir con esto de «55» y «11»? —hizo—. Aquí dice «SS» y «JJ». Paula y el Erica se lo quedaron mirando. En Gösta va esclafir a reír al ver sus caras de perplejidad.

—Bien, comprendo que puede costar de ver, pero es el mismo estilo de letra que tenía mi madre. Se trata de letras, no de cifras. Supongo que son iniciales.

—Tienes razón —dijo la Erica—. Son letras!

—«SS» y «JJ»... —dijo Paula, despacio.

—James Jensen, quizás? —sugirió en Gösta.

—Sí, es posible —respondió Paula—. No son unas iniciales mucho comunes. Ahora la pregunta es por qué en Leif escribió las iniciales del marido de Helen a su almanaque. Se havien de ver? Lo hicieron?

—Podéis irlo a preguntar a en James, así de fácil —dijo el Erica—. Y que pensáis de «SS»? Quién debe de ser? Se podría tratar de cualquier persona dentro del círculo de amistades de en Leif. Pero la Viola dijo que los últimos años de vida el único que parecía tener algún tipo de importancia para su padre era el caso Stella, así que creo que estas iniciales tienen algo a ver.

—Sí, me parece lógico —dijo en Gösta.

—Por si acaso, haré un truco a la Viola y lo comprobaré. Quizás nosotros estamos perdiendo el tiempo y para ella es del todo evidente qué significan estas iniciales.

—Mientras esperamos resolver este misterio, sólo podemos cruzar los dedos porque la autopsia que practicarán al cadáver de en Leif nos aporte un poco de luz —dijo en Gösta.

—Tienes razón. Después de tanto de tiempo, no es nunca fácil —dijo Paula—. La gente pierde la memoria, las pruebas se deterioran y, con franqueza, esto de la exhumación del cuerpo es sólo un presentimiento. No tenemos ni idea de si realmente nos puede aportar nada que demuestre que en Leif fue asesinado.

El Erica asintió con la cabeza.

—El comisario se debía de encontrar ante estos mismos retos cuando se puso a investigar la muerte de la Stella después de tanto de tiempo. Que habían pasado los años. Y la pregunta continúa siendo si averiguó nada de nuevo o si descubrió algo que le había pasado por alto entre el material que conservaba del caso. Me habría gustado tener los interrogatorios que se hicieron a Marie y Helen.

Se pasó la mano por los cabellos. El dolor de cabeza no aflojaba.

—Si es cierto que las iniciales «JJ» hacen referencia a en James Jensen, quizás el marido de Helen nos puede decir si se tenían que ver el mismo día que murió en Leif —continuó en Gösta—. O si lo hicieron...

Miró Paula.

—Qué te parece? Nos llegamos a Fjällbacka y vamos a hablar con en James Jensen? De paso te podemos traer a casa, Erica. Si no es que prefieres volver con el autobús, esclar...

—No, gracias —respondió la Erica, y sintió que sólo de pensar le volvían las

náuseas.

—Le trucaremos para asegurarnos que está en casa, pero sin explicarle de que se trata. Después, podemos marchar, de acuerdo?

En Gösta miró las dos mujeres, que asintieron con la cabeza.

Paula se acercó al Erica y le dijo:

—Sabes qué? Al asiento trasero del coche patrulla tenemos bolsas para vomitar, por si las necesitas.

—Uix, cierra la boca —replicó la Erica.

Paula rió por debajo la nariz y salió de la cocina para ir a trucar.

En Basse se despertó con el solo picándole a la cara. Despacio, abrió un ojo. Sólo aquello hizo que sintiera que la cabeza le estaba a punto de estallar. Tenía la boca pastosa y seca a la vegada. Consiguió abrir el otro ojo e hizo un gran esfuerzo para incorporarse. Era al sofá, en la sala de estar, y debía de haber dormido en una posición extraña porque las cervicales le hacían daño.

Se rozó la nuca y miró alrededor. El solo era muy alto y el chico dio un vistazo al reloj. Las doce y media. Hasta qué hora habían estado de fiesta la noche anterior?

En Basse se puso derecho, pero inmediatamente se volvió a sentar. había gente durmiendo por todas partes. En tierra vio dos luces, rotos. El parqué estaba pleno de tachaduras. El sofá donde había dormido estaba cubierto de comer y botellas de cerveza medio vacías. Las almohadas estaban hechas un asco. La butaca blanca, llena de manchas de vino tinto, y, al amueble bar, la colección de whisky de su padre no estaba.

Dios del cielo. Sus padres volverían a casa la semana siguiente y no tendría suficiente tiempo de arreglarlo todo. Lo matarían. La idea inicial no era invitar tanta gente en la fiesta. Ni siquiera conocía la mitad de las personas que dormían esparcidas por el tierra de la sala de estar. Era un milagro que no hagués venido la policía.

Todo era culpa de la Vendela y en Nils. Había sido idea suya. De uno de los dos. No acordaba de quién. Los tenía que encontrar. Lo ayudarían a resolver aquel merder.

Los calcetines le quedaron xops cuando hizo unas cuántas pasas por la alfombra. Estaba mojada y enganxifosa, y hacía pudor de cerveza. Aquella fortor le provocaba náuseas y en Basse sintió que estaba a punto de vomitar, pero consiguió contenerse. Entre las personas que estaban durmiendo en la sala de estar no había ni en Nils ni la Vendela. En Basse vio a un chico extendido en tierra con la bragueta desabrochada y se preguntó si lo tenía que tapar con algo, pero tenía problemas más grandes que un paio con la chicharra fuera.

Subió las escaleras como pudo. Aquel pequeño esfuerzo le hizo venir vascas. No se quería girar, no quería volver a ver la desolación que reinaba a la planta baja. Entró a su habitación y encontró tres personas durmiendo, pero ninguno era la Vendela o en Nils. Toda la habitación hedía. Alguien había vomitado sobre el teclado del ordenador y habían esparcido por tierra todo el que tenía a los cajones.

Al dormitorio de los padres, los daños eran menores, pero también hacía pudor de vomitado. Al otro lado de la cama se había formado un enorme charco

repugnante. No tan sólo de vómito. Las sábanas y el cubrecama estaban cubiertos de manchas negras.

En Basse se paró de golpe. A la cabeza se le aparecieron unas imágenes, como fotografías pálidas de una Polaroid. Habían sido allá dentro, oi que sí? Vio en Nils, riendo por debajo la nariz, y la Vendela, con un vaso lleno hasta arriba en la mano. Y sintió voces de chicos. Quien más había allá dentro? Cuanto más se esforzaba a recordarlo, más se alejaban las imágenes.

Pisó algo dura y profirió un taco. Bajó los ojos y vio un rotulador, sin tapón, que había dejado marcas al parqué de madera pulcra de qué tan orgullosa se sentía su madre. Un rotulador. La Jessie. El plan de la Vendela. Qué habían pensado hacer? Qué habían hecho? Vio unos pechos delante. Blancos, gordos, prominentes. Estaba estirado sobre alguien, con los ojos justo encima de aquellos pechos. Los había cogido. Sacudió la cabeza para intentar aclarar la mente y sintió que le estaba a punto de estallar.

El bolsillo derecho de los pantalones empezó a vibrar y, con dedos matusers, en Basse sacó el móvil. Un mensaje de en Nils. Un montón de fotografías. Y, a medida que las iba viendo, los recuerdos devolvían. Tapándose la boca con la mano, entró corriendo al lavabo de los padres.

En Patrik era al despacho a la comisaría de policía. Estaba escribiendo el informe de la conversación surrealista con Marie. Pero la cabeza le huía constantemente hacia el que había sentido sobre las anotaciones al almanaque de en Leif. En Gösta le había hecho cinco céntimos de las teorías que había compartido con la Erica y ahora tampoco él no podía dejar de dar vueltas a aquellas iniciales misteriosas. Enseguida había dado el visto bueno a en Gösta de marchar con Paula a hablar con en James. Era una posibilidad, pero a veces eran justamente aquel tipo de posibilidades que salían bien y ayudaban a hacer avanzar una investigación.

Volvió al mundo real cuando sonó el móvil. Se estiró para cogerlo.

—Soy en Pedersen —dijo una voz que parecía un latigazo—. Estás ocupado?

—No, y ahora, nada que no pueda dejar aparcado un momento. Pero estás trabajando un domingo?

—Este verano no tendremos mucho tiempo libre. En julio batimos todos los récords de cadáveres y nada indica que el agosto sea muy mejor. El antiguo récord se había mantenido treinta años.

—Cojones —hizo en Patrik.

Pero la curiosidad lo ganaba. Cuando en Pedersen trucaba, normalmente era para ofrecerle alguna información jugosa. Y en aquellos momentos iban bastante escasos de pruebas físicas. Todo eran indicios y especulaciones, cuchicheos y conjeturas.

—Además, he sentido a decir que nos has enviado otro. Al parecer un suicidio de hace unos cuántos años?

—Sí, en Leif Hermansson. Era el responsable de la investigación del asesinato de la Stella. Pasado mañana exhumaremos el cuerpo y ya veremos qué encontráis.

—Tardaremos a enviaros una respuesta —dijo en Pedersen—. Y, en cuanto a la niña, a media semana habré terminado el informe. Probablemente miércoles.

Espero. Pero, de hecho, te trucaba porque te quería explicar una cosa. Quizás os servirá.

—Di.

—He encontrado dos huellas dactilares. A los párpados. Habían limpiado todo el cuerpo de la niña, así que no he encontrado nada, Pero, fuera quién fuera que lo hizo, se olvidó los párpados. Mi hipótesis es que las improntas fueron a parar cuando el asesino le cerró los ojos.

—Bien... —hizo en Patrik, rumiant—. Me las podrías enviar? Ahora mismo no tenemos con qué compararlas, pero también encontramos al escenario del crimen y querría que en Torbjörn las pudiera cotejar.

—Ahora mismo lo hago —dijo en Pedersen.

—Gracias. Y gracias para tomarte la molestia de trucar, todo y el trabajazo que tenéis. Espero que afloje.

—Yo también —suspiró en Pedersen—. Trabajamos a marchas forzadas, aquí. Todos juntos.

Impaciente, después de colgar, en Patrik no apartó los ojos de la pantalla del ordenador.

Era uno de los misterios de la vida: cuanto más se esperaba una cosa, más tiempo parecía que tardaba a llegar. Pero finalmente sintió el dring del programa de correo encriptado y apareció un mensaje nuevo de en Pedersen.

Abrió el documento adjunto. Dos improntas.

En Patrik cogió el teléfono y trucó a en Torbjörn.

—Soy en Hedström. Escucha, ahora mismo me pongo de rodillas ante ti. Necesito que me des un golpe de mano en un asunto importantísimo. En Pedersen me acaba de enviar dos huellas dactilares que ha encontrado al cuerpo de la Nea y querría que las compararas con las que extrajisteis del envoltorio de galleta al altillo.

En Torbjörn refunfuñó.

—No te puedes esperar que hayamos acabado? Preferiría poder terminar los análisis, primero. Y después las cotejaremos con las que tenemos a la base de datos. No hay bastante?

—Sí, esclar, pero el instinto me dice que las improntas que ha encontrado en Pedersen coincidirán con las vuestras.

Él mismo se dio cuenta que la voz era de súplica, así que calló y dejó tiempo porque en Torbjörn se lo pudiera rumiar.

Unos según más tarde, su compañero respondió, enfurruñado:

—De acuerdo. Envíamelas y miraré de compararlas tan pronto como pueda.

—Gracias! —dijo en Patrik—. Eres un solo.

En Torbjörn masculló y después colgó. En Patrik suspiró aliviado. Quizás finalmente se podrían aferrar a algo.

—Hola? —llamó el Erica hacia el interior de la casa.

Anna era a la cocina, hablando por teléfono. Cuando la vio, se afaná a colgar.

—Ei, hola!

El Erica la observó con recelo.

—Con quien estabas hablante?

—No era nadie... O bien, sí... Sólo en Dan —respondió Anna, y se puso roja.

El Erica sintió que se le hacía un nudo al estómago. Si de algo estaba segura era que Anna no estaba hablando con en Dan. Por el simple motivo que ella apenas había acabado de hablar con su cuñado. Ahora podría enfrentarse con Anna y preguntarle qué le estaba escondiendo, pero, a la vegada, le quería demostrar que confiaba en ella. Su germaneta pequeña se había esforzado muchísimo para reparar los errores que había cometido y toda la familia había conseguido dejarlos atrás. Preguntarle abiertamente o afirmar que mentía habría destruido la confianza que habían sido capaces de construir. Durante mucho tiempo, había sido una persona increíblemente frágil y ahora, cuando parecía que había recuperado un cierto equilibrio, tenían que pasar de muy gordas porque la Erica se atreviera a ponerlo en riesgo. Así que respiró fondo y lo dejó estar. Por ahora. —Cómo te encuentras, pobrissona mía? —preguntó Anna.

El Erica se desplomó en una de las sillas de la cocina.

—Cómo me merezco. Y no ayuda mucho el hecho que parece que todo el mundo se ha puesto según recalcar que hago una fila terrible.

—Lo entiendo, pero no se puede negar que has tenido días mejores —dijo Anna, y se sentó delante de su hermana, apuntando una media sonrisa.

Le acercó un plato lleno de pastas. El Erica las miró un buen rato mientras, por dentro, entregaba un batalla ensañada. Pero al final decidió que si había un día que necesitaba una aportación exageradamente alta de hidratos de carbono era justamente aquel. Además, el cuerpo le pedía a gritos una pizza, así que aquel anochecer bajarían al restaurando Bååthaket. Cuando se lo dijera, los niños se volverían locos. Y en Patrik sólo haría ver que se quejaba, pero por dentro haría volteretas de alegría.

Cogió una pasta y de una queixalada se comió la mitad.

—Qué los ha parecido, tu teoría que no fue un suicidio?

Anna también cogió una y el Erica se dio cuenta que su hermana endrapava como una ladrona.

—Me han dado la razón. En Patrik ya ha conseguido el permiso porque exhumen el cadáver de en Leif. Con suerte, lo harán pasado mañana.

Su hermana va estossegar.

—Pasado mañana? Así de rápido? De verdad que puede ir tan deprisa? Me pensaba que la burocracia era una maquinaria que trabajaba más despacio...

—Ha conseguido que la fiscal pida de urgencia la petición de exhumación al juzgado y con un poco de suerte abrirán la tumba martes. Sea como fuere, en Patrik ya está preparando todos los aspectos prácticos confiando que recibirán la autorización. Con otras palabras, todavía no tienen el visto bueno, pero la fiscal creía que no habría ningún problema.

—Esclar, ya deben de estar acostumbrados a la pequeña inclinación que siendo tu hombre para ir abriendo tumbas —dijo Anna—. Estoy convencida que tienen a mano un formulario completado por si los truca.

El Erica no se pudo estar de risa.

—Sea como fuere, será interesante ver qué muestra una nueva autopsia. Y la familia da pleno apoyo, cosa que siempre es positivo.

—Ya lo supongo, deben de querer saber qué pasó realmente.

Anna alargó la mano hacia una segunda pasta. Las migajas del anterior reponían sobre la enorme barriga.

El Erica miró alrededor. Hasta entonces no se había dado cuenta de la paz que se respiraba en aquella casa.

—Dónde son los niños? Están durmiendo?

—No, han ido a jugar en casa de los vecinos —dijo Anna—. Y en Dan se ha llevado los nuestros a navegar, así que yo me puedo quedar cuidando el castillo una estoneta más. Ve a estirarte. Haces una fila horrorosa.

—Gracias —dijo la Erica, y le sacó la lengua.

Pero agradeció el ofrecimiento. Todo el cuerpo llamaba que ya no tenía veinte años. A pesar de esto, tardó a coger el sueño. No podía dejar de preguntarse con quién había sido hablando Anna. Y por qué había colgado deprisa y corriendo cuando la había visto entrar a casa.

Provincia de Bohuslän, 1672

EL MAÑANA ERA GÉLIDO Y BOIRÓS. Al Elin le habían permitido limpiarse mínimamente con un trapo y una palangana de agua que le habían dejado dentro de la celda, y le habían dado un vestido blanco limpio porque se lo pusiera. Había sentido rumores de la prueba a que sometían las brujas, pero no sabía del todo en que consistía. La lanzarían al mar desde el embarcador y dejarían que intentara no hundirse moviendo los brazos como pudiera? Pretendían que muriera ahogada? Su cuerpo volvería a aparecer cuando llegara la primavera?

Los guardias la empujaron sin ningún miramiento hasta el muelle. Se había reunido un gentío para ver el espectáculo y el Elin se preguntó si habían decidido hacerlo a Fjällbacka porque la humillación fuera todavía más grande.

Cuando el Elin miró alrededor, entre la multitud vio muchas caras conocidas. El ambiente era festivo. Unos cuántos metros más allá, había el Ebba de Mörhult.

Los ojos le brillaban de expectación.

El Elin giró la cara para no verla, no quería darle la satisfacción que se diera cuenta de cómo estaba, de asustada. Miró más allá del borde del embarcador, el agua. Era tan oscura, tan pregonada. Si se lo lanzaban se ahogaría, estaba convencida. Moriría allá. Al muelle de Fjällbacka. Mientras amigos de siempre, vecinos de siempre, enemigos de siempre, se lo miraban.

—Ligadla —ordenó el prefecte a los guardias, y el Elin lo miró terrorizada.

Si la ligaban no tendría ninguna oportunidad, se hundiría hasta el fondo y moriría entre los cangrejos y las algas. Chilló e intentó liberarse, pero eran más fuertes que ella y la redujeron en tierra. Le ligaron los pies con unas cuerdas ásperas y le sujetaron las manos a las espaldas.

Algo más allá, el Elin entrevió el borde de una falda que le resultó familiar. Consiguió levantar la cabeza. En medio de todo el gentío, había la Britta. Y en Preben. El pastor sujetaba el sombrero con las dos manos, con la misma desazón que había mostrado el día que la había ido a ver en la prisión. Pero la Britta sonreía mientras contemplaba la Elin tirón en tierra, ligada de manso y pies, vestida de blanco. En Preben se giró de espaldas.

—Ahora veremos si flota! —dijo el prefecte, tumbándose hacia la multitud.

Resultaba evidente que disfrutaba de ser el centro de atención y del ambiente de excitación general, y también que quería sacar el máximo partido de aquella situación.

—Si lo hace, no habrá ninguna duda que se trata de una bruja; si no, quiere decir que no lo es. Entonces ya hace falta que nos afanamos a sacarla del agua.

Va esclafir a reír y consiguió arrancar algunas risas entre el público. Tirón en tierra y ligada con una cuerda que le desollaba los tobillos y las muñecas, la Elin rogó a Dios. Era la única manera que tenía de no perder la cabeza, pero respiraba de manera rápida y entrecortada cómo si hubiera corrido una larga distancia y se hubiera quedado sin aliento. Las orejas le brunzian.

Cuando la levantaron de tierra, la cuerda le segó la piel y la Elin chilló de dolor.

Un grito que enmudeció de golpe cuando la lanzaron al mar y la boca se le llenó de agua salada. La frialdad repentina hizo que toda ella se estremeciera y temió que desaparecería bajo la superficie, que bajaría hasta el fondo de aquellas aguas grisosas. Pero no pasó nada. Quedó a la superficie, flotando boca abajo. Y todavía podía levantar la cabeza para respirar.

En vez de hundirse, se balanceaba al agua. Al muelle, la multitud contuvo la respiración. Poco después, la gornación se puso a llamar a voz en grito.

—Bruja! —berreó alguien, y a continuación otros se añadieron—: Bruja!

La sacaron del agua con la misma brutalidad con que se lo habían lanzado, pero el Elin ya no chillaba. El dolor ya no era parte de ella.

—Ya lo veis! —llamó el prefecto—. Ha flotado como un cisne, la bruja!

El público enloqueció y, lentamente, el Elin levantó la cabeza. El último que vio antes de desmayarse fue la espalda de la Britta y en Preben, que se habían girado y se alejaban del muelle. Le pareció que el Ebba de Mörhult le escupía, mientras ella se zambullía en un abismo oscuro.

E

N JAMES NO HABÍA COGIDO EL TELÉFONO cuando le habían trucado, pero en Gösta y Paula habían decidido jugársela y ver si lo encontraban en casa.

—Vaya, parece que aquella velleta tan dulce quiere vender la casa —dijo Paula, cuando pasaron por el ante la caseta roja que se levantaba a un lado del camino de tierra.

—Aquella velleta tan dulce? —dijo en Gösta, y giró la cabeza y vio el cartel de «En venta».

—Sí, en Martin y yo estuvimos charlando un rato cuando hicimos el puerta a puerta. Tenía más de noventa años y el día que fuimos estaba mirando un combate de artes marciales mixtas.

En Gösta va esclafir a reír.

—Y por qué no? Quizás cuando me haga viejo también me hago hacen de las artes marciales mixtas.

—Sí, quizás no es fácil encontrar un pasatiempo cuando se vive tan lejos del pueblo y ya no se es capaz de menearse arriba y abajo de manera autónoma. Dijo que se estaba buena parte del día sentada a la ventana de la cocina, observando el que pasa afuera.

—Mi padre hacía el mismo —dijo en Gösta—. Me pregunto por qué. Cruces que puede ser una manera que tenemos de intentar no perder el control cuando sentimos que la vida se nos empieza a escapar de las manos?

—Podría ser —respondió Paula—, pero me parece que se trata de un fenómeno muy sueco. Sois los únicos que dejáis que los viejos se queden en casa sólo. En Chile sería inimaginable, allá la familia se hace cargo de los abuelos hasta que se mueren.

—O sea que, si lo he entendido bien, la Johanna y tú dejaréis que tu madre y en Mellberg se trasladen a vivir con vosotros hasta el fin de sus días? —se va mofar en Gösta.

Paula se miró su compañero sobrecogida.

—Si lo planteas de este modo... de repente el modelo sueco me parece de lo más tentador.

—Ya lo sospechaba —dijo en Gösta.

Habían llegado a casa de Helen y en James, y Paula se paró junto al coche de la familia. Helen abrió casi en el mismo momento que trucaron a la puerta. La cara de aquella mujer no mostró ninguna emoción cuando se dio cuenta de quién había ido a verlos.

—Hola, Helen —la saludó en Gösta—. Queríamos hablar con en James. Que está en casa?

Por unos segundos, le pareció que la mirada de Helen temblaba, pero un instante más tarde ya se había esfumado, así que podían haber sido imaginaciones suyas.

—Está haciendo prácticas de tiro al bosque.

—podemos ir sin que peligre nuestra vida? —preguntó Paula.

—Sí, no hay ningún riesgo. Sólo hace falta que, cuando os acercáis, llamáis para avisarlo.

En Gösta sintió disparos aislados y los dos salieron en dirección a aquellos

chasquidos.

—No sé si me atrevo a contar la cantidad de leyes que infringe poniéndose a hacer prácticas de tiro en este bosque —dijo Paula.

En Gösta sacudió la cabeza.

—Sí, pero ahora mismo vale más hacer como quien no lo ve. Ya pasaremos en otro momento y tendremos una xerradeta con en James sobre los peligros que comporta.

A medida que se iban acercando, los disparos chasqueaban con más fuerza.

En Gösta levantó la voz y llamó:

—James! Somos en Gösta y Paula, de la comisaría de Tanumshede. No dispaes!

Los disparos se pararon. Por seguridad, en Gösta repitió:

—James! Confírmame que has sentido que nos estamos acercando hacia tú!

—Os siento! —llamó el hombre.

Apresuraron el paso y vieron en James algo más adelante. Estaba derecho, con los brazos plegados, y había dejado la arma encima del tronco de un árbol. En Gösta no se pudo estar de pensar que era un hombre que desprendía una autoridad que ponía los pelos de punta. Y, además, hacía la impresión que le encantaba disfrazarse cómo si formara parte de una película bélica norteamericana, y aquello no lo hacía menos aterrador.

—Ya lo sé, ya lo sé. No está permitido hacer prácticas de tiro aquí al bosque —hizo en James, y levantó las manos como si se rindiera.

—Tienes razón, pero de esto ya hablaremos en otro momento —dijo en Gösta, sacudiendo la cabeza—, hoy no hemos venido por este motivo.

—Dejáis que guarde la pistola, primero —hizo en James, y cogió la arma del tronco.

—Es una Colt? —preguntó Paula.

En James asintió con la cabeza, orgulloso.

—Sí, una Colt M1911. La arma reglamentaria estándar de las fuerzas armadas de los Estados Unidos entre el 1911 y el 1985. Utilizada a las dos guerras mundiales y, incluso, a las guerras de Corea y el Vietnam. Es la primera arma que tuve, me la regaló mi padre cuando tenía siete años y fue con la que aprendí a disparar.

En Gösta se estuvo de comentar que era de lo más inadecuado regalar una pistola a un niño de siete años. No creía que en James lo hubiera entendido.

—Has enseñado a tu hijo a disparar? —prefirió preguntar, mientras en James, con mucha cuenta, casi con una cierta reverencia y todo, desava la pistola en una maleta.

—Sí, es un tirador muy diestro —dijo en James—. Disparo de esto, no sirve para mucho nada más. Pero de disparar sabe un buen trozo. De hecho, se ha pasado todo el día practicando. Yo apenas acabo de empezar. Al ejército, en Sam podría ser un tirador de primera, pero nunca sería capaz de pasar las pruebas físicas.

Rió por debajo la nariz.

En Gösta miró Paula imperceptiblemente. Los ojos de su compañera revelaban el que pensaba de la manera como en James hablaba de su hijo.

—Y pues, de que se trata? —preguntó el hombre, y dejó la maleta en tierra.

—Se trata de en Leif Hermansson.

—El policía que colgó el muerto a mi mujer? —preguntó en James, y va arrufar el frente—. Por qué queréis hablar de él?

—¿Qué quieres decir que «le colgó el muerto»? —preguntó Paula.

En James va dreçar la espalda y volvió a cruzar los brazos, cosa que hizo que se vieran enormes.

—Bien, no digo que hiciera nada ilegal, pero trabajó a conciencia para demostrar que mi mujer era culpable de un asesinato que no había cometido. Y no creo que considerara seriamente cabe otra alternativa.

—Al parecer, al final de la vida, en Leif también empezó a dudar de la culpabilidad de Helen —dijo Paula—. Tenemos motivos para creer que hubo algún tipo de contacto entre en Leif y tú el mismo día que murió. recuerdas algo?

Sorprendido, en James movió la cabeza.

—Ha pasado mucho tiempo, pero no recuerdo que aquel día viéramos.

Teníamos muy poco para decirnos... Y por qué tendría que haber sido de otro modo?

—Creemos que quizás se puso en contacto contigo como un primer paso —dijo en Gösta—, como una manera de acercarse a a Helen. Me puedo imaginar que tu mujer no debía de tener muchas ganas de saber nada.

—No, tenéis toda la razón —dijo en James—. Si en Leif Hermansson hubiera querido hablar con Helen, estoy convencido que el más fácil habría sido hacerlo a través mío. Pero no lo intentó nunca. Y tampoco sé cómo habría reaccionado yo, si lo hubiera hecho. Han pasado muchos años y hemos intentado dejar atrás todo aquello.

—No os lo debéis de estar pasando muy bien, ahora —hizo Paula, y lo observó.

En James respondió a aquella mirada con serenidad.

—Sí, es una auténtica tragedia. Pero, evidentemente, la familia de aquella niña lo está pasando infinitamente peor que nosotros. Sería muy presuntuoso por parte nuestra quejarnos, aunque, evidentemente, no es nada agradable estar en el punto de mira de la prensa sensacionalista. Incluso hemos tenido periodistas rondando la casa, pero no creo que vuelvan a aparecer por aquí...

En James apuntó una sonrisa al bias.

En Gösta intuyó que valía más no hacer ninguna más pregunta sobre aquella cuestión. Además, él también pensaba que, hasta cierto punto, los periodistas se tenían que cuidar todos solets. Cada vez eran más pelmazos y cruzaban los límites de la decencia demasiado a menudo.

—Muy bien, pues hoy por hoy no tenemos ninguna más pregunta —añadió en Gösta, y miró Paula, que asintió con la cabeza.

—Os lo haré saber si se me acut nada más —dijo en James, servicial.

Señaló hacia la casa, que se podía ver entre los árboles.

—Volveré con vosotros.

Pasó delante y en Gösta miró su compañera. Era evidente que Paula tampoco se creía ni una pizca del que los había explicado aquel hombre.

Mientras se alejaban, en Gösta levantó los ojos hacia una ventana del primer piso. Un adolescente los estaba observando con cara inexpressiva. Los cabellos teñidos de negro y un montón de maquillaje alrededor de los ojos hacían que pareciera un fantasma. En Gösta se estremeció. Un instante más tarde, el chico se había esfumado.

Cuando Marie volvió a casa, la Jessie estaba sentada a la embarcador. La chica se había hidratado la piel irritada de la cara y del resto del cuerpo con una crema que había encontrado al lavabo. Estaba convencida que era carísima. No había hecho que la vermellor intensa desapareciera, pero ya no le cocía tanto. Habría deseado que también existiera alguna crema para el espíritu. O fuera como fuera que se denominara el que se le había roto por dentro.

Se había vuelto a limpiar el entreceix, varias veces. Aún así, se sentía sucia. Asquerosa. Había tirado la ropa de la madre de en Basse. Ahora traía una camiseta de manga corta vieja y unos pantalones de chándal de algodón. Estaba contemplando el sol del atardecer. Marie se le acercó.

—Qué te has hecho a la cara?

—Me he quemado —se limitó a responder.

Marie asintió con la cabeza.

—Vaya, quizás un poco de solo te irá bien contra el acné.

Después volvió a marchar. Ni media palabra para saber por qué no había vuelto a casa la noche anterior. Se había llegado a dar cuenta, Marie? Probablemente no. En Sam se había traído muy bien. Se había ofrecido a acompañarla en casa. A quedarse. Pero la Jessie necesitaba estar suela. Necesitaba poder sentar y sentir el odio que crecía por dentro. Mimarlo. En cierto modo era un descanso, poder soltarse finalmente y odiar sin restricciones. Durante años y años se había resistido. No había querido creer en la maldad de las personas. Había sido increíblemente ingenua.

Todo el día había recibido ríos y ríos de mensajes. Ni siquiera sabía cómo habían conseguido su número de teléfono. Pero seguro que se había esparcido a la misma velocidad que las fotos. Sólo había abierto la primera. Después, cuando habían continuado llegando, se había limitado a eliminarlos. Todos decían el mismo. *Puta. Cerda. Meuca. Asquerosa. Foca.*

En Sam también había recibido los mensajes. También había recibido las fotografías. El teléfono había empezado a sonar mientras todavía le estaba borrando las últimas marcas de rotulador. Lo había dejado en tierra, le había cogido la cara con las manos y la había besado. En un primer momento, la Jessie se había alejado. Se sentía sucia, asquerosa. Sabía que el aliento le hedía a vómito, aunque se había lavado los dientes al lavabo de los padres de en Basse. Pero a en Sam no le había importado nada. La había besado un buen rato y la Jessie había sentido que la pelota incandescente de odio quedaba atrapada entre los dos. Ahora era de los dos.

La pregunta era qué tenían que hacer.

Cuando el solo adoptó un color cobrizo, la Jessie levantó la cabeza. A la cocina, Marie abrió una botella de champán. Todo era como antes. Y, a la vegada, todo había cambiado.

En Patrik ya iba por la tercera taza de café de acá que había hablado con en Torbjörn Rudd. Y todavía no tenía noticias del forense.

Suspiró profundamente y sacó el hacia el pasillo. Vio que en Martin iba hacia su despacho a paso lento, con una taza en la mano.

—Haces cara de cansado —dijo, y en Martin se paró.

En Patrik ya lo había pensado durante la reunión de la mañana, pero no le había

querido preguntar nada ante el resto de compañeros. Sabía que en Martin tenía problemas para dormir desde la muerte de la Pia.

—Aix, no pasa nada —respondió, y entró al despacho de en Patrik.

En Patrik se sobresaltó. En Martin se puso rojo como un pimiento. Hasta las orejas.

—Qué es el que no me has explicado? —preguntó, y se reclinó a la silla.

—Con sólo que... sólo es que... —va tartamudejar en Martin, sin levantar los ojos de los zapatos.

Hacia la impresión que su compañero no sabía como ponerse.

En Patrik lo contempló, divertido.

—Venga, suyo y vacía el pap. Cómo se llama?

En Martin se desplomó en una silla y apuntó una sonrisa, desconcertado.

—Mette.

—I...? —hizo en Patrik, para darle una empenteta.

—Está separada. Tiene un hijo de un año. Es de Noruega y trabaja de auxiliar contable en una oficina de Grebbestad. Pero ayer quedamos por primera vez, así que no sé como irán las cosas...

—A juzgar por el peine de agotado que haces, me parece que la cita fue de maravilla —se rió en Patrik.

—Sí, sí.

—Y como os conocisteis?

—En el parque infantil —explicó en Martin, recargolant-se como una serpiente.

En Patrik decidió ahorrarle más preguntas.

—Me alegro que hayas vuelto al mercado —dijo—. Que, como mínimo, estés abierto a conocer alguien otro. Irá como tenga que ir. Y no pasa nada. Nadie puede ocupar el lugar de la Pia. Será una cosa completamente diferente.

—Ya lo sé —dijo en Martin, y volvió a bajar los ojos—. Me parece que estoy preparado.

—Perfecto!

El teléfono empezó a sonar y en Patrik levantó un dedo para dejar entender a en Martin que no quería que marchara.

—Sí, tenías toda la razón, Hedström —refunfuñó en Torbjörn.

—Qué me estás diciendo? —preguntó en Patrik—. Son de la misma persona?

—No hay ninguna duda. Pero he buscado a la base de datos y, por desgracia, no he encontrado ninguna coincidencia. También las he cotejado con las improntas de los padres y tampoco encajan.

En Patrik suspiró. Evidentemente, no podía ser tan fácil. Pero, por el que parecía, ahora ya podían descartar los padres.

—Como mínimo nos has dado algo a partir de la cual trabajar. Muchas gracias.

Colgó el teléfono y miró en Martin.

—Las improntas que encontraron a los párpados de la Linnea coinciden con las del envoltorio de galleta.

En Martin levantó las cejas.

—Pues tendremos que comprobar si encontramos algo en la base de datos.

En Patrik hizo que no con la cabeza.

—En Torbjörn ya lo ha hecho y nada.

En ningún momento había pensado que el asesino hubiera elegido la víctima al

azar. Todo ello le había parecido mucho más premeditado. Y los paralelismos con el caso Stella no podían ser una simple casualidad. No, no le había sorprendido nada que no encontraran el propietario de aquellas huellas dactilares a los registros de la policía.

—Las tendríamos que comparar con las de unas cuantas personas... —En Martin dudó un instante.— No me gusta nada tener que decir esto, pero, por ejemplo, con los padres de la criatura. I...

—Y Helen y Marie —acabó la frase en Patrik—. Sí, yo también lo he pensado, créeme, pero antes de pedirlos las huellas dactilares hace falta que tengamos pruebas más sólidas. Tenemos las de en Peter y Eva del día que los preguntamos sobre el establo, y en Torbjörn ya las ha cotejado. No coinciden.

—Pero al registro no hay las de Helen y Marie? —preguntó en Martin—. Teniendo en cuenta que las van investigar...

En Patrik negó con la cabeza.

—No, cuando cometieron el crimen eran menores de edad. El tribunal no dictó sentencia propiamente y las improntas no se guardaron al registro. Pero me habría gustado mucho poder hacer esta comprobación. Especialmente ahora que la coartada de Marie cuelga de un hilo. Y que nos haya mentido hace que me pregunte sí...

—estoy de acuerdo. Hay algo que no encaja —dijo en Martin—. Por cierto, sabes nada, de en Gösta y Paula?

—Sí, Paula ha trucado. En James afirma con rotundidad que en Leif no se puso en contacto. Pero, al parecer, ni en Gösta ni Paula se lo acaban de tragar.

—Pero sin nada más concreto que simples conjeturas no lo podemos presionar.

—Exacto —hizo en Patrik.

—Pues no creo que en Leif nos pueda desvelar algún secreto. Cuando sabrás algo de la autorización?

—Mañana por la mañana —respondió en Patrik—. Pero la fiscal dijo que no habría ningún problema. Todo está a punto para exhumarlo martes.

Suspiró y se levantó de la silla.

—Me parece que hoy ya no podemos hacer nada más, así que dejémoslo reponer. Quizás si nos exprimimos un poco el cerebro encontraremos la manera de sacar el máximo zumo en esta información.

Recogió todos los papeles que había encima la mesa y los va desar en una carpeta que introdujo a la maleta. Después se paró.

—Y cuando os volveréis a ver?

—Este anochecer. Su ex se queda el niño dos días, así que hay que aprovechar el avinentesa.

—Y tanto! Pero esta noche duerme un poco, también —le aconsejó en Patrik, y pasó el brazo sobre los hombros de su compañero mientras salían del despacho.

En Martin respondió con un murmullo ininteligible.

Casi habían llegado a la calle cuando la Annika los llamó. Los dos policías se giraron y vieron que la secretaria tenía el teléfono en la mano y señalaba en Patrik con un dedo.

—Trucan del hospital Norra Älvsborg. Han intentado hablar contigo, pero no respondías.

En Patrik dio un vistazo al móvil. Tenía tres llamadas perdidas del mismo

número de teléfono.

—¿Qué quieren? —preguntó, pero, con la mano, la Annika le hizo un gesto porque fuera y respondiera la llamada.

En Patrik fue hacia el azulejo de la recepción y cogió el aparato. Escuchó con atención. Respondía con frases cortas y, poco después, colgó. A continuación, se giró hacia el Annika y en Martin, que lo estaban mirando, tensos.

—La Amina ha muerto hace un par de horas —los explicó, y sintió que tenía dificultados para evitar que la voz no se le esberlés—. Esto quiere decir que, a partir de ahora, ya no tan sólo se trata de un caso de incendio provocado, sino de homicidio.

Hizo media vuelta y fue hacia el despacho de en Mellberg. Tenían que hablar con en Karim para ver qué hacían con sus hijos. Su madre era muerta. Y alguien se lo tenía que explicar.

Del piso de arriba los llegaba el rumor ahogado de un programa de televisión. En Khalil miró el Adnan, que se enjugó las lágrimas. Habían pedido continuar viviendo juntos y no se los habían puesto ninguna pega. Al fin y al cabo, en el Ayuntamiento ya le iba bien que se amontonaran tantos como fuera posible bajo el mismo techo, así las viviendas escasas que habían podido conseguir podrían acoger todo el mundo.

Y ahora eran allá, sentados en una habitación minúscula del sótano oscuro de una casa de la década de los años cincuenta. Hacía pudor de humedad y de cercado. Pero la propietaria era una velleta muy dulce. Los había ofrecido comer y los chicos se habían sentido acogidos, aunque apenas se podían comunicar con la anciana y la comida, una cosa que los había explicado que se decía *dillkött*,²¹ tenía un gusto muy extraño.

Después de cenar, el teléfono había empezado a sonar. Y, a su vez, ellos trucaron a otros. Querían encontrar consuelo en la voz de los compañeros. La preciosa, alegre y temperamental Amina era muerta.

El Adnan se volvió a enjugar las lágrimas.

—Cruces que podemos ir a ver en Karim? En Bill quizás nos podría traer con el coche.

En Khalil se giró ningún donde miraban los ojos vacíos del Adnan, hacia la moqueta llena de llànties. Con el dedo del pie rascó algunas. Parecían viejas y reseca. Tenía la impresión que hacía mucho tiempo que nadie había bajado a aquel sótano.

—A estas horas no podemos ir —dijo—. Quizás mañana.

El Adnan se cogió las manos. Suspiró.

—Pues iremos mañana.

—Cruces que lo han explicado a los niños?

La voz de en Khalil resonó entre las paredes frías de piedra.

—Estoy seguro que dejarán que lo haga en Karim.

—Si es que se ve con corazón.

El Adnan se volvió a rozar la cara.

—Cómo puede haber pasado?

En Khalil no sabía si su compañero había hecho aquella pregunta a él o a Dios. Suecia, el país rico y libre.

—Mucha gente se ha traído bien con nosotros —dijo—. También hay como en Bill. En Bill y la Gun. Y en Rolf. Y el Sture. No lo podemos olvidar.

Pero era incapaz de mirar el Adnan a los ojos mientras lo decía. Rascó una mancha de la alfombra con más fuerza.

—odian —dijo el Adnan—. No lo entiendo. Vienen por la noche y nos prenden fuego sin que los hayamos hecho nada. Y sí, ya lo sé, no hace falta que me lo repitas: «Tienen miedo». Pero si alguien es capaz de lanzar una antorcha encendida dentro de una casa y esperar que la hacemília que vive muera quemadura sólo porque viene de otro país, entonces no es que se tenga miedo. Es una cosa muy diferente...

—Te arrepientes?

El Adnan no dijo nada durante unos segundos eternos y en Khalil sabía que estaba pensando en su primo, que había sido asesinado a disparos; en el tío, que había perdido las piernas en una explosión. Por las noches los llamaba.

Aparentemente, la respuesta tenía que ser fácil; pero ya no lo era. No, después del que había pasado a la Amina.

El Adnan tragó saliva.

—No, no me arrepiento. No teníamos ninguna otra alternativa. Pero me he dado cuenta de una cosa.

—De qué? —preguntó en Khalil, quieto en medio de aquella oscuridad.

—Que nunca más volveré a tener un lugar que pueda denominar «casa mía».

Del piso de arriba los llegó la música alegre del televisor todavía con más nitidez.

[21](#). Estofado de carne condimentado con eneldo y vinagre (*N. del T.*)

Provincia de Bohuslän, 1672

MENTRE SE LO LLEVABAN HACIA EL JUZGADO, parecía que el Elin andaba en sueños. Todavía no comprendía cómo había podido flotar al agua. Dentro de la sala, los bancos eran llenos a rebosar y pensó que mucha más gente no debía de haber podido entrar.

El prefecte había dicho que la traerían ante el juez, pero que podía significar, aquello? había nada que la pudiera salvar? había alguien?

La hicieron sentar delante de todo. Las miradas de los presentes hicieron que se recargó. Algunas eran interesadas, algunas temerosas, otras llenas de odio. La Britta era allá, pero la Elin no se atrevió a mirarla.

El juez picó con la maza y los cuchicheos enmudecieron. Nerviosa, la Elin miró los hombres de ademán grave que tenía delante. Sólo reconoció en Lars Hierne, el resto le eran del todo desconocidos y, por eso, todavía le parecieron más aterradores.

—Somos aquí para dirimir si el Elin Jonsdotter es una bruja. Hemos visto como flotaba al agua y ahora presentaremos una serie de testigos que nos hablarán de sus quehaceres. Pero vos, Elin, también tenéis derecho a traer vuestros testigos. tenéis cabeza?

El Elin miró entre los bancos. vio criadas de la granja, vecinos de Fjällbacka, la Britta y en Preben, mujeres y hombres a quién había ayudado con los dolores de muelas, de ninguno, de amor y con heridas de bala. Suplicando, los fue mirando uno a uno, pero todos le giraron la cara. Nadie se levantó. Nadie dijo nada.

Nadie saldría en defensa suya.

Al final, se giró hacia la Britta. Estaba sentada en un banco, con las manos reponiendo sobre una barriga todavía no muy prominente y una sonrisa a los labios. En Preben era a su lado. Con la cabeza cot, el flequillo rossenc cayendo sobre los ojos. Cómo había adorado aquel flequillo! Lo había mimado mientras hacían el amor. El Elin había estimado en Preben. Ahora ya no sabía qué sentía. Una parte de ella recordaba como lo había adorado. Otra parte lo odiaba intensamente. Otra sentía asco por la cobardía de aquel hombre, que se movía con el viento y se torcía con la brisa más ligera. Lo tendría que haber visto, pero la habían cegado aquellos ojos dulces y la ternura con que trataba su hija. Había sido basta tonto para soñar y llenar los vacíos que le habrían permitido ver que a aquel hombre le carecía algo. Y ahora era ella la que tenía que pagar el precio de aquel error.

—Teniendo en cuenta que nadie ha dado un paso adelante como testigo a favor del Elin Jonsdotter, nosotros llamaremos a salir los que pueden atestiguar sobre vuestros actos. La primera a quien llamamos es la Ebba de Mörhult.

El Elin rió por debajo la nariz. No le sorprendía nada. Sabía que el Ebba había sido esperando la oportunidad para vengarse de ella. Como una araña grasa que sotja una mosca. No se dignó a mirar aquella mujer cuando subió al estrado.

Después de que el Ebba jurara que diría la verdad, empezaron las preguntas. La mujer se va recargar a la silla y explicó, mientras gesticulaba abrandadamente:

—El primero que notamos fue que era capaz de hacer cosas que ninguna persona no tendría que poder hacer. Las viejas del pueblo corrían hacia casa suya por todo tipo de males, fueran de pie o de barriga, y las jovencitas querían que la Elin las ayudara a cazar un buen mozo. Pero yo comprendí enseguida que algo no iba a la hora. No forma parte de la natura del hombre poder regir sobre estos asuntos, es cosa del diablo. Lo entendí enseguida. Pero creéis que alguien quería escuchar el Ebba de Mörhult? No, y ahora. Todo el mundo corría a ver aquella donota de allá porque los ayudara con sus lacras. Y preparaba ungüentos, beuratges y retahílas largas de conjuros. Aquel tipo de asuntos impropios de una buena cristiana.

Miró alrededor. En los bancos, muchos asentían con la cabeza dándole la razón. Incluso aquellos que, en el pasado, tan agradecidos se habían mostrado cuando el Elin los había ayudado.

—Y que pasó con las sardinas? —preguntó en Hierne, y se inclinó hacia el Ebba. La mujer asintió con la cabeza, ansiosa para continuar.

—Bien, cuando las sardinas empezaron a escasear, yo sabía que la Elin estaba detrás.

—Que estaba detrás? —hizo en Hierne—. Cómo?

—Un anochecer vi como sumergía algún objeto al lado del mar. Todo el mundo sabe que, si se lanzan caballos de cocer, la sardina huye y no vuelve nunca más.

—Pero qué motivo tenía para hacerlo? No es cierto que su difunto marido y ella vivían de la pesca?

—Sí, esto demuestra como llega a ser de mala, que incluso era capaz de dejar morir de hambre la familia sólo porque tenía algún agravio pendiente con alguien de nosotros. El día anterior se había peleado con algunas de las mujeres de los hombres que formaban parte de la tripulación de en Por. Después de aquello fue imposible pescar ninguna más sardina.

—Y que pasó con el oficial de aduanas? Qué pasó el día que marchó a caballo de la cabaña donde vivía la Elin con su familia, después de comunicarles que el estado confiscaría el barco de en Por por haber pasado de contrabando una bóta de sal desde Noruega?

—Bien, mientras el oficial se alejaba, sentí como lo mileña. Un conjuro que sólo el diablo en persona le habría podido poner a los labios. Nadie temeroso de Dios sería capaz de pronunciar las palabras que le lanzó. Y después, durante el trayecto...

Hizo una pausa. La multitud contuvo el aliento.

—El oficial de aduanas nos explicará con sus palabras qué pasó —dijo en Hierne—, pero primero permitimos que nos lo cuente la Ebba.

—Cuando volvía hacia casa, su caballo salió del camino. Cayó a la cuneta. Enseguida supe que había sido obra de la Elin.

—Gracias, Ebba. Cómo he dicho, podremos escuchar el testigo del oficial de aduanas Henrik Meyer en relación con este asunto.

Se fregó las fauces.

—Esto nos trae a la acusación más grave contra la Elin Jonsdotter. La que afirma que, sirviéndose de la brujería, habría provocado que el barco de su esposo se hundiera.

El Elin jadeó y fulminó con la mirada la Ebba de Mörhult. Sabía que no podía

hablar sin que se lo permitieran primero, pero no se pudo contener.

—Habéis perdido el tino, Ebba? Creéis que habría sido capaz de hundir el barco de en Por? Con la tripulación y todo? Esto es una locura!

—Elin Jonsdotter, calláis! —berreó en Hierne.

El Ebba de Mörhult se puso la mano al pecho y se abanicó la cara con un pañuelo.

El Elin rió ante aquel espectáculo.

—No hacéis caso a la acusada —dijo en Hierne, y puso una mano sobre el brazo del Ebba para tranquilizarla—. Continuáis.

—Bien, el Elin estaba furiosa con su hombre. Se ensartaba por las paredes por culpa de aquel barril de sal y porque en Por había decidido salir con el barco aquella mañana. Sentí como le llamaba que, si no cambiaba de parecer, para ella ya se podía morir.

—Explicadnos qué pasó después —dijo en Hierne.

Todos los presentes se inclinaron ninguno adelante, expectants. No sabían cuando podrían volver a disfrutar de un entretenimiento como aquel.

—Salieron en plena tormenta y vi como un palomo los seguía. Era el Elin, por alguna extraña razón la reconocí, a pesar de que había adoptado una forma no humana. Cuando salió detrás el barco, supe que mi hombre no volvería nunca a casa. Y así fue.

Sollozó de forma que todo el mundo la sintiera y se enjugó la nariz con el pañuelo.

—Era un buen esposo, un padre maravilloso para nuestros cinco hijos, y ahora descansa a las pregoneses del mar, devorado por los pescados, sólo porque aquella donota de allá... porque aquella bruja se enrabió con su marido.

Señaló el Elin, que tan sólo tuvo fuerzas para hacer que no con la cabeza. Todo aquello era increíble. Como una pesadilla horrorosa. En cualquier momento se despertaría. Pero, entonces, volvió a ver la Britta, aquella sonrisa de satisfacción, y la cabeza cot de en Preben.

Y supo que todo era muy real.

—Háblanos de aquel estropeo —pidió en Hierne.

El Elin sintió como se le revolvía el estómago y estaba a punto de vomitar. Que no había nada sagrado?

—Debía de quedar preñada después de fornicar con el diablo —dijo el Ebba de Mörhult, y un cuchicheo se extendió por la sala—. Entonces fue a ver mi hermana para deshacerse de aquel monstruo. Lo vi con mis propios ojos. Cuando entré a la casa, era dentro de un cubell junto a la puerta. No se asemejaba nada a un niño, era como una imagen del diablo en persona, recargolat y tan feo que me provocó náuseas.

Algunas mujeres chillaron del horror. Aquello de fornicar con el diablo y dar a luz un hijo de Lucifer era un extra.

—La hermana de la Ebba asistió el parto de aquel estropeo y también dará testigo del que pasó —dijo en Hierne, asintiendo con la cabeza.

En aquella sala se estaba dirimiendo un asunto de una gran gravedad y el prefecte se cuidaba mucho que su figura transmitiera la solemnidad que requería.

El Elin sacudió la cabeza. Las manos le temblaban sobre las rodillas y el peso de las acusaciones que le cargaban encima hizo que bajara la cabeza y clavara los

ojos a los tablones anchos que cubrían el tierra. Y aun así era incapaz de imaginar el que todavía tenía que llegar.

H

AVIEN PASADO DOS DÍAS de una espera frustrante. Aunque la investigación había llegado a una vía muerta, a en Gösta no le había faltado trabajo. El teléfono de la comisaría no había parado de sonar, sobre todo porque ahora los diarios no tan sólo servían titulares llamativos del caso, sino que también esbombaven a los cuatro vientos la noticia de la muerte de la Amina. Aquello había originado un debate encendido sobre la política inmigratoria, con dos bandos que intentaban usar el incendio y la muerte de la mujer de en Karim como argumentos a favor de sus tesis. Una de las partes sostenía que el fuego era el resultado de la propaganda de odio y la xenofobia que habían esparcido los Amigos de Suecia. La otra afirmaba que el incendio era una consecuencia de la frustración de la ciudadanía por una política inmigratoria del todo insostenible. Incluso había que afirmaban que lo habían provocado los mismos refugiados.

A en Gösta, todo aquel debate le revolvía el estómago. Era del parecer que, evidentemente, había que revisar la política inmigratoria del país y debatir a fondo sobre inmigración, y no había ninguna duda que se podían mejorar ciertos aspectos. No se podían abrir las fronteras sin más y recibir tantos refugiados como vinieran. El país tenía que disponer de una infraestructura que funcionara para ser capaces de incorporarlos de la mejor manera posible a la sociedad sueca. Hasta este punto, los daba la razón. El que hacía que detestara los Amigos de Suecia —y sus votantes— era la retórica que usaban, que toda la culpa de la situación actual recayera en los inmigrantes. Los refugiados eran los malos de la película. Por haber venido aquí.

Era innegable que llegaba alguna manzana pudrida, como policía no podía cerrar los ojos a aquella realidad. Pero la inmensa mayoría de los que conseguían entrar a Suecia sólo quería salvar su piel y la de su familia y ganarse una vida mejor en un país nuevo. Nadie abandonaba el país natal, los amigos y los conocidos por, quizás, no volver nunca más, si no estaba desesperado. En Gösta no se podía estar de preguntarse cómo actuarían todos aquellos suecos que decían que los inmigrantes no tendrían que haber venido a consumir los recursos del país, si Suecia estuviera en guerra y sus hijos se encontraran bajo una amenaza de muerte permanente. No habrían hecho cualquier cosa para salvarlos?

Suspiró y dejó el diario sobre la mesa. El Annika los dejaba cada día a la cocina, pero a menudo en Gösta sólo se veía con corazón de hojear rápidamente aquellas páginas llenas de miseria. Por otro lado, como policías tenían que estar al cabo de la calle de que se había publicado sobre el caso. Muchos casos habían acabado hechos añicos por culpa de especulaciones y afirmaciones falsas.

Paula entró a la cocina y parecía más cansada que de costumbre.

En Gösta la miró, compadeciéndose.

—Una noche dura con los niños?

Su compañera asintió con la cabeza, cogió una taza de café y se le sentó delante.

—Sí, no hacen más que llorar y llorar. Y se despiertan en plena noche con pesadillas. La madre los acompañó en el hospital y en Karim los explicó qué había pasado. No entiendo como lo pudo resistir. Pero nos está ayudando muchísimo y estamos haciendo todo el que podemos porque alquilen uno de los

pisos de nuestro edificio a en Karim cuando le den el alta. El amo tiene un que hace mucho tiempo que es vacío y que está justo junto al nuestro. Pienso que sería una buena alternativa para los tres. El único problema es que el Ayuntamiento considera que el alquiler es demasiado alto, así que ya veremos qué pasa.

a Paula movió la cabeza.

—He sentido que ayer fue bien —dijo, después—. La exhumación.

—Sí, teniendo en cuenta las circunstancias, fue muy digna. Ahora sólo tenemos que esperar los resultados. Pero todavía no ha aparecido la bala de la primera autopsia. Ni siquiera la registraron. Hemos buscado entre el material que tenemos, que tampoco es mucho, pero ni rastro de la bala. En realidad, es prescriptivo guardar las pruebas setenta años. Habríamos agradecido mucho que se hubieran dignado a seguir el manual.

—No sabemos por qué no la encuentran —dijo Paula, diplomática—, pero en aquel momento nadie sospechó que se pudiera tratar de un asesinato. No dudaron ni un segundo que era un suicidio.

—Esto no lo justifica. Las pruebas de una investigación no pueden desaparecer —dijo en Gösta, enfurruñado.

Y a la vegada sabía que era injusto. En el Centro de Ciencias Forenses estaban haciendo un trabajo excelente. Y había que decir que el forense también. Además, con muy poco presupuesto y demasiado trabajo. Pero cuando se habían dado cuenta que la bala no aparecía en ninguna parte, se había vuelto a esparcir un sentimiento de frustración en una investigación que ya hacía la impresión que sólo traía a callejones sin salida. En Gösta estaba del todo convencido que el supuesto asesinato de en Leif Hermansson estaba relacionado con el caso Stella. Y sólo deseaba que bien pronto encontraran alguna prueba concreta que demostrara aquella tesis.

—Tampoco ningún adelanto en cuanto al joven semental con quién pasó la noche Marie, supongo.

En Gösta estiró el brazo para coger una galleta Ballerina y, con mucha cura, separó las dos galletas para poder lamer el relleno.

—No, hemos hablado con otros clientes que fueron al Stora Hotellet, pero ninguno no vio nada. Y el director ha confirmado que pasó la noche con la maquilladora y no con Marie. Sostiene que la actriz le pidió que mintiera porque sabía que, si no tenía coartada, la consideraríamos sospechosa. Ya le había hablado de aquel joven misterioso, pero el director no los vio juntos aquel anochecer.

—Ya, y yo dudo muchísimo que sea real —añadió en Gösta.

—Si partimos de la hipótesis que Marie está mintiendo, por qué lo tenía que hacer? Y si tiene alguna relación con la muerte de la niña, por qué?Cuál es el motivo?

La interrumpió la melodía del móvil.

—Ay, hola, Dagmar —dijo, y, perpleja, levantó una mano a en Gösta.

Escuchó con atención y en Gösta vio que la cara de su compañera se iluminaba.

—No, y ahora. No sufras por no haberlo recordado. El importante es que ahora te ha venido a la cabeza! Ahora mismo venimos ninguno aquí.

Colgó y miró en Gösta.

—Ahora ya sé como podemos comprobar qué vehículos pasaron por ante la granja de los Berg la mañana que la Nea desapareció. Ven. Y se levantó. Después se paró y una sonrisa de oreja a oreja se dibujó a la cara de Paula.

—Creo que prefiero llevarme en Martin. Después te lo explico...

En Patrik estaba sentado al despacho, intentando planificar el trabajo que había que hacer aquel día. Pero qué camino tenían que seguir, cuando tenía la sensación que cada vez acababan en un callejón sin salida? Había depositado todas las esperanzas en la exhumación del cadáver de en Leif Hermansson. En Pedersen había prometido que le trucaría el día siguiente mismo por la mañana y el teléfono sonó como un reloj a las ocho en punto.

—Digas —respondió en Patrik—. Qué rapidez.

—Sí, y te tengo que explicar dos cosas —dijo en Pedersen.

En Patrik se sentó bien a la silla. Aquella respuesta sonaba de lo más prometedora.

—En primer lugar, he acabado el informe de la Linnea Berg. Lo tendrás de aquí a una hora, pero no verás nada más que el que te comuniqué en mi altamente irregular informe preliminar. Que tiene que quedar entre nosotros, por cierto...

—Cómo siempre, ya lo sabes —le confirmó en Patrik.

En Pedersen se fregó la garganta.

—Bien, hay una cuestión en relación con el cuerpo que nos hicisteis llegar ayer. En Leif Hermansson.

—Digas —hizo en Patrik—. Comprendo que todavía no hayáis podido poner os a fondo, así que, de que se trata?

En Pedersen suspiró.

—Vaya, ya lo sabes, la bala desaparecida... La que no quedó registrada en ninguna parte, la que parecía que se había hecho fundible.

—Sí...? —dijo en Patrik, y sintió que cada vez estaba más tieso.

—Pues bien, la hemos encontrado.

—Fantástico! —exclamó en Patrik. Por fin un poco de suerte.— Y dónde? Al fondo de un armario de pruebas de casos viejos?

—No muy bien... Dentro del ataúd.

En Patrik se quedó boquiabierto. Lo había sentido bien? Hizo un esfuerzo para encontrar sentido al que en Pedersen le acababa de decir, pero no fue capaz.

—Dentro del ataúd? Cómo puede haber ido a parar?

Va esclafir a reír, pero en Pedersen no reía . Por el contrario, respondió con voz cansada:

—Comprendo que pueda parecer un chiste, pero cómo suele pasar lo debemos de al llamado «factor humano». Un forense que en aquella época estaba atravesando por un divorcio, un proceso judicial por la custodia de los hijos y, para acabarlo de adobar, tenía problemas con el whisky. Después las cosas se arreglaron, pero quedó patente que el trabajo que hizo mi predecesor aquellos años tan movidos para él presentaba algunas... bien, deficiencias.

—Me estás diciendo que...

—Te estoy diciendo que el forense que practicó la autopsia al cadáver no llegó a extraer nunca la bala. Todavía era dentro del cráneo y cuando, con los años, los

tejidos blandos han ido desapareciendo, la bala ha caído.

—Te estás jodiendo de mí —dijo en Patrik.

—Créeme, desearía que fuera así —suspiró en Pedersen—. Y, por desgracia, ya no podemos exigir responsabilidades a nadie, el hombre murió de un ataque de corazón el año pasado. En proceso de su tercer divorcio.

—Pero ahora tenéis la bala, oi?

—No, aquí no. Inmediatamente la he enviado por valija a en Torbjörn. He pensado que tenías que recibir un análisis tan deprisa como fuera posible. Trúcale y mira si te puede enviar un informe preliminar esta misma tarde. Y te quiero pedir disculpas por la manera como actuó mi predecesor, que en paz descansa. Una cosa así, sencillamente, no puede pasar.

—Tienes razón, pero el más importante es que tenemos la bala —dijo en Patrik—. Ahora la podremos comparar con la pistola de en Leif y determinar si se trató de un suicidio o no.

En Basse se desplomó sobre el sofá, que encara no había conseguido hacer del todo limpio. Se había pasado dos días limpiando, pero la casa todavía era una auténtico desastre. Sintió que, de la angustia, se le hacía un nudo al estómago. Cuando sus padres le habían trucado, los había asegurado que todo iba bien, pero las rodillas le habían empezado a temblar así que había colgado el teléfono. Lo castigarían sin salir de casa un año entero. Como mínimo. Probablemente no volvería a respirar aire fresco en toda la vida.

Y todo era culpa de en Nils y la Vendela. No tendría que haber sido tan tonto de escucharlos, pero desde el hogar de niños hacía todo el que le decían aquellos dos. Y era justamente por eso que dejaban que formara parte del grupo. Si no, quizás lo habrían martirizado a él en vez de en Sam.

No lo habían ayudado nada a asear la casa. Cuando los había suplicado que le dieran un golpe de mano, en Nils se había limitado a esclafir a reír y la Vendela ni siquiera había contestado. Y el peor no era cómo había quedado la casa. El joyero de la madre había desaparecido. Y la caja de cigarros del padre era vacía. Alguien incluso se había llevado el enorme ángel de piedra que la madre había colocado al jardín porque se bañaran los pájaros.

En Basse se inclinó ninguno adelante, y repuso los brazos a los muslos. El nudo al estómago había ido creciente día a día y los padres volverían a casa pronto. Le había pasado por la cabeza huir. Pero, donde iría? A solas no se podría salir.

Vio ante suyo el cuerpo de la Jessie y se le escapó un gemido. Cada vez que cerraba los ojos se le aparecían aquellas imágenes. Por las noches, lo despertaban las pesadillas. Cada vez recordaba más detalles. Podía ver la tinta negra sobre la piel de la Jessie, notaba el contacto de sus cuerpos. Y sentía los propios esbufecs cuando la penetraba una y otra vez, y el bram cuando el cuerpo estallaba.

Recordaba la sensación de placer, del que está prohibido, de la indefensión absoluta de la Jessie. El poder que suponía hacer con ella todo el que le placiera. A pesar de que ahora los sentimientos eran tan opuestos que le provocaban náuseas.

Sabía que todo el mundo había recibido aquellas imágenes, había perdido la cuenta de la cantidad de mensajes que le habían llegado. En Nils y la Vendela

estaban eufóricos, su plan de humillar la Jessie de una vez por todas había funcionado.

Por el que parecía, nadie había visto ni sabido nada de la chica. El silencio era absoluto. Tampoco de en Sam. Pero a nadie más se le hacía extraño. Cerrado en una casa que parecía un campo de batalla, en Basse era el único con un nudo cada vez más gordo al estómago. Algo le decía que aquello no se acabaría allá. El silencio era demasiado absoluto. Como la calma antes de la tormenta.

El Erica dio marcha atrás y salió del aparcamiento mientras pensaba en la suerte que había tenido últimamente. Los ratos que sus hijos habían jugado sólo, había podido trabajar a conciencia en el libro y ahora tenía la impresión que muchas piezas del rompecabezas empezaban a encajar.

No se había atrevido a soñar que la Sanna accedería a hablar con ella. Perdido por perdido, había decidido trucidarle cuando Kristina se había llevado los niños en el parque de atracciones de Strömstad. Después de dudar un buen rato, la Sanna finalmente había accedido y había pedido a la Erica que fuera al *garden*. Y ahora era allá, dirigiéndose hacia una de las personas que habían conocido mejor la Stella.

Y algo le decía que pronto averiguaría quién se escondía detrás de las iniciales «SS».

Cuando aparcó el coche en la amplia explanada de tierra, la Erica miró alrededor. Después, se encaminó hacia un enrejado cubierto de rosas que hacía la impresión que servía de puerta de acceso al *garden*. Se encontraba a sólo diez minutos de Fjällbacka, pero el Erica no había tenido nunca motivo para ir hasta allá. La jardinería no le interesaba lo más mínimo y, después de unos cuantos intentos valientes para mantener con vida una orquídea que le había regalado Kristina, había perdido toda esperanza de poder tener un jardín con cara y ojos. El suyo se asemejaba más en un parque infantil que a un jardín, y el Erica creía que tampoco debía de haber ninguna planta o arbusto capaz de sobrevivir a los estragos de los gemelos.

La Sanna se le acercó sin prisas sacándose un par de guantes sucios de tierra. A lo largo de los años se habían cruzado más de una vez por la calle, saludándose tal como se hace en los pueblos donde todo el mundo se conoce de vista, pero era la primera vez que quedaban las dos suelas.

—Hola —dijo la Sanna, y alargó la mano—. Vamos a sentar a la glorieta. La Cornelia se puede encargar de la tienda.

Y empezó a andar hacia una mesa y unas sillas de color blanco rodeadas de rosales que había algo más allá. A los muebles colgaban unas etiquetas con el precio y el Erica se quedó perpleja cuando dio un vistazo. Precios para turistas.

—Bien, ya era hora que nos encontráramos —dijo la Sanna, y observó la Erica cómo si intentara adivinar qué estaba pensante.

Ligeramente incómoda, la Erica se va recargolar a la silla, pero estaba avezada que la gente la mirara con un cierto recelo. Los familiares de las víctimas con que hablaba a menudo habían tenido que *heure-se-las* con personas morbosas que se los habían acercado como hienas para recrearse en su tragedia. Y la Sanna tenía todos los motivos del mundo para pensar que el Erica pertenecía en aquella clase.

—Ya sabes que estoy escribiendo un libro del caso Stella —dijo el Erica, y la Sanna asintió con la cabeza.

Sin saber por qué, aquella mujer le despertó ternura. Irradiaba una cierta autenticidad, una proximidad con la tierra. Llevaba los cabellos rubios recogidos en un monyo, no traía maquillaje y el Erica intuyó que era del tipo de personas que incluso en ocasiones especiales usaba poco maquillaje. Iba vestida con ropa cómoda para trabajar: botas altas, texanos y una camisa texana holgada. Nada fútil, nada innecesario.

—Qué piensas? —preguntó el Erica, cogiendo el buey por los cuernos.

A menudo era la pregunta clave y, a la vez, la más complicada de toda entrevista. Qué pensaban que se escribiera un libro sobre el tema...

—No tengo nada en contra —respondió la Sanna—, pero tampoco es una cosa que desee. Soy... neutral. Para mí no tiene ninguna importancia. La Stella no es el libro. Y hace mucho tiempo que tengo que vivir con el que pasó. Tanto es que escribas sobre todo aquello.

—Intentaré hacerle justicia —dijo la Erica— y te agradecería toda la ayuda que me pudieras brindar. Quiero conseguir que el lector sea capaz de ver la Stella con toda la fuerza. Y tú eres la persona que me la puede describir mejor.

Sacó el móvil de la bolsa y lo levantó ante la Sanna.

—Te parece bien si grabo la conversación?

—Sí, y tanto —respondió la mujer.

Va arrufar el frente.

—Qué quieres saber?

—Háblame a tu manera —dijo la Erica—. De la Stella, de tu familia. Y, si te ves con corazón, de cómo viviste todo el que pasó.

—Hace treinta años, de todo aquello —respondió la Sanna, seca—. La vida ha continuado. He intentado no pensar muy a menudo. Es demasiado fácil que el pasado devore el presente. Pero lo intentaré.

La Sanna estuvo hablando dos horas enteras. Y, a medida que lo hacía, la Stella se iba convirtiendo en una persona de carne y huesos ante los ojos del Erica. Ya no era sólo la víctima que se desprendía de los informes policiales y de los artículos de diario, sino también una niña de cuatro años, real, llena de vida, a quien encantaba mirar el programa infantil *Cinco hormigas son más que cuatro elefantes*. Que no era nada tempranera y que al atardecer no quería ir nunca a dormir. Que le gustaban la papilla con azúcar, canela y hacer un volcán y poner una buena cucharada de mantequilla al centro. Que quería traer los cabellos recogidos en dos cuetes, si es que los tenía que traer recogidos. Que le encantaba esmunyir-se dentro de la cama de su hermana grande y que había bautizado con un nombre diferente todas y cada una de las pecas que tenía. La preferida se decía Hubert, en medio de la nariz.

—A veces era un poco pesada, pero, a la vez, la persona más divertida con quién podías estar. A menudo me hacía poner nerviosa, porque lo charlaba todo. El que más le gustaba del mundo era escuchar a escondidas las conversas de los otros y, después, correr a explicarlo al primero que pasaba. Y a veces tenía ganas de estrangularla.

La Sanna enmudeció de repente, pareció que se arrepentía de las palabras que había elegido. Respiró profundamente y continuó:

—Cada dos por tres, los padres me mandaban que lo fuera a buscar al bosque —continuó—, pero no me atrevía nunca a endinsar-me mucho. Me hacía mucho miedo. La Stella, en cambio, no tenía nada. Le encantaba el bosque. Se iba así que podía, así que le sacaban el ojo de sobre. Estoy segura que fue por eso que nos costó tanto entender que había pasado una desgracia. Había marchado muchísimas veces, pero siempre volvía. Y no era gracias a mí, yo no la buscaba nunca en conciencia, sólo me alejaba bastante de la granja porque la madre y el padre se pensarán que lo estaba buscando. Pero me limitaba a sentarme debajo de un roble inmenso que había detrás la casa, a una cincuentena de metros dentro del bosque, y esperaba. Tarde o temprano aparecía. Siempre volvía a aparecer. Excepto aquella vez.

De repente, la Sanna va esclafir a reír.

—La Stella no tenía muchos amigos, pero tenía uno de imaginario. Es extraño, pero últimamente me ha aparecido en sueños. He soñado con él diversas veces.

—Con él? —dijo el Erica.

—Sí, la Stella lo denominaba «el tío Verde», así que supongo que se trataba de un tronco cubierto de musgo o algún arbusto que había cobrado vida dentro de su mundo de fantasía. En este sentido, la Stella tenía una imaginación increíble. Era capaz de crearse mundos enteros dentro de la cabeza. A veces me pregunto si en su mundo no había tantas personas imaginarias cómo reales...

—Mi hija grande es igual —dijo la Erica, sonriente—. La más habitual es la Molly, una amiga imaginaria que, al parecer, opina que también le tengo que dar galletas cuando doy a ella.

—Vaya, un plan genial para comer el doble —sonrió la Sanna, y se relajó—. Bien, yo en casa tengo una adolescente. Empiezo a pensar si realmente algún día se convertirá en una persona adulta.

—Cuántos hijos tienes? —preguntó el Erica.

—Sólo una chica —respondió la Sanna, con un suspiro—. Pero a veces tengo la impresión que es cómo si fueran una veintena...

—Sí, yo también me estoy preparando para cuando llegue el día. Ahora mismo me cuesta tanto de imaginar que en un futuro quizás me la encuentre plantada delante, llamando como una loca «vieja de mierda». Pero vale más ir cogiéndose los días uno por uno.

—Aix, créeme, ahora mismo me tengo que sentir decir cosas muy peores —gimió la Sanna—. Especialmente si, al parecer, hacerla venir aquí a darme un golpe de mano significa que le estoy arruinando la vida. El fin de semana pasado tuvimos una de aquellas pequeñas crisis que tienen que tener algún tipo de consecuencia, y obligarla a un día de trabajo honrado es, aparentemente, esclavitud infantil.

—De repente me siento muy afortunada de saber que el problema más grande que tengo es que la Maja tiene una amiga imaginaria a quien le encantan las golosinas.

—Mmm... —hizo la Sanna, y de repente la cara se le oscureció. Dudó un instante.— Y tú que piensas? Fue una casualidad, que también haya muerto aquella criatureta que vivía a nuestra granja?

El Erica no sabía muy bien qué responder. La cabeza le decía una cosa. El estómago, otra. Y si sabía conducir bien la respuesta, averiguaría si tenía razón

cuando sospechaba a quien hacían referencia las iniciales «SS».

—Me parece que los dos asesinatos están relacionados —dijo, finalmente—. Simplemente, no sé cómo. No creo que sea tan sencillo como señalar Helen y Marie. No tengo intención de abrir heridas, sé que sentisteis que el caso quedaba cerrado cuando las declararon culpables, pero todavía quedan un montón de interrogantes. Y en Leif Hermansson, el policía responsable de la investigación, poco antes de morir dijo a su hija que había empezado a dudar. Pero no sabemos por qué.

La Sanna bajó los ojos. Parecía que, dentro de su cabeza, algo no paraba de darle vueltas. Después, lo levantó y miró el Erica de hito en hito.

—Sabes?, hace mucho tiempo que no pienso, pero el que me estás explicando me ha hecho recordar una cosa. En Leif se puso en contacto conmigo. Quedamos un día para tomar un café, poco antes de que muriera.

El Erica asintió con la cabeza. Las piezas encajaban. A comisaría sólo habían pensado en la Sanna como Sanna Lundgren, pero para en Leif todavía debía de ser la Sanna Strand.

—De que quería hablar? —preguntó el Erica.

La Sanna parecía descolocada.

—Es justamente esto el que me extrañó. Me empezó a hacer preguntas sobre el tío Verde. Yo ya le había hablado del amigo imaginario de la Stella cuando asesinaron mi hermana. Y un puñado de años más tarde, de repente, un policía me quería hacer preguntas sobre el tío Verde.

El Erica no dejó de mirarla. Por qué razón en Leif Hermansson había preguntado por el amigo invisible de la Stella?

—Hola, que hay alguien? —llamó Paula, cuando lentamente abrió la puerta de la casa.

Habían trucado un montón a veces sin que pareciera que los sintiera nadie. Le había gustado ver que en Martin se finxava en el cartel de «En venta» cuando se acercaron con el coche patrulla.

—Sí, hola? Pasáis, pasáis —los llegó una voz áspera desde el interior, y los dos policías se rozaron los zapatos a conciencia antes de entrar.

La Dagmar era a la cocina, sentada al lugar de siempre, junto a la ventana. Tenía unos crucigramas delante y sonrió a los agentes.

—Bienvenidos, otro golpe! —los saludó—. Qué gracia!

—Sí! Que se vende la casa? —preguntó Paula—. He visto el cartel afuera.

—Esto mismo, creo que es el mejor. A veces, a esta vieja terca le cuesta entender las cosas, pero mi hija tiene razón. Está demasiado lejos del pueblo y ya no tengo veinte años. Pero me puedo considerar afortunada de tener una hija que quiere que vaya a vivir con ella. Al parecer, la mayoría, así que pueden, cierran los viejos en una residencia.

—Es así. Justamente el otro día decía a mi compañero que los suecos no son mucho bonos a la hora de cuidar sus abuelos. Y como va la cosa?

—Todavía no ha aparecido nadie que esté interesado —dijo la Dagmar, y con un gesto los invitó a sentar—. A la mayoría ya no los interesa vivir así. Al campo, como antes. No, señor. Todo tiene que ser nuevo de trinca, sin ninguna esquina escuadrada o el tierra ligeramente irregular. Pero a mí me hace pena. Me encanta

esta casa y tenéis que saber que en estas paredes hay mucho de amor.

—A mí me parece fantástica —dijo en Martin.

Paula se tuvo que morder la lengua. Ciertas cosas pedían tiempos.

—Bien, basta de las tonterías de una velleta tocada de la seta. Supongo que no sois aquí para hablar de la casa, sino de mi bloque de notas. Todavía no entiendo como me pude olvidar cuando vinisteis la primera vez.

—Pasa a menudo, no se quite el sueño —dijo en Martin—. Estamos convencidos que, como todo el resto, estaba impactada por la noticia de la muerte de la Nea. En circunstancias como esta, no es nada fácil pensar de una manera racional.

Paula asintió con la cabeza.

—El importante es que lo ha recordado y nos ha trucado. Explíquenos, qué es esto de un bloque de notas?

—Sí, recuerdo que queríais saber si algo me había llamado la atención la mañana que desapareció la Nea. Todavía no he caído en nada, pero esta mañana he pensado que quizás vosotros sois más habilidosas que yo a la hora de encontrar patrones. Y entonces se me ha acudido que quizás queríais dar un vistazo a las notas que voy tomando por pura diversión. Me ayudan a concentrarme en los crucigramas. Si sólo hago una cosa a la vez, me cuesta mucho concentrarme. tengo que tener otra que me distraiga. Así que en esta libreta voy escribiendo todo el que pasa al otro lado de la ventana.

Los alargó el bloque de notas y Paula hojeó deprisa las páginas hasta la mañana que desapareció la Nea. No había muchas anotaciones. Nada que le llamara especialmente la atención. Habían pasado tres coches y dos personas en bicicleta. Estas últimas estaban descritas cómo: «dos turistas alemanes grasos de excursión», así que los descartó. Todavía quedaban los coches. La Dagmar sólo había anotado el color y la marca, pero era mejor que nada.

—Me la puedo llevar? —preguntó. La velleta asintió con la cabeza.

—Y tanto, espero que os haga algún provecho.

—Perdone, de cuando es esta casa? —preguntó en Martin.

—Del 1902. La construyó mi padre. Yo nací en un sofá de cocina que había en aquella pared de allá.

La Dagmar señaló hacia una de las paredes largas de la cocina.

—Se ha hecho alguna inspección? —preguntó en Martin, y la Dagmar lo escrutó con la mirada.

—Caram, qué curiosidad que tienes.

—Bah, sólo me lo preguntaba —hizo en Martin.

Evitó mirar su compañera.

— hemos hecho una inspección y el que hay que arreglar con urgencia es el tejado. Después encontraron un poco de humedad al sótano, pero el inspector dijo que no había que correr. Los de la agencia tienen todos los papeles. Y si por casualidad viniera alguna persona interesada en la casa, también tendría toda libertad para verla.

—Mmm... —hizo en Martin, y bajó los ojos.

La Dagmar lo observó con atención. El solo iluminaba la cara de la velleta y dejaba a cuerpo descubierto todas y cada una de las arrugas dulces que le surcaban el rostro. Puso la mano sobre el brazo de en Martin y esperó que el

policía levantara la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Es un lugar muy bonito para volver a empezar —dijo—. Y necesita volver a hervir de vida. Y amor.

En Martin se giró rápidamente. Pero Paula había tenido tiempo de ver que los ojos se le negaban de lágrimas.

—Es alguien que quiere hablar de aquella llamada. La anónima. De la voz distorsionada. Quieres que truque a Paula? En Martin y ella se encargan de esta investigación.

El Annika había sacado el hacia el despacho de en Mellberg y lo había despertado de la capcinadeta que estaba haciendo.

—Cómo? Qué? Ah, sí, la llamada —farfulló, y se puso derecho—. No, pásamela.

En décimas de segundo, en Mellberg estaba completamente despierto. No había nada que deseara más en el mundo que poder grapar por el cuello aquel malparit que había iniciado todo aquello. Sin la persona que había pretendido implicar en Karim, nunca se habría producido el incendio. estaba convencido.

—Mellberg —dijo el comisario, cuando sonó el teléfono.

Lo descolocó sentir a la oreja la voz de una mujer. Teniendo en cuenta que se trataba de una cuestión técnica, había supuesto que sería un hombre.

—Bien, hola. Truco en relación con el archivo de audio que nos enviasteis porque diéramos un vistazo.

La voz era suave y femenina y en Mellberg dudó que aquella chica hubiera dejado atrás la adolescencia.

—Sí, supongo que no se ha podido hacer nada.

Suspiró. Realmente debían de ir muy cortos de personal si dejaban que una noieta se encargara de una tarea tan importante y complicada. Se vería obligado a trucar a la cabeza de aquella joven para pedirle que asignara el trabajo a alguien más competente. Preferiblemente un hombre.

—Al contrario, he conseguir revertir la distorsión. Ha sido un poco complicado, pero he podido ajustar... Bien, no te aburriré con tecnicismos, pero me parece que he llegado tan cerca de la voz original cómo es posible, teniendo en cuenta los medianos técnicos de que disponemos.

—Vaya... De acuerdo...

En Mellberg no sabía muy bien qué decir. Mentalmente ya había mantenido una larga conversación con el superior de aquella chica.

—Bien, pues sintámosla —hizo, a continuación—. Descubrimos quién se esconde detrás del velo del anonimato!

—Si quieres, puedo reproducir la llamada ahora mismo por teléfono y, después, te lo envío por correo electrónico.

—Sí, me parece muy bien.

—De acuerdo, pues pongo en marcha la grabación.

En Mellberg sintió una voz al auricular. Pronunciaba las mismas palabras que había sentido la primera vez, pero ahora aquella voz anónima ya no era oscura ni grumollosa, sino clara y nítida. En Mellberg va arrufar el frente mientras probaba de detectar algún disparo característico. No la reconoció. Pero, por otro lado, aquello habría sido esperar demasiado.

—Envíamelo a esta dirección —dijo, cuando acabó de reproducirse la conversación.

Le recitó la dirección electrónica y apenas un minuto más tarde el ordenador sonaba y ya tenía el archivo de audio al buzón de entrada. Lo reprodujo unas cuantas veces más. Una idea empezó a tomar forma dentro de la cabeza del comisario. Por un instante sopesó si lo tenía que comentar primero con en Patrik, pero con en Gösta habían marchado a comprar algo para comer y era una lástima molestarlos. Y la idea que se le había acudido era genial, así que, qué podía tener en contra, en Patrik? Además, los había convocado a todos a una reunión a las dos, así que los informaría entonces. Ya se imaginaba el montón de elogios que recibiría por aquella gran muestra de iniciativa propia. Eran cosas como aquella las que diferenciaban un buen policía de uno de excelente. La capacidad de pensar fuera de los esquemas mentales establecidos. Encontrar nuevos enfoques en los problemas. Probar caminos alternativos y usar las técnicas más modernas. Con una sonrisa de satisfacción, en Mellberg marcó un número que había guardado al móvil. Ahora las cosas empezarán a correr de verdad.

—Caram, cada vez lo haces mejor —dijo en Sam, y le corrigió ligeramente la posición del cuerpo—, pero todavía pulsas el gatillo demasiado fuerte y deprisa, cuando quieres disparar. Lo tienes que mimar.

La Jessie asintió con la cabeza. Estaba completamente concentrada en la diana que colgaba al árbol. Presionó suavemente el gatillo y la bala se incrustó casi en medio del objetivo.

—Eres increíble! —hizo en Sam.

Y lo decía de todo corazón. La Jessie lo traía adentro. Tenía un talento innato para acertar el blanco. Pero no habría basta aprendiendo a disparar a una diana inmóvil.

—También tienes que practicar con objetivos que se menean —dijo, y la Jessie asintió con la cabeza.

—Sí, ya lo entiendo. Cómo lo hacemos? Cómo lo haces, tú?

—Animales —respondió en Sam, y se encogió de hombros—. El padre me obligaba a disparar a ardillas, ratones, pájaros... Bien, a cualquier bicho que apareciera.

—De acuerdo, pues lo haremos así.

El acero que refulgia al fondo de los ojos de la Jessie hizo que en Sam sintiera el impulso de abrazarla y estrecharla contra sede. Toda la ternura que le había visto en el interior había desaparecido. En Sam sabía que no comía. Sólo con los días que habían pasado desde el fin de semana, la cara de la Jessie había perdido aquella rodonesa tan característica. No hacía nada. A él le encantaban todas las variantes de aquella chica. Le había encantado su candidez, pero la manera nueva como se miraba el mundo encajaba mejor con la suya.

En Sam tenía el mismo interior endurecido y justamente aquello sería su fuerza. Hacía tiempo que en Sam ya había atravesado el límite. El camino de vuelta estaba cortado y nunca podría retroceder. Todo tenía un punto de no-regreso. También las personas. En Sam había atravesado el suyo, y ahora la Jessie lo había seguido. La chica se encontraba en la misma tierra de nadie que él.

Era agradable no tener que estar solo.

Sabía que se lo tenía que explicar todo. Que tenía que extender todos sus secretos oscuros a los pies de la Jessie. Era el único del cual todavía tenía miedo. No creía que lo juzgara, pero no lo sabía del cierto. Una parte para sus adentros continuaba queriéndolo olvidar todo, mientras que otra sabía que necesitaba recordarlo porque lo podía ayudar a tomar la dirección correcta que había que seguir de ahora en adelante. Quedarse quieto no era una opción. Pararse no era una opción. Ya no era una opción continuar siendo una víctima. Se descargó la mochila de la espalda y sacó la libreta. Finalmente había llegado la hora de explicar sus secretos más profundos a la Jessie. Estaba preparada. —Te quiero enseñar una cosa —dijo—. Una cosa que tengo que hacer.

Provincia de Bohuslän, 1672

Uno N DETRÁS EL OTRO, una larga hilera de testigos fueron subiendo al estrado. El oficial de aduanas explicó como la Elin le había lanzado un montón de maldiciones y como su caballo había salido del camino como empujado por el viento. Vecinos de Fjällbacka y habitantes de Tanumshede atestiguaron como había usado poderes mágicos del Maligno para curarlos y aliviarlos los males. Después, llegó el turno de la Britta. Toda ella pálida y preciosa cuando atravesó la sala deslizante y se sentó delante de la Elin. Parecía afligida, pero el Elin sabía como disfrutaba de su obra. Después de tantos años, finalmente había arrastrado el Elin hasta donde había querido. La Britta bajó la cabeza y las pestañas largas y negras parecían abanicos contra sus mejillas. Bajo la falda, se podía intuir ligeramente la rodonesa del vientre, pero todavía no se le notaba nada a la cara, que continuaba delgada y perfilada. —Nos podríais hablar un poco de vos, Britta? —dijo en Hierne, sonriendo a la mujer del pastor. El Elin se dio cuenta que el prefecte continuaba tan encisat con la Britta como aquel anochecer en la casa parroquial. Aquello no lo ayudaría nada, bastante que lo sabía, pero al fin y al cabo no tenía ninguna posibilidad de salvación. El que la Britta estuviera a punto de explicar era, de hecho, irrelevante. Pero para nada del mundo su hermana no dejaría escapar una oportunidad como aquella. El Elin lo sabía bastante bien. —Soy la hermana de la Elin. Hermanastra —añadió—. Tenemos el mismo padre, pero no la misma madre. —Y el Elin vino a vivir en casa vuestra después de la muerte de su marido, oi? Vuestro marido, el pastor Preben Willumsen, y vos las acogisteis misericordiosamente, a ella y a su hija Märta, oi? La Britta sonrió, con timidez. —Sí, mi esposo y yo estábamos de acuerdo que teníamos que ayudar el Elin y la dulce y pequeña Märta cuando en Por se ahogó. Somos una familia, y es el que hacen las familias. Los ojos de en Hierne refulgieron mientras contemplaban la Britta. —A fe mía de Dios, una oferta generosa y llena de amor. Y no sanobíeu... —No, no sabíamos... La Britta movió la cabeza ostensiblemente y sollozó. En Hierne se sacó un pañuelo del bolsillo del chaleco y se lo alargó. —Cuando empezasteis a sospechar? —preguntó. La Britta volvió a sollozar. Después va dreçar la espalda y levantó el mentón. —Me empezó a dar decocciones cada mañana. Para ayudarme a quedarme embarazada. Y yo le agradecía toda la ayuda que me brindaba, sabía que había asistido otras mujeres del pueblo. Cada mañana me bebía aquel beuratge infecto. El Elin murmuraba algo mientras me lo daba. Pero iban corriendo los meses y no pasaba nada. En muchas ocasiones pregunté a la Elin si aquellas pociones

realmente hacían efecto, y ella insistía que todo iría bien y que era mejor que me las continuara tomando.

—Pero al final empezasteis a husmearos algo, oi?

En Hierne se inclinó hacia la Britta, que asintió con la cabeza.

—Sí, al final empecé a sospechar que detrás el Elin no había Nuestro Señor, sino poderes más oscuros. A la granja... a la granja nos desapareció un animal. Una gata. La Viola. La encontré colgada por la cola detrás de casa nuestra, afuera mi habitación. Y entonces lo supe. A escondidas, empecé a abocar el beuratge que me daba el Elin sin que ella lo viera. Y así que dejé de tomármelo, me quedé embarazada.

La Britta se mimó la barriga.

—Entonces comprendí que el Elin no había pretendido en ningún momento ayudarme a tener un hijo. Ben al contrario. Quería que nunca me quedara en estado.

—Y por qué creéis que no lo deseaba, Britta?

—El Elin siempre ha sentido envidia de mí. Su madre murió cuando era pequeña y la mía era la preferida de su padre. Y, bien, yo era la nineta de los ojos del padre. No podía hacer nada, yo, pero el Elin me lo hacía pagar. Siempre quería el que yo quería y, esclar, la situación todavía empeoró más cuando me casé con un pastor y ella se tuvo que conformar con un pescador miserable. Así que supongo que el Elin no quería que pudiera disfrutar de ser madre. También creo que intentó arrebatarme el marido.

Miró alrededor.

—Ya os podéis imaginar el triunfo que habría representado para el diablo, si su mujer conseguía acostarse con un hombre de Iglesia. Por suerte, en Preben es un hombre de conviccions firmes y las artimañas y las artes de seducción de mi hermana no hicieron ningún efecto sobre él.

Sonriente, miró en Preben, que la miró fugazmente a los ojos antes de bajarlos en tierra. El Elin contempló el pastor un buen rato. Cómo podía quedarse allá, quieto? Escuchando todo aquel montón de mentiras? Por el que había entendido, no atestiguaría. Al pastor le ahorrarían aquel trance. Y estaba convencida que era una suerte, porque la Elin no sabía cómo habría reaccionado si lo hubiera visto sentado al estrado, mintiendo con su propia boca en vez de dejar que la Britta lo hiciera por él.

—Háblanos de la marca del diablo —dijo en Hierne.

El público escuchaba, conteniendo la respiración. habían sentido a hablar. Que el diablo dejaba una marca al cuerpo de sus esposas. Un sello. tenía uno, el Elin Jonsdotter? Y, si era así, dónde? Esperaban tensos la respuesta de la Britta.

La mujer del pastor asintió con la cabeza.

—Sí, tiene una justo debajo de un pecho. Una de color de fuego. Tiene la forma de Dinamarca.

El Elin jadeó. Apenas era perceptible aquella marca, cuando las dos hermanas eran pequeñas. Y la Britta no podía saber que tenía la forma de Dinamarca. Sólo había una persona que podía hacer un comparación como aquella.

En Preben.

Había brindado a la Britta aquella prueba contra la Elin. Intentó conseguir que en Preben la mirara a los ojos, pero el cobarde no se movió ni un milímetro, todavía

con los ojos clavados en tierra. Quería ponerse derecha y explicarlo todo, pero sabía que no serviría de nada. Nadie se creería ni una palabra del que diría. A sus ojos, el Elin era una bruja.

El único que podía hacer era no empeorar las cosas para la Märta. La niña no tenía nadie más que la Britta y en Preben. No tenían más parientes. Rogaba porque la Britta y en Preben permitieran que su hija viviera con ellos. Así que calló. Por la Märta.

Mientras la Britta hablaba de la marca del diablo al cuerpo del Elin y un millar más de mentiras que, una detrás la otra, sellaban su destino, el Elin deseaba que llegara el final de aquel juicio. A ella lo esperaba la muerte, ya no tenía ninguna duda. Pero todavía conservaba la esperanza de una buena vida para su hija. La Märta lo era todo. El resto no importaba.

—S

EMBLA QUE TODO EMPIEZA A MOVERSE —dijo en Patrik, y sintió al estómago aquel cosquilleo tan conocido cuando los nudos de una investigación se empezaban a aflojar.

Era parte de la tensión inherente a aquel trabajo. Un instante la desesperación podía ser total y, el siguiente, se producía el conocido efecto quètxup y las piezas del rompecabezas empezaban a encajar una detrás la otra.

—Ha trucado en Pedersen. No os lo creeréis, pero han encontrado la bala desaparecida dentro del ataúd. Un error en la primera autopsia hizo que quedara allá dentro.

—O sea que es por eso que nadie la encontraba —dijo en Gösta.

—No tiene ningún sentido que nos lamentamos, el que está hecho está hecho —dijo en Patrik—. Sea como fuere, tenemos la bala. Y también he recibido un informe preliminar de en Torbjörn. Bala encamisada, calibre .45. Puedo repasar qué significa, pero estoy seguro que lo sabéis mejor que yo. Sea como fuere, el más importante de la información que he recibido es que la bala se puede vincular a una Colt.

—Quieres decir que podemos confirmar que el suicidio de en Leif fue, en realidad, un asesinato? —preguntó en Martin.

En Patrik va rumiar unos segundos. Durante una investigación era capital no precipitarse nunca a extraer conclusiones, por muy verosímiles que parecieran. Pero al final dijo:

—En Leif era zurdo, pero el orificio de entrada se encontraba a la sien derecha y sostenía la pistola con la mano derecha, no con la izquierda. La arma en cuestión era la suya, una Walther PPK, de calibre .32. Así, pues, la bala del calibre .45 que se ha encontrado al ataúd no se pudo disparar con esta pistola. Por lo tanto, sin temor a equivocarme, me atrevo a decir que se trata de un asesinato, no de un suicidio. Y también tenemos un sospechoso. En Leif apuntó las letras «JJ» a la agenda y sabemos que en James Jensen tiene una Colt M1911, que encaja con la bala del calibre .45 que apareció junto al cuerpo... O, vaya, con el que quedaba.

—Sí, cuando fuimos a hablar con él, nos mostró todo orgulloso su arma preferida —dijo Paula, adusta.

—Y pues, qué posibilidad tenemos de relacionarlo con la bala? Y con el asesinato de en Leif? —preguntó en Gösta—. Todo esto son hipótesis. Estoy seguro que en Suecia hay miles de personas que tienen una Colt, con papeles o sin papeles. Y esto que «JJ» significa James Jensen sólo es una conjetura, nada que se pueda demostrar.

—Tenemos que relacionar la bala con la arma —dijo en Patrik, después de rumiar unos segundos—. Dudo mucho que la fiscal nos autorice a hacer un cacheo de casa de en James basándonos sólo en el que tenemos, así que, ahora mismo, la pregunta clave es justamente como podemos vincular la bala con la arma.

Paula levantó la mano. En Patrik asintió con la cabeza.

—En James hace prácticas de tiro al bosque. Cuando ayer fuimos a hablar, era allá, disparando la Colt. Entre los árboles debe de haber un montón de balas de aquella arma que podríamos recoger sin que nos haga falta ningún tipo de autorización.

—Muy muy pensado! —exclamó en Patrik—. Pues adelante. En Gösta y tú podéis recoger unas cuantas balas y después analizaremos el estriado.

En Patrik bajó los ojos al móvil. Tenía diez llamadas perdidas. Qué pasaba, ahora? Podía reconocer algunos de los números de teléfono e intentó pensar qué podía haber desencadenado aquel alud de llamadas de la prensa sensacionalista. Al final, pidió un minuto para poder escuchar los mensajes que le habían dejado al buzón de voz. Cuando colgó, fulminó en Mellberg con la mirada.

—Al parecer, hemos pedido ayuda a la ciudadanía para identificar una voz. El archivo de audio se puede escuchar en el web de *loExpresan*. A alguien le suena? En Mellberg va dreçar la espalda.

—Sí, mientras vosotros erais fuera me han enviado el archivo de sonido de aquella llamada anónima. Os lo podéis imaginar? Una mujer ha conseguido resolver toda la parte técnica.

Entusiasmado, miró alrededor, pero no recibió la respuesta que se esperaba.

—Bien, yo no he sabido reconocer la voz —continuó—, así que he creído que necesitaba un poco de ayuda y la ciudadanía es un recurso de primera. He decidido coger el buey por los cuernos y trucar a un compañero de *loExpresan*. Y se han mostrado de lo más interesados a darnos un golpe de mano! Ahora sólo tenemos que esperar que los teléfonos empiecen a sonar!

Y se reclinó a la silla, satisfecho.

En Patrik contó hasta diez en silencio y despacio, y después decidió aplicar la solución más sencilla. Respirar fondo.

—Bertil... —empezó, pero no sabía como continuar.

había tantísimas cosas que habría querido decir, pero que no tendría que... Raso y corto, no sería nada productivo.

Lo volvió a intentar.

—Bertil, si es así te puedes encargar tú de atender el teléfono.

En Mellberg asintió con la cabeza y levantó el pulgar.

—Así que descubra de quien se trata, os lo haré saber —dijo, alegremente, y en Patrik se esforzó a sonreír.

Miró en Mellberg, sin decir nada, y el comisario lo observó sin saber muy bien que quería.

—Sí?

—No te parecería una buena idea que el resto también poguéssim sentir el audio?

—Ay, sí, cojones! —hizo en Bertil, y se estiró para coger el teléfono—. Me he enviado el archivo al móvil. Os he explicado que fue una mujer la que lo resolvió?

—Sí, ya lo has comentado —dijo en Patrik—. Lo podemos sentir?

—Y tanto, y tanto! Qué impaciencia! —exclamó en Mellberg, y pulsó un botón del teléfono.

Se rascó la cabeza.

—Cómo se hacía, para encontrar el archivo del demonio? Cojones de teléfonos modernos...

—Háznoslo saber, si necesitas que una mujer te dé un golpe de mano —dijo Paula, disfrutando del momento.

En Mellberg hizo ver que no la había sentido, mientras continuaba removiendo el móvil.

—Ya lo tengo! —hizo, con tono triunfal.

Todos los presentes escucharon la conversación con atención.

—Y pues? —preguntó en Mellberg—. Alguien reconoce la voz? O ha sentido algo interesante?

—No... —dijo en Martin—. Pero parece que se trata de alguien joven. Y, teniendo en cuenta el acento, diría que es alguien de la cercanía.

—Veis? Vosotros tampoco tenéis ni idea. Cojones, qué suerte que ya lo haya enviado a la prensa pidiendo ayuda a la ciudadanía! —dijo en Mellberg, pijo, y apartó el teléfono hacia un lado.

En Patrik lo ignoró.

—De acuerdo, continuamos. El Erica ha trucado ahora hace un rato y, al parecer, ha averiguado qué significan las letras «SS» de la agenda. Esta mañana ha entrevistado la Sanna Lundgren para su libro. La Sanna Lundgren, que antes se decía Sanna Strand... Todo apunta que las iniciales se refieren a ella, porque ha explicado a la Erica que había quedado con en Leif semanas antes de que muriera.

—Y que quería, en Leif? —preguntó, despertado la curiosidad.

—Bien...

En Patrik tardó a responder, ni él mismo acababa de encontrar el sentido al que el Erica le había explicado y no estaba seguro de cómo exponerlo en los compañeros.

—Bien, en Leif quería saber más cosas de un amigo imaginario que la Stella tenía cuando era pequeña...

En Martin va estosegar, el café se le había ido por el otro agujero. Se miró en Patrik con perplejidad.

—Un amigo imaginario? Por qué?

—Sí, no hace falta que me lo digas —respondió en Patrik, y extendió los brazos—. Quería que la Sanna le hablara del amigo invisible que la Stella denominaba «tío Verde».

—Lo dices de cachondeo! —hizo en Mellberg, y va esclafir a reír—. El tío Verde? Amigos invisibles? Todo esto parece una auténtica locura!

En Patrik lo ignoró.

—Según la Sanna, la Stella a menudo iba a jugar al bosque y cuando volvía hablaba de un amigo invisible que tenía —continuó—. Lo denominaba «el tío Verde» y la Sanna lo explicó a la policía justo después de que encontraran el cuerpo de su hermana, pero nadie se lo tomó seriamente. Muchos años más tarde, en Leif le trucó para hacerle preguntas sobre aquel amigo imaginario. La Sanna no recordaba exactamente qué día se vieron, pero le parece que podía coincidir con la fecha que en Leif había escrito «SS» a la agenda. Pocas semanas después se enteró que se había sacado la vida. Dice que, en realidad, no había pensado en aquella coincidencia hasta que la Erica le empezó a hacer preguntas

sobre la Stella.

—Y ahora nos tenemos que poner a perseguir un coi de personaje de cuento infantil? —se va mofar en Mellberg, riendo por debajo la nariz.

Pero nadie más no va badar boca. En Patrik miró el móvil con el rabillo del ojo. Doce llamadas perdidas más. Cómo si no hubieran tenido suficientes problemas.

—Me parece que detrás de esto puede haber algo —dijo—. Tengamos las mentes abiertas, en Leif podría haber descubierto alguna pista importante.

—Y que hacemos con en James? —dijo en Gösta, y los recordó que todavía no habían cerrado aquella cuestión.

—Por ahora, nada de nada —respondió en Patrik, con serenidad—. Primero, Paula y en Martin tienen que ir a recoger unas cuántas balas.

Comprendía la impaciencia. A él también le habría gustado hacer venir inmediatamente en James a la comisaría, pero sin pruebas no lo podrían tocar nunca.

—Tenemos que hablar de otro asunto importante —dijo Paula—. Recibí una llamada de la velleta que vive cerca de la familia Berg. La primera vez que fuimos a hablar con la anciana no recordaba haber visto nada fuera del normal la mañana que la Nea desapareció. Ahora, pero, ha pensado que quizás nos podría hacer servicio una libreta donde anota todo el que pasa al exterior de la ventana de su cocina. En Martin y yo hemos ido a buscar la libreta y, en primera vista, hace la impresión que tiene razón. No sé ver nada de relevante.

a Paula dudó un instante.

—Pero hay una cosa que no acaba de encajar, porque todavía no sé de que se trata.

—Continúa trabajando —dijo en Patrik—. Ya sabes como va esto, tarde o temprano se te acabará encendiendo la llumeta.

—De acuerdo —hizo Paula, a pesar de que parecía indecisa—. Espero que sea así.

—Móvil? —dijo en Patrik, con cautela. Cuando había captado la atención de todo el mundo, desarrolló la idea.— Bien, si partimos de la hipótesis que en James mató en Leif, por qué lo hizo?

Se hizo un silencio largo. En Patrik rumiava. Había dedicado mucho tiempo a encontrar una respuesta en aquella pregunta y no había llegado en ninguna parte. Al final, dijo:

—Intentamos primero relacionar en James con la bala. Después ya pensaremos.

—Podemos ir ahora mismo —añadió en Gösta, y miró Paula.

Su compañera bostezó, pero después asintió con la cabeza.

—Aseguraos de recoger el material correctamente —dijo en Patrik—. Bolsas de papel, todo muy etiquetado, muy documentado. No queremos que nadie pueda cuestionar el procedimiento que hemos seguido.

—Ya puedes contar—dijo en Gösta.

—Yo los puedo acompañar —dijo en Martin—. Al fin y al cabo, no puedo sacar mucho más zumo de mis contactos dentro de los grupos radicales. Nadie sabe nada del incendio. O esto dicen.

—De acuerdo —respondió en Patrik—. Ahora mismo es la mejor pista que tenemos. Cambiando de cuestión, creo que hay de haber algo en las preguntas que formuló en Leif. Del amigo invisible de la Stella. Gösta, recuerdas nada?

Algún detalle que toque de resquitiada la antigua investigación?

En Gösta va arrufar el frente. En un primer momento pareció que estaba a punto de hacer que no, pero después la mirada se le aclaró y levantó la cabeza.

—Marie. Ya hemos comentado que Marie afirmó que alguien los había seguido al bosque. El día que la Stella murió. Soy consciente que ahora estoy sacando unas conclusiones muy rebuscadas, pero creéis que podría estar relacionado? El amigo invisible de la Stella podría haber sido una persona de carne y huesos?

—Podría haber sido en James? —dijo Paula.

Todos se giraron hacia en Gösta. El viejo policía se encogió de hombros.

—Pensad. En James es militar. Cuando la Sanna habla del tío Verde, inmediatamente pienso en ropa verde. Roba militar. Podría haber sido en James, la persona que solía jugar con la Stella? Y podría haber sido en James, quien Marie dice que sintió al bosque?

—Sólo son conjeturas... —dijo en Patrik despacio.

Parecía una locura, pero no era del todo imposible.

En Patrik miró de reojo el teléfono y ahora tenía una veintena de llamadas más.

—Mientras los otros se van a recoger pruebas, tú y yo charlaremos un rato, Bertil —suspiró.

Cada vez estaba más nerviosa. Todavía había demasiados cabos sueltos, demasiadas cosas que podían salir mal. Y no le había pasado por alto que el Erica tenía la mosca detrás la oreja. Veía como lo escrutaba con la mirada, pero su hermana todavía no había badat boca.

A la cocina, en Dan silbaba mientras estaba preparando la comida. A medida que la barriga de Anna iba creciendo, su hombre se tenía que encargar más y más de las tareas de casa. Pero sabía que lo hacía de buen grado. Habían sido demasiado cerca de perderlo todo, pero ahora habían conseguido reconquistar el día a día, la familia y la uno al otro. La cicatriz al corazón no desaparecía, en ninguno de los dos, pero habían aprendido a convivir. Y Anna había aceptado las externas. Los cabellos le habían vuelto a crecer y las cicatrices cada vez eran más tenues. Nunca desaparecerían del todo, aunque, siempre que quisiera, se las podía cubrir con maquillaje. Pero no siempre lo quería hacer. Las cicatrices eran una parte de ella misma.

En una ocasión, en Dan le había preguntado cómo se lo había hecho para no volverse una mujer amargada. La vida se había traído de una manera muy diferente con la Erica que con ella. A veces tenía la sensación que atraía las catástrofes, mientras que la Erica vivía en una armonía aparente. Pero Anna sabía que las cosas no eran tan simples. Habría sido demasiado fácil caer en aquella trampa, sentir lástima de sí misma y envidia de la Erica. Pero, a la vez, habría comportado no querer asumir su parte de responsabilidad por los caminos tan diferentes que habían tomado sus vidas. Ella y sólo ella había escogido en Lucas, el padre de sus criaturas. Nadie más que ella. Ella y sólo ella había ignorado los avisos de su hermana. Nadie más que ella. Las dos habían sufrido el accidente que le había marcado el cuerpo; sólo había sido el azar que ella hubiera perdido la criatura que llevaba al vientre. Y el único que había estado a punto de destruir el amor que sentían en Dan y Anna sólo era culpa suya. Y había dedicado muchas horas a pair aquel sentimiento. No, no había sentido

nunca amargura o envidia. El Erica se había cuidado de ella y la había protegido desde pequeña, y estaba segura que en muchas ocasiones había sido una carga muy pesada. Anna había podido disfrutar de una niñez a expensas de la Erica, y siempre le estaría agradecida por aquel sacrificio.

Pero ahora había roto una prometedida que había hecho a su hermana. La prometedida que nunca más no le escondería nada. Sintió el tintineo de platos mientras en Dan paraba la mesa, había empezado a cantar las canciones que sonaban a la radio. Anna envidiaba la capacidad de aquel hombre de vivirlo todo sin preocupaciones ni dolores de cabeza. Ella no podía dejar de dar vueltas y se preguntaba si realmente era la decisión acertada. Tenía miedo de causar dolor y ya se sentía bastante incómoda teniendo que mentir. Pero ahora ya era demasiado tarde. Con penas y trabajos se levantó del sofá. Cuando entró a la cocina y vio en Dan sonriente, se relajó un rato. A pesar de todo el que había pasado a lo largo de la vida, Anna se consideraba una afortunada. Y cuando sus hijos entraron a la cocina llegando desde varios lugares de la casa y de jugar afuera, se sintió la mujer más rica del mundo.

—Cruces que en James asesinó la Stella? —dijo Paula, y miró el perfil de en Gösta—. Y que mató en Leif porque estaba a punto de descubrirlo?

En Gösta le había pedido de traer el coche y, a regañadientes, Paula había accedido, a pesar de saber que su compañero conduciría a la velocidad de un tornillo todo el trayecto hasta Fjällbacka.

—No sé qué pensar —dijo en Gösta—. Por el que recuerdo, durante la investigación del caso no aparecía entre los autores posibles. También puede ser porque en Leif enseguida se centró en las dos chicas y, poco después, confesaron. No hubo ningún motivo para considerar otras opciones. Y aquello que Marie dijo, que había visto alguien al bosque... Bien, no lo explicó hasta que quiso retirar la confesión, así que creímos que todo ello había sido un intento infantil y matusser de hacernos ir de corcoll.

—Sabías quién era en James, entonces? —preguntó Paula, y se dio cuenta que con el pie derecho estaba presionando a fondo un pedal del acelerador imaginario.

Dios del cielo, aquel hombre conducía con una lentitud y una prudencia exasperants. Prefería, incluso, la conducción temeraria de en Patrik.

—Sí, esclar. A Fjällbacka nos conocemos prácticamente todos. Y en James siempre ha sido un hombre muy peculiar. Su gran sueño siempre había sido ser soldado. Si no recuerdo mal, a la mili eligió hacer una de aquellas especialidades difíciles: submarinista o paracaidista, y después continuó la carrera al ejército.

—Pues a mí me parece de lo más extraño, que se casara con la hija de su mejor amigo —dijo en Martin, desde el asiento trasero—. Y más encara teniendo en cuenta la diferencia de edad.

—Sí, nos sorprendió a todos —va añadir en Gösta.

Redujo la velocidad, puso el intermitente y, por fin, giró a la izquierda y se desvió por un camino de tierra.

—Antes nadie le había conocido ningún xicota, a en James, así que fue una auténtica sorpresa. Y Helen sólo tenía dieciocho años. Pero ya sabes cómo son las cosas. Primero la gente se escandaliza, después aparece alguno otro tema de

qué hablar y al final las cosas más extrañas se acaban aceptando y normalizando. Que tuvieran en Sam también ayudó a acallar las malas lenguas. Y ahora hace muchos años que son casados, así que, al parecer, la relación ha funcionado.

Paró el coche.

Habían decidido no informar en James que iban y en Gösta aparcó el coche a una cierta distancia de la casa, de forma que pudieron adentrarse directamente en el bosque y dirigirse hacia el lugar donde solía ir a hacer prácticas de tiro sin que los vieran desde casa de en James y a Helen.

—Y que hagamos, si nos lo encontramos? —preguntó en Martin.

—Bien, entonces le tendremos que explicar por qué somos aquí y llestos. Y esperamos que la situación no se complique. Tenemos todo el derecho de recoger el que queremos del bosque.

—Sí, pero no me viene nada de gusto encontrarme frente a frente con un sonado de las armas y posible asesino mientras buscamos pruebas para inculparlo —masculló en Martin.

—Bah, venga! Si tienes tantas objeciones te podrías haber quedado a la comisaría —hizo Paula, y fue hacia el bosque.

Cuando llegaron a la clariana, se pararon. Paula dio gracias de no encontrar en James, pero, en cambio, se dio cuenta del trabajazo que los esperaba. Años de práctica de tiro habían generado una gran cantidad de casquetes y cartuchos vacíos, y por tierra tenía que todos tipos. Paula no era una entente en armas, pero aún así comprendió que en aquel bosque se había usado un buen arsenal. En Gösta miró alrededor y después se giró hacia sus compañeros.

—No creéis que esto nos podría dar suficientes motivos para sospechar que en casa de en James hay armas sin permiso? Podemos relacionarlo con este lugar y sabemos que viene a hacer prácticas de tiro. Y, ahora que veo todos estos casquetes y cartuchos, pienso que muy probablemente tiene armas que no se han registrado cómo corresponde.

—Tiene permisos para una Colt, una Smith & Wesson y una escopeta —dijo en Martin—. Lo he comprobado.

—Haré un truco a en Patrik para ver si cree que con esto hay bastante para conseguir una orden de cacheo. Mientras tanto, idlo fotografiando todo antes de empezar a tocar nada.

En Gösta se alejó para hacer la llamada y volvió poco después.

—Lo preguntará a la fiscal, pero en Patrik cree que con el que tenemos aquí más la bala al ataúd tendría que haber basta porque nos soltaran a dar un vistazo en casa de en James.

—Qué creéis que encontraremos? —preguntó en Martin—. Ametralladoras? Armas automáticas?

Se puso en cuclillas y contempló la pila de casquetes que había a tierra.

—No me parece una hipótesis mucho alocada —le dio la razón Paula, y continuó haciendo fotografías.

—Sólo de imaginarme en James con una MP5, se me ponen los pelos de punta —dijo en Gösta.

—Habría sido un poco complicado sostener que se trataba de un suicidio si en James hubiera usado una ametralladora —dijo Paula—. Pero no dudo que alguien lo haya hecho.

—En Kurt Cobain se suicidó con una escopeta de perdigones de la marca Remington —añadió en Martin.

Paula lo miró con cara de estupefacción, no tenía ni idea que su compañero supiera aquel tipo de cosas.

El teléfono de en Gösta sonó y el policía respondió.

—Hola, Patrik.

Levantó una mano hacia Paula y en Martin indicándolos que dejaran de recoger casquetes. Cuando hubo colgado, dijo:

—La fiscal quiere que hagamos venir la policía científica porque se encargue.

No ha visto con buenos ojos que echáramos por el derecho.

—De acuerdo —hizo a Paula, sorprendida—. Esto significa que autoriza el cacheo?

—Sí —dijo en Gösta—, en Patrik está viniendo ninguno aquí. Quiere ser cuando entramos a la casa.

—Y en Mellberg? —preguntó Paula, preocupada.

En Gösta sacudió la cabeza.

—No, al parecer, después de que enviara el archivo de audio a lo *Expresan* se ha producido un grande rebombori. Está mucho enfeinat concediendo entrevistas. Y el Annika no da el alcance con las llamadas. A todo el mundo le parece reconocer la voz. La lista de nombres no hace más que crecer.

—No me sorprendería nada que aquel carallot hubiera hecho una cosa bien por primera vez a la vida —masculló Paula—. podríamos acabar sacando algo y todo. No habríamos podido identificar la voz a solas.

—Y que ha dicho de en James, en Patrik? —preguntó en Martin, mientras volvían al coche sin prisa.

—Que nos lo llevaremos a comisaría para interrogarlo cuando acabamos el cacheo. Pero mientras tanto alguien de nosotros se tendrá que esperar afuera la casa con él.

—Ya me encargo yo —dijo en Martin—. Este hombre me despierta cierta curiosidad.

En Nils le mordió la oreja suavemente. En circunstancias normales, aquello habría hecho que se estremeciera de placer, pero ahora sólo la molestaba. No quería tenerlo allá, a su cama.

—Cuando la Jessie... —empezó en Nils.

—Que cruces que dirán los padres de en Basse cuando vuelvan a casa? —preguntó la Vendela, y se apartó un poco de en Nils.

No quería hablar de la Jessie. Había sido idea suya, todo había salido tal como lo había planeado. Y, a pesar de esto, ahora se sentía extraña. Había querido castigar Marie. Había querido castigar su hija. Por qué no estaba contenta?

—A partir de ahora, la setmanada de en Basse ya no será tan jugosa —respondió en Nils, sonriente.

Le mimó el vientre y, de repente, la Vendela sintió náuseas.

—Cruces que nos delatará? —dijo.

—Nunca jamás. Estoy seguro que quiere que se esparza tan poco como sea posible el que pasó aquella noche.

Habían cerrado la puerta del dormitorio. Allá dentro habían dejado en Basse y

una Jessie inconsciente. En aquel momento, bebida como iba, la Vendela había pensado que era una idea excelente, pero ahora... Ahora tenía la impresión que habían iniciado una bajada a los infiernos.

—Cruces que ella lo explicará a alguien? A su madre?

Y había sido justamente esto el que había deseado. Castigarlas las dos.

—Te parece que quiere que se esparza todavía más? —dijo en Nils—. Que no tocas?

—No creo que ni ella ni en Sam aparezcan sábado.

Como mínimo había conseguido aquello, que la Jessie no quierégues que la volvieran a ver en público.

En Nils le volvió a morder la oreja y le grapó un pecho, pero la Vendela lo apartó. Por alguna razón, aquel anochecer no quería estar con él.

—Lo debe de haber explicado a en Sam. Y no te parece extraño que él no se haya enfurecido con nosotros?

En Nils suspiró y se empezó a sacar los pantalones cortos.

—Que lo den por el saco, aquel imbécil. A la mierda con aquella tía asquerosa. Deja de hablar y hazme una mamada...

Y con un gemido le cogió la cabeza y lo presionó hacia su entreceix.

Helen levantó los ojos cuando los coches patrulla entraron al patio de la casa. La policía. Qué debían de querer? Y ahora? Se dirigió hacia la puerta y la abrió antes y todo que los agentes tuvieran tiempos de trucar.

Delante tenía en Patrik Hedström, acompañado de Paula, en Martin y un policía de más edad que no había visto antes.

—Hola, Helen —dijo en Patrik—. Tenemos autorización para registrar la casa. es en James? Y vuestro hijo?

Las piernas le flaquearon y Helen tuvo que apoyarse a la pared. Asintió con el hacia la vez que un alud de recuerdos le cayeron encima. Voces de policías con el mismo tono que la de en Patrik. La gravedad. La mirada penetrante que parecía que pretendía arrancarle la verdad del fondo del corazón. El aire dentro de la sala de interrogatorios, espeso e irrespirable. La mano pesada de su padre al hombro. La Stella. La pequeña y preciosa Stella. Los cabellos cobrizos que se balanceaban ante Marie y de ella mientras arrastraba los pies más que no andaba, feliz de haber salido de aventura con dos chicas grandes. Siempre curiosa. Siempre a su lado.

Helen tambaleó y se dio cuenta que en Patrik estaba hablando con ella. Hizo un esfuerzo para recomponerse.

—En James es al despacho y en Sam, en su habitación.

La voz sonó sorprendentemente normal, a pesar de que el corazón le latía con fuerza dentro del pecho.

Se apartó a un lado y dejó que los agentes entraran al recibidor. Fueron hacia el despacho de en James y empezaron a hablar mientras Helen llamaba su hijo.

—Sam, puedes bajar un momento?

Un murmullo malhumorad como respuesta, pero un minuto después el chico apareció a las escaleras arrastrando los pies.

—Ha venido la policía —dijo Helen, y miró su hijo de hito en hito.

Los ojos azules rodeados de todo aquel maquillaje negro eran del todo

inexpressius. Eran completamente fríos. Y Helen se estremeció, quería alargar una mano hacia su hijo, mimarle la mejilla y decirle que todo iría bien. Que ella era allá. Cómo siempre había sido. Pero se quedó inmóvil, con los brazos colgándole a los lados.

—Os agradeceríamos que salierais de casa —dijo Paula, y abrió la puerta—. No podréis entrar hasta que hayamos terminado.

—De que... de que se trata? —preguntó Helen.

—Ahora mismo no os podemos explicar nada.

Helen sintió que, muy lentamente, el corazón le empezaba a recuperar la calma.

—Podéis decidir hacer el que os vaya mejor —continuó Paula—. Si lo preferís, podéis ir a casa de algún familiar o un amigo. La espera puede ser larga.

—Bien, aún así, yo pienso quedarme aquí —dijo en James.

No se atrevía a mirarlo a los ojos. El corazón le latía con tanta fuerza que se pensaba que le saldría por la boca. Clavó una empeneta a en Sam, que se había quedado petrificado en medio del recibidor.

—Ven, salimos afuera.

A pesar del calor, cuando abrió la puerta y llenó los pulmones varias veces, el aire le pareció liberador. Cogió el brazo de en Sam, pero el chico se desprendió. En el patio, bajo la claridad del solo, Helen observó su hijo, lo miró de verdad por primera vez después de mucho tiempo. Aquella cara pálida, que contrastaba con los cabellos oscuros y el maquillaje negro alrededor de los ojos. Los años havien pasado volante. Qué se había hecho, de aquel chiquillo rodanxó de risa burbujeando? Pero conocía demasiado bien la respuesta. Había permitido que en James destruyera cualquier rastro del niño que había sido y del hombre en que se habría podido convertir. Le había hecho sentir que no daba la talla. La verdad era que se encontraban allá fuera porque no tenían ninguno otro lugar donde ir. Ningún amigo. Ningún pariente. Sólo la madre, y la Harriet no quería saber nada, de problemas.

Helen y en Sam. Los dos habían vivido dentro de una burbuja.

Del interior de la casa los llegó la voz alterada de en James. Helen sabía que aquello lo tendría que preocupar. Que uno de los muchísimos secretos sobre los cuales habían construido sus vidas estaba a punto de descubrirse. Levantó la mano para mimar la mejilla de en Sam. El chico se giró y la volvió a bajar despacio. Durante un instante, vio la Stella girarse hacia el bosque. Los cabellos cobrizos ardientes contra la piel blanca. Después desapareció.

Helen cogió el móvil. Sólo había un lugar donde podía ir.

—Jessie, me voy!

Marie se esperó al pie de la escalera unos segundos, pero no obtuvo ninguna respuesta. La Jessie estaba en una fase en que los pocos ratos que estaba en casa las pasaba cerrada en la habitación. Cuando Marie se despertaba, normalmente la chica ya había marchado. No sabía exactamente donde iba su hija, pero finalmente había empezado a perder pes. Aquel Sam parecía una buena influencia.

Se dirigió hacia la puerta. El rodaje cada vez iba mejor. Casi había olvidado la sensación de hacer algo que sería realmente buena, no tan sólo dejarse consumir como una golosina ante el televisor y ser olvidada en el mismo instante que

empezaban a deslizar los créditos.

Era consciente que estaba haciendo un buen trabajo, incluso excelente. Lo podía ver a los ojos del equipo después de acabar cada escena. En parte, se debía de al hecho que sentía un fuerte vínculo con el personaje. Ingrid había sido una mujer compleja, dura y amable a la vez, y que se podía mostrar sin escrúpulos cuando se marcaba un objetivo. Marie se sentía reflejada. El que las diferenciaba era que Ingrid también había podido encontrar el amor. Había estimado. Había sido estimada. Cuando murió, no tan sólo la lloraron desconocidos que la habían visto a la pantalla, sino también personas cercanas, que mostraron el que había representado para ellos.

Marie no tenía nadie tan cercano. No del mismo modo. Sólo Helen se había acercado. Quizás las cosas habrían sido diferentes si aquel día no le hubiera colgado el teléfono. Quizás entonces habría habido personas a su vida que la habrían llorado si desaparecía. Del mismo modo que le había pasado a Ingrid. Pero lamentarse no servía de nada. Ciertas cosas no se podían cambiar.

Despacio, Marie cerró la puerta de casa para dirigirse hacia la segunda sesión de rodaje del día. La Jessie se saldría a solas. A su edad, ella lo había tenido que hacer.

El caso Stella

DRINDA A LAS ESCALERAS DEL AYUNTAMIENTO, Helen temblaba ligeramente al viento cortante que soplaba. Ya no lo podía continuar negando. Tenía miedo.

De la manera que se tiene cuando eres consciente que estás haciendo algo que no está bien. La etiqueta a la nuca del vestido sencillo de H&M le rozaba la piel, pero no se la sacó. Le daba la oportunidad de concentrarse en algo.

De hecho, no recordaba del todo cuando lo habían decidido. O cuando había accedido. Pero, de repente, era una realidad. A los anocheceres sentía sus padres pelearse por aquella cuestión, no era capaz de captar el que decían, sólo las voces alteradas. Pero intuía que la discusión trataba justamente de aquello. Que se tenía que casar con en James.

Su padre, en K. G., le había asegurado que era por su bien. Que siempre sabía qué era lo mejor para ella. Helen se había limitado a asentir con la cabeza. Las cosas iban así. Los padres se ocupaban de todo. La protegían. Aunque no se lo merecía. Sabía que tenía que estar agradecida, que había tenido suerte, que en realidad no se merecía toda aquella atención.

Quizás, incluso, si hacía el que le decían, su mundo se ensancharía. Los años que habían transcurrido desde aquel día fatídico los había vivido dentro de una pequeña burbuja. Ni siquiera lo había cuestionado. La vida era como era y bastante. Al acabar las clases, Helen volvía directamente hacia casa, que era todo su mundo, y las únicas personas que habitaban eran el padre, la madre... y en James.

En James a menudo estaba en el extranjero. Luchando en otros países. O matando negros, como solía decir el padre.

Cuando estaba en Suecia, pasaba casi tanto de tiempo a casa de los padres de Helen como la suya. Cuando vendía de visita, el ambiente era muy extraño. Era cómo si el padre y en James tuvieran un mundo aparte donde no dejaban entrar nadie más. «Somos como hermanos», acostumbraba a decir en K. G., antes de que pasara todo. Antes de que se vieran obligados a marchar del pueblo.

a Marie le había trucado hacía unas cuantas semanas. Helen le había reconocido la voz inmediatamente, aunque con los años había cambiado, se había vuelto más madura. Fue cómo si volviera violentamente a la persona que era entonces. Una niña de trece años la vida de la cual giraba alrededor de Marie.

Pero que podía decir? No había nada a hacer. Se casaría con en James, no tenía ninguna otra alternativa después de todo el que había pasado. Después del que en James había hecho por ella.

Ciertamente, en James era de la misma edad que su padre, pero tenía buena planta, derecho a su lado, con el uniforme, y la madre se había alegrado de poderse arreglar un poco por una vez, aunque Helen, incluso el anochecer antes del casamiento, había sentido cómo se discutía con el padre.

Pero, como siempre, el padre era quien tomaba las decisiones.

Habían decidido que no sería una ceremonia por la Iglesia. Sólo una de rápida por el civil, con cenar al hostel. Después, en James y ella pasarían la noche en

casa de los padres antes de marchar hacia Fjällbacka, a casa de en James, o, más muy dicho, de los dos. La casa de donde había huido su familia años atrás. A Helen, nadie le había consultado nada, pero cómo se podía negar? Sentía la cuerda al cuello día y noche, que le recordaba el millar de razones que tenía para cerrar los ojos y bajar la cabeza. Pero una parte para sus adentros deseaba marchar bien lejos. Anhelaba la libertad.

Miró en James de reojo mientras avanzaban hacia el juez de paz que los casaría. Quizás aquel hombre estaba preparado para darlo, aunque sólo fuera una migaja de libertad... Ahora tenía dieciocho años, era adulta. Ya no era ninguna criatura. Buscó la mano de en James. No era el que hacía la gente? Cogerse fuerte de las manos. La etiqueta a la nuca la molestaba mientras sentía las palabras del juez. Los preguntó cosas que, de hecho, Helen no sabía como se tenían que responder. Pero se limitó a pronunciar «sí» en los momentos adecuados. Cuando fue una realidad, miró la madre a los ojos. La Harriet se giró, tapándose la boca con un puño cerrado. Pero no hizo nada para parar el que estaba pasando.

La cena fue tan corto como la ceremonia. En K. G. y en James bebieron whisky y la Harriet hacía glopets de vino. A Helen también habían servido una copa, la primera de su vida. En un cerrar y abrir de ojos, había pasado de niña a mujer.

Sabía que la madre los había preparado la habitación de invitados, el sofá que se podía convertir en una cama doble. había puesto sábanas azules y un cubrecama del mismo color. Durante toda la cena, Helen vio aquellas sábanas ante sede, y el sofá cama que compartiría con en James. La comida debía de ser delicioso, no lo dudaba , pero Helen no lo probó, se pasó el rato removiendo el plato con el tenedor.

Cuando llegaron a casa, sus padres los desearon buenas noches. De repente, en K. G. parecía molesto. Hacía pudor de todo el whisky que había tomado durante la cena. Incluso en James hacía un olor penetrante de alcohol y de humo, y tambaleó cuando entraron a la habitación de invitados. Helen se desnudó mientras en James era al lavabo, haciendo un gran ajetreo mientras meaba. Se puso una camiseta ancha, se va esmunyir bajo las sábanas y se va arrambar contra la pared. Tensa como un palo, esperó mientras en James apagaba la luz, esperó el que tenía que pasar. El contacto físico que lo cambiaría todo por siempre jamás. Pero no llegó. Y, según más tarde, sintió los roncós de borracho de en James. Cuando, por fin, Helen se pudo dormir, soñó con una niña de cabellos cobrizos.

—J

A OS HE DICHO QUE NO ENCONTRARÍAIS nada que no estuviera debidamente registrado —dijo en James, y se reclinó a la silla de la saleta de interrogatorios. En Patrik se tuvo que reprimir las ganas de borrarle aquella cara de satisfacción, sabía que tenía que mantener la cabeza fría.

—Tengo permiso para una Colt M1991, una Smith & Wesson y una escopeta del modelo Sauer 100 Classic —recitó en James, y miró los ojos de en Patrik con toda la serenidad del mundo.

—Y como puede ser que haya casquetes y cartuchos otras armas al lugar donde acostumbras a hacer prácticas de tiro? —preguntó en Patrik.

En James se va arronsar de hombros.

—Cómo quieres que lo sepa? No es ningún secreto que voy al bosque a practicar un poco. Estoy seguro que otros muchos vienen para usar las dianas que he colgado.

—Sin que te hayas dado cuenta? —preguntó en Patrik, sin esconder el escepticismo.

En James se limitó a sonreír.

—Paso temporadas largas fuera de casa. Me es imposible controlar quién va al bosque. Sin duda, nadie se atreve a usar el espacio cuando estoy en casa, pero la mayoría de gente del pueblo sabe cuando voy de viaje y cuánto de tiempo me pasará fuera. Estoy convencido que un puñado de jóvenes van a escondidas a hacer prácticas de tiro.

—Jóvenes? Con ametralladoras? —dijo en Patrik.

En James suspiró.

—Sí, los jóvenes de hoy en día... Donde iremos a parar?

—Te estás riendo de mí? —preguntó en Patrik, y se enfadó consigo mismo por haber permitido que en James le estuviera tomando el pelo.

Generalmente intentaba no prejuizar nadie, pero aquel tipo de hombres lo sacaban de tino: machos alfa, arrogantes, convencidos que las leyes de Darwin eran las que regían y que representaban el modelo para seguir.

—Naturalmente que no —respondió en James, y apuntó una sonrisa de oreja a oreja.

En Patrik no lo entendía. Habían buscado por toda la casa y sólo habían encontrado las tres armas que en James tenía registradas. Pero sabía que aquel hombre le estaba mintiendo, tenía más armas. Y en Patrik no creía que fueran muy lejos. Seguro que en James las quería tener a mano. Pero no habían sido capaces de descubrir dónde. Además de la casa, habían registrado una barraqueta que los servía para guardar las herramientas del jardín. Aparte de esto, a la parcela no había muy más donde buscar. Por otro lado, en James las podía tener escondidas en cualquier lugar. El problema era, simplemente, que no podían registrar el bosque entero.

—Oi que es cierto que en Leif Hermansson se puso en contacto contigo el 13 de

julio, el mismo día que murió?

—Cómo ya os he dicho, no he hablado nunca con en Leif Hermansson. El único que sé de esta persona es que era el responsable del caso por el cual acusaron mi mujer.

—Acusar y declarar culpable —añadió en Patrik, para ver la reacción que provocaba si pulsaba aquel botón.

—Sí, pero sólo basándose en una confesión que después fue retirada —respondió en James.

No pareció que encendía ningún fuego, la mirada continuaba tan firme como antes.

—Pero por qué razón se confiesa un crimen, si se es inocente? —continuó en Patrik.

En James suspiró.

—Helen era una criatura y estaba desconcertada. La presionaron a hacer una cosa que no quería hacer. Pero, que tiene que ver con todo esto? De que se trata? A que se debe de tanto de interés por mis armas? Ya sabéis a que me dedico, las armas son parte de mi vida. No os puede sorprender paso tanto, que tenga en casa.

—Tienes una Colt M1911 —dijo en Patrik, sin responder la pregunta.

—Sí, es cierto —hizo en James, y asintió con la cabeza—. La joya de mi colección. Una arma legendaria. Y tengo un modelo original, no una de aquellas copias que aparecieron después.

—Se hacen balas encamisadas del calibre .45 ACP, oi?

—Sabes realmente de que estás hablante? —preguntó en James, y en Patrik hizo un esfuerzo para contar hasta diez.

—La formación para ser policía también incluye el estudio de las armas —respondió en Patrik, cansado, sin confesar que había tenido que hacer unas cuantas preguntas a en Torbjörn sobre aquel campo.

—Bah, en ciudad seguro que saben algo, pero aquí al campo el que os han hecho memorizar a la academia se os enmohece enseguida —dijo en James.

En Patrik hizo como si no lo hubiera sentido.

—No me has respondido la pregunta. Es verdad?

—Sí, es verdad. Es el abecé de primer curso.

—Desde cuando tienes esta arma?

—Uix, hace mucho tiempo. Fue la primera. Me la regaló mi padre cuando tenía siete años.

—O sea que eres un tirador experto —continuó en Patrik.

En James va dreçar la espalda.

—Uno de los mejores.

—Y hasta qué punto la tienes controlada? Alguien la podría haber cogido sin darte cuenta? Por ejemplo, cuando eres de viaje?

—Siempre sé donde son mis armas. A que se debe de este interés por la Colt? Y por en Leif? Si no recuerdo mal, se suicidó ahora hace un puñado de años. Algo relacionada con la muerte de su mujer...

—Ay, quizás no lo has sentido —dijo en Patrik.

Notó un cosquilleo de satisfacción cuando, por un instante, le pareció ver una chispa de inseguridad a los ojos de en James.

—Que no he sentido qué? —preguntó en James, con un tono de voz tan neutro que en Patrik dudó de si lo había captado bien.

—Hemos exhumado el cadáver de en Leif Hermansson.

Conscientemente dejó que aquella frase flotara en el aire. En James no dijo nada. Después va dreçar la espalda.

—Que habéis exhumado el cadáver? —hizo, como si no hubiera entendido a que se refería.

En Patrik se dio cuenta que estaba intentando ganar tiempo.

—Sí, nos ha llegado información nueva —dijo—. Así que hemos vuelto a abrir la tumba. Y resulta que no fue un suicidio. Es imposible que se pudiera disparar con la arma que tenía en la mano cuando lo encontraron.

En James no va badar boca. La arrogancia continuaba siendo, pero en Patrik se dio cuenta que la autoconfianza había empezado a esberlar-se. Le pareció intuir una rendija, una debilidad, y decidió aprovecharla.

—Y, después, también nos ha llegado información que apunta que eres al bosque el día que la Stella fue asesinada —dudó un instante, pero después exageró tanto que se podría haber clasificado como una mentira—. Tenemos un testigo.

En James no mostró ninguna reacción. Pero una veneta le palpitaba a la sien e hizo la impresión que el hombre sopesaba el camino que tenía que tomar en aquel momento.

Finalmente se levantó de la silla.

—Supongo que no tenéis suficientes pruebas para arrestarme —dijo—, así que doy por acabada esta conversación.

En Patrik sonrió. Por fin había desaparecido aquella sonrisa altiva. Y en James había dejado a cuerpo descubierto su punto débil. Ahora sólo los había que encontrar las pruebas.

—Entra —dijo el Erica, expectant.

Le había sorprendido —para decirlo de alguna manera— que Helen le hubiera trucado para pedirle si podían hablar.

—En Sam ha venido contigo? —preguntó.

Helen hizo que no con la cabeza.

—No, lo he dejado en casa de una amiga —dijo, y bajó los ojos.

El Erica se apartó a un lado y la dejó entrar al recibidor.

—Sea como fuere, estoy contenta que hayas venido —dijo, y se mordió la lengua para no preguntar nada más.

En Patrik apenas le había trucado para explicarle que sospechaban que en James era el tío Verde. Se había paseado por el bosque vestido con ropa de camuflaje y, en una de las salidas de la niña, se había topado con la Stella. Según su hombre, incluso creían que podría haber sido él, la persona que Marie había sentido al bosque.

—Tienes café? —preguntó Helen, y el Erica asintió con la cabeza.

En la sala de estar, en Noel y Anton había empezado a hacer de sus y parecía que tanto los era el que los decía la Maja. El Erica suspiró, se acercó a los gemelos y, con su tono de voz más serio, los mandó que se estuvieran quietos. Cuando vio que no provocaba el efecto deseado, decidió usar el último recurso de madre desesperada para conseguir un poco de paz y tranquilidad. Fue a buscar unos

helados de la caja que había comprado a la furgoneta de los helados y les dio uno a cada cual. Contentos, los tres se sentaron a comérselo, mientras el Erica volvía a la cocina con la mala conciencia de ser una madre terrible mordisqueándola por dentro.

—Lo recuerdo muy bien —dijo Helen, con una sonrisa.

Cogió la taza de café que le alargó el Erica y se sentó a la mesa de la cocina. Se quedaron en silencio un rato. El Erica se levantó, sacó un pastel de chocolate de la nevera y lo dejó encima la mesa.

—No, gracias. El chocolate no se me pone bien. Me provoca urticaria —dijo, e hizo un trago de café.

El Erica se sirvió un buen corte y se prometió a sí misma que dejaría de comer azúcar el lunes siguiente. Al fin y al cabo, aquella semana ya había pecado, así que no tenía ningún sentido empezar entonces.

—Pienso mucho en la Stella —dijo Helen.

Sorpresa, la Erica levantó una ceja. Ni media palabra sobre el motivo por el cual había aparecido en casa suya. Ni media palabra sobre el que había pasado. Porque había pasado algo, lo sentía hasta la última fibra de su cuerpo. Helen transmitía un nerviosismo que era prácticamente imposible pasar por alto. Pero el Erica no se atrevía a preguntarle qué había pasado. No quería que Helen se asustara y dejara de hablar. Necesitaba su historia. Así que calló y cogió otro trozo de pastel, mientras esperaba que la mujer continuara.

—No tenía hermanos, yo —dijo Helen—. No sé por qué. Nunca jamás me habría pasado por la cabeza preguntarlo a los padres. No hablábamos de este tipo de cosas. Así que me gustaba mucho pasar el tiempo con la Stella. Éramos vecinas, y ella siempre se ponía muy contenta cuando iba a verla. Me gustaba mucho jugar con ella. Era a una niña muy alegre. Me recuerdo perfectamente. Tenía muchísima energía. No paraba de saltar arriba y abajo. Y, después, aquellos cabellos de un rubio cobrizo. Y las pecas. Ella odiaba el color de sus cabellos, hasta que un día le dije que era lo más bonito de todo. Entonces cambió de parecer. Siempre tenía un montón de preguntas a punto. Sobre cualquier cuestión: por qué hacía calor, por qué había viento, por qué algunas flores eran blancas mientras que otros eran azules, por qué la hierba era verde y el cielo azul y no al revés. Miles y miles de preguntas. Y no se daba por vencida hasta que obtenía una respuesta que le convencía. No había suficiente con uno «porque sí» o inventarse alguna tontería, porque entonces volvía a hacer la misma pregunta una y otra vez hasta que recibía una respuesta que consideraba correcta y verdadera.

Helen hablaba tan deprisa que se quedó sin aire y se paró para recuperar el aliento.

—Me caían bien, sus padres. No eran como los míos. Se abrazaban y reían. También solían abrazarme a mí cuando iba a verlos, y la madre de la Stella acostumbraba a hacer broma y me mimaba los cabellos. El padre de la Stella me decía a menudo que tenía que dejar de crecer, que, si no, acabaría con la cabeza entre las nubes. A veces, la Sanna también jugaba con nosotros. Pero era una niña más seria, más como una segunda madre para la Stella, y se pasaba buena parte del día enganchada a la falda de Linda. Siempre la quería ayudar con la colada, a hacer la cena... deseaba hacerse grande, mientras que el mundo de la

Stella estaba pleno de juego, desde la mañana hasta el anochecer. Y yo me sentía muy orgullosa de poder hacerle de canguro de vez en cuando. Me parece que se daban cuenta, porque a veces tenía la sensación que ni siquiera los hacía falta ayuda con la Stella, pero veían que me hacían muy feliz. a Helen enmudeció.

—No querría parecer atrevida, pero tienes más café?

El Erica asintió con la cabeza y se levantó para llenar la taza de Helen. Era cómo si se hubieran abierto las compuertas de un embalse y ahora aquella mujer lo estuviera abocando todo.

—Cuando me hice amiga de Marie, pasó un tiempo antes de que mis padres reaccionaran —continuó, cuando tuvo la taza llena—. Estaban tan ocupados con su vida, las fiestas, los clubes sociales, las reuniones... No los quedaba mucho tiempos para preocuparse con quienes pasaba el rato. Cuando comprendieron que nos habíamos hecho amigas, al principio decidieron mirárselo desde la distancia, pero después empezaron a mostrarse más críticos. Marie no era bienvenida en casa nuestra y no podíamos ir a casa suya. Era... bien, no era un lugar muy agradable. Pero, aún así, intentábamos pasar tanto de tiempos juntas cómo podíamos. Al final, mis padres se enteraron y nos prohibieron volvernos a ver. Teníamos trece años y no podíamos decir gran cosa. A Marie tanto se le daba el que dijeran sus padres, y a ellos tanto se los jodía donde era Marie o con quién. Pero yo no me atrevía a hacer frente a los míos. No soy tan fuerte como Marie. Estaba acostumbrada a hacer siempre el que querían mis padres. No sabía hacer otra cosa. Así que intenté dejar de ver a Marie. De verdad que lo intenté.

—Pero aquel día dejaron que os cuidarais de la Stella las dos juntas, oi? —preguntó el Erica.

—Sí, el padre de la Stella se encontró el mío y se lo pidió. No tenía ni idea que teníamos prohibido vernos. Por primera vez a la vida, el padre se quedó parado y accedió.

Tragó saliva.

—Aquel día nos lo pasamos a las mil maravillas. A la Stella le encantaba bajar a Fjällbacka. No paró de saltar durante todo el camino de vuelta. Es por eso que decidimos ir por el bosque. A la Stella le encantaba y, al fin y al cabo, teniendo en cuenta que no teníamos que arrastrar el cochecito, podíamos volver por allá. La voz le tembló. Miró el Erica de hito en hito.

—Cuando la dejamos en casa, la Stella estaba muy contenta. Lo recuerdo perfectamente. Estaba pletòrica. Habíamos comido un helado y nos había cogido de la mano, y no había parado de saltar durante todo el trayecto de vuelta. Yo no entendía como le podían quedar fuerzas. Habíamos contestado todas las preguntas que nos había hecho y nos abrazó como una mona que se agarra con fuerza. Recuerdo que sus cabellos me hicieron cosquillas a la nariz y que le pareció de lo más divertido cuando estornudé.

—Y el hombre del bosque? —preguntó el Erica, antes de podérselo reprimir—. El amigo invisible a quien la Stella denominaba «el tío Verde». Se podría haber tratado de una persona de carne y huesos y no de un ser imaginario? Era en James? Tu marido era el hombre del bosque? Puede ser en James, el hombre de quién habló Marie?

El Erica vio como el pánico crecía al fondo de los ojos de a Helen. Sabía que

había cometido un error gravísimo. Helen respiraba con jadeos cortos y entrecortados y la mirada parecía la de un animal acorralado un segundo antes de que el disparo detonara. Cuando salió corriendo de la casa, la Erica todavía estaba sentada a la mesa de la cocina, maldiciéndose los huesos. Helen había sido muy cerca de desvelar-le algo que habría sido la clave para entender el pasado. Pero su ansia lo había puesto en marcha todo a pique. Cansada, cogió las tazas y las colocó al lavaplatos. Afuera, sintió que Helen ponía en marcha el coche y se alejaba a toda velocidad.

—Hoy en día usan tecnología 3D para analizar las balas —dijo en Gösta, cuando Paula entró a la cocina.

—Cómo lo sabes? —preguntó su compañera, y se sentó. Dejó la libreta de la Dagmar encima la mesa.

A veces se preguntaba si no pasaban más tiempo dentro de aquella cocina minúscula de paredes amarillas que a los despachos, pero poder sentar a charlar con los compañeros de los casos que los ocupaban era una buena manera de analizarlos desde ángulos nuevos. Además, la cocina era un espacio más agradable para trabajar que los despachos minúsculos y apretados. Y el café era más cerca.

—Lo he leído a la *Kriminaltechnik* —respondió—. Me encanta esta revista. Cada vez que la leo aprendo algo de ciencias forenses.

—De acuerdo —hizo Paula—, pero oí que no es cien por ciento seguro que se pueda relacionar una pistola con una bala? O tampoco dos balas de la misma arma?

—No, según el artículo, no hay dos patrones de estrías idénticos. Y, si los disparos se efectuaron en dos momentos muy separados en el tiempo, puede suponer una traba. Las armas envejecen y su estado también depende de la destreza del tirador.

—Pero, aún así, muy a menudo se pueden relacionar, oí?

—Sí, creo que sí —dijo en Gösta—. Y estoy seguro que la nueva tecnología es mucho mejor.

—En Torbjörn ha dejado muy claro que hacía la impresión que alguien había limado el cañón de la Colt. —Paula se giró ligeramente porque el solo que se filtraba por la ventana no le pinoqués a los ojos.

—Alguien —rió por debajo la nariz en Gösta—. Estoy convencido que en James lo hizo justo después de que le preguntáramos si había estado en contacto con en Leif. Él sí que es un hombre afilado.

—Le costará encontrar una buena excusa si la bala que encontramos dentro del ataúd coincide con las que recogimos al bosque de atrás de casa suya —dijo Paula, y sorbió un poco de café.

Profirió un gemido. Lo debía de haber preparado en Gösta, siempre hacía el café demasiado aigualit.

—Tienes razón, pero sufro que no marche del país. Al fin y al cabo, se pasa buena parte del año al extranjero. Tardaremos a recibir los resultados del laboratorio y no nos será fácil detenerlo antes de que nos lleguen.

—Su familia es aquí.

—Te hace la impresión de ser una persona a quien le interese mucho la familia?

—No, tienes razón —suspiró Paula.

Ni siquiera se había planteado aquella posibilidad. Que en James pudiera huir en el extranjero.

—Lo podemos relacionar con la Stella?

—No lo sé. —La voz de en Gösta parecía de resignación. —Han pasado treinta años.

—Sea como fuere, parece que en Leif tenía razón. Las chicas eran inocentes. No me puedo imaginar el infierno por el cual han tenido que pasar.

Sacudió la cabeza. Afuera de la cocina sentimos que sonaba un teléfono una y otra vez. El Annika estaba colapsada con el alud de llamadas relacionadas con la voz anónima.

—Bien... —En Gösta dudó un instante.— Todavía me pregunto por qué nos miente Marie con la coartada. Y, por otro lado, sabemos que en James ni siquiera era a Fjällbacka cuando la Nea murió, así que es imposible que haya podido cometer este asesinato.

—Exacto, su coartada para este caso es a prueba de bomba —dijo Paula—.

Marchó el día anterior al atardecer, Scandic Rubinen confirma que se alojó y recuerdan haberlo visto a la hora de almorzar. Después estuvo reunido hasta la tarde y, después, volvió hacia casa. Teniendo en cuenta que el reloj de la Nea se había parado a las ocho, todo indica que se trata de la hora que murió. Y, en aquel momento, en James era a Göteborg. Es altamente probable que la Nea muriera antes de aquella hora y que el reloj se rompiera cuando trasladaron el cuerpo, pero esto no cambia nada, porque en James fue a Göteborg desde el domingo al atardecer hasta el lunes al atardecer.

—No, ya lo sé —dijo en Gösta, con frustración, y se rascó la cabeza.

Paula volvió a coger la libreta de encima la mesa.

—A las notas de la Dagmar no he conseguido encontrar nada que me haga mala espina —dijo—. He pensado pedir a en Patrik que se lo mire, quizás un par de ojos frescos verán más que yo.

—Hazlo —dijo en Gösta, y se levantó de la mesa con un crujido de articulaciones—. Yo empezaré a pasar hacia casa. Tú no tardes mucho a hacer el mismo, mañana por la mañana tendremos otra oportunidad.

—Mmm... —hizo Paula.

Volvió a hojear la libreta y apenas sintió que en Gösta salía por la puerta. Qué le estaba pasando por alto?

En James entró a la habitación. Aquellos policías eran unos auténticos inútiles, incapaces de hacer un cacheo con cara y ojos. Pero también era debido a la mierda de leyes suecas, que hacían que la policía tuviera que andar de puntillas, como bailarinas, levantando con mucha cura todo el que tocaban. Cuando en James y sus hombres recibían la orden de buscar algo, arrancaban todos y cada uno de los tablones de la casa y no dejaban nada sin revolver. No se paraban hasta que encontraban el que o quien sabían que era allí.

Echaría de menos la Colt, pero tanto se le jodían las otras dos armas. Todavía le quedaba la mayor parte de la colección, a la armer de atrás de una fila de camisas y una falsa pared de armario que se podía enretirar. Ni siquiera habían golpeado la madera.

Repasó todas las armas y va rumiar un rato qué se tenía que llevar. No se podía quedar allá mucho tiempo más. Bajo los pies, la tierra estaba quemada. Lo tenía que dejar todo atrás. En aquella idea no había ni una migaja de sentimentalismo. Todo había servido su propósito. Habían participado en la partida hasta el último momento.

Y, a pesar de todo, empezaba a tener una edad, su carrera al ejército inevitablemente iba en declive. Se tendría que jubilar antes de tiempo. Disponía de los recursos. A lo largo de los años había tenido suficientes ocasiones para reunir tanto recursos en metálico como aquellos que fácilmente se podían transformar en metálico. Y, previsor como era, los había depositado en una cuenta en el extranjero.

Se estremeció cuando sintió la voz de Helen a la puerta.

—Por qué entras a escondidas? —preguntó, enfurecido. Su mujer sabía bastante bien que no lo tenía que hacer.— Cuánto hace que estáis en casa?

Cerró la puerta de la armer y volvió a poner a lugar la pared falsa. Cuando tocara el dos, tendría que dejar un buen número de armas. Le sabía mal, pero no podía hacer nada. Tampoco le harían ningún servicio.

—Media hora. Al menos yo. En Sam ha llegado hace un cuarto. Ha vuelto a casa a pie. Está en su habitación.

Helen cruzó los brazos y miró en James.

—Te irás, oi? Piensas abandonarnos. No tan sólo marcharás por trabajo. Nos dejarás por siempre jamás.

Lo dijo sin ninguna pena, sin ningún tipo de emoción. Era sólo una constatación. En un primer momento, en James no respondió. No quería que Helen se enterara de sus planes, no le quería ceder el poder. Pero, a la vegada, sabía que quién lo tenía era él. No Helen. Aquella jerarquía se había fijado hacía mucho tiempo.

—He preparado los papeles porque la casa quede a nombre tuyo. Podréis vivir una temporada del que hay a la cuenta corriente.

Helen asintió con la cabeza.

—Por qué lo hiciste? —preguntó.

No le había que especificar a que se refería. Cerró la puerta del armario y se giró hacia ella.

—Ya lo sabes —se limitó a responder—. Por tu padre. Se lo prometí.

—Nada de todo esto fue por mí, oi?

En James no respondió.

—Y en Sam?

—En Sam. —Rió por debajo la nariz.— En Sam fue un mal menor por parte mía. Nunca he hecho ver ninguna otra cosa. Si me hubiera importado mínimamente, no te habría permitido nunca que lo criaras como lo has criado. Un niño de la madre que no se ha desenganchado de tus faldas desde que era pequeño. No es capaz de hacer nada.

Sintieron ruido a la otra banda de la pared y los dos miraron ninguno allá. Después, en James se giró de espaldas.

—Me quedaré hasta domingo —dijo—. Después os tendréis que espabilar los dos sólo.

En James sintió que Helen no se movía durante un rato. Después, notó el rumor de unas pasas que se alejaban despacio.

—Estoy agotado —dijo en Patrik, y se desplomó al sofá junto al Erica. Su mujer le alargó una copa de vino, que cogió agradecido. En Martin estaba de guardia, así que se podía permitir una copeta sin tener mala conciencia.

—Cómo ha ido con en James? —preguntó.

—No conseguiremos que garli sin pruebas concretas, cosa que tardaremos bastante tiempo a conseguir. Hemos enviado a las balas a comparar, pero a los del laboratorio de medicina forense los sale el trabajo por las orejas.

—Es una lástima que no hayáis encontrado ninguna coincidencia con las huellas dactilares. Buena nariz, cuando pensaste que las que encontrasteis al cuerpo de la Nea podían encajar con las del envoltorio de galleta.

El Erica se acurrucó contra en Patrik y le dio un beso.

Los labios suaves y conocidos de su mujer hicieron que la tensión acumulada al cuerpo se relajara.

En Patrik apoyó el hacia el respaldo del sofá y soltó un suspiro largo.

—Cojones, qué gusto poder descansar un rato en casa. Pero tengo que trabajar un poco. Tengo que intentar dar cierta forma a todo esto.

—Piensa en voz alta —dijo la Erica, y se pasó los cabellos cabe atrás—. Muy a menudo todo se ve más claro cuando se piensa en voz alta. Y, por cierto, hoy yo también tengo cosas para explicarte...

—Ah, sí? De que se trata? —preguntó en Patrik, encuriosit.

Pero el Erica sacudió la cabeza e hizo un trago de vino.

—No, tú primero. Venga, te escucho.

—Bien, el problema es que ciertos puntos parecen claros como el agua, otros inciertos y todavía hay otros, simplemente, que no los pesco en absoluto.

—Explícate —pidió el Erica.

En Patrik asintió con la cabeza.

—No tengo ninguna duda que en James mató en Leif. Con la Colt. Y que después le colocó su arma en la mano derecha porque supuso que era derechista. Hizo una pausa, pero después continuó.

—Todo esto pasó, probablemente, después de que en Leif se pusiera en contacto con en James por algún asunto relacionado con el caso Stella. Decidieron verse y en Leif acabó muerto.

—Dos preguntas —dijo la Erica, levantando dos dedos—. Para empezar, qué motivo tenía para disparar a en Leif? Tal como lo veo, sólo hay dos alternativas: para proteger su mujer o para protegerse a si mismo.

—Sí, estoy de acuerdo. No sé de qué de las dos se trata. Personalmente me inclino por la segunda, protegerse a si mismo. Estamos bastante seguros que el hombre con quien la Stella solía jugar al bosque era en James. Siempre ha sido un lobo solitario.

—Habéis preguntado a los padres de la Nea si la niña los comentó nunca nada por el estilo? Que acostumbraba a jugar con alguien al bosque?

—No —dijo en Patrik—, pero según los padres no jugaba al bosque, sino al establo. solía jugar con «el gato negro», como lo denominaba la pequeña. Una mixeta gris con quien nos hicimos buenos amigos cuando fuimos a registrar la casa.

—De acuerdo —dijo el Erica, y hacía la impresión que rumiava más que no escuchaba—. Si damos por hecho que tienes razón y que en James fue quién

mató la Stella, y que después mató en Leif para cubrirlo, entonces aparecen un puñado de preguntas nuevas. Por qué las chicas confesaron que habían cometido el crimen? Y no te parece extraño que, unos años más tarde, en James se casara con Helen?

—Sí, ya lo sé —dijo en Patrik, también dando vueltas—. Tengo la sensación que todavía hay muchos pedazos de esta historia que no comprendemos. Y tengo miedo que no llegamos a hacerlo nunca. En Gösta está convencido que en James huirá en el extranjero antes de que tengamos la oportunidad de arrestarlo.

—No tenéis ninguna manera de impedirlo? No podéis conseguir una orden de prohibición de salida del país? Cómo dicen a las películas americanas: «No tienes permiso para abandonar esta ciudad»...

En Patrik va esclafir a reír.

—Ya me gustaría, pero no. No tenemos ninguna manera de evitarlo hasta que conseguimos pruebas concretas. Cosa que tardará tiempo. Tenía la esperanza que durante el cacheo encontraríamos armas sin permiso. Con esto habría habido bastante para poderlo retener una temporadeta y ganar un poco de tiempo.

Calló.

—Y qué era la otra? Has dicho que te preguntabas dos cosas.

—Sí, me pregunto como se podía pensar en James que un asesinato tan matusser podía pasar como un suicidio. Hablo del asesinato de en Leif. Si la autopsia se hubiera llevado a cabo de buena ley, se habrían dado cuenta enseguida que la bala no encajaba con la arma de en Leif. Son de calibres completamente diferentes.

—Yo me he hecho la misma pregunta —dijo en Patrik, mientras, pensarós, hacía cercar el vino dentro de la copa—. Pero después de haber hablado con él te la puedo responder con una sola palabra: arrogancia.

El Erica asintió con la cabeza.

—Y el asesinato de la Nea, pues? Cómo puede estar relacionado con el de la Stella, si todavía partimos de la hipótesis que en James asesinó la Stella y después en Leif para encubrirlo? Cómo encajamos la Nea?

—Esta es justamente la pregunta clave —dijo en Patrik—. En James tiene una coartada a prueba de bomba para este asesinato. Y, créeme, la hemos examinado a fondo. Era a Göteborg cuando la niña murió. De esto no hay ninguna duda.

—Y entonces quién puede haber sido? De quién son las improntas que encontrasteis al cuerpo y al envoltorio de galleta?

En Patrik extendió los brazos.

—Si lo supiera no estaría aquí sentado. Seria dentro del coche, a punto de detener el asesino de la Nea. Las querría cotejar con las improntas de Marie y Helen, pero cómo que encara no tengo suficientes pruebas para arrestarlas, no puedo exigir que me las den.

El Erica se levantó del sofá. Acarició la cara de en Patrik cuando pasó por ante su hombre.

—No te puedo ayudar con las dos chicas, pero sí con una de ellas.

—Qué? —dijo en Patrik.

El Erica desapareció hacia la cocina. volvió con una taza de café, que sostenía con mucha cautela con la ayuda de una bolsa de plástico.

—Quieres las improntas de Helen?

—¿Qué quieres decir? —preguntó en Patrik.

—Hoy ha sido aquí. Sí, ya lo sé, a mí también me ha sorprendido. Pero me ha trucado y ahora entiendo que debe de haber sido cuando habéis ido a registrar casa suya.

—¿Qué quería? —preguntó en Patrik, sin sacar los ojos de la taza que la Erica había dejado sobre la mesa de la sala de estar.

—Hablar de la Stella —respondió su mujer, y se volvió a sentar a su lado—. Era cómo si las palabras no dejaran de brotar de su boca. Y he tenido la impresión que estaba a punto de decir algo capital, pero, idiota de mí, la he interrumpido y le he preguntado si en James estaba implicado... Y entonces prácticamente ha salido volando de aquí.

—Pero antes le has confiscado la taza de café —dijo en Patrik, y levantó las dos cejas con elocuencia.

—De acuerdo, de acuerdo. No tenía ganas de rozar las tazas —hizo la Erica—, pero querías las improntas de Helen, oi? Pues aquí las tienes. Me sabe mucho grave, pero las de Marie te las tendrás que buscar todo solet. Si lo hubiera sabido antes, habría mangado la copa que usó cuando estuvimos tomando champán al Café Bryggan...

—A pelota pasada es muy fácil de decir —va esclafir a reír en Patrik, y recibió otro beso.

Después, de repente, la cara le adoptó una expresión grave.

—Escucha, Paula me ha pedido ayuda con una cuestión. En pocas palabras, en la casa que hay justo cuando se gira para subir hacia la granja de los Berg, vive una velleta encantadora. Ya sabes de qué casa te hablo, oi? Aquella linda de color rojo.

—Sí, ya sé qué quieres decir, la que está en venta? —preguntó el Erica, y volvió a demostrar que era una auténtica enciclopedia de todo el que pasaba a Fjällbacka.

—Exacto. La mujer tiene por costumbre sentar a la ventana por la mañana y hacer crucigrama. Mientras tanto va anotando todo el que pasa afuera. En esta libreta.

Sacó el bloque de notas azul marino de la Dagmar y lo dejó encima la mesa.

—Después de revisarla con profundidad, Paula insiste que algo no encaja, pero no acaba de encontrar de que se trata. Quizás algo de los coches... Sólo ha apuntado color y modelo, ninguna matrícula, así que no podemos averiguar quién son los propietarios de los coches que han ido pasando. Pero ni siquiera sé si es esto. Paula ha dado un vistazo, yo también lo he hecho, pero ninguno de los dos no sabemos decir qué es el que nos llama la atención.

—Déjamela —dijo el Erica, y cogió la libreta que en Patrik le ofreció.

Se tomó tiempo, parando atención a aquella letra recargolada. En Patrik intentó no observar su mujer mientras leía, así que se dedicó a hacer glopets de vino y a cambiar de canal el televisor. Al final, el Erica volvió a dejar la libreta sobre la mesa, abierta por el día que murió la Nea.

—Os habéis fijado en la información equivocada. Habéis sido buscando algo que os llamara la atención del que había anotado, no el que faltaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó en Patrik, y va arrufar el frente.

El Erica señaló las anotaciones hechas el lunes por la mañana.

—Aquí. Aquí falta una cosa. Una cosa que aparece por la mañana de todos los otros días.

—Qué? —preguntó en Patrik, sin sacar los ojos de las anotaciones.

En Patrik pasó un par de semanas cabe atrás y leyó las pequeñas anotaciones hasta que, por fin, comprendió qué quería decir la Erica.

—Todo el resto de mañanas ha anotado que Helen ha pasado corriendo por ante casa suya. Pero aquel lunes no lo hizo hasta la hora de comer.

—No te parece extraño? Debe de ser esto, el que Paula inconscientemente ha detectado, pero que no ha acabado de ver. Es una sensación tan frustrando... Tenerlo a la punta de la lengua.

—Helen... —dijo en Patrik en voz alta. Miró fijamente la taza que había encima la mesa.— Lo tengo que enviar a analizar mañana a primera hora. Pero puede pasar tiempo hasta que no sepamos si las improntas coinciden con los encuentros al envoltorio y al cuerpo de la Nea.

El Erica miró su hombre y levantó la copa.

—Pero esto no lo sabe Helen...

En Patrik se dio cuenta que su mujer tenía razón. Cosa que pasaba mucho y muy a menudo.

Provincia de Bohuslän, 1672

EL TESTIGOS HABÍAN IDO PASANDO. El Elin había conseguido adentrarse en un tipo de letargo y ya no escuchaba aquel montón de historias fantásticas sobre sus tratos con el diablo. Sólo deseaba que todo aquello se acabara. Pero después del almuerzo del tercer día se esparció un cuchicheo entre los reunir y el Elin salió del ensonyament. Qué era aquel ajetreo?

Después la vio. Con las trenzas rubias y la mirada clara.

Su vida. La cosa que más estimaba en el mundo. Su Märta. Cogida de la mano de la Britta, entró a la sala y, desconcertada, miró alrededor. El corazón del Elin hizo un bot. Qué hacía, allá, su hija? Todavía la querían humillar más, dejando que escuchara el que se decía sobre su madre? Después vio como la Britta hacía sentar la Märta al estrado y la dejaba sola. El Elin no lo entendía. Por qué tenía que sentar allá y no entre el público? Después lo comprendió. El Elin quería llamar.

—No, no! No le hacéis esto a la Märta! —dijo, perpleja.

La Märta se giró hacia ella, sin entender nada, y la Elin alargó los brazos hacia su hija. La niña hizo el gesto de levantarse y correr hacia ella, pero en Hierne la grapó y con fuerza la volvió a sentar a la silla. El Elin quería hacer añicos aquel hombre por haber puesto una mano sobre su hija, pero sabía que se tenía que contener. No deseaba que la Märta viera como los guardias se lo llevaban arrastrando fuera de la sala.

Así que serró los dientes y sonrió a su hija, pero sintió como las lágrimas empezaban a brotar. Era tan menuda. Tan indefensa.

—Aquí tenemos vuestra madre, oi, Märta? El Elin Jonsdotter.

—Sí, mi madre se llama Elin y está sentada allá —respondió la Märta, con una voz dulce y nítida.

—La Märta ha explicado algunas cosas a su tía y a su tío sobre el que hacía con su madre —dijo en Hierne, y miró las rengleres de bancos—. Nos podéis hablar un poco, Märta?

—Sí, la madre y yo solíamos ir a Blåkulla, la montaña de las brujas! —explicó la Märta, impaciente.

Dentro de la sala, la gente llamó horrorizada y la Elin cerró los ojos.

La Märta continuó.

—Acostumbrábamos a ir volando con nuestra vaca, Rosa —dijo, como si fuera un cuento—. Hasta Blåkulla. Y allá había fiesta y diversión. Y todo se hacía al revés: sentabas de espaldas a la mesa, comías por sobre el hombro y con platos cambiados y con el orden inverso, los postres primero. Bien, las cenas más divertidas del mundo.

—Fiesta y diversión, nada más y nada menos —dijo en Hierne, y profirió una risa nerviosa—. Nos podéis hablar más de estas fiestas? Quién asistía? Qué se hacía?

Con una sorpresa y horror crecientes, el Elin sintió como su hija describía con una grande fantasea los viajes en la montaña de las brujas y en Hierne incluso

consiguió que la niña dijera con un hilo de voz que había visto su madre fornicar con el demonio.

El Elin no comprendía cómo habían sido capaces de hacer que la Märta se inventara aquellas mentiras. Miró la Britta, sentada con una sonrisa de oreja a oreja a los labios, y que se había puesto otro vestido, precioso y nuevo de trinca. Su hermana saludó la Märta con la mano, la cara de la cual se iluminó y le volvió el saludo. No había ninguna duda que la Britta había hecho todo el posible para ganarse la niña después de que cerraran la Elin en la prisión.

La Märta no era capaz de entender qué estaba haciendo. Sonrió a su madre mientras continuaba explicando aquellas historias. Para su hija no eran nada más que cuentos. Alentada por en Hierne, continuó hablando de las brujas que había conocido a Blåkulla y los niños con quién había jugado.

El diablo se había mostrado especialmente interesado en la Märta. La niña había podido sentar a su regazo y contemplar su madre bailar sin ni un pedazo de ropa tapándole las vergonyes.

—Y en la sala del lado de la fiesta había otra que se decía Vitkulla y allá había ángeles que jugaban con nosotros, los niños. Y eran bonitos y maravillosos.

Apenas me lo podía creer!

Encisada, la Märta se cogió las manos.

Mirara donde mirara, el Elin no hacía más que ver bocas abiertas y ojos como naranjas. Se hundió todavía más. Cómo podía hacer frente a todo aquello? Su propia hija daba testigo de la montaña de las brujas y que su madre había fornicado con el diablo. Su Märta. Su preciosa, inocente y cándida Märta. Miró aquella carona, explicando sus cuentos ante un público entregado, y sintió que el corazón le estallaba de dolor y enyor.

Finalmente ya no tenían más preguntas para la Märta y la Britta se acercó al estrado para llevarse la niña. Cuando la Märta cogió la mano de su tía y empezó a andar hacia la salida, se giró hacia la Elin con una sonrisa de oreja a oreja y se despidió con la mano.

—Espero que volvéis pronto a casa, madre —dijo—. Os echo de menos.

El Elin ya no tuvo fuerzas para soportar aquel dolor. Se inclinó ninguno adelante tapándose la cara con las manos y lloró las lágrimas del condenado.

—C

OLMO OS VA A LA CASA NUEVA? —preguntó en Bill, y dio gracias que ahora ya se podía hacer entender, si hablaba despacio y vocalizando.

—Bien —respondió en Khalil.

En Bill se preguntó si le estaba diciendo la verdad. Los dos chicos se veían muy cansados y hacía la impresión que el fervor rebelde tan propio del Adnan había desaparecido.

El día siguiente darían el alta a en Karim. Volvería a casa y vería sus hijos, pero no la Amina.

—Vireu hacia viento, *turn up in the wind* —dijo, y con la cabeza señaló hacia babor.

El Adnan hizo el que había dicho. Los dos habían mejorado mucho. Pero navegaban sin alegría. Era cómo si los faltara el aire, una expresión que en Bill mismo se dio cuenta que era perfecta en aquellas circunstancias.

Todavía no había hablado con en Nils y sabía que era porque no se sentía capaz de afrontar el momento. No sabía qué le tenía que decir. Sentía que estaban muy lejos el uno del otro. Ni siquiera la Gun se veía con corazón de hablar. Llegaba tarde al atardecer, arrastrando los pies. Apenas pronunciaba un «hola». Sólo un gruñe ininteligible.

En Bill cazó vela con mucha suavidad. Tendría que estar instruyendo aquellos dos chicos, usar aquel rato para intentar enseñarlos tanto cómo pudiera para la vuelta a Dannholmen. Pero las caras de en Khalil y la Adnan se le aparecían grises contra la blancura de la vela y supuso que él tenía la misma expresión de resignación. Su disparo distintivo había sido siempre el entusiasmo. Ahora lo había abandonado y en Bill ya no sabía quién era.

Cuando indicó que tenían que virar, los chicos siguieron las instrucciones. En silencio y sin objeciones. Sin ánimo. Como una tripulación fantasma.

Por primera vez de acá que había puesto en marcha aquel proyecto, dudó. Cómo serían capaces de navegar sin pasión? Los barcos no tan sólo se movían con el viento.

Era bien temprano por la mañana cuando trucaron a la puerta de casa de Helen y en James. En Patrik había telefonado a Paula así que se había despertado y le había pedido que lo acompañara. No sabía si el plan que se habían empescat con el Erica funcionaría, pero, si no se equivocaba con Helen, tenían muchas probabilidades de éxito. La puerta se abrió y Helen los miró con cara de no entender nada. Iba vestida de calle y parecía que hacía un buen rato que estaba quitada.

—Queríamos hacerte unas cuántas preguntas. Nos podrías acompañar a comisaría?

En Patrik aguantó la respiración y rogó que en James no estuviera en casa. De lo contrario podrían tener problemas. No tenían ninguna autorización de la fiscalía

para llevársela. Nada que lo obligara a acompañarlos. Dependían totalmente de la buena voluntad de Helen.

—Esclar —respondió, y miró hacia el interior de la casa.

Pareció que quería hacer algo, pero después cambió de idea, cogió un biombo del cuelga-ropa del recibidor y salió. En ningún momento los preguntó qué querían, no mostró ninguna señal de rabia, no cuestionó nada. Se limitó a acotar la cabeza y, sin badar boca, se metió al coche patrulla. Mientras iban hacia comisaría, en Patrik intentó entablar conversa, pero Helen sólo respondía con monosílabos.

Cuando llegaron, en Patrik cogió un par de tazas de café de la cocina y las llevó a una de las dos salas de interrogatorio. Helen continuaba sin decir nada y en Patrik se preguntó qué debía de estar pensando aquella mujer. No pudo evitar hacer un bostezo e hizo un esfuerzo para mantener la cabeza clara. No había aclucado los ojos en toda la noche, repasándolo todo, todas las cabezas sin ligar del caso, o más bien de los casos, y el que el Erica le había comentado el día antes. Todavía no veía la relación con claridad, pero estaba convencido que Helen era la clave.

—Puedo grabar la conversación? —dijo, señalando el aparato que había sobre la mesa.

Helen asintió con la cabeza.

—Ayer hablamos con tu hombre —empezó. Cuando vio que no obtenía ninguna reacción, decidió continuar:— Tenemos pruebas que lo relacionan con el asesinato de en Leif Hermansson. Doy por sentado que te suena este nombre.

Helen volvió a asentir con la cabeza.

—Era el responsable de la investigación del asesinato de la Stella.

—Exacto —dijo en Patrik, y también asintió con la cabeza—. Creemos que tu hombre asesinó en Leif.

Volvió a esperar esperar una reacción. No llegó. Por otro lado, en Patrik se dio cuenta que aquella acusación no parecía sorprenderla.

—sabes algo?

La miró con fijeza, pero Helen hizo que no con la cabeza.

—No, nada.

—También tenemos motivos para creer que tu hombre guarda armas en casa para las cuales no tiene ninguna licencia. tienes constancia?

Volvió a sacudir la cabeza, pero no respondió.

—Perdona, necesitamos una respuesta verbal porque pueda quedar registrada a la grabadora —dijo en Patrik.

Helen dudó un instante, pero después dijo:

—No, no tengo ninguna constancia.

—Sabes por qué razón tu marido podría haber muerto el policía que se encargó de la investigación del asesinato por el cual Marie y tú fuisteis declaradas culpables?

—No —respondió, y la voz se agrietó. Helen se fregó la garganta y repitió:— No, no lo sé.

—No sabes por qué lo hizo? —repitió en Patrik.

—No, no sé si en James mató en Leif, así que no tengo ni idea de qué motivo podría haber tenido —respondió, y por primera vez miró en Patrik a los ojos.

—Pero si te digo que tenemos pruebas que lo demuestran, qué me dirías?

—Os diría que me las enseñarais —replicó Helen, y de repente la había invadido una cierta serenidad.

En Patrik dejó pasar un minuto y después dijo:

—Pues quizás podríamos hablar del asesinato de la Linnea Berg.

Helen lo fulminó con la mirada.

—Aquel día mi hombre había marchado por trabajo.

—Ya lo sabemos —dijo en Patrik, tranquilo—, pero tú estabas en casa. Qué hiciste aquella mañana?

—Ya os lo he explicado. El mismo que hago siempre. Cada mañana. Salí a correr.

Algo centelleó al fondo de los ojos de Helen.

—Pero aquella mañana no saliste a correr, Helen. Mataste una niña pequeña. No sabemos por qué, pero nos encantaría que nos lo explicaras.

Helen no dijo nada. Bajó los ojos a la mesa. Las manos a las rodillas, muy quietas.

En Patrik sintió un instante de compasión, pero después recordó el que había hecho aquella mujer y continuó con una voz dura como el acero:

—Helen, el cacheo que llevamos a cabo ayer no es nada en comparación con el que haremos para encontrar pruebas que nos digan como asesinaste una criatura inocente. Lo revolveremos todo, buscaremos en cada pequeño detalle de tu vida, de vuestras vidas.

—No tenéis ninguna prueba —dijo Helen, con voz rota.

Pero en Patrik se dio cuenta que las manos le temblaban. Vio que aquella mujer vacilaba.

—Helen —dijo con voz dulce—, tenemos tus huellas dactilares en un envoltorio de galleta que encontramos al establo. Tenemos tus improntas al cuerpo de la niña. Se ha acabado. Si confieras, no registraremos todo tu mundo hasta que descubrimos hasta el secreto más minúsculo que tú y tu familia escondéis. Es el que quieres?

En Patrik torció la cabeza.

Helen miraba se miraba las manos fijamente. Después levantó el hacia poco a poco.

—Yo la maté —dijo—. Y también maté la Stella.

El Erica miró todo el que había colgado a la pared. Las fotografías, los artículos, los extractos de informes policiales y forenses, las notas que había pasado a limpio de las conversaciones con la Harriet, la Viola, Helen, Marie, en Sam y la Sanna. Dio un vistazo a la fotografía de la Stella, junto a la fotografía de la Nea. Por fin habían llegado al final del camino. Sus familias habían obtenido una respuesta, aunque para la Sanna llegaba demasiado tarde. Pero como mínimo ahora sabría el que le había pasado a su hermana pequeña. Cuando en Patrik le había trucado y le había explicado que Helen había confesado que era la autora de los dos crímenes, la primera persona en quién había pensado la Erica había sido justamente en ella. En la Sanna, que se había quedado suela en el mundo.

El Erica se preguntó como se habían tomado aquella noticia los padres de la Nea. Si era peor que su hija hubiera sido asesinada por una vecina, una cara

conocida, alguien con quien havien tratado, o si todavía habría sido peor que el asesino hubiera sido uno desconocido. Probablemente no era importante. Fuera como fuera, su hija no volvería. También se preguntó si decidirien continuar viviendo en aquella casa. El Erica creía que ella no sería capaz. Continuar viviendo en aquel mismo lugar, con los recuerdos de una niña alegre y risueña que nunca más no volvería a correr por aquel patio. Constantemente presente. Encendió el ordenador y abrió el Word. Los meses de investigación en qué había llegado a conocer las personas implicadas, había compilado información y llenado los vacíos, la habían traído a un punto en que ya podía ponerse a escribir el libro. Sabía exactamente por donde lo quería empezar. Con dos niñas pequeñas. Dos criaturas que no pudieron disfrutar más que de unos pocos años a la tierra. Quería darlos vida, conseguir que su recuerdo siguiera vive a la cabeza de los lectores, incluso después de que hubieran acabado de leer el libro. Respiró fondo y puso los dedos encima el teclado.

La Stella y la Linnea eran iguales en muchos sentidos. Vivían una vida llena de fantasía y aventuras, en un mundo compuesto por una granja a tocar de un bosque. A la Stella le encantaba aquel bosque. Así que podía, se escapaba para ir a jugar con su amigo, el tío Verde, real o imaginario, quizás no lo sabremos nunca. No todas las preguntas han encontrado respuesta y sólo las podemos suponer o intuir. El lugar preferido de la Linnea, en cambio, era el establo. En la oscuridad y la paz de su interior jugaba tan a menudo como podía. Su mejor amigo no era imaginario, sino el gato de la familia. Para la Stella y la Linnea no había límites. La imaginación las podía hacer viajar donde fuera. Se sentían seguras. Eran felices. Hasta el día que se cruzaron con alguien que los quiso hacer daño. Esta es la historia de la Stella y la Linnea. Es la historia de dos niñas pequeñas que tuvieron que aprender demasiado pronto que el mundo no siempre es bueno.

El Erica levantó las manos del teclado. Los meses siguientes tendría que pulir las palabras y las frases un montón a veces, pero sabía que quería empezar así, y era así como quería presentar la historia. Sus libros no eran nunca una cuestión de blanco o negro. A veces había recibido críticas por haber mostrado una cierta comprensión hacia personas que habían cometido unos crímenes brutales y terribles. Pero creía en la idea que nadie nacía malvado, sino que, de alguna manera, era el destino el que nos formaba a todos. Algunos como víctimas. Otros como verdugos. Todavía no conocía los detalles del que Helen tenía que decir. Qué había pasado. Qué la había llevado a arrebatarse la vida de aquellas niñas pequeñas. En muchos sentidos le resultaba enormemente difícil de concebir que la mujer esprimatxada que el día anterior sentaba a su cocina hubiera asesinado dos niños. Y, a la vegada, las piezas del rompecabezas encajaban. Ahora comprendía aquel nerviosismo que irradiaba Helen. Era el sentimiento de culpa. E incluso entendía por qué se había asustado cuando le había empezado a preguntar sobre en James y el asesinato de la Stella. Naturalmente, había tenido miedo que echaran el muerto del que ella había hecho a su marido.

Son muchas las personas que quedan afectadas cuando un ser humano muere. El efecto se esparci como los círculos en el agua. Pero, evidentemente, quien se encuentra en el epicentro sufre más que nadie. El dolor se transmite de generación en generación. El Erica se preguntaba qué pasaría con el hijo de Helen. Cuando lo había conocido, en Sam le había parecido un chico terriblemente frágil. A primer vistazo, podía aparentar una cierta dureza, con

aquellos cabellos negros como el carbón, la ropa negra, las uñas del mismo color y los ojos pintados. Pero, debajo de todo aquello, el Erica había visto una enorme vulnerabilidad y había sentido cómo si hubiera llegado al fondo del corazón de aquel adolescente. Cómo si buscara con desesperación alguien en quién poder confiar. Ahora se quedaría solo con su padre. Otra criatura la vida de la cual había quedado anorreada. Y, dentro de la cabeza de la Erica, no paraba de dar vueltas la misma pregunta: por qué?

En Gösta se había ido a la granja de los Berg a hablar con la familia. No lo quería hacer por teléfono, le parecía demasiado frío, demasiado impersonal. Los padres de la Nea lo tenían que sentir de viva voz.

—Helen? —dijo Eva, con incredulidad. Aferró la mano de en Peter.— Por qué?

—Todavía no lo sabemos —dijo en Gösta.

Los padres de en Peter estaban sentados a la mesa, sin badar boca. Las pieles tostadas por el solo habían empezado a empal·ludir y habían envejecido desde la primera vez que en Gösta los había visto.

—No lo entiendo... —En Peter sacudió la cabeza.— Helen? Casi ni conocíamos aquella familia, de vez en cuando intercambiábamos cuatro palabras. Esto es todo.

Miró en Gösta cómo si le pudiera aportar las respuestas que necesitaba, pero no las tenía. Él se hacía exactamente las mismas preguntas.

—Incluso ha confesado ser la autora de la muerte de la Stella. Ahora mismo lo estamos interrogando y volveremos a registrar casa suya para encontrar más pruebas. Pero ya tenemos suficiente información y la confesión de Helen sólo es el último clave para cerrar la caja.

—Cómo murió? Qué le hizo?

Las palabras de Eva apenas eran perceptibles y más bien formulaba aquellas preguntas al aire que no a alguien en concreto.

—Todavía no sabemos gran cosa, pero os mantendremos informados.

—Y en James? —dijo en Peter, desconcertado—. Nos ha llegado que os lo habíais llevado a comisaría para interrogarlo. Pensábamos que...

—Se trata de un asunto completamente diferente —hizo en Gösta.

No podía explicar nada más a la familia de la Nea. No podían relacionar en James con el asesinato de en Leif antes de que recibieran el informe de los análisis y tuvieran pruebas concluyentes. Pero en Gösta sabía que Fjällbacka, bien, toda la comarca, iba llena de rumores. A nadie le había pasado por alto el cacheo en casa de Helen o que se habían llevado en James a la comisaría.

—Pobre chico —dijo Eva, despacio—. El hijo de Helen y en James. Siempre parece tan perdido... Y ahora todo esto...

—No te preocupes por él —dijo en Peter, bajito—. Es vivo. La Nea, no.

Dentro de la cocina se hizo el silencio. Sólo se sentía el rumor del reloj de pared. Al final, en Gösta se fregó la garganta.

—Quería que lo supierais por mí. En el pueblo se llamarán muchas cosas, pero no hacéis caso de los rumores. Os prometo que os mantendré informados.

No respondieron. En Gösta cogió fuerzas para encarar la siguiente cuestión.

—Y también os quería explicar que ya tenemos el informe de... la autopsia. Pronto os volveremos la Nea, así que podéis empezar los preparativos para...

No acabó la frase.

En Peter lo miró a los ojos.

—Para enterrarla —dijo.

En Gösta asintió con la cabeza.

—Sí, para enterrar la Nea.

Después ya no había muy más para decir.

Mientras se alejaba de la granja miró por el retrovisor. Durante un instante breve le pareció entrever dos niñas pequeñas que lo saludaban con la mano. En Gösta cerró y abrió los ojos y después ya no estaban.

—Hienas asquerosas! —exclamó en James.

Lanzó el teléfono bien lejos y se puso a pasear por la cocina arriba y abajo. En Sam lo observaba sin decir nada. Una parte para sus adentros disfrutaba viendo en James fuera de sí. Él, que siempre lo tenía que tener todo bajo control, que se pensaba que era el amo y señor del mundo entero.

—Realmente se piensan que empezaré a concederlos entrevistas? —dijo—. «Queríamos saber qué piensas de...» Cojones!

En Sam se apoyó contra la nevera.

—Espero que aquella tenga bastante cabe para mantener la boca cerrada —dijo en James, y se paró.

Después fue cómo si se diera cuenta que en Sam lo estaba sintiendo. Moviό la cabeza.

—Todo el que he hecho por vosotros. Todo el que he sacrificado por vuestro bien. I ni una migaja de refotuda gratitud. —En James volvía a pasearse arriba y abajo.— Treinta años de orden y concierto. Y después este maldito caos.

En Sam sentía las palabras, pero era cómo si hubiera abandonado el cuerpo. Ya no lo podía afectar. Todo se arreglaría. Ya no habría más secretos, él se encargaría de limpiarlo todo. Hasta que llegara el momento, era cómo si viviera cerrado dentro de una burbuja. Con la Jessie. Nada del mundo exterior los podía afectar. Ni el cacheo del otro día, que en un primer momento se había temido que iba por él, que se habían enterado de sus planes. Ni que la madre fuera a comisaría. Nada de nada.

Ya habían empezado los preparativos. La Jessie lo había entendido cuando había leído la libreta. Había entendido el que en Sam tenía intención de hacer y había entendido por qué había que hacerlo.

Miró en James, plantado ante la ventana de la cocina, temblando de la frustración.

—Sé que me detestas —dijo en Sam, con serenidad.

En James se giró hacia él, lo miró con fijeza con los ojos como dos naranjas.

—De que me estás hablante? —preguntó.

—Eres una persona insignificante —respondió en Sam, despacio, y vio como en James estrechaba los puños.

La vena gruesa al lado derecho del cuello le palpitaba con fuerza y en Sam disfrutó con la reacción que había conseguido. Miró en James a los ojos. Por primera vez a la vida no apartó la mirada.

Toda la vida, en Sam había tenido miedo, había dudado, se había esforzado porque todo le fuera indiferente, pero, aún así, había permitido que le hicieran

daño. La rabia había sido su peor enemigo, pero ahora eran amigos. Había cogido la ira de la mano y ella le había otorgado el poder. Hasta que no se dejaba de tener miedo de perder algo, no se conseguía un poder real. En James no lo había entendido nunca.

En Sam vio que en James dudaba. Un instante breve. Una ojeada rápida, evasiva. Después el odio. En James hizo una pasa ninguno adelante, levantó la mano. Entonces alguien trucó a la puerta. En James se estremeció. Lanzando una última mirada larga y fulminando a en Sam, se fue a abrir. La voz de un hombre al otro lado.

—Hola, James. Tenemos permiso para volver a registrar la casa.

En Sam apoyó la cabeza contra la nevera. Después salió por el detrás por la puerta del porche. La Jessie lo estaba esperando.

El ambiente era tientes en todo el pueblo. La noticia se había esparcido como una mancha de aceite de la manera como pasa en los pueblos pequeños, sin que nadie sepa el porqué. De repente, todo el mundo lo sabe.

La Sanna había bajado al quiosco Centrum y allá se enteró. No se había visto con corazón de hacer la comida, así que se tendría que espabilar con una salchicha rápida con puré de patatas. La gente había empezado a hablar mientras hacía cola. Sobre la Stella. Sobre Helen. Sobre la Linnea. En un primer momento no había entendido de que se trataba, así que lo había preguntado al chico que tenía detrás. Lo había reconocido como un habitante de Fjällbacka y el xicot la había informado que la policía había detenido Helen por el asesinato de la Linnea. Que había confesado que había muerto las dos niñas, la Nea y la Stella. La Sanna se había quedado petrificada. Se dio cuenta que todos los que sabían quién era la miraban fijamente, esperando una reacción. Pero la Sanna no tenía nada para ofrecerlos. Aquello sólo confirmaba el que ya sabía, que como mínimo Helen era una de las dos autoras. Pero, a la vegada, le parecía de lo más extraño. La Sanna siempre había visto a Marie y Helen cómo uno todo. Ahora, pero, por fin tenía una cara. Una responsable. El pequeño corcó que los últimos treinta años lo había sido mordisqueando por dentro había desaparecido. Ahora sabía la verdad. Era una sensación indescriptible.

Salió de la cola. De repente ya no tenía hambre. Se puso a andar hacia el mar, por el muelle que se extendía a tocar de la oficina de información turística, y se sentó al final de la embarcador flotante con las piernas cruzadas. Una brisa leve a los cabellos. Va a clucar los ojos y disfrutó del aire fresco. Sintió voces, gritos de gaviotas, dring de platos y tazas al Café Bryggan y algún coche escadusser. Y vio la Stella. La vio correr hacia el umbral del bosque con ojos provocadores, mientras la Sanna la perseguía. Vio aquella manecilla levantada saludándola y una sonrisa que mostraba unas dentetes del delante ligeramente torcidas. Vio la madre y el padre, entonces, antes de que pasara todo, antes de que el dolor y los interrogantes hicieran que lo olvidaran. Vio a Helen. Helen de trece años, que en secreto había admirado. Y Helen adulta, con la mirada esquiva y los hombros abatidos. Sabía que pronto empezaría a preguntarse por qué, pero todavía no, no hasta que aquella brisa tan deliciosa hubiera desaparecido y la serenidad que le había producido aquella noticia la hubiera abandonado del todo.

Treinta años. Treinta años eternos. La Sanna giró la cara hacia el viento. En

aquel momento, finalmente, llegaron las lágrimas.

Provincia de Bohuslän, 1672

TNADA DÍAS DESPUÉS DE DAR el juicio por acabado, en Lars Hierne, de la comisión contra la brujería, se presentó en la prisión. El Elin esperaba en la oscuridad. Resignada. Suela. Esta vez le habían dado un poco de comer, no mucho. Papilla rancia que habían abocado en un bol con un poco de agua. Se sentía débil y estaba helada, y se había acostumbrado a las ratas, que por las noches le mordisqueaban los dedos de los pies. Ellos le habían arrebatado todo el resto, así que el Elin podía dejar que las ratas le tomaran la carne de las piernas. La claridad hizo que tuviera que medio cerrar los ojos cuando el prefecte abrió la puerta. En Hierne era allá, tan elegante como siempre, tapándose la nariz con un pañuelo blanco para no tener que soportar aquella fortor. El Elin ya no era capaz de sentirla.

—Elin Jonsdotter, habéis sido acusada de brujería y ahora tenéis oportunidad de confesar vuestro crimen.

—Yo no soy ninguna bruja —dijo, con serenidad, y se puso derecha. va, intentó espolsar-se la ropa, pero estaba cubierta de una capa gruesa de suciedad. En Hierne la miró con asco.

—Esto ya lo han dejado claro las pruebas. He sentido que flotasteis como un cisne. Añadid todos los testigos durante el juicio. La confesión es únicamente por vuestro bien. Porque se os pueda perdonar el pecado que habéis cometido y os podáis unir a nuestra congregación.

El Elin se apoyó contra la gélida pared de piedra.

La cabeza le daba vueltas. El sentido último de aquella vida a la tierra era poder entrar al cielo, asegurarse un lugar junto al Señor y vivir eternamente, sin las penurias ligadas a la dureza del día a día que representaba la existencia para los pobres.

Pero hizo que no con la cabeza. Mentir era pecado. Ella no era ninguna bruja.

—No tengo nada para confesar —dijo, y sacudió la cabeza.

—De acuerdo, pues ahora hablaremos —respondió, y con la mano hizo un gesto a los guardias.

Se la llevaron pasillo allá y de un empujón la hicieron entrar en otra sala. El Elin resopló cuando vio el que había adentro. Un hombre corpulent, de barba larga, cobriza y esbullada, la miró. Por todas partes había instrumentos y aparatos extraños y el Elin se giró hacia en Hierne sin entender nada.

El prefecte apuntó una sonrisa.

—Os presento el maestro Anders. Hemos trabajado plegados muchos años para sacar en la luz la obra del diablo. Ha hecho confesar brujas de todo el país. Vos tendréis la misma oportunidad, Elin. Por eso os lo pregunto una vez más. Queréis aprovechar la ocasión que se os ofrece para confesar vuestro crimen?

—No soy ninguna bruja —respondió la Elin con un hilo de voz, sin sacar los ojos de los objetos que llenaban la sala.

En Hierne rió, burlón.

—De acuerdo. Así, pues, dejaré que el maestro Anders haga su trabajo —

sentenció, y salió de la sala.

El hombre corpulento de barba roja y esbullada la observó un rato sin badar boca. La mirada no exudaba hostilidad, más bien indiferencia. En cierto modo, aquellos ojos todavía infundían más temor que el odio a que se había tenido que acostumbrar el Elin.

—Por favor —dijo, pero el hombre no reaccionó.

Se estiró para coger una cadena del techo y el Elin puso los ojos como dos naranjas.

Chilló y retrocedió hasta que sintió la pared fría y húmeda contra la espalda.

—No, no, no.

Sin decir ni media palabra, el hombre la grapó por las muñecas. El Elin se resistió empujando con los pies descalzos contra tierra, pero fue va. Con una gran facilidad, la ligó de manso y pies. Levantó unas tijeras ante la Elin, que llamó fuera de sí. Se va recargolar por tierra de un lado a otro, pero el hombre, con toda la serenidad del mundo, la sujetó por los cabellos largos y empezó a cortarlos. Copo detrás copo, sus preciosos cabellos cayeron en tierra y el Elin se puso a sollozar de la impotencia.

El maestro Anders se levantó y cogió una botella que había encima de la mesa. Cuando sacó el tapón, el Elin pudo sentir el olor de alcohol. Esclar, era evidente que el hombre necesitaba coger fuerzas para la tarea que le habían asignado.

Rogó que diera un trago, que lo ayudaría a soportar el dolor, pero no confiaba. En vez de acercarse la botella a la boca, el hombre le abocó el alcohol a la cabeza y la Elin cerró los ojos con fuerza porque no entrara.

Ya no se veía y tuvo que confiar en el oído. Sentía algo que rozaba otra y le pareció reconocer el ruido de un pedrenyal. Poco después sintió olor de fuego.

Notó que lo invadía el pánico y se va recargolar con más fuerza.

Y entonces llegó el dolor. El maestro Anders había acercado la llama a la cabeza de la Elin y el alcohol se había encendido y había quemado el resto de cabellos que le quedaban, como también las cejas.

El dolor era insoportable y el Elin tuvo la sensación de abandonar el cuerpo y verse desde fuera, desde arriba. Cuando las llamas se apagaron, la fortor de pelo quemado le penetró por la nariz, el estómago se le revolvió y el Elin va perbocar a tierra.

El vómito la manchó toda. El maestro Anders hizo una mueca, pero continuó sin badar boca.

La levantó de tierra. Le ligó algo alrededor de las manos y la estiró hacia arriba. El dolor que le producían las quemaduras hacía que le costara respirar, pero entonces otro, el de la cadena segándole la carne a las muñecas y la sangre que empezaba a brotar, la hizo chillar.

El Elin ya no sabía donde era y en un primer momento no entendió qué le estaba aplicando a las axilas aquel hombre. Pero entonces sintió mal olor de azufre y el ruido del pedrenyal. Agitó las piernas febrilmente, colgada de la cadena.

Berreó de dolor cuando el maestro Anders encendió el azufre de las axilas. Cuando se hubo consumido, el Elin enmudeció y colgaba con la cabeza contra el pecho. Sólo era capaz de gemir, el dolor era abassegador.

No sabía cuánto de tiempo hacía que era allá colgada. Si se trataba de un minuto o de horas. Fuera como fuera, el maestro Anders se había sentado, sin ninguna

prisa, a la mesa y estaba comiendo. Cuando hubo acabado, se enjugó la boca. Los ojos ya no le cocían como antes y era capaz de intuir sombras borrosas. La puerta se abrió y la Elin giró la cabeza, a pesar de que sólo vio una figura oscura. La voz, pero, la reconoció perfectamente.

—Estáis dispuesta a confesar vuestro crimen? —preguntó en Hierne, despacio y con nitidez.

Por dentro, el Elin estaba entregando una auténtica batalla. Quería que acabara aquel dolor, a brazo partido, al precio que fuera, pero cómo podía reconocer un crimen que no había cometido? No era pecado, mentir? Qué misericordia mostraría el Señor si mentía?

El Elin hizo que no con su cabeza malograda e intentó articular unas palabras con unos labios que no la querían obedecer.

—Yo... no... soy... ninguna... bruja.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Después, en Hierne dijo, cansado:

—De acuerdo. Pues el maestro Anders tendrá que continuar.

La puerta se cerró y la Elin se volvió a quedar suela con aquel hombre.

—C

OLMO HA IDO?

En Mellberg sacó la cabeza por la puerta del despacho cuando en Patrik pasó por delante. Su compañero lo miró sorprendido. Muy pocas veces la puerta del despacho de en Mellberg era abierta, pero aquel caso, o casos, tenían algo que había hecho que a la comisaría todos se implicaran.

En Patrik se paró y se apoyó contra el marco de la puerta.

—Nos ha tocado la gorda. Hemos encontrado restos de ropa de la Nea al hogar de fuego de la sala de estar. Helen había conseguido quemar buena parte de las piezas, pero, por suerte, la ropa contendía plásticos que no se han destruido. Además, hemos encontrado enseres de limpieza con trazas de sangre y unas cuantas galletas de chocolate Kex al armario de la cocina, a pesar de que hay en muchas casas, así que quizás no lo podremos considerar una prueba... Pero con los restos de plástico y los productos de limpieza hay más que suficiente para confirmar la confesión.

—Ha dicho algo de los motivos? —preguntó en Mellberg.

—No, pero ahora volveré a hablar. Quería esperar hasta tener el resultado del cacheo. Y quería que sufriera un par de horas, creo que ahora se mostrará más dispuesta a hablar.

—De acuerdo, pero piensa que ha sido capaz de tener la boca cerrada treinta años —dijo en Mellberg, escéptico.

—Tienes toda la razón, pero ahora ha decidido confesar, oi? Creo que nos lo quiere explicar.

En Patrik miró alrededor.

—Dónde es el Ernst?

En Mellberg hizo una mueca.

—Aix, Rita es una sentimental. Casi es ridículo...

Calló.

En Patrik esperó unos segundos, pero después hizo un gesto con la mano.

—O sea que el Ernst es...

En Mellberg se rascó el caparazón, incómodo.

—Bah, ya sabes como va. Están tan encantados con el pobre bicho, aquellos chiquillos... Y no han tenido las cosas nada fáciles, para decirlo de alguna manera. Así que he pensado que se podía quedar en casa...

En Patrik ahogó una risa. En Bertil Mellberg. En el fondo del fondo, era, innegablemente, un trozo de pan.

—Te felicito, una buena pensada —dijo, pero en Mellberg se limitó a reír por debajo la nariz—. Ahora me voy a hablar con Helen. Oi que no explicarás nada del que te acabo de decir a los diarios?

—Me ves capaz? —En Mellberg se puso la mano al pecho. —Yo, que soy como Fuerte Knox cuando se trata de información!

—Mmm... —hizo en Patrik, y no se pudo estar de sonreír cuando se giró.

Al pasar por ante el despacho de Paula, hizo un gesto porque lo acompañara y, plegados, entraron a la sala de interrogatorio. El Annika había hecho ir Helen y se había asegurado que tuvieran café y bocadillos. No consideraban Helen una

persona agresiva o con riesgo que huyera, así que la trataban más como una visita que no como una criminal. En Patrik siempre había creído en la filosofía que se atrapaban más moscas con miel que con un matamosques.

—Hola, Helen, como estás? Quieres que haya un abogado? —preguntó, y puso en marcha la grabadora.

Paula se sentó junto a en Patrik.

—No, no hace falta —respondió Helen.

Estaba pálida, pero serena, y no parecía nerviosa ni alterada. Llevaba los cabellos oscuros con algunas pinceladas de blanco recogidos en una cola sencilla y tenía las manos entrelazadas encima la mesa.

En Patrik se la miró unos segundos con calma. Después dijo:

—En casa tuya hay cosas que confirman el que nos has explicado. Hemos encontrado restos de la ropa de la Nea que has intentado destruir y también sangre en uno echara, en una bayeta y en un cubell.

Helen quedó petrificada. Miró en Patrik de hito en hito un buen rato, pero después hizo la impresión que se relajaba.

—Sí, tienes razón —dijo—. Quemé la ropa de la niña al hogar de fuego y limpié el establo. Supongo que también tendría que haber quemado estas cosas.

—El que no entendemos es el motivo. Por qué mataste la Stella y la Nea?

La voz de en Patrik era suave.

Helen asintió con la cabeza. Dentro de aquella sala no había ninguna sensación de rabia ni de agresividad. Ben al contrario, el ambiente que se respiraba era casi soporífero. Quizás se debía de a aquel calor, quizás era la impresión que Helen había lanzado la toalla. Apartó la mirada. Después empezó a hablar:

—Marie y yo estábamos muy contentas de poder pasar un rato juntas. Hacía un día precioso, como había sido durando todo el verano. Pero, de pequeños, todos los veranos son soleados, oi? O como mínimo años más tarde nos lo parece. Decidimos que bajaríamos con la Stella hasta la plaza y compraríamos helados. Se puso muy contenta, aunque la Stella siempre lo estaba. A pesar de que éramos más grandes que ella, nos gustaba jugar con la niña de vez en cuando. Y a la Stella le encantaba acercarse a nosotros sin que la viéramos. El que la divertía más era aparecer de la nada y asustarnos. Y nosotros se lo dejábamos hacer. Tanto a Marie cómo yo. Nos lo estimábamos muchísimo...

Helen calló y empezó a toquejar una uña rota. En Patrik le dio tiempo.

—Nos llevamos el cochecito. De camino hacia Fjällbacka casi tuvimos que obligarla a sentar. Y le compramos el helado más bayeta y de todos. No paraba de charlar. Y recuerdo que el helado se le deshizo y tuvimos que ir a buscar corrientes servilletas de papel para limpiarla. La Stella era una niña muy... intensa. Era cómo si fuera una olla a presión, siempre.

Volvió a rascar la uña. Le había empezado a sangrar, pero Helen continuó estirando la pelleta.

—También se pasó todo el camino de vuelta charlando. Andaba arrastrando los pies ante nuestro, y Marie y yo pensamos que los cabellos rojizos y bonitos le refulgían bajo el solo. Brillaban tanto que casi te cegaban. Yo había soñado con aquellos cabellos miles de veces.

Ahora la sangre brotaba abundantemente y empezó a regalimar-le dicho abajo. En Patrik cogió un pañuelo de papel y lo alargó a Helen.

—Cuando llegamos a la granja, vimos el coche del padre de la Stella —continuó Helen, y se envolvió el dedo con el pañuelo—. Le dijimos que se fuera a casa, que su padre ya estaba. Queríamos... queríamos que se fuera para poder pasar un rato las dos suelas. Vimos como se dirigía hacia la casa y supusimos que entraba. Marie y yo nos fuimos al lago y nos bañamos. Y charlamos. Lo habíamos encontrado tanto a faltar... Poder hablar el una con la otra.

—De qué hablasteis? —preguntó Paula—. Lo recuerdas?

Helen va arrufar el frente.

—No del todo, pero supongo que hablamos de los padres. Cómo hacen los adolescentes. Que no entienden nada. Que son injustos. En aquella época sentíamos mucha lástima de nosotros mismas, Marie y yo. Nos sentíamos como las víctimas y las heroínas de una gran tragedia.

—Y que pasó, después? —preguntó en Patrik—. Qué se torció?

En un primer momento, Helen no respondió. Se puso a toquejar el pañuelo que se había envuelto al dedo, desgarrando miquetes. Respiró fondo, después suspiró y continuó hablando con un hilo de voz. Apenas podían sentir el que decía, así que en Patrik le acercó la grabadora y, como ya había hecho Paula, se inclinó hacia la mujer.

—Nos enjugamos y vestir. Marie marchó hacia un lado y yo tenía que volver a casa. Recuerdo que sufría por cómo podría explicar por qué tenía los cabellos mojados. Pero pensé que los diría que habíamos sido jugando con el aspersor con la Stella. Pero entonces apareció. La Stella nos había seguido a escondidas en vez de volver a casa. Y estaba enfadada porque habíamos ido a bañarnos sin ella. Estaba furiosa. Picaba de pies a tierra y llamaba. Nos había pedido de ir a nadar cuando volvíamos hacia casa, pero nosotros le habíamos dicho que no. Y dijo...

Helen tragó saliva. Pareció que dudaba de si tenía que continuar hablante. En Patrik se le acercó todavía más para instarla a continuar.

—Dijo que explicaría a todo el mundo que nos habíamos bañado. La Stella no era tonta y tenía unas orejas como dos parabólicas. Se había enterado que los padres nos tenían prohibido pasar tiempos juntas, y se quería vengar de nosotros, como suelen hacer los niños pequeños. Y yo... no puedo explicar como o por qué pasó. Pero echaba de menos muchísimo Marie y sabía que si la Stella charlaba y explicaba que habíamos ir a nadar las dos solas no nos podríamos volver a ver nunca más.

Calló y se mordió ligeramente el labio inferior. Después levantó los ojos y miró los dos agentes de hito en hito.

—Recordáis como era la vida cuando teníais trece años y una amiga o un chico representaba el mundo entero y os pensabais que sería de aquella manera por siempre jamás? Os creíais que el mundo se derrumbaría sin aquella persona. Yo me sentía exactamente así con Marie. Y tenía la Stella allá delante, chillando y chillando, y sabía que se lo podía cargar todo, y cuando hizo media vuelta para volver corriendo a casa... Me enfurecí muchísimo, tenía mucho miedo, y sólo deseaba que callara! Me agaché, cogí una piedra de tierra y se lo lancé. Me parece que sólo quería acallarla, para poderla convencer que no dijera nada, o sobornarla o hacer el que fuera porque no lo explicara a nadie. Pero la piedra le impactó a la nuca con un sonido sordo y la Stella calló de golpe y se desplomó

en tierra. Y a mí me entró el pánico y salí corriendo, no paré de correr hasta que llegué a casa, subí a mi habitación y cerré la puerta. Y después apareció la policía...

El pañuelo de papel estaba hecho a miquetes, que se esparcían por encima la mesa. Helen respiraba aceleradamente y en Patrik le dejó unos segundos porque se calmara antes de preguntarle:

—Y que fue todo aquello de confesar el crimen las dos? Y después haceros atrás? Por qué se declaró culpable Marie, si no había hecho nada?

Helen sacudió la cabeza.

—Éramos dos criaturas. Estúpidas. El único que teníamos a la cabeza era que queríamos estar juntas. Marie odiaba su familia, no había nada en el mundo que deseara tanto como alejarse de aquella casa. O sea que no lo sé, no tuvimos nunca la oportunidad de hablar, pero me parece que pensó que si las dos confesábamos nos enviarían al mismo lugar. Nos creíamos que nos cerrarían en la prisión, aunque fuéramos menores. Y Marie prefería estar en una prisión conmigo que quedarse en casa suya.

Miró primero Paula y después en Patrik.

—Ya os podéis imaginar como eran las cosas en aquella casa. Pero cuando comprendimos que no nos enviarían en ninguna parte juntas, intentamos dar marcha atrás. A pesar de que ya era demasiado tarde. Soy consciente que no tendría que haber retirado mi confesión, que tendría que haber explicado el que había hecho. Pero tenía mucho miedo. Al mío cercando, todos los adultos estaban furiosos. Todos llamaban. Todos me amenazaban. Todos estaban perplexos y alterados. Y la tensión era tan alta que no me vi con corazón. Así que mentí y dije que no lo había hecho, que no había muerto la Stella. Pero no hizo nada... Podría haber confesado. Al fin y al cabo, durante el juicio llegaron a la conclusión que éramos culpables y en el pueblo siempre me han mirado mal. La mayoría de la gente piensa que maté la Stella. Sé que tendría que haber explicado la verdad para exculpar Marie, pero no recibimos ninguna condena propiamente dicha y pensé que estaría mejor en una familia de acogida que a casa suya. Y después fueron pasando los años e hizo la impresión que más bien sacaba provecho de vivir bajo la misma sombra en que vivía yo. Así que lo dejé correr.

En Patrik asintió despacio. Notaba la tensión a la nuca.

—De acuerdo, ahora lo entiendo todo algo mejor —dijo—. Pero también tenemos que hablar de la Nea. Quieres hacer una pausa, antes?

Helen hizo que no con la cabeza.

—No, pero agradecería otra taza de café.

—Ahora mismo te la voy a buscar —dijo Paula, y se levantó.

En Patrik y Helen no dijeron nada hasta que Paula volvió a entrar a la sala de interrogatorio. Había traído la cafetera entera y un bric de leche, y llenó las tres tazas.

—La Nea —empezó en Patrik—, qué pasó?

Al tono de voz no había ninguna deix de reprobación. Ninguna agresividad.

Podrían muy bien estar hablando del tiempo. En Patrik quería que Helen se sintiera cómoda. Y, extrañamente, no sentía ninguna ira hacia aquella mujer.

Sabía que tendría que sentir. Había asesinado dos criaturas. A pesar de esto, y a

regañadientes, lo va envair un tipo de simpatía hacia la persona que tenía sentada al otro lado de la mesa.

—Ella... —Helen levantó los ojos como si lo quisiera visualizar ante sede— vino a casa nuestra. Yo era fuera al jardín y, de repente, era allá. A veces lo hacía, se escapaba de casa suya y vendía a la nuestra. Le solía decir que se volviera, que los padres sufrirían, pero aquel día me quería enseñar algo... Y era un nervio, muy alegre. Y yo... la seguí.

—Qué te quería mostrar? —preguntó Paula.

Levantó el bric de leche, pero Helen removi6 la cabeza.

—Quería que la siguiera al establo. Me preguntó si quería jugar con ella y yo le dije que no, que tenía trabajo. Pero se entristeció mucho, así que le dije que me podía enseñar una cosa y que después me tenía que volver hacia casa.

—No te preguntaste donde eran sus padres? Era muy temprano por la mañana. Helen se va arronsar de hombros.

—Muy a menudo la veías jugando fuera de la casa a primera hora de la mañana. Pensé que la habían dejado salir después de almorzar.

—Y que pasó?

En Patrik lo iba aconduint con delicadeza.

—Quería que fuéramos al establo. Allá dentro había un gatito, uno de gris que se nos va refregar entre las piernas. Me dijo que me quería enseñar el altillo. Le pregunté si los padres dejaban que subiera y me respondió que sí. Se ensartó ante mí por la escalera y yo la seguí. Y después...

Hizo un trago de café y, después, lo dejó encima la mesa con muchísima cura, como si la taza fuera de porcelana delicada.

—Después me giré de espaldas... Sólo un segundo... Y debía de caer. Sentí un grito corto, después un golpe seco. Cuando miré hacia abajo, la Nea estaba extendida en tierra, con los ojos esbatanats, y le brotaba sangre de la cabeza. Sabía que era muerta. Del mismo modo que sabía que la Stella era muerta cuando sentí el impacto de la piedra contra su cabecita. Me volvió a asaltar aquel pánico...

—Por qué la moviste del establo? —Helen movió la cabeza, las manos le temblaban ligeramente.— Vi la Stella. Allá, al humedal. Yo... quería traer la Nea con ella. Y quería eliminar cualquier rastro que apuntara hacia mí. Ahora tengo un hijo. En Sam me necesita. No podía... no puedo...

Parpadeó para echar las lágrimas que le negaban los ojos y las manos le temblaron todavía más. En Patrik reprimió una oleada de simpatía hacia aquella mujer. Se hacía cruces. No quería sentir ningún tipo de compasión por ella, pero no podía hacer nada.

—O sea que limpiaste todas las pistas que habías podido dejar?

Helen asintió con la cabeza.

—Me la llevé hasta el humedal. La desnudé, la lavé y la coloqué bajo el árbol. Hacía mucho calor, así que no sufrí que pudiera pasar frío...

Enmudeció. Ella misma se dio cuenta que aquella idea era absurda. Estrechó la taza de café con fuerza.

—Me senté en tierra y me quedé un buen rato, pero después volví hacia casa y cogí el que necesitaba para limpiar el establo. Vi alejarse el coche de Eva, así que me podía poner sin preocuparme que me molestaran.

En Patrik asintió con la cabeza.

—La Nea tenía chocolate dentro de la barriga cuando la encontraron. Y galleta. Y en casa suya no había...

Helen tragó saliva.

—Bien, di yo. Me vio comiendo una galleta Kex cuando apareció al jardín y quiso. di un trozo.

—Encontramos el envoltorio en el establo —dijo en Patrik.

Helen asintió con la cabeza.

—Sí, se lo di allá.

—Dónde? Adentro el establo o al atillo?

La mujer va rumiar unos segundos. Después movió la cabeza.

—No lo sé. No lo recuerdo. Sólo sé que le di una galleta de chocolate.

—Muy bien—dijo en Patrik, mirando Paula de reojo—. Me parece que haremos una pausa y continuaremos más tarde.

—De acuerdo —dijo Helen.

—Necesitas algo? —preguntó Paula, cuando se levantó de la silla.

—No, no necesito nada.

En Patrik tuvo la impresión que aquella respuesta se extendía más allá de las necesidades que en aquel momento Helen pudiera tener. Volvió a mirar Paula. Vio que su compañera había tenido la misma sensación. Habían obtenido respuestas. Pero también se los habían planteado muchas preguntas.

En Karim miró por la ventanilla del coche. El nudo al estómago se le hacía más pesado a cada metro que avanzaban. Había echado de menos enormemente sus hijos, a la vegada que había temido el momento de volverlos a ver. No se veía con fuerzas de poder cargar también con su dolor, el que sentía él era demasiado agobiante.

En Bill había sido muy amable y lo había ido a buscar en el hospital. Y daba las gracias, de todo corazón. Pero no tenía fuerzas para hablar. En Bill intentó entablar conversación unas cuantas veces, pero unos minutos más tarde se dio por vencido y dejó que en Karim mirara en silencio por la ventanilla. Cuando llegaron a casa, en Bill observó las manos vendadas de en Karim y le preguntó si necesitaba ayuda. En Karim le respondió que había basta si le colgaba la bolsa al hombro. No se veía con corazón de soportar más miradas compasivas, en aquellos momentos no.

La mujer que abrió la puerta no parecía sueca. Debía de ser la madre de Paula, el agente de policía que se había ofrecido a ayudarlo. La mujer que había huido de Chile el 1973. Qué pensaba, de Suecia? Recibía las mismas miradas que ellos? La trataban con la misma desconfianza y odio? Pero ella había venido en otros tiempos.

—Papa!

En Hassan y la Samia aparecieron corriente. Se le lanzaron al cuello y en Karim estuvo a punto de caer en tierra debido al peso.

—*They missed you*²² —dijo la mujer, y la sonrisa le iluminó toda la cara.

Todavía no habían tenido tiempo de presentarse, pero en Karim necesitaba llenar los pulmones con el olor de sus niños, el aroma de la Amina, llenar los ojos con sus facciones en las de su hija, los ojos de su hijo. Era todo el que le quedaba de

ella y, a la vez, representaban un recuerdo doloroso del que había perdido. Al final, soltó sus hijos y se levantó. Los niños volvieron corriendo hacia la sala de estar y se sentaron al sofá junto a un chiquillo que se lo miraba despertado la curiosidad y a la vez tímido, con un chupete a la boca y una manteta a las rodillas. Al televisor, la programación infantil los había absorbido.

En Karim dejó la bolsa en tierra y miró alrededor. El piso era luminoso y acogedor, pero se sentía perdido y fuera de lugar. Donde iría, ahora? Los niños y él estaban sólo, sin casa. No tenían ni el más básico. Dependían de la caridad de una gente que no quería que fueran allá. Y si acababan en la calle? Había visto pedigüños, sentados a la puerta de los comercios, con un cartón con un texto escrito de cualquier manera y una mirada vacía, perdida detrás de una mano extendida.

Su responsabilidad era hacerse cargo de los niños y había hecho todo el que había podido para darlos seguridad y un futuro mejor. Pero ahora se encontraba allá. Al recibidor de la casa de unos desconocidos, sin nada. Ya no le quedaban fuerzas.

Se desplomó en tierra, sintió que los ojos se le negaban. Sabía que si sus hijos lo veían así se asustarían muchísimo. No lo podía permitir, se tenía que mostrar fuerte. Pero, sencillamente, ya no podía más.

La presión de unas manos cálidas a los hombros. Los brazos de aquella mujer al suyo cercandole y su escafor se le esparcieron por dentro y sintió que dentro del corazón se deshacían algunos nudos que eran allá de acá que habían abandonado Damasco. La mujer lo estrechó entre sus brazos y lo meció lentamente. Y en Karim se dejó mecer.

La nostalgia por el que había dejado atrás era como un fillo afilado al pecho y el arrepentimiento rasgaba toda la esperanza que había tenido en conseguir una vida mejor. Era un naufrago.

—Hola?

En Martin se paró de golpe cuando vio quién había a la recepción. Divertido, se dio cuenta que por primera vez desde que trabajaba allá hacía la impresión que incluso a la Annika se le había comido la lengua el gato. La secretaria no se movía, no badava boca y no sacaba los ojos de Marie Wall.

—En que te puedo ayudar? —dijo en Martin.

Hizo la impresión que Marie vacilaba. Se había esfumado aquella actitud prepotente y, de hecho, parecía un poco insegura. En Martin no se pudo estar de pensar que le esqueia a las mil maravillas. La hacía parecer más joven.

—Alguien del equipo ha comentado que habíais detenido Helen. Por el asesinato de aquella niña pequeña. Tengo que... tengo que hablar con alguien que traiga el caso. Esto no puede ser verdad.

Sacudía lo ninguna nerviosa y los cabellos rubios rizados al estilo de los años cincuenta le caían refulgents encima la cara. Con el rabillo del ojo, en Martin vio que el Annika todavía no había podido apartar la vista de Marie. No pasaba cada día que una estrella de cine sacara la nariz por la comisaría de policía de Tanumshede. Pensándolo bien, era la primera vez.

—Tendrás que hablar con en Patrik —respondió, e hizo un gesto con la cabeza para indicarle que lo siguiera.

Se paró ante la puerta del despacho de en Patrik y trucó con los nudillos a la puerta abierta.

—Patrik, aquí hay alguien que quiere hablar contigo.

—No puede esperar? —respondió su compañero, sin levantar los ojos de unos papeles—. Tengo que escribir el informe del interrogatorio de Helen y después tengo que...

En Martin lo cortó.

—Me parece que te interesa atender esta visita.

En Patrik levantó la cabeza. El único que delató la sorpresa que sintió al ver a Marie fueron los ojos, que se le abrieron mínimamente. Después se levantó de la silla y asintió brevemente con la cabeza.

—Esclar. Martin, nos acompañas?

El agente asintió con la cabeza.

Entraron a la misma sala dónde, un rato antes, en Patrik había sido hablando con Helen. Los pedazos de pañuelo todavía estaban esparcidos por encima la mesa y, de un revuelo, en Patrik los recogió con la mano y los tiró a la papelera.

—Por favor, suyo —dijo, y señaló la silla que había más cerca de la ventana.

Dubitativa, Marie miró alrededor.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que fui en esta sala —dijo.

En Martin se dio cuenta que debía de ser justamente allá donde la habían interrogado treinta años antes, en otras circunstancias, pero a la vez increíblemente parecidas.

—Quieres un café? —preguntó en Patrik, pero Marie dijo que no.

—No... Yo... Es verdad que habéis detenido Helen por el asesinato de la Nea? Y que ha confesado el de la Stella?

En Patrik dudó un instante, miró en Martin de reojo, pero a continuación asintió secamente con la cabeza.

—Sí, es verdad. Pero todavía no hemos dicho nada de manera oficial. Aún así, veo que el boca-oreja de este pueblo es de lo más eficiente.

—Lo acabo de sentir —dijo Marie.

Se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y en Patrik asintió con la cabeza.

De hecho, estaba prohibido fumar a toda la comisaría, pero si había una ocasión para hacer una excepción era justamente aquella.

Con mucha cura, Marie encendió el cigarrillo y hizo unas cuántas pipades antes de empezar a hablar.

—No me he creído nunca que Helen matara la Stella, y todavía no me lo creo. Diga el que diga ella. Pero, sobre todo, sé que no ha podido asesinar aquella otra niña.

—Y cómo es que estás tan segura? —dijo en Patrik, y se inclinó ninguno adelante.

Señaló con el dedo la grabadora que había encima la mesa y Marie asintió con la cabeza. El aparato va bronzir cuando se puso en marcha y en Patrik recitó deprisa la fecha y la hora. Aunque no se tratara de un interrogatorio en toda regla, valía más tener la conversación grabada, por si acaso. La memoria era de lo más selectiva y, a veces, incluso traidora.

—Era conmigo cuando aquella niña murió. Bien, queríais saber donde era aquel día a las ocho de la mañana —dijo, y los miró sin la altivez que los había

mostrado otras veces.

En Martin va estoser debido al humo del cigarrillo, siempre había tenido problemas con el tabaco.

—Y dónde dices que erais a aquella hora? —preguntó en Patrik.

Hacia la impresión que tenía todo el cuerpo en tensión.

—En casa de Helen. Así que teníais razón, mentí sobre mi coartada. No me llevé nadie en casa. A las ocho era ante casa de Helen. Ella no sabía que iría, porque estaba segura que no me soltaría- si le trucaba para preguntarlo.

—Cómo fuiste? —preguntó en Patrik.

En Martin miró con el rabillo del ojo los talones altísimos que traía Marie. No, no le parecía nada verosímil que hubiera ido a pie.

—Con el alquiler de la casa va incluido un coche, del cual puedo disponer cuando quiera. Un Renault blanco que he dejado al enorme aparcamiento de aquí al lado.

—No hay ningún coche registrado a nombre de los propietarios de la casa que has alquilado, ya lo hemos comprobado.

—Va a nombre de la madre del hombre. Lo alquilan cuando son fuera de Suecia. Y ahora que vivo en casa suya, estaba incluido en el precio.

—A las anotaciones de la Dagmar de aquella mañana aparece un Renault blanco

—confirmó en Martin a en Patrik.

—En un primer momento no me quería dejar entrar a casa, pero puedo ser... de lo más persuasiva, y al final accedió. El anochecer antes habíamos hablado por teléfono y me había comentado que su hombre era fuera de viaje. Si no, no habría ido. En cierto modo, creo que lo dejó caer porque inconscientemente quería que fuera a casa suya.

—Y su hijo, en Sam?

Marie se va arronsar de hombros e hizo otra pipada.

—No lo sé, o bien estaba durmiendo o bien no estaba en casa. Sea como fuere, no lo vi. Pero lo he conocido, un día que estaba con mi hija. Por algún tipo de chiste del destino, se han hecho buenos amigos. Bien, quizás más y todo que amigos... Pero los dos son muy extraños...

—Por qué fuiste a ver a Helen? —preguntó en Patrik.

Él también va estoser, discretamente.

Volvió a aparecer aquella expresión de vulnerabilidad a la cara de Marie. Apagó el cigarrillo.

—Quería saber por qué me abandonó —dijo, con un hilo de voz—. Quería saber por qué dejó de estimarme.

Se hizo el silencio dentro de la sala, el único que se sentía era una mosca que brunzia contra la ventana. La cara de en Patrik era impávida. En Martin intentaba asimilar el que Marie acababa de decir. Miró su compañero de reajo, que sin badar boca observaba Marie sin saber como responder a aquella revelación.

—Erais pareja... —dijo en Patrik, despacio.

Fragmentos de frase, insinuaciones vagas, una expresión hacecial, una mirada...

Tantas cosas que, de repente, tenían sentido.

—Explícanoslo.

Despacio, Marie respiró fondo y después, con la misma lentitud, exhaló todo el

aire.

—Al principio no entendimos qué era el que sentíamos. Supongo que entiendes el que digo, cuando se ha crecido aquí, y en aquella época... Bien, no era como hoy en día, no era una cosa presente al nuestro cercando. Tenías la madre, el padre, los hijos y para de contar. Yo ni siquiera había sentido a hablar que una mujer podía estimar otra, o que un hombre pudiera estimar otro. Así que tardamos mucho tiempo a comprender que estábamos enamoradas el una de la otra. Nunca antes no habíamos estimado a nadie de aquella manera, apenas habíamos dejado de ser unas criaturas. Éramos adolescentes y hablábamos de chicos como el resto de chicas y como sabíamos que se suponía que teníamos que hacer. Pero sentíamos una cosa muy diferente. Despacio, empezamos a atravesar los límites. La sensación de tocarnos. De mimarnos. Jugábamos y experimentábamos, y fue más fuerte del que haya vivido nunca. Nos creamos un mundo formado sólo por nosotros dos. Y teníamos bastante, no nos hacía falta nada más. Pero después... Después me parece que los padres de Helen quizás no lo averiguaron, pero intuían que estaba pasando algo que no era aceptable. No tenían pruebas, no había nada concreto, pero creo que de alguna manera se husmearon el que pasaba. Y decidieron separarnos. El mundo nos cayó encima. Nos pasamos semanas llorando. Estábamos desconcertadas. Sólo pensábamos a estar juntas y el hecho de no poder tocarnos, nos... nos destrozaba. Sé que suena ridículo, éramos muy jóvenes, éramos unas criaturas, no mujeres maduras. Pero dicen que el primer amor es lo más intenso de todos. Y la llama del nuestro quemaba día y noche. Helen dejó de comer y yo me peleaba con todo el mundo por cualquier motivo. La situación en casa todavía empeoró mucho más y mis padres hicieron todo el que creyeron conveniente para hacerme entrar en razón. Literalmente.

Marie encendió otro cigarrillo.

En Patrik se levantó y abrió la ventana. La mosca salió volante.

—Ahora podéis entender como fue de especial el día que nos dejaron cuidar juntas la Stella. Evidentemente, algún día habíamos conseguido vernos a escondidas, pero no más de una o dos veces, y sólo una estoneta corta. Los padres de Helen la vigilaban como dos auténticos halcones.

—Helen nos ha explicado que os llevasteis la Stella hasta la plaza y comprasteis helados, que volvisteis hacia casa por el bosque y que, después, la dejasteis a la granja cuando visteis el coche de su padre. Es cierto? Y es verdad que después fuisteis a bañaros?

Marie asintió con la cabeza.

—Sí, es verdad. Nos afanamos a dejar la Stella en casa porque queríamos tener un poco de tiempo para nosotros. Nadamos un rato, nos hicimos besos y... bien, me parece que ya os hacéis una idea. Fue entonces que me pareció sentir alguien al bosque y tuve la sensación que nos estaban observando.

—Y que pasó, después?

—Nos vestimos. Yo volví hacia casa y Helen, hacia la suya. O sea que esto que mató la Stella después, un golpe yo ya no estaba... —sacudió la cabeza—. Me cuesta de creerlo. Dios del cielo, teníamos trece años! Debía de ser aquella persona que sentí al bosque. Y me parece que sé de quien se trata. Ya entonces, en James era un hombre que daba miedo y se pasaba el día al bosque. A veces

encontrábamos animales muertos y me parece que era porque en James los utilizaba para hacer prácticas de tiro. Desde siempre ha sido obsesionado con las armas, la guerra y matar. Todo el mundo lo sabía, que no tocaba del todo. Todo el mundo, excepto el padre de Helen, eran inseparables. Cuando no era al bosque, en James lo podías encontrar en casa de la familia de Helen. Que se acabara casando con la hija de en K. G. es... vaya, roza el incest. Marie va arrufar la nariz.

—Y entonces por qué confesaste el crimen? —preguntó en Patrik—. Por qué confesaste ser la autora de un asesinato que no habías cometido?

La respuesta de Marie diferiría de la que los había dado Helen?

—Era muy inocente y no comprendía la gravedad de la situación. Que todo aquello iba de verdad. Recuerdo que hasta cierto punto me parecía emocionante. Mi plan giraba alrededor que Helen y yo pudiéramos estar plegadas. Me creé un tipo de fantasía romántica en que a las dos nos condenaban y nos cerraban en la prisión juntas. Entonces yo podría olvidarme de mi familia y estar sólo con Helen. Y cuando nos soltaran podríamos descubrir el mundo juntas... Bien, ya lo ves, las fantasías infantiles de una niña de trece años. No me habría podido imaginar nunca las consecuencias de mi propia estupidez. Confesé y rogué porque Helen comprendiera mi plan y me siguiera la corriente, cosa que hizo. Más tarde, cuando entendí que no nos enviarían al mismo reformatorio como me había imaginado... Bien, ya era demasiado tarde. Nadie nos creyó. Habían resuelto el caso, todo estaba cerrado y muy ligado. Como una cajita muy envuelta con llacet rojo y todo. A nadie le interesaba cuestionarse nada o continuar la investigación.

Hizo una pausa, tragó saliva unas cuántas veces.

—Nos separaron. Yo fui a parar a varias familias de acogida, mientras Helen marchaba a vivir a Marstrand con su familia después de una estancia corta en un centro de menores. Pero yo contaba los segundos que faltaban porque tinguéssim dieciocho años...

—Y que pasó cuando los cumplisteis? —preguntó en Martin.

No podía apartar los ojos de los labios de Marie. La historia que se estaba desplegando ante suyo era increíble, pero a la vez simple y clara como el agua. Llenaba todas las lagunas que se los habían aparecido, explicaba el que habían intuido pero habien sido incapaces de explicar.

—Me puse en contacto con Helen. Y me rechazó. Dijo que se casaría con en James y que no quería tener ningún tipo de contacto conmigo. Que todo había sido un error. Al principio no la creí, pero cuando comprendí que lo decía de verdad, el corazón se me hizo añicos. Yo todavía lo estimaba. El que sentía por ella no había cambiado nada. No había sido un enamoramiento estúpido de adolescencia que desaparecía con el tiempo. Ben al contrario, el tiempo y las circunstancias habían provocado que lo estimara todavía más. Pero Helen no quería saber nada de mí. No lo entendía, pero que podía hacer? El que me costaba más de aceptar era que se casara con en James, entre todas las personas del planeta. No, algo no encajaba. Pero no tenía ninguna otra opción que dejarlo estar. Hasta ahora. No podía ser una casualidad que me hubieran ofrecido este papel, que tuviera que volver a casa. El motivo era que tenía que obtener una respuesta. Todos estos años, no la he olvidado. Helen ha sido lo gran amor de mi

vida. Y me pensaba que yo también lo era de la suya.

—Y fue por eso que aquella mañana fuiste a casa suya? —preguntó en Patrik. Marie asintió con la cabeza.

—Sí, decidí que le exigiría la respuesta que necesitaba. Y, como ya os he dicho, en un primer momento no me quiso dejar entrar.

—Qué pasó después? —dijo en Patrik.

—Salimos a la veranda trasera y nos pusimos a hablar. Al principio me trataba como una desconocida. Con distancia y frialdad. Pero pude ver que para sus adentros había a Helen que había conocido, por mucho que intentara esconderla. Y entonces le di un beso.

—Cómo reaccionó?

Marie se puso los dedos a los labios. Los mimó suavemente.

—Primero ni siquiera se meneó. Después lo correspondió. Fue cómo si no hubieran pasado aquellos treinta años. Era mi Helen, se estrechó contra mi cuerpo, y supe que siempre había tenido razón, que no me había dejado de estimar nunca. Y se lo dije. No me lo negó, pero no conseguí una explicación coherente del motivo por el cual me dejó. No podía o no quería explicarlo. Le pregunté por en James. Le dije que me negaba a creer que, con sólo dieciocho años, hubiera deseado casarse con aquel hombre. Le dije que era imposible que lo estimara. Que había algo que no encajaba. Pero se empeñó a repetir que se había enamorado. Que lo había escogido antes de que a mí y que lo tenía que aceptar. Pero sabía que mentía, y al final me enfurecí y marché de allá. La dejé a la veranda. Y, cuando me fui, miré el reloj. Ya llegaba tarde al rodaje. Eran las ocho y veinte. O sea que, si aquella niña murió a las ocho, es imposible que Helen la hubiera asesinado. A aquella hora era conmigo.

—Si es así, por qué cruces que dice que la ha matado ella? —preguntó en Patrik. Marie hizo una pipada al cigarrillo y va rumiar largamente.

—Me parece que Helen tiene muchos secretos —dijo, al fin—. Pero ella es la única persona que tiene la clave para aclararlos.

De repente, se puso derecha.

—Tengo que volver al estudio. El trabajo es el único que tengo que significa algo para mí.

—Tienes una hija —señaló en Martin, incapaz de contenerse.

Marie lo miró a los ojos. Aquella expresión desnuda y vulnerable había desaparecido.

—Un accidente laboral —se limitó a decir, y los dejó sólo dentro de una sala llena de humo de cigarrillo y olor penetrante de perfume.

[22](#). «Te han echado de menos» (*N. del T.*)

—E

STIGUES QUIETO, BERTIL! —exclamó Paula.

Conseguir ponerle una corbata era un auténtico reto. Entre tacos y gruñes, Rita había desistido hacía un buen rato y ahora se los empezaba a acabar el tiempo si no querían hacer tarde al casamiento de Kristina y en Gunnar.

—Esto de tenerse que mudar es una lata! A quién cojones se le ocurrió esta idea genial que, para ir muy vestido, hay que pasearse arriba y abajo con una sogá al cuello—masculló en Mellberg, y se estiró la corbata de forma que el nudo que Paula finalmente había conseguido anudar se volvió a deshacer por enésima vez.

—Hostia, me càgon... —renegó, pero se arrepintió inmediatamente cuando a en Leo se le iluminó la cara y se puso a llamar:

—Hòttia, hòttia, hòttia!

En Bertil va esclafir a reír y se giró hacia el chiquillo, que los contemplaba sentado encima de la cama.

—Muy bien, es importante que adquieras un buen registro de tacos. A la vida te harán provecho! Sabes decir «mierda»? Y «cojones»?

—Medda! Coons! —llamó en Leo, y Paula fulminó en Mellberg con la mirada.

—Eres como una criatura. Enseñar palabrotas a un niño de tres años! —se giró hacia en Leo y dijo, seca—: No puedes decir estas palabras que te ha enseñado el abuelo Bertil! Me sientes?

En Leo pareció sorprendido, pero asintió con la cabeza, triste.

En Mellberg se giró, le picó el guiño y cuchicheó:

—Càgon todo!

—Càgon todo! —repitió en Leo, y rió por debajo la nariz.

Paula soltó un gemido. Dios del cielo. Era una misión imposible. Y no estaba hablando sólo del coi de corbata.

—Y que hagamos si a en Karim y a los niños no los dan un piso? —preguntó, mientras por último golpe intentaba hacer el nudo de la corbata—. Le veo a la cara que no se siendo cómodo viviendo en casa nuestra y, a la larga, para nosotros será insostenible. Necesitan un lugar que sea suyo. Habría sido perfecto que los hubieran dado el apartamento de aquí el lado, pero no hay manera de contactar con el propietario porque pase los datos del alquiler al Ayuntamiento. Y tampoco parece que el Ayuntamiento encuentre ninguna otra alternativa.

—Bah, seguro que todo se arreglará —dijo en Mellberg.

—Que se arreglará? Bien, para tú es fácil de decir, hace la impresión que tanto se te da. No he visto que movieras ni un dedo para ayudar en Karim y, en realidad, en parte es culpa tuya que las cosas hayan ido así!

Se mordió el labio, el último comentario había sido innecesariamente llevar.

Pero la frustración de ver que parecía que no había nadie dispuesto a ayudar aquella familia le daba ganas de ponerse a repartir coces a diestro y siniestro.

Fuertes.

—Tienes el genio de tu madre —dijo en Mellberg, con alegría, aparentemente

impertèrrit después de su estallido—. A veces puede ser bueno, pero creo que tendríais que practicar más la paciencia y el autocontrol, las dos. Obsérvame y aprende de mí. Las cosas siempre se acaban resolviendo. Cómo dicen al *rey león*: *Hakuna matata*.

—*Hakuna matata!* —llamó en Leo, contento, y se puso a saltar a la cama.

El rey león era su película preferida. Últimamente la miraba como mínimo cinco veces al día.

Enrabiada, Paula soltó la corbata de en Mellberg. Sabía que no se tenía que dejar burxar por aquel hombre, pero su desidia la sacaba de tino.

—Bertil, que seas un cerdo machista, egocéntrico y autocomplaent en circunstancias normales ya hace tiempos que lo he aceptado! Pero que pases olímpicamente de cómo los vayan las cosas a en Karim y a dos pobres criaturas que acaban de perder la madre es... —Estaba tan enfurecida que no le salían las palabras.— Sólo soy capaz de decir: cojones!

Mientras salía a grandes zancadas por la puerta, sintió resonar un alegre «coons!» de en Leo, pero ya hablaría con su hijo más tarde. Ahora se encargaría de aquel refotut propietario, aunque se tuviera que pasar hasta el día siguiente por la mañana picando a la puerta de casa suya. Se cogió con una mano la falda blanca del vestido y no paró de lanzar tacos mientras deslizaba escaleras abajo encima de aquellos talones tan altos. Arreglarse no era su fuerte y con aquel vestido se sentía poco menos que ridícula. Además, era de aquello menos práctico, pensó mientras estuvo a punto de resbalar por enésima vez ante la puerta del piso del propietario. Picó con el puño cerrado y estaba a punto de volver a trucar, todavía con más bastante, cuando la puerta se abrió.

—Qué pasa? —dijo el hombre—. Qué se quema?

—Nada, nada —hizo Paula, e ignoró la mirada de sorpresa que le lanzó el propietario cuando la vio vestida de aquella manera.

a Paula va dreçar la espalda para recuperar una cierta autoridad, pero se dio cuenta que era prácticamente imposible infundir ningún tipo de respeto enfundada en un vestido floreado y sabatetes de talón.

—Se trata del piso. De la familia de refugiados que se está en casa nuestra. Sé que hay una diferencia de dos mil coronas entre la ayuda que ofrece el Ayuntamiento y el precio del alquiler, pero estoy convencida que se puede resolver de alguna manera. El piso es vacío y a ellos realmente los hace falta un lugar donde vivir, y teniendo en cuenta que es junto al nuestro, no se sentirán sólo. Nosotros respondemos por ellos, firmaré los papeles, bien, todo el que haga falta! Alguien tiene que mostrar un poco de refotuda simpatía por una familia que necesita ayuda!

Se puso las manos a la cintura y miró el propietario de hito en hito. El hombre se la miraba sorprendido.

—Pero si ya está resuelto —dijo—. En Bertil bajó a verme ayer y me dijo que cubriría la diferencia de precio mientras hiciera falta. Se pueden mudar lunes mismo.

Paula no le sacaba los ojos de sobre.

El hombre sacudió la cabeza, desconcertado.

—Que no os ha dicho nada? No le podía explicar nada a en Karim si me lo cruzaba a la escalera, porque en Bertil quería que se lo pudieras explicar tú.

—Coi de viejo! —masculló Paula.

—Perdón?

—No, nada —dijo Paula, e hizo un gesto con la mano para despedirse.

Volvió a subir las escaleras despacio hacia el piso de en Mellberg y Paula. El único que sabía era que aquel hombre era allí arriba preparado para romperse de risa a costa de ella. Pero ya le estaba bien. Nunca comprendería en Bertil Mellberg. Podía ser la persona más enervando, obtusa, corta de miras y terca sobre la faz de la tierra, pero también era la que en Leo adoraba más del mundo. Sólo esto ya hacía que Paula le perdonara la inmensa mayoría de las tonterías que cometía. Pero nunca olvidaría que se había cuidado que en Karim y su familia tuvieran una casa.

—Ven ninguno aquí, que te haré el nudo de esta maldita corbata! —llamó, cuando entró al piso.

De dentro de la habitación le llegó la voz alegre de en Leo llamando:

—Medda!

—Con esto parezco una ballena? —dijo el Erica, divertida.

Se giró hacia en Patrik.

—Estás preciosa —respondió su hombre, y se va esmunyir detrás de ella y la rodeó con los brazos—. Y también haces muy buena olor.

Le husmeó la nuca.

—Vigila con el peinado! —va esclafir a reír el Erica—. Miriam se ha sido una hora y media para hacerlo, así que ni te pase por la cabeza...

—No entiendo a que te refieres —dijo en Patrik, y le hizo una mossegadeta al cuello.

—Para!

El Erica se va recargolar para deshacerse del abrazo de en Patrik y se observó al espejo.

—El vestido no está nada mal, no te parece? Sufría que no me tuviera que poner algo de color salmón con un lazo enorme al culo, pero tu madre nos sorprendió. Su vestido también es fantástico.

—Continúo pensando que todo esto del casamiento es un poco extraño —masculló en Patrik.

—Eres tan ridículo —suspiró el Erica—. Los padres pueden tener vida propia, sabes? Y, digas el que digas, yo pienso irme a la cama contigo cuando tengas setenta años...

Y le sonrió al espejo.

—Por cierto, será divertido ver la fila que hace Anna. Para los de la tienda ha sido todo uno rete arreglarle un vestido de dama de honor.

—Sí, empieza a estar inmensa —dijo en Patrik, y se sentó a la cama para abrocharse los zapatos.

El Erica se puso un par de pendientes brillantes a las orejas y se giró hacia en Patrik.

—Qué piensas realmente de todo? Has sacado el agua clara del que han explicado Helen y Marie?

—No lo sé. —En Patrik se rozó los ojos.— No he parado de dar vueltas toda la noche y ya no sé qué pensar. Helen niega rotundamente que hubiera mantenido

ninguna relación amorosa con Marie. Dice que todo ello es una invención de Marie y que aquel día por la mañana no la fue a ver. Pero la libreta de la Dagmar confirma que un Renault blanco pasó por ante casa suya, cosa que indica que Marie dice la verdad. Pero sólo tenemos su palabra sobre la hora que fue y, aunque estuviera a las ocho en punto, no sabemos si el reloj de la Nea realmente muestra el momento que fue asesinada. Se podría haber estropeado y no hace falta que se parara cuando la niña cayó del altillo. Así que hay muchas preguntas que encara no hemos sabido responder y me encontraré mucho mejor cuando recibimos los resultados de los análisis que nos aporten pruebas concretas. Pero como mínimo tenemos suficiente teca para no soltar Helen, su confesión encaja en tantos puntos que, de hecho, no tenemos ningún motivo para dudar. Los restos de sangre al establo, la galleta de chocolate que dio a la Nea, la ropa que había intentado quemar, las huellas dactilares...

El Erica se dio cuenta que algo lo atormentaba.

—Pero? —preguntó.

—Simplemente que no me gusta cuando quedan cabos sueltos. Y hay cosas que no encajan. Por ejemplo, Helen afirma que lanzó una piedra a la cabeza de la Stella, que la niña era muerta y que después ella volvió a salto de mata hacia casa. Pero, según los informes del caso, la Stella recibió varios impactos al cráneo. Y la encontraron al agua. Entonces, como fue a parar?

—Han pasado treinta años, con el tiempo la memoria se distorsiona —respondió la Erica, y se miró por último golpe al espejo.

Hizo una vuelta ante en Patrik.

—Y pues, qué te parece?

—Estás preciosa —hizo su hombre, y lo decía de todo corazón.

En Patrik se levantó y se puso la americana. Después imitó la pirueta que había hecho la Erica.

—Y yo?

—Muy elegante, amor —respondió el Erica, y se inclinó ninguno adelante para darle un beso a los labios.

Y entonces hizo la impresión que la cabeza le huía bien lejos. Algo que en Patrik acababa de decir la mordisqueaba por dentro. Pero de que se trataba?

En Patrik la abrazó y la idea se esfumó. Su hombre hacía muy buena olor. Lo besó con ternura.

—Como cruces que tenemos los bichos? —preguntó en Patrik—. Todavía de una pieza, vestidos y limpios, o tendremos que volver a empezar desde el principio?

—Cruzamos los dedos —dijo el Erica, y salió de la habitación y bajó las escaleras seguida de en Patrik.

«Los milagros a veces pasan», pensó el Erica cuando entraron a la sala de estar.

En Noel y Anton estaban sentados como dos angelets al sofá, con aquellas camisas blancas, los chalecos y las pajaritas. Probablemente lo tenía que agradecer a la Maja. La niña era ante sus hermanos y no los sacaba los ojos de sobre. Una carcelera de lo más zelosa con la apariencia de una princesa. Había podido elegir suela el vestido que se pondría y, cosa nada sorpresiva, optó por uno de rosa con falda de tul. La cirereta del pastel era una flor también rosa a los cabellos, que, con mucha paciencia, la Erica había conseguido rizar sin quemarle los rizos. Un auténtico trabajazo, pero se sentía muy orgullosa.

—Venga, pues! —dijo, y sonrió a toda la familia, tan mudada—. Hacia el casamiento de la abuela!

Cuando llegaron a la iglesia ya había un puñado de invitados. Kristina y en Gunnar habían decidido casarse a Fjällbacka, a pesar de que vivían a Tanumshede, y el Erica comprendía perfectamente por qué. La iglesia de Fjällbacka era preciosa; se elevaba hacia el cielo como una columna de granito por encima de los tejados de las casas del pueblo y el mar centelleante.

Los gemelos entraron corriendo a la iglesia y, de buen grado, la Erica los dejó con en Patrik. Después cogió la manecilla de la Maja y fueron a buscar Kristina. Miró alrededor para ver si ya había llegado a Anna, que también era una de las damas de honor, pero no los encontró en ninguna parte, ni en ella ni en Dan. Muy propio de su hermana, aquello de llegar tarde.

—Dónde es Emma? —preguntó la Maja.

La hija de Anna, Emma, era su prima preferida. Las dos traían el mismo vestido, cosa que hacía que aquel fuera un gran día en la vida de la Maja.

—Vendrán enseguida —respondió el Erica, para calmarla, y reprimió un suspiro. Entraron a la sacristía minúscula, donde el pastor y el cortejo de las damas de honor se tenían que esperar hasta que todos los invitados se hubieran sentado en los bancos.

—Caram! —exclamó, cuando vio su suegra—. Estás fantástica!

—Muchas gracias, tú también —respondió Kristina, y la abrazó con ternura. Después dio un vistazo al reloj y pareció preocupada.— Dónde es Anna?

—Tarde, como siempre —hizo el Erica—, pero estoy segura que aparecerá en cualquier momento.

Cogió el móvil para ver si su hermana le había mandado un mensaje y, ciertamente, a la pantalla aparecía el nombre de Anna.

Leyó el mensaje de texto y después apuntó una sonrisa tiones.

—No te lo creerás. Han ido a buscar la Bettina a Munkedal y, de vuelta, el motor del coche se los ha reescalfat. Ahora están parados al arcén de la carretera, esperando que llegue la grúa, y Anna hace media hora que intenta localizar un taxi.

—Y no ha dicho nada hasta ahora? —preguntó Kristina, casi chillando.

El Erica pensaba el mismo, pero hizo un esfuerzo para mantener la calma. Era el día de su suegra y nada lo podía arruinar.

—Seguro que llegarán a tiempo. Pero también podemos empezar sin ellos y listos.

—Sí, lo haremos así —dijo Kristina—. La gente está esperando y tampoco podemos hacer tarde a la cena a la Stora Hotellet. Pero sólo digo una cosa, no entiendo como se lo hace para conseguir siempre...

Suspiró, pero el Erica vio que la enfadada inicial empezaba a amainar. A veces, el único que se podía hacer era resignarse. Y nadie estaba muy sorprendido. a Anna siempre conseguía, de una manera u otra, envolver la troca.

Las campanas empezaron a repicar y la Erica dio el ramo de flores a Kristina.

—Ha llegado la hora —dijo en Gunnar, y dio un beso a la mejilla de la mujer que en pocos minutos se convertiría en su esposa.

En Gunnar estaba de lo más elegante, con un vestido oscuro y la cara siempre dulce, brillaba cuando contemplaba su novia. «Todo es perfecto», pensó el Erica.

«Es maravilloso y acertado y perfecto.» Sintió que una lágrima se abría y se amonestó a sí misma para ser una acelga. Cuando se trataba de casamientos, era una sentimentaloides, pero sería todo un detalle que el maquillaje le aguantara hasta llegar al altar.

—Venga, pues. Ninguno afuera —dijo el sacristán, y con un gesto con la mano los guió ninguno adelante.

Con el rabillo del ojo, el Erica miró la puerta de la iglesia. Ninguna señal de Anna. Pero no podían esperar más rato.

La marcha nupcial empezó a retumbar desde el órgano y Kristina y en Gunnar avanzaron cogidos de la mano por el pasillo central. El Erica estrechó la de la Maja y sonrió al ver con qué solemnidad su hija se tomaba la tarea que le habían encargado. Subió los peldaños hacia el altar, saludando con la mano todos los invitados como una reina.

Cuando fueron ante el altar, las dos se situaron a la izquierda, mientras Kristina y en Gunnar se dirigían hacia el pastor. En Patrik sentaba en el primer banco, acompañado de en Noel y Anton, y con los labios dejó entender: «Dónde es Anna?». El Erica movió discretamente la cabeza y levantó los ojos al cielo. Cómo se podía ser tan desastre? Pobre Emma, con la ilusión que le hacía ser dama de honor...

La ceremonia continuó y los novios respondieron que sí, tal como tocaba. El Erica se enjugó una lagrimeta, pero se sorprendió a sí misma conteniendo la emoción razonablemente bien. Sonrió a Kristina mientras esperaban que sonara la melodía del final.

Pero, en vez de la música que esperaban, volvió a sonar la marcha nupcial. Sorpresa, la Erica levantó los ojos hacia el corazón de la iglesia. Iba bebido, aquel organista? Pero después los vio. Y, de repente, lo entendió todo. Toda la preocupación desapareció, y las lágrimas le manaron mejillas abajo. Miró Kristina, que sonreía. En Gunnar y ella se habían hecho a un lado y ahora eran justo ante el Erica y la Maja.

Un murmullo se esparció entre los bancos de la iglesia, y los cuchicheos y las sonrisas de sorpresa acompañaron los novios hasta el altar. Anna se giró hacia el Erica cuando pasó por ante su hermana, y la Erica lloraba tanto que con bastante hacías podía respirar. Agradecida, notó que alguien le ponía un pañuelo en la mano, y, cuando levantó los ojos, vio que era en Patrik, que se había esmunyit a su lado.

a Anna estaba preciosa. Había elegido un vestido blanco con bordados que se ajustaba alrededor de la barriga y la resaltaba, en vez de intentar esconderla. Llevaba los cabellos rubios sin recoger y el velo sujetado con una diadema sencilla. Era la misma que la Erica había traído cuando se había casado con en Patrik, la misma que había llevado su madre. En Dan estaba de lo más elegante, con un vestido azul marino con una camisa blanca lisa y una corbata también moratón marino. Parecía un auténtico vikingo, con los hombros anchos y los cabellos rubios, pero aquel vestido lo favorecía de lo más.

Cuando se dieron el sí y fueron oficialmente marido y mujer, Anna se giró hacia la Erica. Y, por primera vez, el Erica le vio a los ojos una cosa que no había visto antes en su hermana. vio serenidad. Y comprendió el que, sin palabras, Anna intentaba decirle. Que ahora podía relajarse. Que ya no hacía falta que sufriera

más. Que la desasosegada Anna, por fin, había encontrado la calma.

El sol todavía calentaba y Marie era al embarcador, medio estirada en una silla Adirondack. El sol por la tarde era tan precioso como siempre. La Jessie había marchado hacía una hora, así que la casa estaba vacía. Se había ido a ver en Sam, otro golpe, y el día siguiente había un tipo de fiesta. Su hija iría a una fiesta, hacía la impresión que finalmente las cosas le iban bien.

Marie había bebido más del que era habitual para ella, pero tanto se le daba. No tenía que rodar ninguna escena hasta el día siguiente después de comer. Con avidez, se tragó las últimas gotas de la copa y se estiró para coger la botella que había encima la mesita. Vacía. Intentó ponerse derecha, pero enseguida volvió a caer atrás.

Finalmente consiguió levantarse. Con la botella vacía en la mano y tambaleando, fue hacia la cocina. Abrió la nevera y sacó una botella fría de champán. La tercera del anochecer. Pero la necesitaba, lo ayudaría a apaciguar el dolor.

No sabía muy bien qué se había imaginado. Que Helen los hablaría de su relación, que se lo confirmaría, si Marie hacía el primer paso y lo desvelava todo, se abriría completamente y no se dejaba nada al pap? Pero Helen la había rechazado otra vez, la había humillado.

A Marie lo había sorprendido que le hubiera provocado el mismo dolor ahora, treinta años más tarde. Había dedicado una vida entera a olvidar, había logrado un éxito que Helen ni siquiera había podido soñar. Había vivido de verdad, sin frenos ni limitaciones, ni protecciones. Mientras tanto, Helen se había escondido allá, en un día a día gris junto a un hombre aburrido y un hijo de lo más extraño. Se había quedado a Fjällbacka, donde las personas cuchicheaban por detrás si te tomabas una copa de vino un martes o te teñías los cabellos de un color que no fuera un triste rubio ceniza.

Cómo la había podido rechazar, Helen?

Marie se desplomó a la silla y se derramó un poco de champán a la mano, que se afaná a lamer. Después se va reomplir la copa y añadió un poco de zumo de melocotón. El alcohol le provocaba una sensación de relajación de lo más agradable. Pensó en el que había dicho a aquel fascinante policía pelirrojo. Que la Jessie había sido un accidente laboral. En cierto modo era verdad. Nunca había querido tener hijos. Había tomado todas las protecciones imaginables para no quedarse embarazada. Y aún así había pasado. Y, para acabar de remachar el clavo, con un productor bajito y graso. Casado, evidentemente. Cómo todos los otros.

Había detestado estar embarazada y había creído seriamente que moriría durante el parto. Y el bebé era engañifós, rojo, llamativo, exigente y con una hambre infinita. Una lista interminable de niñeras y, después, de internados, así que había tenido la oportunidad. Apenas se había tenido que cuidar de la criatura. Se preguntaba qué sería de la Jessie. Hasta que la chica cumpliera los dieciocho, Marie recibía mensualmente dinero de aquel productor rodanxó. Tal como habían acordado. El día que la Jessie haz los dieciocho, dejaría de cumplir un propósito dentro de la vida de Marie. Intentó imaginarse una vida sin la Jessie. Dio la bienvenida a la soledad y la libertad. Al fin y al cabo, las personas no eran nada más que una gran decepción. El amor no era nada más que una gran

decepción.

Sólo era una cuestión de tiempo que los diarios se enteraran de aquello suyo con Helen. No entendía como se esparcían tan deprisa los rumores en aquel pueblo, era cómo si todos los habitantes compartieran un tipo de conciencia colectiva. Noticias, informaciones, chismes, hechos objetivos, mentidas... Todo corría a la velocidad del viento.

Tampoco sabía si era malo. Era de lo más actual. Bien, dentro del gremio de los artistas y los actores casi se había convertido en una moda irse a la cama con alguien del mismo sexo. Conferiría a su marca un toque nuevo. La idea que no se había quedado atrás. Los inversores saltarían de alegría. Una estrella de cine controvertida era una auténtica mina. Primero, todo el que se había publicado sobre el asesinato. El que estaba prohibido, el que era oscuro, el que era peligroso. Siempre tentador. Después, la historia amorosa. Y el giro. Dos noietes jóvenes separadas por un mundo de adultos incapaz de comprenderlas. Tan banal. Tan dramático. Tan efectivo.

Marie levantó la copa casi vacía ante los ojos. Las burbujas danzaban y lo atraían. El único que había estado a su lado todos aquellos años. Su seguidor incondicional.

Volvió a alargar el brazo hacia la botella. No pensaba dejar de beber hasta que la oscuridad y el alcohol hubieran ahogado todos los pensamientos. Sobre Helen. Sobre la Jessie. Sobre el que había tenido. Y sobre el que no había tenido nunca.

—Hola?

En Mellberg se apartó y se tapó las orejas con los dedos. Allá dentro, el ajetreo era eixordador.

—Cómo? —hizo, e intentó sentir el que le decía la persona que había al otro extremo de la línea.

Se alejó todavía más de la multitud y, finalmente, consiguió suficiente cobertura para poder sentir que se trataba de su contacto al diario *Expresan*.

—Que habéis recibido una información? Sí, nuestro teléfono tampoco para de sonar. Todo el mundo cree reconocer la voz. Todo tipo de sugerencias, desde el cartero hasta el vecino del lado... Qué? Alguien que lo trajo con el coche? Cuándo? Qué? Habla más alto!

Escuchó con mucha atención. Después colgó y volvió a entrar al restaurante. Encontró en Patrik sentado en un sofá, charlando con una mujer grande que parecía haber pasado la fecha de caducidad y, además, se había próximo pasado con el vino.

—Hedström, podrías venir un momento?

En Patrik le lanzó una mirada de agradecimiento y se disculpó con la mujer.

—Quién es aquel esperpento? —espetó en Mellberg.

—No lo sé del todo. Un tipo de cuñada política de una abuela, o una cosa por el estilo. Aquí dentro hay un montón de gente que ni siquiera sabía que eran parientes míos.

—Esto es el peor de las bodas. Justamente por eso no se me acudiría nunca casarme —dijo en Mellberg—. Rita ya me puede suplicar tanto como quiera, pero no pasará nunca. Ciertos espíritus son demasiado entregados para cerrarlos en una jaula.

—Me parece que me querías comentar algo importando —lo interrumpió en Patrik.

Se habían ido hacia el bar y se apoyaron a la barra.

—Me acaban de trucar de lo *Expresan*. Un hombre se ha puesto en contacto. Con una información muy... interesante. El anochecer antes de que recibiéramos aquella llamada anónima sobre en Karim, un hombre trajo tres jóvenes de Fjälbacka con el coche. Dos chicos y una chica. Los dejó a la entrada del centro de internamiento de refugiados. Y al hombre le parece haberlos sentido vantarse de algo que tenían pensado hacer. No se los tomó mucho seriamente, entonces. Pero ahora, después del que ha salido a los diarios, ha empezado a dar vueltas.

—De acuerdo, suena interesando —dijo en Patrik, asintiendo con la cabeza.

—Espera un momento —lo paró en Mellberg—. La cosa todavía mejora. Reconoció uno de los jóvenes. Se trata del hijo de en Bill.

—En Bill? El capitán Bill?

—Exacto, al parecer, el hombre que ha trucado había traído su hijo a la escuela de vela de en Bill. Y conocía el chiquillo.

—Y que sabemos, nosotros, de este hombre? —preguntó en Patrik, y, levantando dos dedos, pidió cerveza al camarero—. Te parece creíble esta información?

—Sea como fuere, esta noche no podemos hacer nada —dijo en Mellberg, y señaló las dos cervezas.

—Tienes razón, hoy no podemos hacer nada —respondió en Patrik—. Pero lunes tendré una xerradeta con estos tres jóvenes. Querrás ser?

En Mellberg miró alrededor. Después se señaló con el dedo, perplejo.

—Yo?

—Sí, tú —contestó en Patrik, e hizo una par de tragos de cerveza.

—Nunca me pides nada. Normalmente lo preguntas a en Martin. O a en Gösta. O a Paula...

—Sí, pero ahora te lo pregunto a tú. Eres el que has conseguido esta información. Yo quizás no lo habría hecho del mismo modo, pero ha funcionado. Así que querría tenerte al lado.

—Cojones, y tanto! Esclar que me apunto! —exclamó en Mellberg—. Quizás te hará falta alguien con experiencia.

—Esto mismo—dijo en Patrik, y va esclafir a reír.

Después adoptó un ademán grave.

—Por cierto, Paula me ha explicado aquello de en Karim y el piso. Sólo quiero que sepas que lo has hecho muy bien.

Levantó el vaso.

—Bah! —hizo en Mellberg, y también levantó la cerveza—. Rita insistió. Ya sabes el que digo siempre: *Happy wife, happy life*.

—No hace falta que lo jures!

Volvieron a brindar. Aquel anochecer se relajaría y se permitiría divertirse un poco. Hacía demasiado tiempo de la última vez.

Provincia de Bohuslän, 1672

EL MESTRE ANDERSCOGIÓ la botella de alcohol. sacó el tapón y el Elin empezó a rogar. Sospechaba que el Señor la había abandonado, pero era incapaz de dejar de rezarle.

El líquido le va regalimar espalda abajo y la Elin se estremeció al sentir la frialdad a la piel. Pero ahora sabía el que pasaría. Había dejado de recargolar-se y ofrecer resistencia, el único que conseguía era que la piel de las muñecas se le rasgara. Respiró profundamente cuando sintió el sonido del pedrenyal y el olor de fuego, después berreó a voz en grito cuando la espalda le empezó a quemar. Cuando por fin las llamas se apagaron, la Elin sólo era capaz de gemir levemente y sintió como, lentamente y casi como una muestra de caridad, los sentidos se le iban sumiendo en un estado de letargo. Colgaba del techo como una pieza de carne. Cada vez le quedaban menos migajas de humanidad, y el único en qué podía pensar era en el dolor y a respirar, respirar.

Se abrió la puerta y la Elin supuso que se trataba de en Lars Hierne, que había vuelto para sentir que estaba dispuesta a confesar. Pronto no podría resistir más. Pero la voz pertenecía a alguien otro. Era una voz que conocía demasiado bien. —Dios del cielo! —exclamó en Preben, y dentro del corazón del Elin se encendió una flameta de esperanza.

Era imposible que, viéndola en aquel estado, no se compadeciera. Desnuda y humillada, sometida a las crueldades más inhumanas.

—Preben —fue capaz de pronunciar, e intentó girar la cara hacia aquella dirección, pero la cadena la lanzó hacia el lado opuesto—, ayudáis... me.

La voz se le rasgó, pero sabía que el pastor la había sentido. En Preben respiraba entretalladament, pero no va badar boca. Después de un silencio demasiado largo, finalmente dijo:

—He venido como pastor vuestro para aconsejaros que confesáis el crimen por el cual habéis sido juzgada. Si reconocéis vuestros actos de brujería, podréis expiar los pecados. Os prometo que me encargaré personalmente de vuestro entierro, Elin. Si confesáis.

Al sentir aquellas palabras y el tono temeroso en la voz de en Preben, fue cómo si la razón lo abandonara. Con un grito ronco y colgada de la cadena, quemadura y humillada, soltó toda la rabia y la desesperación. Rió y reír hasta que la puerta, finalmente, se cerró. Y entonces tomó la decisión. No confesaría un crimen que no había cometido.

Un día más tarde, el Elin Jonsdotter confesó que era una bruja y que había actuado bajo los designios del Maligno. La pericia del maestro Anders había sido superior. Cuando le había sujetado pesos a los pies y la había arrastrado de espaldas por una cama de púas, le había pasado una lima de acero entre los dedos, le había aplastado los pulgares con un tornillo de banco y le había clavado astillas de madera bajo las uñas de los pies y de las manos, la Elin no lo pudo soportar más.

La sentencia fue confirmada tanto al tribunal de Uddevalla cómo al tribunal de

apelación de Göta. El Elin era una bruja y la condenaban a muerte. Primero le cortarían la cabeza y, después, quemarían el cuerpo en una hoguera.

—H

AS DE COMER UN POCO —dijo en Sam.

Abrió la nevera y dio un vistazo. La Jessie estaba sentada a la mesa de la cocina. La chica va arronsar los hombros.

—Prepararé pan con algo.

Sacó mantequilla, jamón y queso, cogió el pan del cajón y empezó a untarlo. dejó un par de rebanadas en un plato, que puso ante la Jessie. Era preciosa. Tan bonita que hacía daño. En Sam estaba dispuesto a seguirla hasta el fin del mundo. Sólo esperaba que ella sintiera el mismo.

—No te has arrepentido, oi?

La Jessie hizo que no con la cabeza.

—Ahora no nos podemos hacer atrás.

—Tenemos que volver a comprobar que lo tengamos todo. Todo tiene que salir a la perfección. Tiene que ser... elegante. Precioso.

La Jessie asintió con la cabeza e hizo unas últimas queixalades a la segunda rebanada de pan.

En Sam se sentó a la silla del lado y se acercó a la Jessie. Suavemente, con un dedo le resiguió el mentón hasta la boca. Era imposible adivinar que un día todo aquel cuerpo había sido cubierto de tinta negra, pero el que se escondía bajo la superficie no había desaparecido. Sólo había una manera de limpiarlo. En Sam la quería ayudar. Lo haría. Y, a la vegada, se limpiaría toda la negrura que llevaba él enganchada.

—Cómo vamos de tiempo?

En Sam dio un vistazo al reloj.

—Tendríamos que marchar de aquí media hora. Pero prácticamente ya está todo listo. Y ahora las armas ya están a punto.

—Qué piensas? —preguntó la Jessie, y se tapó la cabeza con la capucha—. Cómo te sientes?

En Sam se paró un instante y va rumiar. De verdad. Se le apareció delante la cara de sorpresa de en James.

Después rió por debajo la nariz.

—Me siento de puta madre.

La música retumbaba al piso de arriba y la Sanna subió las escaleras, furiosa. Abrió la puerta de un revuelo y, a la cama, la Vendela y en Nils se separaron como dos relámpagos.

—Qué haces? —llamó su hija—. Que no se puede tener un poco de privacitat, en esta casa?

—Baja la música. Y, a partir de ahora, esta puerta, siempre abierta.

—Que no tocas?

—Baja la música y deja la puerta abierta. Si no, ya te puedes olvidar que te traiga en coche a Tanumshede.

La Vendela abrió la boca para decir algo, pero después la cerró. La Sanna tuvo la impresión que, por un instante, su hija parecía casi aliviada.

—En Basse también vendrá?

La Vendela hizo que no con la cabeza.

—Ya no nos hacemos —dijo en Nils.

—Ah, no? Y por qué?

De repente, en Nils hizo un ademán grave.

—Con el tiempo la gente cambia. Crece como persona. Avanza. Forma parte del viaje para convertirse en una persona adulta. Oí que sí, Sanna?

El chico torció la cabeza. Después, miró la Vendela de reojo y le sonrió. Hizo la sensación que la chica dudaba unos segundos antes de volverle la sonrisa.

La Sanna volvió hacia el recibidor. había algo de en Nils que no le había gustado nunca. En Basse también era un xicot desconcertando, pero tenía un punto tierno. En Nils, en cambio, tenía una dureza que la Sanna no entendía de donde había salido. En Bill y la Gun eran dos personas muy agradables. Muy atentos. En Nils era completamente diferente.

No le gustaba nada que fueran amigos con la Vendela. Y, justamente aquel día, parecía que a su hija tampoco le hacía ninguna gracia estar con en Nils.

—Baja la música. Abre la puerta. Marcharemos hacia el centro cívico de aquí a diez minutos.

—Sabes conducir? —preguntó la Jessie, cuando en Sam dirigió el mando hacia el coche, pulsó el botón y se sintió un silbato.

Abrió el maletero y dejó todo el que traían.

—La madre me ha enseñado. Acostumbramos a hacer prácticas por el patio.

—No cruces que es un poco diferente que conducir por una carretera? —preguntó la chica.

—Y que propones? Que cogemos el autobús?

La Jessie sacudió la cabeza. En Sam tenía toda la razón. Y, en resumidas cuentas, que importaba?

—Lo traemos todo?

—Sí, me parece que sí —hizo en Sam.

—Has dejado el lápiz de memoria al ordenador?

—Sí, es imposible que no lo vean.

—Los bidones?

—Los traemos. —Cerró el maletero y sonrió a la Jessie.— No te preocupes. Hemos pensado en todo.

—De acuerdo —dijo, y abrió la puerta del acompañante.

En Sam se sentó al volante y puso en marcha el coche. Parecía tranquilo y seguro de si mismo, y la Jessie se relajó. Buscó a la radio hasta que encontró una emisora donde sonaba música alegre. Una canción antigua de Britney Spears, pero era simple y cantable, y aquel día no hacía nada. Bajó la ventanilla tanto como pudo y sacó la cabeza. Va a clucar los ojos y sintió como el viento le esbullava los cabellos y le mimaba las mejillas. Era libre. Después de tantos años, por fin era libre. Libre de ser quién quisiera ser.

Todo era a lugar, meditado, ordenado. En Sam lo había dibujado meticulosamente a la libreta, había tenido en cuenta todas las posibles

eventualidades. Había dedicado muchas horas cerrado en la habitación pensante en aquel anochecer, y el que no sabía lo había podido encontrar por internet. En realidad, no era tan difícil. No había que ser un genio para planear la manera de causar el mayor daño posible.

La destrucción era el medio por el cual se limpiarían, con el cual equilibrarían la balanza. Porque todos eran partícipes. De una manera u otra. Aquellos que habían callado tantos y tantos años, que habían visto sin decir nada. Los que habían reído. Que lo habían señalado con el dedo. Los que habían contribuido con unos golpecitos a las espaldas o dando ánimos. Incluso los que habían protestado con la boca pequeña, los que habían cuchicheado tan bajito que en realidad nadie los había podido sentir; que más bien lo habían hecho para sentirse buenas personas.

Estos también se merecían recibir algún tipo de castigo.

Habían llegado temprano. Adentro del centro cívico estaban preparando la sala para la fiesta de aquel anochecer. Nadie los vio. No les fue difícil descargar el coche y, a escondidas, ir colocando todo el que los hacía falta. Los bidones de gasolina eran pesados, pero cogieron un cada cual, los arrastraron hasta los matorrales y los cubrieron con ramas. La claridad amortiguada de la puesta de sol los ayudaría a esconderlo todo.

En Sam tenía las salidas controladas. había sido rumiant en cantidad suficiente antes de encontrar una solución muy sencilla. Candados gordos. Evidentemente, siempre se podía esbotzar una ventana, pero no creía que nadie tuviera tanta imaginación o valentía. Al fin y al cabo, eran una pandilla de cobardes.

Esperaron dentro del coche, acurrucados a los asientos. Sin hablar, sólo cogiéndose la mano. A en Sam le encantaba sentir el escalfor de la mano de la Jessie contra la suya. Lo echaría de menos. Pero era el único que echaría de menos. Le hacía tanto de mal. La vida hacía demasiado mal.

Por fin empezó a llegar la gente. En Sam y la Jessie los miraban por la ventanilla, observaban quién iba apareciendo. No podían empezar hasta que las personas más importantes hubieran hecho acto de presencia.

Y finalmente los vieron. La Vendela y en Nils primero. En Basse, un rato más tarde. Por el que parecía, el terceto se había disuelto. En Sam se inclinó hacia la Jessie y le dio un beso. Tenía los labios ligeramente resecos y tensos, pero se suavizaron cuando tocaron los suyos.

El beso no se alargó mucho. Estaban llistos para empezar. Todo estaba dicho, todo estaba hecho.

Nadie miró ningún donde eran en Sam y la Jessie cuando bajaron del coche. Hicieron una gran vuelta para poder entrar por el detrás. Se llevaron los bidones de gasolina y la bolsa de deporte. Nadie se dio cuenta de nada cuando avanzaron por sobre el césped. Dentro del centro cívico, las luces estaban apagadas, habían cubierto las ventanas con tela opaca o plástico. La música retumbaba muy alta cuando abrieron las puertas posteriores y en medio de la pista de baile, ante el escenario, palpitaban las luces de discoteca.

Cuando los bidones y la bolsa fueron a lugar en el interior de las puertas, en Sam y la Jessie volvieron a salir, hicieron pasar una cadena para sujetar las puertas y pusieron un candado. No traían nada más que el dinero para la entrada, otra cadena y un candado. Con determinación, hicieron la vuelta en el edificio y se

pusieron a la cola. Nadie se dio cuenta de su presencia. Al suyo cercando, la gente hablaba a gritos y parecía ligeramente bebida después de haber empezado la fiesta en alguno otro lugar.

Pasaron por caja sin que nadie los dijera nada. El centro estaba pleno a rebosar. Una marea de jefas que bailaban y llamaban. Al oído, en Sam repitió el plan a la Jessie. La chica asintió. Avanzaron a tocar de la pared. Un chico y una chica se magrejaven al fondo de la sala, cerca de la salida. En Sam los reconoció, iban a la clase del lado. Estaban completamente absorts en sus cosas, con las manos buscándose bajo la ropa. Y tampoco dieron cuenta de la presencia de en Sam y la Jessie, que abrieron la bolsa y, de un revuelo, se escondieron las armas bajo la ropa. Se habían vestido de acuerdo con el que llevarían a cabo. Roba muy ancha y holgada. Dejaron los bidones donde eran. Todavía no los necesitaban. Ahora tenían que cerrar las puertas de acceso, antes de que la diversión pudiera empezar.

Cuando volvieron hacia la entrada, en Sam vio con el rabillo del ojo la Vendela y en Nils en medio de la pista, bailando con una pandilla. En Basse no se veía en ninguna parte. Lo buscó rápidamente y, finalmente, lo encontró en un rincón a la otra punta del local. Apoyado contra la pared, con los brazos plegados y sin sacar los ojos de en Nils y la Vendela.

A la puerta todavía había una cola de diez metros de largo, llena de gente riendo con ganas de entrar. El chico de la caja era justo afuera y en Sam se acercó.

—Tenemos que comprobar que las puertas se pueden cerrar. Normas de seguridad. Sólo tardaremos un par de segundos.

—De acuerdo —dijo el chico que los había cobrado un rato antes.

En Sam cerró las puertas y, rápidamente, pasó la cadena y puso el candado.

Exhaló largamente y, después, respiró fondo. Concentración. Ahora no podía salir nadie. No podía entrar nadie. Tenían el local completamente bajo control.

Se giró hacia la Jessie y asintió con la cabeza. Desde fuera, empezaron a picar a las puertas con fuerza pero en Sam no hizo ningún caso. La música sonaba a todo volumen. Sólo él, que era tan cerca, sentía los golpes.

El armario de luces era en una saleta a la izquierda de la entrada y se dirigió a grandes zancadas. Un último vistazo a la Jessie, que tenía las manos bajo la ropa, a punto. Después encendió todas las luces y desconectó el cable que iba a la instalación de sonido. Ahora ya no había marcha atrás.

Cuando la sala se iluminó y la música enmudeció, se hizo un silencio sepulcral. Después, alguien empezó a llamar algo; más tarde, una chica chilló. Bien pronto se empezaron a sentir más voces alteradas. Hacían una fila patética, allá derechos, con las caras pálidas, con todas las luces encendidas. En Sam sintió como se cargaba de coraje y dejó que la rabia que había acumulado a lo largo de todos aquellos años brotara como una oleada inmensa, pero suave. Salió de la saleta, se situó con la espalda contra las puertas de la entrada y se giró hacia la pista de baile para que todos lo pudieran ver.

La Jessie se plantó a su lado.

Despacio, al chico sacó la arma. Habían decidido que traerían dos pistolas cada uno. Una escopeta habría sido demasiado pesada y difícil de esconder.

Disparó un disparo al aire con una de las armas e inmediatamente acabaron los cuchicheos. Todos los miraban. Por fin, se habían intercambiado los papeles. En

Sam siempre había sabido que era mejor que ellos. Vidas insignificantes con pensamientos insignificantes y banales. Bien pronto los habrían olvidado. A la Jessie y a él, nadie los olvidaría nunca.

Se dirigió hacia la pista de baile. En Nils y la Vendela lo miraban fijamente, perplexos. En Sam disfrutó viendo los ojos atemorizados de en Nils. pudo leer que lo sabía. Con mano firme, levantó la pistola. Despacio, para poder saborear cada segundo, pulsó el gatillo. El disparo acertó de pleno en medio del frente y en Nils se desplomó en tierra. Extendido de barriga en alto, con los ojos esbatanats. Un filete de sangre le manaba del orificio perfectamente redondo.

Anduvieron y andar. Cada anochecer salían a pasear. Era cómo si el aire de aquel sótano los ahogara, como si las paredes los tuvieran que caer encima mientras dormían. El rumor del televisor del piso de arriba continuaba hasta las dos o las tres de la madrugada. Hacía la impresión que la vieja no dormía nunca. El único que los ayudaba era salir a andar. Durante horas. Agotarse y llenar los pulmones de suficiente oxígeno para poder pasar toda la noche dentro de aquel sótano. Durante las paseadas no hablaban. Si lo hubieran hecho, corrían el riesgo de acabar recordando el que habían pasado, y de alimentar las pesadillas sobre casas en escombros y niños reventados por una bomba. También había el riesgo de empezar a hablar del futuro y que se dieran cuenta que no había ninguna esperanza para ellos.

Era cómo si las personas que vivían en las casas que dejaban atrás vivieran en otro mundo.

Al otro lado de la ventana se abría aquella Suecia que deseaban conocer, y a la cual cada anochecer intentaban acercarse. Bajaban al pueblo, observaban los pisos con unos balcones curiosament arreglados. Ni rastro de ropa extendida, ni luces, quizás alguien había puesto un espumillón minúsculo. Una vez havien visto que alguien había puesto una iuca enorme. Era tan poco habitual que el Adnan lo había señalado a en Khalil.

Después solían bajar hasta la escuela. Ver una escuela sueca los resultaba fascinante. Era tan nueva. Tan bonita.

—Al parecer, han montado una fiesta en la casa roja —dijo la Adnan, y señaló hacia el centro cívico.

En Bill había intentado explicarlos aquellas palabras, *centro cívico*, pero no habían encontrado el equivalente en árabe, así que los refugiados la habían bautizado, sencillamente, como *la casa roja* durante los días que habían sido.

—Vamos a dar un vistazo? —preguntó.

En Khalil hizo que no con la cabeza.

—Parece que son jóvenes. Deben de haber bebido. Y entonces siempre hay alguien que tiene ganas de esbatussar un moro.

—Qué dices? No tiene por qué ser así —replicó el Adnan, y cogió el brazo de en Khalil—. Y quizás conoceremos alguna chica.

En Khalil suspiró.

—Cómo ya te he dicho, si nos acercamos acabaremos a puñetazos.

—Bah, manos a la obra.

En Khalil dudó un instante. Sabía que era demasiado prudente, pero era realmente tan extraño?

El Adnan empezó a andar hacia el local, pero en Khalil le grapó el brazo.

—Escucha!

Su compañero se paró y paró la oreja. Se giró hacia en Khalil, con los ojos como dos naranjas.

—Son sacados! —dijo.

En Khalil asintió con la cabeza. Era un sonido que los dos conocían demasiado bien. Y vendía del centro cívico. Se miraron. Después salieron corriendo ninguno allá.

—Qué casamiento más maravilloso —dijo el Erica, y se acurrucó contra en Patrik, al sofá—. Me quedé de pasta de moniato cuando Anna y en Dan entraron a la iglesia. Me husmeaba que me estaba escondiendo algo, pero no me habría imaginado nunca un casamiento doble.

Todavía estaba en choque por aquella sorpresa, pero la fiesta que había seguido la ceremonia se había acabado convirtiendo en la más divertida de su vida, incluyendo su boda. La jugada de Anna y en Dan había colpit tanto los invitados que el ambiente ya se había empezado a animar dentro de la iglesia y todo. Después de una cena espléndida con un montón de discursos, la pista de baile había hervido la noche entera.

Ahora eran al porche de casa, contemplando la puesta de sol y disfrutando de los recuerdos del día anterior.

—Madre mía! —exclamó en Patrik—. Te tendrías que haber visto la cara cuando en Dan y Anna entraron. Sufrí que no te convirtieras en un charco de agua. No tenía ni idea que alguien pudiera llorar tanto. Estabas preciosa. El maquillaje se te escurrió mejillas abajo y parecías un oso rentador de lo más lindo. O un gatito. Uno de aquellos negros con un nassiró pequeño...

—Muy divertido —hizo el Erica, pero le tuvo que dar la razón.

Cuando llegaron al hotel, el primero que había hecho fue correr hacia el lavabo. El rímel y el lápiz de ojos se le habían escurrido y parecía un auténtico...

El Erica se quedó petrificada. En Patrik se la miró, sorprendido.

—Qué pasa? Parece que hayas visto un fantasma.

De un revuelo, el Erica se levantó. Le había venido a la cabeza una cosa que la había trastornado. Una cosa que en Patrik había dicho de Helen.

—Ayer, cuando hablamos de Helen, dijiste una cosa. De la galleta de chocolate que había dado a la Nea. Vuélvemelo a explicar.

—Bien, encontramos restos de chocolate al estómago de la Nea. Fue la última cosa que comió la niña. Galletas y chocolate, para ser más exactos, así que en Pedersen supuso que la Nea había comido una galleta Kex. Y cuando lo pregunté a Helen, me dijo que la niña había visto que se estaba comiendo una y que le había pedido que diera un pedazo. Así que la compartieron. Y nosotros encontramos un envoltorio de Kex en el altillo del establo, así que todo encaja...

—No puede ser que Helen estuviera comiendo chocolate. es alérgica. Esto de la galleta Kex, lo dijo ella o primero se lo explicaste tú?

En Patrik va rumiando unos segundos y después sacudió la cabeza.

—No estoy del todo seguro... Se lo podría haber comentado yo primero.

—Y como denominaba aquel gato, la Nea? El amigo del establo?

—El gato negro —va esclafir a reír en Patrik—. Los niños son tan divertidos...

—Patrik —el Erica miró su hombre con ademán grave—, ya sé como encaja todo ello. Sé quién lo hizo.

—Quién hizo qué?

El Erica estaba a punto de explicarlo todo cuando el teléfono de en Patrik empezó a sonar.

Al ver la cara de preocupación de su marido, se le hizo un nudo al estómago. En Patrik escuchaba sin badar boca, colgó y después se giró hacia la Erica.

—Me tengo que ir —dijo—. Era en Martin. Ha habido un tiroteo en el centro cívico de Tanumshede.

—Qué sabemos? —En Martin se giró hacia Paula y en Mellberg, que sentaban detrás. Estaba de guardia y los había ido a buscar con el coche patrulla después de trucar a en Patrik.— Sabemos quién está disparando?

Paula lo miró por el retrovisor.

—No —dijo—, pero estoy en contacto con el Annika. El teléfono de la comisaría ha empezado a sonar y espero que bien pronto tengamos más información.

—Puede estar relacionado con los refugiados? —preguntó en Mellberg—. Otro golpe?

—No lo creo —dijo en Martin, haciendo que no con la cabeza—. Al parecer han organizado un tipo de fiesta escolar, puesto que el curso empieza la semana que viene. Así que estamos hablando de alumnos de secundaria.

—Cojones, son muy jóvenes —dijo en Mellberg—. Cuando falta?

—Por favor, Bertil, has hecho este camino tantas veces como yo —contestó en Martin, nervioso.

—Nos hacen falta refuerzos? —preguntó Paula—. Quieres que truque a Uddevalla?

En Martin va rumiar unos segundos, pero sabía instintivamente qué responder. Sabía que tenían mala pieza al telar. Muy mala pieza.

—Sí, truca a Uddevalla —respondió, sin ni siquiera consultarlo con en Mellberg. Pulsó el gas a fondo y el coche aceleró.

—Ya estamos. Veis en Patrik o en Gösta?

—No, pero están viniendo ninguno aquí —dijo a Paula.

Cuando en Patrik entró al aparcamiento del centro cívico, vio dos jóvenes que se los acercaban a toda velocidad. Dejó el coche a una cierta distancia y consiguió pararlos.

—Qué está pasando?

—*Someone is shooting in there!*²³—dijo uno de los chicos, que en Martin reconoció del campamento de refugiados—. *Es crazy! People are panicking...*

Las palabras brotaban sin aturador y el joven mezclaba el inglés con el sueco. En Martin levantó la mano para intentar que hablara más despacio.

—Sabéis de quien se trata?

—No, no hemos visto nada, *we justo heard shots and people screaming.*²⁴

—De acuerdo, gracias. Alejaos de aquí —dijo en Martin, y los hizo marchar. Miró hacia el centro cívico y después se giró hacia Paula y en Mellberg.

—Tenemos que averiguar qué está pasando. Me acercaré —dijo, y puso la mano sobre la arma que llevaba a la pierna.

—Venimos contigo —añadieron Paula y en Mellberg.

En Martin asintió con la cabeza.

Más jóvenes se los acercaban corriendo, pero en Martin comprendió que se trataba de los que se habían quedado fuera del edificio. No vio que nadie saliera.

—Nos separaremos —dijo—. Con mucha cuenta, acercaos tanto cómo poded a las ventanas. Tenemos que conseguir hacernos una idea del que está pasando allá dentro.

Los dos policías asintieron con la cabeza y, sin hacer ruido, avanzaron hacia el centro cívico. Con los nervios a flor de piel, en Martin sacó la cabeza por una de las ventanas de una de las paredes largas. Se le heló la sangre. Ahora sabía con que se enfrentaban. Pero aquello no quería decir que supiera como manejar la situación. En Patrik y en Gösta no tardarían a llegar, pero pasaría un buen rato antes de que pudieran disponer de los refuerzos de Uddevalla. Y el instinto le decía que no tenían tanto de tiempo.

Se sintieron más gritos, y cada vez más altos. En Sam disparó un disparo al aire.

—Cerráis la boca!

Todos van callar, pero todavía se sentían algunos sollozos. En Sam hizo un gesto con el hacia la Jessie y la chica pasó por su lado en dirección a las puertas traseras. Sin ninguna prisa, cogió los bidones de gasolina y los colocó a los pies de en Sam.

—Tú —dijo en Sam, señalando un chico corpulent con camisa blanca y pantalones de algodón marrones—. Coge este bidón y empieza a abocar la gasolina por allí abajo.

Señaló hacia una de las paredes laterales.

—Y tú —hizo, señalando con la cabeza un chico moreno con camisa rosa—. Tú encárgate de esta banda. Y asegúrate que aquellas cortinas queden muy mojadas. Señaló las teles que tapaban las ventanas.

En un primer momento, los dos jóvenes quedaron paralizados, pero cuando en Sam levantó la pistola, salieron rabent. Cada uno cogió un bidón. Pero se quedaron quietos ante las paredes, dudando.

—Espabiláis! —llamó en Sam.

Se tumbó hacia la Jessie.

—Vigila que lo hagan como es debido. Si no, dispáralos.

En Sam contempló aquella pandilla temblorosa, somicant, patética. Unos cuántos habían empezado a buscar una vía de escapatoria, calculaban las opciones que tenían si empezaban a correr.

—Las puertas están cerradas con candado, no saldréis de aquí —dijo, y rió por debajo la nariz—. No vale la pena que intentáis ninguna tontería.

—Por qué? —gimió la Felicia, de su clase—. Por qué lo hacéis, esto?

Una de las populares. Pechos gordos y una cabellera rubia abundante. Corta como la cola de un conejo.

—Esto mismo, por qué cruces que lo hacemos? —respondió.

Se giró ningún donde era la Vendela, todavía derecha junto a en Nils. Temblaba de pies a cabeza, vestida con una falda cortísima y una samarreteta minúscula.

—Se te acude nada, Vendela? Por qué lo hacemos, esto?

Miró alrededor y se paró donde era en Basse.

—Y a tú que te parece?

En Basse lloraba con lágrimas gordas.

—Pero no te quedes allá solet —dijo en Sam—. Acércate a la Vendela y a en Nils. Al fin y al cabo, sois culo y mierda. Companys de aventuras.

Despacio, en Basse se acercó a la Vendela, que tenía la mirada perdida. Se paró junto a la chica, sin mirar el cuerpo de en Nils.

En Sam torció la cabeza.

—A quién de los dos queréis que dispare primero? Lo podéis decidir vosotros mismos, no os parece justo? O queréis que elija yo? No es una decisión del todo fácil. Me cargo la meuca que menea los hilos por detrás o este trozo de mierda que hace todo el que le dicen?

No respondieron. Las mejillas de la Vendela se cubrieron de rayas negras, del rímel que se le escurría con las lágrimas.

El control. Ahora era todo suyo.

En Sam levantó la pistola. Disparó. La Vendela se desplomó en tierra sin proferir ni siquiera un esgarip. Los chillidos resonaron por las paredes y en Sam volvió a berrear:

—Silencio!

El ajeteo de llantos no se podía evitar y un niño pequeño de séptimo vomitó en tierra. La Vendela había caído justo a la derecha de en Nils. El disparo de en Sam no había sido tan preciso como el de en Nils. La bala había penetrado por el ojo derecho de la Vendela, pero el resultado era el mismo.

Era muerta.

El Erica sentaba junto a en Patrik, que conducía más deprisa que nunca. Sabía que iba en contra de todas las normas, contra el sentido común, pero el Erica lo había obligado a llevársela. «Las vidas de unos adolescentes están en peligro», había dicho. «Necesitáis un montón de adultos capaces de calmarlos y consolarlos.» Y tenía toda la razón. Evidentemente. En Patrik estrechó la mano de su mujer, que miraba por la ventana el paisaje precioso de verano. Conducir por unas carreteras oscuras y desiertas acostumbraba a producir una sensación de letargo, pero en Patrik no se había sentido tan despierto en toda la vida.

Finalmente vio la desviación que subía hasta el centro cívico. Giró el volante bruscamente y las ruedas van xerricar. Dejó el coche junto a los de en Martin y en Gösta. Pidió al Erica que no se moviera y bajó porque los compañeros le hicieran cinco céntimos de la situación.

—Se trata del hijo de Helen! Y la hija de Marie! —le explicó en Martin, y lo miró desconcertado.

En Mellberg y Paula asintieron con la cabeza.

—La situación es crítica, qué hagamos? En Sam y...

A en Martin no le salía el nombre y en Patrik lo ayudó.

—La Jessie, se llama Jessie.

—Bien, en Sam y la Jessie van armados y retienen los jóvenes allá dentro, como rehenes. Hemos visto uno de extendido en tierra que no se movía, pero en Sam y la Jessie nos lo tapaban y no hemos podido determinar si era muy grave. He trucado a la ambulancia y ya vienen ninguno aquí, pero tardarán un rato.

—Y los refuerzos de Uddevalla? —preguntó en Patrik.

—Como mínimo tardarán media hora —respondió Paula—. No creo que podamos esperar tanto.

De dentro del centro cívico los llegó el estrépito de un chasquido y todos van hacer un bot.

—Qué hagamos? —dijo en Gösta—. No nos podemos quedar aquí con los brazos plegados esperando que lleguen los refuerzos mientras allá dentro disparan además adolescentes.

En Patrik va rumiar unos segundos. Después tomó una decisión rápida. Abrió la puerta del coche y pidió al Erica que bajara. Le explicó el que había pasado y el que había en juego.

—Oí que tienes el número de teléfono de en Sam? —dijo.

Su mujer asintió con la cabeza.

—Sí, me lo dio cuando lo entrevisté para el libro.

—Me lo podrías dar? Nuestra única esperanza es intentar contactar con el chico, hablar. Hacer que la Jessie y él comprendan la locura en que se han metido.

El Erica le pasó el número y en Patrik lo marcó con dedos temblorosos. Sonó un tono y otro, pero no respondía nadie.

—Mierda! —Y sintió que el pánico se apoderaba.— Tendríamos que haber traído Helen, quizás a ella sí que le habría cogido el teléfono. Pero perderíamos demasiado tiempo si lo fuéramos a buscar ahora. Nos tenemos que poner en contacto con en Sam enseguida. Si no, disparará además compañeros!

El Erica se acercó.

—Quieres que lo intente yo? —dijo, con un hilo de voz—. Quizás si ve que soy yo, responderá. Cuando hablamos, creo que nos entendimos fuerza. Tengo la sensación que conseguí conectar y me abrió el corazón.

En Patrik la miró con ademán grave.

—Vale la pena intentarlo.

El Erica se sacó el teléfono del bolsillo y, tienes, en Patrik no le sacó los ojos del encima mientras sonaban los tonos.

—Pone el manson libres —cuchicheó.

—Por qué me trucas?

La voz de en Sam resonó por el aparcamiento como la de un espíritu.

El Erica respiró profundamente.

—Tenía la esperanza que quisieras hablar conmigo —respondió—. Cuando nos vimos, tuve la sensación que cruces que nadie te escucha. Pero yo sí que lo hago...

Silencio. De fondo se sentían sollozos y murmullos, y alguien que llamó.

—Sam?

—Qué quieres? —dijo, con una voz que parecía vieja como el mundo.

La voz de un anciano.

En Patrik le hizo una señal porque le diera el teléfono, y, después de unos segundos de duda, la Erica se lo pasó.

—Sam? Soy en Patrik Hedström. De la policía.

Silencio.

—Sólo queremos hablar un poco. Hay alguien aquí dentro que necesite ayuda?

La ambulancia está a punto de llegar...

—Es demasiado tarde para una ambulancia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó en Patrik.

—Es demasiado tarde...

La voz de en Sam se va esvanir. De fondo se sintió como la Jessie llamaba a alguien que callara.

En Patrik dudó un instante. Miró el Erica, que asintió con la cabeza. Era una idea. O conseguía que en Sam se decidiera a hablar o lo empeoraría todo. Pero poderse comunicar con el chico era la única posibilidad que tenían. Hasta que no llegaran los refuerzos, no disponían de los medios para entrar al centro cívico, así que continuar hablando con el chico era la mejor opción.

—Lo sabemos, Sam —empezó en Patrik—. Sabemos el que pasó. Sabemos que tu madre intentó cargar con la culpa del que pasó. No podrías soltar los chicos y chicas que hay aquí dentro? No han hecho nada. Y así podremos hablar con calma.

—¿Que no han hecho nada? ¿Qué cojones sabéis del que han hecho o han dejar de hacer? —La voz de en Sam se convirtió en un falset.— No tenéis ni idea. Son unos monstruos, siempre lo han sido y no se merecen continuar viviendo.

Sollozó y en Patrik vio una rendija, una pequeña puerta por donde esmunyir-se. Mientras en Sam fuera capaz de sentir algo, podría acceder. Las personas que habían cerrado todas las puertas eran las más peligrosas.

—Y la Nea? —dijo—. ¿Qué le pasó? También merecía morir?

—No, aquello fue un accidente —hizo en Sam, con un hilo de voz—. No lo quería hacer. Estaba... vi... vi que la madre daba un beso a Marie. Se pensaban que estaban solas, pero las vi claramente desde mi escondrijo al establo. Sólo quería estar solo, pero la Nea no me dejaba en paz. No callaba y me decía que teníamos que jugar y, al final, se me acabó la paciencia y le clavé un empujón. Fue a parar muy cerca del borde y entonces alargué la mano para cogerla, pero se debía de asustar. El empujón había sido más fuerte del que había querido, y la Nea hizo una pasa ninguno atrás... y cayó...

Se hizo el silencio. En Patrik miró el Erica.

—Y tu madre te ayudó? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

Silencio. Sólo el rumor de voces de fondo imposible de identificar. Sollozos y gritos de socorros.

—Perdón —dijo en Sam, con un hilo de voz—. Decidle a la madre que me sabe mucho grave todo ello.

Después colgó.

En Patrik intentó frenéticamente que le volviera a coger el teléfono, pero fue imposible. Sonó otro disparo y todos van hacer un bot. En Patrik miró el reloj con ademán grave.

—No podemos esperar. Nos tenemos que acercar. Erica, tú quédate aquí con en Mellberg. Bajo ningún concepto no te puedes alejar del coche, de acuerdo?

El Erica asintió con la cabeza.

—Paula, Martín y Gösta, vosotros me acompañaréis. Mellberg, encárgate de los compañeros cuando lleguen e infórmalos del que ha pasado, de acuerdo?

Todos van asentir con la cabeza. Serio, en Patrik miró hacia el centro cívico y notó que la arma era donde tenía que ser. No tenía ni idea de qué había que hacer para evitar la catástrofe, pero lo tenía que intentar.

Cuando en Sam colgó el teléfono, temblaba ligeramente. Lo sabían. Sabían el que había hecho. Durante un instante lo vio ante sede. Aquel cuerpo pequeño que perdía el equilibrio al lado del altillo. El único que quería era que la Nea se fuera, poder estar solo. La cara que había puesto la niña mientras caía era más de sorpresa que de miedo. En Sam se había lanzado ninguno adelante para intentar cogerla, pero era demasiado tarde, ya estaba en tierra; se formó un charco de sangre alrededor de la cabecita. Había jadeado unas cuántas veces. El cuerpo se deshinchó y los ojos quedaron vacíos.

Si no hubiera pasado, en Sam ahora no sería allá. El que había escrito a la libreta sólo había sido un juego, una fantasía, una manera de convencerse que en cualquier momento podía tomar el control. Si lo quería. Pero después del que habían hecho a la Jessie, y después del que él había hecho a la Linnea, ya no tenía nada a perder.

—La policía es aquí fuera —dijo a la Jessie—. Ha llegado la hora de acabar todo esto.

La chica asintió con la cabeza.

Se acercó a en Basse, se le plantó delante. Piernas abiertas. Tranquila. Levantó la pistola y la apoyó contra el frente del chico. Los ojos de en Basse se negaron de lágrimas y los labios articularon la palabra *perdón*. Sólo se sentían algunos sollozos dispersos. Cuando la Jessie pulsó el gatillo, el brazo le hizo una sacudida. La cabeza de en Basse salió proyectado ninguno atrás y el chico cayó de espaldas a tierra.

En Sam y la Jessie contemplaron un instante el terceto, mientras al suyo cercando volvía el griterío. Aquella vez hubo basta que en Sam levantara la arma porque todo el mundo callara.

La Jessie se introdujo la mano en el bolsillo y sacó un par de mecheros. Los lanzó a los dos chicos que habían abocado la gasolina.

—Encendedla —se limitó a decir en Sam.

Con los ojos clavados en los mecheros, los chicos no se movieron.

Sin perder la calma, en Sam puso en marcha un disparo al pecho del más corpulent, de camisa blanca, que se miró el pecho, donde una rosa roja de sangre empezó a formarse. Después, se desplomó de rodillas a tierra y cayó boca abajo. Todavía tenía el mechero en la mano derecha.

—Tú, coge el mechero.

En Sam señaló un chico pequeño con ojeras que, temblando, se agachó.

—Encendéis la gasolina —dijo en Sam, y volvió a levantar la pistola.

Los chicos acercaron los mecheros a las teles empapas de gasolina. Inmediatamente el fuego tomó y las llamas se ensartaron hasta el techo y se esparcieron hacia los lados. Ya no tenía ningún sentido intentar que no llamaran. La multitud se movía hacia las puertas empujada por el pánico.

En Sam se colocó espalda contra espalda con la Jessie, tal como habían practicado. Levantaron las pistolas. Sentía el escalfor del cuerpo de la Jessie contra el suyo, las batzegades rítmicas cuando premien el gatillo. No podía escapar nadie, nadie se merecía escapar. Eran todos o nadie, en Sam lo sabía desde el comienzo. Valía incluso para él mismo. Y la Jessie. Durante un instante se arrepintió de haberla traído con él. Después vio ante sede como la Nea caía del altillo.

La policía los había pedido que se fueran a casa. En Khalil estaba más dispuesto a hacerlo, pero el Adnan lo grapó por la camiseta.

—No podemos marchar, los tenemos que ayudar!

—Cómo? —hizo en Khalil—. La policía es aquí. Cómo los podemos ayudar, nosotros?

—No lo sé, pero allá dentro hay chicos jóvenes. De mi edad.

—No nos podemos acercar —dijo en Khalil, señalando el edificio.

La policía avanzaba con mucha cautela hacia la esquina desde donde se podía ver qué estaba pasando en el interior del local.

—Tú haz el que quieras —dijo el Adnan, e hizo media vuelta.

En Khalil comprendió que se dirigía hacia la parte trasera.

—Cojones! —renegó, y lo siguió.

Por la parte de dentro de las puertas había algún tipo de tela, pero no colgaba del todo recta y pudieron mirar por una de las ventanillas. Enseguida vieron los dos asaltantes. Un chico y una chica. Parecían muy jóvenes. En tierra también había una chica y un chico. La chica que sostenía una pistola en la mano se acercó a otro xicot. En Khalil sintió como el Adnan le aferraba el brazo con fuerza. Sin mostrar ningún tipo de emoción, la chica disparó al chico. La cabeza salió proyectado atrás y el chico se desplomó en tierra, junto a los otros dos cuerpos.

—Por qué no hace nada, la policía? —cuchicheó el Adnan, con un nudo a la garganta—. Por qué no hacen nada?

Intentó arrancar la cadena que bloqueaba la puerta.

—Son demasiado pocos, están esperando refuerzos —dijo en Khalil, y tragó saliva—. Estoy convencido que estos dos han bloqueado todas las entradas. Si la policía entra, corren el riesgo que haya más heridos.

—Ya, pero entonces sólo nos queda quedarnos con los brazos plegados y ver qué pasa...

El Adnan no le soltaba la manga.

Otro chico recibió un disparo, uno de los que habían sido abocando un líquido por las paredes del local, y el xicot de la pistola señaló otro de pequeño con ojeras.

—Y ahora qué hacen?

—Me parece que ya lo sé —dijo en Khalil.

Se giró y vomitó. Se salpicó los zapatos y, después, se enjugó la boca con la palma de la mano. Adentro del local, las llamas se elevaban hasta el techo. Sintieron los chillidos de los niños, el miedo y el pánico aumentaban cada segundo que pasaba. Una marea de jóvenes se precipitó hacia las puertas de acceso al local. Se empezaron a sentir disparos. Esfereïts, el Adnan y en Khalil vieron como los jóvenes iban cayendo en tierra uno por uno.

En Khalil miró alrededor. Algo más allá, vio un adoquín suelto, la fue a buscar y la levantó por encima de la cabeza. Golpeó la manecilla de la puerta una y otra vez y, finalmente, la cadena cayó en tierra y pudieron abrir las puertas.

El fuego berreaba con fuerza. También los gritos de pánico y desconcierto. El humo era espeso y negro y escocía los ojos, pero, aún así, pudieron ver una pandilla de adolescentes que corrían hacia ellos.

—Por aquí, por aquí! —llamó, y ayudaban un joven detrás otro a salir por las puertas.

Era imposible ver nada debido al humo, los ojos los hervían y las lágrimas no paraban de manar, pero, aún así, no pararon de guiar aquellos adolescentes hacia la libertad. En Khalil sentía como el Adnan llamaba justo a su lado, vio como ayudaba a una chica terrorizada.

Después, el fuego va encalçar su compañero. En Khalil se giró cuando el Adnan empezó a chillar.

[23](#). «Allá dentro de alguien está disparando!» «Es una locura! La gente está muy asustada...» (*N. del T.*)

[24](#). «Sólo hemos sentido disparos y gente que llamaba» (*N. del T.*)

Provincia de Bohuslän, 1672

EL PATÍBUL ERA LLENO. El verdugo esperaba junto al cepo cuando sacaron el Elin del carro. Al verla, la multitud venida de todo la comarca que se había reunido allá contuvo la respiración. Traía un vestido blanco y limpio, pero había perdido todos los cabellos y las quemaduras quedaban a cuerpo descubierto, los brazos colgaban inertes y retorcidos a uno y otro lado del cuerpo y le costaba andar, mientras lo arrastraban dos guardias.

Cayó de rodillas a tierra ante el cepo. Esfereída, miró el gentío que no le sacaba los ojos del encima. El único que había podido pensar todo el tiempo que había pasado desde que había confesado hasta la confirmación de la sentencia era que la Märta sería allá. Lo obligarían a mirar como moría su madre?

Aliviada, no veía su hija en ninguna parte. La Britta sí que estaba, derecha junto a en Preben. El Ebba de Mörhult también, algo más allá. Cómo muchos otros que habían vivido cerca de ella y en Por, o compartiendo techo a la casa parroquial.

En Lars Hierne no estaba. Había marchado a atender otros asuntos, otras brujas, a combatir otras obras del diablo. Para él, el Elin Jonsdotter no era más que una pequeña anotación a sus libros. Una bruja más que la comisión contra la brujería había encarcelado y ejecutado.

La barriga de la Britta se había hecho muy gorda. Su hermana era allá, satisfecha, con las manos sobre la barriga. Poniendo cara de cristiana devota. En Preben lo rodeaba con un brazo, sin levantar los ojos de tierra y con el sombrero a la otra mano. Eran muy cerca. Sólo unos cuántos metros ante sede. El Ebba de Mörhult charlaba con las mujeres que tenía alrededor. El Elin sintió como los volvía a explicar una selección de pasajes de su testigo. Se preguntó cuántas veces debía de haber repetido sus falsedades. Siempre había sido una chismosa miserable y una mentirosa que se dedicaba a esparcir rumores.

El odio le hervía por dentro. Dentro de la celda, había tenido muchas horas para poder pensar una y otra vez en el que había pasado. Cada palabra. Cada mentira. La risa de la Märta cuando, sin ser consciente, había repetido las cosas que le habían hecho decir. La mirada de satisfacción de la Britta cuando cogió la mano de la niña y se la llevó hacia fuera de la sala. Cómo sería capaz de vivir con aquel recuerdo, su hija, cuando se hiciera más grande y comprendiera el que había hecho?

La rabia crecía para sus adentros. Se convirtió en una tormenta. Como aquella tormenta que le arrebató en Por, que las convirtió a la Märta y a ella en dos víctimas desamparadas y submisas.

Los odiaba a todos. Los odiaba con una intensidad que hacía que temblara de pies a cabeza. Con piernas inseguras, se puso derecha. Los guardias hicieron una pasa ninguno adelante, pero el verdugo levantó una mano para pararlos. Con unos ojos que quemaban de la rabia, la Elin se balanceaba con aquel vestido blanco y miró con fijeza la Britta, en Preben y la Ebba. Los tres habían callado y la miraban, temerosos. Al fin y al cabo, era una bruja. Quién sabía de qué era

capaz, ahora que la muerte trucaba a su puerta.

Con una voz fuerte y firme y sin ninguna prisa, sin apartar los ojos de aquellos que la habían condenado a muerte, aquellos tres que eran allá delante, con cara de bonos cristianos, el Elin dijo:

—Podéis haber hecho creer a todo el mundo que habéis hecho una obra en nombre de Dios, pero yo sé la verdad. Britta, eres una mujer falsa y miserable. Lo has sido desde el día que saliste del vientre de la falsa de tu madre. Preben, has sido infiel a tu mujer y eres un mentiroso, un hombre débil y cobarde. Sabes que te has ido a la cama conmigo, no tan sólo una vez, sino muchas, a las espaldas de tu mujer y a las espaldas de Dios. Ebba de Mörhult, chismosa retorcida y envidiosa, que nunca has podido soportar que una vecina tuya tuviera ni que fuera un rosegó de pan florecido más que tú. Quemáis todos al infierno.

Sí, que vuestros descendientes sufran la deshonra, la muerte y el fuego.

Generación detrás generación. Hoy podéis destruir mi cuerpo con acero y llamas, pero mis palabras pervivirán en vosotros mucho después que mi cuerpo se haya convertido en cenizas. Os lo prometo, yo, el Elin Jonsdotter, este día de gracia, ante Dios todopoderoso. Y después de haber dicho esto, estoy preparada para encontrarme con la muerte.

Se giró hacia el verdugo y asintió con la cabeza. Después se arrodilló en tierra, introdujo el hacha en el cepo sin levantar los ojos de tierra. Con el rabillo del ojo, vio como encendían la hoguera donde pronto la lanzarían partida en dos.

Mientras caía la hacha, la Elin Jonsdotter rogó, por último golpe, a Dios que apenas había invocado. Con toda el alma sintió que aquella vez la había escuchado.

Recibirían el castigo que se merecían.

Cuando la cabeza fue separado del cuerpo, va rodolar cadafal abajo y, al pararse, los ojos miraban hacia el cielo. En un primer momento, la multitud enmudeció, respirando de manera entrecortada. Después, un estallido de alegría se elevó hacia el cielo. La bruja era muerta.

E

N PATRIK Se HABÍA PASADO toda la mañana dando vueltas a cómo encararía el interrogatorio de Helen. La mujer había representado muchos papeles en aquella historia. Como madre de un adolescente muerto, lo tendrían que dejar en paz porque pudiera llorarlo. Pero como madre de un asesino, los tenía que ayudar a poder hacer avanzar la investigación. En Patrik era consciente que tenía que elegir una opción. Como padre, quería dejarla tranquila; pero, como policía, necesitaba encontrar las respuestas que los padres de las víctimas se merecían. Y eran muchas. Todo el pueblo se esforzaba a entender el que había pasado. Bien, todo el país. Los titulares y los artículos de los diarios eran desconcertants y proclamaban a cuatro vientos la noticia sobre la tragedia que había ocurrido a Tanumshede.

Cuando empezaron a aparecer los primeros titulares sobre una masacre a Tanumshede, los Amigos de Suecia se habían afanado a afirmar en las redes sociales que se trataba de un atentado terrorista provocado por uno o más inmigrantes. El «¿què os habíamos dicho?» se esparció como una mancha de aceite a través de los medios de comunicación que los eran afines. Pero, poco después, quedó patente que habían sido dos jóvenes suecos, los que habían provocado aquella matanza inconcebible, y la noticia se extendió en todo el mundo. Que los medios también informaran de los héroes que habían conseguido salvar la vida de incontables jóvenes generó un silencio sepulcral entre las filas de los Amigos de Suecia. Pero se generó una oleada de respeto y agradecimiento por parte de la sociedad sueca. Y la simpatía hacia el pueblo de Tanumshede llegó desde todos los rincones. Suecia era un país en estado de choque. Tanumshede, un pueblo de luto.

Pero, ahora mismo, el único que en Patrik veía era una mujer destrozada. Tanto su marido como su hijo eran muertos. Qué se le decía a una persona a quien la vida había golpeado con tanta dureza? No lo sabía.

Cuando habían ido a casa de Helen y en James, se habían encontrado el hombre muerto ante el armer escondido detrás de la pared falsa de un armario. Todo apuntaba que en Sam había obligado su padre a abrirlo y que, después, le había disparado un disparo a la cabeza.

Habían explicado a Helen el que había hecho en Sam y que habían encontrado en James muerto. La mujer se había echado a llorar histéricamente, por su hijo, no había ninguna duda. Ni siquiera había pronunciado el nombre de su marido. Habían dejado media hora sola Helen, pero ya no podían esperar más tiempo.

—Te doy el pésame —dijo en Patrik— y te pido disculpas para tener que hacer esto.

Helen asintió con la cabeza. La mirada era vacía y la cara, pálida. El médico la había visitado, pero la mujer había rehusado tomar ningún tipo de pastilla que la pudiera ayudar.

—Lo entiendo —dijo.

Las manos finas de Helen no paraban de temblar, pero no lloraba. El médico había dicho que con toda probabilidad todavía se encontraba en estado de choque, pero había considerado que, aún así, estaba en condiciones de hablar

con la policía. Le habían ofrecido de trucar a un abogado, pero Helen lo había rehusado.

—Cómo he dicho antes, fui yo quién mató la Stella —repitió, y lo miró a los ojos.

En Patrik respiró fondo. Después sacó unas cuantas hojas de papel que había traído y los dejó sobre la mesa ante Helen, para que pudiera leer el que ponía.

—No, no lo hiciste —respondió.

Los ojos de Helen se abrieron como dos naranjas y después los levantó hacia en Patrik sin entender nada. Un instante más tarde volvió a bajarlos hacia los papeles.

—Se trata de copias de un documento que encontramos dentro de la caja fuerte de en James. había dejado documentación de todo tipo, por si acaso moría en alguna de las misiones al extranjero.

En Patrik cogió impulso.

—Hay que hablan de aspectos meramente prácticos: la casa, cuentas bancarias y cómo quiere que sea su funeral. Pero el que te quiero mostrar es esto. Se trata de... Bien, como lo tengo que denominar? Una confesión.

—Una confesión? —preguntó Helen.

Clavó los ojos al documento escrito con la letra de en James, pero después lo apartó.

—Explícame qué dice —pidió.

—Tú no mataste la Stella —dijo en Patrik, con ademán grave—. Te creías que lo habías hecho, pero cuando marchaste corriendo todavía era viva. En James... en James mantenía una relación con tu padre y pensó que sería una catástrofe para él y para toda la familia si la Stella sobrevivía y explicaba el que habías hecho. Así que la mató. Y dejó que tanto tu padre como tú pensarais que habías sido tú, y que él había escondido el cuerpo para ayudarte. De este modo, en James aparecía como el gran salvador y tu padre quedaba en deuda con él. Este es el motivo por el cual tu padre accedió a su petición de casarse contigo. Al ejército se habían empezado a hacer preguntas, corrían ciertos rumores. En James necesitaba una familia que le sirviera de cortina de humo. Así que convenció en K. G. que el mejor para todas las partes era que se casara contigo. Eres una tapadera. La salvación para un hombre que vivía una doble vida que le podía costar la carrera profesional.

Helen lo miraba sin parpadear. Las manos le temblaban con más fuerza y la respiración se le aceleró, pero no badava boca. Después alargó el brazo para coger el papel. Lentamente, estrujó las copias de la confesión de en James y hizo una pelota compacta.

—Dejó que me pensara... —La voz se agrietó y estrechó la bola de papel entre las manos.— Me hizo creer que...

La respiración se hizo más pesada y entrecortada y las lágrimas empezaron a manar. La rabia le refulgia a los ojos.

—En Sam... —La voz se le cortaba.— Que me hiciera creer que era una asesina hizo que en Sam...

No fue capaz de acabar la frase, la voz quedó ahogada por tanta rabia acumulada que hacía la impresión que las paredes de la pequeña sala de interrogatorios estaban a punto de estallar.

—En Sam se podría haber ahorrado todo esto! La rabia... La culpabilidad... No es culpa suya. Lo entiendes, oi? No tiene ninguna culpa del que ha pasado! No es un mal chico. No es malo, nunca había querido hacer daño a nadie. Creo que ha tenido que cargar tanto con mis culpas que al final no lo ha podido soportar más...

Helen berreaba y las lágrimas le manaban a mares. Cuando dejó de llamar, se enjugó con la manga y miró en Patrik fijamente.

—Todo esto... todo era una gran mentira. En Sam no habría... Si en James no nos hubiera mentido todos estos años, en Sam nunca...

Cerraba y abría los puños sin cesar y al final cogió la bola de papel y la lanzó a brazo partido contra la pared. Después picó con los puños contra la mesa.

—Todos aquellos chicos de ayer! Todos aquellos chicos muertos! No habría pasado nada de todo aquello si no... Y la Nea... Fue un accidente, no le quería hacer daño! En Sam nunca...

Enmudeció y, resignada, clavó los ojos a la pared. Después, continuó hablando con una voz más serena y de una tristeza infinita.

—Debía de sentir un dolor tan inmenso por haber hecho una cosa como aquella... Se debía de derrumbar por todo el que le cargamos encima. Pero nadie lo entenderá. Nadie verá mi hijo precioso. verán un monstruo, dirán que era una persona horrorosa, un chico terrible que segó la vida de sus hijos. Qué puedo hacer porque vean mi hijo estimado? El chico tierno y pleno de amor que destruyeron nuestras mentiras? Cómo puedo conseguir que me odien a mí, odien en James, pero no en Sam? No fue culpa suya! Fue la víctima de nuestros miedos, nuestras culpas, nuestro egoísmo. Permitimos que nuestro propio dolor consumiera todo el que teníamos y todo el que tenía en Sam. Cómo puedo conseguir que entiendan que nada de todo esto no fue culpa suya?

Helen cayó ninguno adelante y se aferró a la mesa. En Patrik dudaba. El papel de policía no le permitía ceder a la compasión. Muchas vidas habían quedado destrozadas. Pero, para sus adentros, el padre que era contemplaba el dolor y la culpabilidad paralizante de otro progenitor y no podía obviar aquella parte de si mismo. Se levantó e hizo la vuelta a la mesa, acercó una silla y abrazó Helen. Despacio, la meció mientras las lágrimas de la mujer le empapaban la camisa. En aquella historia no había malos. No había vencedores. Sólo víctimas y tragedias. Y el dolor de una madre.

No había vuelto a casa hasta que se había hecho de día. Coches de bomberos. El hospital. Las ambulancias. Los periodistas. Todo como una niebla. Marie recordaba que la policía la había interrogado, pero apenas qué los había respondido, con sólo que no había sospechado nada, no lo había intuido.

No le habían dejado ver la Jessie. Ni siquiera sabía donde era en aquellos momentos el cuerpo de su hija. El que quedaba. Cómo la había dañado el fuego. Y las balas de la policía.

Marie vio su reflejo al espejo. Las manos se movían por costumbre. Una diadema de ris que evitaba que los cabellos le cayeran a la cara. Tres presiones de loción limpiadora en un disco de algodón. Movimientos circulares cuando se rozaba con la crema. La botella con la loción facial. Otro disco de algodón. La sensación de frescura a la piel cuando se enjugaba la crema limpiadora

apegalosa. Un tercer disco de algodón. Por desmaquillar-se los ojos. Con mucha cura, rozárselos para sacarse el rímel sin que se rompieran las pestañas. Finalmente la cara limpia. A punto para ser rejuvenecida, renovada. Alargó la mano hacia el bote bajo, ancho, redondo y plateado. Quema por la noche de La Prairie. Carísima, pero probablemente tan beneficiosa para la piel como sugería el precio. Cogió la pequeña espátula y la introdujo al bote. Se puso la crema a los dedos y, con mucha delicadeza, empezó a esparcirla. Las mejillas primero. La zona alrededor de la boca y la nariz. Después el frente. A continuación, el potet plateado. La crema de ojos. Sin presionar mucho para no dañar la piel fina del cercando. Una micono, que con mucha cuenta iría penetrando a la piel.

Así. A punto. Una pastilla para dormir, después podría descansar mientras las células de la piel se rejuvenecían, a la vegada que los recuerdos se iban esvanint. No tenía que ponerse a pensar en nada más. Si pensaba en alguna otra cosa que los puedes plateados y la piel que se tenía que mantener joven y tensa porque los productores de cine se atrevieran a apostar por ella, el dique de contención cedería. El envoltorio externo había sido su salvación, la luz de los focos y el glamour habían evitado que Marie recordara toda la miseria y el dolor. Reduciéndose volgudament a una sola dimensión, había podido huir de los recuerdos del que había perdido y de los recuerdos del que nunca había conseguido.

Su hija había existido en una realidad paralela, había flotado en un mundo que Marie se había permitido visitar sólo de vez en cuando. había habido momentos en qué había sentido amor por la Jessie? Estaba convencida que su hija habría respondido que no. Lo sabía. Siempre había sido consciente de la necesidad que tenía la Jessie de un solo gesto de ternura por parte suya. Y había habido instantes en que Marie había deseado darlo. Aquel primer contacto, cuando le habían puesto la niña sobre el pecho. Toda enganxifosa y cálida, pero los ojos de la Jessie habían sido tan penetrantes cuando sus miradas se habían cruzado... Y las primeras pasas. La felicidad a los ojos de la Jessie cuando dominó una destreza que la humanidad hacía miles de años que dominaba. El orgullo que Marie había sentido casi la había hecho caer en tierra y había tenido que hacer media vuelta y alejarse para no dejarse llevar por aquel sentimiento. El primer día de escuela. La criatureta de cabellos rubios recogidos con una cola que, con la mochila a las espaldas, había salido de casa, frisoa por todo el que aprendería sobre el mundo, sobre la vida. Al llegar a la acera, cogida de la mano de la Juanita, la niñera, se había girado y con el brazo se había despedido de Marie, que se había quedado derecha a la puerta de la casa preciosa que habían podido alquilar a The Hills. Entonces estuvo tan cerca... tan cerca que habría salido corriendo hacia la niña, la habría cogido a cuestras, la habría abrazado con fuerza y habría hundido la nariz en aquellos cabellos rubios que siempre olían del carísimo champú infantil de espliego. Pero se había resistido. El precio habría sido demasiado alto.

A la vida, todo el mundo se había esforzado a enseñarle que era demasiado arriesgado comprometerse. Sobre todo Helen. Marie había estimado Helen. Y Helen la había estimado a ella. Y, a pesar de todo, la había traicionado. Había elegido alguien otro. Le había lanzado todo el amor, toda la esperanza, a la cara. No podía volver a pasar. Nadie le podría hacer daño nunca más.

La Jessie también había elegido abandonarla. Había decidido lanzarse al fuego. Incluso la Jessie, al final, la había traicionado. Lo había dejado suela.

Marie sintió el olor de humo. Cogió otro círculo de algodón. Lo cargó con loción facial y se limpió las narinas a conciencia. Sintió un escozor y cosquillas. Marie tuvo ganas de estornudar, los ojos se le negaron de lágrimas, pero aquel olor se resistía a desaparecer. Levantó la cabeza e intentó que los ojos no le lloraran, cogió un pañuelo de la caja de Kleenex y se los enjugó frenéticamente. Pero no pudo parar las lágrimas.

El rodaje había decidido hacer unos días de descanso. Nadie la necesitaba. Marie estaba completamente sola. Exactamente como siempre había sabido que pasaría. Pero no permitiría que aquello lo hundiera. Tenía que ser fuerte. *The show must go dónde.*

—Ayer fue un día triste en la historia del pueblo —dijo en Patrik.

Unos cuántos de los presentes asintieron con la cabeza. La mayoría no levantaron los ojos de la mesa de la sala de reuniones, que ahora los parecía minúscula.

—Qué dice el último informe del hospital? —preguntó en Gösta.

La cara del policía era grave y compungida. Ninguno de los presentes había alocat los ojos durante toda la noche. La dura tarea de informar los familiares de las víctimas los había exigido muchísimas horas y habían tenido que soportar las interrupciones de periodistas impertinentes que intentaban obtener el máximo de información posible.

Había pasado el que hacía tanto de tiempo que se comentaba. El que, durante tanto de tiempo, habían temido que pasaría. Que las matanzas en escuelas de los Estados Unidos llegaran a Suecia, que tarde o temprano alguien arrebatara la vida de sus compañeros de clase. En Sam y la Jessie no habían actuado en un colegio, pero el patrón era el mismo, y los objetivos habían sido sus propios compañeros.

—Hace un hora ha traspasado otra chica. Hemos llegado a la cifra de nuevo muertos y quince heridos.

—Dios del cielo! —exclamó en Gösta, y sacudió la cabeza.

En Patrik era incapaz de pair aquel número. El cerebro se negaba. Le era completamente imposible de concebir que tantos jóvenes hubieran perdido la vida, hubieran resultado heridos o hubieran sufrido lesiones que los marcarían toda la vida.

—Diez muertos, si contamos en James —dijo en Martin.

En Patrik asintió con la cabeza.

—Qué dice, Helen? —preguntó en Gösta—. Y Marie? Sospechaba nada de todo esto? En Sam y la Jessie se habían comportado de manera extraña o, de alguna manera, habían sugerido que harían una cosa así?

En Patrik hizo que no con la cabeza.

—Sostienen que no se husmeaban nada. Aún así, encontramos un bloque de notas a casa de en Sam con una descripción minuciosa de cómo lo ejecutarían todo, esbozos del centro cívico y otros detalles. Parece que hacía tiempo que lo estaba planeando y creemos que, después, no sabemos como, consiguió arrastrar la Jessie.

—La chica había mostrado tendencia a la violencia anteriormente? —dijo Paula.

—Según Marie, no. Dice que su hija siempre había ido a lo suyo, que quizás había sufrido acoso en las escuelas donde había estudiado, pero que no estaba segura. Tengo la impresión que Marie no paraba mucho atención en su hija.

—Debía de ser el que le pasó a la Nea, el detonante porque en Sam se decidiera a llevar a la práctica su plan —dijo en Martin—. Imaginaos tener quince años y tener que cargar aquella culpa. Y, después, tener un padre dominante y una madre débil. Añadamos el estigma que supone vivir bajo la sombra de Helen, la vergüenza. No debía de ser nada fácil...

—Cojones, que no te haga ninguna pena, aquel! —exclamó en Mellberg—. Un montón de gente ha tenido niñeces muy peores que la suya y no se dedican a matar los compañeros de clase.

—No quería decir esto —dijo en Martin, bajando la cabeza.

—Qué dice, Helen? —repitió en Gösta.

—Está desconcertada. Devastada. Su hijo y su hombre son muertos. Lo acusarán de un delito de encubrimiento por el que hizo después de que muriera la Nea. Lo acepta.

Paula levantó uno de los diarios.

—Todos los diarios sensacionalistas hablan del Adnan cómo de un auténtico héroe —dijo, cambiando de tema—. El refugiado que dio la vida para salvar jóvenes suecos.

—Coi de tonto —hizo en Mellberg, pero no pudo esconder un deix de admiración.

En Patrik asintió con la cabeza. El que habían hecho el Adnan y en Khalil había sido una temeridad y, a la vegada, increíblemente valiente. Habían salvado treinta adolescentes. Treinta jóvenes que, si no, con toda seguridad habrían acabado muertos.

Se había pasado toda la noche intentando pair unas imágenes que le quedarían a la retina por siempre jamás. Cuando el fuego y los disparos los habían obligado a tomar una decisión apresurada y a entrar, en Patrik y Paula habían sido los primeros a atravesar la puerta que los bomberos habían conseguido reventar. No había habido tiempo para pensar. Vieron en Sam y la Jessie derechos en medio de una sala en llamas, espalda contra espalda, disparando a chicos y chicas que, chillando, corrían hacia las puertas posteriores que la Adnan y en Khalil habían conseguido abrir. Los dos policías se miraron un instante, y Paula asintió con la cabeza. Levantaron las armas reglamentarias y pulsaron el gatillo. En Sam y la Jessie cayeron en tierra a la vegada.

El resto se le aparecía como una niebla. Las ambulancias habían ido y venido durante toda la noche, habían tenido que pedir ayuda en todos los hospitales de la provincia, e incluso habían aparecido voluntarios que habían ayudado a trasladar los heridos.

Cada vez más gente se acercaba en el centro cívico. Encendían velas y lloraban, se abrazaban los unos con los otros y formulaban un millar de preguntas que quizás nunca encontrarían respuesta. Tanumshede se había añadido a una lista larga de poblaciones que salían a los libros de historia, aquellas que por siempre jamás se vincularían a una gran tragedia, aquellas que por siempre jamás traerían asociadas imágenes de muerto y maldad. Pero, en aquellos momentos, nadie

pensaba. Ahora todo el mundo lloraba sus hijos e hijas, sus hermanos y sus amigos, los vecinos y los conocidos. Ya no podían intentar convencerse que en un pueblecito como aquel estaban al margen de todo el mal que leían a los diarios. A partir de aquel día, todo el mundo cerraría la puerta de casa y, al atardecer, todo el mundo se iría a dormir con miedo al cuerpo, el miedo del que podía pasar.

—Estáis bien? —preguntó el Annika, y miró en Patrik y Paula.

En Patrik miró su compañera y los dos se encogieron de hombros. Qué podían responder?

—No teníamos ninguna otra opción —dijo Paula, con pesar—. Hicimos el que teníamos que hacer.

En Patrik no dijo nada, sino que se limitó a asentir con la cabeza. Sabía que su compañera tenía razón. No había ninguna duda. La única manera de salvar la vida de todos aquellos niños era abatir en Sam y la Jessie. Sabía que había sido la decisión acertada y que nadie los reprocharía nunca el que habían hecho. Pero la sensación de tener que disparar a una criatura... Paula y él tendrían que convivir el resto de la vida. Porque, a pesar del que habían hecho en Sam y la Jessie, no dejaban de ser dos adolescentes perdidos que, mutuamente, se habían empujado a cometer un acto tan terrible que apenas se podía comprender. En Patrik quizás no sería capaz de entender nunca qué los había llevado a tomar aquella decisión. Quizás no entendería nunca como se habían podido justificar aquel crimen a sí mismos.

En Patrik se fregó la garganta.

—Cuando esta mañana los agentes de la científica han registrado la habitación de en Sam, han encontrado un lápiz de memoria con fotografías íntimas donde aparecía en James con otro hombre. Lo han identificado como en K. G. Persson. Con otras palabras, el padre de Helen.

—Podría ser un factor desencadenante? —preguntó en Martin—. Ver su madre dar un beso a otra mujer y encontrar estas fotos de su padre?

Paula movió la cabeza.

—No lo sé —dijo en Patrik—. Estoy seguro que no encontraremos la respuesta en todos los interrogantes. Tenemos que hablar de otra cuestión.

Señaló en Mellberg.

—En Bertil me comentó durante la cena de boda que habíamos recibido la información de alguien que afirmaba que había traído tres jóvenes con el coche y que los había dejado cerca del centro de internamiento de refugiados, más o menos a la hora en que alguien dejó las calcetes de la Nea en casa de en Karim. El testigo sostiene que se trataba del hijo de en Bill, en Nils, y dos amigos suyos: una chica y un chico. Los mismos que murieron ayer. No veo que tenga ningún sentido que continuemos estirando este hilo, alguien tiene nada en contra?

Miró los compañeros. Todos van hacer que no con la cabeza.

—En cuanto al incendio, continuaremos con la investigación, pero no creo que nos sea nada fácil averiguar quién lo hizo. Por todo Suecia se están produciendo incendios en centros de refugiats sin que se encuentren los autores. Pero mantengáis los ojos y las orejas muy abiertos.

Todos van asentir con la cabeza. Se hizo el silencio. En Patrik sabía que tendrían que repasar todo el que había pasado hasta aquel momento, pero el cansancio

empezaba a pasar factura y el calor que hacía dentro de aquella saleta hacía la situación todavía más insostenible. Todos estaban abatidos, impactados, cansados y perplexos. Afuera, a la recepción, el teléfono no paraba de sonar. No tan sólo Suecia, sino todo el mundo había girado sus ojos hacia Tanumshede y la tragedia que los había golpeado. Y en Patrik sabía que todos los que eran dentro de aquella pequeña sala de la comisaría presentían que algo había cambiado por siempre jamás. Nadie volvería a ser el mismo.

Tenía miedo que pensarán que era uno desagradecido, que no valoraba todo el que habían hecho por él. Pero no era esto. En Karim no se habría imaginado nunca que un sueco los abriera las puertas de casa suya de aquella manera, a sus hijos y a él, que lo ayudaría a encontrar un piso, que abrazaría sus hijos y que lo trataría como un igual. Estaba contento de haber podido conocer aquella cara de Suecia. También.

Pero no se podía quedar. No se podían quedar allá. Suecia los había arrebatado demasiado. La Amina era entre las estrellas y los rajols cálidos del solo, y en Karim la echaba de menos cada minuto que pasaba, cada segundo. Con mucha cura, va desar las fotografías de su mujer a la maleta, meticulosamente envueltas con ropa flonja. Buena parte de la maleta estaba llena de la ropa de los niños. No podría cargar más de una, así que de sus pertenencias sólo había cogido el más esencial. No necesitaba nada. Sus hijos lo necesitaban todo. Se lo merecían todo. Era imposible que se pudieran llevar todos los juguetes que los habían regalado Rita, en Bertil y en Leo. Sabía que se entristecerían, pero no tenían bastante espacio. Otra vez tendrían que dejar atrás cosas que estimaban. Era el precio que habían tenido que pagar por la libertad.

Miró los niños. La Samia dormía abrazada a un conillet, uno de gris y blanco que en Leo le había regalado y que ahora necesitaba para poderse dormir. Se lo podría llevar, pero era el único. Y en Hassan tenía en la mano una bolsa llena de bolitas de colores. Brillaban a través de la bosseta negra de reja. El niño se podía pasar horas contemplándolas. También se las podría llevar. Pero ya no había lugar para nada más.

Había sentido el que habían hecho el Adnan y en Khalil. Los teléfonos habían hervido y todos hablaban, con una mezcla de horror y orgullo. Los suecos los trataban como unos héroes. No era una ironía? En Karim vio ante suyo un Adnan decepcionado, explicándole cómo lo miraban los suecos, como si viniera de otro planeta. De todo el centro de internamiento, era el que deseaba con más fuerzas formar parte de aquel país nuevo. Deseaba que lo aceptaran. Y ahora los suecos lo consideraban un auténtico héroe, pero tenía ningún sentido? Al fin y al cabo, no lo podía ver.

Miró alrededor. El piso era bonito y tenía mucha luz. Espacioso. Habría podido convertirse en un buen lugar para los niños y para él, lo sabía. Si el dolor por la pérdida de la Amina no lo mordisqueara por dentro. Si todavía conservara la esperanza que aquel país le podía ofrecer un futuro. Pero Suecia sólo le había causado dolor y rechazo. Sentía el odio y la desconfianza, y sabía que nunca se podría sentir seguro. Continuarían buscando. Sus hijos y él. Hasta encontrar un lugar donde pudieran descansar. Dónde pudieran sentirse seguros y con un futuro delante. Hasta encontrar un lugar donde pudiera recordar la sonrisa de la Amina

sin que el dolor le esberlés el corazón.

Despacio, con las manos heridas, cogió un bolígrafo. En el centro de atención primaria le habían sacado las vendas, pero todavía le hacían daño. Y durante mucho tiempo, quizás por siempre jamás, estarién cubiertas de cicatrices y durícies. Cogió un papel y apoyó la punta del bolígrafo, sin saber qué quería decir. No era uno desagradecido. No lo era . Estaba asustado. Y vacío.

Finalmente, escribió una sola palabra. Una de las primeras que había aprendido en sueco. *Gracias*. Después, se fue a despertar los niños. Tenían un largo viaje delante.

H

AVIA TRANSCURRIDO CASI una semana de la tragedia al centro cívico y despacio el luto había pasado a otra fase y el día a día empezaba a imponerse. Cómo siempre. Al menos para aquellos que se encontraban a la periferia de la tragedia y no al epicentro. Los que habían perdido alguien cercano todavía tenían que recorrer un camino largo hasta llegar a algo que se pudiera asemejar a la cotidianidad.

En Martin se había pasado toda la mañana rumiant qué podía significar la extraña conversación que había mantenido con aquel abogado el día anterior. Tenía los ojos clavados al techo cuando la Mette, medio adormilada, había rodolat hacia su lado de la cama y había murmurado:

—A qué hora tenías que ir?

—A las nueve —respondió, y miró el reloj.

Constató que pronto sería la hora de marchar.

—De que cruces que se trata? Me han denunciado? Debo de dinero a alguien? Qué?

Extendió los brazos con frustración y la Mette va esclafir a reír. A en Martin le encantaba como reía. Bien, en realidad le encantaba todo de aquella mujer. Pero todavía no se había atrevido a decirlo. No con aquellas palabras. Iban con mucha cura, a paso.

—Quizás eres multimillonario. Quizás un pariente desconocido y asquerosamente rico de los Estados Unidos te ha designado como su único heredero.

—Ha! Ya lo sabía, yo! —exclamó—. Que sólo me quieres por el dinero!

—Sí, esclar. Pero que te habías pensado? Que era por los bíceps enormes?

—Ei, tú! —hizo en Martin, y se va abraonar encima de la Mette para hacerle cosquillas.

La chica sabía que los brazos particularmente poco entrenados de en Martin eran un tema delicado.

— Si quieres llegar a tiempo, tienes que empezar a pensar a vestirse—dijo, y en Martin asintió con la cabeza y, a regañadientes, se separó de la Mette.

Media hora más tarde era dentro del coche en dirección a Fjällbacka. El abogado se había negado a explicarle de que se trataba, sólo le había repetido que tenía que ser a su despacho a las nueve de la mañana.

Áparcó ante la casa donde había el bufete de abogados y trucó a la puerta con prudencia. La abrió un hombre de cabellos grisosos de unos sesenta años, que le sacudió la mano con entusiasmo.

—Suyo —dijo, señalando una silla que había ante un escritorio meticulosamente aseado.

En Martin se sentó despacio. Siempre iba con pies de plomo con las personas que vivían rodeadas de orden absoluto. Y hacía la impresión que en aquel despacho cada objeto tenía un lugar asignado.

—Bien, me pregunto de qué va todo esto —dijo en Martin.

Notó como las palmas de las manos se le empezaban a empapar de sudor y supuso que la cara y el cuello debían de estar encendidos como unos pimientos.

Lo odiaba.

—No te preocupes. No es nada desagradable —dijo el abogado, y en Martin levantó las cejas.

Aquello le picó la curiosidad. Quizás la Mette tenía razón con aquel tema del pariente americano millonario.

—Soy el albacea de la Dagmar Hagelin —dijo el abogado, y en Martin se quedó petrificado.

Miró el hombre que tenía delante.

—La Dagmar es muerta? —preguntó, desconcertado—. Cuándo ha muerto? Hablamos con ella ahora hace una semana.

Sintió una pequeña fiblada al pecho. Aquella velleta le había despertado una gran ternura.

—Traspasó hace un par de días, pero siempre se tarda un poco a poner en marcha todo esto —hizo el abogado.

En Martin murmuró algo. Todavía entendía menos qué hacía allá.

—La Dagmar tenía un deseo muy concreto que te ateny.

—A mí? —preguntó en Martin—. No nos conocíamos. Sólo hablamos en dos ocasiones en relación con un asunto policial.

—Caram! —exclamó el abogado, sorprendido.

Después recuperó la solemnidad.

—Pues en aquellas dos ocasiones le debías de causar muy buena impresión. Quiero decir que la Dagmar hizo un codicilo al testamento porque quería que heredaras la casa donde vivía.

—La casa? Qué quiere decir?

En Martin enmudeció, perplejo. Alguien le debía de estar gastando una broma. Pero el abogado que tenía delante parecía extremadamente serio.

—Bien, según el testamento, la Dagmar desea que seas tú quien herede la casa.

Escribió una pequeña nota apuntando que había que arreglar unas cuántas cositas, pero creía que, aún así, estarías muy a gusto.

En Martin no podía procesar el que le estaba diciendo aquel abogado. Le vino una cosa a la cabeza.

—Pero si tenía una hija. No se lo tomará mal? Que no quiere la casa?

El abogado señaló un puñado de papeles que tenía encima de la mesa.

—Aquí tengo un documento en que la hija de la Dagmar renuncia a cualquier derecho sobre la casa, y, cuando hablé por teléfono con ella, me dijo que era demasiado vieja para hacerse cargo de aquel casalot ruinoso y que no necesitaba el dinero. «tengo bastante para vivir», me dijo. «Si la mama ha decidido esto, sé que es el mejor.»

—Pero... —dijo en Martin, y, esfereït, sintió que las lágrimas empezaban a negarle los ojos.

Despacio empezaba a pair-lo todo. La Dagmar le había regalado su caseta roja y preciosa. La casa que no se había podido sacar de la cabeza. Día y noche, había sido rumiant si tenía bastante dinero para comprarla para la Tuva y él. Lo había visto todo ante sede: el columpio que colgaría al árbol, donde podrían poner un hortet porque la Tuva pudiera plantar hortalizas, los inviernos con hogar de fuego a la sala de estar y el caminet hasta las escaleras de la entrada limpio de nieve. Se había imaginado un millar de detalles, pero, por mucho que se lo

mirara del derecho y del revés, no se lo podía permitir.

—Por qué? —preguntó, y ya no se pudo contener más las lágrimas cuando se le apareció la Pia delante. Cómo le habría encantado que la Tuva creciera en una caseta roja al campo, con columpio al jardín y un hortet.

No tan sólo lloraba porque la Pia no podría disfrutar de todo aquello, lloraba porque sabía que estaría contenta por todo el que había pasado a sus vidas últimamente, aunque ya no estuviera a su lado.

El abogado le alargó un pañuelo de papel y después continuó, con serenidad:

—La Dagmar dijo que la casa y tú os necesitabais la uno al otro. Y sabes una cosa? Me parece que tenía toda la razón.

En Bill y la Gun se habían encargado cuando le habían dado el alta en el hospital. En medio de su dolor. En Khalil se había instalado en una habitación de invitados espaciosa y bonita de la planta baja. Todo el que tenía al antiguo sótano ya era allá. Y también las cosas de la Adnan. En Bill le había prometido que lo ayudaría a enviar una carta a los padres de su amigo. En Khalil quería que supieran que su hijo había muerto como un héroe. Que no había ni una sola persona en todo su nuevo país que no conociera el nombre, que no hubiera visto una fotografía suya. Se había convertido en un símbolo, en un puente hacia los suecos. El primer ministro lo había mencionado en un discurso a la televisión. Había explicado como el Adnan había demostrado que la solidaridad no entendía de fronteras o del color de la piel. Que no había pensado en la nacionalidad sueca de aquellos jóvenes, en su cultura, en su piel, cuando había dado la vida para salvar tantos. El primer ministro había dicho mucho más. Había hablado un buen rato. Pero era aquello el que quería escribir a la carta que enviaría a los padres del Adnan.

El primer ministro también había hablado de en Khalil. Pero, entonces, el chico había dejado de escuchar. No se sentía un héroe. No lo quería ser. Sólo deseaba convertirse en un más entre ellos. Por las noches, lo atormentaban pesadillas con las caras de aquellos jóvenes. El miedo a los ojos, de morir, de pánico. Había creído que nunca más no lo tendría que volver a vivir. Pero el miedo a los ojos de una criatura era exactamente igual allá como casa. No había ninguna diferencia.

Al atardecer, en Bill y la Gun se sentaban a mirar la televisión. A veces, se cogían de la mano. A veces, no se movían, el uno junto al otro, mientras la claridad de la pantalla los iluminaba las caras. Todavía no habían podido enterrar su hijo Nils. La policía no los podía decir cuando habrían terminado la investigación. Los hijos grandes venían de vez en cuando a verlos, pero después se volvían a casa suya, con sus familias. No los podían consolar, y también tenían que cargar con su dolor.

En Khalil había supuesto que no navegarían. No sin el Adnan. O en Karim. Lo echaba de menos y se preguntaba donde debían de ser en aquellos momentos sus hijos y él. Habían desaparecido sin dejar rastro.

La tercera mañana en casa de en Bill y la Gun, en Bill le había dicho que había hablado con los otros y que se encontrarían al barco a las diez. Sólo esto. No se lo había preguntado. Sólo le había comunicado que saldrían a navegar. Sin el Adnan. Sin en Karim.

Y ahora eran allá. Esperando el pistoletazo de salida. Ya habían competido otras categorías y Dannholmen era llena a rebosar. Los organizadores habían tenido muchísima suerte con el tiempo y el solo refulgia en un cielo raso blavíssim. Pero muchos también habían ido para ver los resultados del proyecto de en Bill. Periodistas y curiosos. Turistas y gente de la comarca. Bien, hacía la impresión que todo Fjällbacka y la cercanía se habían acercado a la pequeña y árida isla. En Khalil había leído por internet que una estrella de cine sueca había vivido. Aquella que tenía una estatua a la plazoleta en el centro de Fjällbacka. No la conocía, pero, el anochecer anterior, en Bill y la Gun le habían puesto una película que se decía *Casablanca*. Era preciosa. Un poco triste, pero preciosa. A la manera sueca.

Ya había visto la isla antes, pero no la había pisado nunca. Los pocos días antes de la competición habían practicado intensamente y habían navegado alrededor de la isla. Cuando se había empezado a celebrar aquella regata, sólo era para embarcaciones pequeñas, para niños y jóvenes de la escuela de vela de Fjällbacka. Pero cuando unos años atrás retomaron la prueba, añadieron su categoría. La C55, los había explicado en Bill que se decía.

Contempló en Bill, que era al timón. Se movían arriba y abajo como los otros siete veleros de su clase, sin sacar los ojos del reloj para poder estar en la mejor posición cuando sonara el pistoletazo de salida. Nadie mencionó el Adnan, pero todos sabían que ya no se trataba sólo de una cursa, ni de una exhibición náutica, ni de un pasatiempo mientras esperaban que los asignaran una nueva casa en Suecia.

Faltaban tres minutos porque empezara la competición cuando en Khalil volvió a mirar la isla. El rumor que apenas los llegaba, de gente tomando algo, niños corriendo arriba y abajo jugando, grupos de fotógrafos y periodistas charlando con compañeros de profesión, de repente había enmudecido. Todos se habían amontonado junto a donde se daría el pistoletazo de salida. Adultos. Niños. Periodistas. Habitantes de Fjällbacka. Turistas. Y vio unos cuántos refugiados del centro. En Rolf era allá. La Gun tenía al lado sus hijos. Caras conocidas y desconocidas. Unos cuántos agentes de la comisaría de policía. Todos en silencio y mirando hacia su barco. No se sentía nada más que el xipolleig del agua contra el casco y la vela que flameaba al viento. La mano de en Bill, que sujetaba con fuerza el timón, era pálida, y las mandíbulas, serradas.

Un niño pequeño empezó a saludarlos con la mano. Después lo hizo otra persona. Y otra. Todo el mundo que era a Dannholmen saludó la tripulación mientras pasaban con el velero por el delante. En Khalil sintió como aquel gesto le llegaba al fondo del corazón. No era una lengua que costara sudor y lágrimas de comprender. Era la misma en todo el mundo. Un gesto universal de amor. Agitaron las manos para mostrarlos que los habían visto, que los habían entendido. a Ibrahim y en Farid también saludaron, pero en Bill en ningún momento no giró la cabeza, sentado a la popa con la espalda muy derecha. El único que desvelava que se había dado cuenta de algo fueron los ojos, que refulgían.

Y entonces sonó el pistoletazo de salida. Con una precisión perfecta, atravesaron la línea. A Dannholmen, el público continuaba agitando las manos y unos cuántos llamaban y silbaban para animarlos. El ajetreo se elevaba hacia el cielo

azul. La vela se llenó de viento y se va tensar, y la embarcación se escoró mientras cortaba las olas. Durante un instante, le pareció ver sus caras entre la multitud. La Amina. En Karim. El Adnan. Pero, cuando volvió a mirar, habían desaparecido.

—Estoy contenta que te haya gustado la comida —dijo la Erica, y puso una segunda porción de gratinado de patata a su hermana.

Ahora que estaba embarazada, Anna era capaz de endrapar como un hombre de dos metros de altura.

—No eres la única —dijo en Patrik, y se estiró para coger la cazuela con filete de cerdo—. Por fin me está volviendo la hambre.

—Cómo estás? —preguntó en Dan—. Esta tragedia en el centro cívico nos ha sacudido a todos, pero para tú tiene que haber sido... terrible.

Con la cabeza, había agradecido a la Erica que hubiera sacado para él una botella de agua con gas Ramlösa. Su cuñada sabía que no se atrevía a beber nada de vino por si tenían que salir a salto de mata con Anna hacia el hospital.

En Patrik dejó los cubiertos a la mesa. El Erica comprendió que su hombre no sabía como responder aquella pregunta. Tanta gente que había salido perdiendo, tanta gente de luto, tantas víctimas...

—Estamos recibiendo ayuda por pair-lo —dijo, haciendo girar el vino dentro de la copa—. Al comienzo se me hizo extraña habla con un psicólogo, pero después... Bien, quizás no se tiene que descartar tan deprisa su ayuda como solemos hacer.

—He sentido a decir que la película es favorita para ganar un premio Guldbagge —dijo Anna, cambiando de tema—. Y Marie también.

—Esclar, no me sorprende nada, teniendo en cuenta toda la atención que ha recibido por parte de los medios —dijo el Erica—. Pero hace la impresión que, desde la muerte de la Jessie, Marie ha cambiado. No ha concedido ni una suela entrevista.

—Me ha llegado que publicará un libro sobre todo esto que ha pasado —dijo en Dan, y se estiró para llegar a la ensalada.

El Erica asintió con la cabeza.

—Dice que quiere explicar su versión. Pero tanto Helen cómo ella me han prometido que volverán a hablar conmigo. La Sanna también.

—Cómo está, la Sanna? —dijo en Patrik.

—Hablé con ella ayer —respondió, y pensó en aquella pobre mujer, que ahora también había perdido la hija—. Qué queréis que os diga? Lo trae todo lo bien que puede.

—Y Helen? —preguntó en Dan.

—Probablemente la sentencien a una pena de prisión por encubrimiento —contestó en Patrik—. No sé qué pensar. En cierto modo, me parece tan víctima como muchos otros en este caso tan trágico. Pero la ley es la ley.

—Y cómo están los padres de la Nea? —hizo Anna, y dejó los cubiertos al plato.

—Venderán la granja —se limitó a responder en Patrik.

El Erica miró su hombre con tristeza. Sabía que en Patrik se había tomado aquel caso mucho a pecho, como se pasaba las noches despierto, haciendo vueltas a la cama, incapaz de sacarse del ninguna imágenes y recuerdos que no lo

abandonarían nunca. Lo estimaba justamente porque era así. Una persona implicada. Valiente. Fuerte y leal. Era el mejor marido que habría podido soñar nunca y un padre extraordinario para sus hijos. Su vida no era siempre un camino de rosas, ni romántica, ni sencilla. Era agitada y movida, y llena de pequeños conflictos cotidianos. Tenían hijos de unas edades esgotadores, dormían pocas horas, tenían demasiado poco sexo, demasiado poco tiempo para sí mismos y demasiado poco tiempo para hablar del que era importante. Pero era su vida. Sus hijos tenían buena salud, se sentían estimados, eran felices. Alargó la mano y cogió la de en Patrik. Sintió que él también se lo estrechaba. Eran un equipo. Una unidad.

Anna soltó un gemido. Había repetido tres veces de filete de cerdo con gratinado de patata, así que no era tan extraño que el estómago refunfuñara. Pero la cara se le retorció cada vez más. En Dan se quedó petrificado, mirando Anna, que bajó los ojos despacio. Su mujer volvió a levantar la cabeza, respirando entretalladament.

—Me sale sangre —dijo—. Me sale sangre.

El Erica notó que el corazón se le aceleraba. Después salió corriendo hacia el teléfono.

BOHUSLÄNINGEN

La maledicció de la bruixa

Una casualitat? O potser una maledicció que va llançar una bruixa fa poc més de 300 anys, i que es torna a cobrar víctimes? La Lisa Hjalmarsson, de quinze anys, ha fet uns descobriments que de ben segur us posaran els pèls de punta.

La Lisa Hjalmarsson, de la classe de novè B de l'institut Hamburgsund, ha escrit una redacció sobre l'Elin Jonsdotter, de Fjällbacka, una dona que va ser sentenciada a mort per bruixeria i executada el 1672. Des del cadafal, Jonsdotter va llançar una maledicció terrible contra els seus delators: la seva germana Britta Willumsen; el marit d'aquesta, en Preben, i una dona anomenada Ebba de Mörhult.

Una història a la vegada apassionant i esfereïdora, que ara torna a cobrar vida d'una manera impactant després dels nous descobriments fets per la Lisa Hjalmarsson.

Pel que sembla, al llarg dels segles, els descendents de les tres persones esmentades han patit tota mena de desgràcies personals: assassinats, suïcidis i accidents.

Unes desgràcies que podrien haver culminat aquest estiu.

La tragèdia de Tamumshede, de què tant s'ha escrit, podria estar relacionada directament amb la maledicció que va llançar l'Elin Jonsdotter ara fa més de tres-cents anys. La Lisa Hjalmarsson ha pogut demostrar que els joves que van calar foc al centre cívic i que van assassinar a trets tants adolescents eren descendents directes d'en Preben i la Britta Willumsen, i de l'Ebba de Mörhult.

Una casualitat?

O potser la maledicció de l'Elin Jonsdotter ha perviscut fins als nostres dies?

Agradecimientos

Escribir un libro sobre el siglo xvii ha sido difícil y todo un reto, pero a la vez increíblemente divertido. He devorado una pila de libros, me he informado por internet y he consultado expertos en la materia. Y, a pesar de esto, sólo he conseguido arañar la superficie de una época fascinante y todos los errores, los conscientes y los inconscientes, son completamente míos. El mismo quiero decir para la historia que se desarrolla en el presente. Me he permitido ciertas libertades para adecuar tanto la narración como los hechos a mi historia. Es, este, un privilegio propio de autores y narradores.

Cómo pasa siempre que escribo un libro, tengo que dar las gracias a varias personas. Una novela no se escribe en el vacío, sino que es fruto de un trabajo en equipo, aunque sea yo la que suyo ante el teclado del ordenador.

Con la preocupación eterna de olvidarme alguien que ha sido importante en la creación de este libro, quiero agradecer la ayuda que me han brindado una serie de personas fundamentales, tanto en la dimensión personal como en la profesional.

Mi editora, la Karin Linge Nordh, y mi redactor, en John Häggblom, han llevado a cabo una tarea encomiable con el manuscrito de esta novela, un trabajo que resultó mucho más extensa y, así, de mucha más envergadura. Con una meticulosidad, cura y amor enormes, han cribado las malas hierbas de mi jardín y han encontrado el que había que pulir. Soy increíblemente consciente de la aportación extraordinaria que han hecho y los estoy enormemente agradecida. También quiero dar las gracias a Sara Lindegren, de Forum, y a la Thérèse Cederblad y en Göran Wiberg, de la editorial Bonnier. También me ha dado un golpe de mano a la hora de comprobar los datos en Niklas Ytterberg, Miriam Säfström, en Ralf Tibblin, el Anders Torewi, en Michael Tärnfalk, en Kassem Hamadè, en Lars Forsberg y en Christian Glaumann. Vuestra ayuda ha estado de un valor incalculable.

Después, los que me ayudáis que mi vida rutli. Mi madre, la Gunnel Läckberg, Annette y en Christer Sköld, Christina Melin, Sandra Wirström, la Andreea Toba y la Moa Braun. Y mis hijos grandes y fantásticos, en Wille, la Meja y en Charlie. Que nunca se han escondido cuando en casa ha tocado fregar los platos o cuidarse de la Polly un rato, cuando me ha habido que trabajar. Sois maravillosos!

En Joakim y la pandilla de la Nordin Agency. Sois sensacionales y ya friso porque en el futuro podamos trabajar con nuevas matanzas horripilantes.

También gracias a mi amiga y hermana (aunque no sea de sangre), Christina Saliba, como también a en Sean Cannig, que no tan sólo se ha convertido en un miembro fantástico de mi equipo, sino también en un buen amigo. Más toda la pandilla maravillosa y llena de talento que trabaja con vosotros.

Quiero mencionar especialmente dos personas. En Johannes Klingsby, que me ha servido de inspiración para un personaje importante del libro. En una subasta para el programa *Musikhjälpen*, licitó y ganar la oportunidad de participar en

este libro y, así, contribuyó generosamente en el gran trabajo que lleva a cabo aquella organización. A la subasta tuvo que heurre-se-las con mi amigo Fredrik Danermark, prometido de mi buena amiga Cecilia Ehrling, que pude conocer en el programa *Let's Dance*. En Fredrik tuvo que capitular ante en Johannes, pero estaba muy triste porque tenía pensado regalar aquella experiencia a Cecilia el día de su casamiento. Así, pues, decidí que el regalo de boda de en Simon y mía sería ofrecer un rol secundario también a Cecilia. Muchas gracias a en Johannes y Cecilia por haber aportado un poco de autenticidad y notas de color a mi historia.

Después, todos los amigos. Cómo siempre, no quiero denominar ninguno en particular, porque en sueldo tantos y tan maravillosos que me parecería terrible olvidarme alguien de vosotros. Aún así, y también como siempre, un reconocimiento especial a la Denise Rudberg. Quizás es a quien menos veo de todos, pero a lo largo de toda mi carrera como escritora siempre me he sentido a la distancia de una llamada de teléfono de los mejores consejos, los más inteligentes y los más acertados. Y, hablando de consejos acertados, no me puedo olvidar tampoco de la Mia Törnblom. Gracias por toda la energía que me transmitís!

Y sí, mi amor, en Simon. Por donde tengo que empezar? Desde que escribí el libro anterior, hemos tenido una hija preciosa. La Polly. Nuestro pequeño rayo de sol y la estrella de toda la familia. He escrito esta novela durante su primer año de vida. Y, si tú no hubieras sido el hombre fantástico y maravilloso que eres, no lo habría podido conseguir. Eres mi palo de pajar. Te estimo. Gracias por todo el que haces por mí y por los niños. Gracias para estimarnos.

Camilla

Gamla Enskede, domingo, 5 de marzo del 2017

El equipo de la cooperativa SOMOS Ahora Libros agradecemos el tiempo que has dedicado a la lectura de esta obra y te animamos a compartir tu opinión con nuevos lectores y a hacernos llegar tus sensaciones mediante las redes sociales.

Tus comentarios dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a impulsar más lejos cada nueva propuesta editorial.

#LaBruixa

